CASTIGO DEL CIELO

1

# ENCICLOPEDIA ILUSTRADA SEGUÍ

## DICCIONARIO UNIVERSAL

CON TODAS LAS VOCES Y LOCUCIONES USADAS

EN ESPAÑA Y EN LA AMÉRICA LATINA

Y QUE COMPRENDE, ADEMÁS, EXTENSOS ARTICULOS

DE

AGRICULTURA, ARQUEOLOGÍA, ARQUITECTURA, BELLAS ARTES, BIOGRAFÍA, BOTÁNICA, COMERCIO, DRAMÁTICA, DERECHO FILOSOFÍA, FÍSICA, GEOGRAFÍA, HISTORIA UNIVERSAL, HERÁLDICA, HIGIENE, INDUSTRIA, MARINA, MECÁNICA, MEDICINA, MILICIA, MÚSICA, PINTURA, POLÍTICA, QUÍMICA, RELIGIÓN, ZOOLOGÍA, ETC.

---

Una semana de un traje [illegible]

Es una cosa trista, pobre dida,

em sembla que es el cantó que

ha de sortir del vestit

y el senyor Massó, sa mort

de una pataleta. Es [illegible]

Yo tengo un pijama, ya ves

m'amile cuando el tipus [illegible]

vostro demacrado, hace un [illegible] de [illegible]

(pareo)

# CASTIGO DEL CIELO

ó

## CONSPIRAR PARA MORIR


BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL




Lit. J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 6, Madrid.

PORTADA

VIUDA DE RODRÍGUEZ, CASA EDITORIAL

# CASTIGO DEL CIELO

ó

# CONSPIRAR PARA MORIR

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON JULIÁN CASTELLANOS Y VELASCO

TOMO I

ADMINISTRACIÓN
PLAZUELA DEL BIOMBO, NÚM. 2, MADRID
1884




IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, CALLE DE MIGUEL SERVET, NÚM. 13

# CAPITULO PRIMERO

---

DONDE CARGAN UN REY Y UN BANDIDO CON CULPAS QUE NO SON SUYAS

Corrían los primeros días del mes del Mayo de 1623.

La galante corte del rey don Felipe IV entregábase á toda clase de diversiones y fiestas, con objeto de agasajar al príncipe de Gales, que, acompañado del marqués de Buckingham, habíase presentado en Madrid de *embozo*, como entonces se decía, ó de incógnito, como decimos ahora.

El heredero de la corona de Inglaterra era candidato á la mano de la infanta de España doña María Teresa de Austria, hermana del rey.

Este dispuso que formase parte de los festejos una partida de caza en los montes del Pardo, á la que asistiría lo más escogido de la nobleza cortesana.

La víspera de la batida, al mediar la tarde, dos caballeros jóvenes y apuestos descendían asidos del brazo y hablando con gran animación desde el palacio del



Buen Retiro al Prado de San Jerónimo. Eran éstos don Juan de Tarsis, conde de Villamediana, y su amigo don Luis de Haro.

—¿Conde, sabéis que, en vista de la manera con que el rey ha distinguido hoy al de Santarem, me parece que nuestro galante soberano se encuentra muy cerca de jugar al joven duque una mala pasada?

—Sois muy malicioso, amigo don Luis.

—No es lo malo que sea malicioso, sino que me parece que es muy fundada mi malicia. El rey es muy enamorado, y la duquesa de Santarem es indudablemente uno de los astros más hermosos de la corte.

—Efectivamente que es una mujer encantadora.

—Creed, amigo Villamediana, que es una morena al fuego de cuyos negros ojos se inflama de amor el corazón menos combustible.

—Paréceme que habláis con demasiado entusiasmo de la influencia de los ojos de esa dama.

—No, amigo mío; reconozco que la duquesa es una hermosura de primer orden; pero es morena, y ya sabéis que ese no es el tipo que á mí me entusiasma.

—¿Estáis por las rubias?

—Sí, cabellos de oro, ojos de cielo y rostro de nieve y rosa: ese es mi ideal. Soy en esto de la misma opinión y del mismo gusto que vos.

Y el de Haro sonrió maliciosamente.

Villamediana volvió entonces alarmado la cabeza, temiendo que alguna persona pudiera haberse apercibido de las palabras de su amigo.

—No os alarméis por tan poco, conde; tened en

cuenta que en la corte hay muchas damas del tipo que os he descrito.

—Sí, pero que reuna todas las perfecciones que habéis enumerado no existe más que...

—¡La reina!—repuso el de Haro bajando la voz.

—¡Silencio!—volvió á repetir Villamediana.

—La verdad es que está muy atento el rey con la joven duquesa...

—Pues, amigo mío, me parece que en la ocasión presente va á recibir un desengaño.

—No lo creáis: no existe en la corte una virtud tan severa que sea capaz de resistir las insinuaciones del monarca. ¡Deslumbra tanto el brillo de una corona!

—Conocéis muy mal á la de Santarem al juzgarla de ese modo. Mirad, el rey se ha insinuado ya varias veces sin que la dama se dé por entendida. Además, la duquesa es la confidenta íntima de la reina, es honrada por carácter y por instinto, y quiere á su esposo con verdadera pasión.

—Pues como yo no conocía bien las cualidades de la duquesa, llegué hasta figurarme que el monarca aprovecharía la batida de mañana para dar cima á su conquista. ¡Una cacería en la cual toman parte las damas de la corte se presta siempre á tantas aventuras!

—Es verdad.

—Y por cierto que el día de mañana va á ofrecer novedades para todos los gustos.

—¿Por qué?

—Porque mientras la corte se divertirá acosando reses entre las asperezas del monte, en la Plaza Mayor

hará zapatetas en la horca el jefe de esa partida de salteadores que puebla el Guadarrama y que, como sabéis, cayó hace poco tiempo en poder de los cuadrilleros.

—Llámanle de apodo el Alimaña, y, según me han dicho, es un hombre feroz.

Los dos jóvenes, hablando de esta manera, llegaron á la parte alta de la calle de Alcalá.

—Aquí nos separamos, amigo mío, si es que no queréis venir á descansar en mi morada.

—Gracias, don Luis, voy á ver qué se murmura en las gradas de San Felipe.

—¿Vais al *mentidero?*

—Sí.

—Pues entonces, conde, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Los dos amigos se estrecharon con efusión las manos y se separaron.

---

Rayaba apenas el alba del siguiente día, cuando en los patios y en los alrededores del palacio del Buen Retiro notábase una gran animación.

La corte disponíase á emprender la partida de caza de que ya hicimos referencia.

A los alegres ecos de una animada fanfarria, ejecutada por una infinidad de trompas y bocinas, la regia cabalgata empezó á aparecer por el soberbio pórtico del palacio.

El rey, llevando á su izquierda á la reina, jinetes am-

bos en arrogantes corceles, eran seguidos por el príncipe de Gales y por más de doscientos personajes de la corte.

En medio de aquella brillante cabalgata no faltaba, sin embargo, un punto oscuro, una nota discordante, que era como la piedra negra de aquella representación del fausto y de la grandeza cortesana.

El punto oscuro era un hombrecillo jorobado, de abultada cabeza, crespa cabellera, facciones angulosas, color cetrino, boca grande y rasgada, ojos pequeños, verdosos y hundidos, y cuya alma era tan contrahecha y tan defectuosa como su cuerpo.

Este extraño personaje era Gil, el bufón del rey.

Vestido de negro, montaba un soberbio caballo del mismo color, que manejaba con gran maestría.

Un observador que hubiera espiado con interés las impresiones que se reflejaban en el antipático rostro de Gil hubiérale visto palidecer intensamente cuando fijaba de una manera hambrienta sus ojillos verdosos en la espléndida belleza de la reina ó en la no menos poderosa de la duquesa de Santarem.

---

La regia cabalgata llegó al fin al sitio donde debía empezar la batida.

Las bocinas hicieron la señal, las traíllas se soltaron y los cazadores, dividiéndose en dos grupos, lanzáronse á los jarales.

Las damas, guiadas por la reina y la duquesa de Santarem y asistidas por varios caballeros, avanzaban

al trote en la misma dirección que tomaron los cazadores.

De repente, acosada por varios lebreles, saltó de la maleza, lanzando feroces aullidos, una loba seguida de cuatro lobeznos.

Los animales, ciegos, metiéronse entre las patas de los caballos de las damas.

Una confusión terrible tuvo entonces lugar.

Los caballos se arremolinaron, encabritándose unos y espantándose otros.

El potro que montaba la de Santarem pegó un bote, y, sin que la duquesa pudiera contenerle, partió á la carrera por un claro del bosque.

Atendiendo cada cual á su seguridad en aquel momento de confusión, sólo una persona se apercibió del accidente ocurrido á la hermosa dama. Esta persona fué el bufón del rey, que, rápido como el relámpago, puso su caballo en la misma dirección que llevaba el de la duquesa, y, estimulándole con el látigo y la espuela, se lanzó en su seguimiento con la velocidad de una avalancha.

La noble dama hizo supremos esfuerzos para contener al desbocado bruto, y al convencerse de la imposibilidad de lograr su deseo, conociendo el peligro que corría, abandonó las riendas, y asiéndose á las crines, se dispuso á arrojarse al suelo en cuanto encontrara una ocasión oportuna.

Al cruzar una pequeña pradera, donde el césped crecía formando una mullida alfombra, hizo un esfuerzo y se lanzó de los arzones.

A pesar de la serenidad con que efectuó esta operación, el ímpetu de la carrera era tal, que la dama, al caer, recibió un golpe violento, que la privó del sentido.

Momentos después Gil aparecía á la entrada de la pradera á todo el correr de su caballo. Al descubrir á la desmayada dama, un grito de infernal alegría brotó de los labios de aquel hombre, que, sin cuidarse de refrenar á su bruto, saltó al suelo con la agilidad de una pantera.

—¿Estará muerta?—exclamó de un modo indecible, lanzándose apresuradamente hacia la hermosa.

En seguida puso su mano derecha sobre el seno de la joven.

Un relámpago de infinito gozo brilló en su semblante.

—¡Vive! ¡vive! ¡Siento palpitar su corazón!

Y aquel miserable engendro rodeó con sus brazos el esbelto talle de la duquesa, y estrechándola contra su pecho de una manera febril, estampó un beso de fuego en su entreabierta y sonrosada boca.

La joven, á pesar de su desmayo, se estremeció como si aquel beso la hubiera quemado.

—¡Solos y sin más testigos que el cielo! La ocasión no puede serme más propicia...

Y aquel miserable, poseído de un frenesí del infierno, volvió á estrechar en sus brazos el inanimado cuerpo de la dama.

La babosa manchó el cáliz de la flor.

Momentos después aquel hombre lanzaba un grito

ahogado, y como el jabalí que siente acercarse la jauría, abandonó á su víctima y corrió á ocultarse en lo más espeso de la maleza.

El galope de un caballo, cuyo ruido llegó hasta sus oídos, fué la causa que le impulsó á ocultarse.

Instantes más tarde un jinete aparecía en la entrada de la pradera.

Era el rey.

Al fijarse en la desmayada señora, exhaló una exclamación de sorpresa, y refrenando á su caballo, saltó á tierra, corriendo en auxilio de la hermosa.

Arrodillándose junto á ella, la asió por la cintura y trató de incorporarla, reclinando contra su pecho su hermosa cabeza.

En los ojos del monarca brilló una llamarada de deseo al fijarse en el pálido semblante de la dama.

El bufón, que desde la espesura observaba cuanto sucedía, sintió que una ola de fuego abrasaba su alma, y, juzgando por su corazón el ajeno, se propuso impedir los intentos que maliciaba en el rey.

Instantes más tarde el silencio de la pradera fué turbado por los roncos ecos de una bocina que llamaba á los cazadores demandando socorro.

—¡Ira del cielo!—exclamó el rey contrariado al oir aquella llamada.

Un momento después sintió el ruido que producía al acercarse un grueso pelotón de jinetes, y vió aparecer entre la espesura la repugnante silueta del bufón, que gritaba entusiasmado:

—¡Aquí está el rey, señores! ¡Aquí está el rey!

Los caballeros penetraron en la pradera.

El monarca, haciendo, como vulgarmente se dice, de la necesidad virtud, exclamó dirigiéndose á los recién llegados:

—¡Pronto, señores, ayudadme á socorrer á esta dama!

Todos se apresuraron á porfía á obedecer la indicación del soberano.

Instantes más tarde la de Santarem recobraba el conocimiento.

Al abrir los ojos y encontrarse en los brazos del rey, su rostro, pálido como el mármol, trocóse en encendido como la amapola.

La dama refirió entonces en breves frases el accidente de que su caballo la había hecho víctima.

Al oir sus palabras, algunos de los cortesanos allí presentes, que conocían la predilección que el rey mostraba por la duquesa, sonrieron con incredulidad.

Desde el primer momento se figuraron que el encuentro del rey y la dama no había sido casual, y que su desmayo no era más que un pretexto para salir de la situación espinosa en que le habían sorprendido.

Aquella corte corrompida vió desde aquel instante en la joven duquesa á la favorita del rey.

Ninguno dudó en atribuir al monarca el milagro realizado por el bufón.

---

Mientras ocurrían en el monte las escenas que hemos descrito, en la ciudad desarrollábanse también importantes y misteriosos acontecimientos.

Cuando llegó la hora señalada para la ejecución del Alimaña, las puertas de la cárcel se abrieron, y el reo, cercado por un fuerte piquete de arcabuceros y ministros de justicia, se puso en marcha avanzando trabajosamente por medio del apretado gentío que llenaba la calle.

De cuando en cuando el pregonero hacía conocer al público los crímenes por que el rey hacía ajusticiar á aquel hombre.

Alimaña, que, aunque entrado ya en años, era de una arrogante presencia, sonreía con desprecio al escuchar el pregón, examinando atentamente á la multitud que se apiñaba á su paso.

Al dar vista á la Plaza, en que se alzaba la horca, la comitiva hizo alto, y el pregonero volvió á repetir su pregón.

Pero así como durante toda la carrera aquel agente de la justicia terminó su perorata en medio del mayor silencio, esta vez apenas espiró su última frase cuando asordó el viento el ruido de un disparo, y el verdugo que marchaba junto al reo rodó en tierra sin vida, taladrado el cráneo de un balazo.

La escolta que custodiaba al Alimaña se vió de repente acometida y envuelta por una porción de hombres que, disparando sobre ella sus armas á quemarropa, se apoderaba del reo á los gritos de: «¡Viva el capitán! ¡Mueran los golillas!»

—¡Los bandidos! ¡Los bandidos!—gritó llena de terror la gente.

Y la confusión más espantosa se produjo entre aque-

lla muchedumbre, que, pretendiendo huir, se atropellaba, aumentando con sus gritos, sus alaridos y sus caídas lo terrible de aquel momento.

Los soldados, repuestos de la sorpresa, hicieron frente á sus adversarios, entablando con ellos una lucha sangrienta. Pero los bandidos habían aprovechado el primer momento, y, cortando las cuerdas que sujetaban los brazos del reo, le dejaron en libertad.

Cuando Alimaña se perdió entre la multitud, sus parciales, creyendo conseguido su intento, cesaron de pelear, emprendiendo la fuga.

El Alimaña, así que se encontró algo distante del sitio del combate, empezó á meterse por las calles más solitarias, á fin de huir sin ser descubierto.

Pero cuando creía haber realizado su deseo, encontróse desagradablemente sorprendido al ver cerca de sí al ayudante del verdugo, que comenzó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Favor á la justicia! ¡A ese, que es el Alimaña!

El bandido, al verse descubierto, se volvió como una fiera contra su perseguidor; pero éste retrocedía al mismo paso que su enemigo avanzaba, sin dejar de pedir favor á la justicia.

A sus voces empezó á reunirse gente, y el bandido descubrió la vara de un alcalde y las espadas desnudas de unos cuantos alguaciles.

Entonces, conociendo que no le quedaba más recurso que huir, emprendió la fuga con una ligereza vertiginosa.

Pero el ayudante del verdugo, alentado por la justicia que le resguardaba, seguía con tantc afán al fugitivo, que bien pronto no le separaron de él más que algunos pasos.

Alimaña, al ver tan encima á su perseguidor, se consideró perdido. Pero resuelto á todo antes que á caer de nuevo en manos de la justicia, se lanzó al primer portal que encontró abierto, y cerrando la puerta la aseguró con el cerrojo.

—¡Aquí se ha metido!—gritaba en la calle su perseguidor, mientras que el bandolero, confiado en la fortaleza de la puerta, descansaba unos instantes para tomar aliento.

El alcalde y los alguaciles llegaron entonces.

—¡Aquí se ha metido, señor alcalde!

—¡Echad la puerta abajo!—mandó con imperiosa voz el representante de la ley.

Los alguaciles empezaron á forzar la entrada.

Alimaña entretanto, algo repuesto de la fatiga de la carrera, se internó en el portal á ver si por la parte opuesta de la casa encontraba una salida que le pusiera lejos de las manos de sus perseguidores.

A la terminación del zaguán y á la derecha de la puerta de entrada encontrábase la escalera.

El bandolero se aventuró por ella, pero al salvar los primeros escalones se paró alarmado y sorprendido.

En el piso principal, adonde se dirigía, sentíase el aspero crujir de dos espadas y las voces coléricas y terribles de dos hombres.

Ante aquella contrariedad, el fugitivo se encontró sin saber qué hacer.

Avanzar era peligroso, pero retroceder era perderse irremisiblemente.

Aquella incertidumbre duró bien poco. La puerta de la calle empezó á crujir á los golpes con que la justicia la combatía, y Alimaña, decidido á todo, trepó los escalones que le restaban.

Al poner la mano en el picaporte de la puerta del piso principal, llegó á sus oídos un ¡ay! de muerte y el ruido pesado de un cuerpo al caer en tierra.

Alimaña, que era un hombre de un valor temerario, abrió la puerta de una manera nerviosa y se precipitó en la estancia. Un espectáculo terrible se presentó á sus ojos. Un hombre, con el acero desnudo, se lanzaba por una ventana que caía á un jardín. En medio de la estancia yacía, agitándose en las últimas convulsiones, un joven caballero con el pecho partido de una estocada, y sobre un blanco y aseado lecho veíase el cuerpo de una dama hermosísima, á quien una profunda herida en el cuello había arrancado la existencia.

Alimaña no tuvo apenas tiempo para contemplar aquel horroroso cuadro.

Sintió en la escalera las voces y los pasos de sus perseguidores, y con la rapidez del rayo tomó la espada del herido, y cubriéndose con una capa y un sombrero que se encontraban sobre un escaño, corrió hacia la ventana del jardín y se lanzó por ella.

Un momento después los alguaciles penetraban en aquella estancia, teatro de un drama tan sangriento como misterioso.

La justicia creyó de plano que el bandolero fugitivo era el autor de aquel doble crimen.

---

# CAPITULO II

---

LOS DOS AMIGOS

Espléndido se hallaba aquella noche el palacio del Buen Retiro.

Verdad es que Felipe IV quería demostrar al príncipe de Gales que no era exagerada la reputación que tenían los poetas españoles, y con este objeto había agregado al programa de los festejos una velada literaria, á la que debían asistir los más esclarecidos vates.

El rey renunció á favor de su esposa el derecho que legítimamente le pertenecía para presidir aquel certamen, y la noble señora entregaría una banda de raso verde recamada de oro al hijo de Apolo que hubiese sentido en su frente el beso de las musas.

El asunto de todas las composiciones debería versar sobre el amor.

Tema difícil de tratar en todos los tiempos, puesto que no ha habido ningún entusiasta de la poesía que no consagre á este asunto la mayor parte de sus versos.

Sin embargo, ¿qué dificultades no se vencerían en una época en que como representantes del Parnaso se citaban los nombres de Calderón, Góngora, Quevedo y Moreto?

Cuatro genios que escalaron la cumbre del Helicón, el primero con filosóficos conceptos, el segundo con su sentencioso y deslumbrante estilo, el tercero con sus punzantes sátiras y el cuarto con su delicadeza y sublimidad.

¿Y cómo no ser así en un reinado donde hasta el mismo monarca descuidó en ocasiones los más graves asuntos por rendir homenaje á las letras?

Hemos oído muchas veces hablar de lo lastimosamente que han languidecido las artes.

Sin embargo, las artes no mueren nunca.

Siempre hallaríamos dignísimos paladines que las representaran.

En aquellos períodos donde el monstruo de la política lo absorbe todo, en esas largas eras en que las ideas se sujetan al positivismo, las bellas artes se adormecen por falta de subsistencia propia.

Si hoy encontrásemos un protector de ellas como lo fué Felipe IV, se darían á conocer como respetables nombres que hoy permanecen en la oscuridad.

Los poetas son como las flores.

Estas no brotan sin el agua bienhechora que las robustezca.

Aquéllos no nacen sin el estímulo del premio á que son acreedores.

Algunos ujieres aguardaban rígidos como autóma-

tas en las primeras gradas de la escalera de palacio.

Los salones hallábanse profusamente iluminados.

Por sus abiertos balcones penetraba la brisa perfumando el ambiente.

Las largas calles de frondosos tilos y los árboles del paraíso encargábanse de impregnar sus alas, que se esparcían por las habitaciones de palacio.

La luna se reflejaba en los vidrios de los balcones.

¡Qué hermosa era aquella noche!

La reina permanecía en su tocador.

Multitud de doncellas cuidaban de su atavío.

Felipe IV hallábase solo en su estancia, sentado delante de su mesa de escritorio, con la cabeza apoyada en la mano izquierda.

Entre el índice y el pulgar de la diestra sujetaba una pluma.

Delante tenía una hoja de papel, en el que había trazado algunas líneas.

Parecía hallarse muy pensativo.

Un observador hubiera comprendido que escribía versos, por las cortas dimensiones de las líneas trazadas.

Con efecto, el rey, no queriendo ser menos que sus convidados, trataba de hacer alguna composición sobre el tema que hemos citado anteriormente.

Hallábase en sus más profundas abstracciones cuando se levantó la cortina de terciopelo que cubría la puerta.

Don Felipe dirigió una severa mirada hacia el importuno que iba á distraerle.

Sin embargo, aquélla fué fugaz como el brillo de un relámpago, y en sus labios se dibujó una sonrisa.

La ridícula figura de Gil apareció en el dintel.

—¿Me permite vuestra majestad?—preguntó el bufón.

—¿Qué quieres?

—El conde de Villamediana, vuestro correo mayor, y otro noble á quien no conozco han entrado en palacio.

—Perfectamente; ya supongo quién será el caballero que le acompaña. Me ha hablado esta tarde de él, pidiéndome autorización para presentármele.

—¿Algún otro poeta?

—Lo ignoro. Aunque supongo que debe serlo. Ha nacido bajo el ardiente sol de Italia, y ¿quién no se siente inspirado?... Pero déjame, déjame solo; necesito acabar mi letrilla. De seguro que el conde no se vendrá tampoco desprevenido.

Gil hizo una extravagante reverencia, y, dejando caer la cortina, dirigióse al regio salón donde ya aguardaban el conde de Villamediana y su amigo.

Este era un hombre de unos treinta y cuatro años. Natural de Módena, no parecía sino que en sus radiantes ojos se reflejaba el sol meridional que alumbró su cuna.

Su tez era ligeramente morena.

Sus cabellos, negros y ondeados.

Su nariz, correcta.

Su bigote como el azabache, tenía el brillo y la suavidad de la seda.

Sin ser exagerada su estatura, guardaba excelentes proporciones.

Llamábase Jacobo Grattis, era dueño de una inmensa fortuna, y había llegado á España hacía pocos meses.

En cuanto á su vida privada, ya era conocida en la corte, á pesar del poco tiempo que en ella llevaba.

Verdad es que el italiano se hacía pronto popular.

Amante de las mujeres, enemigo del orden y emprendedor hasta dejárselo de sobra.

Algunos decían que el joven habíase visto en la precisión de salir de su patria por haber dado muerte en desafío á uno de los favoritos del dux de Venecia.

No obstante, estas noticias no se sabían por él.

No era Grattis hombre que hacia alarde de sus aventuras. Por el contrario, siempre supo cumplir más de lo que prometía.

Era hombre que penetraba en las hosterías más miserables ó alternaba en los más elevados salones.

En unas y otras sabía portarse como las circunstancias reclamaban.

Su amistad con el conde de Villamediana era tan moderna como sólida.

Cierto es que habíanse conocido en una de esas ocasiones críticas que no pueden olvidarse jamás.

Paseaba el correo mayor del rey junto á las gradas de San Felipe, centro de reunión de todos los murmuradores de la corte.

Después de hablar con algunos cortesanos, dirigióse el conde hacia su casa.

Ya la noche había tendido sus negros crespones sobre la ciudad.

De pronto el caballero se encontró con cuatro ó cinco que discutían fuertemente.

Aquella discusión tuvo el desenlace que casi siempre tenían en aquella época, en que los hombres no necesitaban para saciar su coraje más que dirigir la diestra al pomo de sus espadas, constantemente suspendidas del cinto.

Quiso Villamediana evitar el lance, y, acudiendo á los recursos de su elocuencia, les dirigió algunas frases conciliadoras.

Los acalorados hidalgos diéronse por ofendidos, y, sin tener en cuenta la superioridad del número que constituían, arremetieron contra el conde.

Mal se hubiera visto éste seguramente, á pesar del valor que le distinguía, á no brotar de entre las sombras un misterioso embozado, que, echando hacia atrás su capa, desnudó el acero.

El desconocido, más que un hombre, parecía el mismo Satanás que había llegado en favor de Villamediana.

Tenía la fiereza del león, la agilidad del tigre y los flexibles movimientos del reptil.

El conde y él lograron poner en fuga á los agresores.

Este joven era Jacobo Grattis, que aquella tarde había llegado á la corte de España.

—¡Pardiez!—dijo el correo mayor, estrechándole la mano,—deseo conocer el nombre de la persona que me ha salvado.

Jacobo se lo dijo.

—Aunque vuestro porte y actitudes me demuestran que pertenecéis á una noble familia, ¿podré prestaros algún servicio?

—¿Os parece pequeño ser amigo mío? En cuanto á otra clase de favores, agradezco vuestra intención, pero nada me hace falta por ahora. Soy rico hasta el punto de poder alfombrar con oro los pavimentos de palacio, soy joven y disfruto de excelente salud.

—¡Tres partidas bien envidiables!

—No para vos, que sin duda alguna las poseéis.

—Con efecto.

—¿Vuestro nombre?

—Don Juan de Tarsis.

—Conde de Villamediana y correo mayor de su majestad.

—Precisamente.

—Y el hombre más mimado de los salones, y sobre todo de las mujeres.

El conde se sonrió.

—Pues en ese caso,—dijo Jacobo,—tenéis en mí un competidor. Yo también, cansado de las matronas de Roma, de las hijas del Adriático y de las ardientes napolitanas, en cuyos corazones parece haberse concentrado la lava del Vesubio, vengo á Madrid en busca de aventuras amorosas.

Desde aquel día, Villamediana y Jacobo Grattis fueron dos amigos inseparables. ¿Cómo no había de suceder así, si además de deberle el conde la existencia, ambos tenían caracteres muy semejantes?

Es un error lo que afirma el proverbio.

En los contrastes está la armonía.

Prueba de ello que para que exista verdadera amistad, una de las partes se asimila á los pensamientos de la otra.

El conde había anunciado al rey sus deseos de presentarle al italiano.

No encontró Villamediana una ocasión más propicia que aquella noche para realizarlo.

Ambos jóvenes aguardaban en la sala cuando se presentó Gil.

Su extravagante figura hizo sonreir á Jacobo.

—El rey,—dijo el bufón,—me ha dicho que esperéis un instante.

—¿Se encuentra con don Gaspar de Guzmán?

—No, está solo.

—Pocas veces podrá gozar de ese beneficio.

—Siempre que escribe.

—¡Ah! ¿luego el rey está escribiendo?

—Creo que trata de hacer una composición al amor.

—Perfectamente. Nada más justo que nos demuestre sus opiniones respecto á ese tema.

—Y que no es asunto que debe tratar mal,—repuso Gil sonriendo con malicia.

—¿Por qué?

—De más sabe el señor conde que la práctica hace maestros.

Y Gil se alejó riéndose.

—¿Quién es este ente?—preguntó Grattis.

—Es el bufón del rey.

—Comprendo que le haga pasar algunos ratos felices. Su fealdad tiene la grandeza de lo monstruoso. ¡Qué contraste tan inmenso debe presentar al lado de la reina, que, según me han dicho, es el perfecto retrato de los ángeles!

El conde de Villamediana lanzó un prolongado suspiro.

Este pequeño detalle, que hubiera pasado desapercibido á los ojos de cualquiera, llamó la atención de Jacobo Grattis.

El italiano era un profundo conocedor de los hombres.

Para algo había de haberle servido la existencia aventurera que había pasado.

—¿Por qué suspiráis, conde?—le preguntó.

—No he observado siquiera,—respondió éste;—tal vez el excesivo calor...

—Que abrigáis en el alma, ¿no es cierto? Por lo demás, la estancia se halla á una temperatura agradabilísima. Los balcones se encuentran abiertos, y por ellos penetra la deliciosa brisa, después de pasar por las dilatadas frondas del jardín.

El conde permaneció silencioso.

—Si no fuese por pecar de indiscreto,—prosiguió Jacobo Grattis,—os haría una pregunta.

—Ya sabéis que yo nunca os puedo considerar indiscreto. Nuestra amistad, aunque reciente, es verdadera. ¿Acaso no existen para ello poderosos motivos?

—Pues bien, Villamediana, cuando he nombrado á doña Isabel...

—Acabad.

—Vuestro semblante ha palidecido. ¿Acaso os interesa?

—Como pueda interesarme toda mujer hermosa.

—¿Nada más?

—Nada más.

—En ese caso os creo.

—Como comprendéis, aunque de otro modo fuese, mi amor sería una locura.

—¿Por qué?

—Porque los hombres no deben aspirar á las estrellas que brillan en el cielo.

—Ciertamente; pero sí á esas estrellas que fulguran á nuestro lado.

—¿Luego vos os atreveríais?...

—¿Por qué no? ¿Acaso la esposa del rey no es susceptible de enamorarse de uno de sus vasallos?

—No, la reina es el símbolo de la virtud.

—Lejos de mí ponerlo en duda, Villamediana; pero la verdad es que entre vos ó el monarca, prescindiendo del carácter que le rodea, no es dudosa la elección.

—Pues bien, amigo Grattis, van á abrirse mis labios para revelaros un secreto, confiando en vuestra discreción.

—Hablad; sabéis que soy discreto. Después de todo, mi interés no es más que por relacionarse el asunto con vuestra persona.

—Supuesto que el rey está ocupado, seguidme. Daremos un paseo por el parque; de otro modo no conseguiríamos hablar con libertad, pues ya noto los rumores de algunos cortesanos que se aproximan.

Villamediana y Jacobo Grattis se dispusieron á salir de la regia estancia.

—Yo también,—dijo el segundo,—deseo referiros una aventura que ya he tenido.

—No me sorprende en vos: creo que pocos días transcurrirán sin que podáis decir lo propio.

—Ya sabréis que hoy debía haber sido la ejecución de ese célebre capitán de bandoleros á quien conocen las gentes por el extraño apodo del Alimaña.

—Con efecto. ¡Qué hecho tan escandaloso haberse fugado un criminal en presencia del patíbulo, arrancado de las manos de la justicia por sus secuaces!

—Pues el Alimaña, huyendo del ayudante del verdugo, ha entrado en una casa donde acababa de ocurrir un sangriento drama.

—Con efecto, me han asegurado que para posesionarse de aquella morada dió la muerte á un hidalgo.

—No, es necesario que yo no cargue mi conciencia haciéndole responsable de lo que no hizo. El muerto era un marido celoso y el agresor...

—Os comprendo, Grattis.

—El agresor no ha pensado nunca en robar más que los corazones de las mujeres.

Jacobo Grattis, al decir esto, se sonrió, haciendo pasar á su amigo por la puerta que conducía al parque.

—Ahora hablad de vuestro asunto; me interesa, como todo lo que con vuestra persona tiene relación.

Los dos jóvenes se hallaban un instante después en el parque.

---

# CAPITULO III

---

REVELACIONES

Seguramente que pocos de nuestros lectores desconocerán el jardín del Buen Retiro.

Es sin duda alguno el paseo más encantador de la corte, no sólo por la frondosidad de sus hermosas calles, sino también por la multitud de recuerdos históricos que nos trae á la imaginación.

El conde y Jacobo Grattis salieron de la estancia, y bajando por cuatro ó cinco escalones de mármol, encontráronse en el parque.

Este se hallaba delicioso.

Villamediana, no queriendo hacer sus revelaciones en la plazoleta contigua al palacio, aventuróse por una alameda de castaños, donde los rayos de la luna penetraban con timidez entre el follaje.

Al final de ella encontraron otra pequeña plazoleta con bancos alrededor.

—¿Si os parece, tomaremos asiento?

—Como queráis, conde.

—Voy á referiros,—empezó Villamediana,—el origen de mi simpatía hacia la reina.

Grattis dirigió una mirada á su alrededor.

—No temáis; á estas horas estos parajes están desiertos. Todo el mundo se halla preocupado con la velada literaria que nos prepara el rey.

—Sin embargo, es necesario recordar que nos encontramos en el siglo del poeta Alarcón, ese ilustre jorobado que ha escrito *Las paredes oyen*. Si estas cualidades atribuye á los muros el favorito de las musas, ¿qué no les sucederá á unas alamedas tan umbrías?

Y Jacobo Grattis abandonó su asiento, haciendo un minucioso examen de los alrededores.

Era indudable que se hallaban solos.

—Perfectamente,—dijo,—ahora podéis hablar. Os escucho.

—No puedo negaros que doña Isabel siempre me pareció hermosa. ¿Cómo no había de parecérmelo, si lo es? Sus cabellos rubios, sus ojos azules y su rostro blanco como la nieve forman el conjunto más arrobador que podáis imaginaros. No obstante, yo no había pensado nunca en ella. Sabía que este insensato amor podía ser la base de mi desventura. Ahora bien, amigo Grattis; los que poseemos un alma ardiente y una imaginación fantástica, no basta que formemos buenos propósitos, no es suficiente que queramos huir de una cosa determinada. La fuerza de voluntad tiene sus límites. Yo no quería pensar en doña Isabel, y las circunstancias me obligaron á pensar en ella. Su ilustre

esposo me profesa la más cariñosa amistad. Cuento el número de favores que le debo por las peticiones que mis labios le expresaron. En una palabra, me repugnaba serle traidor, no ya atentando á derribarle del trono como otros conspiradores vulgares, sino á hacerle caer del pedestal de la honra. Yo estaba enterado hasta de los menores detalles de su vida privada.

Sabía, por lo tanto, que en aquella época don Felipe hallábase en relaciones con una comedianta. Paseando una noche por las alamedas de este parque, embebecido en mis más profundos pensamientos, llegó hasta mí el rumor de una conversación. Aquel rumor resonó en mis oídos como un canto celeste, como las vibraciones de un arpa pulsada por un ángel. La que hablaba era la reina. Os confieso que pocas veces he rendido culto á la curiosidad. Sin embargo, en aquella ocasión la sentí. ¿Qué hombre no hubiera hecho lo propio? Hallábame solo, la noche predisponía mi alma á lo fantástico y lo ideal. En aquel paraje hallábase una mujer hermosa. Fuerza era ver con quién hablaba y lo que decía. La noche estaba tan espléndida como la presente. La primavera empezaba á cubrir el parque de fragantes flores. Me aproximé entre la espesura como se acerca el cazador que trata de sorprender á la incauta gacela. Sentadas en un mismo banco hallábanse doña Isabel y su íntima amiga la duquesa de Santarem.

Al oir pronunciar este nombre, Jacobo Grattis hizo un movimiento.

—¿Conocéis á la esposa de don Fernando de Lara? —preguntó el conde.

—Seguid, seguid vuestro relato,—dijo el italiano;—ese nombre ha traído á mi memoria pasados sucesos de los que hablaremos en otra ocasión.

—La reina,—prosiguió Villamediana,—lamentábase con su amiga de la conducta observada por su marido. No había faltado quien la enterase de sus devaneos con la comedianta. Os confieso que me quedé inmóvil en presencia de su hermosura. Parecíame que era la primera vez que la contemplaban mis ojos. Sus pupilas de color de cielo se hallaban húmedas por el llanto. Semejaban dos violetas entre cuyos pétalos tiemblan las gotas del rocío matinal. Sus labios entreabiertos lanzaban amargos sollozos. Estaba verdaderamente interesante y bella. Unid á sus encantos la aureola que siempre rodea á las mujeres que han llegado á la última cumbre del engrandecimiento. Era una reina que lloraba. Yo un poeta que tenía libre paso en palacio. La llama del amor ardió en mi pecho. Hallábame absorto en mi muda contemplación, cuando la duquesa de Santarem se puso en pie repentinamente. Es una mujer de una vivacidad extraordinaria. Viendo que se aproximaba, quise huir; pero tan espeso se hallaba el sitio en que me había ocultado, que, temiendo hacer ruido, consideré más prudente hacerla creer que me aproximaba en aquel instante. El deseo de apoderarse de una flor que acababa de descubrir la duquesa fué la causa de que advirtieran mi presencia. La reina se enjugó los ojos con su finísimo lenzuelo de encaje, y luégo me dirigió una mirada. En sus pupilas no se advertía, sin embargo, el enojo. Son tan

puras, tan inefables, que no pueden retratar más que la mansedumbre. La de Santarem lanzó una franca carcajada, y, tomándome de la mano, me dijo:

—Señor conde, en esta ocasión las palomas han sido quien se han apoderado del gavilán.

—Ciertamente que sí. Pero ¿qué gavilán no se dejaría prender por unas aves tan hermosas como lo son la ilustre reina y su encantadora amiga?

—Siempre galante,—me respondió la duquesa.

—Por lo menos,—la dije,—siempre amigo de decir la verdad. La reina se hallaba inquieta. Comprendí que temía que yo hubiese oído el diálogo que momentos antes sostenía. Yo me aproximé.

—¿Hace mucho que estabais en el jardín?—me preguntó.

—No, señora; he llegado hace un instante.

Ignoro si dió crédito á mis palabras, pero un nuevo suspiro escapóse de su pecho. Desde aquel día no dejé una sola noche de visitar aquellos sitios. Otras dos veces encontré á la reina.

—¿Y no la habéis hablado de vuestro amor?—preguntó Grattis.

—De un modo concreto, nunca. Como comprenderéis, es un asunto peligroso por tratarse de la persona que se trata.

—Sin embargo, hay medios de insinuarse.

—Desde luégo, y no he dejado de practicarlos. Ya sabéis que las mujeres conocen cuándo un hombre las ama quizás mucho antes de que el interesado se dé cuenta exacta de ello.

—¿Luego creéis que la reina?...

—Tengo la seguridad que no ignora el amor que me inspira. Mis ojos se lo han hecho comprender. Me atrevería á deciros más: creo que la reina no se disgusta por mi actitud.

—Eso no desagrada á ninguna mujer.

—Esta misma noche tendré ocasión de demostrar mi afecto de un modo más ostensible.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿En la recepción?

—Precisamente.

—No me parece el instante más oportuno.

—Sin embargo, es posible que cambiéis de opinión cuando os explique los medios que voy á emplear.

—Veámoslos.

—Ya sabéis que el objeto de la velada es que el príncipe de Gales conozca á nuestros mejores poetas.

—Con efecto.

—Yo he escrito un soneto.

—¿Dedicado á la reina?

—Esto no era posible, puesto que el tema era forzoso; pero ese soneto acróstico forma su nombre con las primeras letras de cada verso.

—Es ingenioso; pero ¿lo advertirá doña Isabel?

—Si no lo advirtiera, yo haría por llamar su atención sobre ese punto.

En aquel instante Villamediana y su amigo volvieron la cabeza hacia una enramada por la que se oían rumores de pasos.

—¿Nos habrán escuchado?—preguntó el italiano.

—No; se comprende que la persona que llega no trata de ocultar su presencia.

Un instante después apareció Gil.

—¡Podía estaros buscando toda la noche, señor conde!

—¿Terminó el rey su poesía?

—El rey se halla en el salón acompañado de algunos vates.

—Pero ¿el príncipe no ha llegado todavía?

—No.

—Y la reina ¿se halla en el salón?

—Tampoco.

—Perfectamente; en ese caso vamos hacia allí.

Villamediana y Jacobo Grattis se dirigieron hacia palacio, precedidos del bufón, que se entretenía en sacudir las ramas de los arbustos con una varita que le servía de bastón.

Cada vez que tronchaba un grupo de hojas sonreíase.

—Ahí tenéis sus malos instintos,—exclamó Grattis; —el espíritu de destrucción. Ese miserable debe tener un alma tan contrahecha como su cuerpo.

—No creáis que me fío mucho de él.

—Hacéis perfectamente. Es la persona de quien más debéis recataros.

El conde y Jacobo entraban pocos momentos después en la regia estancia del alcázar.



# CAPITULO IV

## LA VELADA

Algunos cortesanos rodeaban al rey hablándole y riendo con esa adulación característica de los palaciegos.

Cuando Felipe IV vió entrar en la sala al conde y á su amigo, suspendió su relato.

Villamediana, después de saludar al rey, presentó á Jacobo Grattis como amigo suyo y representante de la más elevada nobleza italiana.

Mientras ambos amigos conversaban con el rey, algunos cortesanos aproximáronse á Gil.

—Este nos referirá las aventuras de la cacería, se dijeron.

El bufón se sonrió al verlos llegar.

—¿Qué tal, Gil, cómo os ha ido en la cacería? ¿Supongo que no habrás faltado?

—Con efecto, no he faltado.

—¿Muchas reses?

—Regular. Ya sabéis que en los montes del Pardo se cazan como podría hacerlo la raposa en un corral de gallinas.

—En verdad que es un coto magnífico.

—¿Tú no habrás cazado?—le preguntó otro.

—Con efecto, no he cazado.

Y al decir esto, su boca se abrió hasta las orejas para dejar paso á una horrible risotada.

—¿Jabalíes?

—Algunos.

—¿Paletos?

—Muchos, muchos,—respondió el bufón; —el rey se ha divertido con locura.

Y guiñó el ojo izquierdo de un modo significativo al pronunciar estas palabras.

—Cuéntanos, cuéntanos los pormenores de la fiesta.

—¿Acaso no sabéis lo que ha pasado?

—Alguna cosa nos han dicho, pero no damos crédito á ella hasta que tú nos la confirmes.

—Pues el rey...

—Sigue, sigue.

—El rey se ha divertido de un modo extraordinario. Y si lo dudáis, que se lo pregunten á una de las más ilustres damas que nos acompañaban.

—¡Ja, ja, ja!

—¿Luego es cierto lo que nos dijeron.

—¿Luego la duquesa de Santarem?...

—¡Silencio!—dijo el bufón llevándose el índice á los labios, —bueno es que murmuremos un rato sin ofen-

der á nadie ni pronunciar nombres propios. Cuando se trata de un asunto de honra, nunca debe pronunciarse el nombre de la mujer, sino el del marido.

Rieron de nuevo los cortesanos por aquella ocurrencia.

—Sea como quieras; ¿de modo que la esposa de don Fernando de Lara?...

—Se perdió en las espesuras del bosque, y el rey, que tiene un olfato más superior que cualquiera de sus sabuesos, pudo encontrar su pista.

—¿Ignorará don Fernando lo acontecido?

—¿Acaso un esposo no ignora siempre estas cosas? Recordad la letrilla de don Francisco de Quevedo:

«Todo Madrid lo sabía;
Todo el mundo, menos él.»

De seguro que hoy don Fernando de Lara se encuentra más satisfecho que si el rey le hubiera concedido un nuevo título de nobleza.

—¿Y el hecho ha sido público?

—Perfectamente público.

—¡Qué escándalo!

—¡Qué vergüenza!

—¡Qué escarnio!

En aquel instante un ujier anunció que acababa de llegar el duque de Santarem.

—¿Pero ese hombre se atreve á presentarse esta noche en palacio?

—¿Por qué no?—dijo Gil;—¿acaso no acabo de deciros que ignora cuanto ha pasado?

—Esto es horrible.

Y aquellos miserables murmuradores se aproximaron al duque tan pronto como se presentó en la estancia. Este iba acompañado de su joven esposa.

Doña María llevaba un elegante vestido de raso blanco.

Entre sus negros cabellos se enlazaba un magnífico cordón de brillantes, que deslumbraban los ojos al sentirse heridos en sus facetas por los rayos de la luz artificial.

Su garganta y sus brazos desnudos la hacían más voluptuosa.

Las mejillas de doña María Deza conservaban el vivo carmín de la persona que ha pasado en el campo todo un día.

No hubo mirada que no se fijase en ella.

Sin embargo, la duquesa no lo extrañó.

Estaba acostumbrada á producir efecto en cuantos sitios se presentaba.

Los ojos del bufón brillaron como carbunclos.

Una nube sombría cruzó por su mente.

Luégo se sonrió.

Aquel portento de hermosura, que ni siquiera le hubiese concedido una mirada en aquella ocasión, era la misma mujer que había estado en sus brazos algunas horas antes.

Cierto que el mundo no lo sabía y que no eran posibles las expansiones de la vanidad; pero ¿qué le importaba esto al humilde bufón, condenado á arrancar sonrisas sólo con su monstruosa figura?

Gil se alimentaba con su propio veneno.

Los cortesanos arrimáronse al duque.

A pesar de lo mucho que le habían censurado, no dejaban de comprender que si el monarca fijó su atención en la duquesa, Lara gozaría de la mayor influencia.

A esta infame manera de proceder llámalo el mundo formas sociales y buena educación.

Un momento después entraron en la regia estancia don Pedro Calderón, Góngora y Moreto.

Todos fueron á inclinarse ante el rey.

El príncipe de Gales, seguido del conde de Brístol, tampoco se hizo esperar.

La estancia presentaba un espectáculo maravilloso.

Damas lujosamente vestidas discurrían de derecha á izquierda compitiendo en lujo y hermosura.

Daban las ocho los relojes de palacio cuando abrióse una de las puertas del salón, que hasta entonces había permanecido cerrada, dando paso á la reina.

Esta, despues de hacer una graciosa reverencia, sentóse junto á la duquesa de Santarem, su íntima amiga.

—Dispensad,—dijo el rey, tomando su diestra entre ambas manos;—va á dar comienzo la lectura de poesías, y vuestro puesto es ese trono.

La reina levantóse, ocupando el sitio que le indicaba su esposo.

—¿Y vos?—preguntó á éste con acento tan dulce como un suspiro.

—Yo entre estos señores. Ahora no soy el rey; soy el vate que aspira á la banda que bordaron vuestras manos.

Y don Felipe sentóse junto á don Pedro Calderón.

El conde de Villamediana no apartaba sus ojos de la reina.

—No sé lo que daría,—dijo á Jacobo Grattis,—porque esa preciosa banda que ofrecen como premio del talento me fuese adjudicada.

—No lo dudo. Eso os demostraría que la reina os distingue sobre todos.

—Pero, por lo mismo que me distingue más que á los otros, no se atreverá á concederme el premio.

En aquel instante oyóse en la regia estancia un leve rumor. Un nuevo personaje lo había promovido con su presencia.

—Ya podemos prepararnos á reir,—dijo uno de los cortesanos.—Ahí está Quevedo, el satírico Quevedo.

El poeta se inclinó delante de la reina, y luégo saludó al esposo de ésta.

—¿Habéis hecho alguna poesía?—le preguntó el rey.

—¿Cómo no, sabiendo que de este modo complacía á vuestra majestad y más á vuestra noble esposa?

—¡Quiera el cielo que no haga alguna de las suyas! —dijo Villamediana en voz baja.

—Creo que don Francisco es sangriento en sus sátiras.

—Hacen más daño que una espada desnuda.

El conde duque de Olivares penetró poco después en la estancia. Entonces se dió principio á la lectura.

Don Pedro Calderón, á quien concedieron la preferencia todos por su carácter religioso y su antigüedad

en cultivar las letras, leyó un fragmento de uno de sus mejores dramas, en que ponderaba las excelencias del amor.

Al finalizar, los concurrentes le tributaron un nutrido y unánime aplauso.

—¡Siempre grande!—dijo Quevedo;—¡siempre recordándonos que es el autor de *La Vida es sueño!*

—Oigamos á Góngora,—dijo el rey.

—No,—interrumpió la reina;—si queréis, díganos alguna cosa el intencionado Quevedo; de este modo alternaremos, y lo serio se unirá á lo festivo.

—Sea como gustéis.

Excusábase don Francisco; pero, no pudiendo evadirse, púsose en pie.

—Diré mi soneto á Floralva.

—Decid lo que queráis, que bueno ha de ser al haber brotado de vuestra ingeniosa pluma.

Quevedo empezó á recitar los siguientes catorce versos:

«No admiten, no, Floralva, compañía
Amor y majestad siempre triunfante:
Solo ha de ser el rey, solo el amante;
Humos tiene el favor de monarquía.
El padre ardiente de la luz del día
No permite que muestre su semblante
Estrella presumida y centellante,
En cuanto reina en la región vacía.
Amor es rey tan grande, que aprisiona
En vasallaje el cielo, el mar, la tierra,
Y única y sola majestad blasona;
Todo su imperio un corazón le cierra,
La soledad es paz de su corona,
La compañía, sedición y guerra.»

—¡Bravo, Quevedo; el soneto es muy lindo!

El poeta hizo una reverencia á la reina y la entregó el papel en que se hallaba escrito.

—Sorpréndeme que hayáis olvidado vuestro género.

—No siempre ha de escribirse para que rían los demás.

—Es cierto.

—Ahora vos, Villamediana, —dijo el rey.

—Señor, ¡qué voy á leer después de haber escuchado las poesías de estos favoritos de las musas!

—Leed, leed, conde,—añadió la reina, cediendo á las instancias que su esposo la hizo para que interpusiese su influencia.

—Mandándolo vuestra majestad, ¿cómo negarme?

Y Villamediana se levantó.

—¡Dios mío! —dijo la reina en voz baja;—temo que el conde cometa alguna ligereza.

—No lo creáis,—la respondió la duquesa de Santarem; —es demasiado prudente para cometer semejante indiscreción.

Jacobo Grattis clavó sus ojos en el conde.

Este comenzó con acento claro y varonil la lectura del siguiente soneto:

Ira del cielo, amor fueron tus tiros
Sobre el que adorá un imposible objeto;
Arde, y su fuego, que ocultó el respeto,
Bramando exhala en rápidos suspiros.
En vano ablandan bronces y porfiros
Lágrimas de dolor, ¡cruel Aleto!
Dura suerte no dura un solo afeto;
En tanto el hombre cambia en raudos giros.

Bárbaro amor, concede una esperanza
Ó que á olvidar me mueva su desprecio;
Rompe si no los lazos de la vida,
Baste ya lo sufrido á tu venganza.
¡Oh! ¡No escuches, amor, mi ruego necio!
¡No! ¡Ingrata sea, nunca aborrecida!

Al terminar de decir el último verso, el conde clavó sus negros ojos en la reina. Esta había palidecido.

Disponíase Villamediana á entregar el soneto á doña Isabel, como habían hecho Calderón y Quevedo, cuando Jacobo Grattis advirtió que don Francisco había notado que era un acróstico y que se sonreía maliciosamente.

—No entreguéis á la reina ese papel,—dijo el italiano en voz baja.

—¿Por qué?—preguntó el conde.

—Seguid mi consejo. Ya os explicaré por qué os hago esta advertencia.

Afortunadamente el conde llevaba en la mano otra poesía, que sacó de su bolsillo al propio tiempo que el soneto, y acercándose á la augusta señora, se lo entregó.

La reina tomó el papel con mano temblorosa.

Quevedo acercóse á uno de los ángulos de la estancia, seguido de Góngora.

—¿Habéis observado?—le preguntó.

—¿Que esa composición es alusiva al amor que el conde siente por la reina?

—Eso desde luégo. Pero hay más.

—Os aseguro que no llega mi sagacidad hasta el punto de comprender lo que queréis decirme.

—El soneto que ha leído Villamediana es un acróstico. Fijaos en las primeras letras de sus catorce versos, y veréis cómo forman el nombre de Isabel de Borbón.

Y Góngora y Quevedo se acercaron nuevamente al grupo que formaban los poetas.

Un hombre recostado en un sillón, y que al parecer se hallaba profundamente dormido, había escuchado las palabras de los dos vates.

Era Gil, el bufón.

Apenas advirtió que los dos poetas habían vuelto á ocupar sus puestos, abrió sus pequeños ojos.

—¡Hola, hola!—se dijo;—¡conque el soneto del señor conde tiene sus misterios! Bien, yo me encargaré de descubrirlos.

Y deslizándose por la alfombra como un reptil, llegó hasta donde se hallaba el amigo de Jacobo Grattis.

---

# CAPITULO V

DONDE EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES ENCUENTRA LA MANERA DE ALEJAR DE LA CORTE AL DUQUE DE SANTAREM.

El conde de Villamediana había roto disimuladamente el papel del soneto dedicado á la reina.

Luégo arrojó los pequeños pedazos detrás del sillón que ocupaba.

Aquellos fragmentos eran los que llamaron la atención de Gil.

Mientras el conde permaneció en aquel sitio, el bufón no apartó los ojos de los fragmentos; y cuando Villamediana, ansioso de conocer los motivos que habían impulsado á Grattis á aconsejarle que no entregase los versos á la reina, dirigióse á uno de los ángulos de la sala, entonces recogió Gil hasta el más pequeño pedazo que encontró sobre la alfombra.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó el conde á su amigo.

—Quevedo se ha apercibido de las condiciones de vuestra poesía.

—¡Mucha sagacidad me parece!

—Sin embargo, ya sabéis que eso no es nuevo en su persona. Fijaos y veréis cómo bajo cualquier pretexto ruega á la reina que le permita leerlo nuevamente. No en vano os decía yo que era temerario vuestro propósito.

—El rey, no obstante, parece hallarse tranquilo.

—Con efecto, nada ha notado.

—Ahora habla, sin embargo, con el conde-duque, que es muy sagaz.

—Y que posee un gran ascendiente sobre su persona.

—¿Os profesa el privado alguna antipatía?

—No lo sé. Yo creo que se la profesa á todo el mundo. Es tan egoísta, que su deseo sería que no entrase en palacio más que él. Don Felipe está completamente subyugado por el favorito. Verdad es que éste trata de complacerle hasta en lo más mínimo. Hasta le prepara aventuras de amor.

—¿Es posible?

—Dígalo si no la que ha ocurrido esta tarde en el Monte del Pardo. De seguro que el conde-duque ha intervenido en ella.

—¿Pues qué sucedió?

—¿No lo sabéis?—preguntó Villamediana con sorpresa.

—Lo ignoro.

—Pues la protagonista ha sido la duquesa de Santarem.

—¿Doña María Deza?

—La misma.

—Decidme, decidme cuanto sepáis.

—Parece que esa dama os inspira interés. Lo he observado cuantas veces os la nombraron mis labios.

—Con efecto, me lo inspira, pero muy distinto á lo que podáis imaginar. Ya os dije que en alguna ocasión os hablaré de esta historia.

—Nada de extraña tenía mi conjetura. ¿No la encontráis hermosa?

—Mucho. Sin embargo, respeto, á pesar de mi carácter, un tanto ligero, á las hijas de mis íntimos amigos.

—¡Ah! ¿conocéis á su padre?

—Conozco á don César hace muchos años. Nuestra amistad empezó por una circunstancia análoga á la nuestra.

—¿Le ayudasteis á salir ganancioso en una reyerta?

—Por el contrario, él me ayudó á mí. Es seguro que á no haber sido por su intercesión y la de su escudero hubiese muerto en una hostería de Florencia.

—En ese caso comprendo vuestro interés. Hay cosas que no se olvidan nunca. Pues la duquesa de Santarem se perdió esta tarde en las espesuras del monte. Ya sabéis que no tiene nada de extraño esta particularidad, tratándose de una dama tan intrépida.

—Esa circunstancia la ha heredado de su padre.

—Muy decidido debe ser don César cuando vos se la concedéis.

—Mucho lo es con efecto. Su primera juventud ha sido una dilatada cadena de peligrosas aventuras.

—El hecho,—prosiguió el conde,—es que la joven

cayó desmayada, y que cuando llegamos los cazadores y los monteros, el rey la sostenía en sus brazos. Excuso deciros las murmuraciones á que esto ha dado lugar entre unas gentes que no saben hacer más que cebarse en la reputación ajena.

—¿Conoce don Fernando de Lara el suceso?

—Lo ignora.

—¿Y vos creéis que el monarca?...

—El monarca galantea á la duquesa; pero, si he de deciros la verdad, no creo que haya ocurrido entre ambos absolutamente nada.

—¿En qué os fundáis? La ocasión no podía ser más propicia.

—Es cierto; pero la tranquilidad que se advierte en la duquesa me afirma en mi creencia. Ella es una mujer honrada. Ama á su esposo. Seguramente que no hubiese venido á la recepción de palacio á ser culpable.

—Con efecto, parecen fundadas vuestras razones.

—Es indudable que don Felipe no ha conseguido ni una sonrisa de sus labios. Es demasiado amiga de la reina para que la joven tratase de hacerla desgraciada.

—¿De modc que está cebándose la calumnia en una dama que ni siquiera lo sospecha?

—Así es.

—¡Ah! ¡Quiera Dios que no llegue á oídos de su padre! Hombre es capaz de arremeter á cintarazos con todos esos indiscretos cortesanos; y, si me apuráis mucho, estoy por deciros que hasta con el mismo monarca.

—¿Está en la corte?

—Sí.

—Creo que la prudencia aconseja que nada le digáis.

—Desde luégo. ¿Y qué intervención ha podido tener el conde duque de Olivares en esa aventura que parece puramente casual?

—Si no la ha tenido esta tarde, me consta por lo menos que ha hablado muchas veces con la duquesa de las grandes simpatías que le inspira al rey. Trata por cuantos medios existen de arreglar esas relaciones.

—No gozará el privado de las simpatías de la reina en ese caso.

—Desde luégo; ya sabéis que las mujeres no aprecían nunca á los amigos íntimos de sus esposos.

---

Mientras el conde y Jacobo Grattis hablaban de esta manera, la reina había entregado la banda que constituía el premio del certamen á don Pedro Calderón.

Quevedo y Góngora seguían conversando.

Gil había vuelto á ocupar su puesto en uno de los rincones.

Parecía hallarse triste y pensativo.

Sus ojos fijábanse alternativamente en la reina y en la duquesa de Santarem.

En cuanto á Felipe IV, hallábase junto al príncipe de Gales y el conde-duque.

Los cortesanos discurrían por el salón.

Las damas formaban encantadores grupos.

Trascurrida una hora, el príncipe de Gales estrechó la mano del rey, é inclinándose ante doña Isabel y la infanta, salió de la estancia, seguido del conde de Brístol.

Comprendiendo los circunstantes que el monarca se sentiría cansado por el rudo ejercicio de aquel día, fueron despidiéndose y marchándose.

Villamediana, aprovechando un momento en que la reina no tenía á su lado más que á la duquesa, se aproximó:

—¿Os vais, conde?—le preguntó María.

—Sí, señora; veo que la reina está afectada y que la conviene consagrarse al reposo. Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana, conde,—respondió doña Isabel dirigiéndole una furtiva mirada.

Y luégo, volviéndose hacia doña María Deza, la dijo:

—No os vayáis, necesito hablar con vos. Si vuestro esposo se marcha, todo se reduce á que esta noche la paséis en palacio.

—¿Dónde mejor que junto á vuestra majestad? Sin embargo, no es preciso que así lo haga. Mi esposo me ha dicho hace un instante que el rey le ha manifestado deseos de hablar reservadamente con él. Ya sabéis lo que son los hombres. Nunca ponen límite á la conversación.

—En ese caso venid á mi cámara y en ella hablaremos con entera libertad.

—Voy á advertírselo á Fernando para que me mande aviso cuando termine sus asuntos.

—Aquí os aguardo.

La duquesa abandonó su asiento, dirigiéndose hacia el sitio en que se hallaba su marido.

—Perfectamente,—respondió éste, cuando supo los deseos de la reina.—Sin embargo, como es muy posible que yo me detenga con el rey hasta el alba, ya sabes que el carruaje espera á la puerta. Puedes ir á casa cuando lo consideres oportuno.

La duquesa volvió al lado de doña Isabel.

Cuando se hubieron alejado todos los cortesanos, don Felipe, el conde duque de Olivares y Fernando de Lara se dirigieron á la cámara del primero.

El rey había dicho al privado pocos momentos antes:

—Es necesario que el duque salga mañana mismo de la corte.

—Nada más fácil que conseguirlo.

—¿De qué modo?

—Enviadle con una misión especial para el rey de Francia.

—Es cierto; Luis XIII puede hacerme en esta ocasión, aunque sin saberlo, un señalado servicio.

---

# CAPITULO VI

## EL ALMA DEL BUFÓN

La reina y la duquesa también se habían alejado del salón.

Poderoso era el contraste que formaba la estancia comparándola con el que momentos antes había presentado.

Apagáronse las luces.

Reinó el más absoluto silencio.

En vez de aquellas damas cubiertas de raso y pedrería, que discurrían sobre su blanda alfombra, sólo quedó sombra, misterio, quietud.

Unicamente Gil entró de nuevo con una linterna encendida.

Quería persuadirse que no había dejado ni el más pequeño fragmento del escrito del conde.

Cuando estuvo seguro de ello dirigió el foco de la linterna hacia uno de los retratos que había suspendidos de las regias paredes.

Hallábase éste encerrado en un magnífico marco.

Del deforme pecho del bufón se escapó un sordo gemido.

Luégo sus pupilas brillaron de un modo siniestro.

El retrato que llamaba su atención era el de la reina.

Pocas veces había acontecido que un solo corazón pueda palpitar á la vez por dos mujeres.

Sin embargo, para que todo fuese extraño en aquel aborto de la naturaleza, si grande era la pasión que sentía por la duquesa de Santarem, no era menor la que le inspiraba la esposa de Felipe IV.

Dicen que el amor es exclusivista, sentimiento que invade nuestra alma hasta el punto de disminuir todos los afectos para concentrarlos en una sola persona.

Esto sucede cuando el amor es lícito, cuando le vemos rodeado de todas sus idealidades.

No obstante, Gil no era susceptible de comprender estos dulces afectos.

Sus pasiones eran rudas como el volcán, que vomita por su irritado cráter devoradoras llamas, como el Océano, cuyas crespas ondas amenazan tragarse la tierra.

Dotado de una complexión robusta, vigoroso como el roble, sentía una imperiosa necesidad del amor lascivo.

Los negros ojos de la duquesa, su tez morena y sonrosada, sus cabellos de azabache, le enloquecían.

Los rubios cabellos de doña Isabel, la pálida blan-

cura de su rostro y sus ojos azules como el cielo le deleitaban.

La una era la belleza de una noche sombría.

La otra el espléndido despuntar de una mañana de primavera.

¿Acaso no tenían ambas sus bellezas?

Convencido el bufón de que no existía ningún pedazo del papel en que el conde había escrito el soneto, dirigió una última mirada al retrato y salió de la sala.

De pronto se estremeció.

Un sordo gemido escapóse de su pecho.

El foco de luz que brotaba de la linterna había proyectado su sombra en una de las paredes.

—¡Qué horrible soy!—exclamó.

Y una amarga sonrisa se dibujó en sus labios.

Aventuróse después por una de las escaleras del palacio que conducía á su cuchitril.

El bufón dormía en una buhardilla.

No era que le obligase el rey á habitar semejante tugurio, más propio de las aves nocturnas que de un sér humano, sino que á Gil le agradaba aquel miserable recinto.

Subió los ciento y pico de escalones que conducían á él.

Una pequeña mesa de pino, un diván desvencijado y sucio, que le servía de lecho, una silla, un arca, un candil y un jarro constituían el mobiliario y utensilios de aquella miserable mansión.

El techo hallábase formado de gruesas vigas, y no

recibía la estancia más luz que la que penetraba por una mezquina claraboya, donde las arañas tejían sus plateadas redes.

Un enorme gato negro, único amigo que tenía Gil en el mundo, dormitaba sobre la manta con que el bufón se cubría durante su sueño.

Al sentir los conocidos pasos de su amo, salió á recibirle dando broncos maullidos.

El jorobado le acarició con sus enormes manos.

Luégo colocó la linterna sobre la mesa, y sacó de su pecho un puñado de pequeños papeles.

Era el soneto de Villamediana.

Su deseo era unir los pedazos.

Verdad es que esto ofrecía las dificultades de un rompecabezas, pero todo era cuestión de paciencia y de tiempo.

—Afortunadamente el conde no ha sospechado que nadie pudiese tener interés en la conservación de este precioso documento, y no ha cuidado de hacer los trozos más pequeños.

Y Gil, haciéndose estas consideraciones, observaba las extrañas formas de los fragmentos, combinando los unos con los otros.

Una hora después había terminado su operación.

Los catorce versos del soneto se leían perfectamente.

El bufón entonces lanzó una carcajada.

—¡Hola, hola!—se dijo.—¡Quevedo no se había engañado! ¡La estratagema es ingeniosa! Habla de un amor imposible, y el acróstico dice «Isabel de Borbón». Hace tiempo que lo sospechaba.

Y las pupilas de Gil adquirieron extrañas fosforescencias de odio.

—Hé aquí un documento que puede servirme de mucho. ¡Cuánto daría el rey por tenerlo entre sus manos! ¡Ah, necios! Ellos se ríen de mi deformidad. Yo, en cambio, me río de su estupidez. Dos mujeres han servido de incentivo á mis amorosos deseos. La primera fué la reina. No la he logrado. Cuando sus ojos se clavan en los míos por casualidad, los aparta de mí con disgusto. ¿Cómo no hacerlo con el pobre bufón, condenado á promover la risa, aunque sienta que su alma se muere de pena? ¿Cómo no sentir desprecio ante el miserable que es la befa de todos, y que su ilustre marido le considera como un objeto más que como un sér humano? ¿Acaso no ha visto muchas veces disputarnos los confites que el rey arroja entre mí y su perro de caza? Y, sin embargo, este miserable, este ridículo bufón posee un secreto importante.

Sabe que mientras el rey se pasa descuidadamente las horas en los brazos de la Calderona, esa comedianta que ha sabido hacerse dueña de su corazón, el conde de Villamediana atenta contra su honor. ¡Ja, ja, ja! Esto es lo que doña Isabel no sabe que ha llegado á mis oídos. Esto es lo que ignora el monarca. Hé aquí la prueba. Un lindo soneto. Tal vez me sirva de talismán para llegar á esa hermosa mujer. Sienta yo palpitar su corazón junto al mío, estréchela entre mis brazos, y luégo la muerte. ¡Para qué quiere vivir un hombre que no le debe á la naturaleza más que el escarnio y la burla que me rodean! ¡Duquesa de Santarem, es-



posa de Felipe IV, seréis las esclavas de este miserable bufón! Sí, vosotras, á pesar de vuestra grandeza, suplicaréis de rodillas que no os deshonre á la faz del mundo. Admitiréis la verdadera deshonra por comprar mi silencio. ¡Ah sociedad! ¡En ti todo es farsa! ¡Todo es mentira! Vendes la tranquilidad de tu conciencia por conservar tu reputación aparente. Renuncias al brillante por el cristal que deslumbra al sentirse herido por los rayos del sol.

Gil aproximóse de nuevo á la mesa y leyó otra vez el soneto.

—No cabe duda; el conde y la reina se aman. No es posible de otro modo que Villamediana se atreviese á dedicarle esta poesía. Yo evitaré que sus amores lleguen á la cumbre de la felicidad. Parece que siento en mi pecho el fuego de un volcán. ¡Son los celos, los celos que me abrasan! ¡Y qué hermosa estaba la duquesa! ¡Ella no sospecha lo que ha ocurrido! Yo se lo diré algún día. Aun me parece contemplarla pálida por la emoción que experimentó al desbocarse su potro. Parecía un cadáver. Sin embargo, no lo era. Sus sienes abrasaban. Su corazón palpitaba con violencia. Duquesa de Santarem, yo soy tu dueño. Mañana no te negarías á ningún sacrificio que te exigiese el pobre Gil, el estúpido Gil, como me llama el rey en sus ratos de buen humor. Yo te haré ver mi pobreza y mi estupidez. Mientras tus necios cortesanos se rían de mí, yo lanzaré interiormente sordas carcajadas. ¿Acaso conseguirán ellos lo que ha conseguido este miserable contrahecho? Ciertamente que no.

Gil, mientras se hacía estas reflexiones, habíase tendido en el viejo diván.

El gato se echó á sus pies.

Cubrióse el bufón con su manta, y, halagado por sus recuerdos y sus esperanzas, quedóse profundamente dormido.

---

# CAPITULO VII

CONFIDENCIAS ÍNTIMAS

Pasemos ahora á la cámara de la reina Isabel, quien tan pronto como se retiraron los cortesanos habíase dirigido á ella en unión de la duquesa, como ya saben nuestros lectores.

La reina, apenas se vió libre de la importuna presencia de los convidados, se dejó caer en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Qué os sucede, señora?—le preguntó la duquesa.

—¡Ay, María, no puedes imaginarte los deseos que sentía de hallarme á solas contigo! Mi alma necesitaba espaciarse en el seno de la amistad y la confianza.

—¿Qué ocurre, pues?

—¿No te has fijado en la conducta observada por el conde?

—Os confieso que no: pocas veces le he visto tan comedido.

—¡Ojalá opinasen todos lo propio!

—Si no os explicáis, no os entiendo.

—¿No has comprendido el soneto que leyó?

—Sin duda alguna. El amor imposible á que se refería era al vuestro.

—Y las primeras letras de los versos formaban mi nombre.

—Hé ahí una cosa que no observé. No ha llegado hasta ese punto mi perspicacia.

—Yo, María, no puedo menos de advertir cuanto con el conde se relacione. Le amo, ¿á qué negártelo? Jamás faltaré á mis sagrados deberes de esposa; pero ¿es posible reprimir los impulsos del corazón? El rey es el responsable de mi frialdad. El se ha alejado de mí por compartir sus impuros amores con despreciables comediantas.

—Es verdad. Yo amo á Fernando. Sin embargo, si alguna vez advirtiese que se alejaba de mi hogar, no sé lo que haría. Las mujeres lo perdonamos todo menos aquello que ataca directamente á nuestro amor propio.

—Cierto; esas son las heridas más dolorosas. Ahora, duquesa, quiero decirte el objeto que me ha impulsado á detenerte aquí.

—Os escucho.

—Ya sabes que las que, como yo, ocupan una posición tan elevada, raras veces podemos hacer el menor movimiento sin que lo adviertan los demás. El más pequeño detalle da origen á la más exagerada censura. La maledicencia se goza en hacer pedazos nuestra reputación. Si observando la conducta que observo to-

davía encuentran ancho campo á sus murmuraciones, supón por un instante lo que harían si se apercibiesen que yo había tenido una entrevista con el conde.

—Es verdad. No faltaría algún adulador que lo hiciese llegar á oídos de vuestro noble esposo.

—En cuyo caso, tanto Villamediana como yo podíamos considerarnos perdidos para siempre.

—En resumen, ¿qué desea vuestra majestad? Creo adivinarlo.

—Desearía que tú, supuesto que eres la única persona que me inspira verdadera confianza, hablases con el conde. Ya sabes que todos los días viene á palacio.

—Con efecto.

—¿Qué queréis que le diga?

—Dile que no haga locuras. Que no me comprometa, ni se comprometa á sí propio. Que el soneto que ha leído esta noche ha podido acarrearnos serios disgustos. Que oculte su amor en el fondo del pecho, como yo oculto el mío. En una palabra; dile que temo más que por el mismo rey por su privado el conde-duque. Guzmán es un hombre muy astuto. Por seguir manteniendo su prestigio es capaz de despertar en el rey las sospechas que no existen. ¡Ah! ¡Tú no sabes bien lo infames que son los cortesanos!

—Nada que me diga vuestra majestad respecto á este asunto podrá sorprenderme.

—Sin embargo, alguna cosa podría contarte que te llenara de indignación.

María Deza clavó en su ilustre amiga sus rasgados negros ojos.

—No os comprendo.

—Lo creo, ni tampoco quiero que me comprendas.

—Habéis excitado mi curiosidad. ¿Qué os han dicho?

—Para demostrarte lo infames que son, ¿quieres creer que ha habido quien esta misma noche se atrevió á poner en duda tu honradez?

Las pupilas de la duquesa resplandecieron de un modo especial.

—¿Han hablado de mí?

—Sí, amiga mía.

—¿Y qué os han dicho?

—Te atribuyen la más espantosa de las iniquidades. Debo advertirte, no obstante, aunque lo considero innecesario, que yo, no solamente me he negado á dar crédito á sus torpes calumnias, sino que he vuelto la espalda al miserable que trataba de infamarte.

—Hablad, hablad, señora; deseo conocer hasta los más pequeños pormenores respecto á ese particular que tan directamente me atañe.

—Me han asegurado que en la cacería de esta tarde se desbocó el corcel que montabas.

—Es cierto.

—Que después de una impetuosa carrera el potro cayó en tierra y que te desmayaste.

—Hasta ahora no os han dicho más que la verdad.

—Y añadieron que, cuando volviste á la razón, el rey permanecía á tu lado.

—Sí; ¿por qué negarlo? Es cierto.

—Pues de una cosa tan sencilla, no puedes imaginar el sinnúmero de interpretaciones que se han hecho.

Decían los unos que todo era un plan convenido entre tú y mi esposo.

—¡Qué infamia!

—Y que el rey...

—Acabad.

—Que el rey hace mucho tiempo que te galantea, pudiendo aprovechar el incidente ocurrido para llegar á la cumbre de sus aspiraciones.

—¡Ah, señora! ¿quién os ha dicho semejante cosa? Si mi esposo supiese que su honra es maltratada de esa manera. . Decidme, decidme, ¿quién os ha hablado del asunto?

—No puedo consignarte un nombre determinado. ¡Han sido tantos los miserables impostores!

—¿Luego toda la corte lo dice? ¿Luego mi reputación está por el suelo?

—No, duquesa, no. Las personas sensatas, las que sabemos hasta qué altura raya tu virtud, no hemos dado oídos á semejantes calumnias.

María se mordió los labios.

La rabia la ahogaba.

La idea de que su honor pudiese haber sufrido la más insignificante lesión la hacía daño y la volvía loca.

—¡Parece imposible!—exclamó.—En la alta sociedad no sirve ser verdaderamente honrada. Es necesario que las gentes quieran concedernos este título.

—No hagas caso, duquesa.

—¿Cómo quiere vuestra majestad que oiga con calma lo que acabáis de decirme?

—Yo, que, después de todo, soy la persona á quien

más interesa este asunto, te aseguro que ni un solo instante he dado crédito á él. Te conozco bien. Sé que amas al duque. Tampoco ignoro que, aunque no le amases, no sacrificarías tu buena reputación por nada del mundo.

—Ni faltaría á los deberes de una amistad como la vuestra.

—Lo sé, duquesa, lo sé.

Y la reina estrechó entre sus alabastrinas manos la de la joven.

—Tened por seguro que, aunque el rey me hubiera galanteado, todo hubiera sido inútil. Os aprecio y os respeto mucho para hacer otra cosa.

No tenía la reina la menor desconfianza de la duquesa; pero seguramente que, aun de haberla sentido, aquellas palabras, pronunciadas con verdadera sinceridad, hubiesen sido bastante para disipar la menor sombra de duda.

En aquel momento el reloj que se hallaba sobre uno de los muebles de la estancia dió una campanada.

—¡La una!—dijo la duquesa levantándose.

—¿Te marchas?

—Si vuestra majestad no dispone otra cosa... Temo que el duque haya concluído de conferenciar con el rey y no me encuentre.

—¿Cumplirás mi encargo?

—Desde luégo. Mañana vendré á palacio y procuraré hablar con el conde.

—Gracias, duquesa.

—En esto, como en todo aquello que pueda servi-

ros, ya sabe vuestra majestad que puede contar conmigo.

—¡Ojalá fuesen lo propio todas las personas que me rodean!

La reina y María cambiaron un beso.

La segunda salió de la cámara, bajó rápidamente la escalera y se detuvo en el zaguán, donde aguardaba su lacayo.

Este, al verla, hizo una seña al cochero para que se se acercase.

María subió al vehículo.

—¡A casa!—dijo lacónicamente.

El carruaje partió hacia el palacio de Santarem.

---

# CAPITULO VIII

---

### UN CONSEJO PATERNAL

Difícil es manifestar á nuestros lectores el cúmulo de pensamientos que cruzaron por la mente de la joven durante el trayecto que mediaba entre el alcázar y su palacio.

Quizás por primera vez se le ocurrió qne el monarca hubiese podido abusar de su desmayo.

No obstante, aquella idea fué rechazada.

—¡No es posible! ¡El rey no se hubiese atrevido jamás á cometer semejante abuso!

El carruaje se detuvo.

Algunos criados aguardaban á sus señores junto á la puerta del palacio.

—¿Ha venido el duque?—preguntó á una de sus doncellas.

—No, señora, todavía no. Quien os está aguardando hace más de una hora es vuestro padre.

Las pupilas de la duquesa resplandecieron de alegría.

Pocos momentos después penetraba en la estancia donde, según la dijeron, aguardaba don César.

Este era un hombre de unos cuarenta años, aunque representaba algunos más.

Sus cabellos, que habían tenido la negrura del azabache, estaban canosos.

Su mirada era insistente y penetrante.

Su tez morena y pálida.

Algunas arrugas surcaban su frente.

Una desdeñosa sonrisa vagaba por sus labios finos y sagaces.

Advertíase en todas sus facciones un sello de melancolía.

Bastaba mirarle un solo momento para comprender que aquel hombre tenía una larga y desgraciada historia.

La duquesa se arrojó en sus brazos.

—¿Y el duque?—preguntó don César.

—Se ha quedado en palacio conferenciando con el rey.

El padre de María arrugó el entrecejo.

Luégo preguntó:

—¿Cómo has venido tan tarde?

—Padre mío, la reina, que, como sabéis, me distingue con su amistad, me rogó que me quedase después de la reunión.

—¿Por el solo deseo de que la acompañases?

—No; quería encomendarme un asunto.

—Hace bastante tiempo que te aguardaba.

—Lo sé. ¿Necesitabais algo de mí?

—Sí. He venido para que hablemos extensamente.

—En ese caso, os escucho.

—¿Sabes con qué objeto ha detenido el rey en su cámara á tu esposo?

—Lo ignoro.

—¿Ni siquiera trasluces las causas que le hayan obligado á ello?

—Absolutamente no. Parece que me lo preguntáis de una manera extraña.

—Con efecto, hija mía,—dijo don César.

—¿Qué ha sucedido?

—Yo no dudo de ti. ¿Cómo he de dudar de la única persona á quien amo verdaderamente en este mundo? Sin embargo, temo que traten de arrebatarme mi tesoro.

—No os comprendo. ¿Quién había de intentarlo?

—¡Ah, pobre María, qué sabes tú! ¡Tus dieciocho años y la manera que se ha desenvuelto tu vida no te permiten imaginar hasta qué punto es cruel y mezquina la sociedad! No basta en este mundo ser buenos para ser dichosos. Hace falta que las gentes nos dejen disfrutar de este beneficio. Muy buena y muy honrada era tu madre, y tuvo un trágico fin.

—¡Pobre madre mía!—exclamó la duquesa, sintiendo que las lágrimas acudían á sus ojos.

—Más amargamente lo dirías aún si la hubieses conocido.

—Con efecto, nunca tuve el consuelo de besarla.

—La infeliz era muy buena. Y, sin embargo, la más grosera de las calumnias la condujo á una muerte espantosa y cruel.

Y don César, abrumado por el peso de sus recuerdos, se limpió una lágrima que asomaba á sus ojos.

—Siempre habéis huído de referirme esa historia.

—Con efecto. ¿A qué evocar recuerdos tristes? No quiero que tus negros cabellos se cubran de prematuras canas, como les ha sucedido á los míos. Tanto me ha perseguido el infortunio, que mi deseo es alejar de él á las pocas personas que poseen mi afecto.

—Pero nada me habéis dicho, padre mío. ¿Cuál es el motivo que os ha impulsado á venir á estas horas?

—Te lo diré. Es necesario que salgas de la corte.

—¿Que salga de la corte? Eso es imposible.

—¿Por qué razón?

—¿Acaso ignoráis lo mucho que á Fernando agrada la residencia en Madrid?

—No lo ignoro.

—El ha de oponerse seguramente.

—Yo le convenceré.

La duquesa bajó los ojos.

La más profunda tristeza se dibujó en su semblante.

—Seme franca, hija mía: ¿es tu marido quien sentirá dejar la corte, ó eres tú?

—Pues bien, si he de hablaros con ingenuidad...

—Continúa.

—Yo no puedo vivir más que esta atmósfera. Me estremece la idea de salir de Madrid.

—¿Por qué?

—¡Hace tantos años que resido en esta ciudad!...

—Y sólo por eso.

—Mis amigas están aquí; en una palabra, todo cuanto me halaga y me distrae.

—Pero ¿te halaga y te distrae la corte hasta el punto de permanecer en ella á costa de perder tu ventura?

—Padre, vuestras palabras me infunden espanto. ¿Qué desgracias pueden esperarme?

—Muchas.

—Hablad, hablad con franqueza. Quiero saber los motivos que os inducen á presagiar mi infortunio.

—Tú vas diariamente á palacio. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Qué causas te inducen á visitar con tanta frecuencia esa regia morada?

—¡Buena pregunta! ¿Acaso no lo sabéis?

—¿El cariño que la reina te profesa y al que tú correspondes?

—Es cierto.

—¿Y nada más?

—Nada más. ¿Os parece poco?

—Sin embargo, el mundo asegura que el rey te ama.

—¡Que me ama! ¿Creéis que un hombre como don Felipe es susceptible de amar? No hay carácter más veleidoso. Hasta se ha olvidado de sus deberes conyugales, y eso que doña Isabel es una mujer angelical, tanto por su virtud como por su hermosura. No os negaré que el rey me galantea. Que en más de una ocasión me ha dirigido frases halagüeñas; pero ¿acaso no

hace lo mismo con todas? Además, aun suponiendo que el rey tratase de declararme sus amorosos pensamientos, perdería el tiempo de una manera lastimosa. Amo demasiado á mi esposo y es la reina muy amiga mía para que yo pensase en hacerla traición.

—¿Y si, á pesar de todo, el mundo te imputase una falta que ni siquiera hubiese pasado por tu pensamiento?

—Lo despreciaría.

—No basta despreciarlo. La sociedad es un monstruo que no se intimida porque sus víctimas la contemplen con desprecio. Mira, ha llegado el instante de hablarte con franqueza. Yo te diré por qué deseo que salgas de Madrid. Esta noche pasaba yo cerca de las gradas de San Felipe, cuando me encontré á un antiguo amigo de quien me has oído hablar varias veces.

—¿Jacobo Grattis?

—Precisamente.

—Esta noche ha sido presentado en palacio por el conde de Villamediana.

—Con efecto, me anunció que iba al alcázar. Después de conversar un rato con él, llamó mi atención un grupo de jóvenes que discutían junto á las gradas. «No hay quien dude, decía uno, que la duquesa de Santarem es tan hermosa como ridículo es su esposo.»

La duquesa hizo un movimiento de sorpresa.

—Tentaciones tuve,—prosiguió don César,—de dejarme llevar de mi carácter, cruzando el rostro de aquel mentecato; pero aunque siempre me ha repugnado oir

las conversaciones ajenas, creí que era llegado el momento de hacerlo.

—»¿Dices que la duquesa,—preguntó otro,—es ahora la dama que pretende el rey?

—»Tengo la seguridad,—respondió el interpelado;—á estas horas se hallarán en los montes del Pardo en una cacería preparada por don Felipe, más que con objeto de festejar al príncipe de Gales, para descubrir sus amores á la joven duquesa.

—»Dicen, sin embargo, que la conducta de la joven es intachable.

—»Todavía no la había solicitado un rey.»

—Al oir estas palabras,—prosiguió don César,—no pude reprimirme, y cogiendo por el cuello al imberbe mancebo, le dije:

—«Si no queréis rodar las gradas, no lancéis al aire frases que os pueden costar hasta la existencia.»

Algo debieron descubrir en mis ojos aquellos miserables, porque todos guardaron silencio. Yo seguí mi camino. Sin embargo, aquellas palabras me habían hecho muchísimo daño. Ya sabes que tengo razones para odiar la calumnia. Conozco, por desgracia, sus espantosos efectos. Un momento después supe que la opinión del indiscreto mancebo era general. Que tu nombre corría de boca en boca. Ya me conoces. Tengo un carácter impetuoso, y antes que haga un escarmiento es preciso que salgas de Madrid para evitar las estúpidas murmuraciones de esas gentes ociosas, que para que no se hable de sus propias culpas apelan á los ruines medios de poner en relieve las ajenas.

—Bien, padre mío; aunque es muy triste verse expatriada por el capricho de los maldicientes, partiré.

—¿Cuándo?

—Como comprendéis, esto no depende de mí, sino de mi esposo.

—Las mujeres poseéis mil medios para conseguir del hombre que os pertenece cuanto queréis.

—Es cierto; y tanto más cuando se trata de una persona como Fernando. Mañana cumpliré un encargo que me ha dado la reina, y...

—¿Tienes que ir á palacio?

—Necesariamente.

—Lo siento.

—¿Hasta ese punto llegan las murmuraciones? ¿Han de privarme que siquiera una vez vuelva á palacio?

—No; cumple el encargo de la reina y luégo parte.

Don César se puso en pie.

—¿Os marcháis?

—Ya es muy tarde. Tu esposo no puede tardar en venir, y no quiero de manera alguna que me encuentre en esta casa.

—¿Por qué?

—Sospecharía desde luégo que yo había inclinado tu ánimo para que salieses de la corte. Sólo un caso urgente podía haberme obligado á venir á estas horas.

—Sea como queráis.

—Adiós, María.

—Adiós, padre mío.

Don César depositó un beso en la frente de la duquesa y salió de la estancia.

# CAPITULO IX

LA PARTIDA

La duquesa de Santarem, apenas se quedó sola, se dejó caer en un sillón, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Un hondo suspiro se escapó de su pecho.

Grandes habían tenido que ser sus esfuerzos para reprimirse.

La calumnia, ese terrible monstruo, se cebaba despiadadamente en su honra, inmaculada hasta entonces.

María Deza dirigióse al balcón.

Abrió las vidrieras y se asomó.

Advertía que la faltaba aire para respirar.

La calle estaba silenciosa y oscura.

Ni un transeunte se aventuraba por ella.

—¡Ah, Dios mío!—exclamaba con acento entrecortado por los sollozos,—¡por qué no haces que esas lenguas calumniadoras queden abrasadas por el fuego de tu justicia! ¡Qué necesidad tenía yo de emprender un

viaje saliendo de la corte, donde tan dichosa me consideraba! Sin embargo, mi padre tiene razón. Su consejo es prudente. Conviene que nos alejemos de Madrid, aunque no sea más que por una corta temporada. Las murmuraciones de las gentes se aplacarán de este modo. Luégo volveré y ninguno recordará los sucesos que tan injustamente han ocasionado sus críticas.

Y la duquesa se sonrió.

Comprendía que aquello era como las nubes de verano, que oscurecen un instante los hermosos rayos del sol, pero que no tardan en disiparse.

De pronto María dirigió sus ojos hacia el ángulo que formaba la esquina.

Había escuchado el ruido que producía un carrüaje.

—¡Él es!—exclamó.

Con efecto, el coche del duque de Santarem penetró en la calle.

Sus magníficos caballos tordos se detuvieron junto á la puerta del palacio.

Un criado que aguardaba á su señor abrió la portezuela.

Fernando de Lara echó pie á tierra.

Luégo María oyó el rumor de sus pasos.

Entonces la duquesa salió á su encuentro.

En las facciones del joven se reflejaba la más completa satisfacción.

—¡Hola, María!—dijo, desciñéndose la espada y quitándose el sombrero, que colocó sobre un sillón;—ya empezarías á extrañar mi tardanza, ¿no es cierto?

—Para el que espera siempre es tarde. Sin embargo,

si he de decirte la verdad, no creía que vinieses tan pronto.

—Son las dos de la noche.

—Lo sé; pero no ignoras que el rey no suele acostarse hasta que las estrellas desaparecen del cielo.

—Sin embargo, hoy se sentía rendido. La cacería habíale fatigado mucho. Y á propósito del rey, ¿á que no aciertas lo que de mí deseaba?

—¿Cómo he de acertarlo?

—A ver, á ver; dime lo que se le ocurra á tu imaginación.

—¿Que le acompañes mañana á alguna de las festividades que prepara en obsequio del príncipe?

—Nada de eso.

—No adivino entonces...

—El rey me ha concedido la alta honra de encomendarme una misión especial para el monarca de Francia.

—¿Qué le has respondido?

—¿Qué había de responderle? Que le agradezco la confianza que en mí ha depositado y que procuraré servirle.

—¿De modo que vas á partir?

—Ya lo creo. Dentro de dos horas. En cuanto amanezca.

La duquesa quedó pensativa.

—¿Acaso te disgusta que me distinga de ese modo?

—No, Fernando; no es eso.

—Entonces ¿por qué te quedas preocupada y triste?

—Esta tristeza y esta preocupación pueden desvanecerse con una sola palabra tuya.

—Veamos cuál es.

—¿Vas á partir solo?

—Absolutamente solo. El rey desea se guarde un absoluto secreto respecto á este asunto.

—No me has comprendido.

—¿Qué me preguntas entonces?

—Deseo saber si puedo acompañarte.

El duque rodeó con su brazo el esbelto talle de la joven, y la dijo:

—¿Cómo era posible que yo permitiese que me acompañaras?

—¿Por qué no? Tengo vivos deseos de conocer París.

—¿Pero acaso has olvidado que el monarca francés hace la guerra en Italia? Sabe Dios dónde encontraré al rey Luis.

—Los dos le buscaremos.

—No, no; eso sería una locura sin nombre. Tú te quedas aquí en nuestro palacio acompañada de mi madre. Además, ya sabes lo mucho que te aprecia la reina. Estaría disgustadísima si te marchabas. Hasta es posible que influyera en el ánimo de su ilustre esposo para que la misión que me han encomendado recayese en otro cortesano.

—¿De manera que no atiendes mis súplicas?

—No puedo, María, no puedo.

—¿Ni aun rogándotelo yo?

—Ni aun rogándolo; aunque me duele mucho que

llegue la primera ocasión en que no te complazca. Si tuviera la seguridad de que el rey se encontraba en París, desde luégo; pero ¿cómo llevarte no sabiendo dónde encontrarlo?

La duquesa guardó silencio.

Comprendió que sus gestiones serían inútiles.

—Ahora,—prosiguió Fernando,—voy á disponer que enganchen mi coche de viaje.

—¿Tan pronto te vas?

—¿Qué hacer? ¿Acaso los asuntos de Estado pueden dilatarse? Bien comprendes que es imposible.

El duque hizo sonar el timbre que había en la mesa.

Un criado se presentó.

—Es necesario que enganchen inmediatamente mi carruaje de camino.

El criado se dispuso á ejecutar sus órdenes.

Media hora después entraba en la estancia, diciendo á su señor que todo se hallaba dispuesto.

Empezaban á advertirse en el cielo los primeros albores de la mañana.

El duque tomó entre sus manos las de María.

Esta hallábase llorosa.

—No seas niña,—la dijo;—comprende la razón; me pides un imposible. Yo creo volver pronto.

—¿No lo sabes con seguridad?

—Todo depende de que encuentre al rey en París. Sí, por el contrario, se halla en el teatro de la guerra, sabe Dios cuándo y de qué modo podré llegar hasta él. Es un asunto muy delicado, que reclama que hable con él directamente.

—Vuelve pronto.

—Sí, María, volveré para que no nos separemos ya nunca.

El duque estrechó entre sus brazos á la hija de don César.

Esta, apenas salió su esposo, se asomó al balcón para verle partir.

Junto al zaguán esperaba el carruaje, tirado por seis briosas mulas, que sacudían sus férreos cascos con impaciencia.

Al sentir que el duque bajaba, un criado abrió la portezuela.

—Adiós, María,—dijo el joven, agitando la diestra en señal de despedida

—Adiós, Fernando,—respondió la duquesa.

El conductor restalló el látigo.

A su chasquido, el ganado se puso en movimiento.

María estuvo en el balcón hasta que el carruaje desapareció.

Entonces dejóse caer en un diván.

—Ahora,—se dijo,—va á creer mi padre que no he querido partir con mi esposo. Imaginará que mis gestiones para salir de Madrid han sido débiles. Sin embargo, mi conciencia se halla tranquila. He hecho cuanto he podido.

La duquesa hizo sonar el timbre.

Una doncella se presentó en el umbral de la puerta.

—Ayúdame á desnudarme. Quiero descansar un rato.

La criada obedeció.

Pocos momentos después María se encontraba en el lecho.

—¿A qué hora quiere la señora que la llame?

—Creo que no tendrás necesidad de hacerlo. Quizás no pueda dormir.

—¿Estáis enferma?

—Sí, me encuentro ligeramente indispuesta. La mala noche, la mucha luz, el calor de la estancia...

—¿Pero la recepción habrá sido espléndida?

—Sí, ha estado muy lucida. Llámame á las nueve. Ahora, márchate; deseo estar sola.

La doncella salió de la estancia después de entornar las maderas del balcón.

Entonces la duquesa rompió á llorar.

Acordóse de las groseras calumnias que pesaban sobre ella.

Temía también que su padre se enojara por no haber seguido su consejo.

—Sin embargo,—se decía,—yo no tengo la culpa.

Una media hora después sus pestañas sombreaban sus pupilas, y la acompasada respiración que hacía ondular levemente su seno indicaba que se había dormido.

---

# CAPITULO X

---

### DONDE EL BUFÓN SOSPECHA Y SE DESESPERA

Serían las dos de la tarde cuando la duquesa de Santarem abandonaba su palacio, y, subiendo en su carruaje, daba orden al cochero para que se dirigiese al alcázar del Buen Retiro.

María no ignoraba que aquella era la hora en que el conde de Villamediana visitaba al rey.

Con efecto, apenas llegó, pudo ver junto al zaguán el brioso caballo de don Juan de Tarsis.

La duquesa dirigióse á la cámara de la reina.

Antes de entrar en ella tuvo la fortuna de descubrir al conde, que paseaba por una de las galerías.

El joven se acercó para saludar á la amiga de la reina.

—¿Cómo estáis, señora? ¿Habéis descansado?

—Sí; gracias, conde.

—¿Y el duque?

—El duque ha salido de la corte. ¿Lo ignorabais?

—Completamente. ¿Qué causas le han inducido á dejarnos tan de improviso?

—El rey le ha encomendado una misión para el rey de Francia.

El conde se sonrió maliciosamente.

María mordióse los labios al observarlo.

Luégo dijo:

—Conde, deseo hablaros. Tengo que cumplir un encargo de la reina.

—Cuando queráis.

—Dentro de un instante iré con una de las doncellas de palacio á dar un paseo por el jardín. Salid á mi encuentro como por casualidad.

—Así lo haré.

—Hasta luégo.

—Hasta luégo, duquesa.

Y ambos se separaron.

Villamediana dirigióse al parque.

María penetró en la cámara de la reina.

Esta hacía labor junto al balcón. Cuando vió á la duquesa, dejó caer sobre su falda el finísimo bordado en que se ocupaba.

—¡Ah! siempre buena y siempre propicia para realizar mis deseos,—dijo.

La duquesa se sentó junto á doña Isabel.

—¿Has visto al conde?

—Sí; lo he encontrado en una de las galerías.

—¿Cumpliste mi encargo?

—Lo cumpliré. Como comprendéis, no era cosa de

hablarle en ese sitio de un asunto tan reservado. Me he limitado, por lo tanto, á rogarle que me espere en el parque.

—Con efecto, es mucho mejor.

—Una de vuestras doncellas, la que más confianza os inspire, me acompañará.

—Desde luégo.

—No quiero que la maledicencia encuentre nuevo pretexto para decir que me han visto sola con el conde.

—¿Volverás para manifestarme lo que Villamediana te diga?

—Sí, volveré.

—Gracias; tú eres la única amiga que ha demostrado serme fiel.

La duquesa salía un instante después de la cámara, y, acompañada de una de las doncellas de la reina, se dirigía hacia las espesas enramadas del jardín.

Tan distraída se hallaba que no observó que un hombre la seguía.

Este era Gil.

Verdad es que el astuto bufón procuró ocultarse entre las frondas para no ser visto, caso de que la duquesa ó la criada que la acompañaba se volviesen á observar si las seguían.

—¿Adónde irá la de Santarem á estas horas?—se preguntaba Gil.—No puede negarse que es extraño. El sol abrasa. La reina está en su cámara. ¿Qué motivos inducirán á la duquesa para venir al parque á unas horas tan descompasadas?

De pronto el corazón de Gil palpitó con violencia.

Al final de una calle de acacias, donde los rayos de Febo no llegaban nunca á la tierra, dibujábase la silueta de un hombre.

Era el conde de Villamediana.

Al ver á María, salió á su encuentro.

Era indudable que la esperaba.

—¡Qué es esto!—exclamó Gil.—¿Tratará el correo mayor del rey de hacerse dueño del alma de la duquesa, como lo es de la de la reina? ¡Ah, Dios mío! ¡qué fatalidad coloca siempre á ese hombre en mi sendero!

Y el bufón lanzó un gemido.

Entretanto María, la doncella de doña Isabel, y don Juan de Tarsis dirigíanse hacia un lindísimo cenador formado de cañas y enredaderas.

En el interior había dos rústicos bancos.

Don Juan y María sentáronse en uno de éstos.

La criada se quedó fuera del cenador.

No dejó de contrariar este detalle al celoso Gil, comprendiendo que le sería completamente imposible acercarse hasta el punto de oir sus palabras, sin que la doncella se apercibiese de su presencia.

Resignóse, por lo tanto, á permanecer oculto detrás de una planta de adelfas.

A través del follaje podía descubrir á los jóvenes, pero sin que llegase hasta él más que el rumor de sus voces.

—Don Juan,—dijo la duquesa,—la reina está muy disgustada con vuestra conducta.

—¿Por qué?—preguntó el conde.

—Teme, y con sobrada razón, que el rey sospeche que la amáis.

—Sin embargo, nunca he obrado con más prudencia que ayer. No la dirigí la palabra más que un instante.

—En cambio leisteis un soneto que pudo comprometeros mucho.

—Es necesario hallarse dotado de mucha astucia para comprender que era acróstico.

—No lo dudo, si se hubiese tratado de darle lectura en un círculo de personas profanas en las letras. Recordad, conde, que allí se encontraban poetas tan respetables como Calderón, Góngora y Quevedo. Ya sabéis que el rey también es favorecido por las musas.

—Sin embargo, el rey no advirtió nada.

—Es cierto, pero en cambio en los labios de don Francisco de Quevedo se dibujó una maliciosa sonrisa cuando terminasteis la lectura de vuestra composición.

—Nada advertí.

—También la reina lo advirtió. Ya sabéis lo que son algunos cortesanos. No viven más que de censurar hasta los más pequeños detalles de los otros. La cosa más sencilla les parece un mundo. Considerad lo que esto, que en realidad tiene importancia, ha de parecerles.

—¿De modo que la reina está enojada?

—Mucho. Me ha encargado que os diga que obréis con mayor prudencia que lo habéis hecho hasta ahora. Teme por su reputación y teme por vos.

—¡Por mí!

—¿Qué os extraña? ¿Acaso os digo algo nuevo? ¿No

estáis persuadido de su amor, aunque éste sea imposible!

—¡Ah! ¡Cuán triste y cuán amargo es ese convencimiento! ¡Saber que me ama, sentir en mi pecho la devoradora llama que me consume, y no poder aproximarme al objeto querido!

—Peor sería, conde, que despertaseis en el rey la menor sospecha. Entonces, ¡pobre de vos, y quizás también pobre de la reina!

—Es cierto; decidle á doña Isabel, ya que sois su hermosa medianera, que yo la juro, por el amor y el respeto que me inspira, no darla nuevos motivos de enojo.

—Confío en ello.

—Sí, duquesa, podéis confiar. Grande es el sacrificio que me impongo; pero ¡qué remedio! Todo es preferible á que sus inefables pupilas derramen una sola lágrima.

María Deza se puso en pie.

—¿Os vais?—preguntó Villamediana.

—Sí, conde, no quiero que nos vean juntos. La experiencia me ha demostrado que el detalle más pequeño puede dar lugar á las más groseras interpretaciones.

—Adiós, pues, señora.

—Adiós.

El conde y la duquesa se estrecharon las manos.

La segunda se dirigió á palacio seguida de la doncella de la reina.

—No tengo duda,—se dijo Gil,—que el conde, no satisfecho con el amor de doña Isabel, trata de hacerse

dueño del alma de la duquesa. Sin duda alguna él ha influído en el ánimo del rey para que el duque se ausente de la corte.

—¡Ah! ¡si Villamediana supiese que esa hermosa mujer que él solicita con finos galanteos es la misma que ayer se encontraba en mis brazos! Yo observaré cuanto suceda. Precisamente estos días el rey se encuentra muy ocupado y no reclama mi presencia.

Y el bufón, abandonando aquellos sitios, dirigióse á palacio.

Cuando entró en él la duquesa, ya había penetrado en la regia cámara de su amiga.

—¿Qué te ha dicho el conde?—preguntó doña Isabel.

—Me ha jurado obedeceros.

—¿Lo cumplirá?

—Creo que sí. La respuesta era segura.

Largo rato conferenciaron ambas amigas, hasta que la duquesa salió del alcázar para dirigirse de nuevo á su palacio.

---

# CAPITULO XI

## UN ACTO DE ARROJO

Paseaba aquella misma tarde por una de las calles más céntricas de la corte el íntimo amigo del conde, Jacobo Grattis, cuando llegaron á sus oídos los tristes ecos de las campanas.

Tocaban á fuego.

El italiano era uno de esos espíritus inquietos y aventureros cuyo principal elemento le constituye la proximidad del peligro.

Inmediatamente dirigióse en pos de los curiosos que se agolpaban junto á la casa del siniestro.

Esta era de buena apariencia.

Una espesa columna de humo brotaba del interior de las habitaciones, arremolinada á veces por inmensos penachos de fuego.

—¡Qué desgracia!—decían los unos.

—El fuego ha invadido la escalera y todos morirán,—respondían los otros.

Jacobo Grattis, al oir esto, se quitó el cinturón del que pendía la espada, y subiéndose por una de las rejas, llegó con las manos á la base de uno de los balcones del piso principal.

Los curiosos que se hallaban en la calle lanzaron una exclamación de asombro al verle penetrar en la casa pocos momentos después.

El fuego había tomado grandes proporciones.

El italiano veíase obligado unas veces á retroceder para que no le asfixiase el humo, otras á saltar por encima de una llama amenazadora.

De este modo consiguió llegar á una lujosa estancia.

Sobre su alfombra de terciopelo había una mujer desmayada.

A aquel aposento no había llegado todavía el fuego, pero no tardaría en propagarse.

Jacobo quedó absorto en presencia de aquella hermosísima dama.

Agil como una pantera se aproximó al balcón.

—Poned una escala,—dijo con acento varonil.

Estas órdenes fueron ejecutadas inmediatamente.

Entonces Grattis tomó en sus brazos á la joven, y un instante después ambos se hallaban en la calle.

—Busca un carruaje,—dijo el italiano á uno de los curiosos,—y conduce á esta joven á mi casa.

Y, dándole las señas, le entregó un puñado de monedas de plata.

Luégo el amigo del conde, sospechando que en la casa hubiese alguna otra persona, subió de nuevo.

Ya empezaban las llamas á apoderarse de la estancia.

Los ojos de Jacobo Grattis se clavaron en un magnífico retrato del rey.

Era imposible pensar en la salvación de aquel objeto de arte.

Su extraordinaria magnitud lo hacía difícil.

En aquel momento penetraron por la puerta las devoradoras llamas.

El joven comprendió que era preciso ponerse en salvo. No bastaba su valor para luchar con aquel terrible elemento.

Entonces Grattis se acercó al balcón, descendiendo por él con ayuda de la escala que habían colocado los vecinos.

Un unánime grito de entusiasmo escapóse de todos los pechos.

Jacobo cruzó con indiferencia por medio de aquella turba que le aclamaba.

—Lo que siento es que ya es imposible favorecer á las otras personas que con ella viviesen.

—No os inquietéis,—repuso uno de los circunstantes.—Esa dama vivía con dos doncellas. Una no estaba en la casa, y la otra pudo escaparse del peligro al empezar el fuego.

—Más vale así.

En aquel instante llegaron varios corchetes y un alcalde.

Entonces Jacobo, comprendiendo que habían de molestarle con un largo y pesado interrogatorio, se confundió entre la multitud, tomando después la calleja que conducía á su casa.

En la puerta le aguardaba su escudero Guijarro.

Este era un hombre de unos cuarenta años, de corta estatura y extraordinaria obesidad

Había conocido á su amo en Italia, aunque él era español.

Guijarro adoraba á Jacobo Grattis, por más que el temerario carácter de éste y su decidida afición á las aventuras no eran las circunstancias que más se avenían con su natural templanza y dóciles demostraciones.

Cuando el escudero recibía órdenes de su señor para acompañarle, Guijarro inflaba sus carrillos y decía:

—¡Ya pareció aquello!

Esta era su constante muletilla.

Con estas palabras significaba sus temores de que anduvieran á cintarazos con algún marido burlado ó con algún amante celoso.

Guardábase muy bien el tal Guijarro de comprometerse nunca á una cita.

—¿Acudirás á este sitio?—le preguntaba un amigo.

—No lo sé,—respondíale con gravedad.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Como lo oyes. El hombre propone y Dios dispone. Ignoro si esta noche dormiré en casa, ó en una mazmorra de la Inquisición, ó tal vez en el mismo infierno. Tengo un amo que no permite hacer promesas futuras. Parece que ha nacido para andar á cintarazos á cada instante. Cuando no tiene en el día cuatro ó cinco contiendas está disgustado. Es el hombre más pendenciero de la tierra.

Este era Guijarro, el personaje que aguardaba á Jacobo Grattis junto á la puerta del palacio, y que al haber visto llegar á la hermosa joven momentos antes exclamó:

—¡Ya pareció aquello!

Dirán nuestros lectores que cómo un hombre tan decidido y emprendedor como el italiano no había sustituído al escudero por otro más animoso.

Sin embargo, Grattis tenía dos poderosos motivos para que Guijarro continuase á sus órdenes.

Hacía muchos años que el mofletudo escudero vivía con él, y Jacobo tomaba un entrañable afecto á las personas que trataba.

Además, nunca necesitó ayuda para sus empresas.

Considerábase suficiente para llevarlas todas á cabo sin la cooperación de nadie.

De aquí que Jacobo Grattis no hubiese pensado nunca en despedir de su casa á un pobre diablo que tenía la fidelidad del perro.

Jacobo le entregó su sombrero.

—¿Han traído una joven hace poco?

—Sí, señor.

—¿En dónde la han instalado?

—En vuestra estancia.

—Perfectamente.

Disponíase el italiano á dirigirse á su aposento, cuando Guijarro le detuvo con estas palabras:

—Oid, señor; si alguien preguntase por la nueva huéspeda, ¿qué le digo? Hombre prevenido vale por dos.

—Creo que no preguntarán. Sin embargo, si sucediese como dices, le haces pasar y me avisas. Me parece que de venir alguien, será cualquiera de sus doncellas.

—¿Esas también pasarán?

—Desde luégo, y con mucha más razón si fuesen hermosas.

—¡Ya pareció aquello! —dijo el escudero hinchando sus carrillos.

Jacobo Grattis penetraba pocos momentos después en su estancia.

Esta parecía la de una muchacha coqueta.

La joven hallábase tendida sobre un diván de damasco azul.

Todavía se hallaba privada del conocimiento.

Entonces pudo contemplarla Grattis.

Era una mujer verdaderamente hermosa.

Representaba unos veinticinco años.

Espesos cabellos, negros como el azabache, vagaban libremente sobre su espalda.

Su tez era blanca y límpida como los pétalos de la azucena.

Cárdenos los labios, arqueadas las cejas, correcta la nariz, de carácter griego.

Su estatura era elevada.

Su seno prominente.

Vestía un elegante traje de casa, é iba perfectamente calzada con unos zapatitos de raso que parecía imposible que sirviesen para aprisionar los pies de una mujer.

Jacobo Grattis quedó encantado de su hermosura.

Había trascurrido un cuarto de hora, cuando la dama lanzó un profundo suspiro, abriendo lentamente sus ojos, negros y brillantes como una noche estrellada.

Los fijó alternativamente alrededor de la estancia, y al clavarlos en el italiano hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Quién sois? ¿Dónde me encuentro?—preguntó con una voz tan melodiosa como los trinos del ruiseñor.

—No os inquietéis,—respondió Grattis con la fina galantería que empleaba al contestar á una mujer.—Estáis en una casa donde nada debéis temer.

—Pero...

—Comprendo vuestra sorpresa; sin embargo, desaparecerá en el instante que recordéis las causas que os hicieron perder el sentido.

—¡Ah, con efecto, caballero! Mi casa ardía. Las llamas amenazadoras llegaban hasta mí.

—Y como Dios no podía querer que vuestra hermosura las sirviese de pasto, no faltó quien os arrancase de ese peligro.

—¿Sin duda vos?—preguntó la joven.

—Es natural.

La desconocida clavó sus negros ojos en Grattis, mientras una graciosa sonrisa se dibujaba en sus provocativos labios de carmín.

—¡Ah, gracias, gracias, caballero! Os debo la vida, y estos favores no se olvidan nunca.

—Ahora lo necesario es que os soseguéis. Voy á dar órdenes para que os sirvan una taza de tila.

—Sí, con efecto, estoy muy nerviosa. Esa tisana me sentará bien.

Jacobo hizo sonar el timbre.

Guijarro se presentó.

—Dile á la doncella que traiga en seguida una taza de tila.

El escudero desapareció.

La joven no apartaba sus ojos del italiano.

—¿Cómo os llamáis?

—Jacobo Grattis.

—¿Sois extranjero?

—Hijo de Módena.

—¡Italia! ¡Cuántos deseos tengo de visitar ese país!

—¿No habéis estado nunca en él?

—Nunca; pero he oído ponderar sus incomparables bellezas. Su cielo creo que es trasparente y azul, sus moradores artistas, sus mujeres hermosas.

—Sin embargo, para contemplar mujeres hermosas no es preciso ir allí; basta con que os miréis al espejo.

La desconocida sonrióse de nuevo.

En aquel instante Guijarro se presentó en el dintel de la puerta.

—Señor,—dijo,—un caballero pregunta por esta dama.

—Hazle pasar.

Un instante después un hombre de unos treinta años, algo desaliñado en el vestir y con el rostro completamente afeitado, entraba en el aposento.

Al ver á Grattis le hizo una reverencia con bastante afectación.

—Adelante, Juan Rana,—dijo la joven.

Y luégo, dirigiéndose al italiano, le dijo:

—Tengo el honor de presentaros al primer comediante de los corrales de la corte.

Rana se pasó la diestra por los cabellos é hizo un nuevo saludo.

—El caballero Jacobo Grattis,—prosiguió la joven,—á quien debo la vida.

—Con efecto,—dijo el comediante,—me han referido lo que ha pasado. Vuestra temeridad es digna de elogio.

—Nada de eso. Yo no podía consentir que esta joven muriese desgraciadamente.

—Quizá no os pese vuestra conducta,—dijo Rana.

Y luégo hizo una seña significativa á la joven, que Grattis no comprendió.

La desconocida se puso en pie.

—Caballero,—dijo entregando su mano á Grattis,—ya tendremos ocasión de vernos. Ahora la conveniencia aconseja que salga de aquí. Tan pronto como esté instalada en mi nueva habitación tendré sumo gusto en ofrecérosla.

Grattis estrechó entre las suyas la delicada mano de la joven, que un momento después salió del palacio seguida del comediante.

---

## CAPITULO XII

---

DONDE GRATTIS CONOCE EL NOMBRE DE LA DAMA Á QUIEN SALVÓ EN EL INCENDIO

Sorprendido quedó Jacobo Grattis de aquella extraña aventura.

¿Quién era aquella hermosa desconocida que parecía haber cuidado de ocultar su nombre, y que, prescindiendo después del recato, habíase marchado con el comediante Juan Rana?

Sus maneras, sus delicadas y aristocráticas manos, en una palabra, en todos sus pormenores revelaba pertenecer á la más distinguida nobleza.

Por otra parte, su amistosa confianza con el histrión lo desmentía.

—Lo cierto, —exclamó Grattis,—es que posee una perfecta hermosura y que he hecho muy mal en permitir que salga de mi casa. Ni aun un beso he recibido como premio de mi arrojo. Sin embargo, aun no es tarde. Esa joven me ha prometido ofrecerme su casa, y lo cumplirá seguramente.

Jacobo Grattis llamó á su escudero.

Guijarro se presentó en seguida.

Hallábase sorprendido con que su amo hubiese dejado salir á la dama sin empezar á cintarazos ó á tiros con el comediante que había ido en su busca.

—Dame el sombrero.

—¿Vais á salir de nuevo?

—Sí.

—¿Os acompaño?

—No te necesito. Quédate en casa, y si alguien pregunta por mí...

—Diré que no estáis.

—Pero preguntando el nombre de la persona que desea verme y el objeto que aquí la conduzca.

El caballero salió un momento después, dirigiéndose, como acostumbraba todas las tardes, á las gradas de San Felipe.

Este sitio era, como ya hemos dicho á nuestros lectores, el punto de reunión de todos los desocupados.

Haría unos cinco minutos que se hallaba Jacobo paseando, cuando descubrió al conde de Villamediana.

Inmediatamente se dirigió hacia él.

—Conde, conde,—le dijo para llamarle la atención.

Tarsis, al conocer la voz de su amigo, se detuvo.

—¡Vos por aquí! No esperaba tener un encuentro tan agradable.

—La dicha es la mía, amigo Tarsis. Y tanto más celebro haberos hallado, cuando, además de la satisfacción que esto siempre me proporciona, deseo haceros una pregunta.

—¿Una pregunta? Os escucho, pues.

—Estando relacionado con toda la grandeza de la corte, pocos serán los nobles madrileños y las damas hermosas que no conozcáis.

—Con efecto. Sobre todo á las segundas siempre he procurado conocerlas, aunque no sea más que superficialmente.

—Esta tarde me ha ocurrido una extraña aventura.

—Mucho debe serlo, cuando vos le concedéis ese calificativo.

—Ya sabréis que ha habido un fuego de consideración.

—Con efecto; y también me han dicho que un desconocido ha salvado de una muerte segura á la mujer más hermosa de Madrid.

—¿No sabéis quién es ese desconocido?

—Ciertamente que no. Las personas á quienes he preguntado me dijeron que jamás le habían visto.

—Con efecto, hace poco ha llegado de Italia.

El conde hizo un movimiento de sorpresa.

Luégo clavó sus negros ojos en Grattis.

—¿Acaso habéis sido el protagonista de la historia que hoy se comenta en todos los círculos?

—El mismo.

—Debía haberlo supuesto. Sólo á vos se le ocurre exponer la existencia por un capricho.

—¿Llamáis capricho á salvar la vida de una mujer hermosa, vos que siempre fuisteis la esencia de la galantería?

—Pero vos ignorabais que esa joven estuviese en el interior de la casa cuando escalasteis el balcón.

—Con efecto. Lo que menos creía era tener un encuentro tan dichoso. Lo hice cediendo á un impulso humanitario.

—Hé aquí una locura digna de elogio.

—Ahora bien, conde, deseo saber si conocéis á la heroína de esta aventura.

—¡No he de conocerla!

—¿Es soltera?

—Sí, aunque la unen á un hombre compromisos muy graves.

—¿Luego tiene un amante?

—Por lo menos uno.

—¡Fuego de Dios! ¿Tan grande es su corazón que puede compartirle con varios?

—Preguntadme más bien si lo tiene, y acertaréis.

—¿De manera que la consideráis una fácil conquista?

—Eso no,—respondió Villamediana;—María Calderon, que este es su nombre, es una de las comediantas más famosas de la corte.

—Ahora me explico su amistad con Juan Rana.

—En efecto, Juan Rana hace las delicias del público que asiste á los corrales matritenses, y es el asiduo acompañante de esa belleza. Como comprenderéis, no suelen ser las comediantas los mejores modelos para personificar la virtud. La constante exhibición que hacen de su hermosura, las eternas demandas de amor que diariamente escuchan, hacen que desciendan

del pedestal de su gloria artística, para caer en los más profundos abismos.

—¿Y quién es el amante de esa deidad?

—Me sorprende vuestra pregunta. Parece imposible que ignoréis que es la querida de Felipe IV.

—¡Del rey!

—Es un hecho que pertenece al dominio público. Por esta razón os he dicho que la Calderona es fácil y es difícil al mismo tiempo, aunque mis palabras os parezcan una paradoja. Fácil, porque ella es espontáneamente generosa para no negarse á las súplicas de aquellos que la solicitan; difícil, porque, como comprenderéis, está muy vigilada, sobre todo por ese comediante que habéis nombrado y que ha sido el tercero que arregló los amores del rey y de la histriona.

—Todo lo que me decís es un poderoso incentivo para que pretenda la conquista de esa mujer.

—No lo dudo. Las dificultades siempre conducen á ese fin. Sin embargo, Grattis, yo os aconsejo que desistáis de vuestros propósitos.

—¿Por qué?

—Esto pudiera proporcionaros graves disgustos.

—¿Acaso no obtendrían su recompensa si lograba el amor de esa mujer?

—Eso va en apreciaciones.

—De este modo vos habríais conseguido haceros dueño del alma de la esposa del rey...

—Y vos de su manceba, ¿no es cierto?

—Es la verdad. De modo que el rey ya tendrá noticia de la desgracia que ha podido ocurrir á su amante.

—Con certeza. Solamente que vuestro noble rasgo no habrá llegado á sus oídos.

—¿Por qué?

—Porque de seguro el portador de la nueva habrá sido Juan Rana, y este comediante se habrá declarado protagonista de la aventura.

—¿Diciendo que él la arrancó de las llamas?

—Eso es.

—No me importa. Celebraré, por el contrario, que lo haya hecho así. De esta manera el monarca no tendrá celos, y me dejará en más libres condiciones de obrar como lo tenga por conveniente.

—La Calderona es hermosísima, pero no comprendo que os haya impresionado.

—Conde,—respondió Grattis,—á mí, como á vos, me impresionan siempre las mujeres hermosas, pero no os imaginéis que hasta el punto de hacer que pierda la razón. Todo consiste en ponerse en guardia contra las estratagemas del comediante, y esto no me parece muy difícil.

—Sobre todo tratándose de un hombre como vòs.

—Y ahora, hablando de otro asunto, ¿habéis visto á la reina?

—No, pero he recibido noticias suyas.

—¿Por quién?

—Por la duquesa de Santarem.

—Me han dicho que el duque ha salido de la corte.

—Con efecto. El rey le ha comisionado para tratar de asuntos secretos con Luis XIII.

—¡Es extraño!

—Nada veo en ello de particular. Es indudable que don Felipe ama á la duquesa, y desea, por lo tanto, que el marido esté ausente.

—Ahora os digo yo á mi vez que no sabe el monarca á lo que se expone.

—¿Creéis, como yo, que saldrá desairado en sus propósitos?

—Por lo menos creo que es muy grave lo que solicita. Ya os dije que hace muchos años que conozco al padre de la duquesa. Es hombre que no se intimida por un rey, y mucho menos por su privado el conde-duque de Olivares. Para él no son nuevas las luchas con personajes poderosos. Las ha sostenido en su juventud con otros de igual talla.

Pocos momentos después el conde y Jacobo Grattis se separaron.

El segundo se dirigió de nuevo á su casa.

---

# CAPITULO XIII

---

### UNA CITA Y UN BESO

Al siguiente día á las diez hallábase todavía acostado Jacobo Grattis, cuando sintió unos leves golpes en la puerta de su lujosa estancia.

—Adelante,—dijo el joven.

El escudero Guijarro se presentó en el dintel, llevando en la diestra un pequeño y perfumado billete.

El corazón de Jacobo latió con premura.

Lo único que aumentaba sus palpitaciones era todo aquello que se relacionaba con una aventura femenil.

—¿Esperan contestación?

—No, señor,—respondió el escudero;—ha traído la carta una doncella, que apenas me la entregó marchóse de nuevo.

—Perfectamente; déjame solo.

Guijarro salió de la estancia, cerrando tras él la puerta; pero en vez de marcharse aproximó uno de los ojos á la cerradura.

Por las alteraciones que sufriese el rostro de su amo se prometía comprender si se hallaba próxima alguna aventura.

—¡Ya me extrañaba á mí que el amo hubiese permitido que la dama de ayer se marchase tan pronto! ¡Si lo que entra con el capillo sale con la mortaja! ¡Tenía que parecer aquello!

Entretanto Jacobo Grattis había roto el sobre y desplegado la carta.

Esta era muy lacónica.

Decía así:

«Mi apreciable salvador: Fiel á la promesa que os »hice, hoy os aguardo en mi nueva casa.

»Venid á las nueve de la noche.

»Por la pequeña puerta del jardín os esperará mi »doncella.

»No dudéis en aproximaros.

»Vuestra agradecida amiga,—María Calderón »

Al final de la epístola, la joven había consignado las señas de la morada.

Grattis leyó de nuevo aquellas líneas, trazadas por la mano de nieve que el día antes había estrechado entre las suyas.

¡Qué día tan largo iba á parecerle aquel!

Hasta las nueve de la noche no era posible presentarse en el lugar de la cita.

Jacobo hubiera dado la mitad de la sangre que circulaba por sus venas porque las horas tuviesen las dimensiones de los minutos.

Inmediatamente llamó á su escudero.

Este, que no se había separado de la puerta, aguardó un instante para que no comprendiese su amo que se hallaba tan próximo, y luégo abrió.

—¿Qué deseáis?

—Dame mi ropa pronto; no puedo permanecer en la cama un instante más. Esta noche te necesito.

—Ya me lo había figurado.

—¿Por qué?

—Porque siempre que se recibe alguna cartita es de mal agüero...

—Al contrario, estúpido, al contrario.

Jacobo se vistió, luégo dió un paseo por las calles más concurridas de la corte, apelando á cuantos recursos pudieron distraerle, hasta que volvióse rendido á su casa.

Cuando la noche tendió sus negros crespones sobre la tierra, Grattis lanzó un suspiro.

—¡Ya falta poco!—dijo consultando las agujas del reloj que se hallaba sobre la mesa.

Cuando sus campanadas le anunciaron que eran las ocho, el joven, seguido del medroso Guijarro, aventuróse por las calles de Madrid.

La morada de la Calderona se hallaba bastante lejos.

Grattis iba muy de prisa, como si fuese á faltarle tiempo para llegar á la hora oportuna.

Seguíale el escudero dando fuertes resoplidos y exclamando:

—¡Es mucho afán el que tiene mi amo por las faldas! A no ser por lo que le aprecio, ya le hubiera dejado, aunque tuviera que ponerme á trasportar sacos de

trigo. Esta ocupación no podría más que resentirme las costillas, y tampoco considero que las tengo ahora muy seguras.

De pronto Jacobo Grattis se detuvo.

—¡Válgame Dios! ¡Ya pareció aquello!—dijo el bueno de Guijarro.

Con efecto, habían llegado al límite del trayecto.

—Quédate junto á esta esquina y aguárdame.

—Perfectamente.

—Cuidado con que te muevas de aquí á menos que yo reclame tu presencia.

—No me moveré.

—Si vieses que alguno entra en esa casa, sube á avisarme.

—Subiré.

Entonces Grattis aguardó.

Las dos puertas de la casa permanecían cerradas.

Empezaba Jacobo á sospechar que le hubiesen chasqueado, cuando una de ellas se abrió cautelosamente, dando paso á un caballero embozado hasta los ojos.

A pesar de lo recatado que éste iba, Grattis conoció al rey.

Entonces pudo explicarse lo que había sucedido.

Alejóse el misterioso embozado.

Pocos momentos después se abrió de nuevo la puerta, apareciendo una linda muchacha que siguió con los ojos al embozado.

Entonces Grattis se aproximó.

La doncella pronunció su nombre.

—El mismo.

—Pasad, pasad en ese caso.

Jacobo penetró en el zaguan.

Luégo, acompañado de la linda joven, aventuróse por la escalera.

---

La nueva estancia de la comedianta no acusaba haber sido amueblada con la precipitación que lo fué.

El oro vence todas las dificultades.

Preciosos tapices de gran valor cubrían las páredes.

Inmensas lunas de Venecia daban al aposento proporciones gigantescas.

La sillería era de damasco grana.

Un velador de mármol ocupaba el centro, cuajado de esos pequeños objetos de arte que constituyen los encantos de las mujeres.

Los balcones estaban llenos de macetas cuyas flores saturaban el ambiente de aromas.

Cuando Jacobo Grattis penetró en la estancia, la joven se hallaba negligentemente tendida en un diván.

Su vestido, blanco como su rostro, vagaba en caprichosos pliegues sobre el damasco que la servía de lecho.

Sus ondulantes cabellos hallábanse sujetos por un gracioso lazo de seda azul.

Las anchas mangas dejaban descubiertos sus brazos, ebúrneos y redondos como los de una Venus de alabastro.

Una provocativa y voluptuosa sonrisa vagaba por sus labios, cárdenos como los pétalos de una rosa primaveral.

Sus ojos negros recorrían las páginas de un libro.

Al oir el ruido que produjo la puerta al abrirse, la joven dirigió una mirada hacia aquel sitio.

Jacobo Grattis se había detenido en el umbral.

—Pasad,—dijo la joven.

El italiano obedeció.

Entonces la comedianta, incorporándose en el diván, le entregó su mano, suave como la seda.

—Sentaos,—le dijo,—y dispensadme si os he hecho esperar. No ha sido culpa mía.

—Lo sé,—respondió el joven sonriéndose.—Muchas veces las circunstancias nos obligan á obrar en contra de nuestros deseos, ¿no es verdad?

—Es innegable.

—Y en una de esas ocasiones os hallabais cuando llegué á vuestra casa.

—Con efecto, veo que estáis perfectamente enterado.

—No se necesita mucha perspicacia para comprenderlo así.

—Sin embargo.

—Pocos momentos después de hallarme en esta calle he visto salir á un embozado...

—Que era precisamente la persona que me impedía recibiros. Ya veis si soy sincera.

—Por más señas, que las precauciones empleadas por ese sér misterioso no fueron bastantes.

—¿Le habéis conocido?

—Creo que sí, y eso que no pude observarle más que un momento ni le había visto sino en otra ocasión.

—Hablad con franqueza, Grattis.

—Ese embozado era el rey.

—Con efecto, era el rey. Unicamente por su elevado linaje me he visto obligada á haceros esperar.

—¿Nada más?

—Os lo juro.

—Yo creí que existiría entre ambos algún otro lazo más estrecho.

—Y no os habéis engañado; es mi amante, pero yo no le hubiese tenido tantas consideraciones si además de amante no fuese rey.

—Con efecto, es un título que le hace acreedor á toda clase de deferencias.

—Aunque no sea más sino por lo lucrativa que es su amistad.

Y al decir estas palabras, la Calderona se sonrió con malicia.

—Sin embargo, eso es esclavizarse al oro.

—No lo creáis. El rey es el hombre más confiado que existe en Madrid. Tal vez por una jactancia exagerada, quizás por un exceso de candidez, imagina que yo debo hallarme completamente satisfecha con su amor.

—¿Y no es así?

La comedianta por toda respuesta se encogió de hombros.

—A mí me han asegurado, sin embargo, que os cela mucho.

—Mal haría en semejante cosa. Ya sabéis, como hombre de experiencia, que el que trata de contener

los ímpetus del corazón de una mujer pierde el tiempo de una manera lastimosa.

—Estoy conforme. Y esto obedece á que nadie como ella sabe engañarnos. ¡Es tan dulce la mentira en unos labios color de rosa! ¡Son tan gratas sus caricias aunque sepamos que nos engañan!

—Veo que las amáis mucho.

—¡Cómo no amarlas si son tan hermosas! ¡Desgraciado del que no es susceptible de trasportarse al cielo sólo con una mirada de sus ojos!

—¡Ah, Grattis, veo que sois un verdadero admirador de las mujeres!

—Con efecto, sobre todo cuando son tan encantadoras como vos.

—Eso es cuestión de apreciaciones. Estoy firmemente convencida de que el amor coloca delante de nuestros ojos un prisma, que así como las facetas de cristal embellecen los colores, él presta realce á las bellezas que admiramos. Os pondré un ejemplo para demostrar con más claridad lo que os digo. Yo no trato de negaros que soy la querida del rey. Es un hecho tan público, que sería necio pretender que me vieseis cercada de la aureola de la virtud.

Felipe IV me había visto hacer dramas y comedias. Le impresionó el timbre de mi voz. Dicen que es melodioso.

—Con efecto, jamás he escuchado otro más argentino y más dulce.

—También me aseguró el rey que le parecía muy hermosa.

—No lo dudo. Esa opinión es general. Participo de ella.

La Calderona fijó en el italiano sus negros ojos con mucha coquetería.

—Ahora bien,—prosiguió; —¿creéis que hubiese habido en la corte muchas damas que no se sintiesen inclinadas á corresponder al rey? No se circunscribe mi pregunta, tratándose de una comedianta, que dispone de su libre albedrío, que ha prescindido de las susceptibilidades sociales, sometiéndolo todo á sus caprichosos deseos, sino de la más recatada doncella.

—Creo, si he de deciros la verdad, que es difícil, aun para las segundas, resistir á un personaje tan elevado.

—Con efecto, es muy difícil, y por eso yo no traté ni un instante de desairar sus amores.

—¿Y le amáis?

La joven vaciló en responder.

—Le amo,—dijo al fin,—como se ama á un rey, que además de ser el padre de la patria, posee muchas riquezas para satisfacer los más insignificantes deseos de una mujer, aunque ésta sea tan caprichosa como yo.

—Sin embargo, esas relaciones os incapacitan para tener otras de vuestro agrado.

—No lo creáis. Si algún día me agradara otro hombre...

—Proseguid.

—No me faltarían medios para demostrarle mi simpatía.

—Dicen, sin embargo, que el rey os vigila.



—¿Y quién puede vigilar á una mujer?

—No os falta razón. No obstante, aseguran que Juan Rana es un cancerbero que os guarda perfectamente.

—Con efecto; pero en cambio posee una buena cualidad: Juan Rana es ambicioso. Nada le conmueve como la vibración que producen algunas monedas de oro.

—Os comprendo.

—El oro tiene para él condiciones narcóticas.

—¿Narcóticas?

—Sí. Figuraos por un momento que se hallase en esta estancia. Mientras no vislumbra una recompensa, se halla despierto, es el celoso guardián de mi persona, el íntimo amigo del rey. En cambio, si se le ha obsequiado, se duerme profundamente, y no advierte que mis admiradores han pasado á la estancia contigua.

Grattis se sonrió con malicia.

Había comprendido el sentido de aquellas palabras.

—Bueno es saberlo,—dijo.

—¿Para qué lo deseáis?

—¿Quién puede leer en el libro del porvenir?

En aquel instante la Calderona se puso en pie, dirigiéndose hacia el balcón.

—¿Esperáis á alguien?

—No; el único que podría venir á estas horas era el comediante de que hemos hablado, y es demasiado sibarita para molestarme. Está lloviendo.

—¿Llueve? Comprendo entonces que no se aventure

á salir. Si yo me encontrase en mi casa, tampoco saldría.

—¿Qué prisa tenéis? ¿Acaso ha de molestarme el hombre que me ha salvado?

—Sentiría, sin embargo, pecar de importuno.

—No, Grattis. Todo lo contrario; no sabéis hasta qué punto agradezco vuestra visita.

Estas palabras fueron acompañadas de una insinuante y provocativa mirada.

El italiano necesitaba poco para explayar sus pensamientos, y creyendo que había llegado el instante oportuno, la dijo:

—Decidme, María, y si el hombre que tratase de suplantar al monarca fuese yo, ¿qué diríais?

—Lo ignoro. Nunca me ha agradado hablar en sentido figurado.

—¿Y si mi pregunta no fuese una hipótesis?

—En ese caso, os respondería según mi leal entender.

—Pues bien, yo no puedo negaros que vuestra hermosura me ha producido un mágico efecto; en una palabra, que deseo ser vuestro más sincero amigo, por no decir descaradamente vuestro amante.

—No me disgustan vuestras proposiciones. Soy impresionable, os he conocido de una manera extraña, y no puedo negaros el título de mi mejor amigo.

—¿Nada más?

—Por ahora, nada más. Como comprenderéis, no estamos representando un drama cuya acción se desenvuelve en pocos momentos.

—Es verdad; pero ¿á qué seguir esos trámites incomprensibles que ha tratado de dar el vulgo en las relaciones?

—Son necesarios, Grattis. Yo deseo de vos alguna prueba.

—¿Alguna prueba?

—Sí, mucho os debo; me habéis salvado la vida, pero ahora me exigís la vida de mi alma.

Cuantos esfuerzos hizo el italiano con objeto de conseguir de la joven una respuesta definitiva fueron inútiles.

—Todavía no; dejad que lo piense.

—¿Cuándo vuelvo por vuestra contestación?

—Pasado mañana. Sin embargo, debo advertiros que, si accedo á vuestras pretensiones, nuestros amores tienen que permanecer ocultos en el más profundo misterio. De otra manera labraríamos nuestra desgracia.

—Eso es inútil que me lo recomendéis. Siempre he sabido guardar un secreto.

—Adiós, pues, Grattis.

—Adiós, María.

El joven clavó sus radiantes pupilas en la comedianta y se detuvo junto al dintel de la puerta.

—¿Qué queréis?—preguntó la Calderona.

—¿A qué he de expresaros mi deseo si me expongo á una negativa?

—No; para que veáis que no soy tan cruel, acercaos.

El italiano obedeció.

Entonces la comedianta le presentó la mejilla, fresca y rosada como los pétalos de una flor.

Grattis estampó en ella un apasionado beso.

---

Pocos momentos después salía de la casa.

Las calles estaban llenas de lodo.

La lluvia había caído á torrentes.

Al doblar la esquina, Grattis tropezó con un individuo que permanecía inmóvil como un poste.

Dirigióle el caballero una mirada de enojo, pero no pudo menos de echarse á reir al ver que era su escudero.

Guijarro estaba empapado en agua.

Su sombrero de fieltro pesaba con seguridad una arroba en aquel instante.

—¡Qué diablos haces aquí, imbécil! —le preguntó.

—¿Y me lo preguntáis?—respondió el escudero dando fuertes resoplidos.—¿Acaso no me dijisteis hace cuatro horas que permaneciera en este sitio?

—Tienes razón; pero haberte resguardado en el quicio de una puerta ó en cualquier hostería.

—¿Cómo apelar á esos recursos, si me habíais dicho que no me moviese de aquí?

Rióse Grattis al ver el aspecto del pobre Guijarro, que tiritaba de frío, sacudiéndose el agua como el lebrel que abandona el baño.

—La verdad, mi amo,—dijo,—es que temo haber cogido una pulmonía. Bien se advierte que estabais á

gusto cuando os olvidasteis de ese modo de mi persona.

—Con efecto, he pasado una noche deliciosa.

Guijarro hizo una extravagante mueca al oir estas palabras, y dijo:

—Lo creo; yo entretanto estaba en remojo como un abadejo, sufriendo las iras de una canal que la divina Providencia había puesto encima de mi persona.

—Vaya, no hagas caso. Todo ese malestar se olvida bebiendo unas botellas de lo añejo.

Sonrióse Guijarro con esta esperanza.

Con efecto, en la calle contigua hallaron una pequeña puerta entornada.

Grattis la abrió.

Era una hostería.

Escasos eran los concurrentes, circunstancia que agradó al escudero, que nunca se hallaba tranquilo cuando iba con su amo á estos lugares, temiendo que ocurriese alguna pendencia.

Cuando, después de beber, se dirigieron al palacio y se vió el buen Guijarro en su lecho, lanzó un prolongado suspiro, exclamando:

—¡Todo sea por Dios! Hoy no me ha molestado más que el agua; ¡quién sabe lo que sucederá mañana!

Y se quedó profundamente dormido.

---

# CAPITULO XIV

---

EL QUE NO QUIERE CALDO...

Al siguiente día hallábase Jacobo Grattis en su estancia, cuando su escudero le anunció que el conde de Villamediana deseaba verle.

—Hazle pasar,—respondió el italiano;—ya sabes que tanto para él como para don César estoy siempre en casa.

Guijarro se alejó para cumplir sus órdenes.

Don Juan de Tarsis entraba en la estancia trascurrido un momento.

Después de saludarse los dos amigos, Grattis le indicó que tomase asiento.

—¿Visteis á la Calderona?

—Ayer mismo me envió una lacónica carta ofreciéndome su nueva morada.

—¿Supongo que no dilataríais aceptar su ofrecimiento?

—Con efecto, ayer noche estuve á verla.

—¿En qué actitud se presenta?

—En la mejor. Creo que en un breve plazo llegaré á la cumbre de mis aspiraciones.

—Dichoso vos. ¡Quién pudiese decir lo propio respecto á la reina! pero esto es imposible.

—Reflexionad la diferencia que entre ambas existe.

—No trato de establecer un paralelo. Sin embargo, si al menos consiguiese hablar con doña Isabel, estaría tranquilo. Apenas la veo. Pasa por mi lado sin dirigirme una sola palabra. Lo más que hace es cambiar una mirada conmigo. ¡Ah, Grattis, la situación en que me encuentro es insostenible! Estoy dispuesto á cometer cualquier imprudencia.

—Haríais muy mal.

—No lo dudo. Pero ¿qué hacer? Si pudiese desistir de mi pasión, si pudiese relegar para siempre al olvido su dulce memoria, vuestro consejo sería aceptable. Pero es inútil. Las dificultades que se presentan cada vez son mayores, y sirven de incentivo á mi desventurada pasión. Quiero hablarla, y no encuentro un instante oportuno. Ella teme que su esposo lea nuestro pensamiento hasta en las furtivas miradas que hemos cambiado.

—Y no se equivoca. Ya sabéis que para muchos cortesanos esos amores no son un secreto. Si alguno osase decírselo al rey...

—El rey no daría crédito á sus palabras. Se halla demasiado persuadido de la virtud de doña Isabel, y, después de todo, no se equivoca. Más fácil es que diera crédito á cualquier noticia respecto á María Calderón.

—Noticia que no tardará en llegar á sus oídos.

—¿Por qué?

—Porque yo no tendré vuestra paciencia. Amo á las mujeres por ellas y por vanidad de su hermosura.

—Juzgad en ese caso lo que sufriré yo. Si una comedianta, muy hermosa, pero al fin perteneciente á una esfera social que ni alcanza sepultura en sagrado, sirve para satisfacer vuestro amor propio, ¿qué me sucederá á mí, tratándose de la dama más ilustre de la córte, ó sea de la legítima esposa del rey? ¡Cuánto daría porque el mundo entero supiese que era el único poseedor de su alma! Hace pocos días di una palabra á la duquesa de Santarem que me parece ha de serme imposible cumplir.

—¿La de obrar con cautela?

—Con efecto. Sin embargo, esto terminará mañana.

—¿Qué pensáis hacer para tan breve plazo?

—Ya sabréis que mañana tiene lugar en la plaza Mayor una corrida de toros.

—Lo sé.

—Aunque estas fiestas no se verifican más que tres veces al año, ó sea por San Isidro, San Juan y Santa Ana, el rey, con objeto que el príncipe presencie el valor y la bizarría de sus caballeros, ha dispuesto una corrida extraordinaria.

—¿En la que tomaréis parte? Me han asegurado que sabéis clavar un rejoncillo como muy pocos.

—Con efecto, es una suerte que me agrada de un modo extraordinario. ¿Queréis tomar parte en la lidia?

—¡Buena pregunta! Todo aquello que produzca emociones es de mi gusto.

—En ese caso cuento con vos.

—Y si tenéis pensamiento de brindar á la reina alguna suerte, yo he de hacer lo propio con la Calderona. De esta manera ambos nos enemistamos con el monarca; pero ¿qué importa? ¿A qué hora empieza la función?

—Por la mañana, y durará todo el día. Seis toros en la primera lidia y ocho por la tarde, sin contar con que luégo han de romperse cañas.

—Ese juego me inspira menos interés. No me ciño el arnés y el casco para que las brillantes cintas onduleen al viento. Supongo que la Calderona no faltará.

—Seguramente que no. Mañana asistirá á la plaza todo Madrid, y ella con más motivo. Siendo la querida del rey, no ha de faltarle entrada.

—¿Irá con su compañero el histrión Juan Rana?

—Es posible, por ser el único que no despierta los celos de su amante.

Pocos momentos después el conde de Villamediana se puso en pie.

—¿Os vais?—preguntó Jacobo Grattis.

—Sí, me voy; necesito hacer mis preparativos.

Ambos amigos se estrecharon la mano y el conde salió de la estancia.

Media hora después disponíase Jacobo Grattis á abandonar también su palacio, cuando presentóse en el aposento el escudero Guijarro.

—¿Qué ocurre?—preguntó el joven.

Lanzando un hondo suspiro, el interpelado le entregó un pequeño billete.

Grattis lo tomó con mano trémula.

Había conocido en los caracteres del sobre que la carta era de María Calderón.

Con efecto, la comedianta le decía en su lacónico estilo:

«Mañana se corren toros y cañas.

»Yo iré á uno de los balcones junto á la Casa Pana»dería.

»Celebraré aplaudir vuestra apostura y valor.

»He bordado una banda para el caballero que se dis»tinga más.»

El corazón de Grattis latió con violencia.

—¡Es necesario que yo me ciña esa prenda!—se dijo.

Guijarro permanecía inmóvil como una estatua.

—Mañana te aguarda un buen día,—le dijo Grattis.

—¿Un buen día?

—Seguramente. ¿No sabes que se prepara una gran fiesta?

—¿De toros?

—Precisamente. Es necesario, por lo tanto, que se uniformen todos mis criados. En cuanto á ti, te reservo un cargo de honor.

—¿Cuál?—preguntó el escudero sonriéndose.

—Serás uno de los dos que cuiden de darme rejones durante la lidia.

El rostro de Guijarro se puso verdoso.

—¡Qué decís, amo mío! Yo voy á estaros dando los

rejoncillos en la plaza mientras el toro os acomete?

—Eso es.

—Pero ¿no comprendéis que el cornúpeto me va á enviar á uno de los balcones, porque quien ama el peligro en él perece?

—¿Acaso no tienes pies para evitarlo?

—Sí, señor; pero en aquellos momentos mis pies parecerán de plomo.

—No lo creas. El miedo es un poderoso estímulo para hacer ágiles á los hombres. Además, yo te defenderé.

—¡Ay, amo mío, esto es quererme mal!

—¿Por qué?

—Porque de seguro me va á costar la vida He podido sacar fuerzas de flaqueza tomando parte en cuantas aventuras tuvisteis, y eso que no han sido pocas en número; pero exigirme que salga á la arena es lo mismo que decretar mi muerte.

—No seas estúpido. ¿Acaso no agradeces que te distinga del modo que lo hago?

—No, señor, ¿qué he de agradecerlo? Hay ciertos cargos honoríficos que no me llaman la atención. Ya sabéis que nunca he sido ambicioso. Por lo tanto, renuncio generosamente.

—¿De manera que no quieres acompañarme?—preguntó Grattis, á quien entretenían mucho las pusilánimes demostraciones de su escudero.—Supón que la fiera me derriba del caballo y me encuentro en peligro.

—Eso ya varía. Ya sabéis que nunca he demostrado ser muy valeroso, pero si llegase ese caso...

—¿Qué harías?

—Creo que dominaría mi terror y haría cuantos esfuerzos heroicos son posibles por alejaros de aquellos sitios.

—Bien ves entonces que tu presencia me es necesaria.

—Pero oidme, señor, ¿qué precisión tenéis de ir á la plaza con semejantes propósitos? ¿No sería muchísimo mejor que viéramos la fiesta desde un balcón ó un tablado de los que construyen con semejante objeto?

—Eso sería una vulgaridad.

—¿Y no es peor que el toro nos rompa una pierna ó nos salte un ojo, y esto suponiendo que la fortuna quiera favorecernos?

—No nos sucederá nada.

—Eso es mucho asegurar. A mí me han dicho que todos los años mueren unas cuatrocientas personas por esta clase de fiestas, y si de este número nos toca á nosotros, poco me importan las trescientas noventa y ocho restantes, porque la caridad bien ordenada empieza por uno mismo.

—Es en vano cuanto me digas. Me ha rogado una dama que tome parte en la fiesta, y la tomaremos.

—¡Ya pareció aquello!—exclamó Guijarro cediendo á su inquebrantable manía de recordar esta frase.

Jacobo salió un momento después de la estancia.

Entonces el escudero dió rienda suelta á su desesperación.

Tan agudos eran sus lamentos, que Rosina, robusta sirvienta de Jacobo Grattis, penetró en el aposen-

to imaginando que había ocurrido alguna desgracia.

Esta joven había sido doncella de una de las mancebas que Grattis tuvo en Italia.

Su buen comportamiento y la circunstancia de haber nacido en Módena, como su amo, hicieron que éste no la despidiese de la casa cuando concluyó el reinado de su antigua señora.

Rosina profesaba un entrañable afecto á Guijarro. Sabía la italiana que el escudero recibía frecuentes propinas de Grattis, que no era gastador, y que, por lo tanto, debiera poseer algunos ahorros bastantes para hacerle abandonar el celibato.

—¿Qué te ocurre?—le preguntó.

—Calla, Rosina, no me preguntes nada.

—¿Te ha reprendido el amo por alguna cosa?

—¡Ojalá me hubiera molido los huesos á palos, antes que darme la noticia que me ha dado!

—¿Alguna nueva aventura?

—¡Ya lo creo! Pero de este género no se le habían ocurrido jamás.

—¿Un desafío?

—Eso no es nuevo en él.

—¿Algún proyecto de rapto?

—¡Ojalá!

—¿Qué sucede, pues?—preguntó la joven con impaciencia.

—Voy á torear.

—¡Tú!

—Yo. Mañana tengo que encargarme de dar los rejoncillos al amo.

—¡Ah! ¿y eso te disgusta?

Guijarro midió á Rosina con una mirada.

—¿Qué? ¿Imaginas que ha de gustarme?

—Ya lo creo. Es una cosa muy bonita.

—Sí, muy bonita para el que lo ve desde un balcón. Música, toros y guerra, desde fuera.

—Yo te aplaudiré.

—Como no me aplaudas cuando me veas por el aire, me parece que no he de dar motivo para tributarme grandes elogios.

—Tu misión es defender al amo.

—Pues me parece que no cumpliré muy bien la misión. ¡Cómo he de defenderle si ya estoy temblando! Se me figura ver á la fiera delante de mí, con su remolino de pelo en el testuz, sus ojos brillantes y sus espantosos bufidos ¡Ay, Rosina, menos temor me daría ceder á tus pretensiones y casarme, aunque el matrimonio no es cosa de mi devoción!

—¡Vaya, no seas tonto! Ya verás cómo sales bien de tu empresa.

—¡Con qué serenidad se razona cuando hablamos de los riesgos de los demás!

—¡Pero si eso no vale la pena!

—¡Pardiez! ¡No ha de valerla! ¿Te parece pequeña desgracia que el toro me ensarte lo mismo que tú puedas hacerlo con una hebra de seda en la aguja?

Y el pobre Guijarro paseaba de uno á otro lado de la estancia dando las mayores muestras de desesperación.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño: parecíale

á cada instante contemplar la fiera que, con la cola tendida al viento y la cabeza baja, se aproximaba á él en ademán hostil.

El pobre escudero, cediendo á su sempiterna manía de recordar refranes, murmuraba:

—¡Qué cierto es aquel proverbio que dice: «Al que no quiere caldo, la taza llena!»

# CAPITULO XV

---

AMORES REALES

Al siguiente día advirtióse un gran movimiento en las calles de la corte apenas despuntó el alba.

Todos los moradores de Madrid se disponían para ir á la Plaza Mayor.

Esta presentaba un espectáculo maravilloso.

Los cajones de los vendedores habían desaparecido, poniendo en su lugar grandes tablados.

Los balcones estaban llenos de gente.

Para esta fiesta, los propietarios de las casas no podían disponer de sus fincas, y los balcones eran ocupados por la nobleza.

Tanto, que Benavente dice en su entremés *El Gori Gori:*

«Gran pensión es esta
de vivir en la plaza un caballero,
pues paga todo el año su dinero,
y el día que ha de ver la fiesta en ella
le echan de casa y quédase sin vella.»

Los balcones estaban cubiertos de vistosas colgaduras.

Los tejados llenos de gente.

Podrían calcularse en cincuenta mil el número de almas que se disponían á presenciar la fiesta.

La reina, su ilustre esposo, el príncipe de Gales, la infanta, el conde-duque de Olivares y algunos caballeros y damas, entre éstas la duquesa de Santarem, hallábanse en los balcones de la Casa Panadería, donde habían de llevar una magnífica comida, pues la fiesta duraría hasta que el sol se ocultase.

También hallábanse sumamente adornados los balcones que habían de ocupar el ayuntamiento, los reales consejos, y muchos de los destinados á particulares de la más elevada nobleza, que habían conseguido entrada por medio de cédulas.

El día amaneció verdaderamente espléndido.

La plaza había sido cubierta de arena y regada después.

Todos los semblantes resplandecían de gozo.

A las dos en punto se presentaron los reyes, siendo saludados con un murmullo de aprobación.

La reina colocó sobre la barandilla una magnífica banda de raso azul, bordada de plata, con destino al paladín que más se distinguiese en la faena.

Un instante después abriéronse las vidrieras de uno de los balcones contiguos á la Casa Panadería, y apareció una hermosa mujer.

Iba vestida de color de rosa, lo que hacía resaltar su nítida blancura; los diamantes de sus pulseras obli-

gaban á cerrar los ojos al que contemplaba sus facetas heridas por los rayos del sol.

Su deslumbradora luz sólo podía competir con su belleza.

Era María Calderón, la célebre comedianta querida de Felipe IV.

Un momento después salieron á la plaza dos piquetes.

El primero, de la guardia española.

El segundo, de la tudesca.

Todos vestían de gala é iban al frente sus oficiales, pertenecientes á la más elevada nobleza de Castilla.

Despejada la plaza de los curiosos que la invadían, colocáronse las respectivas escuadras debajo del balcón regio, dispuestas á disputar el paso á las fieras con sus agudas y relucientes alabardas.

Todos los corazones palpitaban con ansiedad.

Había llegado el momento crítico de que apareciesen los caballeros lidiadores compitiendo en lujo y gallardía.

Escucháronse los ecos de los pífanos y atambores.

Luégo presentáronse los caballeros.

Estos eran diez.

Sin embargo, como el que menos llevaba cincuenta lacayos, constituían un número suficiente para llenar la plaza.

Las mejillas de la reina palidecieron al ver al conde de Villamediana.

Éste montaba un brioso corcel, negro como el azabache.

Su vestido, de seda azul, hallábase bordado de reales de plata, y en una banda del mismo color se leía escrito el siguiente lema: «Son mis amores.»

Todos comprendieron el significado de la inscripción.

Con efecto, sus amores eran reales.

Villamediana había cumplido la promesa dada á Jacobo Grattis.

No pudo hacer más clara ostentación de su pensamiento.

Seguíanle cien lacayos lujosamente vestidos.

Un sordo murmullo se escuchó en la plaza.

Aquella provocación tenía necesariamente que ser conocida por el rey.

Salió luégo don Francisco de Quevedo.

La presencia del incomparable poeta satírico borró en parte la mala impresión producida por el conde.

Iban á abrir la puerta del toril, cuando, sobre un potro cordobés, cubierto de espuma y tascando el freno, se presentó Jacobo Grattis.

A su lado iba el escudero Guijarro, pálido como los muertos, llevando de la brida al noble animal que montaba su señor.

Después de hacer todos un respetuoso saludo al balcón real, se prepararon á la primera embestida.

La gran mayoría de los lacayos se pusieron fuera del alcance del toro.

Hicieron los atabales la señal.

Se abrió la puerta del toril y lanzóse á la arena la primera fiera.

Esta era negra como las plumas del cuervo.

Volvióse al sentir el golpe que produjo la puerta al cerrarse.

Luégo se dirigió lentamente al centro de la plaza, con la cabeza erguida, paseando sus encendidos ojos por los espectadores.

El conde de Villamediana clavó las espuelas en su potro para obligarle á que se aproximase á la fiera.

Esta escarbó la arena y arremetió.

Don Juan de Tarsis entonces clavóle el primer rejoncillo, que se hizo pedazos.

Un unánime aplauso se escuchó en la plaza.

El animal, aunque voluntarioso, separóse del caballero, lanzando un horrible mugido.

Por su rasgada piel brotaba la sangre.

Entonces se adelantó don Francisco de Quevedo.

Algo rehacio el toro, se retiró algunos pasos, escarbando la arena; pero tanto se aproximó el jinete, que no pudo evadir el reto, y con la cola tendida al viento y la cabeza baja se precipitó hacia él.

Quevedo clavó el segundo rejón, lo que también le valió aclamaciones de entusiasmo.

Habíase el toro hecho receloso por el castigo, y, apelando á la fuga, se puso bajo el balcón que ocupaba la Calderona.

Entonces Grattis, comprendiendo que había llegado el momento oportuno de lucirse, dirigióse hacia aquellos sitios.

Un hondo suspiro se escapó del pecho del escudero Guijarro.

—¡Ahora sí que pareció aquello!—se dijo.

Sin embargo, como el cariño que profesaba á su señor era todavía más grande que su miedo, se dispuso á seguirle mientras sus labios murmuraban una oración.

La Calderona no pudo reprimirse y se levantó de su asiento.

El jinete y la fiera se miraban atentamente.

En la plaza reinaba el más profundo silencio.

El caballo de Grattis avanzaba hacia el toro.

La distancia que los separaba era muy corta.

De pronto la fiera se lanzó sobre él.

Jacobo clavó el rejoncillo; pero recargando su temible adversario cuando estaba inerme, le hirió al caballo en el pecho.

El noble ánimal se estremeció.

Un caño de roja sangre brotaba por la herida.

Entonces el caballero echó pie á tierra.

Tiempo era de hacerlo así, pues el potro cayó pataleando, y pocos momentos después dejó de existir.

Grattis se quedó mirando á la fiera con los brazos cruzados.

El escudero Guijarro había huído.

—¡Que se satisfaga!—exclamaron á la vez más de mil voces.

El conde de Villamediana, comprendiendo el peligro en que se hallaba su compañero, corrió hacia aquellos lugares.

—¿Qué dicen?—preguntó el italiano.—¿Qué significan esas palabras que pronuncia el auditorio?

—Quieren,—respondió Tarsis,—que, obedeciendo

á las reglas del toreo, luchéis á pie con vuestra espada para vengar la muerte del corcel.

No necesitaba Grattis más que esta ligera advertencia para poner en práctica lo que el público quería.

Desenvainó su acero, y con paso tranquilo dirigióse debajo del balcón de la Calderona, arrojando al suelo su sombrero de flotantes plumas, para indicar á la hermosa joven que le brindaba la difícil suerte que iba á hacer.

Luégo se encaminó hacia la fiera.

Un sordo murmullo se escuchó en la plaza.

Aquel era un momento decisivo de vida ó muerte.

El caballero se detuvo á corta distancia del enemigo y le citó con el acento.

El toro arremetió...

Entonces Grattis descargóle un terrible cintarazo en el testuz.

Luégo se cuadró, dándole una estocada hasta el pomo.

Lanzó el toro un espantoso mugido, cayendo desplomado á los pies del valiente caballero.

Todas las manos se agitaron batiendo palmas.

La espada había penetrado por medio de la cruz.

Jacobo Grattis dirigióse hacia el balcón real, como la etiqueta exigía, saludó á los reyes y luégo se inclinó delante de la Calderona, que no cesaba de aplaudir.

Cuando pasó el caballero, arrojóle la banda que constituía su premio.

Iba Grattis á ceñírsela, cuando observó que de las borlas pendía un billete.

El italiano lo guardó disimuladamente y apresuróse á montar en el nuevo caballo que le ofrecía su escudero.

Pero tuvo éste la desgracia de que al ir á retirarse apareciese el segundo toro, que entró en la plaza con muchos pies.

Guijarro intentó ponerse á salvo, pero no lo hizo tan pronto que no sintiese la ayuda del cornúpeto.

Afortunadamente el golpe fué dado con el testuz, aunque el pobre escudero aseguraba haber sentido que penetraban en su cuerpo las astas.

Villamediana clavó dos rejoncillos, fijando luégo sus apasionados ojos en la reina.

Esta no se atrevía á levantar los suyos del suelo.

Terminada la lidia se procedió á romper cañas.

Los caballeros trocaron sus lujosos trajes por el arnés y el casco, y, arremetiéndose con brío, cuajaron el aire y el suelo de vistosas cintas.

El príncipe de Gales se hallaba muy complacido de la función.

En cambio el rey hallábase preocupado y triste.

Pocos momentos antes de salir dijo al conde-duque:

—Necesito hablaros; es preciso, por lo tanto, que al terminar la fiesta vayáis á mi cámara.

La reina indicaba iguales deseos á la duquesa de Santarem.

# CAPITULO XVI

DONDE EL BUFÓN GOZA HACIENDO SUFRIR AL REY

Apenas terminó la fiesta, Jacobo Grattis se apresuró á leer la carta de la amada del rey.

Esta era muy breve.

Se conocía que había sido escrita rápidamente, y el italiano apenas pudo descifrar sus borrosas líneas.

Decía así:

«Esta noche á la una os aguardo.

»Anticipo el plazo que os marqué.»

Sonrióse el joven de su triunfo, y se dispuso á cambiar su guerrero traje para ir á la cita.

Mientras tanto el rey habíase dirigido á su cámara, en unión de su privado el conde-duque de Olivares.

—Supongo,—dijo el monarca,—que habréis observado la conducta del conde.

—Señor,—respondió el favorito,—sería necesario ser ciego para no reparar en ella.

—Lejos de mí suponer que mi noble esposa haya

dirigido una sola mirada á ese hombre; pero éste ha hecho una ostentación ridícula que pudiera dar pasto á la maledicencia.

—Es verdad.

—Por lo tanto, necesito que el conde salga de la corte.

—Es la medida más oportuna.

—Por eso la acepto.

—¿Queréis que busquemos un pretexto, y se envíe al de Villamediana á cualquiera de las naciones vecinas como si le hubieseis encomendado una misión, ó que se le destierre?

—Prefiero lo segundo, pues de este modo no volverá á España hasta que lo consideremos oportuno.

—Muy bien; en ese caso vuestra majestad firmará la orden.

—Es preciso que habléis con él. Como comprendéis, el asunto es delicado, y no conviene que las gentes trasluzcan los motivos que me obligan á hacerle abandonar la corte.

—Es natural. Sin embargo, yo os respondo que será discreto.

—En ello le va la vida.

—Voy, pues, en su busca.

Disponíase el conde-duque á salir de la cámara, cuando un ujier manifestó al rey que deseaba verle el comediante Juan Rana.

—Hazle pasar.

—¿Me necesita vuestra majestad?—preguntó Olivares.

—No; podéis cumplir mi encargo; yo voy ahora á tratar de otro asunto.

Apenas salió el favorito presentóse el comediante.

—Mucho celebro verte,—le dijo el rey.

—Suponiendo que vuestra majestad tendrá que hacerme algún encargo, me he apresurado á ponerme á sus órdenes.

—Con efecto, tengo que hacerte, si no encargos, al menos algunas preguntas.

—Estoy á las órdenes de vuestra majestad.

—¿Conoces á Jacobo Grattis?

Al oir aquella pregunta, las mejillas del comediante adquirieron un leve sonrosado.

Preciso es que advirtamos á nuestros lectores que Rana se había atribuído la heroica salvación de la Calderona, como supuso el conde de Villamediana.

—Sí, le conozco,—respondió el interpelado.

—¿Dónde le has visto?

—En las gradas de San Felipe.

—¿Y sabes si María le conoce también?

—También, aunque de un modo superficial. Cuando yo arrebaté de las llamas á la joven, ese caballero me prestó su ayuda. Quizás sin ella hubiese sucumbido.

—Te hago estas preguntas, porque me ha extrañado que hoy en la plaza haya hecho demostraciones de profesarla afecto.

—¿Ofreciéndole la suerte de que tan gallardamente salió?

—Con efecto.

—Pues eso no debe inquietar á vuestra majestad. El es galante y se le ocurrió esa idea.

—¿De manera que no tratará de hacerse dueño de su amor?

—De ningún modo. La comedianta os adora; pero, aun suponiendo que no fuese así, tenga por seguro vuestra majestad que no permitiría yo que se ridiculizase vuestro ilustre nombre.

—Confío en que la vigiles.

—Desde luégo. Más podéis temer por otros.

—¿Por otros?

—Seguramente.

—No te comprendo. ¿Acaso hay alguno que trate de robarme el amor de la Calderona?

—No; pero el conde de Villamediana...

El rey dirigió una severa mirada al histrión.

Este comprendió que había estado imprudente.

—Perdone vuestra majestad si le he ofendido. No era este mi ánimo. Lejos de mí dudar de vuestra noble esposa; pero no me ha parecido bien la conducta observada por el correo mayor.

—Antes de pocas horas sabrás el resultado de sus temerarios alardes. Ahora déjame solo.

—¿Manda alguna otra cosa vuestra majestad?

—Dile á María que hoy no podré ir á su casa.

—Perfectamente.

Juan Rana salió de la cámara.

El rey quedóse reflexivo.

Cuando separó la diestra de su rostro pudo ver que no estaba solo.

Gil el bufón le contemplaba sonriéndose.

—¿Qué haces aquí?

—¿Acaso no es el deber de todo buen vasallo consolar á su señor cuando éste se encuentre triste?

—Es verdad, pobre Gil, ¿á qué negarte que lo estoy?

—Aunque vuestra majestad me dijera lo contrario, sería muy torpe quien no lo comprendiese. Y, sin embargo, es extraño que en tan señalado día os preocupéis.

—¿Por qué?

—¿No ha sido festivo? ¿No se ha engalanado la Plaza Mayor para que vuestra majestad presencie la corrida?

—¡Ah, calla, calla!

—Siempre demostrasteis afición á esas lidias en que los caballeros lucen su apostura y su valor. Yo no he podido ir, y por eso deseaba que vuestra majestad me dijese sus impresiones. Creo que el conde ha estado inimitable y que lucía un traje tan caprichoso como bello.

—Te he dicho que calles.

El bufón guardó silencio.

Comprendió que el ánimo del rey no se hallaba dispuesto para tolerar bromas.

Hizo, pues, una grotesca reverencia y se dispuso á salir.

Sin embargo, el rey le detuvo.

—Gil, acércate; quiero que me digas una cosa, pero con la ingenuidad que te es propia.

—Ya sabe vuestra majestad que he de hacerlo.

—¿Has oído hablar de la fiesta de esta tarde á algún cortesano?

—Ciertamente que he oído hacer muchos comentarios.

—Habla, habla; dime hasta lo más insignificante.

—Me sorprende el interés que vuestra majestad demuestra. ¿Acaso no habéis asistido?

—Sí, he asistido, pero quiero saber la opinión de los demás.

—Dicen que el ganado era superior.

—Con efecto. ¿Qué más?

—Que los caballeros se han portado muy bien.

—Prosigue.

—Pero que los que principalmente se han distinguido fueron don Juan de Tarsis y su amigo don Jacobo Grattis. Aseguran en particular que el primero llevaba un precioso traje bordado de monedas de reales de plata y en la banda una inscripción.

—¿Sabes tú lo que esa inscripción decía?

—«Son mis amores,» —respondió Gil, procurando dar á su acento las inflexiones más cándidas —A decir verdad,—prosiguió,—no he comprendido el significado de tan extraño lema. Sin embargo, alguno debe tener, pues cuantas personas me han hablado de ello se sonreían maliciosamente.

De este modo el bufón exasperaba el ánimo del rey, cubriéndose con la máscara de la inocencia y no exponiéndose, por lo tanto, á su castigo.

—También aseguran,—prosiguió Gil,—que el italiano Grattis hizo alarde de su valía y gentileza al

brindar una suerte á una famosa comedianta conocida por la Calderona. El caballero había sido desmontado, y á petición del público se dirigió á la fiera con la espada en la diestra. Bien hubo de portarse cuando dicha comedianta le entregó la banda que para el más valiente lidiador habían bordado sus manos.

El rey hizo un movimiento de impaciencia.

La cólera le ahogaba.

—En fin,—continuó el bufón,—¿á qué repetir á vuestra majestad lo que sabe demasiado? ¿Acaso desde la Casa Panadería no se descubren hasta los menores incidentes?

—Y quien te ha contado esas cosas, ¿no te ha dicho nada más?

—Nada más.

—Reflexiona que te puede costar la cabeza una mentira.

—En ese caso, bien asegurada se encuentra sobre los hombros. ¿Qué interés tendría en ocultárselo á vuestra majestad? Ninguno. Fuera de vos, que sois mi rey y mi dueño, el mundo me inspira escasas simpatías.

—Bien, Gil, te creo; ahora voy á acostarme; dile al ujier que se halla en la antecámara que me niegue á todos.

—¿A todos?

—Exceptuando al conde-duque.

Gil salió de la regia estancia para dar cumplimiento á las órdenes que acababa de recibir.

# CAPITULO XVII

## UNA CITA DE AMOR

Mientras esto acontecía en la cámara del rey, la duquesa de Santarem habíase dirigido con su ilustre amiga al aposento que ocupaba con más frecuencia.

Apenas estuvieron en él, la reina cerró la puerta, y, dejándose caer desfallecida en un diván, cubrióse el rostro con ambas manos.

La duquesa se sentó á su lado.

—No os inquietéis, señora,—la dijo.

—¿Cómo quieres que no me aflija, si la vana ostentación del conde es el origen de mi desgracia?

—No tanto.

—Sí, María, sí; Villamediana ha llevado al colmo su imprudencia. Mi esposo no le perdonará.

—Tal vez no lo haya observado.

—Sería preciso ser ciego. ¿Acaso el lema escrito en la banda no era un claro testimonio de su amor? Felipe ha estado meditabundo toda la tarde. Además, aun

suponiendo que no lo hubiese advertido, la maliciosa sonrisa que se dibujó en los labios del conde-duque, su privado, y algunos otros cortesanos, me dijeron que me hallo irremisiblemente perdida.

—Pero eso es agravar la situación. En último caso, el conde sería quien sintiese el rigor de su castigo, pero nunca vuestra majestad.

—¿Y te parece que puedo permanecer tranquila? No dudo que el rey sospeche de mí. Sabe que soy incapaz de faltar al juramento que pronuncié ante el sacerdote, pero las desgracias que ocurran á don Juan me son menos llevaderas que las propias. ¡Ah! ¡Quizás con los únicos que no podemos ser egoístas es con aquellos que amamos!

Y la reina prorrumpió en sollozos.

—Ahora, duquesa, quiero pedirte un nuevo favor.

—Ya sabe vuestra majestad que puede disponer de mí.

—He enviado una lacónica misiva al conde citándole para esta noche.

—Mucho os exponéis.

—Es cierto, no lo ignoro; pero ya no he podido resistir los impulsos de mi alma. El conde asistirá á uno de los cenadores del parque. Yo, cubierta con un espeso velo, saldré del alcázar. ¿Quieres acompañarme?

—Es inútil la pregunta.

—Te seré deudora de un inmenso favor. Como comprendes, no quiero ir sola á la cita. Le amo demasiado, y tengo en mucho el ilustre nombre de mi esposo.

—Ambas saldremos recatadas por una de las puertas secretas.

—Sí, María, quiero rogarle que se aleje de Madrid. Tal vez mañana fuera tarde para este propósito.

—¿Quiere vuestra majestad que yo le haga presente vuestro deseo? De esta manera no os comprometíais.

—No, duquesa, no se me oculta que tu consejo es prudentísimo, pero la fuerza de voluntad tiene sus límites. Yo deseo verle quizás por postrera vez. Estrechar su mano entre las mías. Darle el último adiós. No ignoro que me comprometo; pero ¡Dios mío! ¿cómo aconsejarle parta sin contemplarle un solo momento? Además el conde tiene un carácter muy independiente: no escucharía tu consejo. En cambio yo le convenceré. Serán tan sinceras mis lágrimas y tan persuasivas mis frases, que no tendrá más remedio que partir.

—¿A qué hora habéis citado al conde?

—A las doce.

—Para esa hora el jardín se halla desierto.

La duquesa clavó sus negros ojos en el reloj.

Este marcaba las once y media.

—En ese caso, no hay que perder tiempo. Dadme vuestro manto.

—¿Y tú también te cubrirás con otro?

—Desde luégo. No creo que nadie nos vea. Sin embargo, la prudencia aconseja el recato.

Las dos ilustres damas pocos momentos después se aventuraron por una estrecha escalera que conducía al jardín.

---

Los corazones de aquellas dos hermosas mujeres palpitaban como si quisiesen salirse de sus pechos.

La noche estaba oscura.

La reina levantó el pestillo de la puerta que conducía al jardín.

Parecíale que á cada instante iba á brotar de entre las sombras un testigo importuno.

Momentos hubo en que vaciló.

Sin embargo, parecíale ver en su imaginación la ensangrentada figura del conde, y abrió.

—Es necesario acudir á la cita,—se dijo resueltamente.—Después de todo, mis temores son vanos.

Al girar la puerta, un lebrel que se hallaba en el jardín se aproximó ladrando.

Afortunadamente era uno de los que el rey acostumbraba á llevar en sus cacerías, y conoció á su ama.

Doña Isabel le pasó la mano por su enorme cabeza.

—Calla, chiquito, calla.

Y como si el animal la comprendiese, lanzó un alegre gruñido, moviendo la cola y dando saltos.

Nada tan imponente como las espesuras de un jardín durante las horas de la noche.

Siéntese el ánimo sobrecogido aun en las circunstancias más tranquilas.

Juzguen nuestros lectores cómo cruzarían aquellas espesuras dos mujeres que distaban mucho de gozar sosiego.

La reina y la duquesa se detuvieron varias veces.

Creían hallarse rodeadas de gigantes en presencia de elevados pinos.



Otras veces se les figuraba descubrir la silueta del bufón, equivocándolo con un arbusto.

Otras, que un hombre permanecía tendido y en acecho.

Cuando se aproximaban, las visiones desaparecían, convirtiéndose el espía en un tronco caído ó en la proyección de cualquier rama.

Para aumentar sus temores oíanse á largos intervalos los lúgubres graznidos de las aves nocturnas, tan comentados en las antiguas consejas como de mal agüero.

A cada instante se detenían.

Sus propios pasos, repercutidos por el eco, les hacían suponer que otra persona iba siguiéndolas.

Sin embargo, no era así.

Nadie había advertido su ausencia de palacio.

Ni el astuto Gil podía sospecharlo en aquella ocasión.

Bajo estas impresiones de espíritu llegaron las damas junto al cenador.

Una sombra apareció por la espesura.

La reina y la duquesa se estremecieron.

—¡Es él!—dijo la primera.—Le conozco á pesar de la capa en que se cubre. ¡Conde!

—¡Señora!...—respondió en voz baja el interpelado.

—Entrad, entrad en esa gruta de follaje que ahogará el rumor de nuestras voces.

—Pero ¿quién os acompaña?

—Nada temáis. Es una buena amiga.

—¿La duquesa de Santarem?

—La misma,—respondió la hija de don César.

Un instante después las damas y el caballero se sentaban en los bancos que había en el interior de la gruta.

—Conde,—dijo la reina,—ya comprenderéis que cuando me he determinado á daros una cita, muy poderosas deben ser las razones que á ello me impulsan.

—Con efecto. Nunca había tenido esta dicha.

—Hace poco,—prosiguió doña Isabel,—os rogué por conducto de la duquesa que no hicieseis vanos alardes de vuestro amor.

—Es verdad.

—Sin embargo, os olvidasteis del juramento prestado, y esta tarde...

—Esta tarde he cometido una imprudencia, ¿no es cierto? Cuanto me digáis será justo. No obstante, señora, comprended mi horrible situación. Yo os amo y...

—No, Villamediana, no me amáis.

—¿Podéis ponerlo en duda?

—El hombre que ama verdaderamente no trata de comprometer al objeto de su pasión ni de buscar ocasiones que le alejen de su ídolo.

—Pero...

—Es inútil cuanto me digáis. El rey ha interpretado vuestro mote.

—Lo sé.

—¿Quizás habéis sentido á estas horas la proximidad del peligro?

—Tal vez.

—Hablad, hablad, conde, os lo ruego.

—Pocos momentos después de terminar la fiesta, el conde-duque se ha presentado en mi casa.

—¿Con qué objeto?—preguntó la reina, en cuyas pupilas se reflejaba la más profunda ansiedad.

—Pues el favorito me ha expresado la conveniencia que existía en que saliese de la corte.

—¡Ah! ¿Supongo que desde luégo la responderíais afirmativamente?

—Todo lo contrario.

—¡Conde!

—Le pregunté á Olivares qué motivos le impulsaban á darme ese consejo; y como me respondió con vaguedad, le contesté: «Si el rey desea que salga de Madrid, es necesario que firme la orden de destierro; de otro modo, no saldré de aquí.»

—Pero, Villamediana, ¿estáis loco?

—Sí, loco de amor.

Y estas últimas frases las pronunció el conde en voz baja para que no fuesen oídas por la duquesa.

Las mejillas de doña Isabel se matizaron de un ténue carmín.

—¿Qué os respondió Olivares?

—Ya sabéis que su carácter adusto no se encuentra muy propicio á dar explicaciones. Me dijo, sin embargo:

—»Conde, seguid mi consejo.

—»Pero ¿qué animosidad puede tener el rey contra mi persona?—le pregunté.

Sonrióse el privado y me respondió:

—»Asunto es ese que no necesito explicaros, puesto que os es conocido.

—Pues bien, conde, ya no es el rey ni su favorito los que os ordenan salir de la corte; yo soy quien os lo ruego.

—¿Vos?

—Yo,—respondió doña Isabel con firmeza.—Después de lo que ha sucedido no es posible que permanezcáis en Madrid.

—¿Teméis despertar el enojo del rey?

—¡Ingrato!—exclamó la joven en voz baja.

Y una lágrima rodó por sus mejillas.

El conde la sintió caer sobre su mano en el momento que buscaba las de la reina.

—¡Ah, perdón, señora!—la dijo;—¡comprendo la grandeza de vuestra alma! Sólo la idea de separarme de vos me hace delirar.

—¿Hasta el punto de ofenderme?

—Eso nunca.

—Sin embargo, conde, yo en esta ocasión he obrado desinteresadamente. Tened por seguro que, si no se tratase más que de mí, no dudaría en arrostrar todas las consecuencias. Hay, sin embargo, varios motivos que me retraen.

—¿Cuáles?

—En primer lugar el respetable apellido de mi esposo, y además...

—Proseguid.

—Que no quiero de manera alguna labrar vuestra desgracia.

—¡Mi desgracia! ¡Ah, señora, yo no considero desgracia más que el alejarme de vos!

—Sin embargo, es preciso. Partiendo ahora, no renuncio á la felicidad de veros algún día. La ausencia se encargará de disipar los temores del rey. En cambio, si ahora permanecéis en la corte, es imposible. Conozco bien vuestro carácter. Hace poco prometisteis á la duquesa disimular vuestro afecto. ¿Lo habéis cumplido? No; hay cosas para las que no basta la poca fuerza de voluntad que poseemos. A no ser así, yo no habría venido á estos sitios. Yo me hubiese guardado muy bien de daros una cita. Sí, conde, si es verdad que me amáis, si es cierto que os consideráis venturoso con una de mis miradas y una de mis sonrisas, partid; y cuando haya trascurrido algún tiempo volved á España. Hoy vuestra imprudencia os aleja de este hermoso país. Mañana volveréis. Entonces yo recordaré vuestra complacencia, tendré presente que atendisteis mis súplicas y...

—Acabad.

—Y seré muy dichosa, porque estaré convencida de que soy amada.

—¿Luego ahora dudáis?

—No dudo, conde; pero, por lo mismo que lo creo, quisiera que partieseis. Tengo miedo de vos, tengo también miedo de mí misma.

Villamediana quedó pensativo.

No sabía qué partido tomar.

Dudaba entre sus deseos y complacer á la reina.

La duquesa, que hasta entonces había permanecido silenciosa, creyó llegado el momento oportuno de ayudar á su ilustre amiga y dijo:

—Sí, conde, partid. Más que por el rey, por el conde-duque. Ya sabéis que el favorito no os perdonará la respuesta que le habéis dado.

—¿No tenía un perfecto y legítimo derecho de exigirle una explicación? ¿Había de ausentarme de la corte sólo por su consejo?

—Ciertamente que no. Sin embargo, el conde-duque, al negaros su respuesta, fué cediendo á un exceso de delicadeza. Conoce vuestro carácter un tanto altivo, y no quería tratar con vos de un asunto tan peligroso.

—Sí, conde, partid, yo os lo ruego.

—Señora,—dijo Villamediana,—mal puede rogarme la que es dueña absoluta de mi corazón. A vos os toca mandar y á mí obedecer.

—Gracias, gracias, conde.

—Sin embargo, ¡cuán inmenso es el sacrificio que hoy me exigís!

—Vuestra es la culpa. Si hubieseis obrado con más prudencia, jamás os hubiese hecho una indicación de este género. ¿Qué necesidad teníais de presentaros en la plaza con un mote que ni siquiera dejaba campo á las interpretaciones? Aunque no hubiese sido más que por mi decoro, debierais haberlo recapacitado más.

—Perdonadme, señora.

—Os perdono; pero, como toda falta es acreedora á un castigo, os impongo que salgáis de Madrid.

—Y yo respeto vuestro deseo.

—¿Cuándo partiréis?

—Mañana mismo.

—No, conde, tal vez mañana sería demasiado tarde.

—¿Cuándo entonces?

—Esta misma noche.

—Me exigís un imposible.

—¿Por qué? ¿Acaso esa palabra existe para vos?

—Tened en cuenta lo avanzado de la noche.

—¿Ha de faltarle al conde de Villamediana en sus caballerizas un potro para dirigirse á la frontera?

—Ciertamente que no estriba mi inconveniente en esa materialidad.

—¿En qué entonces?

—Como comprendéis, necesito despedirme de mis numerosos amigos y darles cualquier pretexto que justifique mi rápida determinación. Hasta el mismo Olivares se sorprendería que hubiese apelado á una vergonzosa fuga sin verle antes.

—No lo creáis. Al conde-duque le dirigís una carta manifestándole que habéis aceptado su consejo. Ya sabéis que de este modo os granjeáis su estimación. Es hombre á quien place que le escuchen.

—Pero...

—¡Qué más necesitáis alegar? Esta noche os desconozco. Prescindís hasta de vuestra nunca desmentida galantería.

Villamediana no supo qué responder.

Encontrábase preso en un círculo de hierro.

Aquellas dos mujeres le asediaban con sus súplicas.

—Complacedme, conde,—continuó la reina;—es la única manera con que podéis obtener de nuevo mi afecto.

—¡Grande es el premio que me ofrecéis!

—Y en vuestra mano está conseguirlo.

—Bien, partiré esta noche.

En los labios de doña Isabel brotó una sonrisa de triunfo.

—Partiré, pero necesito antes despedirme de uno de mis amigos.

—¿De cuál?

—De Jacobo Grattis. No quiero que interprete falsamente mi rápida partida. Temo además que se encuentre amagado de algún peligro semejante á los que me rodean.

—Accedo. Grattis, con certeza, no ha de sorprenderse de vuestra nocturna visita. Aseguran que su conducta deja mucho que desear. Es probable, por lo tanto, que no se haya recogido.

—Luégo que le haya dado explicaciones concretas, partiré en la seguridad que dejo en la corte un verdadero amigo para arrancar la lengua á los miserables que osen comentar mi partida.

—Haced lo que gustéis. Id, pues, en su busca.

—¿Ya queréis que me aleje?

—Es preciso. Considerad lo mucho que por vos me he expuesto.

El conde de Villamediana se puso en pie.

—Ahora yo quiero pediros un favor.

La reina le consultó con una mirada.

—Dadme vuestra mano. Dejad que estampe en ella un respetuoso beso.

—Tomadla.

El conde aproximó sus ardientes labios á la delicada mano de doña Isabel.

—Adiós, señora.

—Adiós, conde.

—Adiós, duquesa.

Y estrechando entre su diestra la de la esposa de don Fernando de Lara, salió del cenador.

Ambas jóvenes le vieron perderse en aquellas lóbregas espesuras.

La reina quedó pensativa.

Un hondo suspiro se escapó de su pecho, y una lágrima de fuego resbaló por su rostro de nácar.

La duquesa no quiso decirla una sola palabra.

Comprendía que en aquellos instantes eran inútiles cuantos esfuerzos hiciese para consolar á su ilustre amiga.

—Vamos,—exclamó pasado un momento.

—Sí, vamos,—respondió la interpelada.—No puedes imaginarte el esfuerzo que he tenido que hacer. Nada tan triste como dar consejos en contra de lo que anhela el alma.

—Sin embargo, era preciso.

—Es verdad.

Las dos amigas se dirigieron al alcázar.

Un momento después la de Santarem se despedía de la reina y subía á su carruaje, que partió al trote hacia su palacio.

---

# CAPITULO XVIII

---

LA DESPEDIDA

A corta distancia del alcázar del Buen Retiro aguardaba el carruaje del conde.

Este, vivamente impresionado con la entrevista que acababa de tener con la reina, llegó á aquellos sitios.

El cochero dormía en el pescante.

Villamediana le llamó.

—Condúceme á escape á la morada del caballero Grattis.

Este edificio se hallaba cerca.

El cochero restalló el látigo y los caballos partieron á galope, arrastrando el carruaje por la menuda arena.

Un mundo de pensamientos cruzó por la mente de Tarsis.

Unas veces quería permanecer en la corte, otras se acordaba de la promesa que acababa de hacer á la reina.

—Consultaré con Grattis,—se decía;—él es un sin-

cero amigo, y no me dará más que consejos provechosos.

Cinco minutos después el carruaje se detenía delante del pórtico del palacio del italiano.

El zaguán se hallaba alumbrado todavía.

Guijarro, que aún no se consideraba completamente libre del miedo experimentado aquella tarde, hallábase junto á la puerta.

Al ver al conde tuvo tentaciones de negar á su amo, creyendo que iría á proponerle alguna nueva lidia taurómaca. Sin embargo, no se atrevió á hacerlo.

—¿Está tu señor?

—Lo encontráis por un milagro, pues se dispone á salir en estos instantes.

—¿A estas horas?

—Ya sabéis que para mi amo no hay horas intempestivas.

Villamediana bajó del carruaje y aventuróse por la escalera, donde encontró á Grattis, que, con efecto, se disponía á salir.

—¿Vos por aquí á estas horas?—preguntó el joven.

—Sí, Grattis, necesito hablaros. ¿Tenéis que salir necesariamente?

—Necesariamente. Se trata de un asunto imprescindible.

—En ese caso subiré á vuestro carruaje y hablaremos durante el trayecto.

—Es verdad. Mucho siento no poder detenerme aquí, pero os explicaré los motivos.

—Ya me figuro que serán poderosos.

—Tengo una cita con la Calderona. Son las doce y media, y á la una me aguarda.

—¿En su casa?

—Desde luégo.

—Grattis, tened cuidado. El rey debe estar muy sobreaviso.

—No lo creáis.

—Vuestra conducta de esta tarde...

—Después de todo, ¿qué tiene de extraño que brindase una suerte á la comedianta? Del único que podía temer era de Juan Rana, y éste guardará silencio si se encuentra bien con la vida.

Los dos jóvenes entráron en el carruaje.

—Ahora hablad,—dijo Jacobo;—siento impaciencia por conocer los móviles que os han inducido á buscarme á estas horas.

—Pues pronto habéis de aplacarla. La reina me envió esta noche una de sus doncellas, manifestándome su deseo de que asistiese á uno de los cenadores del parque.

—¿Sin duda para reconveniros?

—Para rogarme que me ausente de Madrid.

—¿Tanta importancia ha dado el rey á vuestro caprichoso mote?

—Lo cierto es que me envió al conde-duque de Olivares, aunque éste ha negado que iba á mi casa por encargo suyo.

—¿Y qué os dijo el favorito?

—El favorito, en las mejores formas sociales, me expresó la conveniencia de que saliera de la corte. Yo me opuse á sus deseos.

—¿Francamente?

—Sí. Le contesté que no abandonaría mi casa, mientras no me explicase de un modo concreto los móviles que le inducían á darme semejante consejo.

—¿Lo hizo?

—No. Ya sabéis que el privado es el hombre más astuto que ha nacido en el mundo. Marchóse, pues, de mi casa, y yo me dirigí al parque del alcázar.

—¿Donde encontrasteis á la reina?

—Acompañada de su inseparable amiga la duquesa de Santarem.

—Se comprende. La reina os ama demasiado. Sabía, por lo tanto, que acudiendo sola á vuestra cita...

—Mi sorpresa no tuvo límites cuando me expresó su deseo. Quiere que parta de la corte.

—Es natural; con ese proceder acredita que os ama.

—De tal modo me lo ha rogado, que me he visto en la precisión de acceder. No he querido, sin embargo, verificarlo sin hablar con vos. Deseaba saber vuestra opinión.

—Pues creo que la prudencia aconseja, en efecto, que os ausentéis, aunque no sea más que por una breve temporada. Estas cosas pasarán. El rey dará al olvido sus celos, y entonces volvéis. Yo quedo en avisaros. ¿Hacia dónde habéis pensado dirigiros?

—Lo ignoro.

—Id á Italia. En Nápoles os aguarda mi palacio. No han de faltaros aventuras en aquel hermoso país que

os hagan más dulce la expatriación. Yo, por mi parte, os acompañaría á no serme imposible.

—No os lo propongo. Vuestras pretensiones de amor con la comedianta os lo impiden por ahora.

—No, eso es lo de menos. Mañana habré dejado de ser el amante platónico, y, por lo tanto, mis ilusiones quedarán desvanecidas como el humo. Siempre me ha pasado lo propio. Sin embargo, ya sabéis que estoy expatriado. Italia me cerró sus puertas.

—Ahora lo procedente es que escriba una breve carta al conde-duque y...

—¿Con qué objeto?—interrumpió Grattis.

—Para que sepa que he atendido á sus consejos.

—Si no queréis molestaros, yo me encargo de hacérselo saber verbalmente.

—Mucho mejor. El no puede extrañarlo, puesto que sabe la amistad que entre nosotros media.

En aquel instante el carruaje se detuvo.

Jacobo Grattis había recomendado al conductor que parase en la calle contigua á la que habitaba la comedianta.

No quería de modo alguno llamar la atención del vecindario.

El reloj de la próxima iglesia dió una campanada.

Era la hora de la cita.

El conde, comprendiendo la impaciencia de su amigo, se apresuró á estrecharle la mano.

—Adiós, Grattis.

—Adiós, conde; ya sabéis que quedo aquí para todo lo que necesitéis.

Villamediana y Jacobo bajaron del coche.

Ambos tomaron opuestos caminos.

—¿Os espero?—preguntó el cochero al italiano.

—No; puedes marcharte.

El carruaje partió.

Jacobo Grattis oyó el rumor que producían sus ruedas al resbalar sobre los pedriscos de las calles.

Luégo aventuróse por la oscura calleja.

La puerta de la comedianta hallábase cerrada todavía.

En uno de los balcones advertíanse los reflejos de una lámpara á través de las cortinas que velaban los vidrios.

Grattis dirigió una recelosa mirada hacia todas partes.

La calle estaba desierta.

Ningún transeunte se atrevía á cruzar por ella á semejante hora.

Sólo oíase de vez en cuando el rumor de los pasos de la ronda.

El italiano, embozado en su capa hasta los ojos y con la diestra en la empuñadura de la espada, esperaba con impaciencia que la puerta girase sobre sus goznes.

De pronto vió que uno de los balcones se abrió cautelosamente.

La esbelta figura de una mujer se dibujó entre las sombras.

El corazón de Grattis latió con violencia.

Era la comedianta.

—¿Sois vos?—preguntó la joven con un acento leve y armonioso como el gorjeo de las aves.

Jacobo, por toda respuesta, dejó caer la capa sobre los hombros.

Entonces la joven arrojó á la calle un objeto metálico.

Era la llave.

—Perfectamente,—exclamó Grattis;—esta noche no ha querido que abra la puerta la doncella, señal inequívoca de que no ha de ser tan cruel como la pasada.

Y el italiano se aproximó á la puerta.

La Calderona había desaparecido del balcón.

Grattis introdujo la llave en la cerradura con mano trémula.

La puerta se abrió, dándole paso al zaguán.

A éste llegaban los débiles reflejos de una luz colocada en là plataforma del piso principal.

El joven se aventuró por la escalera.

—Hé aquí un extraño contraste,—se dijo;—mientras el conde se ve obligado á abandonar la corte por los celos que el rey experimenta, yo, sin haber colocado ostentosos motes en mi banda, penetro en el soberbio asilo de su manceba.

Y haciendo estas consideraciones, se sonrió, gozando en aquella singular aventura.

# CAPITULO XIX

## JUGAR CON FUEGO

María Calderón aguardaba á Jacobo Grattis en la plataforma de la escalera.

Su vestido blanco como la nieve, sus cabellos negros y sedosos que flotaban sobre su espalda, y sus cárdenos labios, que permitían, abiertos por una sonrisa, que se descubrieran sus pequeños dientes de nâcar, causaron una profunda impresión en el alma del joven.

Con su diestra sostenía una lámpara de bronce, que era la que alumbraba el recinto.

—Pasad, Grattis,—le dijo;—hoy no podréis decir que os he hecho esperar.

—Con efecto; mas creía lo contrario. Acabo de llegar.

—Poca impaciencia sentíais por verme en ese caso. ¿Qué pretendiente no acude á la cita aunque no sea más que con media hora de anticipación?

—Bastante antes hubiese yo venido, á no evitarlo asuntos de interés.

—¿Qué os ha pasado? Decídmelo, á menos que consideréis indiscreta mi pregunta.

—Nada de eso, María. He recibido una visita del conde de Villamediana.

—¿Del conde?

—Sí.

—¿Qué deseaba de vos el correo mayor del rey?

—Ya sabéis que nos une la más estrecha amistad.

—Con efecto, supe que os presentó en palacio.

—¿Por vuestro amante?

La comedianta, al oir aquella pregunta, que fué hecha por el italiano con toda intención, hizo un gracioso mohín y dijo:

—Por el rey.

—¿Acaso os ha ofendido que designe á ese alto sujeto con el calificativo de amante?

—No, Grattis; ¿por qué ha de ofenderme? Sin embargo, dicen que las verdades amargan.

—No os amargará mucho la presente, cuando disponéis en absoluto de vuestro albedrío y nadie os ha obligado á sostener esas relaciones.

—Mucho aseguráis.

—¿No sois completamente libre?

—Esa felicidad no la goza nadie. Con efecto, si hubiese querido luchar, nadie me hubiera obligado á corresponder á sus pretensiones; pero si estuvieseis en antecedentes, quizá comprenderíais mis palabras. Yo tengo una historia muy larga, amigo Grattis.

—Algo daría por conocerla.

—Pues nadie como la protagonista puede satisfacer vuestra curiosidad.

—¿Me la referiréis?

—¿Por qué no?

—Os escucho.

—Ahora no, esperad. Supongo que no tendréis prisa por marcharos.

—Ninguna. Por el contrario, me considero el hombre más dichoso del mundo permaneciendo aquí.

—En ese caso, no os inquietéis. El rey, ó mi amante, como vos le llaméis, no viene esta noche. En cuanto á Juan Rana, tampoco nos molestará.

—¿Tenéis la seguridad de ello?

—Completa. Esta tarde, después de los toros, fué á palacio y luégo ha estado aquí hasta hace pocos momentos.

—¿Qué pretexto habéis puesto para evadiros de su tutela?

—El más sencillo que puede usarse: Rana, como todos los cómicos, es un entusiasta del dios Baco, y yo conservo en mi casa algunas botellas de vino rancio, cuyos efectos son mágicos para hacer que obedezcan los más recalcitrantes

—¿Le habéis embriagado?

—Precisamente.

—¿Haciendo que le conduzcan después á su casa?

—Nada de eso. Ya sabéis que existen en la farmacopea soberbios agentes para disipar el sopor que producen las bebidas alcohólicas. No era probable que emplearan estos reactivos; pero, por si acaso, le he dejado en una de las estancias de mi casa.

—¿Aquí mismo?

—Bajo la responsabilidad de este pedazo de hierro.

Y la joven mostró á Grattis una llave.

—Veo que sois previsora hasta la exageración.

—Toda prudencia me parece escasa. Y, sin embargo, los temores que abrigo no son por mí.

—¿Por quién entonces?

—Por vos, Grattis.

Jacobo se sonrió desdeñosamente.

—No os ofendan mis palabras. Nadie tanto como yo puede estar persuadida de vuestro valor. ¿Acaso no sé que me arrebatasteis de las llamas, ese terrible elemento del que hubiese sido pasto á no interponerse vuestra audacia? Pero, por lo mismo que os conozco, os temo. Sé que si vuestras pretensiones llegaran á oídos del rey, no vacilaríais en aceptar las consecuencias. De seguro que no habíais de evadirlas.

—Eso es cierto. Ni la voluntad del mismo rey sería suficiente para hacerme desistir de vuestro amor.

—Por eso mismo no quiero que sospeche nada. Cuando Juan Rama me dijo que él habíase atribuído el heroico rasgo de valor que me libró de una muerte segura, yo guardé silencio. Hubiese deseado decirle al rey que no era cierto; que vos, atravesando entre las amenazadoras llamas, habíais sido el protagonista de esta aventura; pero me detuve. ¿Sabéis por qué, Grattis? Porque yo no quería de modo alguno que vuestro nombre llegase á oídos del monarca. Convenía á mis planes que permaneciese oculto.

—¿Con qué objeto?

—Demasiado lo comprendéis. Sin embargo, no tengo el menor inconveniente en decíroslo. La extraña

manera que tuve de conoceros, vuestra gallardía y vuestro valor me interesaron profundamente. A una mujer menos caprichosa que yo le hubiera sucedido lo propio. ¿Qué tiene de particular que yo advirtiese que penetraba en mi pecho ese fluido vago que se llama simpatía?

—¿Luego no os inspiro más que simpatía?

—¿Os parece poco? Para una mujer que apenas os conoce y que tan desengañada está del mundo, es cuanto se puede apetecer. La simpatía es la base del amor. Son los primeros trámites para llegar á la cumbre de las aspiraciones. Y vos llegaréis, Grattis, yo os lo juro.

—Creí que al citarme esta noche...

—¿Os llamaba para que permaneciésemos juntos hasta el día?

—Con efecto.

—Y no os habéis engañado. ¿No comprendéis pasar junto á mi lado toda una noche, sin que por eso se resienta la susceptibilidad de un amante tan ilustre como el mío?

—No os comprendo.

—Pues me explicaré más claro. Yo no creo que ha llegado todavía el momento de las concesiones. ¿Sabéis por qué?

—Lo ignoro.

—Cuando una mujer desea detener á su lado á un joven de vuestras condiciones de carácter, debe sofocar su propia impaciencia. Vos me olvidaríais de otro modo.

—No lo creáis.

—Sí, Jacobo, sí; los hombres hacéis con las mujeres lo mismo que los niños con sus juguetes. Mientras los contemplan á través de los vidrios del escaparate, les producen deseos. Cuando los miran entre sus manos los arrojan con desdén. Dejad, por lo tanto, que exista entre nosotros esa respetuosa distancia que hará más duradera nuestra ilusión. Sé que habéis de protestar, pero no importa. La naturaleza ha querido ser pródiga con vos. Os dió juventud, talento, gallardía, riquezas. Con estas cuatro cualidades tan apreciables no habéis encontrado todavía una sola mujer que se resista á vuestras proposiciones de amor. Esta facilidad disipa vuestros encantos. ¿No encontraréis alguna satisfacción al recordar que la manceba de un rey, la histriona de los corrales de Madrid, os fué más difícil que algunas damas de ilustre linaje? Siquiera porque me aparto de lo vulgar debo agradaros. Accediendo, ¿qué soy á vuestros ojos? Una conquista más, una nueva página en el libro de vuestros amores, una flor marchita que se relega al olvido.

—No lo creáis, María.

—¿Qué habéis de decirme vos? ¿Acaso existe alguna persona que conspire en contra de sus propios intereses? Yo, por lo menos, no he encontrado ninguna. Todos los que solicitaron mis favores, y tened en cuenta que constituyen un crecido número, me hacían protestas de eterno amor. Y, sin embargo, cuán pronto se desvanecieron. Unos, porque se cansaron de rogar en vano. Otros, por haber conseguido llegar al límite de sus aspiraciones. En este último caso se encuentra el

rey. Hoy renunciaría á verme con tal de recibir un beso de la duquesa de Santarem.

—¡Ah! ¿luego sabéis que pretende sus amores?

—¡No he de saberlo! Cuando una persona ocupa una posición tan elevada como la de mi amante, no puede dar un solo paso sin que todo el mundo lo sepa.

—Tenéis razón; es demasiado pública su vida.

Jacobo Grattis se hallaba preocupado.

La comedianta lo advirtió.

—Después,—le dijo,—voy á cumpliros mi palabra refiriéndoos algunos pormenores de mi historia.

—Tendré sumo gusto en escucharlos.

—Ahora, si os parece, cenaremos juntos.

El italiano se sonrió.

Una esperanza acababa de brillar en su mente.

La conversación animada que sigue á una cena, los efectos del licor, la condensada atmósféra que se formase en la estancia y sobre todo su verbosidad, le hacían creer que todavía podía esperar que la joven cediese en sus propósitos.

Se dispuso, pues, á aceptar su ofrecimiento.

Como hombre práctico en asuntos de amor, sabía demasiado la influencia que puede ejercer en el ánimo de una virtud teatral una cena á las dos de la noche.

La Calderona hizo sonar la campanilla.

La linda doncella, á quien ya conocía Jacobo Grattis, se presentó.

—Sírvenos la cena,—la dijo.

Y María sentóse junto á la mesa, brindando al italiano con un sillón inmediato.

# CAPITULO XX

## EL PRINCIPIO DE UNA HISTORIA

Durante la cena, que fué verdaderamente espléndida, aunque ni uno ni otro la hicieron muy bien los honores, Jacobo Grattis no apartó sus ojos de las radiantes pupilas de la comedianta.

Ésta correspondía á sus miradas con provocativas sonrisas, capaces de hacer que enloqueciese un hombre menos apasionado que el amigo de Villamediana.

Después de los postres, Finea, que este era el sobrenombre con que la Calderona había confirmado á su criada, tributando un recuerdo á la heroína de *La Dama boba*, les sirvió el café.

—Ahora puedes retirarte,—la dijo la comedianta; —si alguna cosa ocurriese, te llamaré.

La doncella obedeció, saliendo de la estancia.

María y Jacobo volvieron á quedarse solos.

—Ha llegado el momento oportuno de que me cumpláis vuestra promesa,—dijo Grattis.

—Con efecto, sentémonos junto al balcón: la noche está deliciosa.

Grattis obedeció.

La comedianta, tomando una negligente postura en el diván, empezó así:

—He nacido en la corte. No trataré de disfrazar mi oscuro pasado con pomposas exageraciones. Mi madre, que se llamaba como yo, era una humilde hija del pueblo.

En cuanto á mi padre, nada puedo deciros.

Su nombre es un misterio.

Circunstancias especiales me hacen suponer que le he conocido.

Sin embargo, no dejan de ser conjeturas.

Lo cierto es que soy fruto de un amor ilícito.

Mi madre era soltera, y en este estado bajó á la tumba.

Aunque yo era muy niña cuando aconteció esta desgracia, aun conservo un exacto recuerdo de su belleza.

Era una de las mujeres más hermosas que contemplaron la luz del día.

Tal vez esto fué origen de su desgracia.

Entonces visitaba mi modesto hogar un inteligente caballero que nos profesaba el más acendrado cariño.

Llamábase don Pedro, y, aunque su fortuna era escasa, siempre se hallaba dispuesto á hacer todo género de sacrificios para ayudarnos en la precaria situación en que nos hallábamos.

¿Amaba á mi madre?

Lo ignoro.

Si era así, uno y otro guardaban en mi presencia el mayor recato.

Una vecina, madre de una niña que compartía conmigo sus juegos infantiles, solía exclamar:

—Aunque la señora María trate de negarlo, esta muchacha es hija de su protector don Pedro.

Y las maldicientes que la escuchaban hallábanse conformes con su opinión.

Don Pedro colmaba de besos mi frente; casi todas las tardes me llevaba alguna golosina, y me quería mucho.

Su carácter era reflexivo y serio.

Sólo brotaba una sonrisa en sus labios al mirar los rizos que coronaban mi frente.

Todo su encanto era oirme recitar oraciones en verso que él me había enseñado.

Una tarde descubrí las pupilas de mi madre rojas por el llanto.

Leía un papel.

Era una carta.

La pregunté el origen de su aflicción, y guardó silencio.

Sabía que yo era demasiado niña para comprenderla.

Aquella tarde no fué don Pedro.

Cada vez que yo le nombraba, la tristeza de mi madre era más intensa.

Pasó un mes, y nuestro protector no volvió por la casa.

¿Qué había sucedido?

No pude comprenderlo hasta mucho tiempo después.

Mi madre cayó enferma.

Es sorprendente la influencia que nuestro espíritu tiene sobre el cuerpo.

Un sudor constante humedecía sus manos.

Sus pómulos se habían enrojecido.

Enflaqueció de una manera extraordinaria.

Hallábase bajo los efectos de esa enfermedad aniquiladora á cuya curación no ha llegado la ciencia.

La tisis la conducía á la tumba á pasos agigantados.

Yo tenía entonces ocho años.

¡Qué noches tan horribles pasaba, á pesar de que mi corta edad no me permitía comprender la intensidad de mi infortunio!

Como no había en la casa más que un lecho, recibía los abrasadores miasmas de la fiebre.

¡Otras veces veíame obligada á templar con mis manos la vasija que contenía el agua para que su impresión no perjudicase á mi madre!

Nos hallábamos en el último grado de pobreza.

Los escasos recursos ganados por mi madre haciendo labores desde que amanecía hasta las altas horas de la noche se habían agotado.

Los vecinos eran tan pobres como nosotros.

—¡Pobre niña!—decíame la enferma acariciando con sus trémulas y ardorosas manos mis cabellos,—¿qué va á ser de ti el día que yo falte?

¡Otras veces hablaba del porvenir, como todos aque-

llos enfermos que desconocen la verdadera gravedad de sus males.

La naturaleza ha sido tan sabia, que raras veces nos pone en condiciones de comprender el estado en que nos hallamos.

Parece que quiere alejar de nuestra imaginación las tenebrosas perspectivas de la muerte.

—¿Por qué no recurres á nuestro protector?—la preguntaba yo.

Y entonces una lágrima de fuego rodaba por sus mejillas.

—Don Pedro ha muerto,—me dijo.

Yo mezclé mi llanto con el suyo.

Creí que, con efecto, había dejado de existir.

Una mañana me desperté cuando el crepúsculo empezaba á advertirse en el cielo.

Mi primera mirada fué para la enferma.

Esta se hallaba muy fatigosa.

Sus ojos carecían de expresión.

La pregunté si se sentía peor, y no obtuve respuesta.

Entonces salté del lecho y acudí con lágrimas en los ojos á la habitación de nuestra vecina.

Esta penetró en la estancia.

—Tu madre se muere; es necesario llamar al cura para que la administre los últimos sacramentos.

Instintivamente prorrumpí en sollozos. Y digo instintivamente, porque entonces yo no tenía la menor idea de lo que era la muerte.

Sin embargo, cuando el sacerdote, avisado por uno de los hijos de mi vecina, penetró en mi humilde apo-

sento, me sentí poseída de un religioso respeto, advirtiendo que mi corazón latía con premura.

El ministro de Dios hizo algunas preguntas á la enferma.

Esta no se hallaba en estado de responder, y entonces, pronunciando el sacerdote unas oraciones incomprensibles para mí, la dió el santo óleo y salió de la estancia.

—¡Pobre criatura!—exclamaba la vecina entre sollozos,—¡qué va á ser de ella! ¡Si no tuviese tantas bocas que mantener, yo la recogería!

Y yo la contemplaba con ojos estupefactos, sin darme cuenta del oscuro porvenir que me aguardaba.

De pronto las pupilas de la enferma se vidriaron, sus manos arrollaban la sábana con crispación nerviosa, su respiración se hizo menos frecuente y murió...

Al llegar á este punto de su historia, la comedianta se detuvo, enjugando una lágrima que brotaba de sus hermosos ojos.

Luégo prosiguió:

—Allí permanecí algunas horas.

¡Qué espectáculo tan horrible el de la muerte cuando ésta se presenta unida á la pobreza!

La caridad del vecindario dedicó á mi madre un humilde ataúd y dos velas que chisporroteaban al sentir las alas de la brisa, penetrando por la estrecha ventana del aposento.

Cuando llegó la tarde presentóse en mi casa un lacayo vestido con una elegante librea.

Era uno de los numerosos criados del caballero que vivía en el piso principal.

Este era esposo de una noble señora que algunas veces, al encontrarme en la escalera, acarició mi frente con sus delicadas manos.

Enterada la piadosa dama de mi desgracia, quiso practicar una buena obra llevándome á su casa y poniéndome al siguiente día en un convento.

Yo penetré confusa en aquella regia antecámara.

No me atrevía á levantar los ojos del suelo.

Parecíame que mis pies iban á profanar la magnífica alfombra que cubría el pavimento.

Jamás había podido mi débil imaginación sospechar que tan cerca de mi pobre buhardilla se hallase aquel templo de la riqueza y del buen gusto.

El esposo de mi protectora era uno de los magnates más respetables de la corte.

El resto de la familia lo constituían sus dos hijos.

Una preciosa niña de nueve años, y el heredero de aquellas pingües riquezas, que se llamaba Gustavo, y contaría cuatro años más que su hermanita.

Gustavo tenía un carácter díscolo y caprichoso.

Sus padres no le contrariaban en lo más mínimo.

Verdad es que su constitución era enfermiza, lo cual daba origen al exagerado cariño que le profesaban.

Aquella tarde, viendo la amabilidad de la aristocrática niña, no pude evadirme de compartir con ella sus juegos.

Me enseñó sus juguetes.

Hay detalles insignificantes que no se borran nunca

de nuestra imaginación, y que no sólo se recuerdan en la juventud, sino que deben existir en la memoria aunque nuestra cabeza se halle cubierta de canas.

Recuerdo una preciosa muñeca que me mostró la hija de mi protector.

Yo la tomé con delicadeza entre mis manos para no romperla.

¡Cuánto hubiese dado porque fuese mía!

Estas cosas me preocupaban.

¡Qué feliz edad la de la infancia!

Un pormenor tan insignificante hacía que olvidase que mi madre había dejado de existir, esto es, que había perdido el único tesoro que en el mundo tenía.

Cuando al otro día supieron Clara y Gustavo que yo iba á entrar en un convento, se opusieron terminantemente.

Al ver que protestaban contra esta resolución con lágrimas en los ojos, sus padres dudaron un instante.

—No quiero que María salga de esta casa,—dijo la niña.

—Ni yo tampoco,—añadió Gustavo.

Los padres cambiaron una mirada.

Ambos se habían comprendido.

¿Cómo oponerse á las súplicas de sus hijos?

—La pobre huérfana se quedará aquí,—dijo la señora;—y cuando sea una mujer, figurará en el número de mis doncellas.

No sabía que más tarde este cargo humilde, pero honroso, no había de satisfacer mis aspiraciones.

Cuatro años trascurrieron.

Gustavo contaba dieciséis.

El bozo apuntaba en sus labios.

Yo acababa de cumplir doce años, y aseguran que estaba muy hermosa.

Paseando una tarde por el pequeño jardín de la casa que acababan de adquirir mis protectores, oí que pronunciaban mi nombre.

Yo volví la cabeza.

Era Gustavo.

—¿Qué haces?—me preguntó.

—Ya lo veis,—le respondí;—pasear un rato.

—¿Dónde está mi hermana?

—La he dejado en el palacio haciendo una labor.

—¿Has visto á mis padres?

—Vuestro padre ha salido. En cuanto á la señora, debe hallarse en sus habitaciones.

Gustavo dirigió á su alrededor una mirada recelosa, á pesar de lo que acababa de decirle.

—Tengo que hablarte,—me dijo después de una breve pausa.

—¿Qué queréis?

—Siéntate á mi lado; hace muchos días que deseaba verte á solas.

Mis facciones adquirieron una súbita seriedad.

No podía comprender ni remotamente lo que el joven deseaba manifestarme.

—No te asustes, María,—continuó;—lo que quiero decirte no es nada malo; por el contrario, es una cosa que tenía que suceder, y por lo tanto natural. ¿Sabes lo que es amor?

Al escuchar aquella pregunta bajé los ojos.

Ignoraba que existiese ese sentimiento.

Gustavo estrechó mi mano entre las suyas y me dijo:

—¡Pobre María! Eres un ángel. Yo también he ignorado hasta hace poco lo que es amor; sin embargo, al sentirlo en el fondo de mi alma puedo explicarte sus efectos.

—Explicádmelos, pues.

—Hace algún tiempo que fijé mis ojos en los tuyos, y me parecieron más hermosos que nunca. Aquella noche no pude dormir, y cuando rayaba la aurora descansé un instante soñando contigo.

—¿Qué soñasteis?

—Soñé que estaba á tu lado, que tus negras pupilas se hallaban clavadas en las mías, y que en tus labios vagaba una inefable sonrisa. Luégo desperté. ¡Ah! no puedes imaginarte qué desesperación sentí al convencerme que todo había sido una quimérica ilusión de los sentidos. Desde entonces,—prosiguió Gustavo,—preparé ocasiones para verte. Cuando no conseguía este objeto, estaba de un humor insufrible. En cambio, cuando lo lograba, considerábame el sér más dichoso de este mundo.

—¡Es extraño!—le respondí.

—¿De manera que tú no has sentido efectos análogos respecto á mi persona?—me preguntó.

Yo, por toda respuesta, me encogí de hombros.

No había tratado hasta entonces de profundizar los hondos abismos de mi alma.

La llegada de Clara interrumpió nuestro diálogo.

En vano quiso Gustavo buscar pretextos para alejarla.

La niña no se dió por entendida, y permaneció á mi lado.

Entonces Gustavo, después de dirigirme una expresiva mirada, se aproximó, y mientras su hermana cortaba una flores, me dijo al oído:

—María, esta noche, después de la cena, te ruego que vengas al jardín. ¿Vendrás?

—Sí,—respondíle maquinalmente.

Gustavo se alejó de aquellos sitios.

Yo me quedé triste y pensativa.

Las palabras del joven habían producido en mi alma la más profunda impresión.

---

# CAPITULO XXI

DECLARACIONES DE AMOR

—¡Cuán dulces son las primeras impresiones que experimenta un alma juvenil al sentirse ante las puertas del paraíso del amor!

Así exclamó la comedianta lanzando un suspiro mientras clavaba sus negros ojos en Jacobo Grattis.

—Ya os he dicho que mi amiga Clara tenía un año más que yo.

Su estatura era más elevada que la mía.

Su talle flexible.

Sus cabellos rubios como las mieses que dora el sol del mediodía.

Era una hermosura más infantil, más vaga, que la que yo poseía entonces.

Apenas nos quedamos solas, Clara tomó mi mano entre las suyas y me dijo:

—María, voy á comunicarte un secreto. Mi alma necesita espaciarse con alguna persona, y esa eres tú.

—Yo también deseo hablarte.

—Empieza, pues.

—No, habla tú primero.

—Como quieras.

Las facciones de Clara adquirieron cierta gravedad, y empezó así:

—Ya recordarás que hace algunos días vino á esta casa un joven de unos diecisiete años con su padre el conde de Santillana.

—Lo recuerdo,—la respondí después de un instante de reflexión, pues me había fijado poco en aquel detalle.

—Pues bien; ese joven, que se llama Luis y es primo mío, ha llegado hace pocos días de Francia, donde se educó. Desde aquella tarde no ha dejado una sola de venir á esta casa. Te confieso que su negra cabellera, sus radiantes ojos y su interesante palidez causaron en mi alma una impresión desconocida, Yo no acertaba á definir lo que sentía, pero él se ha encargado de disipar las tinieblas en que he vivido. Mi primo me ama. Yo tampoco le miro con indiferencia. Hoy cena con nosotros, y después...

—Prosigue.

—Después me ha rogado que venga á este jardín,

No pude menos de lanzar una exclamación de sorpresa al saber que nos hallábamos en igualdad de circunstancias, y que á las dos nos habían citado en el mismo sitio.

Clara clavó sus ojos azules en los míos.

—¿Qué te sucede?—me preguntó;—parece que mi revelación te ha sorprendido.

—Con efecto, me ha sorprendido.

—¿Por qué?

—No tengo inconveniente en decírtelo, aunque no sea más que por corresponder á la confianza que me has hecho. Cuando llegaste aquí ¿habrás observado que tu hermano hablaba conmigo?

—En efecto. Y que parecía desear que me alejase.

—Lo deseaba, porque estaba dándome una cita con el propio objeto que tu primo te la ha dado á ti.

—¿De veras? ¡Qué extraña casualidad!

—Muy extraña.

—Mucho celebro la elección de mi hermano. ¿Qué piensas contestarle?

—Lo ignoro. Su declaración me ha dejado confusa. Nunca, hasta ahora, había comprendido que existiese en nuestra alma ese sentimiento que denominan amor.

—En ese caso, esta noche después de la cena vendremos juntas.

—Desde luégo.

—¿Tú conoces á mi primo Luis?

—Si he de decirte la verdad, no me he fijado en él. Recuerdo que la otra tarde estaba yo cosiendo cuando entró en la estancia y me alejé en seguida.

—Es muy guapo. Ya verás qué simpático y qué amable es.

Trascurrido un instante llegó hasta nosotros la voz de la madre de Clara llamando á ésta.

La adolescente se estremeció, temiendo que la noble señora hubiese escuchado nuestras palabras.

En aquel tierno corazón ya empezaba á abrigarse la malicia.

Aquella tarde estuve inquieta.

Cuando supe la llegada del conde y de su hijo Luis me oculté detrás de una cortina para verlos.

Clara no me había engañado.

Su primo era un joven encantador, mucho más que Gustavo.

Os confieso que cruzó por mi mente un pensamiento.

—¡Qué lástima,—me dije,—que no sea este joven quien se haya dirigido á mí! No hubiera vacilado en responderle afirmativamente.

Durante la cena estuve observándole desde la habitación próxima.

No sé lo que hubiera dado por ocupar un puesto en la mesa.

Sin embargo, esto era imposible.

Mi condición humilde no me lo permitía.

¿Cómo habían de consentir mis ilustres protectores que la pobre huérfana, el fruto de un amor profano, se sentase en aquel santuario de la familia?

Quizás fué aquella la vez primera que me sentí menospreciada pensando en mi mezquina condición.

Yo miraba á Clara y á su primo Luis alternativamente.

Verdad que la primera era hermosa; pero ¿acaso sus rubios cabellos eran más espléndidos que los negros rizos que poblaban mi frente?

¿Acaso, si sus ojos azules parecían espejos del cie-

la, no tenían los míos la lobreguez de una noche?

Sin embargo, Luis, sentado junto á ella, la colmaba de obsequios.

El conde de Santillana y los padres de Clara se sonreían cambiando significativas miradas.

Comprendí que el afecto de los jóvenes les halagaba, y que tal vez pensaban con alegría en su futuro enlace.

Este pensamiento me entristeció.

No pude explicarme la causa.

No obstante, es indudable que Luis había despertado en mi alma los sentimientos que Gustavo trataba de inspirarme.

Cuando concluyeron de cenar, me dirigí lentamente al jardín.

El crepúsculo con sus melancólicas tintas llenaba de misterios aquel paraje.

Yo me aventuré por una calle de acacias, cuyas blancas flores saturaban el ambiente de gratos perfumes.

Al final de la arboleda había una plazoleta en cuyo centro susurraba una fuente de alabastro.

Pocos momentos después tendió la noche su negro manto, y entre las nubes apareció la melancólica faz de la luna.

Mis ojos se fijaron en ese hermoso faro de los cielos.

Nunca me había parecido tan brillante.

¡Cuán distintos se nos figuran los objetos cuando los contemplamos bajo el encantado prisma del amor!

¡Quién puede dudar que bajo las impresiones de ese sentimiento el sol es más radiante, más hermosos los

matices de las flores, más tenue la brisa, más encantadora la naturaleza!

¡Ah! ¡tal vez el amor es el paliativo que nos concedió el Sér Supremo para que podamos resistir las desventuras de este valle de lágrimas!

Un momento después llegaron á mis oídos confusos rumores de voces.

Gustavo y Luis se aproximaban.

El primero, tomándome de la mano, me presentó al joven.

—¡Es muy bella!—dijo clavando en mí sus negras y radiantes pupilas.

Yo me ruboricé, bajando los ojos al suelo para disimular mi turbación.

—¿Tenéis padres?—me preguntó.

—No,—apresuróse á responder Gustavo.—Su madre ha muerto hace cuatro años, y desde entonces permanece junto á nosotros.

—¿Y vuestro padre?

—¡Mi padre!—le respondí,—yo no le he conocido.

—¡Pobre niña! Lleva retratadas en su rostro la candidez y la bondad.

Luis se sentó á mi lado.

—Cuánto sufriréis con vuestra situación, ¿no es cierto?—me preguntó en voz baja.

—Mis protectores son muy buenos.

—No lo dudo; pero creo que una joven tan bella debe aspirar á algo más que á permanecer en la modesta esfera en que os halláis.

En aquel instante llegó Clara.

Dirigióme una sonrisa.

Luégo me preguntó:

—¿Qué te parece mi primo?

—Bien,—le respondí.

Y un hondo suspiro se escapó de mi pecho.

Gustavo propuso que diésemos un paseo por el jardín.

—Tú,—le dijo á Luis,—acompañas á mi hermana y yo á María.

El hijo del conde vaciló un instante, pero luégo ofreció su brazo á Clara, que lo aceptó confusa de alegría.

—Dame tu brazo,—dijo Gustavo.

—No,—le respondí instintivamente.

—¿Por qué no quieres?

—Pudieran vernos los señores...

—¿Y qué importa?

—Tal vez les disgustara mi atrevimiento.

—¡Qué tontería! ¿Habían de disgustarse por vernos juntos?

—Reflexionad que sois el heredero de sus títulos nobiliarios y que yo no soy más que una pobre huérfana á quien recogió vuestra caridad.

—Calla, María; esas palabras me hacen daño.

—¿Por qué? ¿Acaso no son ciertas?

—Por eso mismo me producen más impresión. Sin embargo, la humilde huérfana, como tú dices, puede ser algún día la dueña de todas mis riquezas, como ya lo es de mi corazón. ¿Has pensado en lo que te dije esta mañana?

—Sí.

—¿Y qué me respondes?

—Que vuestras proposiciones de amor son imposibles.

—¡Imposibles!

—Completamente. ¿Creéis que vuestros padres consentirían jamás que os unieseis á una pobre muchacha que ni siquiera conoce el nombre de la persona que la engendró? No os negaré que al principio, teniendo en cuenta nuestra extraordinaria juventud, se reirían de nuestros amores; pero si tomaban incremento, entonces tendríamos graves disgustos.

—Pues bien, yo arrostro esas consecuencias.

—No, Gustavo; mi deber es hacerme acreedora al afecto de mis protectores, nunca proporcionarles disturbios.

—¿De manera que estás decidida á no corresponder á mi pasión?

—Completamente decidida.

Gustavo inclinó la cabeza sobre el pecho, y advertí que dos lágrimas corrían por sus pálidas mejillas.

Sentí que la más profunda tristeza se apoderaba de mi alma, y, cediendo á un instinto de compasión, le dije:

—Recordad que todavía soy una niña; ¡quién sabe si dentro de algunos años opinaré de otro modo!

—Yo aguardaré ese plazo,—me respondió el jóven con firmeza.

Con objeto de evadirme de una conversación que me era molesta, y queriendo al propio tiempo ha-

blar con el hijo del conde, me aproximé á Clara. Esta se hallaba triste.

Al verme salió á mi encuentro.

—¿Qué tienes?—la pregunté.

—Luis no me ha dicho una palabra respecto al asunto. Durante la cena ha estado muy obsequioso y atento conmigo. En cambio, desde que nos hallamos en el jardín parece haber cambiado de opinión.

No pude menos de sonreirme. Las mujeres somos egoístas. No comprendemos los sacrificios cuando se trata de asuntos que conciernen á nuestro amor.

—No puedes imaginarte,—prosiguió Clara,—el cambio repentino que en él he advertido. Apenas habla, no me mira; parece hallarse preocupado.

Impuse silencio á mi amiga viendo que el hijo del conde se aproximaba á nosotras. En cuanto á Gustavo, permanecía recostado en el tronco de un árbol. Su actitud me inspiraba compasión.

—¿Qué tiene mi hermano?—me preguntó Clara.

—Lo ignoro.

—Sus mejillas están pálidas y sus ojos húmedos. ¿Estará enfermo?

Me encogí de hombros para significar que nada sabía. Entonces mi amiga corrió hacia él. Luis permaneció á mi lado.

—¡Qué hermosa sois!—exclamó en voz baja.

Yo guardé silencio.

—No os he visto más que un instante, y esto me basta para sentir en el alma lo que no he experimentado nunca. ¿Amáis á mi primo?

Fijé mis ojos en los suyos, y respondí haciendo con la cabeza un movimiento negativo.

En los labios del joven se dibujó una sonrisa.

—Lo celebro,—dijo.—Si le hubieseis amado, ese amor sería origen de graves disgustos.

—¿Por qué?—le pregunté con alguna turbación.

—Porque yo os amo.

Aquellas últimas frases llegaron á mis oídos dulces como las cadencias de la brisa al columpiar las flores.

Mis mejillas se cubrieron de carmín.

Luis me amaba.

Yo también le amaba á él.

No nos habíamos visto más que un instante, pero este bastó para que nuestros tiernos corazones se inflamaran.

Yo advertí algo extraño que penetraba en mi alma.

Era el rayo del amor.

Un solo instante le basta al sol para ahuyentar las lóbregas tinieblas de la noche y llenar de luces y reflejos los recintos más lóbregos.

---





# CAPITULO XXII

## UN ENLACE INTERRUMPIDO

En aquel instante la comedianta se detuvo.

Jacobo Grattis la rogó que siguiese su relato.

—Con mucho gusto lo haría, pero es imposible.

—¿Por qué?

—Dirigid vuestros ojos á la esfera del reloj. Son las cuatro. Las vagas tintas del crepúsculo me indican, aunque á pesar mío, que no podéis permanecer más tiempo junto á mí. Juan Rana no tardará en volver de su letargo. No conviene tampoco que nadie os vea salir de mi casa, y el tránsito de gentes ha de empezar bien pronto.

El italiano se puso en pie.

—Comprendo las razones que os obligan á interrumpir vuestra historia, y me alejo con una sola condición.

—¿Cuál?

—¿Cuándo volveréis á tomar el hilo de vuestro relato?

—Mañana.

—¿A la misma hora?

—Antes. Os aguardo á las diez.

—¿No os ocasionará mi visita algún disgusto?

—No; ya sabéis que preparo las cosas de modo que no me comprometa vuestra compañía.

—¿Y mañana seréis tan ingrata como lo habéis sido hoy?

—No lo sé.

—Estoy dispuesto á esperar con paciencia vuestra resolución.

—Y yo tendré en cuenta vuestro sacrificio para cuando llegue el día del premio.

Jacobo Grattis estrechó con efusión la mano de la comedianta y salió de la estancia.

La joven, pocos momentos después, llamó á Finea para que la ayudase á acostarse.

El italiano, apenas llegó á su casa, hizo lo propio.

Guijarro acudió á su llamamiento.

Cuando el caballero encontróse en su lecho se dijo:

—No hay quien dude que la Calderona es una mujer original. Larga debe ser su historia. En fin, yo me daré por satisfecho si me considera algún día como el epílogo del libro de su existencia.

Halagado por estos pensamientos, el italiano se durmió.

A la siguiente noche, cuando el reloj de la vecina iglesia anunció con sus sonoras vibraciones que eran las diez, Jacobo Grattis entraba en la casa de la comedianta.

Esta le esperaba en su estancia.

Sonrióse al ver al joven y le dijo:

—Si os parece, tomaré de nuevo el hilo de mi interrumpida narración.

—No deseo otra cosa.

—Dispensadme si me detengo algunas veces en los más mínimos pormenores. Todo lo pasado, esto es, todo aquello que no ha de volver más que á nuestro recuerdo, me inspira un profundo cariño. Nada tan halagador como lo que trascurrió. Hasta las desgracias adquieren caracteres fantásticos y embelesadores.

—Es verdad.

María Calderón prosiguió su historia:

—Aquella noche no pude dormir. Había experimentado demasiadas impresiones para disfrutar de las delicias del sueño.

La imagen de Luis me perseguía.

A la mañana siguiente me levanté cuando apenas brillaba el sol.

Mi primer pensamiento fué dirigirme al jardín.

Necesitaba contemplar aquellos parajes, que tan conocidos me eran, y aspirar el ambiente puro del amanecer.

En vano aguardé todo el día con impaciencia la visita del hijo del conde.

Este no fué á la casa.

Lo propio sucedió al siguiente.

Mi impaciencia era devoradora.

Empezaba á perder la esperanza de verle, cuando una tarde en que, según mi costumbre, había ido

al jardín á evocar recuerdos, sentí rumor de pasos.

Volví rápidamente la cabeza y me quedé inmóvil.

El que llegaba era Luis.

Al verme en actitud de sorpresa, se sonrió:

—¿Qué os sucede?—me dijo.

—No esperaba veros.

—Sin embargo, debíais haber supuesto que vendría. No he querido hacerlo antes, porque aguardaba una ocasión propicia, y esa no ha llegado hasta hoy.

—Pero si nos viesen juntos...

—¿Quién ha de vernos?

—Los señores, Gustavo, cualquiera...

—No; mis tíos, acompañados de sus dos hijos, se hallan en casa de mi padre. Por eso os he dicho que aguardaba una ocasión propicia para veros sin importunos testigos. Ahora bien; como no disponemos de mucho tiempo, deseo aprovechar el poco que nos queda. ¿Habéis pensado en lo que os dije la otra noche?

No atreviéndome á responder, guardé el más profundo silencio.

Luis insistió en su pregunta:

—Pues bien... sí, he pensado en vos.

—¿Mucho?

—Tanto, que vuestro recuerdo no se ha apartado un instante de mi imaginación.

Luis, por toda respuesta, rodeó mi talle con sus brazos, y, atrayéndome hacia su pecho, estampó un ósculo apasionado en mis labios.

Yo no sé lo que sentí entonces.

Sólo puedo deciros que recliné mi cabeza en su pe-

cho, y que las lágrimas brotaron á raudales de mis ojos.

¡Hay quien dice que un beso no significa nada!

¡Que no tiene más que el valor que han querido darle!

¡Ah, Jacobo, yo creo que un beso es la más dulce de todas las caricias!

Es el contacto de dos almas que se unen por medio de los labios.

Es la expresión de dos corazones que laten á un tiempo, y que se confunden en uno solo.

Desde aquel día acudí á las citas de Luis.

Yo estaba casi siempre preocupada.

Remordíame la conciencia por haber arrebatado á mi amiga el amor del hijo del conde.

Sin embargo, yo no tuve la culpa.

¿Acaso los impulsos del corazón pueden dominarse á nuestro albedrío?

Nada había hecho para atraerle.

Nuestros amores habían brotado como brotan en la campiña los acianos y las amapolas, sembrados por la mano de la naturaleza.

Ya os he dicho que Gustavo tenía un carácter irascible.

El exagerado cariño que sus padres le profesaban era la base de este defecto.

Repetidas veces insistió en que le amase.

Yo me había negado á corresponderle cuando era libre, y con mucha más razón había de hacerlo habiendo adquirido compromisos que, aunque pareciesen poco formales por mi extremada juventud, tomaron caracteres muy serios.

Yo, á pesar de mis pocos años, era una mujer.

Estaba muy desarrollada.

Esto, aludiendo á la parte física; pues en cuanto á la moral, las desgracias se habían encargado de formar mi corazón.

Gustavo, convencido de que eran inútiles cuanta gestiones hiciese, me trató con el mayor desvío.

Hasta el punto que quiso malquistarme con mis protectores.

También Clara se había hecho poco explícita.

Ambos sospechaban que yo había de ser el origen de su infortunio.

En esta situación pasaron tres años.

Yo tenía quince.

Hallábame en la plenitud de mi desarrollo.

Mi idolatría por el hijo del conde llegaba á su colmo.

Por aquel joven hubiese sacrificado la existencia gustosa, si me lo hubiera exigido.

Luis acostumbraba á visitarme en el jardín de la casa.

Una tarde me dijo:

—María, tengo que decirte un secreto.

Fijé mis ojos en los suyos para interrogarle.

—Ya tengo veinte años, mi padre me ha dicho que era preciso que me casase y...

Interrumpiendo sus palabras, me arrojé á sus brazos deshecha en lágrimas.

Yo sabía muy bien que el ilustre conde de Santillana no había de consentir que su hijo se casase con la pobre huérfana.

—No llores; ya sabes que yo no amo á ninguna más que á ti. Sin embargo, como mi padre ha de oponerse á nuestro enlace, es preciso que entre nosotros medie algo más que la amistad que hasta ahora hemos tenido. Entonces yo podré decir al autor de mis días que nos unen serios compromisos, y accederá á mis súplicas.

Os juro por la memoria de mi pobre madre que no comprendí lo que me quería decir.

Sin embargo, él me indicaba que había un medio de hacer obligatorio nuestro enlace, y me apresuré á aceptarlo.

¡Bien sabe Dios que no fuí culpable de mi deshonra!

¿Qué puede hacer la mariposilla á quien aprisiona una mano aleve?

¡Perder los matices de sus irisadas alas y deplorar más tarde sus desventuras!

La primera vez que os vi en vuestra casa, cuando acababais de librarme de una muerte segura, advertiríais en mí un movimiento de sorpresa.

¿Sabéis por qué, Grattis?

Porque desde luégo me extrañó el parecido que vuestras facciones tienen con las del hombre que hizo palpitar mi corazón por vez primera.

—¡Es singular!

—Con efecto.

—Tal vez,—dijo el italiano,—el destino ha decretado que el primer hombre que os amó y el último sean semejantes.

Sonrióse la comedianta, y prosiguió su historia.

—Trascurrieron dos meses.

Dos meses que resbalaron para mí con la rapidez de una hora.

Amaba y correspondían á mi afecto.

La existencia me parecía un paraíso.

Sin embargo, como la felicidad es transitoria, hubo un inesperado incidente que vino á hacerme descender de la cumbre de la ventura á los hondos abismos de la desgracia.

Una tarde vi entrar en mi estancia á Gustavo.

Estaba pálido como los muertos.

Sus desencajados ojos se clavaron en los míos.

—María,—me dijo,—á pesar de que has sido ingrata conmigo, no quiero ocultarte una mala noticia.

Me estremecí.

Algo secreto advirtió á mi corazón que iban á hablarme de mi amante.

—Luis se casa,—exclamó el joven con acento balbuciente.

—¿Con quién?—pregunté lanzando un grito de dolor.

—Con mi hermana.

—¡No es cierto! ¡Es imposible!

—Yo te juro que es verdad, por el amor y respeto que me inspiran mis padres.

Tan violenta fué la sorpresa que experimenté, que hubiese caído inerte sobre el pavimento á no sostenerme Gustavo.

Cuando recuperé el sentido me encontré en el lecho.

Una de las doncellas de la casa se hallaba junto á la cabecera.

Yo comprendí que había trascurrido bastante tiempo desde que el hijo de mis protectores me había dado la noticia del proyecto de enlace de Luis y Clara.

Con efecto, había sido víctima de un ataque cerebral que me tuvo en cama muchos días.

Gustavo iba á visitarme con frecuencia.

En cuanto á Clara, no pareció por mi aposento durante la enfermedad.

¿Era que la remordía la conciencia?

Lo ignoro.

Sin embargo, puedo deciros que aquella joven tuvo la culpa de todo el mal que haya podido yo ocasionar después.

Hallábame en la convalecencia paseando un rato por el jardín, cuando vi al hijo del conde de Santillana.

Al divisarle tuve que asirme al tronco de un árbol para no caer.

El joven se aproximó.

—Perdóname, María,—me dijo;—comprendo que cuantas quejas me des están dictadas por la razón y la justicia, pero yo no he podido evitar el enlace que ha de efectuarse. Mi padre me amenaza con desheredarme, y...

—Basta, Luis; supuesto que prefieres tus títulos y tus riquezas á mi amor, no necesitas darme ningún género de explicaciones.

Quiso hablar, pero yo le volví la espalda, dirigiéndome á mi aposento, donde di rienda suelta á mis lágrimas.

Una semana después advertíase en el palacio de mis protectores un gran movimiento.

Los criados discurrían en todas direcciones.

Aquella tarde debía verificarse la boda de Clara.

Oculta tras una cortina la vi pasar con su blanco vestido de desposada.

¡Ah! Grattis, os confieso que aquella vez fué la primera que sentí en mi alma el veneno del odio.

Luégo pasó Luis halagado por sus numerosos amigos.

Entre los concurrentes sólo había uno en cuyo rostro se advertían las huellas del dolor.

Era Gustavo.

—¿Por qué no le he amado?—me pregunté recriminándome.

Pero esto no dependía de mi voluntad.

No teniendo valor para presenciar la boda, me dirigí á mi estancia; pero apenas había entrado en ella se me ocurrió una idea satánica.

Salí del aposento con paso firme y entré en la capilla.

Los novios estaban de hinojos delante del sacerdote.

Al verme, Luis palideció.

Cuando el ministro de Dios preguntó al hijo del conde si existía algún lazo en el mundo que le incapacitase para unirse á Clara, yo me adelanté y con acento firme dije:

—Sí; ese hombre no puede casarse más que conmigo, que soy su esposa á los ojos de Dios.

Oyóse un murmullo.

Todas las miradas se clavaron en mí.

Yo permanecía serena, con esa impasibilidad que da la razón.

Luis me dirigió sus ojos irritados.

Clara lanzó un grito, cayendo desmayada.

El sacerdote se aproximó á mí.

—¿Qué decís?—me preguntó.

—Que ese hombre no puede ser más que esposo mío.

Suspendióse la ceremonia.

Los concurrentes murmuraban.

Mis protectores se aproximaron, y, dirigiéndome miradas de odio, me dijeron:

—¿Es esta la manera que tienes de corresponder á los beneficios que te hemos hecho? ¡Ingrata! Ya sabes que desde este momento las puertas de esta casa se han cerrado para ti.

Yo incliné la cabeza sobre el pecho, y con lágrimas en los ojos me dirigí á mi estancia.

---

# CAPITULO XXIII

## DONDE SE DICE CÓMO EMPEZARON LOS AMORES DEL REY CON LA CALDERONA

Permanecí algunos instantes con la cabeza aprisionada entre ambas manos.

Sin embargo, la dignidad habló á mi corazón.

—Me han arrojado de esta casa. Yo no debo permanecer en ella.

Disponíame á arreglar el arca en que encerraba mis ropas, cuando me detuvo una consideración.

Aquellas prendas no eran mías.

Yo no había llevado á la casa más que un andrajoso vestido.

Os refiero estos pormenores, porque no se me olvidará jamás la tristeza que sentí al tener que separarme de aquellos modestos trajes que constituían mi equipo.

No obstante, era necesario.

La delicadeza me lo aconsejaba.

Mis protectores me arrojaban de su hogar, aunque

injustamente, y no debía llevarme nada que les perteneciese.

Dirigí, pues, una mirada á aquellas prendas que más me habían halagado, y salíme resueltamente del aposento.

Antes de abandonar la casa penetré en la estancia de mis protectores.

Mi frente estaba erguida.

—Señores,—les dije con acento trémulo,—antes de salir de esta casa he querido daros gracias por lo mucho que os debo y justificar mi conducta á vuestros ojos.

—Es inútil cuanto nos digas,—exclamó mi protector con aspereza.—Nos has puesto en ridículo delante de nuestros numerosos amigos, y eso no puede perdonarse.

—Señor, yo no demando perdón. Yo no trato de conciliar las cosas. Creo que la conducta del hijo del conde no es lícita, y por eso me he opuesto á su boda.

—¿Acaso imaginas que la estorbarás? Te equivocas mucho. Mi hija se casará con Luis. Aunque éste te haya dado palabra de unirse á ti, no es suficiente motivo para evitar su casamiento.

—Es que desgraciadamente entre nosotros ha mediado algo más que simples palabras.

—Sea como fuere, es una locura tu oposición. Mi sobrino pertenece á una familia demasiado elevada para unirse á una muchacha de nacimiento oscuro.

—En ese caso, ¿por qué se acercó á mí? Yo no lo solicitaba.

—Calla, calla; eres mala, como todos aquellos seres

que llevan grabado en la frente el sello del vicio de sus padres.

Os confieso que me sentí arrebatada por los impulsos del odio.

Aquellas acriminaciones no eran justas.

—Mal hacéis en decir eso los que tenéis hijos,—respondíle.

El caballero cerró los puños con ira, é iba á levantarse, cuando su esposa le contuvo con estas palabras:

—No la hagas caso. La culpa la tenemos nosotros, que admitimos bajo nuestro mismo techo á esta pordiosera para que no sucumbiese de hambre y de frío.

Un dardo que hubiesen clavado en mi corazón es seguro que no me causara dolor tan intenso como el que sentí.

El llanto me ahogaba.

No queriendo, sin embargo, darle expansión delante de aquellas dos personas, salí de la estancia.

Luégo me aventuré por la escalera.

En el zaguán me detuvo Gustavo.

—¡Por Dios, María, por la memoria de tu madre, por lo que más veneres, yo te ruego que no salgas de esta casa!

—Me pedís un imposible. He sido arrojada de ella, y no volveré.

—No hagas caso; todo es debido á un instante de acaloramiento. Mis padres son buenos y te aprecian. Los pobres se han ofendido por lo que ocurrió y...

—Es inútil,—le interrumpí;—no puedo acceder á vuestras súplicas.

—Reflexiona, María, que decretas mi sentencia de muerte; que yo me arrebato la vida, que yo no puedo existir más que á tu lado.

—Sois muy joven, obedecéis á impresiones del momento. La pobre huérfana no es digna de vos.

—Sí, yo te amo.

Y Gustavo colmaba mis manos de besos.

Temiendo yo que sus padres advirtieran lo que ocurría, le rechacé dulcemente y le dije:

—Adiós, Gustavo, adiós; después de todo, vos habéis sido el único amigo constante que tuve en esta casa.

—Y el que te amará siempre.

Oyéronse pasos en la escalera.

El joven se aproximó para ver quién bajaba.

Yo, aprovechando esta circunstancia, y temerosa de que me vieran, salíme á la calle.

Cuando Gustavo quiso volver á mi lado, yo me hallaba bastante lejos.

Pocas veces, amigo Grattis,—prosiguió la comedianta,—se habrá encontrado una mujer en condiciones más difíciles que las que entonces me rodeaban.

Tenía quince ó dieciséis años; dicen que era hermosa é ignoraba adónde dirigirme.

Vagué á la ventura por las calles menos céntricas.

Cuando estuve cansada, me senté en el escalón de una puerta, pensando sobre mi difícil situación.

Una idea pasó por mi mente.

Escribir al hijo del conde de Santillana.

Sin embargo, deseché aquel pensamiento con repugnancia.

Parecíame más noble sucumbir de hambre y de frío á humillarme ante la persona que tan villanamente se había portado conmigo.

Las mujeres abandonamos pocas veces nuestra dignidad. Tenemos un exceso de amor propio.

Por eso es tan difícil nuestra conquista.

Llegó la tarde.

Yo no sabía qué partido tomar.

Cuando recuerdo aquella época, siento que las lágrimas acuden á mis ojos.

Sin embargo, Grattis, es preciso reconocer, por muy escépticos que seamos, que hay una Providencia que no nos abandona.

Hallábame triste y pensativa, cuando advertí que una mujer se detenía á mi lado.

Levanté la cabeza y no pude reprimir una exclamación de sorpresa.

La persona que acababa de conocerme era una pobre muchacha que había estado de doncella en la casa de mis protectores.

—¿Qué hacéis aquí?—me preguntó.

Yo empecé á referirla mis desgracias, pero los sollozos ahogaron mi acento.

—¡Pobre María!—exclamó aquella compasiva joven; —venid, venid á mi casa, que, aunque muy modesta, siempre es mejor que pasar la noche al raso.

Me cogió la mano y me condujo á su habitación.

Yo la seguía maquinalmente.

Marta, que este era el nombre de aquella joven, vivía en una pobre buhardilla.

Salió de la casa de los padres de Gustavo para casarse con un honrado menestral, que había muerto á los pocos meses de celebrar su unión, dejando á su esposa encinta.

Marta era madre de un niño pálido y enfermo.

Aun recuerdo la impresión que me produjo la presencia de aquel humilde recinto.

Un miserable catre de madera con un jergón de esparto.

Dos sillas desvencijadas.

Una mesa de pino, sobre la que había una Virgen de madera encerrada en una urna de cristales y constantemente alumbrada por una lamparilla.

Supe por mi nueva protectora que vivía á expensas de la costura. Esto es, que trabajaba desde que se advertían en el cielo los primeros albores del día hasta la noche para ganar cuatro ó cinco reales, jornal insuficiente para mantenerse.

Sin embargo, acepté con júbilo sus proposiciones, y al siguiente día empecé á coser.

Marta era la encargada de entregar nuestro trabajo.

En una de estas ocasiones hallábame yo completamente sola, cuando llegaron hasta mí rumores extraños.

Un hombre con acento enfático hablaba de realizar crímenes horrendos por no haber conseguido el amor de una condesa.

Yo me quedé aterrada.

Lo que más me sorprendió fué que el desconocido pronunciaba las mismas frases repetidas veces.

Cuando volvió Marta, pude obtener una explicación completa de lo que aquello significaba.

—No te inquietes,—me dijo;—es un comediante que habita en la buhardilla próxima y que ensaya sus papeles.

Yo me asusté la primera vez que le oí; pero luégo que otra vecina me dijo que era un comediante, he pasado algunos ratos muy buenos oyéndole hablar de tósigos y de casamientos con reinas y condesas.

Os confieso que tuve curiosidad por conocer á aquel extraño personaje, curiosidad que no era difícil de realizar, pues el histrión se pasaba las mañanas en la escalera sacudiendo su ropa y lustrando sus botas.

Estas tareas las verificaba entonando canciones, muchas de ellas algo atrevidas, ó silbando algún aire nacional.

Al siguiente día, apenas le oí, entorné la puerta.

Era un joven de unos dieciocho años, de estatura corta, algo obeso y excelente color.

Como la puerta había producido algún ruido, me pareció mal que me creyera curiosa, y abrí como si me sintiese agobiada por el calor.

—Buenos días, vecina,—me dijo con una franqueza que le era peculiar;—parece que necesitáis respirar el aire libre. La verdad es que estas malditas buhardillas tienen una temperatura suficiente para asar un pavo.

—Con efecto,—le respondí.

—Lo triste es que la temperatura es á propósito para lo que digo; pero como los pavos no vuelan mucho,

no pueden llegar nunca á estas mezquinas viviendas.

Terminó de cepillar su sombrero de fieltro, y, entrando un instante en su casa, salió de nuevo con un par de botas en la mano.

—¿Se trabaja mucho?—me preguntó.

—¿Qué remedio? Las que no poseemos nada, es preciso que trabajemos.

—Mucha virtud se necesita para dedicarse á la costura. ¡Es un trabajo tan mal recompensado!

—Con efecto; pero ¡qué otro recurso les queda á las pobres mujeres!

—Yo me atrevería á indicaros otra senda más lucrativa; pero...

—Esa senda no sería muy honrada.

—No lo creáis; es tan honrada como pueda serlo cualquier otra. ¿Por qué no os dedicáis á comedianta?

Al oir semejante pregunta me eché á reir.

—No os riáis; los comediantes ganamos para vivir más ó menos modestamente, y el trabajo no es mucho que digamos.

—Yo no he visto jamás un corral.

—Pues si os inspira curiosidad ese espectáculo, nada más fácil de conseguir.

—¿Cómo?

—Esta noche decís á Marta que os acompañe, y yo os proporcionaré entrada. Hago un papel muy bonito. Ya veréis, ya veréis qué trama la de la obra.

Acepté con gusto su ofrecimiento, y cuando Marta llegó á la buhardilla la dije lo que me había prometido el comediante.

Mi amiga batió las palmas.

Era muy aficionada á los corrales.

Nuestro vecino, fiel á su promesa, fué á buscarnos á la caída de la tarde.

Nosotros nos hallábamos ya dispuestas para salir.

El histrión nos introdujo en el corral, y pasé una noche deliciosa.

Al volver á mi casa, un mundo de pensamientos vagaba por mi mente.

Recordé el consejo de mi vecino.

—¿Por qué no he de dedicarme á comedianta?—me pregunté.

Y os hubieseis reido al verme aquella noche delante del espejo de Marta estudiando posturas y recitando algunos versos que se habían quedado impresos en mi imaginación.

Al siguiente día, cuando mi vecino salió á la escalera para dedicarse á sus cotidianas tareas, abrí la puerta.

—¿Sabéis que me ha estado preocupando una idea toda la noche?—le dije.

—Casi me atrevo á adivinarla. Porque Florinda no mata á su rival en el drama que anoche hicimos, ¿no es cierto?

—Nada de eso.

—Entonces, ¿qué os ha preocupado?

—Las palabras que ayer me dijisteis. Quisiese dedicarme á comedianta.

—¡Perfectamente! Con vuestra hermosura, como sepáis cortar bien el verso, podéis hacer negocio. Yo os daré unas lecciones.

—Acepto.

Desde aquel día el histrión me obligaba á leer algunos parlamentos de nuestros poetas contemporáneos, y muchas veces exclamaba:

—¡Muy bien, muy bien, María! Llegaréis á la cumbre de vuestras aspiraciones.

Casi todas las noches iba al corral.

Allí adquirí algunas amistades.

Todas me las había proporcionado mi vecino, que era Juan Rana, como habréis comprendido ya.

Puede decirse que ambos alcanzamos á un tiempo nuestra reputación artística.

Un joven poeta que me hacía proposiciones de amor escribió expresamente un drama para que yo hiciese mi presentación en las tablas.

Agradecida á Juan Rana, dije al poeta que no aceptaba á menos que aquél desempeñase el protagonista.

Con efecto, quince días después la farsa se ponía en acción.

Yo había nacido para el teatro.

Un casual incidente me lo demostró.

Sin conocer á Juan Rana, es seguro que nunca me hubiese ocurrido esta idea.

—Decidme,—preguntó Grattis, -y el comediante ¿no se ha inflamado nunca en la llama de vuestros amores?

—Nunca,—respondió la Calderona;—Juan Rana es incombustible. No le he conocido jamás relaciones con ninguna.

Los triunfos que alcancé en poco tiempo,—prosi-

guió la joven,—llevaron mi nombre en alas de la fama.

La humilde huérfana abandonó su pobre buhardilla para habitar otro recinto más decoroso.

No os diré la serie de pretensiones de amor que me han hecho.

Sin embargo, pocos consiguieron que les correspondiese.

Con seguridad que no asciende á cuatro ó cinco el número de amantes que he tenido, por lo cual, tratándose de una mujer de teatro, casi merezco el nombre de virtuosa.

Para no cansar vuestra imaginación, no voy á referir más que tres pormenores importantes de mi historia.

Una noche vestíame en mi habitación, cuando Marta, que era una de mis doncellas, me anunció que un caballero embozado en su capa hasta los ojos preguntaba por mí.

—Dile que pase,—respondí.

Mis mejillas palidecieron cuando el desconocido dejó caer la capa sobre sus hombros.

Era Gustavo.

El hijo de mis antiguos protectores.

—María,—me dijo,—no he descansado hasta saber tu paradero. Ya sabes que siempre fuiste mi esperanza; nuestra separación ha servido de incentivo al amor que te profeso.

Le dirigí una franca mirada, diciéndole:

—Gustavo, lo que queréis es imposible. No puedo

olvidar lo injustamente que vuestros padres me arrojaron de su hogar.

—Pero yo no tuve la culpa.

—Es cierto; pero tampoco la tengo yo de no amaros.

El joven lanzó un suspiro.

—Es natural,—exclamó;—cuando estabas en nuestra casa me despreciaste. ¿Cómo no has de hacerlo hoy que la fama ha elevado tu nombre á la cumbre de la gloria?

—No, Gustavo, no es eso. Nuestro amor es un imposible. Entonces era digna de él, ahora no lo soy.

Gustavo me dijo que Luis se había casado con su hermana, pero que ésta era muy desgraciada, pues el joven no cumplía con los deberes que la juró ante el altar.

¿Por qué he de negaros que tuve una alegría al escuchar esto?

Nuestra abnegación no llega hasta el punto de olvidar las ofensas que hieren nuestras más delicadas fibras.

Gustavo se alejó.

Sabía que mi voluntad era inquebrantable.

Algunos días después supe que el pobre joven se había suicidado.

¿Tuve la culpa de esta desgracia?

Lo ignoro.

De todas maneras no seré responsable de este crimen á los ojos de Dios.

Una noche,—prosiguió la comedianta después de una breve pausa,—retirábame después de la función á

mi casa, cuando un criado me entregó un billete.

Era una declaración amorosa.

La carta no estaba firmada, y en ella se me pedía una cita.

Extrañé el atrevimiento del incógnito admirador, y haciendo pedazos el papel, lo arrojé al suelo.

Apenas llegué á mi casa llamaron á la puerta.

Era Juan Rana.

—María,—me dijo,—sé que esta noche has recibido un billete.

—Con efecto.

—¿Sabes quién lo había escrito?

—Mal puedo saberlo, cuando no estaba firmado.

—Pues esa carta era del rey.

Al oir aquellas palabras lancé una sonora carcajada.

—¿Lo dudas?—me preguntó el comediante.

—¡No he de dudarlo! ¿Dónde me ha conocido?

—La otra noche al salir del corral.

—¡Pronto se encendió el fuego de su pasión!

—¿Acaso tu hermosura no es capaz de hacer que enloquezca de amores, no digo un monarca, sino todos los de este mundo?

—Pero ¿quién te ha dado estas noticias?

—El mismo don Felipe.

—Vamos, me parece que hoy tienes ganas de broma.

—Te aseguro que es verdad. Esta noche me dirigía yo á una hostería, cuando un embozado se aproximó.

—¿Sois Juan Rana?—me dijo.

—El mismo,—respondíle.

—Pues en ese caso haced la merced de seguirme.

Yo vacilé un momento; pero acordándome que llevaba una espada al cinto, le complací.

En la contigua calleja había un carruaje.

Abrióse la portezuela como por encanto, y una mano de hierro me ayudó á subir.

En el interior había un caballero embozado hasta las cejas.

—¿Sois Juan Rana, el gracioso del corral que hay en la calle próxima.

—El mismo,—contesté malhumorado por tantas preguntas análogas como iban haciéndome.

—¿El protector de la comedianta María?

—Por lo menos, su más sincero amigo.

—Pues en ese caso necesito que me presentéis á esa joven.

—Cuando queráis. Decidme hora y sitio en que nos veamos mañana para ir á su casa.

—Yo no puedo ir allí.

—!Pardiez! ¿Y queréis que una mujer de su fama vaya á la vuestra?

—¿Por qué no?—respondióme el caballero.

Iba á contestarle como se merecía, cuando me quedé mudo de estupor.

El embozado dejó caer la capa sobre sus hombros.

Era el mismísimo Felipe IV.

Era el rey en persona.

—¿Ahora no creo que te extrañen mis pretensiones?—me preguntó.

—No, señor, no me extrañan. Si vuestra majestad hubiese empezado por decirme quién era...

—Mañana á las nueve os aguardo en una de mis quintas de recreo en Aranjuez. Yo enviaré persona que os guíe.

Como el carruaje llegaba á palacio, me apeé después de hacerle una reverencia.

—¿Y qué debo hacer?—pregunté á Juan Rana.

—¡Buena pregunta!—me respondió;—eso no admite siquiera que se reflexione.

Quedé pensativa.

¿A qué engañaros?

Las deferencias de aquel elevado personaje llenaban por completo las aspiraciones de mi amor propio.

---

# CAPITULO XXIV

## RECUERDOS DEL PASADO

Aquella misma noche, mucho antes que amaneciese, volvió Juan Rana á mi casa, manifestándome que junto al zaguán esperaba el carruaje que había de conducirnos á la quinta del rey.

Algunos pormenores me revelaron que el comediante había recibido una buena recompensa por inclinar mi ánimo para que acudiese á la cita.

Tal vez esta ha sido la única que mi compañero Juan Rana no ha sido conmigo verdaderamente explícito.

Cubrí mi rostro con un espeso manto, y, apoyándome en el brazo del comediante, bajé la escalera.

Junto á la puerta de la casa esperaba, en efecto, un soberbio coche de viaje tirado por cuatro mulas, que expresaban su impaciencia por partir golpeando las piedras con sus férreos cascos.

Yo sentía el alma llena de emociones.

Puse el pie en el estribo y subí al carruaje.

Juan Rana se colocó á mi lado.

Iba más alegre y sonriente que nunca.

Verdad es que su triunfo le había costado bien poco.

No había tenido precisión de emplear su elocuencia para convencerme.

Mi futuro amante era tan elevado, que no necesitó recurrir á ninguna estratagema para convencerme.

Rana no dejaba de comprender que aquel paso era la base de nuestra fortuna.

Con efecto, ni el uno ni el otro hubiésemos llegado á vivir con el lujo y el desahogo que lo hacemos, viviendo á expensas del teatro.

Yo en la Rosaura de *La Vida es sueño* y él en el Rebolledo de *El Alcalde de Zalamea* conquistaríamos poco después muchos laureles y muchos aplausos, pero no una fortuna, que es lo positivo, y, por lo tanto, lo verdadero.

La noche estaba muy hermosa.

Yo iba asomada á la ventanilla del carruaje.

Mi corazón latía bajo los negros encajes de mi vestido.

Parecíame contemplar con los ojos de la imaginación á don Felipe, que salía á recibirme y que me decía:

—¿Ves esta corona que tantas veces ha ornado mis sienes? pues la arrojaría á tus pies tan sólo por recibir un beso de tus labios.

Los amores regios me halagaban.

Tratábase de la primera entidad de España, que ade-

más de sus títulos poseía riquezas, juventud y algún talento.

Porque el rey podrá olvidarse de los altos asuntos de Estado, pero no me negaréis que es susceptible de sentir el arte en todas sus manifestaciones.

Sus amigos son aquellos que advierten en su alma el fuego de la inspiración.

Por eso los poetas y los pintores han brotado en este siglo como brotarían las plantas exóticas en el interior de un invernadero.

Algunas horas después el carruaje se detuvo.

Antes que Juan Rana bajase para darme la mano, la portezuela se había abierto.

Un criado lujosamente vestido me ayudó á apearme.

La entrada de la quinta era deliciosa.

Una gran puerta de hierro daba paso á una calle de árboles, que enlazaban sus elevadas y espesas copas formando un dosel que no permitía que llegasen al suelo los rayos del sol.

Al final de aquella calle había una gran plazoleta cubierta de cuadros de flores, defendidos por pequeñas vallas de boj, cuya igualdad acusaba desde luégo el trabajo de un hábil jardinero.

La blanca arena hallábase muy limpia: ni una hoja seca la accidentaba.

Tras aquella plazoleta veíase el palacio blanco y hermoso como esas encantadoras viviendas de Florencia.

Seguida de Juan Rana y el ujier penetré en el palacio.

Una escalera de mármol daba acceso á la planta principal.

Luégo encontramos una galería, y después de cruzarla entramos en una de las habitaciones.

El ujier y Juan Rana me dejaron sola.

Yo tomé asiento en un diván de terciopelo grana, y dirigí mis ojos embelesados alrededor.

Casi todos los lienzos que cubrían los muros eran debidos al inimitable pincel de Velázquez.

Allí se combinaba el buen gusto con la riqueza.

Lancé un suspiro.

La verdad es que aquella atmósfera era mi elemento.

Yo había nacido para el lujo, como el ave nace para cruzar las inmensidades del espacio y el pez las procelosas linfas de los mares.

Cinco minutos después se levantó lentamente la cortina que cubría la puerta principal.

Un gallardo joven, lujosamente vestido, apareció en el dintel.

Era don Felipe.

Yo nunca había podido contemplarle tan cerca.

Parecióme que sus facciones eran correctas, que su porte era distinguido.

En una palabra, si no sentí que el fuego del amor ardía en mi pecho, noté por lo menos que mi amor propio se complacía.

El rey se sentó á mi lado.

Yo no sabía qué decir.

Hallábame palpitante de ventura.

---

No necesito manifestaros lo que sucedió.

Tenéis demasiado conocimiento del corazón humano para comprenderlo.

Una semana permanecimos juntos bajo aquellos dorados techos ó paseando por aquellos hermosos jardines.

Luégo volví á la corte.

El rey había preparado para mí una suntuosa vivienda, que fué donde me conocisteis.

Todos los días me visitaba.

Nuestras relaciones no tardaron en pasar al dominio público.

¡Es tan difícil que permanezca oculto ningún pormenor de la vida privada de un rey!

Excuso deciros que nuestra preponderancia artística, y al decir esto me refiero á la de Juan Rana y á la mía, aumentó considerablemente.

Mi compañero hizo construir un corral propio, adonde acudía toda la nobleza de Madrid.

Este sitio fué el centro de los más hábiles poetas.

Una mañana estaba ensayando una nueva obra, cuando penetró en el corral un misterioso personaje.

Sus cabellos eran blancos.

Sus ojos penetrantes é inteligentes.

Aquel personaje vestía el traje telar de los sacerdotes.

Al clavar mis ojos en los suyos, me estremecí.

Aquellas facciones me eran conocidas.

Sin embargo, no podía decirme cuándo ni en dónde las había visto.

Juan Rana se hallaba cerca de mí.

Le hice una seña para que se acercase, y cuando lo hubo efectuado le pregunté:

—¿Conoces á ese sacerdote?

—¡Buena pregunta! ¿Quién no conoce al rey de nuestros poetas, al ilustre don Pedro Calderón?

Su nombre había llegado, con efecto, á mis oídos en diversas ocasiones, aunque no le conocía personalmente. Su carácter religioso no le permitía asistir con frecuencia á los corrales, aunque era uno de los más distinguidos favoritos de las musas.

—Ahora,—prosiguió Juan Rana,—vamos á hacer una obra suya titulada *La Dama boba*. Creo que en el papel de Finea has de estar perfectamente.

Nuestro diálogo fué interrumpido porque nos llamaron á escena.

Junto á una mesa se disponía el apuntador á dar comienzo á la lectura de la obra.

Yo me senté al lado de Juan Rana. Don Pedro Calderón se colocó cerca de los comediantes.

Dióse lectura á la comedia, que me pareció de primer orden.

Al terminar el último acto, el poeta hizo un saludo general y se marchó. Yo le seguí con los ojos.

Por momentos me convencía que aquel hombre no me era desconocido.

Algunos días después, en las puertas del corral leíase en los carteles que aquella noche tenía lugar el estreno de *La Dama boba*.

La afluencia del público fué inmensa.

Apenas podían entrar en el corral la mitad de las personas que lo solicitaban.

Don Pedro Calderón entró en la estancia de Juan Rana.

No había vuelto al corral desde el primer día de ensayo.

Una ligera indisposición se lo había impedido.

Yo no cesaba de dar tortura á la memoria.

¿Qué relación tenía aquel venerable sacerdote con mi vida pasada?

No lo sabía.

Sin embargo, cada vez hallábame más persuadida de haberle conocido.

Sus ojos no se habían clavado aún en los míos.

—Hoy reparará en mi persona,—me dije;—tengo la certeza que ha de aplaudir cómo interpreto su obra.

Escuché el aviso que daban para empezar.

Salí de mi estancia.

Un silencio sepulcral se advertía en el patio, aunque el número de concurrentes era inmenso, según os he dicho.

Se dió principio á la obra.

Mi primer parlamento fué recompensado con un unánime aplauso.

Entonces clavé mis pupilas en el autor.

Este se estremeció al fijar las suyas en las mías.

Su rostro se puso pálido y se colocó en el sitio por donde yo debía salir.

Era indudable que, dotado de mejor memoria que yo, acababa de reconocerme.

## CAPITULO XXV

---

### EL FINAL DE UNA HISTORIA

—Aquel hombre,—prosiguió la comedianta,—cuando salí de escena se me quedó mirando frente á frente.

Yo lancé una exclamación.

Acababa de reconocerle á mi vez.

Nada tenía de particular que no lo hubiese hecho hasta entonces, porque hacía muchos años que no le veía y jamás habíale contemplado con el traje de ministro de Dios.

—¿Me conoces, María?—me preguntó.

—Sí, señor; sois don Pedro, el que durante muchos años fué el ángel bueno de mi madre y mío.

Escapóse un profundo suspiro del fondo de su pecho, y me dijo:

—Con efecto, y el que por circunstancias especiales de la vida se vió obligado á no volver á vuestra humilde vivienda.

—¡Yo no salgo de mi asombro!—exclamé.—Mi madre me dijo que habíais muerto.

—Y, con efecto, había dejado de existir para el mundo. Esta sotana te revela que han terminado para mí las cosas mundanas.

—¿Os acordáis cuánto me queríais?

—¿Acaso imaginas que ese cariño se ha borrado de mi memoria? No, María, no; yo te quiero del mismo modo que entonces.

—Ya sabréis que mi madre murió.

—Lo sé. También me dijeron que te habían recogido en su casa unos señores de la corte.

—Es verdad.

—Por eso permanecí tranquilo. Sin embargo, me sorprende verte aquí.

—¿Por qué?

—Ignoraba que hubieses emprendido el peligroso sendero del teatro.

—Hace algún tiempo.

—Bien, hija mía; todas las manifestaciones del trabajo son honrosas. No obstante, has de hallar muchas espinas entre las flores que te arrojen á escena. Procura evitarlas.

Comprendí el significado de su delicada metáfora, é incliné la cabeza acordándome de mis amores con el rey.

Don Pedro Calderón palideció.

Guardó, sin embargo, el más profundo silencio.

Pasado un instante me preguntó:

—¿Dónde vives?

Le di las señas de mi casa y me prometió hacerme una visita.

—Has interpretado mi obra como yo la había concebido. Esa es la Finea que yo he escrito.

Difícilmente habrá comedianta que me satisfaga lo que tú.

Díle las gracias é iba á dirigirle una nueva pregunta, cuando me llamaron para salir otra vez á escena.

Al terminar, todos me aplaudieron frenéticamente.

Hasta mis mismos compañeros se apresuraron á darme el parabién.

La verdad es que aquella obra es una de las que más me gustan de mi repertorio é influye mucho que se hagan con agrado.

Al dirigirme á mi aposento para cambiar de traje, don Pedro Calderón me aguardaba.

Sus ojos se llanaron de lágrimas y me estrechó las manos entre las suyas.

—¡Muy bien, María!—me dijo.—¡Eres una artista! ¿Quién había de decirme que la niña que tantas veces he tenido en los brazos había de llegar á ser la más famosa comedianta de nuestros tiempos?

En aquel instante, un criado vestido con una elegante librea me entregó un precioso ramo de flores.

Los tallos de éstas hallábanse atados por una deslumbradora gargantilla de brillantes y esmeraldas.

Yo lo tomé con mano trémula.

Aquel obsequio me lo había anunciado el rey aquella tarde, diciéndome:

—No pudiendo asistir, te enviaré un ramo atado con



piedras del color de mis esperanzas y otras tan espléndidas como tu hermosura.

Apenas se retiró el criado, don Pedro me preguntó:

—¿Quién te envía este obsequio?

Mis mejillas se cubrieron de un vivo carmín, no atreviéndome á responder.

El sacerdote insistió en su pregunta.

—Señor,—le dije en voz baja,—necesitaría explicaros los motivos que me inducen á admitir esta alhaja.

—¿Algún pretendiente?

—No, hace algún tiempo que dejó de serlo.

—Entonces...

—Dejó de serlo para recibir el nombre de amante.

—María, me sorprende que aceptes de un amante prendas de tanto valor.

—¡Ah, don Pedro! ¿Acaso no ha sido dueño de otras más estimadas?

Calderón lanzó un suspiro.

Comprendió mis palabras.

—¿Y quién es tu amante?

—De seguro que le conocéis.

—Dime su nombre. Tal vez mi carácter religioso y mis consejos puedan hacer que se incline su ánimo á indemnizar tu honor.

—No es posible.

—¿Por qué, María?

—Porque la persona á quien me refiero no es libre. Tiene adquiridos santos compromisos con otra mujer.

—¿Es casado?

Por toda respuesta hice un movimiento afirmativo.

Don Pedro me dirigió una severa mirada.

—¡Ah, santo Dios!—me dijo;—¡parece imposible que la niña que yo dejé tan cándida y tan pura haya mancillado su honra de ese modo! Dime, dime el nombre de tu amante.

—Mi amante es el rey.

El anciano se quedó aplanado con mi respuesta.

Comprendió que cuantas gestiones hiciese para evitar mis amores serían inútiles.

Estrechó mis manos entre las suyas y partió.

Muchas veces he vuelto á verle.

No ha habido obra suya en que yo no desempeñe la protagonista.

Por esto me dieron el sobrenombre de la Calderona.

¿Es este eminente vate quien me dió el sér?

Todo parece indicarme que sí.

Sin embargo, no puedo asegurarlo de un modo concreto.

Ni él me lo ha dicho nunca, ni yo me he atrevido á preguntárselo.

No obstante; los recuerdos que de él conservo cuando era una niña, su tristeza cuando más tarde supo que era la querida del rey y la tierna solicitud con que hoy me trata, me indican que el digno sacerdote, el incomparable poeta, es el autor de mis días.

Al terminar su historia, la comedianta guardó silencio, clavando en Jacobo Grattis sus hermosos y apasionados ojos.

—Gracias, María, por haberme revelado los sucesos de vuestra existencia. Es una prueba de confianza que

aprecio en lo mucho que vale. Yo no puedo corresponderos del mismo modo, porque mi historia, aunque fecunda en acontecimientos, se resume en tres ó cuatro palabras. He nacido en medio del lujo; no se encuentran, por lo tanto, en mi vida esos pormenores de escasez que son los que prestan interés á las narraciones. Amores, disipación y desafíos. Hé aquí el complemento de mi historia. Fáltame, sin embargo, la última página, el epílogo del libro de mi existencia, y ese seréis vos.

Sonrióse maliciosamente la Calderona y dijo:

—¡A cuántas mujeres le habréis dicho lo mismo!

—No lo creáis; nunca me ha gustado deslumbrarlas con falsas promesas.

—Sin embargo...

—Prueba de que no os confundo con las demás, que he permanecido dos noches á vuestro lado, sin solicitar siquiera que vuestros labios me concedan un beso.

—Es cierto.

—Hoy aguardo la recompensa de mi templanza.

Iba la joven á responder, cuando se presentó en el aposento una de las doncellas de María.

—¿Qué quieres?—la preguntó.

—Señorita,—respondió la interpelada,—don Juan Rana os espera.

Las mejillas de Jacobo Grattis palidecieron.

—No os inquietéis. Ya veis que lo que pedís es imposible por ahora.

—Deseos siento de arrojar al comediante por la escalera.

—No, eso sería un grave compromiso para mí. Tened paciencia. Os repito lo propio que anoche os decía: cuanto más tiempo retrasemos la realización de un deseo, más dichoso seréis y más he de tardar en descender á vuestros ojos del pedestal en que hoy me colocáis.

—¿Queréis que me oculte en la estancia contigua?

—No, Jacobo, ya es de día; os ruego, por lo tanto, que os retiréis.

—¿Cuándo vuelvo?

—Pasado mañana.

—¿Por qué no mañana mismo?

—No puede ser.

—Explicadme las causas.

—No puedo.

—¿Y si lo exijo?

—Si lo exigís, os diré que hace dos noches que las consagro á vuestra persona y...

—¿Y que mañana la dedicáis al rey?

La Calderona se sonrió.

Un momento después Jacobo Grattis salía de aquella casa por la puerta secreta, maldiciendo su suerte y la importuna llegada del comediante.

---

# CAPITULO XXVI

---

LA HOSTERÍA DE MAESE JUAN

Dejemos por ahora á Jacobo Grattis esperando el premio ofrecido por María Calderón, y pasemos á hablar de algunos nuevos personajes que representan una parte muy activa en nuestra obra.

Para los lectores que conocen la primera parte de esta novela, titulada La Hija del crimen, el presente capítulo casi es innecesario, puesto que vamos á nombrar personas que les son sumamente conocidas.

¿Quién de vosotros no recordará al travieso Picoli, aquel paje de don Lope de Lara, y á su señora la duquesa de Santarem, madre política de María Deza, la joven que tanto cautivaba al rey Felipe?

Picoli, el astuto paje que significaba sus alegrías y sus tristezas con la invariable muletilla de *poca cosa*.

Picoli, sin embargo, ha cambiado.

Los veinte años trascurridos no pasaron en balde.

Con la reflexión se ha hecho menos turbulento, y ha aumentado en sagacidad, aunque parezca imposible.

Continúa siendo fiel á la madre de don Fernando de Lara y respetando la memoria de su difunto amo; pero si antes sorprendía los más ocultos secretos por una intuición maravillosa, hoy los analiza con el escalpelo de la experiencia.

Ya no era el pajecillo que entretenía á sus amos con sus chistes y sus narraciones curiosas, sino el encopetado mayordomo de la duquesa.

Sin embargo, Picoli era tenaz en sus resentimientos como en sus escasas afecciones.

Aquellos que le habían hecho algún daño, y en este número incluía á los enemigos de sus señores, seguían inspirándole la más profunda aversión.

Su amo había muerto á manos de un bandolero, el terrible Alimaña, que hemos visto escaparse en presencia del patíbulo, como recordarán los lectores que se dijo en las primeras páginas de esta novela.

Alimaña había sido denunciado por Picoli.

Dadas estas explicaciones, tomemos el hilo de los sucesos.

Alimaña era un hombre duro como el acero. Habíase pasado la existencia en el carrascal, plenamente convencido de que el hombre que posee corazón para burlar á los agentes de la justicia no debe someterse al trabajo, sino apoderarse del resultado que á otros les produce.

Sin embargo, es preciso decir que, á pesar de estas inmorales teorías, Alimaña tenía algunas buenas cua-

lidades, como entre las sombras de una caverna suele penetrar algún destello del sol por las grietas de las rocas.

Alimaña era encarnizado en sus odios y llevaba su amistad hasta el heroísmo.

En su juventud había hecho señalados favores á don César, el padre de doña María Deza, duquesa de Santarem.

El bandolero era un hombre de unos cincuenta años.

Entre sus cabellos se advertían algunas canas.

Su boca, guarnecida de un espeso bigote, era sagaz y burlona.

Sus brazos, fuertes como los mástiles de un buque.

Hablaba poco y cumplía mucho, cualidades que generalmente van unidas.

Habiéndose visto obligado á abandonar el Albarracín, donde pasó muchos años de su vida, se instaló con sus camaradas en la sierra de Guadarrama, donde no permitía que pasase nadie, aunque llevase libre pasaporte concedido por el mismo rey.

Picoli sabía que el Alimaña había dado la muerte á su señor.

Un verdadero milagro fué que él se escapase de sus manos; pero el paje era muy astuto, y escondióse entre unas rocas, burlando al bandido de este modo.

Cada vez que Picoli oía relatar alguna proeza del Alimaña, su rostro tornábase lívido.

Cuando estaba para terminar la estación veraniega, el mayordomo de la duquesa tomó una resolución enérgica.

—Es necesario que yo le haga á ese hombre alguna de las mías,—se dijo.

Y pensando en esto se aproximó á la cortina que cubría la puerta de su señora.

Doña Blanca de Santarem se dedicaba á sus labores en aquel momento.

Picoli pidió licencia para entrar.

La noble señora dejó caer sobre su falda el finísimo lienzo en que trabajaba, clavando en Picoli sus ojos.

—¿Qué quieres?—le preguntó.

—Señora, quería pediros un señalado favor.

—Veamos.

—He sabido que un compatriota mío reside en uno de los pueblos cercanos á la corte...

—¿Y deseas hacerle una visita?

—Precisamente. Durante mi ausencia cualquiera podrá suplir el reducido número de mis quehaceres.

—Bien, márchate; pero no tardes muchos días. Puede necesitarte mi hijo.

—¿Vuestro hijo?—preguntó Picoli.—El señor duque no se ocupa más que de su esposa y de asistir á palacio.

Picoli seguía siendo tan descarado como siempre.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que el amigo del mayordomo era completamente ilusorio.

Necesitaba justificar su ausencia á los ojos de doña Blanca y buscó ese pretexto.

Picoli aparejó su caballo, y aquella misma tarde emprendió el camino hacia el teatro de las hazañas del capitán de bandoleros.

Cuando llegó á la sierra, ya era completamente de noche.

El mayordomo, comprendiendo que no era aquella la hora más á propósito para hacer indagaciones, penetró en una hostería.

El dueño del establecimiento se apresuró á acudir junto á la mesa que el viajero había ocupado.

—¿Qué deseáis?

—¿Tienes alguna cosa de comer?

—Sí, señor; soberbios pescados frescos como la nieve y unas chuletas más rubias que las espigas del trigo.

—Ninguna de las dos cosas que has nombrado me desagrada; por lo tanto, probaré de ambas.

—Como queráis

—Tráeme también una botella de vino rancio.

—Perfectamente.

Iba el hostelero á retirarse para cumplir sus órdenes, pero Picoli le llamó de nuevo.

—Había olvidado hacerte la pregunta más esencial, aunque casi es innecesaria; y digo esto, porque, refiriéndome á si tienes alguna habitación donde hospedarme, es de suponer que el número de viajeros que se detenga aquí no sea muy considerable.

—Tengo habitación; pero no creáis que me sucede esto con mucha frecuencia. Mi establecimiento cuenta con gran número de parroquianos, que acuden á él como las moscas al azúcar.

—Más vale así. ¿De modo que hay habitación?

—Sí, señor.

—¿Cómoda?

—Todo lo que puede exigirse para una noche. Por lo menos está muy aseada, porque mi mujer es más limpia que el oro. Creo que estaréis bien; pero debo haceros una advertencia: la habitación que os destino no está separada de la mía más que por una puerta que se cubre con una cortina.

—Perfectamente; no por eso ha de resentirse mi pudor,—exclamó Picoli lanzando una franca carcajada.

El hostelero, á quien conoceremos desde este instante con el nombre de maese Juan, pasó á la cocina en busca de los peces y las chuletas.

Antes había extendido sobre la mesa que ocupaba el mayordomo un mantel que, aunque burdo, acusaba bastante limpieza.

Un momento después maese Juan apareció de nuevo con una jarra, un vaso y un pan.

Este último crujía entre sus encallecidas manos.

—Aquí tenéis lo que se da en mi casa: pan tierno casi en el corazón de la sierra y siendo mediados de semana.

El hostelero, como ven nuestros lectores, no dejaba de elogiar sus víveres.

Cuando Picoli tuvo á su lado las chuletas, trinchó una, y después de probarla dijo:

—¡Excelente! No puede negarse que están apetitosas. Y decidme, maese Juan, ¿qué se refiere por aquí?

—¡Ah, señor, se refieren tantas cosas!...

—Dicen que hay en estas montañas un famoso bandido que pone en mucho cuidado á los cuadrilleros que le persiguen.

—En efecto. ¿Os referiréis al Alimaña?

—Precisamente.

—Pues el Alimaña es un capitán de bandidos muy especial.

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Le conoceréis personalmente sin duda alguna, aunque no sea más que por lo próximo que el establecimiento se halla á la sierra?

—Le conozco mucho.

—¿Pero él no se habrá determinado nunca á venir hasta aquí?

—Bien se ve, por vuestra pregunta, que no le conocéis personalmente. El Alimaña es hombre muy capaz de presentarse en la corte; conque ya podéis comprender lo que le importará venir á mi casa.

—¡Hola, hola! ¿Tan atrevido es?

—Mucho, señor. Prueba de ello que todavía no han podido los cuadrilleros apoderarse de él ni de ninguno de los que le acompañan.

—Observo que habláis de ese extraño personaje con mucho entusiasmo.

—¿Por qué no he de hacerlo? El Alimaña me paga corrientemente cuanto consume en mi casa, y es uno de los mejores parroquianos.

—¿Viene con frecuencia?

—Siempre que las circunstancias se lo permiten.

—No comprendo vuestra respuesta. ¿A qué circunstancias aludís?

—Quiero deciros que cuando los cuadrilleros rondán los alrededores, al Alimaña no se le ve el pelo.

—Se comprende perfectamente.

—En cambio, cuando los cuadrilleros van en su busca por otros sitios, suele presentarse en mi casa y hablamos un rato.

—Celebraría conocerle.

—Hoy seguramente no vendrá.

—¿Por qué?

—Porque, como él dice, hay moros en la costa.

—Esto es, hay cuadrilleros en la sierra.

Maese Juan llevóse el índice de la diestra al ojo derecho, significando con este movimiento que Picoli había acertado.

—Y la verdad es,—prosiguió el hostelero,—que no debía andar con esos recelos en mi casa.

—Con efecto, le apreciáis mucho, y seríais, por lo tanto, incapaz de venderle.

—Eso mismo.

—¿Y no os remuerde la conciencia de favorecer á un criminal?

—Señor,—respondió el anciano,—en primer lugar, le aprecio porque, como os he dicho, siempre ha cumplido bien conmigo; pero, aparte de todo, no tengo más remedio que prestarle protección. De otra manera viviría en un continuo sobresalto. Mi casa está en un desierto, y si yo tuviese la mala tentación de denunciar al Alimaña, sus camaradas me darían la muerte.

—Es verdad.

—¿Quién había de protegerme en estos sitios?

Picoli había terminado las chuletas.

—Tenéis buen apetito,—dijo el hostelero con mucha satisfacción.

—Con efecto, el aire de la sierra me lo ha estimulado de una manera extraordinaria. Vengan, pues, esos peces para terminar el líquido que contiene la jarra.

Maese Juan volvió en seguida con lo que le habían pedido.

—¿Conque decís que ahora hay en el monte cuadrilleros?

—Sí, señor; una buena partida de ellos ha estado aquí esta tarde.

—Perfectamente; entonces esta noche podremos dormir con completa tranquilidad.

—Eso desde luégo; lo mismo que si no estuviesen. Ya os he dicho que el Alimaña respeta mucho mi casa, y, por lo tanto, los viajeros que se hospedan en ella. Podría referiros algunos casos que lo demuestran. Hace pocos meses se recogió en la venta un extranjero que traía una escarcela llena de oro. Alimaña lo supo, pero se abstuvo de molestarlo siquiera.

—¡Es singular!

—No lo creáis. Apenas salió de mi casa al siguiente día, le dejó más pelado que una gallina cuando está preparada para cocerse.

—¡Ja, ja, ja! ¿De modo que el resultado fué el mismo? Esto es, ¿que perdió los cuartos?

—Es natural; pero no mientras estuvo en la venta.

Picoli terminó la cena.

Sus ojos empezaban á entornarse.

A cortos intervalos bostezaba.

Hallábase plenamente convencido por lo que maese Juan le había dicho que aquella noche sería infructuosa cualquier tentativa para encontrar al capitán de bandoleros.

—Dime cuál es la estancia que me reservas.

—¿Queréis descansar ya?

—Sí; es tarde, y mañana madrugaré.

—¿A qué hora queréis que os llame?

—Cuando amanezca.

—Perfectamente.

Maese Juan tomó un candil, lo encendió en el que ardía junto al mostrador, é hizo una seña á su huésped para que le siguiera.

Picoli se puso en pie.

La estancia que le reservaba el hostelero era bastante espaciosa.

El techo estaba cubierto de vigas, que se hallaban adornadas con algunos trozos de carne salada y embutidos.

Las paredes estaban muy blancas, así como las sábanas del lecho.

Esta habitación hallábase separada de la contigua por una cortina de estera.

Picoli colocó el candil sobre una palomilla de madera, y empezó á despojarse de su ropa.

—Buenas noches, caballero,—dijo maese Juan;—ya sabéis que si se os ocurre alguna cosa no tenéis más

que darme una voz. Yo también voy á acostarme para madrugar mañana. ¿Qué queréis que os traiga de desayuno? ¿Chocolate ó leche? Estoy viendo que vais á decidiros por ambas cosas, como habéis hecho con los peces y las chuletas.

—Mañana te diré; ahora estoy empachado y no quiero oir hablar de comestibles.

El hostelero separó la cortina, entrando en su alcoba.

Picoli antes de acostarse se acercó á la ventana. Por ella entraban las frescas brisas de la sierra. A fin de que no le molestasen, cerró las maderas.

Luégo desenganchó de su cinto una pistola, que colocó bajo la almohada.

Aunque estaba plenamente convencido de la honradez de maese Juan, á él le gustaba prevenirse, fundándose en el proverbio español de que hombre prevenido vale por dos.

Hechas estas operaciones apagó el candil, y metióse en la cama.

—¡Pardiez qué frío hace en la sierra!—exclamaba cubriéndose con la manta.—¡La verdad es que no me sorprende que los comestibles de maese Juan se conserven frescos!

El hostelero roncaba de un modo extraordinario.

—Pronto se ha dormido el viejo,—dijo el mayordomo.—Bien se conoce que su conciencia está tranquila.

Estas consideraciones estaba haciéndose Picoli, cuando de pronto llegó á sus oídos el estampido de una detonación.

El mayordomo se incorporó en el lecho.

Aquel disparo había sonado en la sierra.

Un momento después sintió que junto á la ventana cruzaba rápidamente una persona.

Luégo resonaron en la puerta de la hostería dos fuertes y precipitados aldabonazos.

# CAPITULO XXVII

## DONDE LA CASUALIDAD FAVORECE Á PICOLI

—¡Fuego de Dios! —exclamó Picoli.—¿Cuánto apostamos á que la liebre va á materse en la madriguera del zorro? Sería una cosa de gracia. Pero ¿y el hostelero? Sigue roncando; no ha oído llamar.

El aldabón de la puerta volvió á caer sobre ella, produciendo un eco sordo.

—¿Quién va?—preguntó el hostelero.

Y Picoli le vió salir en paños menores, con un puntiagudo gorro en la cabeza, el candil en la mano y dando más traspiés que un borracho.

A maese Juan le habían interrumpido en lo mejor de su sueño.

Antes de abrir la puerta se asomó al postigo.

—¿Sois vos? ¡Válgame el cielo, quién había de figurarse!...

—Abre, maese Juan,—respondió un acento varonil.

—Pero ¿venís herido?

—Abre, con mil demonios,—repitió el desconocido imperiosamente.

La puerta giró sobre sus goznes.

Picoli había escuchado el diálogo anterior.

—Ahora apaga la luz, condúceme á una de las habitaciones interiores, y si vienen preguntando por mí, chito; ya sabes que te va en ello la cabeza.

El mayordomo reconoció que el acento de aquel hombre era el de Alimaña, el terrible capitán de bandidos en cuya persecución habíase dirigido á la sierra.

Este convencimiento le obligó á redoblar su atención.

—El caso es,—dijo maese Juan,—que la habitación contigua á la mía está ocupada.

—¿Ocupada? ¿Por quién?

—Por un caballero que ha llegado esta misma noche.

—Eso no importa. ¿Tú le conoces?

—No le he visto en mi vida hasta hoy.

—¿Es forastero según eso?

—Seguramente.

—En ese caso no importa. Condúceme á tu estancia, donde me pondré una venda para evitar las pérdidas de sangre.

—¿Dónde os han herido?

—En este brazo.

Y el Alimaña designó el izquierdo.

Picoli sintió que el bandolero y maese Juan se aproximaban.

Entonces cubrióse con la manta hasta los ojos, afectando hallarse profundamente dormido.

El Alimaña entró el primero en la estancia, dirigiendo á Picoli una mirada recelosa.

Como el mayordomo estaba vuelto de espaldas y tenía el rostro cubierto, le fué imposible al bandido reconocerle.

Sin estas precauciones del astuto italiano quizás no le hubiese conocido tampoco, pues hacía veinte años que se vieron la última vez.

Alimaña se aproximó cautelosamente al lecho del mayordomo.

La respiración de éste era acompasada y tranquila.

—Está durmiendo,—dijo el bandolero;—entremos, pues, en tu aposento.

Maese Juan ayudó al Alimaña á despojarse de sus ropas.

—¿Os hago daño?—le preguntó al bandido.

—No te ocupes de eso; lo esencial es la curación; ponme vinagre y sal y una venda.

Picoli no oyó una sola queja de los labios del herido.

El Alimaña era un hombre enérgico, muy acostumbrado á aquellas quiebras de su oficio.

—Ahora,—dijo el bandolero,—déjame descansar. Ya sabes que si preguntan por mí has de responder que ignoras mi paradero, á menos que el que venga sea alguno de mis camaradas. También te encargo que veas si han caído al suelo algunas gotas de sangre. Esos bribones de cuadrilleros siguen mi pista mejor que los



Lit. J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 6, Madrid.

=Está durmiendo.

lebreles la de la caza, y cualquier detalle puede indicarles que estoy aquí.

Maese Juan salió de la alcoba cruzando la estancia que ocupaba Picoli.

Este, apenas se quedó solo, dudó sobre el partido que debía tomar.

—Hé aquí una situación bien extraña,—decíase el italiano.—Me encuentro á pocos pasos del hombre que buscaba.

El mayordomo tuvo la idea de amartillar su pistola y dirigirse á la habitación en que se hallaba el bandido, pero este pensamiento fué desechado.

—Ese miserable no tiene herido más que el brazo izquierdo, y es mucho más fuerte que yo, y sería capaz de reducirme á polvo con el remo que conserva útil. Creo lo más oportuno apelar á otros medios que han de producir los mejores resultados. Si yo aviso á los cuadrilleros, el Alimaña caerá en su poder. ¿Acaso no es este mi deseo?

Picoli escuchó con cuidado.

La respiración del Alimaña llegaba hasta él.

—¿Se habrá dormido? Es posible. Ese hombre debe ser más duro que un perro. Ni las heridas le producen insomnio. Cualquiera diría que no pesa ningún delito sobre su alma. ¡Luégo dicen que el sueño es el patrimonio de los justos!

Picoli abandonó su lecho procurando hacer el menor ruido posible, y, acercándose á la puerta de la estancia, levantó un poco la cortina.

A los pálidos reflejos del candil que ardía en la alco-

ba del herido, pudo descubrir el semblante del Alimaña.

Este se hallaba acostado en el lecho, cubierto con su manta y con los ojos cerrados.

—¡Buena ocasión para avisar al jefe de los cuadrilleros! ¡Lo que es ahora se me figura que la astucia del bandido no ha de valerle.

El mayordomo iba á aventurarse por el corredor que conducía á la puerta del establecimiento, pero se detuvo.

—Si salgo por ahí, maese Juan va á sentir el ruido que haga la puerta al abrirse y puede extrañar que me vaya á estas horas y hasta comprender mis proyectos. Más vale que salga por la ventana.

Picoli lo hizo como acababa de decir. Abrió las maderas muy despacio, y un momento después estaba fuera del establecimiento. Entonces dirigió una mirada hacia el horizonte, como quien busca un punto de orientación.

Su examen no fué infructuoso.

Al pie de la sierra descubríase un grupo de hombres que se hallaban alrededor de una hoguera.

Debían ser gentes de buen humor, porque sus risotadas llegaban hasta Picoli.

—No tengo duda que son soldados,—se dijo el mayordomo.—Más vale así. Esta noche estoy de buenas. Todo sale á medida de mis deseos.

Picoli no se había engañado.

Los que conversaban y reían eran una docena de cuadrilleros.

Al sentir los pasos del italiano volvieron la cabeza súbitamente, apoderándose de sus mosquetes, que habían dejado apoyados en los troncos de los árboles.

—Señores, no hay que alarmarse,—dijo Picoli.

—¿Quién va?

—Un pacífico viajero.

El sargento de la cuadrilla se aproximó al mayordomo, midiéndole de pies á cabeza con una mirada recelosa.

—¿Viajero pacífico? Parece imposible que un hombre de esas condiciones se aventure por estos sitios á semejante hora.

—Pues, sin embargo, nunca falta un caprichoso en el mundo.

—¿Adónde vais?

—En vuestra busca.

—¿Qué deseáis?

—Poca cosa,—respondió Picoli, que no había perdido su costumbre de dar esta respuesta.

—¿Ante todo llevaréis documentos que nos acrediten quién sois?

—Desde luégo; aquí los traigo en mi escarcela; pero si queréis ahorraros la incomodidad de leerlos, os diré que soy el mayordomo de la duquesa de Santarem.

—¿De la esposa de don Fernando de Lara?

—No; me refiero á la viuda de don Lope, madre del caballero que acabáis de nombrar.

El sargento era un hombre tan rudo como desconfiado.

Aproximóse á Picoli, y á la luz que esparcía la lin-

terna de uno de los cuadrilleros, leyó el pasaporte del italiano.

—Perfectamente,—dijo doblándolo de nuevo y volviéndoselе á Picoli.—¿Decís que habéis venido en mi busca?

—Sí, señor.

—¿En ese caso me diréis en qué puedo serviros?

—En mucho, tanto á mí como á todo el reino.

—¿Pues cómo?

—Se trata de la captura de un malhechor al que hace mucho tiempo que estáis buscando.

—¿Su nombre?

—Le desconozco; sólo puedo deciros que todos le designan bajo el apodo del Alimaña.

—¡Fuego de Dios! ¿El Alimaña? ¡No hace una hora que he disparado mi mosquete contra él!

—Y sois un hábil tirador.

—¿En qué os fundáis para decirlo?

—En que indudablemente le apuntabais al corazón, y la bala le ha herido en el brazo izquierdo.

—¿Luego el Alimaña está herido?

—Sí.

—¿Lo sabéis con certeza?

—Tanto que acabo de separarme de él.

—No perdamos tiempo en ese caso; él es más astuto que un zorro, y, aunque estuviese hecho pedazos, huiría al sospechar nuestra proximidad.

—No lo creáis; el Alimaña está tranquilamente en su lecho.

—¿En su lecho?

—En la hostería de maese Juan.

Picoli refirió al sargento la extraña coincidencia que le había hecho saber el paradero del bandido.

El sargento dió órdenes á los cuadrilleros para que tomasen las armas y le siguiesen.

-Es preciso obrar con mucha precaución; de otro modo, se nos escapará. Es un zorro muy largo y de mucho cuidado.

—Lo procedente,—dijo Picoli es,—que vigilen algunos hombres las ventanas de la hostería, mientras otros llaman á la puerta. Así no es fácil que se escape, á menos que se haga invisible ó se fugue por debajo de tierra.

—Eso es imposible.

—No creáis que esta sería la primera vez que lo hubiese hecho el Alimaña. Recuerdo que en la casa que tenía en Valencia mi señor el difunto don Lope de Lara entraba y salía un compañero del Alimaña, sin que nosotros pudiésemos explicarnos por dónde conseguía hacernos tan frecuentes visitas. No os diré el nombre de este personaje, porque hoy está enlazado con personas muy respetables de la corte. Algunos años después descubrí el enigma. La casa de don Lope comunicaba por un subterráneo con la caverna del bandolero que ahora vamos á sorprender.

El sargento y Picoli se detuvieron.

Habían llegado junto á la puerta de la hostería.

Los cuadrilleros se esparcieron alrededor de la casa.

El sargento, el italiano y cuatro hombres más se dispusieron á entrar.

Picoli dejó caer la aldaba, que produjo un golpe que fué repercutido en el interior.

—Mala noche le espera á maese Juan,—dijo el mayordomo.—De seguro que va á maldecir el momento en que entré en su hostería.

—No creáis que ha de pasarlo muy bien, pues se declara cómplice del bandido al admitirle en su casa.

—Quizás ignore que es el Alimaña.

Picoli sabía lo contrario: á nadie como á él le constaba la amistad de maese Juan con el bandolero, pero no tenía interés en perjudicarle.

—Parece que no contestan.

Y el sargento llamó de nuevo.

—¿Quién es?—preguntó maese Juan con mal humor.

—Abrid en nombre del rey á la justicia.

El sargento y el mayordomo oyeron el ruido que produjo un objeto al caer.

El candil se había escapado de las manos de maese Juan al oir aquellas palabras.

Inmediatamente abrióse la puerta.

—Buenas noches, sargento Salcedo; ¿qué se os ocurre á estas horas?

Las mejillas del hostelero estaban lívidas.

—¿Qué se me ocurre? Ahora lo verás, perillán. ¿Cuántos huéspedes tienes en tu casa?

—Dos.

—¿Sabes sus nombres?

—No, señor. Uno es un caballero que vino anoche.

—¿Y el otro?

—El otro...

—Acaba.

—Al otro no le he visto en la vida.

—Pues es necesario que me lleves á la habitación que ocupa.

Cuando maese Juan advirtió la presencia de Picoli se quedó como petrificado.

Aunque torpe de comprensión, no podía ocultársele cuanto acababa de suceder.

—¡Por Dios, caballero,—dijo al italiano en voz baja,—no me delatéis!

—No tengas cuidado; entrega á ese bribón, y no te inquiete tu porvenir.

Pocos momentos después el sargento y los cuatro cuadrilleros penetraban en la estancia donde el Alimaña dormía tranquilamente.

---

## CAPITULO XXVIII

---

### PRINCIPIO DE UNA AVENTURA

Picoli había supuesto la verdad.

Aunque el capitán de bandidos era muy astuto, en aquella ocasión cayó en la red.

Creíase tan seguro en la hostería de maese Juan, que cuando el sargento Salcedo penetró en la estancia, dormía profundamente.

Antes que despertase los cinco mosquetes de los representantes de la justicia amenazaban su pecho.

—Daos preso,—gritó Salcedo, imaginando que su sueño era fingido.

Al Alimaña se estremeció ligeramente al oir aquellas palabras.

Sus mejillas se demudaron y abrió los ojos.

Cuando estuvo persuadido de su situación, recuperó su habitual sangre fría.

Era hombre que no se inmutaba en presencia de los mayores peligros.

Comprendiendo, sin embargo, que toda resistencia era inútil, clavó sus penetrantes ojos en Salcedo y le dijo:

—No comprendo vuestras palabras; ¿qué necesidad tengo de darme preso? ¿Acaso no lo estoy desde el instante que me habéis sorprendido, cuando me hallo inútil de un brazo?

Salcedo sacó del bolsillo una cuerda, é iba á aproximarse al Alimaña para atarle, cuando éste exclamó con gran energía:

—Eso no lo permito; yo os seguiré donde queráis; pero sin que me aten como á una fiera. El que lo intente tendrá que habérselas conmigo.

—¿Me amenazas todavía, gran perro?

—No es una amenaza, sino una prevención la que te hago.

—Considera que á una orden mía los cuadrilleros harán fuego y...

—Y me meterán en la cabeza cuatro onzas de plomo, ¿no es eso lo que quieres decir? Con una sola podía tener pasaporte para el otro mundo. Ya comprenderás que esto no me intimida. El hombre que, como yo, se lanzó al carrascal viviendo á costa de las riquezas ajenas, tiene siempre preparado su testamento para morir.

Salcedo conocía profundamente el carácter del Alimaña.

No quiso, por lo tanto, insistir en que le atasen.

—Levántate, pues, y síguenos.

—Eso ya varía.

—Muchachos, si advertís en él el menor movimiento de hostilidad, haced fuego.

El bandido saltó de su lecho.

Aunque las pérdidas de sangre habían sido considerables, no parecían haber afectado su robustez.

Vistióse sin reclamar la menor ayuda, y cuando hubo terminado le dijo al sargento:

—Cuando queráis.

Salcedo salió de la hostería.

Seguíale el Alimaña.

Detrás iban los cuadrilleros y Picoli sin apartar sus ojos del criminal.

Este caminaba con paso seguro y con la frente erguida.

Al mayordomo de doña Blanca no pudo menos de sorprenderle su valor, á pesar de la profunda aversión que aquel hombre le inspiraba.

Salcedo dió órdenes á los cuadrilleros que habían quedado esparcidos alrededor de la venta para que le siguiesen.

Entonces rodearon al Alimaña, emprendiendo la marcha hacia Madrid.

El proceso que se formó al bandolero fué muy breve.

Sus crímenes eran conocidos de todo el mundo, y él no quiso siquiera tomarse el trabajo de negarlos.

Alimaña fué condenado á morir en la horca.

Dejemos al verdugo hacer sus preparativos para la ejecución, y pasemos á explicar una aventura de Jacobo Grattis que se halla profundamente relacionada con los sucesos que hemos narrado.

Jacobo Grattis, como hemos dicho en otras ocasiones, habíase pasado la vida en los brazos del amor.

Así como el águila necesita encumbrar su vuelo buscando elevadas atmósferas, y el pez no puede subsistir más que entre los diáfanos cristales del agua, Grattis estaba organizado para pasar su existencia entre las mujeres.

Desde muy joven dió á entender estas inclinaciones.

Dotado de gallarda presencia, poseedor de una gran fortuna, valiente como el primero y galante como pocos, no es extraño que las mujeres correspondiesen á su pasión.

¿Acaso no encontraban en él todo lo que apetecer pudieran sus extrañas y veleidosas genialidades?

La que se prendaba del talento, hallaba en Grattis una inteligencia fina y perspicaz.

La que dejábase arrebatar por los hechos heroicos, no tenía más que informarse cómo se había desenvuelto la vida del italiano.

Poseía tesoros para halagar su amor propio; en una palabra, era el ideal que pudiese formarse cualquier aristocrática dama, por exigente que fuese.

Grattis había pasado su infancia en Módena, donde nació; pero cuando murieron sus padres parecióle que aquel espléndido cielo de su país se oscurecía, y que sus horizontes eran limitados para sus deseos.

Visitó Roma, la cuna de las artes; pasó después á Florencia y á Nápoles; quiso conocer Génova, y en todas partes dejó alguna fibra de su corazón en manos de las mujeres que le habían impresionado.

Sus constantes aventuras y las escandalosas reyertas que tuvo llegaron á ser conocidas por el dux de Venecia, último punto de Italia que recorrió, y habiendo dado muerte en desafío á un pariente de aquél, se vió en la necesidad de emigrar á España.

Jacobo Grattis sintió desde luégo una gran simpatía hacia este hermoso país.

La diafanidad de su cielo, la franqueza de los hombres, y sobre todo la incomparable gracia de sus mujeres, hiciéronle comprender que había de hallar aventuras tan gratas como las que había tenido en Italia.

Con efecto, aquella misma noche tuvo ocasión de mostrar su valor conociendo al conde de Villamediana del modo que dijimos á nuestros lectores en las primeras páginas de esta novela.

Al siguiente día paseaba Jacobo por una de las calles menos céntricas, cuando al cruzar por delante de una casa vió una mujer hermosísima.

Sus cabellos eran negros como el azabache, contrastando con su frente blanca como los pétalos de la azúcena.

Aquella dama hallábase vestida de negro; estaba sentada junto á la reja, y parecía hallarse muy abstraída en la lectura de un libro que sostenía entre sus manos finas como la seda.

Jacobo Grattis se detuvo.

La hermosura de aquella desconocida beldad le había impresionado.

—Debe ser una viuda,—se dijo al observar el negro traje que la cubría.

Pero Jacobo pudo convencerse muy pronto de lo erróneas que eran sus suposiciones.

Un hidalgo que se hallaba observando à la joven desde el interior de la estancia abandonó su asiento al ver la proyección que Grattis hacía en la ventana, y al ver al italiano cerró bruscamente las vidrieras, diciendo:

—Mañana mismo nos mudamos á un piso más alto para evitar la importuna curiosidad de los que pasan por la calle.

Jacobo oyó perfectamente estas palabras, tuvo deseos de responder una insolencia, pero ésta no hubiese sido oída, y no había suficiente razón para ello.

Decidió, pues, seguir su camino; pero no había dado media docena de pasos cuando exclamó:

—Ese hombre ha sido un grosero; yo no debo dejarle sin respuesta.

Y Grattis penetró en el zaguán, deteniéndose delante de la puerta de la estancia del celoso marido.

No era hombre que reflexionaba mucho lo que iba á hacer.

Pensar una cosa y ejecutarla era todo uno.

El italiano llamó.

Una doncella presentóse en e dintel.

—Tened la bondad de decirle al dueño de esta casa que deseo verle.

—¿Vuestro nombre?

—Mi nombre no hace al caso.

La doncella se apresuró á cumplir las órdenes que había recibido.

Pocos momentos después el hidalgo se hallaba en presencia de Grattis.

—Caballero,—dijo éste,—habéis sido un imprudente conmigo.

—¿Qué decís?—preguntó el dueño de la casa con acento agrio.

—Lo dicho; me he detenido casualmente delante de vuestra ventana, la habéis cerrado de un modo brusco, y no satisfecho con esta grosería, me tildasteis de importuno.

Don Diego Sandoval, que este era el nombre del adversario de Grattis, tenía un temperamento muy nervioso; pero, comprendiendo que el audaz joven iba dispuesto á todo, no quiso dar en su casa un escándalo.

—Caballero,—dijo Sandoval,—debo advertiros que no soy hombre que rehuyo nunca las reyertas. Hecha esta salvedad, os diré que no creo que por una cosa que no ha tenido la menor importancia, debamos darnos de cintarazos. Yo hablaba con mi mujer, que, en contra de mis deseos y de mis advertencias, se pasa los días asomada á la ventana, y no creía que mis palabras hubiesen llegado hasta vos.

Grattis quedó satisfecho.

Las explicaciones de Sandoval, siendo como fueron, decorosas, satisficieron su amor propio.

Hizo un saludo á Sandoval y se retiró.

—Se conoce que este marido es un cancerbero para su mujer—se dijo el italiano;—y la verdad es que ella es hermosísima. Hé aquí una leve reyerta que puede

dar lugar á una aventura. Es preciso que yo me declare á esa joven tiranizada por su esposo. ¿Quién sabe lo que puede resultar?

Y Grattis marchóse á su casa acariciando este pensamiento.

---

# CAPITULO XXIX

---

### UN MARIDO CELOSO

Jacobo Grattis al siguiente día pasó de nuevo por delante de la casa de don Diego Sandoval.

Su esposa no se hallaba junto á la reja.

Grattis se aproximó para observar si encontrábase más lejos.

Entonces pudo ver que todos los muebles estaban en una completa revolución.

—Ese cancerbero va á cumplir la palabra que ayer dió á su esposa. ¿Adónde se mudará? Después de todo, nada más fácil que saberlo.

Grattis volvió á su casa.

En ella esperaba su escudero Guijarro.

Apenas le llamó su señor, dijo:

—Ya pareció aquello; de seguro que tenemos una aventura en perspectiva.

—Es necesario que me sigas.

—¿Para qué?

—¿Acaso tengo que darte cuenta de mis acciones?

—No, señor; pero se me figura que aquí hay gato encerrado, y...

Grattis no quiso escuchar más refranes, pues sabía que su escudero pocas veces decía uno solo.

Guijarro salió tras él inflando los carrillos como de costumbre.

Al llegar junto á la casa de Sandoval, Jacobo le dijo:

—Dentro de poco sacarán los muebles de esa habitación; es preciso que veas adónde los trasladan.

—¿Se trata de alguna confiscación de bienes?

—Nada de eso; pero tengo interés en saber lo que te digo.

—Perfectamente.

Grattis se alejó de aquel sitio.

En cuanto á Guijarro, recostóse enfrente de la casa de don Diego, sin apartar sus ojos de ella.

Algunos momentos después Sandoval había ultimado su contrato con el nuevo casero y volvía á su casa.

Al ver á aquelhombre, cuyos ojos estaban fijos en su reja, sintió el aguijón de los celos.

—¿Vendrá aquí ese miserable por mi mujer?—se preguntó.—Observaré, no vaya á cometer una imprudencia como la de ayer tarde.

Sandoval entró en su casa.

En aquélla le esperaba Carlota.

—¿Qué haces?—la preguntó.

—Esperaba tu regreso.

—¿Sabes quién es un hombre que se encuentra en la esquina de la calle?

—No le he visto. Como no quieres que me asome á la reja...

—¿De veras no le has visto?

—¿A qué conducía engañarte?

—Bueno, Carlota, bueno; la sociedad está tan corrompida, que los hombres honrados no disfrutan de un instante de paz. Anda, ponte el manto y vámonos. He tomado una casa muy bonita, y sobre todo muy elevada. Desde ella parece que se va á tocar el cielo con las manos.

—Parecerá un nido de águilas.

—Así y todo no me considero seguro.

Carlota se puso el manto.

—¿Estás ya?

—Cuando quieras.

—Echate el velo más hacia el rostro.

La infeliz esposa era una mártir de los extravagantes celos de don Diego.

Obedeció sus órdenes, y apoyándose en el brazo de su marido, salieron de la casa.

Guijarro exclamó:

—¡Ya pareció aquello! De seguro que lo que mi amo desea es saber el nuevo domicilio de esa dama.

Y empezó á seguirlos.

Sandoval se detuvo para dirigir una recelosa mirada al escudero.

—No tengo duda de que ese hombre nos sigue. ¡Ah! ¡Si yo llego á persuadirme!...

—¡Pero, por Dios, Diego, qué cosas piensas!...

—¿Tratas de disculpar su conducta?

—¿Acaso no es libre de ir por las calles que le acomoden?

—¡Carlota, tú estás en connivencia con él.

—Esa suposición me ofende.

—Y tratas de disuadirme para que no le hable.

La joven hizo un gesto de desagrado.

En cuanto á Sandoval, habíase desunido del brazo de su esposa, acercándose al mofletudo Guijarro.

—Caballero,—le dijo,—¿podré saber con qué objeto me seguís con tanta insistencia?

Guijarro se puso más encarnado que una amapola.

—Yo... pues... si no...

—En esas frases entrecortadas comprendo que tratáis de ocultar la verdad. Hablad, justificadme vuestra conducta, ó de lo contrario...

—¡Pero, caballero, si yo no tengo interés en saber adónde vais!

—Entonces, ¿por qué venís detrás de mi esposa?

—¿Quién os ha dicho que mis intenciones son esas?

—¿Acaso no tengo ojos en la cara para advertirlo?

—Pues bien, es verdad; pero os repito...

Guijarro no pudo continuar.

Al adquirir el colérico Sandoval la certeza de que seguían á su esposa, descargó un garrotazo en las costillas del escudero.

Este se quedó con la boca desmesuradamente abierta.

—¡Toma, estúpido; así pago yo las respuestas de los imbéciles!

Y volvió á Guijarro desdeñosamente la espalda.

El escudero habíase quedado absorto.

—Si yo sigo á ese hombre, va á molerme las costillas á palos. Y si no le sigo, mi amo hará lo propio. ¡De todas maneras siempre se rompe la soga por lo más débil!

Y el pobre diablo no sabía qué partido tomar.

Entretanto don Diego había asido de nuevo el brazo de su mujer, doblando con ella la esquina.

—Ya no vamos á esa casa,—decía Sandoval;—ese miserable es capaz de entrar en ella por el tejado. Nos mudaremos á un piso principal y clavaré las puertas de los balcones.

—¡Pero, Diego!...

—No me supliques; ya sabes que no cedo á necias exigencias de mujeres.

Sandoval lo hizo como acababa de decir.

Aquella misma tarde quedó instalado en una nueva casa.

Lo único que pudo conseguir Carlota á fuerza de ruegos fué que los balcones no se inutilizasen.

Este era el único recurso que le quedaba á la oprimida esposa para contemplar la diafanidad del cielo y respirar el aire libre durante las cortas ausencias de su marido.

Trascurrió una semana.

Grattis empezaba á olvidarse de Carlota; pero la casualidad hizo que Jacobo volviese á ser la pesadilla de don Diego.

Carlota tenía una amiga, única persona que inspiraba alguna confianza á Sandoval.

Verdad es que doña Rita pasaba de los cincuenta años, tenía una conducta excelente, y su único placer era asistir á las funciones religiosas.

Una noche que don Diego había tenido necesidad de salir de su casa á ocupaciones perentorias, presentóse doña Rita envuelta en su negro manto y con el rosario liado en la diestra.

—¿Adónde vais?—la preguntó Carlota.

—Hija mía, voy á San Plácido, donde dirá un sermón el padre Basilio. Ya sabéis que es el orador religioso mejor que tenemos.

—No he tenido la suerte de oirle jamás.

—Es una eminencia. Cuando está en el púlpito hace verter lágrimas á los corazones más corrompidos. Parece que se escucha en sus labios la palabra de Dios. ¿Por qué no me acompañáis?

Carlota lanzó un prolongado suspiro.

De buena gana hubiese querido juzgar por sí misma de las dotes oratorias del padre Basilio; pero ¿cómo hacerlo sin exponerse á las reprensiones de su esposo?

Doña Rita comprendió en el acto lo que la joven pensaba.

—Vaya,—dijo,—¿acaso va á incomodarse don Diego porque vengáis conmigo á la iglesia?

—Ya conocéis su carácter.

—Vamos juntas, nos cubrimos bien el rostro para no despertar las tentaciones de los hombres, y antes que vuestro esposo haya vuelto ya habremos regresado.

Carlota vacilaba en seguir los consejos de su amiga.

Por una parte halagábale abandonar aquellas sombrías paredes que la servían de cárcel.

La noche estaba hermosísima.

La brisa apenas columpiaba los rojos claveles que adornaban las macetas de su balcón.

Pero ¿y si Sandoval volvía durante su ausencia?

Era capaz de levantarla la mano, cosa que hasta entonces no había hecho nunca.

Carlota no sabía qué partido tomar.

—Después de todo, ¿qué tiene de extraño que salga un momento? ¿No es ridícula la tiranía de mi esposo? Cuando doña Rita, que es la representación de la virtud, me aconseja que salga, no será tan grande el delito. Si se tratase de asistir á un baile ó á la representación de una farsa... pero todo lo contrario: es para ir al templo á oir al padre Basilio, á esa eminencia del púlpito.

Carlota se aproximó á su amiga.

—¿Qué os parece que haga?

—Creo que debéis venir. El sermón no durará más de una hora.

La joven no necesitó más estímulo; abandonó su asiento, y un instante después se puso el manto, recatándose mucho el rostro.

—Perfectamente,—dijo doña Rita;—así vais muy bien.

Cuando Carlota se aventuró por la escalera, temblaba como si fuese á cometer un crimen.

---

# CAPITULO XXX

DONDE PROSIGUE LA AVENTURA

Doña Rita y Carlota cruzaron con rápido paso algunas callejas.

El trayecto que las separaba del templo era corto.

A la puerta de la iglesia apiñábase la multitud, pugnando por entrar los unos antes que los otros.

La amiga de Carlota no había ponderado al encomiar la fama del padre Basilio.

Su talento y su erudición excitaban los deseos de oirle, no sólo á las elevadas clases, sino á los sencillos plebeyos.

Había, pues, á la puerta, mezclados en caprichosa anarquía, la aristocrática dama vestida de seda, el humilde menestral de remendado capotillo, el bizarro cortesano con su sombrero de gallardas y flotantes plumas y el modesto artífice.

Rita y Carlota se aventuraron por aquella confusión de clases.

El templo estaba profusamente alumbrado.

Oíanse las armoniosas notas del órgano, repercutidas por las frías naves de piedra, confundiéndose con los cantos y rezos de las monjas que ocupaban el coro.

Un monaguillo vestido de gala repartía entre las señoras ruedos para que se arrodillasen sin mancharse sus vestidos y oyeran el sermón más cómodamente, á cambio de una moneda de cobre que caía en el cepillo que llevaba en la diestra.

Doña Rita y Carlota sentáronse modestamente en uno de los bancos, asientos reservados al público sin recompensa de ninguna clase.

—Ya veréis,—dijo la primera á su joven amiga en voz baja,—ya veréis qué manera de hablar y de convencer.

Carlota se sonrió.

El silencio más profundo se advertía en el templo, únicamente interrumpido por las toses de los acatarrados ó el leve rumor que producía la seda de los vestidos de las damas al rozar en las anchas baldosas del pavimento.

Un momento después presentóse el padre Basilio.

Todas las miradas se clavaron en él.

Algunas viejas supersticiosas se aproximaron para besarle la diestra ó la sotana.

Carlota hubiese deseado hacer lo mismo; pero ¡qué hubiese dicho el celoso Sandoval si llegaba á saberlo!

Era capaz de estrangularla, traduciendo su fervoroso deseo de la manera más mundana.

El predicador subió al púlpito.

Extinguióse en el aire la última nota del órgano, y á través de la espesa celosía del coro se dibujaron las blancas siluetas de las monjas.

El padre Basilio habíase arrodillado, recitando como exordio de su discurso una oración, á la que respondían con acompasado murmullo todos los creyentes que poblaban las naves del templo.

Disponíase Carlota á escucharle, cuando advirtió rumores de pasos.

Movida por la curiosidad, volvió instintivamente la cabeza.

Un gallardo joven elegantemente vestido, con el ancho sombrero en la mano y la mirada errante entre los fieles, habíase adelantado hasta la grada del altar mayor.

Las mejillas de Carlota se cubrieron de un vivísimo carmín.

Acababa de reconocer al perturbador de la paz de su marido, al bizarro Jacobo Grattis.

Generalmente las mujeres son muy buenas fisonomistas.

No teniendo asuntos graves que preocupen su imaginación, y mucho menos la de Carlota, cuyas condiciones de vida conoce el lector, recuerdan con exactitud á las personas, aunque no las hayan visto más que un instante.

Grattis clavó sus negros ojos en Carlota é hizo un movimiento de sorpresa.

—Yo he visto ese rostro,—se dijo.

Y reflexionando, recordó que era la esposa de San-

doval, el hidalgo que le había cerrado la ventana de un modo tan grosero.

Jacobo examinó entonces con más calma las facciones de Carlota.

Si le había parecido bella la vez primera, la encontró entonces encantadora.

Verdad ès que la joven estaba muy ruborosa, que la luz melancólica del templo prestaba mayor realce á su hermosura, y que el velo del manto semiocultaba su rostro angelical.

Grattis celebró en lo más íntimo de su alma aquel feliz encuentro.

—¡Vive Dios que esta noche he de poner remedio á la torpeza de Guijarro! Es posible, por no decir seguro, que de la iglesia vaya á su casa. La seguiré, y si no tengo medios de hablarla, la enviaré una epístola amorosa. Todavía no he perdonado á su esposo lo groseramente que me trató.

Carlota quería escuchar la elocuente palabra del padre Basilio, pero no le era posible.

Una fuerza superior á su voluntad inducíala á mirar á hurtadillas al gallardo doncel.

Nada cautiva el corazón de las mujeres como la audacia de un hombre, siempre que ésta no se aparte de los límites de la cortesía, y Grattis la había demostrado poseer esta cualidad hasta el extremo.

De no ser así, ¿cómo era posible que se hubiese atrevido á llamar en su casa para pedir al celoso Sandoval una explicación de sus palabras?

Doña Rita estaba embelesada con el sermón.

De vez en cuando tocaba con el codo á su amiga, y guiñándola un ojo la preguntaba:

—¿Qué te parece? ¿No es verdad que habla lo mismo que un ángel?

Carlota respondía con un movimiento afirmativo.

La verdad es que la pregunta y la respuesta eran muy convencionales, pues ni una ni otra habían oído jamás hablar á esos niños alados que se llaman serafines, querubes, etc., etc.

Cuando terminó el sermón, todo el auditorio estaba conmovido.

Los ancianos se enjugaban los ojos, humedecidos por las lágrimas.

La entusiasta juventud hubiese batido las palmas, á no ser porque esto hubiese sido una irreverencia.

El padre Basilio había hecho una brillante descripción del ángel malo pintándole como el trasunto de la fealdad.

Habló también de las calderas de Pero Botero, de las almas que padecían en el purgatorio, recomendando como preservativos de estos males los ayunos, abstinencias de carne y otras medidas tan saludables al cuerpo como al alma, según su elevado criterio.

Cuando Carlota se puso de pie, Jacobo se aproximó.

Antes que llevase la joven su mano á la pila del agua bendita, Grattis habíase adelantado y se la ofreció.

La joven dudaba en aceptar.

Pero ¿qué hacer?

Hubiera sido una falta de cortesía, y Carlota no ignoraba hasta qué punto herían estas cosas la susceptibilidad del italiano.

Al sentir el contacto de su mano estremecióse.

Había en aquel hombre algo que la electrizaba sin poderse dar una explicación de ello.

Grattis tuvo igual atención con doña Rita.

Esta, al tomar el agua de su diestra, dirigióle una placentera sonrisa.

—¡Es muy bizarro!—dijo á su hermosa compañera en voz baja.

—¿Quién?—preguntó distraídamente la joven.

—Ese hidalgo. ¿No has reparado siquiera en él?

—No.

—Parece imposible, hija mía; tu virtud casi raya en estupidez.

Las dos amigas salieron del templo.

A la puerta había multitud de carrozas que esperaban á sus respectivos dueños.

Fué, por lo tanto, preciso esperar.

Jacobo aprovechó esta circunstancia para aproximarse á Carlota.

—¡Qué hermosa sois!—la dijo en voz baja.

La joven volvió la cabeza, haciendo á su amiga una pregunta insustancial para disimular su turbación, afectando que no había oído las palabras de Grattis.

Este aproximóse más y la dijo:

—Hoy ha sido el primer día de la novena que hacen... perdonad mi poco conocimiento sobre este asun-

Lit. J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 6, Madrid.

=Gracias caballero

to, pero ignoro á qué santo la dedican; supongo que mañana vendréis.

La pregunta había sido hecha con tanta franqueza, que Carlota ya no pudo evadirse de dirigir á Grattis una severa mirada.

Este se sonrió.

—Aquí os aguardaré, en la inteligencia que, si no venís, soy muy capaz de ir á vuestra casa, aunque se opongan á ello los ridículos celos de vuestro marido.

Doña Rita, que había estado distraída viendo las magníficas galas que llevaba la duquesa de Santarem, que había subido á su carruaje, volvió la cabeza.

Entonces Grattis se separó un poco.

—¿Habéis visto qué hermosa mujer es la de Deza? —preguntó á Carlota.

—Con efecto,—respondió la joven á su amiga.

—Ahora parece que ya se ha despejado esto un poco de gente; vamos, pues.

Carlota cubrióse más el rostro y siguió á doña Rita.

Detrás de ella advertía el rumor de los pasos del italiano.

—¡Es singular!—dijo la amiga de Carlota;—el mismo joven que tan deferente ha estado con nosotras viene detras. ¿Se habrá prendado de alguna de las dos?

Carlota se sonrió.

La verdad es que la pregunta no dejaba de tener gracia en una mujer de cincuenta años, tratándose de Jacobo Grattis.

Este no apartaba sus ojos de la joven.

Carlota apresuró el paso.

—No corráis tanto,—la dijo Rita.

—Temo que mi marido haya vuelto.

—No temáis; en último caso, yo asumo la responsabilidad.

—¿Subiréis á acompañarme?

—Desde luégo.

Pocos momentos después Grattis vió entrar á las dos amigas en la nueva casa que Carlota ocupaba.

Afortunadamente cuando ésta subió, pudo ver que don Diego no había regresado todavía.

---

# CAPITULO XXXI

DONDE SUEÑA UNA MUJER CON EL HOMBRE DE QUIEN SE PROPONE HUIR

Aquella noche Carlota estaba inquieta, sin que pudiese darse una explicación exacta de lo que sentía.

—¡Dios mío!—exclamaba;—si mi esposo supiese que hoy he abandonado la casa, aunque no haya sido para nada que merezca censura, sería muy capaz de armar una reyerta. Afortunadamente creo que nadie me ha visto. ¡Es tan reducido el número de mis conocimientos!

Carlota habíase quitado el manto, lo dobló cuidadosamente, encerrándolo en seguida en un arca.

Si el celoso Sandoval lo hubiese visto sobre una silla, era más que probable que dedujese que su esposa había salido.

Doña Rita habíase sentado junto al balcón. Parecía hallarse preocupada, pero Carlota no lo advirtió siquiera.

—Supongo que no os marcharéis hasta que venga Diego.

—De ningún modo.

—No sabéis lo mucho que os agradezco vuestras bondades

—¿Acaso no es grato complacer á una amiga como vos? Decidme, ¿qué quehaceres son los que distraen á vuestro esposo?

—Si queréis que os diga la verdad, no lo sé de una manera concreta. Ya sabéis que él se dedica á empresas mercantiles con su socio Villarroel.

—Con efecto.

—Como estamos á primeros de mes, estarán ocupados en sus cuentas.

—¡Ah! ¿Según eso, es muy probable que no terminen hoy sus tareas?

—Lo ignoro, aunque él es una notabilidad en cuestión de números. Todo se lo encuentra hecho en un momento.

—No creáis que mi pregunta obedece á una mera curiosidad. Lo digo por si mañana tuviese que salir de casa por la noche...

—¿Qué?...

—Nos iríamos á la novena, como hoy. Yo no me canso de oir al padre Basilio. ¿No es verdad que es notable?

—Mucho; pero mañana no quiero salir.

—¿Por qué?

Carlota dudó en responder á esta pregunta.

—¿Teméis que vuestro marido lo sepa?

—La verdad, sí.

—No temáis: vuestro esposo ha depositado en mí su confianza, y, sabiendo que paso las noches á vuestro lado, está perfectamente tranquilo. Después de todo, su elección ha sido acertada, pues yo no quiero más que vuestro bien, y sería incapaz de aconsejaros nada que no os conviniese. ¿Qué tiene de particular que hayamos ido á San Plácido?

—Nada.

—Por el contrario, hemos ganado indulgencias; ya oisteis lo que dijo el predicador.

En aquel instante llamaron á la puerta.

—Rita, silencio... Debe ser mi marido.

Los rostros de las dos mujeres adquirieron una súbita gravedad.

Un momento después Sandoval entraba en la estancia.

—¡Huf, qué calor! ¡Esto es insoportable! Hola, Rita; ¿cómo vamos de salud?

—Perfectamente; ¿y vos?

—Yo no puedo resistir la temperatura; la verdad es que el calor es insoportable.

—Si eso decís vos que acabáis de llegar de la calle, ¿qué diremos nosotras que hemos permanecido aquí toda la noche?

—Dichosos los que pueden decir eso.

—¿Dichosos?

—Es claro; aun en las habitaciones hay alguna frescura, pero en la calle... en la calle no se puede respirar. ¡Qué aglomeración de gente! ¡Cuánto vago! ¡Parece

que todos son ricos y no necesitan más que dedicarse á la holganza. Y lo que siento es que durante unas cuantas noches me veo en la precisión de salir. Ese diablo de amanuense ha trastornado los asientos del libro. Parece que siempre está pensando en las musarañas.

—¿De modo que mañana?...

—Mañana vuelta sobre el yunque Os digo que esto es horrible.

—En ese caso vendré por aquí para que Carlota no se aburra de permanecer sola.

—Mucho os lo agradeceré,—dijo Sandoval;—ya os consta que la única amistad que deseo que cultive es la vuestra.

—En lo que me honro mucho.

—No os hago más que justicia. ¡Las demás mujeres me parecen tan insustanciales!... ¿A qué conducen la mayoría de las amigas? A despertar en el ánimo de las mujeres honradas el deseo del lujo, origen de muchísimos males. ¡Ah! ¡yo os puedo asegurar que si todas se contentasen con un modesto trajecito negro como el de mi mujer, no habría caído la ruina sobre muchas casas! Todas quieren ir ataviadas como princesas ó reinas, y esto no es posible. Ahora, al pasar por delante de la puerta del corral de Juan Rana, me he quedado haciendo cruces al ver salir al público. ¡Cuánto traje de seda! ¡cuántos diamantes! ¡Qué escándalo, señora! ¿No valía más que invirtiesen su dinero en cosas de más provecho?

—Seguramente.

—Si yo tuviese las atribuciones que el rey don Fe-

lipe, había de publicar una pragmática prohibiendo esos excesos, como hicieron en tiempos mejores los Reyes Católicos y más tarde Felipe II. Imaginan las mujeres que ese lujo es un atractivo para los hombres; pero se engañan. Yo, por lo menos, he sido siempre muy amante de la sencillez.

En aquel instante oyéronse las graves campanadas de un reloj vecino.

Sandoval fué contándolas.

—¡Digo! ¡Las diez! ¡Vaya unas horas!

Doña Rita, conociendo lo sistemático que era don Diego, se dispuso á retirarse para que se recogieran.

—¿Os vais?—la preguntó Sandoval por pura fórmula.

—Sí, ya es muy tarde.

—Adiós, pues, doña Rita; espero que mañana me cumpliréis vuestra promesa viniendo á acompañar á Carlota durante mi ausencia.

—No faltaré.

Doña Rita dió dos cariñosos besos en la mejillas de su amiga, dirigiéndole una afable sonrisa que podía traducirse por estas palabras:

—¿Has visto cómo tu marido no ha sospechado nada?

Luégo alargó su mano á don Diego.

—Hasta mañana, Sandoval.

—Hasta mañana, señora.

—Voy á acompañaros hasta la puerta y á prevenir á la doncella que salga á alumbraros.

Carlota y Rita salieron de la estancia.

Don Diego habíase recostado en un sillón y se quedó maldiciendo al amanuense de Villarroel, que le había involucrado todas las cuentas.

—Ya lo habéis oído,—dijo Rita,—mañana también os quedáis sola; podremos, por lo tanto, ir á oir el sermón.

—Francamente, no me determino á ir á la iglesia, amiga mía.

—Mañana habréis cambiado de idea.

—Puede ser.

—Hasta mañana, pues, amiga mía.

Carlota volvió al lado de su esposo.

—¿Qué habéis hecho?—le preguntó éste.

—Ya puedes figurártelo.

—¿De seguro que vuestra conversación ha dado por resultado alguna obra futura? Como si lo viese. Alguno de esos primores que doña Rita sabe hacer como ninguna. ¿No es verdad?

—Sí,—respondió Carlota lacónicamente, porque le costaba mucho trabajo mentir.

—Bueno, perfectamente; ya sabes que los materiales que necesites puedes comprarlos; yo no soy tan ridículo que me oponga á lo que es justo.

Don Diego se puso en pie, ahogando un bostezo.

—Traigo la cabeza como una olla de grillos; vamos á acostarnos.

Carlota se levantó, y dirigiéndose hacia la mesa, tomó la lámpara.

Ambos cruzaron un largo corredor, entrando en la estancia donde se hallaba el tálamo nupcial.

Don Diego acostóse, y un momento después dormía como un bienaventurado.

En cuanto á Carlota, no podía conciliar el sueño.

Hallábase presa de la mayor inquietud.

En su memoria estaba fijo el recuerdo de Jacobo Grattis.

—Mañana vendrá Rita,—pensaba,—y de seguro pretenderá que volvamos á San Plácido. Yo no debo ir, sin embargo. Basta que ese joven me haya dado una cita para que no asista á ella de modo alguno. ¿Y si me cumple su promesa? El me dijo que, si no me veía en el templo, vendría aquí, y es muy capaz de hacerlo. ¿Acaso no me ha demostrado su audacia pidiendo cuentas á mi esposo por unas palabras que pronunció hallándose en su casa? ¡Ah! ¡esto sería horrible! Aun suponiendo que Diego no estuviese aquí, ¿qué diría doña Rita? Tal vez alimentase la sospecha de que yo consentía su atrevimiento, habiendo dado pábulo á su pasión con mis miradas y mis sonrisas. Ignoro qué partido tomar. Si mi esposo no tuviese un carácter tan extraño, le prevendría lo que sucede; pero es imposible; ¡buen disgusto tendríamos todos!

Carlota no pudo conciliar el sueño hasta la madrugada.

Entonces soñó con Jacobo Grattis.

---

# CAPITULO XXXII

---

DONDE SIN PENSARLO ACUDE UNA DAMA Á UNA CITA

Jacobo Grattis al siguiente día adquirió algunas noticias importantes respecto á Carlota.

Hay una llave que facilita los medios para abrir todas las puertas y sorprender todos los secretos.

Grattis poseía ese precioso talismán que se llama oro.

Aguardó á Marieta, la linda doncella de Carlota, díjola algunas palabras que halagaban el amor propio de la joven sirvienta, y esto fué bastante para entablar un diálogo.

—¿A quién sirves, muchacha?

—Hace seis meses que estoy en la casa de don Diego Sandoval.

—¿En qué se ocupa ese señor?

—Es consocio del comercio de don Joaquín Villarroel.

—Le conozco mucho. Dime, don Diego ¿es casado?

—Sí, señor, con una mujer hermosísima.

—¿No tienen hijos?

—Dios no les ha concedido hasta la presente frutos de bendición.

—¿Don Diego será muy celoso?

—¿En qué lo habéis comprendido?

—En que todo hombre de fisonomía vulgar que se une á una beldad como tu señora tiene hasta cierto punto el legítimo derecho de serlo.

—Pues habéis acertado. Don Diego es más celoso que un turco, y martiriza á su pobre mujer con sus extravagantes precauciones. No quiere que se engalane como lo hacen todas las demás señoras. Tampoco la deja salir de casa, ni asomarse siquiera al balcón.

—¿Y ella se aviene gustosa á esa tiranía?

—¡Qué va á hacer la pobre! Muchas veces la he visto llorar.

—¿De modo que tu señora no tiene distracción de ningún género.

—Ninguna.

—¿Y amigas?

—No entra en la casa más que doña Rita, mujer de unos cincuenta años, aunque ella asegura tener unos treinta.

—¿Luégo doña Rita tiene sus pretensiones?

—¡Ya lo creo! Es la única persona que ha sabido granjearse la estimación de don Diego. En ella tiene la confianza más absoluta, y, sin embargo, yo no creo que sea la amiga más conveniente para la señora.



—¿Por qué?

—¡Qué curioso sois! Estáis haciéndome más preguntas que hay en el catecismo.

—Pero recompensaré tu franqueza.

—¿Tenéis alguna mira respecto á la señora?

—Nada de eso.

—Entonces...

—Te lo pregunto por pura curiosidad, como has supuesto muy bien hace un instante.

—Pues doña Rita es muy gazmoña; parece que se asusta al oir hablar de los hombres; pero cuando los mira á hurtadillas por la calle, parece que le retoza la sangre en el cuerpo.

—¡Hola, hola! ¿Conque tan alegre es la beata?

—Mucho.

Grattis había adquirido cuantas noticias podía desear; sacó, pues, de su escarcela una moneda de oro y se la entregó á Marieta.

La joven se negaba á aceptarla; pero ¿quién resiste á la tentación?

Esto hubiese sido imposible.

Jacobo volvió á su casa.

Inmediatamente hizo sonar la campanilla que había en la estancia.

Guijarro se presentó en el dintel de la puerta.

—¿Qué queréis? – preguntó á su amo.

—Esta noche te necesito.

—¡Ya pareció aquello! Señor, si no fuese indiscreta la pregunta...

—¿Qué quieres saber?

—Si se trata de seguir á alguna pareja como el otro día. Todavía me duele el espinazo del golpe que me asestó aquel caballero; y como el gato escaldado del agua fría huye...

—No temas. Hoy no se trata de seguir á ningún marido celoso.

—Perfectamente.

—Sino á dos damas.

—¿Dos damas? Vamos, eso es más tolerable.

—Para esta aventura te pondrás uno de mis mejores trajes. Es preciso que te crean un hidalgo.

—¡Yo un hidalgo! Vamos, señor, ¿no recordáis el proverbio que dice que el hábito no hace al monje? Esto es, que...

—Basta; siempre has de estar con tus malditos refranes.

—Perfectamente; ya callo, puesto que en boca cerrada no entran moscas. ¿Conque decís que tengo que pasar por un hidalgo?

—Y muy amigo mío.

—¿Qué más?

—También tienes que hacer el amor á una de las damas.

—¿Yo?

—Sí, hombre, sí; ¿qué te sorprende? ¿Acaso eres tan estúpido que no has de saber qué decirle?

—Eso no; ya veréis qué lenguaje tan florido. Como os he acompañado á todas partes y os he visto al lado de tantas damas, algo he de recordar. ¿Es hermosa la que me dedicáis?

—Tanto como puede apetecer un hombre tan mofletudo y tan feo como tú.

—Sin embargo, ahí tenéis á Rosina, vuestra doncella, que está perdida por mi bizarría.

—Bueno; lo esencial es que tú te dediques á la dama que te designo, mientras yo...

—Trabajáis por vuestra cuenta con su amiga, ¿no es eso?

—Precisamente.

—Está comprendido el plan.

Guijarro salió de la estancia por indicación de Grattis, que deseaba quedarse solo.

---

Cuando llegó la noche, doña Rita se dirigió á la casa de Carlota.

Don Diego Sandoval disponíase á ir á sus obligaciones en casa del comerciante.

Pocos momentos después de llegar doña Rita, Sandoval salió de la casa.

—¿Qué habéis pensado respecto á lo que hablamos ayer?—preguntó ésta á su joven amiga.

—No sé qué deciros; temo que Diego regrese, en cuyo caso tendríamos un grave disgusto.

—No regresará. ¿Cómo es posible que abandone sus trabajos?

Carlota necesitaba poco estímulo para acceder.

La casa se le venía encima, como vulgarmente se dice.

Para ella aspirar un rato el aire libre y dirigirse á San Plácido era el límite de la ventura.

Púsose el manto, y sonriéndose, dijo:

—Nos arriesgaremos.

—Es claro, después de todo, no vamos á cometer ningún crimen.

Carlota salió de la casa seguida de Rita.

Las palpitaciones de su corazón eran menos aceleradas que las de la noche anterior.

Empezaba á acostumbrarse á engañar á su esposo.

Al entrar en San Plácido, ambas amigas observaron que Grattis esperaba junto á la puerta.

Este iba acompañado de Guijarro, que vestía uno de los mejores trajes de su señor.

El escudero estaba más orgulloso que un pavo real.

—Hé ahí á la mujer que te destino,—le dijo Jacobo.

Guijarro hizo una extravagante mueca al ver el rostro de Rita.

—¿Acaso no te agrada, zopenco?

—No me agrada mucho que digamos; pero, en fin, ahora podré convencerme de si es verdad el adagio que asegura que la gallina vieja hace mejor caldo.

Grattis habíase adelantado hacia la pila del agua bendita, ofreciéndoles que la recibiesen de su mano como la noche anterior.

Doña Rita y Carlota aceptaron, dándoles las gracias con una leve inclinación de cabeza.

Las dos amigas tomaron asiento cerca del púlpito.

Todavía no era muy grande la afluencia de gente, y

Grattis pudo colocarse junto á Carlota, haciendo una seña á su escudero para que hiciese lo propio al lado de doña Rita.

Esta se aproximó un poco á su amiga para dejarle sitio.

Guijarro dirigió una furtiva mirada á la viuda, y dió un fuerte resoplido.

—¡Qué calor!—dijo después.

—Con efecto,—respondió doña Rita, que era muy amiga de entablar conversación con todos;—hace un calor insufrible.

El pobre Guijarro sudaba copiosamente.

Verdad es que había tenido necesidad de hacer grandes esfuerzos para abrocharse la ropa de su amo, que era mucho más esbelto.

—¿Sabéis á qué hora empieza el sermón?—preguntó Rita, que no quería de manera alguna que el diálogo languideciese.

—Lo ignoro; pero si queréis, puedo informarme.

—No; entonces os expondríais á perder el asiento.

—¿No venís con frecuencia á esta iglesia?

—Anoche estuve, y probablemente asistiré todos los días mientras dure la novena. Vuestro amigo estuvo ayer.

—Sí,—respondió Guijarro, dándose importancia;—mi amigo,—y recalcó la frase,—se encuentra en todas partes.

—Parece un caballero muy distinguido.

—Y lo es en efecto.

—¿Cómo se llama?

—Jacobo Grattis; yo le trato con mucha familiaridad.

—¿Grattis? Parece apellido extranjero.

—Con efecto, ha nacido en Italia.

El diálogo fué interrumpido por la presencia del predicador.

---

# CAPITULO XXXIII

## CAMINO DE PERDICIÓN

La palabra elocuente del padre Basilio abstrajo por un momento á doña Rita.

Sin embargo, no prestaba tanta atención como la noche pasada, dirigiendo de vez en cuando algunas furtivas miradas al escudero.

Este se aburría soberanamente con el cúmulo de citas que el predicador hacía, ya en serios y largos períodos latinos, ya recordando episodios bíblicos.

Guijarro concluyó por dormirse profundamente.

Entretanto Jacobo Grattis no perdonaba ocasiones de dirigir á Carlota algunas preguntas.

—Ante todo,—la decía,—debo daros las gracias.

—¿Por qué, caballero?

—Por haber venido esta noche.

—Debo advertiros que he venido en contra de mi voluntad.

—¿Es posible?

—Sí, señor; muy en contra de mis deseos; pero mi amiga se empeñó...

—¿Y quién resiste á las exigencias de una amiga?

—Además...

—Proseguid.

—¿A qué negarlo? He tenido miedo.

—¿Miedo vos? ¿De qué?

—Como anoche me dijisteis que si no venía á oir el sermón os presentaríais en mi casa...

—¡Ah! ¿Temisteis que cumpliese mi promesa?

—Con efecto, lo he temido.

—Veo con satisfacción que habéis formado un juicio bastante exacto de mi carácter. Si no hubieseis venido, á estas horas habría ido en vuestra busca.

—Os hubieran negado la entrada.

—¿Quién?

—Mi esposo.

—Para evitar esos groseros recibimientos de un esposo, llevo siempre al cinto una magnífica hoja de Toledo.

—¿Y si yo os hubiese rogado?

—Eso cambiaba de aspecto. Vuestras súplicas hubiesen tenido á mis ojos mucho más poder que las reprensiones de un marido celoso.

En aquel instante Grattis observó que su escudero dormía profundamente, y, aproximándose á él con achaque de darle un amistoso golpecito, cogióle en el brazo un pellizco.

Guijarro se despertó sobresaltado.

—Vamos, conde de Bark; bien se advierte que el Borgoña os ha producido efecto.

El escudero, al oirse denominar con aquel aristocrático nombre, estuvo á punto de soltar una carcajada.

Doña Rita le miró con más apasionamento.

—¡El conde de Bark!—se dijo;—¿quién había de suponerlo? La verdad es que desde que le vi pude advertir en sus maneras ciertos rasgos de distinción. ¡Ay, Dios mío, si yo lograse ser condesa!

El bueno del escudero habíase despejado por completo.

El sermón terminó.

Carlota se puso en pie.

—¿Os marcháis?—preguntóla Grattis con ese acento melodioso y simpático que él empleaba al dirigirse á una mujer hermosa.

—Naturalmente; ¿no veis que todas se van?

—Es cierto. ¡Me ha parecido tan breve la noche! ¿Y á vos?

—A mí, ¡qué sé yo! Cuando estoy en el templo tampoco me parecen largas las horas.

—Si me permitieseis que os acompañase hasta vuestra casa.

—Caballero, ¿estáis loco? ¿Acaso no sabéis que soy casada?

—Lo sé, pero ..

—Os suplico que no me comprometáis.

—Basta, señora; vuestros deseos son órdenes para mí. Aunque lo sienta mucho, he comprendido que mi

conversación os molesta, y que os soy altamente antipático; por lo tanto, no volveré á este sitio.

Carlota sintió disgusto al oir la contestación de Grattis; de buena gana le hubiese dicho que no existía semejante aversión, pero se contuvo.

Las mujeres son esclavas de las formas sociales: siempre tienen que reprimir sus sentimientos.

La aglomeración de gente que salía había cesado.

Carlota se adelantó hacia la puerta seguida de doña Rita; pero apenas salió á la calle, sus mejillas palidecieron de un modo extraordinario y retrocedió.

Grattis aproximóse á la joven.

—¿Qué os sucede?

—¡Ay! caballero, estoy perdida.

Rita acudió hacia su amiga.

—¿Qué os sucede?—la preguntó.

Carlota, por toda respuesta, señaló con la mano á dos transeuntes.

Uno de ellos era el celoso don Diego de Sandoval.

Doña Rita también se quedó como petrificada.

—¡Vuestro marido!

Con efecto, Sandoval había tenido necesidad de acompañar al comerciante Villarroel, y pasó por delante de la iglesia sin sospechar que su hermosa mujer estuviese en el templo.

Sin embargo, esto había sido bastante para alterar el sistema nervioso de Carlota.

Se figuró que don Diego la había visto, y no quería salir de la iglesia.

—No os inquietéis, señora,—decíala Grattis.

—¡Ah, caballero, no sabéis hasta qué punto es irascible el carácter de mi esposo! ¡De seguro que me matará! ¡Yo no vuelvo á mi casa!

—No seáis niña,—dijo doña Rita, que ya se había tranquilizado;—creo que no os ha visto. Si no me equivoco, quien le acompañaba era Villarroel. Habrán tenido que salir, y luégo volverán á su casa.

—Fácil es de saberse esto,—dijo Jacobo;—conde de Back, ¿queréis seguir á esos dos hidalgos?

Guijarro hizo un gesto.

Había conocido á don Diego, y renováronsele los dolores del garrotazo; pero ¿cómo negarse á las peticiones de su señor?

Esto era exponerse á mayores peligros.

El escudero se aventuró por la calleja, doblando la esquina.

Un cuarto de hora después volvió á presentarse.

—Esos caballeros se han quedado en la calle de la Montera.

—Precisamente lo que yo había supuesto,—dijo doña Rita;—en casa de Villarroel.

Carlota estaba inmóvil como una estatua.

Apenas podía sostenerse.

—Señora,—la dijo Grattis,—¿queréis hacerme el honor de subir á mi carruaje? Él os conducirá á vuestra casa.

—Mil gracias,—respondió la joven.

—¿Y por qué no hemos de aceptar?—preguntó doña Rita;—estáis indispuesta, y no puedo permitir que vayáis á pie.

—Con efecto, es una locura; lo procedente era que entraseis en una botillería; allí os darían un refresco y...

—De ningún modo, caballero.

—Como queráis.

—¡Qué necia sois! —añadió Rita; —¿acaso no vamos acompañándonos mutuamente? Aceptad; estos hidalgos parecen incapaces de faltarnos en lo más mínimo.

—No quiero, Rita, no quiero.

—Pero ¿por qué?

—Puede verme mi esposo.

—¿Vuestro esposo? ¿No habéis oído que está en la casa del comerciante? ¿Qué podemos tardar en tomar un refresco ó cualquiera otra cosa?

—Pero ¿y si nos viesen?

—¿Quién puede vernos? Precisamente no os conoce nadie, y en cuanto á mí, mi viudez me autoriza para ciertas cosas que, después de todo, no tienen nada de particular.

—Vamos, —dijo Grattis.

Y ofreció su brazo á Carlota, que apenas podía sostenerse.

La joven lo aceptó maquinalmente.

Junto al pórtico de la iglesia esperaba el carruaje de Grattis.

Guijarro abrió la portezuela.

—Subid, —dijo á la joven el italiano.

Carlota obedeció.

Estaba trémula como la hoja que se siente agitado por el viento otoñal.

A su lado sentóse resueltamente doña Rita.

Grattis y Guijarro ocuparon los dos asientos situados al lado opuesto del vehículo.

—¿Adónde?—preguntó lacónicamente el conductor.

—A la hostería de Rancés,—respondióle el italiano en voz baja.

Los caballos partieron al trote al sentir el chasquido del látigo.

Carlota iba recostada sobre los almohadones de terciopelo.

Una lágrima brillaba en sus radiantes ojos negros.

—¡Qué niña sois!—decíala doña Rita;—¡bien se conoce que os habéis criado como flor en estufa! ¿Acaso ha de sucedernos alguna desgracia?

—Pero ¿supongo que iremos en seguida á casa?

—Y, aunque no fuese así, ¿qué importa? Son las ocho: hace un momento que las he oído sonar en el reloj de San Plácido; vuestro esposo no vuelve antes de las diez.

—Mucho aseguráis.

—No; Villarroel es pesado como todos los viejos; como le tome por su cuenta, de seguro que no ha de dejarle libre hasta las doce.

El carruaje se detuvo delante de una pequeña puerta.

Carlota se obstinaba en no bajar del coche.

—¿No comprendéis que nos verán los que se hallen en el establecimiento?

—Para evitarlo,—dijo Grattis,—he advertido al conductor que se detuviese aquí. Esa puerta conduce á un gabinete que será exclusivamente para nosotros.

Doña Rita habíase apeado y entró en la hostería con Guijarro.

Carlota no sabía qué partido tomar.

Por último, dejóse conducir por Jacobo Grattis al interior del establecimiento.

---

## CAPITULO XXXIV

---

DONDE UN AMANTE GANA EL TERRENO QUE PIERDE UN MARIDO

El lugar elegido por el italiano no podía ser más agradable ni más seguro para que no los importunasen las miradas del público que acudía al establecimiento de Rancés.

Era un pequeño gabinete, cuya puerta conducía á un patio, cuyas blancas baldosas estaban cubiertas por macetas cuajadas de flores.

En el centro había una pajarera, cuyas pequeñas aves dormían en elevados y verdes arbustos.

Las paredes hallábanse defendidas por verdes cañas cruzadas en forma oblicua, por las que trepaba una enredadera ostentando sus campanillas blancas y azules.

El gabinete estaba amueblado con mucha decencia.

Carlota dejóse caer en un diván.

En cuanto á doña Rita y Guijarro, habíanse sentado en otro, y sostenían un animadísimo diálogo.

El supuesto conde de Bark había causado una profunda impresión en el alma de la viuda.

Jacobo Grattis hizo sonar las palmas.

Inmediatamente se presentó un criado.

Grattis le indicó que trajese algún refresco.

—Muy parco ha estado Grattis,—dijo Guijarro á doña Rita.

—No os comprendo,—respondió la viuda.

—Sólo ha pedido unos refrescos, y la verdad es que hubiese estado más oportuno diciendo que sirviesen una soberbia cena.

—¿Tenéis apetito? Yo por mi parte no deseo más que un refresco.

—Yo no tengo calor.

Pocos momentos después el criado entró de nuevo, trayendo lo que Jácobo le había pedido.

El joven ofreció uno de los vasos á Carlota.

—Mil gracias, caballero; no tengo sed.

—¿Vais á despreciarme?

—No; pero lo único que deseo es volver á mi casa. Ya me siento completamente restablecida.

—Sin embargo, conviene que descanséis un momento.

Carlota tomó el vaso que Grattis seguía ofreciéndola.

Se lo llevó á sus labios de carmín y bebió un poco.

—Eso os tranquilizará.

—No lo creáis; yo no puedo estar tranquila: temo que mi esposo haya vuelto á casa, y si no me encuentra...

—Tendríais seguramente un disgusto con él, ¿no es cierto?

—Lo que supongo que no ha de extrañaros: ¿qué marido celoso de su honra no procedería de igual madera?

—Con efecto; y, sin embargo, ya habéis visto que en nada hemos tratado ni mi amigo ni yo de menospreciarle.

—¡Ah, caballero, es que tampoco lo hubiera yo consentido!

—Desgraciadamente comprendo que le amáis mucho.

—¿Desgraciadamente? Yo creo, por el contrario, que es una felicidad. ¿Qué ventura mayor puede encontrarse que la que existe en dos seres que han santificado sus amores con el lazo matrimonial?

—Con efecto, ese sería el límite de la felicidad, suponiendo que pudiese existir la ventura que habéis descrito.

—¿Tan escéptico sois que dudáis de la paz del matrimonio?

—De la paz, no. Creo, por el contrario, que en los corazones de los cónyuges existe esa paz, esa imperturbable calma de los sepulcros. Vos misma, que estáis elogiando la tranquilidad de espíritu que proporciona ese estado, no os consideráis dichosa.

—¿En qué os fundáis para decirlo?

—En mil detalles que no pueden pasar desapercibidos ante mis ojos. Don Diego os martiriza con sus celos, no os deja salir de vuestra casa, no permite tampoco que os engalanéis como lo hacen todas las damas

de la corte... Esto, aunque no lo confeséis, os mortifica. ¿No es cierto?

—Pues bien, Grattis, es la verdad; pero esos pequeños defectos se oscurecen comparándolos con sus buenas cualidades.

—¿Y cuáles son esas?

—Muchas, caballero. El es un hombre que vive supeditado al trabajo, que jamás ha cometido un desliz.

—Mucho aventuráis al asegurar esto último.

—No lo creáis.

—Como permanecéis siempre entre las paredes de vuestra casa, no podéis saber si don Diego ha tenido algún devaneo Tengo la certeza que, si observaseis un poco, os convenceríais de lo contrario.

—¡Ah! ¿Luego vos sabéis algo?

—No, —respondióla Jacobo, —pero conozco el mundo, y sé que cuando un marido tiene una desconfianza tan grande, es porque juzga á los demás por sí propio. Esto es, que atribuye á su esposa que sea susceptible de obrar lo mismo que él. Yo creo que debierais vigilarle; de este modo veríais que la virtud de los hombres es muy discutible.

—Callad, caballero; ¡si vieseis cuánto daño me hacen vuestras palabras!... ¡Si supiese que eran ciertas!...

—¿Qué haríais?

—Cambiar en absoluto mi modo de vivir. Si hoy me someto á sus exigencias, si sufro las explosiones de sus injustos celos, es porque le creo el hombre más virtuoso del mundo. Pero si supiera lo contrario, no podría avenirme á permanecer en casa á todas horas.

—Es verdad; es muy triste hacer el papel de víctima. Yo no puedo hacer en vuestro obsequio más que una cosa: ¿queréis que espíe sus pasos?

—No; él os conoce, y eso daría origen á un grave disgusto.

—No lo creáis. No creo que don Diego sea tan buen fisonomista que me recuerde por haberme visto un solo momento. Yo le observaré, y, sea el que fuere el resultado de mi observación, mañana lo sabréis. ¿Vais á asistir á la iglesia?

—Iré,—respondió Carlota;—pero ahora os ruego que me permitáis volver á mi casa.

—Sí, señora; ya sabéis que mi carruaje os espera.

—De ningún modo, no puedo aceptarle. ¿No comprendéis que esto daría origen á serios disgustos?

—Como queráis.

Carlota se aproximó á su amiga.

—¿Vamos, Rita?

—¿Tan pronto?

—¡Dios mío! ¡Reflexionad que es muy tarde!

—Bueno, no os incomodéis por eso.

Y la viuda se puso en pie, dirigiendo á Guijarro una mirada de fuego.

Grattis y el escudero acompañaron á las damas hasta la puerta.

Cuando desaparecieron en la próxima calleja, el italiano, seguido del supuesto conde de Bark, volvió de nuevo al gabinete.

—¿Qué habéis hablado?—preguntó Grattis.

—¡Qué sé yo! ¡Esa mujer habla más que un barbero

antes de recibir la propina! Lo único que puedo deciros es que se ha prendado de mi persona.

Y Guijarro infló sus carrillos dándose mucha importancia.

—¿Supongo que, fiel á mis encargos, no habrás tratado de desvanecer sus ilusiones?

—Desde luégo. La he dicho muchas galanterías y me ha preguntado si mañana asistiré á San Plácido.

—¿Qué respondiste?

—Suponiendo que esto había de halagaros, la dije que no faltaría.

—Perfectamente, Guijarro; eres menos torpe de lo que yo suponía, y estoy dispuesto á recompensar con largueza tus buenos servicios.

—Por el pronto no deseo más que una cosa.

—¿Cuál?

—Cenar. Este refresco no me agrada mucho.

—Ya lo supuse; ¿pero todo un conde de Bark había de ponerse á comer uno de esos guisotes inmundos que á ti te satisfacen?

—Bien lo comprendí, y por eso me abstuve de pedirlo. En cambio, ahora que estamos solos...

—Puedes atracarte cuanto quieras.

—¿Y vos con la casada?

—Perfectamente. Hasta ahora se muestra muy hostil; pero ella cederá.

—Me alegraré, aunque no sea más que por vengarme del bárbaro de su esposo. No puedo olvidar el palo que recibí en las costillas.

—Lo creo; esas cosas no se olvidan tan pronto.

Grattis arrojó sobre la mesa una moneda de oro.

—Yo me voy.

—¿Queréis que os acompañe?

—No; quédate todo el tiempo que quieras.

—¿Vais á casa?

—No lo sé. Ya sabes que no me agrada decir adónde voy, pues siempre lo ignoro.

—Con efecto, podéis encontrar una nueva aventura, y en ese caso no sois hombre que la abandona tan fácilmente.

Grattis salió de la hostería.

Antes de retirarse á su casa quiso pasar por la calle donde vivía Carlota.

A través de los vidrios de su balcón advertíanse los pálidos reflejos de una luz que proyectaba en la cortina la silueta de la joven.

Ésta encontrábase sentada, apoyando su linda cabeza en la mano derecha.

Parecía hallarse muy ensimismada en sus pensamientos.

—Es indudable que don Diego no ha regresado todavía. ¡Pobre hombre! ¡qué ajeno estará de suponer los planes que fraguo en contra suya!

Y Grattis lanzó una franca carcajada.

---

# CAPITULO XXXV

DONDE UN AMANTE PIENSA APROVECHARSE DE LA AUSENCIA DE UN MARIDO

Apenas salieron de la hostería de Rancés, Carlota y la viuda se dirigieron con paso rápido hacia la casa de la primera.

—¡Ay, Dios mío, qué tarde debe ser! ¡De seguro que Diego ya estará en casa!

—No lo creáis; vuestra impaciencia os hace suponer un imposible. No son más que las nueve y media.

—Apresuremos, sin embargo, el paso.

—Ya veis que la tardanza no ha dependido de mí; os indispusisteis, y yo no podía consentir que volvieseis en ese estado.

—¿Tenéis la certeza de que Diego no me habrá visto?

—¡Ya lo creo! ¡Buen carácter tiene vuestro esposo para que no se hubiese acercado! Iba muy distraído. Además, ya oisteis lo que dijo el conde de Bark cuando volvió á nuestro lado después de seguirle. Y á pro-

pósito del conde, ¡si vieseis qué simpático es! No abusa de la conversación, pero parece muy circunspecto. ¿Y su amigo? ¿Qué me decís de Jacobo Grattis?

—Es un sér tan especial, que no he podido juzgarle. Unas veces paréceme un hombre satánico; otras, por el contrario...

—La verdad es que tiene un porte muy distinguido. Su compañero me ha dicho que era natural de Italia, que pertenecía á una ilustre familia, y que es dueño de una inmensa fortuna. Hé ahí tres cualidades capaces de conmover el corazón de una joven. En cuanto á Bark, también es agradable. Debe ser menos atolondrado que su amigo, ¿no os parece?

—Es muy posible.

—Mañana los veremos con seguridad.

—¿Dónde?

—En San Plácido. ¿Acaso no pensáis venir? Ya habéis oído lo que dijo el padre Basilio. ¡Cuántas indulgencias! Basta este estímulo para que hagáis un esfuerzo y asistáis á la iglesia.

—Iré.

—¡Ya lo creo! Ya sabéis que vendré á buscaros á la hora de costumbre.

—Perfectamente.

—Ahora no subo á vuestra casa; decidle á don Diego cuando venga que he permanecido en vuestra compañía mucho rato.

Doña Rita se despidió de Carlota.

Esta subió la escalera, y cuando entró en su estancia sentóse junto al balcón.

—¡Dios mío! ¿Será cierto lo que ese hidalgo supone? Los celos infundados de mi marido, ¿serán un pretexto para disfrazar sus faltas? ¡Esto sería horrible! Mañana sabré la verdad. ¡Si después de esclavizarme á sus caprichos me faltase!... Esto sería un golpe muy rudo.

Carlota permaneció pensativa hasta que oyó en el corredor los pasos de su esposo.

Este venía muy preocupado.

La intranquila conciencia de la joven la hizo suponer si habría sabido su nocturno paseo.

—¡Esto es horrible! —exclamó Sandoval arrojando el sombrero sobre un sillón.

Carlota no se atrevió á preguntarle la causa de su disgusto.

—¿Duermes?

—No.

—Entonces ¿cómo no me preguntas lo que me pasa?

—Temía que te incomodases.

—No parece sino que uno es una fiera. He estado toda la noche con Villarroel. ¡Qué hombre tan pesado! ¡Si no fuera porque me conviene continuar los negocios con él!... A última hora ha recibido una carta de Valencia, diciéndole nuestro representante en aquella ciudad que es necesario adquirir unos géneros procedentes de América. Villarroel tiene depositada en mí su confianza, y no quiere adquirir la partida hasta que yo vea los géneros.

—¿Y qué vas á hacer?

—¿Qué remedio más que ir? Mañana mismo salgo para Valencia. Mi estancia será breve. Durante este

tiempo he pensado una cosa. Deseo que doña Rita se venga á esta casa. ¿Qué te parece?

—Lo que quieras. Ya sabes que acato todos tus deseos.

—Bien, hija mía, muy bien. Mañana en cuanto amanezca me llegaré á casa de doña Rita y la rogaré que te acompañe. ¡Cuánto me apena salir de la corte y dejarte sola! pero ¿qué hacer?... ¿Cómo le digo á ese hombre que no? Sería cosa de reñir.

Don Diego, echando maldiciones contra su suerte, púsose en pie y dirigióse hacia su alcoba.

---

Al siguiente día apenas se advirtieron en el cielo las primeras tintas del crepúsculo, Sandoval se vistió, tomando el camino que conducía á la casa de la viuda.

Esta se había levantado ya: era mujer que madrugaba mucho para dedicarse á sus labores, con las que se ayudaba á vivir.

Extrañóle mucho la presencia de don Diego á horas tan intempestivas.

—¿Habrá sabido algo?—se preguntó al verle por el postigo.

Don Diego entraba poco después en su pequeña sala, limpia como la celda de una monja.

—Doña Rita,—la dijo Sandoval,—vengo á pediros un señalado favor.

—Más vale así; había supuesto que algo grave ocurría, que Carlota estaba enferma ó cosa por el estilo.

—Afortunadamente goza de la mejor salud.

—Dios la conserve ese beneficio.

—Trátase de sacaros de vuestra celda para que paséis á mi casa.

—¿Pues cómo?

—Me veo en la absoluta precisión de partir inmediatamente para Valencia.

—¿Y cuánto tiempo permaneceréis fuera de Madrid?

—Lo ignoro; aunque creo que mi ausencia no se prolongará muchos días. Este viaje me contraría sobremanera. Ya sabéis lo poco que me agrada alterar mis costumbres; pero ¿qué hacer?

—¿De modo que vuestro deseo es que acompañe á Carlota durante vuestra estancia en Valencia?

—Precisamente; será un nuevo favor que añadiré al catálogo de los recibidos.

—Con sumo gusto, don Diego; ya sabéis que la quiero mucho. ¿Cuándo decís que os marcháis?

—Esta misma tarde.

—En ese caso dentro de un par de horas iré á vuestra casa.

—Gracias, doña Rita; me hacéis un gran favor. Como comprenderéis, yo no puedo dejar á Carlota sola con los criados. En cambio, estando en vuestra compañía, permanezco completamente tranquilo.

Sandoval estrechó la mano de la viuda, y dirigióse á la casa del comerciante para saber á qué hora estaría dispuesto el carruaje que había de conducirle.

Durante sus negociaciones, Jacobo Grattis, que no había podido conciliar el sueño, dirigióse hacia los alrededores de la casa de Carlota.

Su propósito era encontrar á Marieta, la linda doncella de la joven.

Este deseo no tardó en realizarse.

Marieta, con una cestilla al brazo, disponíase á comprar los víveres para aquel día.

—¡Hola, muchacha!

—Muy buenos días, caballero. Mucho se madruga.

—¿Acaso no merece este sacrificio la recompensa de contemplar una cara tan bonita como la tuya?

Marieta se sonrió maliciosamente.

Jacobo Grattis le parecía muy simpático, sobre todo desde el día que le había dado una moneda de oro.

—¿Y tus amos?

—Don Diego ha salido ya de casa.

—¡Cómo! ¿Es tan madrugador?

—Generalmente se levanta más tarde; pero, según me han dicho, hoy sale de Madrid.

—¿Que sale de Madrid?

—Sí, señor.

—¿Acompañado de su esposa, por supuesto?

—No; la señora se queda en casa.

A Grattis le halagó aquella noticia sobremanera.

—Dime,—preguntó,—¿y qué motivos le han obligado á emprender ese viaje tan rápidamente?

—Ya sabéis que es consocio de un comerciante.

—Con efecto, de Villarroel.

—Pues ese señor le ha suplicado pase á Valencia á asuntos de la casa.

—Vamos, se explica entonces perfectamente. ¿Y cómo no se ha decidido á llevarse á su esposa?

—Porque durante su ausencia doña Rita permanecerá á su lado.

Jacobo estaba loco de alegría al ver que todo se arreglaba á medida de sus deseos.

Dió una nueva propina á la gentil Marieta, y alejóse rogándola que no dijese absolutamente nada á su señora de la conversación que con él había tenido.

Marieta estaba muy contenta.

Creía haber descubierto una mina.

—¡Qué hombre tan extraño!—se decía;—¿para qué me hará todas estas preguntas? ¿Le agradará la señora? En ese caso va á perder el tiempo lastimosamente, porque ella está dotada de una virtud á toda prueba.

Marieta se sonrió.

Lo que verdaderamente la importaba eran los obsequios del caballero italiano.

---

# CAPITULO XXXVI

## EL PRINCIPIO DE UNA INTRIGA

Á las dos de la tarde doña Rita entraba en la casa de Carlota.

Esta ocupábase en concluir de arreglar el equipaje de su marido.

Las dos amigas cambiaron un beso.

—¿Estáis sola?

—Sí; Diego no ha vuelto todavía. ¿Supongo que habrá estado en vuestra casa?

—Con efecto, ha estado en casa, rogándome que venga á la vuestra durante su ausencia. Excuso deciros lo que me halaga esta petición, á la que he accedido des de luégo. Esta noche sí que podremos ir á San Plácido sin temores de ninguna clase.

—Doña Rita, yo he pensado no ir.

—¿De veras?

—Os lo aseguro.

—Pero ¿por qué?

—Como tengo en vuestra amistád una confianza sin límites, no hallo inconveniente en decíroslo con entera franqueza. Esta noche he reflexionado que debo seguir los consejos de mi marido.

—¿Y pasarse la vida entre estas cuatro paredes?

—¿Qué queréis? Vuestra situación de viuda os concede cierta libertad que no puede nunca tener la mujer casada. En el templo se encuentran algunos hidalgos atrevidos que, como Grattis y el conde de Bark, no dudan en comprometer á las mujeres, con tal de satisfacer sus deseos.

—¿Qué quejas tenéis de esos jóvenes?

—Ninguna hasta la presente, pues no se han propasado lo más mínimo; pero no quiero que se repitan las escenas de ayer, y el modo de evitarlo es no asistir á la novena. Esto no os priva de hacer lo que os parezca.

—Sea como queráis. No quiero de modo alguno contrariaros. Yo asistiré, porque tengo costumbre de hacer todos los años esta novena.

—Perfectamente, yo mientras os esperaré aquí.

Don Diego Sandoval entró en aquel momento seguido de uno de los dependientes de la casa de Villarroel, encargado de conducir su equipaje.

Don Diego venía hecho un mar de sudor.

—¡Huf! ¡esto es horrible! ¡y tener que marchar con estos calores!... ¿Está todo dispuesto?

—Todo,—respondió Carlota.

Sandoval dió la mano á doña Rita, y luégo abrazó á

su mujer, á quien amaba con toda su alma, á pesar de las convencionales sospechas de Jacobo Grattis.

—Adiós, Carlota; acuérdate de mí, hija mía; yo volveré lo antes posible.

Y don Diego salió de la casa enjugándose los ojos, porque aquella separación, por breve que fuese, le contrariaba sobremanera.

Carlota se asomó al balcón para verle partir.

Sabía que, aunque contraviniese sus órdenes, en aquel momento no había de enfadarse por ello el celoso marido.

Con efecto, Sandoval dirigió desde la calle á su esposa una amable sonrisa, y entró en el carruaje, que partió al trote.

Carlota estaba triste.

Aunque hubiese gozado mucho acompañando aquella noche á doña Rita á la iglesia, había formado la enérgica resolución de no ver más á Jacobo, cuyo trato le parecía muy peligroso.

Después de cenar, doña Rita se preparó para salir.

No quiso rogar á Carlota que la siguiese.

Después de todo, ¿qué la importaba?

Si sus deseos eran ver al supuesto conde de Bark, lo mismo podía realizarlos.

Despidióse, pues, de su joven amiga y salió de la casa.

En el templo esperaban ya Jacobo Grattis y Guijarro.

Cuando el primero advirtió que Carlota no iba, quedó sorprendido.

Sus muchas victorias en cuestión de amores habíanle hecho muy confiado.

—¿Estará enferma?—se preguntó.

Y queriendo salir de dudas aproximóse á doña Rita. Después de saludarla la preguntó por su amiga.

—Carlota no ha querido venir.

—¿No ha querido?—exclamó Grattis con acento contrariado.

—¡Es tan pusilánime!

—Sin embargo, hoy era el día que menos temores pudiese abrigar.

—¿Acaso sabéis?...

—¿Que su marido no está en Madrid? ¡Ya lo creo!

Y acompañó estas palabras con una sonrisa irónica.

—Yo había prometido á vuestra amiga darle noticias que pudieran interesarla mucho. Me había dado palabra de venir hoy, y no la ha sabido cumplir.

—¿Y qué noticias teníais que darla?

—Muchas referentes á la fidelidad de don Diego.

—Parece que lo decís de un modo sardónico.

—Con efecto. Veo que sois muy suspicaz

Doña Rita ocupó un asiento que Guijarro la ofreció galantemente.

Había recibido instrucciones de su señor.

El italiano dijo al escudero:

—Es preciso que esta noche declares tus amorosos pensamientos á la amiga de Carlota y que me ayudes á realizar mis planes.

—Pero ¿qué planes tenéis?

—Ya los sabrás.

Guijarro aproximóse á la viuda.

—¿Seréis tan amable,—le dijo,—que cuando concluya el sermón me concedáis un momento para hablaros?

—Desde luégo, conde,—respondió Rita.

A pesar de los instintos religiosos de la viuda, aquella noche le pareció que el sermón del padre Basilio era más largo que de costumbre.

Apenas terminó, Rita se aproximó al escudero.

—¿Qué deseáis?

—No me parece este sitio oportuno para hablar. ¿Tenéis inconveniente en venir á la hostería?

—¡Ah, caballero, hoy no hay ninguna enfermedad que justifique nuestra presencia en ese sitio!

—No importa.

Doña Rita se encogió de hombros.

Pocos momentos después subía al carruaje de Grattis, y acompañada de los dos jóvenes dirigióse hacia la hostería.

Los tres entraron en el gabinete que habían ocupado la noche anterior.

Doña Rita y Guijarro se sentaron juntos.

En cuanto á Jacobo, ocupó una silla al lado opuesto de la mesa.

El escudero no apartaba sus ojos de la viuda.

—Pues bien, señora,—la dijo,—ya habréis comprendido que mis frecuentes visitas á San Plácido no tienen por objeto oir los sermones del padre Basilio. Otro es el móvil que allí me ha guiado, y ese móvil no debe ser un secreto para vos.

—Yo agradeceré mucho vuestra confianza.

—Ya sabéis que soy conde de Bark, poseo una crecida fortuna, y tanto mi título como mis riquezas pueden perteneceros con una sola palabra que pronuncien vuestros labios.

La viuda lanzó un prolongado suspiro.

Aquella declaración hecha á quemarropa habíala conmovido profundamente.

Hizo que se ruborizaba, porque no hay viuda, y mucho menos de cincuenta años, que se ruborice de veras.

—Pero ¿eso es cierto?—preguntó después.—¿Es posible que haya podido inspiraros en tan poco tiempo una pasión tan profunda?

—¿Acaso no lo merece vuestra hermosura? Sí, Rita, yo os amo.

—Pues bien, si yo fuese tan vulgar como la generalidad de las mujeres, os pediría un plazo para responderos, empleando las palabras obligadas de «lo pensaré, caballero; dejadme que lo consulte con la almohada,» y cosas por el estilo; pero yo no puedo negaros que también me habéis inspirado una profunda simpatía, y estoy, por lo tanto, dispuesta á corresponder á la pasión con que me brindáis.

—Me hacéis el más dichoso de los hombres.

En aquel instante Grattis se aproximó.

—Decidme, señora, ¿no habría medio de que yo hablase con vuestra amiga, aunque no fuese más que un instante?

—¡Tiene un carácter tan original!

—Tened en cuenta que lo que deseo decirla es de sumo interés para ella.

—Con efecto,—dijo Guijarro,—es muy triste que esa pobre señora viva engañada.

—¿Engañada?—preguntó la viuda con gran admiración.

—¡Ya lo creo!—respondió el escudero;—el tal don Diego es un bribón de marca mayor. Hay que desengañarse: el que parece ermita es siempre catedral.

—¿Tenéis la certeza de lo que decís?

—¡Ya lo creo!

—En ese caso yo puedo facilitaros el medio de hablar con Carlota.

—¿Dónde?

—En su casa.

—¡En su casa!

—¡No creo que ella censure que os lleve allí cuando se trata de un asunto que tanto le interesa!

—Perfectamente; acepto la invitación que me hacéis.

—¡Pobrecita! ¡Quién había de imaginar que un hombre tan celoso!...

—Precisamente por eso,—dijo Guijarro,—el día que seáis mi esposa yo os dejaré en completa libertad de acción: es el único medio de ser felices.

—¿Y cuándo lo seremos?—preguntó la viuda con gazmoñería.

—Muy pronto. Hoy he estado hablando del asunto con mi amigo Grattis, que desea ser el padrino de nuestros desposorios.

—Perfectamente. ¿No creo que os hayáis negado á su deseo?

Grattis hizo sonar las palmas, pagó al hostelero el importe de lo que habían tomado y dijo:

—Señora, cuando queráis.

—Estoy á vuestros órdenes.

Rita, Grattis y el escudero salían un momento después del establecimiento.

# CAPITULO XXXVII

---

POLÍTICA FLORENTINA

Rita llamaba poco después en la casa de Carlota.

Una criada se apresuró á abrir.

La viuda se aventuró por un pasillo seguida de Grattis y Guijarro.

Carlota estaba adormilada en un sillón.

Al sentir el ruido que hizo la puerta al abrirse entreabrió sus ojos.

Rita entró primero.

Había rogado al italiano y á su amigo que aguardaran un momento en la habitación contigua, á fin de prevenir á Carlota.

Esta se sorprendió de que su amiga hubiese regresado tan pronto.

—Querida mía,—dijo la viuda,—me he tomado una libertad, pero creo que no os disgustaréis por ella.

—¿Cuál?

—El joven que hemos visto estas noches pasadas me ha expresado el deseo de hablar con vos sobre un asunto de gran interés.

—¿Jacobo Grattis?

—Precisamente.

—¿Y le habéis prometido que iré mañana á la iglesia? ¿He acertado?

—No.

—¿Acaso venís en mi busca para que se realicen hoy sus deseos?

—Se realizarán, pero sin que os molestéis en salir de casa.

—¿Qué decís, doña Rita? ¿Le habéis brindado con que venga aquí?

—Y os espera con su amigo el conde de Bark en la próxima estancia.

Las mejillas de Carlota palidecieron.

Parecía que la fatalidad la obligaba á ver á aquel hombre del que trataba de huir.

Doña Rita se aproximó á la puerta, haciendo una seña á Jacobo y á Guijarro para que pasasen.

Ambos entraron en el gabinete de Carlota.

El escudero la hizo una exagerada reverencia.

En cuanto á Grattis, se aproximó á la joven.

—No os enojéis por mi visita, señora,—la dijo;—sabía perfectamente que hoy no había de comprometeros mi presencia. Ayer me ofrecisteis que iríais al templo para que os dijese el resultado de mis indagaciones respecto á la conducta que observa vuestro esposo. Cumplí vuestro deseo, y no encontrando manera

de hablaros de un asunto que tanto os importa, he decidido venir aquí. Después de todo, esto es más lógico y natural. Más se comprende que un hidalgo acuda á la casa de una dama que ésta tenga que ir al lugar que le indiquen.

Grattis había despertado la curiosidad de Carlota.

—¿Y decís que habéis sabido algo que se relacione con mi esposo?

—Sí.

—Ya os habrá dicho doña Rita que no está en la corte.

—Lo sabía yo antes que ella me lo indicase, como podrá decíroslo.

—Y bien; ¿qué os han referido respecto á él?

—Muchas cosas, señora.

—Hablad; soy impaciente.

—Temo, sin embargo, que os disguste mi franqueza.

—De ningún modo.

—Pues bien; vos creéis que don Diego Sandoval á estas horas debe hallarse camino de Valencia para los asuntos de su casa de comercio, ¿no es cierto?

—Sí, señor; estoy convencida de ello.

—Pues estáis en un gravísimo error.

—¿Qué decís, caballero?

—El celoso don Diego, ese marido que os tiraniza con sus exigencias, que no os permite salir de casa ni asomaros al balcón, no es por el amor que podáis inspirarle, sino porque teme que le sorprendáis en sus devaneos.

—Grattis, ¿es posible?

Y los ojos de Carlota se cubrieron de lágrimas.

—Sí, señora; vuestro marido sostiene hace un año relaciones amorosas con una bailarina que trabajaba en uno de los corrales de Madrid, pero á la que ha obligado á retirarse. Las noches que vos creéis que las pasa en el desempeño de sus deberes haciendo cuentas con su amigo, las entretiene al lado de esa mujer impura que no es digna ni de ser vuestra doncella.

—¡Ah, caballero, esto es horrible!

—Y en vez de haber salido para Valencia, piensa pasar unos días agradablemente en una casa de campo que se halla situada muy próxima de una que yo poseo cerca del Escorial.

—¿Con esa mujer?

—Desde luégo. Ese es el hombre á quien guardáis tantas consideraciones, por el que os sacrificáisá todas horas y que tantas exigencias tiene con vos.

—¿Sabéis cómo se llama la quinta en que se encuentra?

—Lo ignoro; aunque ya os he dicho que linda con una que me pertenece.

—Es necesario que yo parta mañana mismo.

—¿Adónde?

—A buscar á Diego.

—Haréis muy mal. Vuestro esposo está alucinado por esa mujer, y sería muy capaz de recibiros bruscamente, aunque no sea más que por halagar el amor propio de esa meretriz.

—¿Y he de tolerar que permanezcan juntos mientras yo estoy esclavizada?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué me aconsejáis?

—Creo que, en vez de vivir como un anacoreta, debéis distraeros cuanto podáis.

—¡Ah! no puedo; ¡le amo demasiado para estar tranquila!

—¿Luego le amáis mucho?

—Tanto, caballero, que todavía no puedo resolverme á dar crédito á vuestras palabras. Sería preciso que me convenciese viéndolos juntos.

—Nada más fácil.

—¿No decís que mi esposo sería capaz de hacerme un desaire si fuese á sorprenderle?

—Y os lo repito.

—¿Entonces?...

—Pero si, en vez de presentaros en la quinta, los observaseis sin ser vista, creo que ya no podríais dudar.

—Tendría que convencerme de la triste realidad.

—Pues eso es lo que os propongo.

—¿Y qué medios había de emplear para conseguirlo?

—Muy sencillos. Ya os he dicho que mi posesión de Torreblanca linda con la que él ocupa.

—¿Y vais á proponerme que acepte vuestra casa?

—¿Por qué no? Vuestra amiga doña Rita os acompañará.

—Caballero, eso daría lugar á las más imprudentes censuras.

—No sé por qué. Torreblanca es un soto de caza enclavado en un desierto.

—¿Vos permaneceríais en la corte?

—Desde luégo.

—En ese caso, acepto el generoso ofrecimiento que me hacéis.

—Perfectamente. Mañana al amanecer vendrá á buscaros mi carruaje. Desde la torre que da nombre á la posesión podréis observar muy bien los devaneos de vuestro esposo.

—¡Ah, Dios mío, no sé si tendré fuerza de voluntad para contenerme!

—Haréis mal en cometer cualquier imprudencia, que no conduciría más que á daros un nuevo disgusto. Observad, y cuando don Diego vuelva á la corte, tomáis la resolución que os parezca oportuna.

Grattis se puso en pie.

—Ahora no quiero molestaros más; ya sabéis que mañana os enviaré el carruaje. Comunicad á vuestra amiga vuestro propósito.

Carlota entregó á Jacobo su aristocrática y pequeña mano, que el joven estrechó entre las suyas.

—¿Os marcháis tan pronto?—preguntó doña Rita.

—Señora, mi objeto al venir á esta casa era cumplir con un deber de conciencia. Una vez que esto se ha realizado ya, no me parece oportuno permanecer aquí. Carlota os enterará del ofrecimiento que le he hecho; os ruego que interpongáis vuestra influencia para que lo acepte.

—¿De qué se trata?

—De observar á su esposo, que en la actualidad debe hallarse con su manceba en una quinta del Escorial.

—¡Es posible!

—Precisamente junto á una quinta que me pertenece, y que he puesto á vuestra disposición.

—Yo respondo que iremos. ¿Nos acompañaréis?

—Ese hubiese sido mi deseo; pero ¿quién se lo propone á Carlota?

—¡Por lo menos, nos haréis una visita!

—Eso sí.

—¿Y vos, conde?

—Yo quizás no pueda resistir mi deseo de ir mañana mismo.

La viuda dirigió á Guijarro una tiernísima mirada.

—Sí; convenced á vuestro amigo para que haga lo propio. Esa quinta me parecería entonces el edén.

Guijarro se despidió de las damas, saliendo detrás de Grattis.

En cuanto á Carlota, hallábase muy malhumorada.

Un mundo de pensamientos cruzaba por su mente.

La estratagema del italiano había producido el efecto deseado.

---

# CAPITULO XXXVIII

DONDE CONTINÚA EL ASUNTO ANTERIOR

Apenas se quedaron solas las dos amigas, Carlota prorrumpió en sollozos.

—¡Pobre amiga mía!—dijo la viuda;—verdaderamente el caso es para desesperarse. ¡Quién había de creer que un hombre como Sandoval, que parecía tan morigerado en sus costumbres, había de cometer deslices como los libertinos más vulgares!

—¡Ay, Rita, estoy dispuesta á no consentirlo! Yo me he esclavizado por él, pero desde hoy mi carácter cambiará totalmente.

—Haréis muy bien. Todos los sacrificios podían admitirse cuando le creíais un hombre virtuoso, pero ahora...

—Es claro; él no quiere que me engalane, porque de este modo puede invertir sus ganancias en hacer obsequios á esa miserable mujer que me ha robado su cariño. Su oposición á que salga de casa no tie-

ne más objeto que el temor de que sorprenda sus infidelidades. Hé aquí el origen de sus celos. Pero desde hoy las cosas han cambiado. No quiero ser tan necia. Iré á paseo, asistiré á las representaciones de las farsas, y voy á vestir con mucho lujo. Si él se opone, buscaré á mi madrina. De seguro que me recibirá en su casa con muchísimo gusto. Todo lo admito menos la esclavitud con un hombre que no sabe cnmplir con sus deberes más sagrados.

Grattis había sembrado la discordia en aquella casa.

—Decidme,—preguntó Rita,—¿mañana estáis dispuesta á que vayamos á la quinta que nos ha ofrecido ese joven?

—Sí, desde luégo. Quiero convencerme de sus infamias, aunque no dudo de ellas.

—Es verdad; los males deben curarse de raíz. Aunque sufráis, es mejor ver las cosas. De este modo, aunque niegue don Diego sus extravíos, no puede quedaros la más pequeña duda.

—Estoy decidida. Ese joven me ha prometido que no irá á Torreblanca durante nuestra permanencia.

—Y aunque fuese, ¿esto qué importa? ¿Acaso no sabemos nosotras mantenerlos á raya? Nada intimida tanto á los hombres como la virtud de una mujer.

—Sin embargo, yo no quiero que nos acompañe.

—Pues el conde, en particular, no creo que cumpla su promesa.

—¿Por qué?

—Porque yo le he rogado lo contrario.

—¿Vos? Os desconozco, doña Rita.

—Tenemos que hablar mucho y muy despacio. Debo advertiros que ese joven me ha declarado sus amorosos pensamientos.

—¿El conde de Bark?

—Sí, y nuestra boda debe celebrarse muy pronto.

—¿Luego habéis correspondido á su pasión?

—Desde luégo. ¿Creéis que es despreciable un partido como ese? Es un hombre joven, posee una inmensa fortuna y pertenece á la más elevada nobleza de Flandes. Si esta unión se realiza, no tendréis necesidad de apelar á vuestra madrina. Os vendréis conmigo.

—Gracias, amiga mía,—respondió Carlota.

—Ahora comprenderéis que yo desee que el conde nos visite.

—Es natural.

—Al fin y al cabo, nuestros respectivos estados nos permiten cierta libertad. Vos sois casada, yo viuda; ¿qué tiene de particular que el conde y su amigo vayan á vernos? Algunas veces, al ver la aversión que profesáis al segundo, me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál?

—Si Grattis habrá cometido alguna indiscreción.

—Jamás; os lo aseguro. Sus labios no me han dirigido una frase que pueda ofenderme.

—¿Entonces?...

—Pero es un hombre tan excepcional...

—¿Le tenéis miedo?

—¡Miedo! ¡Qué disparate! ¿Por qué había de tenerlo?

—Es que existen muchas maneras de tener miedo á

un hombre. Muchas veces el más bizarro, el más galante y el más simpático puede inspirarnos temores más serios que el que posee un carácter desapacible y brusco.

—No, doña Rita, yo no le temo.

—En ese caso, no os neguéis á recibir sus visitas; esto no tiene nada de particular. Ahora, si os parece, debemos retirarnos. Es muy tarde, y mañana al amanecer vendrá el coche en nuestra busca.

—Como queráis. Yo no he de dormir.

—¿Por qué?

—Porque tengo demasiadas preocupaciones para gozar de reposo.

—En ese caso no nos acostemos; las noches precisamente son muy cortas en esta estación.

—De ningún modo; yo voy á echarme también, y, aunque no duerma, siempre descansaré un poco.

Pocos momentos después cada una de las amigas entraban en sus respectivas habitaciones.

---

Entretanto Jacobo Grattis habíase dirigido á su casa seguido del escudero.

—Pero, señor,—le dijo el segundo,—¿cuáles son vuestros propósitos? ¿Hasta cuándo va á seguir la representación de esta farsa?

—¿No parece sino que esto te distrae del cumplimiento de otras obligaciones?

—Ciertamente que no, ¡pero la viuda me satisface tan poco!... ¡Si fuera como su amiga!...

—Entonces no la dejaría yo para ti, imbécil.

—¿De modo que mañana irán á vuestra quinta del Escorial?

—Eso es.

—¿Y cuando vean que don Diego no está allí y que la bolera no existe?

—No lo sabrán. ¿Acaso no tengo yo bastante ingenio para urdir una trama?

—Pero ¿qué trama podéis urdirles?

—Muy fácilmente.

—¿Vais á hacer que don Diego vaya al Escorial?

—Nada de eso. Tal cosa sería el límite de la estupidez.

—Entonces...

—Haré que vaya una joven de mi confianza, la cual representará su papel á las mil maravillas, confesando á Carlota que tiene amores con Sandoval.

—¿Y quién va á prestarse á semejante cosa?

—Rosina.

—¡Rosina!

—Sí.

Nuestros lectores recordarán que Rosina era la gentil italiana que vivía en la casa de Grattis, habiendo sido doncella de una de sus amadas.

—Precisamente,—continuó Grattis,—la posesión que linda con Torreblanca es de un amigo mío. Esta tarde le he comunicado mis planes.

—¿Luego pensáis que Carlota hable incidentalmente con Rosina?

—Incidentalmente no; yo sé que ha de buscarla.

Ahora daré mis instrucciones á la doncella, y es preciso que esta misma noche salga para el Escorial.

—¿A fin de que cuando lleguen la viuda y su amiga se halle en la quinta?

—Precisamente.

—Si no fueseis mi señor, os diría una cosa.

—Dila con franqueza; hoy estoy satisfecho y no te expones á recibir la recompensa de tu estupidez.

—Tenéis una imaginación satánica; yo celebro hallarme á vuestro servicio, pues, de lo contrario, estaría expuesto á sufrir vuestras malas partidas. Lo que es ahora me parece que la esposa de don Diego va á formar parte del catálogo de vuestras conquistas.

—Ese es mi deseo.

Grattis y el escudero llegaron al palacio.

—Ahora,—dijo el italiano,—llama á Rosina, y mientras le doy mis instrucciones dispón que enganchen el coche.

Guijarro se apresuró á cumplir las órdenes de Grattis.

Rosina entraba pocos momentos después en la estancia del joven.

Este estuvo hablando con ella una hora.

—Ya sabes el papel que vas á desempeñar,—la dijo después de explicarla el caso;—tú puedes conservar tu nombre, pero por algunos días eres una bailarina de uno de los corrales de la corte, que tienes relaciones amorosas con un señor que se llama don Diego de Sandoval. Cuando hables con la señora que te he indicado, la das quejas de la conducta de tu amante. Has de

ignorar en absoluto que le ligan con otra mujer los sagrados vínculos del matrimonio. En fin, tú has de ser una virtud teatral, una bolera sensible y enamorada.

Rosina comprendía fácilmente las cosas.

Hallábase dotada de mucha vivacidad, como casi todas las mujeres meridionales.

—Creo que quedaréis satisfecho,—dijo á Grattis.

—Si es así, he de regalarte un collar, á condición de colocarlo yo mismo en tu cuello.

Guijarro apareció en el dintel de la puerta.

—El carruaje espera.

—Perfectamente; en ese caso, puedes partir. Toma esta carta para el encargado de la casa. Es de mi amigo, el dueño de la posesión.

—Y nosotros,—preguntó el escudero,—¿nos quedamos?

—Sí. Pudiera Carlota arrepentirse de hacer el viaje; no quiero salir de la corte hasta que sepa su llegada á Torreblanca. Tú las acompañarás mañana.

—Perfectamente.

Jacobo Grattis estaba muy satisfecho al ver que sus maquiavélicos propósitos iban dando los resultados apetecidos.

# CAPITULO XXXIX

---

DONDE PROSIGUE EL ENREDO

A la siguiente mañana dormía el escudero á pierna suelta, cuando advirtió que uno de los criados de Grattis le despertaba dándole violentas sacudidas.

Guijarro despertó sobresaltado. Incorporóse en el lecho, y dirigiendo una mirada estúpida al interruptor de su sosiego, le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—El amo me encargó anoche que te llamase al despuntar el día.

—¡Ya pareció aquello! ¿Se ha levantado él?

—No; pero no creo que necesite madrugar tanto, supuesto que no tiene que ir á Torreblanca.

Guijarro recordó entonces las órdenes que había recibido.

Salió del lecho y empezó á vestirse.

—Abajo espera el coche y un caballo para ti.

—Perfectamente.

El escudero ahogó un bostezo.

Pocos momentos después estaba completamente ataviado con la ropa de Grattis.

Bajó por la escalera, y cruzando el zaguán, salió á la calle, donde esperaba el coche de camino tirado por cuatro briosas mulas.

El conductor subió al pescante después de saber por el escudero al sitio donde debía dirigirse.

En cuanto á éste, montó en un arrogante potro cordobés.

Las calles estaban desiertas todavía.

Pocos momentos después el carruaje se detuvo delante de la puerta de la casa de Carlota.

Tal era la impaciencia que doña Rita sentía, que aguardaba al balcón completamente dispuesta para emprender el corto viaje.

Quizás era aquella la única vez que no se hizo esperar.

—Vamos, Carlota, el carruaje espera,—dijo la viuda con cierto énfasis.

Carlota, pálida como el mármol y presa de un gran acceso nervioso, abandonó el sillón en que se hallaba negligentemente reclinada.

—Vamos,—respondió.

Ambas amigas hallábanse un momento después en el zaguán.

Guijarro había echado pie á tierra y se aproximó para saludarlas.

La viuda dirigióle una mirada de fuego.

—Dispensad si me tomo la libertad de acompañaros,—dijo el escudero.

—Ya sabéis que tenemos mucho gusto en ello,—respondió la viuda.

Carlota subió al carruaje.

Doña Rita la imitó ayudada por el escudero.

Cuando ambas amigas estuvieron acomodadas en sus asientos, el conductor restalló el látigo y las mulas partieron al trote.

Guijarro montó en el caballo y siguió al carruaje.

La mañana estaba fresca y hermosa.

Rita iba radiante de felicidad.

Carlota, por el contrario, parecía hallarse muy preocupada y triste.

Apenas respondía á las frecuentes preguntas de la viuda; tanto, que ésta tomó la determinación de prescindir de ella, entablando un animado diálogo con el escudero, que había colocado el potro junto á la portezuela del carruaje.

Algunas horas después éste se detuvo.

Habían llegado á Torreblanca.

La quinta de Jacobo Grattis era muy hermosa.

Una larga calle de árboles conducía hasta la casa que pudiera merecer el nombre de palacio.

Esta posesión, rodeada por una pequeña tapia de piedra, había sido comprada por el italiano para satisfacer sus placeres venatorios, aunque después habíase convertido en el teatro de sus aventuras de amor.

El carruaje penetró en la posesión, apenas abrió un guarda la puerta de hierro que la defendía.

Después de rodar durante algún tiempo por una calle de menuda arena detúvose delante de la puerta principal de la casa.

Esta tenía dos pisos y una torre que daba nombre á toda la finca.

Carlota y la viuda bajaron del carruaje.

El zaguán era muy espacioso y hallábase adornado de multitud de estatuas de autores florentinos.

Encontrábase después la escalera que conducía á la la planta principal, pues el piso bajo estaba destinado á la servidumbre.

Doña Rita no pudo contener una exclamación de sorpresa al pasar por la multitud de estancias donde el lujo y el buen gusto estaban perfectamente combinados.

Jacobo Grattis había invertido una fortuna en aquella hermosa mansión.

Era hombre de mucho gusto.

—Ahora,—dijo Guijarro,—elegid la estancia que más os agrade.

—Elegiremos una para las dos,—respondió doña Rita.

—¿Y por qué? ¿Acaso no estaréis más cómodas habitando cada una la suya?

—Como queráis; yo me quedo en este gabinete, que me parece preciosísimo. ¿Y vos, Carlota?

—En cualquiera; me es exactamente lo mismo, supuesto que no hemos de permanecer aquí mucho tiempo.

—¡Quién sabe!

—Ahora,—dijo la esposa de don Diego dirigiéndose á Guijarro,—quiero pediros un favor.

—¿Qué deseáis?

—Desearía que os informaseis si mi esposo se halla con efecto en la posesión vecina.

—Tengo la certeza de que sí.

—¿Es muy grande el jardín que circunda la casa?

—Inmenso.

—Entonces ha de ser difícil que yo vea á mi marido desde la torre.

—Pero en cambio podréis observarle desde la tapia, que apenas tiene cuatro pies de altura.

—Con efecto.

—Debéis procurar, sin embargo,—dijo la viuda,—no ser vista por don Diego.

—Es natural; pero esto no es difícil de realizar. Me recataré con el manto.

Guijarro, comprendiendo la impaciencia que Carlota sentía, la dijo:

—Señora, si queréis, podemos dar un paseo; creo que la mujer que os arrebata el amor de vuestro esposo madruga y se pasa los días en el campo, siendo, por lo tanto, fácil que la veamos.

La joven aceptó.

Deseaba ardientemente convencerse de la perfidia de Sandoval.

Cubrióse con el velo, y salió de la casa seguida de la viuda y de Guijarro.

Millares de pajarillos amenizaban la campiña con sus cantos.

La viuda, como el terreno era desigual, se apoyó en el brazo de su amante.

Carlota caminaba delante de ellos.

Al llegar á la tapia dirigió sus ojos hacia la posesión vecina.

Esta era infinitamente más pequeña que Torreblanca.

Cerca de la tapia crecía un hermoso castaño, que convidaba con su sombra á descansar algunos momentos.

Estaba nublado, y esto contribuía á que la temperatura fuese agradable.

Carlota se sentó sobre el verde césped, presa de una gran preocupación.

Guijarro y Rita siguieron su ejemplo.

—No se ve á nadie,—dijo la joven.

—Tened paciencia. Es seguro que no tardaréis en verlos. Ella, particularmente, se pasa el día fuera de la casa. Se conoce que el campo la agrada mucho. ¿Veis aquel cenador formado con cañas y madreselvas?

—Perfectamente.

—Pues ahí suele pasar algunas horas leyendo ó hablando con su doncella.

Carlota estaba impaciente.

Cada una de aquellas palabras se clavaban en su corazón como un dardo.

Ya no podía dudar de la infidelidad de su marido.

¿Cómo era posible que Grattis se hubiese determinado á llevarla á aquellos sitios á no ser cierto cuanto le había dicho?

De pronto el corazón de Carlota latió más aceleradamente.

Una hermosa joven había salido de la casa vecina y se dirigía hacia el cenador.

Era Rosina.

Vestía un elegante traje de mañana y llevaba un libro en la mano.

—Ahí la tenéis,—dijo Guijarro.

Carlota la dirigió una mirada llena de celos y de curiosidad.

Deseaba conocer á la mujer que, según su creencia, le robaba el cariño de su esposo.

Rosina dejóse caer sobre un sillón que preventivamente había colocado en la gruta de madreselvas, y empezó á tararear una canción en italiano.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó Carlota;—¡cuánto daría por hablar con esa mujer!

—¿Para comprometeros y descubriros,—dijo la viuda,—y que luégo se riera con vuestro marido de la aventura?

—No; yo sabría reprimir mis celos; pero todavía dudo.

—Pues no es difícil entablar una conversación,—dijo el escudero;—ella es una mujer muy franca.

—¿La conocéis acaso?

—He hablado con ella algunas veces.

—¡Ah, conde, hacedme el favor de buscar un pretexto para que yo la hable!

—¿Si me prometéis obrar con discreción?

—Sí, os lo prometo.

Guijarro se aproximó á la tapia y quitóse el sombrero, haciendo á Rosina un afectuoso saludo.

—Buenos días, vecina.

—Felices los tengáis, señor conde,—respondió la italiana.

Y el escudero hizo á la joven una seña para que se aproximase, aprovechando un momento en que la viuda y Carlota se hallaban distraídas contemplando á la doncella.

# CAPITULO XL

---

EL MILANO Y LA PALOMA

—A propósito, conde,—dijo Rosina aproximándose,—¿seguís teniendo en la posesión aquellas preciosas flores que tanto me gustaban? Si las hay, no os perdono un ramo.

—Esta misma tarde os lo enviaré.

—Muchas gracias; siempre tan galante y tan amigo de realizar mis deseos.

La viuda hizo una seña al escudero.

—Conde, si no queréis tener un disgusto conmigo, no habléis con esa mujer, cuya amistad es perjudicial.

—¿Os agradan las flores?—preguntó Carlota á Rosina no perdonando medio para entablar un diálogo.

—Mucho; creo que las flores son el mejor adorno.

—Con efecto, participo de vuestra opinión.

—Decidme,—preguntó la italiana,—¿habéis venido á la posesión de Grattis á pasar el día, ó pensáis permanecer en ella una temporada?

—Creo que lo segundo. Yo estoy delicada de salud, y me han dicho los médicos que estos aires tan puros me serán provechosos.

—Desde luégo.

—Y vos, ¿estáis aquí desde hace mucho tiempo?

—No, señora. He llegado ayer, y no estaré más que un par de semanas.

—¿Acaso os agrada más la residencia en la corte?

—No; pero se oponen á que permanezca aquí circunstancias imposibles de evitar.

—¿Tal vez vuestros padres?

—No los tengo.

—¿Vuestro esposo?

—Tampoco. Si fuera mi esposo, no tendría gran necesidad de complacerle. Un marido es la persona que menos exigencias puede tener, supuesto que las leyes le han sujetado al yugo de su esposa.

—¿Algún amante quizá?

—Precisamente. Un amante más celoso que un turco; un hombre insoportable, si no fuese porque cuida de satisfacer todos mis caprichos.

Las mejillas de Carlota palidecieron.

—Y ese amante, ¿viene á visitaros con frecuencia?

—Sí; con tanta frecuencia, que vive ahora bajo mi mismo techo. Es una pequeña expansión que se ha permitido.

—No os comprendo.

—Mi amante vive generalmente en la corte en unión de una hermana suya, que le tiene tiranizado.

—¿Una hermana?

—Sí, señora. Yo no la conozco; pero él me ha dicho que es una mujer insufrible.

—¿Y cómo se llama vuestro amante?

—No le conoceréis. No es hombre que figura en los grandes círculos. Tiene una regular fortuna, siendo consocio del comerciante Villarroel.

Carlota inclinó la cabeza sobre el pecho.

Ya no podía dudar de la perfidia de su esposo.

Lo que más daño la hacía era que Sandoval la hiciese pasar por hermana suya á los ojos de sus mancebas, usurpándola hasta el legítimo título de esposa.

Rosina fingió no advertir la tristeza de Carlota.

—¡Ah, señora,—prosiguió,—es un hombre insoportable! Únicamente puedo admitir sus relaciones por la situación en que me hallo. Cuando le conocí, yo ganaba un modesto sueldo en una compañía de histriones, y él ha hecho que me retire de esa vida azarosa.

—¿Luego él os proporciona los suficientes recursos para vivir?

—Eso sí. Anteayer me regaló este cintillo. ¿Qué os parece?

Y Rosina mostró á Carlota una preciosa sortija.

—Es muy bella.

Carlota se ahogaba.

Necesitaba llorar.

La desesperación había llegado á sus límites.

Apenas se despidió de Rosina, que la inspiraba la más profunda aversión, dirigióse hacia doña Rita, preguntándola con acento balbuciente:

—¿Vamos?

—Cuando queráis.

Carlota, apenas entró en la casa, se dejó caer en un diván, cubriéndose el rostro con ambas manos y prorrumpiendo en amargos sollozos.

—¿Qué tenéis?—la preguntó la viuda.

—¡Ay, amiga mía! ¡ya no puedo tener duda! ¡Esa mujer me ha confesado la verdad! ¡El insensato de mi esposo, no sólo me abandona por esa miserable meretriz, sino que gasta cuanto gana en hacerla obsequios! ¡Y yo que me contentaba con mi modesto vestido! ¡Yo, que he sido una esclava de sus caprichos sin proferir una sola queja! ¡Cuánto se habrá reído de mi necedad! No he llenado de improperios á esa mujer, porque no quería de modo alguno que supiese quién era yo. ¿Acaso es digna ni de mis reprensiones? ¡Si hubiese elegido una dama aristocrática, una mujer de talento y de educación!... Pero se ha prendado de una bailarina, de una mujer que se ha ganado el sustento haciendo una exhibición de sus formas en los corrales de la corte. ¡Ah, Dios mío! ¡esto es criminal, esto es intolerable, esto es espantoso!

Y Carlota se deshacía en lágrimas, sin dar oídos á las palabras de consuelo que trataba de dirigirla la viuda.

—¡Ese hombre es un monstruo, es un infame! ¡Hasta ha tenido la avilantez de negar que soy su esposa! Desde hoy voy á cambiar mi modo de ser. Esta misma tarde me vuelvo á Madrid, y abandono mi casa. No quiero verle más. En la morada de mi madrina tengo siempre una habitación dispuesta.

—Pero, Carlota, ¿no os he dicho que tenéis la mía?—dijo la viuda.—Aunque hoy es muy humilde, es muy posible que en un breve plazo haya cambiado mi posición. ¿No es verdad, conde?

—Desde luégo.

—Por el pronto mi deseo es partir de aquí. Me ahoga esta atmósfera, y no puedo responder de mí misma. Cometería una imprudencia.

—Calmaos, señora,—dijo Guijarro.

—¿Cómo queréis que me calme? ¿Acaso no me sobra razón para estar desesperada?

—Sí, pero...

—Todo es inútil. Conde, os ruego que deis órdenes para que dispongan el carruaje.

—Hé ahí una cosa que no puedo hacer.

—¿Por qué?

—Porque el carruaje ha partido de nuevo.

—¿Y no ha de haber algún otro?

—Creo que no. Esto es un desierto. Lo único que desde aquí se descubre es el monasterio, y no creo que los frailes se permitan el lujo de tener un vehículo.

—¡Ah, Dios mío, todo parece que se empeña en desesperarme!

En aquel momento escuchóse el ruido que producía un carruaje al rodar sobre la arena.

Carlota corrió hacia la ventana.

Un aristocrático joven se apeaba junto á la puerta. Era Jacobo Grattis.

—¡Me he salvado!—dijo Carlota;—de seguro que Grattis no me negará el favor que le pida.

Y aventuróse por la escalera.

El italiano la encontró en el zaguán.

—¿Adónde vais, señora?—la preguntó.

—Tengo que pediros un favor que espero no me neguéis.

—Si me pidieseis la vida, no dudaría en concedérosla.

—Gracias, caballero. He tenido ocasión de saber que desgraciadamente es verdad cuanto me dijisteis. Mi esposo no es digno del amor que le he profesado hasta hoy. Como comprenderéis, no puedo ni quiero proseguir aquí. Me parecería que escuchaba el rumor de sus impuros besos...

—¿Y deseáis volver á la corte?

—Precisamente.

—Mi carruaje está á vuestra disposición.

—¡Ah! gracias.

—Pero debo advertiros una cosa. Tengo necesidad de estar en Madrid dentro de algunas horas, y por lo tanto, aunque mi compañía os sea importuna...

—¿Por qué ha de parecérmelo? Voy á decir á mi amiga que baje.

Grattis siguió á Carlota.

Al entrar en la estancia, le dijo á Guijarro:

—Es preciso que te opongas á que se marche la viuda.

Carlota expresaba sus deseos á doña Rita.

Esta procuraba convencerla para que no abrigase semejante propósito.

Hallábase muy bien en Torreblanca.

—De ningún modo os vayáis,—la dijo el escudero.

La viuda no sabía qué partido tomar.

—Señora,—dijo Grattis,—decidíos; ya os he dicho la urgencia que tengo en partir.

Carlota dudó un instante.

—Pues bien, caballero, que haga mi amiga lo que estime oportuno. Yo me marcho.

Y Carlota, sin despedirse de doña Rita, salió de la estancia y pocos momentos después subió al carruaje.

Jacobo no tardó en seguir su ejemplo.

—A la corte,—dijo al conductor.

Y un momento después el carruaje se deslizaba por el camino.

---

# CAPITULO XLI

EL VENENO DE LOS CELOS

Carlota iba ensimismada en sus más profundos pensamientos.

Al adquirir la certeza de que Sandoval faltaba á sus deberes conyugales, había caído en una melancolía tan honda que no se daba cuenta ni de la presencia de Grattis, aunque sus ojos negros se clavaban en él á cortos intervalos.

La ofendida esposa lloraba unas veces.

Otras sonreíase con amargura.

Su cerebro era un volcán donde hallábase en ebullición la lava de los celos, el encono más profundo y los deseos de vengarse.

Grattis, sentado enfrente de la joven, no apartaba sus ojos de aquella hermosísima mujer.

Parecía que el despecho que ella sentía prestaba más realce á su belleza.

El italiano se apoderó de una de las manos de Carlota.

Tan abstraída se hallaba ésta que no lo advirtió siquiera.

Entonces el joven la aproximó á su boca

Al sentir el contacto de sus labios de fuego, Carlota retiró su mano y dijo:

—¡Ah, caballero! respetad mi dolor; no abuséis de la confianza que me habéis inspirado y que ha sido la única que me ha decidido á aceptar vuestro ofrecimiento de volver á Madrid.

—Dispensad, Carlota,—respondió Grattis;—no he podido contener los apasionados ímpetus de un corazón que os idolatra. Hasta hoy he sabido reprimir mi pasión, la he guardado en mi alma, sin que pudieseis sospechar que existía. Erais dichosa; yo me consideraba feliz al contemplar vuestra ventura; pero ahora, que veo nublados vuestros ojos por las lágrimas, esas evidentes demostraciones del corazón que sufre, no puedo menos de confesaros mi amor. Si don Diego no os ama, si por sus torpes caprichos se olvida de sus más sagrados deberes, sabed que aún queda en el mundo quien está dispuesto á esclavizarse por vos.

—¡Ah, caballero! muchas gracias; os estimo vuestros propósitos, pero no puedo ni oirlos siquiera.

—¿Por qué?

—Porque el matrimonio es un lazo eterno; aunque cualquiera de los contrayentes falte á su deber, no por eso rompe la cadena que le une al que supo respetar el juramento prestado ante Dios. El desengaño que he recibido es muy grande; él me basta para que en mi pecho se extingan todas las ilusiones que alimen-

taba; pero, suponiendo que no fuese así, tendría que torcer mis inclinaciones y ahogar mis deseos para que el mundo no me designase con epítetos vergonzosos.

Carlota prorrumpió en sollozos.

—¿De modo que pensáis seguir guardando fidelidad á un hombre que tan poco lo merece?

—Sí; pero no por él, lo hago por mí misma.

—¿Y permaneceréis junto á él?

—¡Eso nunca! Ha ofendido demasiado mi amor propio, y estas son las heridas que más duelen á la mujer. Iré á la casa de mi madrina. Es una señora que vive en Madrid y que me recibirá en su casa con los brazos abiertos apenas sepa mi situación. Sin embargo, antes quiero hablar con mi marido: quiero que sepa los móviles que me inducen á tomar esta determinación. Antes me espantaba su carácter enérgico, pero ahora me sucede todo lo contrario. ¿Acaso ha de conservar su energía cuando sepa que estoy enterada de todo? La razón da mucha fuerza. Yo evitaré escándalos diciéndole que mi resolución es firme é irrevocable.

—Creo que no debéis darle cuenta de vuestros propósitos.

—¿Por qué?

—Porque Sandoval está dotado de un carácter bilioso, y sería muy triste que recibieseis un nuevo disgusto sobre los que habéis tenido ya. ¿Qué consideraciones merece á vuestros ojos un hombre que os ha abandonado por una miserable concubina, que bajo ningún punto de vista puede compararse con vos?

—Es verdad, caballero; eso es lo que más me exal-

ta. Si me hubiese suplantado una mujer más hermosa que yo; pero ¿la conocéis?

—No he de conocerla. Una sola mirada de vuestros ojos vale más que toda su persona.

—Y luégo qué descoco... ¿Querréis creer que me confesó sus torpes amores cuando apenas habíamos cambiado dos frases?

—No lo dudo. ¿Qué le importa á una bailarina hacer semejantes declaraciones?

—Y, sin embargo, todavía es Diego más criminal que ella, pues le negó que le unen conmigo lazos tan sagrados como los del matrimonio.

—¿Eso más?

—Sí, esa mujer me cree hermana de Diego.

—¿Y qué necesidad tenía vuestro esposo de ocultarla su estado? ¿Acaso suponía que porque le uniesen á vos los vínculos matrimoniales iba á dejar de corresponderle?

—¡Qué queréis! los hombres se obcecan cuando tratan con cierto género de mujeres, y las atribuyen cualidades que no poseen.

—Es verdad. ¿Y vuestra madrina os aprecia mucho?

—Mucho, caballero; pero ¿qué necesidad tenía yo de verme obligada á recibir sus favores?

—Es cierto. Yo creo que en vez de ir á su casa debíais adoptar otra resolución.

—¿Cuál?

—Cualquiera que os permitiese vivir sin depender de nadie. ¿No os agradaría, por ejemplo, entrar en palacio al servicio de la reina doña Isabel?

—¡Ah! ¡Ya lo creo, pero eso ofrece muchas dificultades!

—No lo creáis.

—Para entrar en palacio hace falta mucha influencia, y no la tengo.

—Pero en cambio yo no carezco de ella. Precisamente tengo una gran amistad con el correo mayor del rey.

—¿El conde de Villamediana?

—El mismo. Si queréis, hoy mismo le hablaré y esta noche sabremos el resultado.

—Sentiría molestaros...

—De ningún modo; mi único deseo es que se presenten ocasiones para serviros.

—En ese caso acepto, y será un nuevo favor que os deba.

Pocos momentos después el carruaje entraba en Madrid.

—Ahora, caballero, vais á permitirme que me baje del coche. Aunque no me conoce casi nadie, no me parece oportuno que nos vean juntos.

—Había pensado lo propio; pero de ninguna manera consentiré que seáis vos la que abandonéis el carruaje, que os dejará en vuestra casa. Adiós, pues, Carlota.

—Adiós, Grattis.

—Hasta la noche. ¿Tendré la suerte de encontraros?

—Ya sabéis que nunca salgo de casa.

Grattis se quitó el sombrero, y haciendo á la joven un atento saludo, echó pie á tierra.

Carlota dijo al cochero las señas de su casa.



—¡Qué hombre tan extraño!—exclamó la joven,—y la verdad es que no puedo tener queja de su conducta respecto á mí. No se ha propasado en lo más mínimo, y siempre se halla dispuesto á satisfacer hasta mis menores indicaciones.

El carruaje se detuvo pocos momentos después delante de la puerta de la casa en que la joven vivía.

Esta subió la escalera y llamó.

Marieta abrió la puerta

—¿Ha venido alguien?

—No, señora. Lo único que hay de nuevo es una carta.

—¿De quién?

—Me parece que es de vuestro esposo.

—Dámela,—dijo la joven con impaciencia.

Marieta se alejó un momento, volviendo en seguida con la epístola.

Carlota rasgó el sobre.

Don Diego de Sandoval, completamente ajeno á todo lo que pasaba, escribía á su mujer una cariñosa y extensa carta desde una posada donde había pernoctado.

Carlota arrojó la carta con desdén, después que la hubo leido.

—¿A qué vendrán estas farsas? No he de contestarle siquiera; y de hacerlo, dirigiré la respuesta al Escorial para que vea que no ignoro dónde se halla.

Carlota acercóse á una mesa-escritorio, tomó la pluma y trazó sobre el papel unas cuantas líneas.

En ellas expresaba todo el sentimiento que tenía.

Inmediatamente encerró la carta en un sobre y llamó á su doncella.

Marieta se presentó.

—Manda esta carta á su destino.

Excusado es decir que no llegó á manos de don Diego, que seguía tranquilamente el camino que conducía á Valencia, mientras la carta iba dirigida al Escorial.

Aquel día Carlota estuvo muy triste.

Había, sin embargo, en ella un pensamiento que no se alejaba de su mente.

Jacobo Grattis empezaba á impresionarla.

¿Acaso los supuestos deslices de su esposo no eran bastante para debilitar el afecto que siempre la había inspirado?

Carlota deseaba que llegase la noche para ver al italiano.

---

# CAPITULO XLII

## UN ANGEL CAÍDO

El sol llegó á su ocaso, ocultándose detrás de las elevadas casas de la corte.

Carlota pudo ver sus últimos destellos á través de los vidrios de su balcón.

Las hojas de sus macetas empezaban á tomar ciertos visos amarillentos.

El otoño se aproximaba con sus huracanes y sus nublados.

Carlota estaba triste.

Aunque su vida, particularmente desde que se casó con Diego, había sido una larga cadena de privaciones, desde aquel instante amenazaba serlo mucho más.

Antes de saber la infidelidad de su esposo considerábase dichosa al sentir en la escalera el rumor de sus pasos.

Entonces Carlota salía á recibirle, cambiaba con Sandoval un tiernísimo ósculo, y ambos se dirigían á

la mesa, donde les servían viandas que, aunque no eran selectas, estaban sazonadas con el amor y la tranquilidad.

Todo aquello había desaparecido

La joven cerraba los ojos para ver el abismo insondable de su alma.

En él no había más que tinieblas, amargura y soledad.

Carlota lanzó un suspiro.

Es muy triste á los veinticuatro años, hallándose en la plenitud de la vida, renunciar para siempre á aquello que más deleita el corazón de la mujer.

La joven abandonó el asiento que ocupaba: encontrábase nerviosa.

La oscuridad predisponía su espíritu á la tristeza.

Aproximóse á una mesa, y encendió la lámpara de bronce que sobre ella descansaba.

A sus primeros reflejos pudo ver su rostro retratado en la luna de un espejo.

Carlota se sonrió.

Sus cabellos estaban desaliñados.

Sus labios contraídos por el desdén.

Sus ojos más radiantes que nunca.

La fiebre les prestaba brillo.

La joven se encontró hermosa. La verdad es que, de no reconocerlo así, hubiese tenido un exceso de modestia, que no es la cualidad que más suelen poseer las mujeres.

Acordóse entonces de la bailarina que le arrebataba el amor de su esposo.

—¡Parece imposible!—exclamó.

La verdad es que entre Carlota y Rosina no podía establecerse punto de comparación.

La primera era mucho más hermosa.

Carlota volvió al asiento que acababa de dejar.

En aquel instante un reloj hizo sonar sus vibraciones.

Eran las ocho.

Apenas se había extinguido su último eco, cuando llamaron á la puerta.

La joven instintivamente hizo un movimiento.

Una sonrisa se dibujó en sus labios de carmín.

Arreglóse los pliegues de su vestido y dirigió una mirada hacia la puerta.

—Jacobo Grattis, no cabe duda,—exclamó Carlota.

Marieta se presentó en el dintel.

—Un hidalgo pregunta por vos.

—Dile que pase.

La doncella se alejó para dar cumplimiento á las órdenes de su señora.

Un momento después el italiano entraba en la estancia.

Grattis iba completamente vestido de negro, lo que prestaba más realce á su bizarra presencia.

—¿Cómo estáis, señora?—preguntó á la joven; —¿supongo que ya os encontraréis más tranquila?

—No lo sé, Grattis,—respondió Carlota;—la herida que he recibido es tan profunda, que ha de pasar mucho tiempo antes que se cicatrice, y aun me parece imposible que esto llegue á suceder.

—No lo dudéis. El tiempo es un bálsamo poderosísimo. Hoy os parecerá, con efecto, imposible que olvidéis algún día la ingratitud de don Diego; pero llegará ese momento. El dolor tiene que ser temporal; de otro modo no podríamos resistirlo. En mi concepto, lo que debéis hacer es distraer vuestra imaginación, que hoy no podrá apartarse de la idea que la preocupa. Salid de casa, concurrid á los paseos; en una palabra, no os encerréis en estas habitaciones.

—¿Habéis visto á vuestro amigo?

—Sí, señora. ¿Cómo era posible que yo no diese cumplimiento á vuestros deseos? He visto al conde de Villamediana.

—¿Y puedo alimentar alguna esperanza de entrar al servicio de la reina?

—Seguridades.

—¿De verdad, Grattis?

—El conde me ha prometido interponer toda su influencia, y no ignoráis que es mucha la que tiene en palacio.

—¿De modo que este asunto puede resolverse en un breve plazo?

—Eso es cuenta mía. Yo os prometo que no he de dejar al conde hasta que consigamos que seáis una de las camaristas de doña Isabel.

Carlota dirigió al italiano una mirada de agradecimiento.

Nunca le había parecido tan bizarro.

Verdad es que la joven no le había mirado hasta entonces de una manera tan franca.

Sus ojos habían estado empañados por las lágrimas que le habían impedido contemplar la gentileza de su protector.

Jacobo Grattis se sonrió.

—¿Cómo podré pagaros el interés que os tomáis por mí, caballero?

—De ningún modo, señora, porque, prescindiendo del insignificante favor que voy á haceros, no sabéis el inmenso sacrificio que éste me obliga á hacer.

—¿Un sacrificio? No os comprendo.

—Pues os lo explicaré y me comprenderéis inmediatamente.

—Hablad, Grattis.

—Antes de que reclamaseis de mí lo que esta tarde me habéis exigido, yo podía revelaros mi pensamiento; pero ahora, ¿cómo deciros que os amo? Parecería que mi deseo era obtener el premio de un favor que no me ha costado trabajo alguno. Yo mismo me he incapacitado para hablar con franqueza. Y, sin embargo, no podré reprimirme, Carlota. Vuestra desgracia me ha inspirado la mayor simpatía. Hoy ya no puedo denominar este afecto con esa palabra. Yo os amo como no he amado jamás, como no es posible que vuelva á amar nunca.

—¿Y qué ha podido inspiraros ese sentimiento?

—¡Ah, Carlota! ¿Y vos me lo preguntáis? ¿Acaso vuestra hermosura y vuestro talento no son más que suficientes para enloquecer á un hombre? Y, sin embargo, nada debo esperar. Estáis apasionada de un esposo que tiene muchos más años que vos, cuya figura es ado-

cenada y que os ha tiranizado para que no sorprendáis sus deslices con impuras y mercenarias mujeres.

—¡Ah, Grattis! tenéis razón; mi marido no es digno del afecto de una mujer que se considere en algo. ¿Sabéis que he tenido carta suya?

—Lo ignoraba.

—Y yo le he contestado; pero en vez de enviar la respuesta al sitio que él indicaba, se la he mandado á la verdadera localidad en que se encuentra.

—¿Al Escorial?

—Sí, señor; ¿no os parece que he hecho muy bien? Sin duda tiene en el punto desde que supone escribirme algún amigo á quien remitió su epístola para que á su vez me la enviase á mí.

Grattis comprendió que no podía perder tiempo si quería llegar á la cumbre de sus aspiraciones.

El celoso Sandoval, apenas pasasen algunos días sin que recibiese respuesta de su esposa, era muy capaz de abandonar los asuntos comerciales y volver á Madrid.

Aproximóse, por lo tanto, á Carlota.

—Y bien, señora, ¿vais á seguir guardando consecuencias á un hombre que tanto os ofende?

—Ya sabéis que estoy dispuesta á separarme de él.

—¿Y á cerrar para siempre vuestro pecho á las dulzuras del amor?

—Ya comprenderéis que el desengaño que he sufrido es muy grande. Por ahora no pienso en ninguno; si mi esposo se ha portado tan mal conmigo, ¿qué haría un amante?

—Un amante, estar siempre rendido á vuestros pies y adoraros con toda la efusión de su alma.

Había inflexiones tan dulces en el acento de Jacobo Grattis, que resonaban en los oídos de Carlota como una mágica armonía.

La joven notábase dominada de un sentimiento extraño.

Creíase despreciada por un esposo infiel; en cambio veía á sus plantas á un hombre incomparablemente superior á Sandoval en bizarría y en talento.

Carlota sostuvo su mirada un instante, y luégo bajó los ojos.

Parecía que aquellas arrebatadoras pupilas se hallaban dotadas de la atracción magnética que ejerce el reptil sobre el ave.

Hubo un instante en que tuvo miedo

—Caballero,—dijo la joven,—ya es tarde... estoy fatigada y desearía...

—Desearíais quedaros sola, ¿no es cierto?

—¿A qué negároslo? Dispensad este exceso de franqueza.

Grattis se puso en pie.

—¿Me permitiréis visitaros mañana?

—¿Por qué no?

—En ese caso, adiós.

Jacobo rodeó con su brazo el esbelto talle de Carlota.

La joven, que estaba dotada de una extraordinaria flexibilidad, quiso evadirse, pero le fué imposible.

Los abrasadores labios de Grattis rozaron los suyos.

Las mejillas de Carlota se cubrieron de un vivísimo carmín.

—Ven, amor mío,—dijo Jacobo hablándola con una familiaridad que hasta entonces no se había atrevido á emplear;—olvida por completo el recuerdo de ese hombre, que es indigno de poseer tu hermosura. Mira, á estas horas, él estará en los impuros brazos de una mujer mercenaria y grosera. ¿Por qué has de guardarle una fidelidad que no merece? En cambio yo te amo... te amo con locura.

Y Grattis estrechó contra su pecho á la joven, que ya no trataba de resistir.

Estaba subyugada por las frases del italiano.

. . . . . . . . . . . . . . . . .

Al siguiente día, cuando apenas advertíanse en el cielo los primeros albores del amanecer, un embozado salía de la casa de Carlota.

Era Jacobo Grattis.

---

# CAPITULO XLIII

## PERCANCES DE UN VIAJE

Hemos dejado á doña Rita y al supuesto conde de Bark en la hermosa posesión de Torreblanca.

Volvamos, pues, á ésta para que sepan nuestros lectores lo que había acontecido.

Rosina, apenas conoció que Jacobo Grattis habíase alejado del Escorial seguido de Carlota, consideró que la farsa que tenía que representar había terminado.

No quiso, sin embargo, dirigirse á Torreblanca, esperando que Guijarro fuese en su busca á manifestarle las órdenes de Grattis.

Doña Rita sintió rodar el carruaje que conducía á Carlota, hizo unos cuantos aspavientos, quejándose de que su amiga la hubiese dejado sola con su amante; pero la verdad es que la viuda celebró aquellas circunstancias mucho más que el escudero, que sentíase aburrido de desempeñar el papel de conde y de amante de aquella beldad de cincuenta otoños.

Guijarro tenía, no obstante, la certeza de que la farsa no podría prolongarse mucho, y aceptó con paciencia llevar hasta el fin los deseos de su señor.

—¿Habéis visto qué amiga,—preguntaba la viuda; —dejarme sola con el hombre que ha de ser mi esposo? ¿Esto es, con el que más peligros ofrece? Afortunadamente, vos sois un caballero incapaz de cometer el menor abuso.

—Con efecto, señora; podéis estar muy tranquila á mi lado.

—Ya lo sé, conde, ya lo sé. No podrá decir otro tanto Carlota. Se me figura que vuestro amigo es más atrevido.

—No lo creáis.

—¡Tiene unos ojos tan tunantes!... ¿No os parece que Carlota no le desagrada?

—Es posible.

—La verdad es que no sé cómo mi amiga, que es tan circunspecta, se ha determinado á dar ese paso. Cierto que la pobre ha sufrido un desengaño horrible, y esto predispone á la mujer para que cometa cualquier locura. Pero ¿qué tenéis, conde? Parece que estáis pensativo y triste. ¿Queréis que demos un paseo por las alamedas?

—No hay inconveniente.

Doña Rita y Guijarro salieron de la casa.

—¿Vais á permitirme que me apoye en vuestro brazo?

—¿Por qué no?

—Estoy muy fatigada.

Y la viuda puso en práctica lo que acababa de indicar.

Ya recordarán nuestros lectores que Rosina tenía ciertas aspiraciones de unirse con el escudero.

Hallábase la italiana en el próximo jardín cuando vió llegar á Guijarro con la viuda.

Rosina sintió celos.

Estaba enterada de los propósitos de Grattis respecto á Carlota, pero ignoraba completamente que el escudero hubiese recibido órdenes para estar deferente con doña Rita.

Despertáronse, por lo tanto, sus celos, creyendo que Guijarro aprovechaba la ausencia de Grattis para conquistar á la viuda.

Rosina no titubeó.

Como la tapia era de piedras colocadas las unas sobre las otras, y en muchos sitios no se elevaba del nivel del suelo más de media vara, dió un salto, y pasando al lado opuesto se aproximó á la pareja.

Sus ojos negros y vivarachos se clavaron en doña Rita.

—¿Qué haces aquí?—preguntó al escudero.

La viuda se puso de veinte colores.

¿Cómo le tuteaba aquella mujer? ¿Cómo se atrevía á usar de tanta franqueza con el aristocrático conde de Bark?

Estos eran enigmas que la viuda no podía adivinar.

Guijarro hizo una seña á Rosina para que callase; pero ésta no sirvió más que de estímulo á su indignación.

—¿Que calle? ¿Y por qué he de hacerlo? Sabe que yo no necesito callar nada.

—Conde, ¿cómo os tutea esa mujer? ¿Cómo permitís que os hable con esa falta de urbanidad?

—¿Qué decís, señora?—preguntó Rosina ofendida por aquellas palabras;—yo le tuteo así, porque me acomoda, y no me parece bien que este bribón os engañe. ¿A qué conduce haberos dicho que es un conde? Tanto como yo princesa.

La viuda lanzó un grito.

La sorpresa había sido demasiado brusca.

Hizo que se desmayaba, sistema al que recurría en las situaciones críticas.

—Pero ¿qué has hecho, mentecata?—la preguntó Guijarro.

—¡Ah, bribón! ¿Querías que yo permitiese que esta pobre mujer se dejase arrastrar por tus seducciones? Pues no, no me ha dado la gana.

—Pero, Rosina, tú estás loca. ¿No sabes que nuestro señor me ha encargado que entretenga á esta viuda para que no moleste con su presencia á doña Carlota?

Doña Rita se estremeció.

Acababa de comprender la verdad de todo.

No hallando otro medio de venganza, afectó que el ataque nervioso tomaba mayores proporciones, y en una de las sacudidas dió al infeliz escudero una terrible bofetada.

—¡Cáscaras!—dijo Guijarro quedándose muy compungido,—parece que me ha dado con una manopla. Anda, Rosina, encárgate de la enferma, que después

de todo es comisión más propia de tu sexo, y tú has sido la promovedora del ataque nervioso que padece.

—¿Pero de veras no has sido tú quien quiso elevarse voluntariamente á sus ojos?

—Lo sabes mejor que yo. ¿Acaso no me has llamado conde tú misma, cuando aparentabas ser la bolera de los corrales de la corte?

—Es cierto; pero como eres un picarón, imaginé que pretendías seguir la farsa después de marcharse nuestro amo.

La viuda no pudo tolerar más aquellas declaraciones.

¿Qué necesidad tenía de hacerse la interesante á los ojos de un escudero?

El conde de Bark no existía; por lo tanto, sus decantadas riquezas, sus propósitos de casamiento, todo habíase disipado como esos mágicos panoramas que á veces refleja una nube en el horizonte de las regiones árticas.

Doña Rita se puso en pie.

Sus pupilas despedían rayos de cólera, y sus manos se crisparon

Sus cabellos, esparcidos por las sacudidas de la convulsión, la daban el aspecto de una furia.

Guijarro se estremeció.

—¡Sois un miserable, que habéis cometido conmigo la más horrible de las vilezas! pero os acordaréis de mí. En cuanto llegue á la corte voy á escribir á don Diego Sandoval todo lo ocurrido, y tanto á vos como á vuestro amo os ha de arrancar la lengua.

—¡Ya pareció aquello!—dijo Guijarro con una resignación digna de elogio.

—Ahora haced que preparen inmediatamente el carruaje. Aquí me ahogo, y no quiero permanecer un solo instante más. Afortunadamente nada ha sucedido entre nosotros que manche el brillante crisol de mi honra. ¡Ah! ¡ya veréis, ya veréis qué caro os cuesta la burla que habéis hecho!

Doña Rita se dirigió con paso acelerado hacia la casa.

En el zaguán encontró al cochero, que estaba retozando con la mujer del guarda.

—Prepara inmediatamente el coche.

—¿Quiere la señora salir?

—Me voy á la corte sin dilación; ¿lo entiendes? sin dilación.

El cochero obedeció.

Guijarro no se había atrevido á seguir á la viuda.

Temía las explosiones de su rabia.

Cuando las mulas estuvieron preparadas, el cochero anunció á doña Rita que todo estaba dispuesto para el viaje.

—Perfectamente; vamos, pues.

Y bajó precipitadamente la escalera.

—Es necesario advertir á Carlota cuanto sucede. No puedo dudar que ese Jacobo Grattis es un libertino que trata de engañarla, pero yo lo evitaré. Cochero, ¿qué hora es?

—Las nueve.

—¿A qué hora podremos llegar á Madrid?

—Como el camino es malo y la noche está muy oscura, siempre tardaremos cinco ó seis horas.

—A las tres en la corte. ¡Qué tarde, Dios mío! ¡Cuántas cosas pueden haber sucedido! Haced todo lo posible por apretar al ganado.

El cochero restalló el látigo, y las mulas partieron al trote.

La viuda estaba impaciente.

Su cabeza era un volcán.

—¡Quién había de suponer que ese miserable era un estúpido criado! Esto es horrible. ¡Yo que me hacía la ilusión de ser condesa!

Doña Rita pasábase de un asiento á otro, aplastando los almohadones del coche ó mordiéndose sus propios dedos.

Hallábase bajo los efectos de una excitación nerviosa que no la permitía la quietud.

—¡Jesús, este coche parece una carreta! Más de prisa, muchacho, más de prisa.

—Señora, nos exponemos á volcar.

—En ese caso no obliguéis á las mulas.

Aunque el interés que Carlota inspiraba á su amiga era grande, no llegaba hasta el punto de que prescindiese de su instinto de conservación.

Dos horas después el carruaje pasaba un áspero desfiladero de la sierra.

Doña Rita advirtió las heladas brisas del monte.

—¡Qué frío!—dijo cubriéndose con su manto.

El carruaje se detuvo de pronto.

—¿Qué sucede?—preguntó la viuda.

Y no había terminado de pronunciar la frase cuando se quedó petrificada de espanto.

Un hombre de ancho sombrero que casi cubría su rostro, y envuelto en una manta de camino, habíase colocado sobre el estribo.

Aquel extraño personaje llevaba en la diestra una pistola de gran calibre.

La cuadrilla del Alimaña, el célebre capitán de bandoleros á quien hemos visto sorprender en la hostería de maese Juan, seguía haciendo de las suyas en aquella localidad, y había asaltado el carruaje.

—¿Llevas algún objeto de valor?—preguntó el bandido á la viuda con rudeza.

Doña Rita, llena de miedo, apenas pudo responder negativamente.

El compañero del Alimaña dirigió una mirada al interior del vehículo.

—No hay nada, y tú no mereces la pena de llevarte con nosotros. Muchachos, desenganchad las mulas y al carrascal. Esto es lo único que puede valer alguna cosa.

Los bandoleros obedecieron las órdenes del jefe que interinamente había sustituído al Alimaña.

Pocos momentos después la lanza del coche se inclinaba al suelo, y las mulas, conducidas por los salteadores, se dirigieron hacia la montaña.

—¡Ah, Dios mío! y ahora ¿qué vamos á hacer?—exclamó la viuda.

—Señora,—respondió el conductor,—demos gracias á Dios porque esos miserables se han contentado sola-

mente con llevarse las caballerías. No creáis que siempre hacen eso sólo.

—¿No habrá cerca alguna cabaña de pastores ú otro sitio cualquiera donde esperar el día?

—Cerca de aquí hay una venta; pero no sé si el hostelero querrá abrir.

—Probad; yo voy á quedarme helada. El viento parece un puñal.

El conductor alejóse, llamando poco después en la puerta de la casa de maese Juan.

Este no se negó á conceder hospitalidad á la viuda.

Pero doña Rita no pudo conciliar el sueño: hallábase muy agitada con las impresiones que había experimentado.

Al despuntar el día oyó en el camino los alegres rumores de las colleras.

—¡Un coche, un coche!—exclamó.

Y salió al campo.

Con efecto, un carruaje se había detenido en la puerta de la venta.

En el interior iban algunos viajeros que, más afortunados que la viuda, no habían sido detenidos por los salteadores.

La viuda subió al interior.

—¿Va este coche á Madrid?—preguntó á uno de los viajeros.

—Sí, señora.

—Perfectamente; me he salvado.

Cuando la viuda se apeó en la corte, dirigió una

ávida mirada á un reloj situado en la torre de una iglesia.

Eran las nueve.

El retraso había sido inevitable.

Inmediatamente se aventuró por el laberinto de calles que conducían á la casa de Carlota.

—¡Qué sorpresa va á experimentar mi amiga! El chasco ha sido espantoso. Yo haré que no vuelva á recibir á Jacobo Grattis, joven que, á pesar de su fina exterioridad, me parece un libertino indigno de frecuentar su morada.

La viuda llegó á la casa de Carlota.

Marieta abrió la puerta.

—¿Y tu señora?

—No se ha levantado todavía.

—¡Gracias á Dios!

Y doña Rita se dirigió al aposento de la esposa de don Diego Sandoval.

---

# CAPITULO XLIV

---

DONDE UN MARIDO AUSENTE ANUNCIA SU REGRESO

Carlota estaba en el lecho.

Sus cabellos de ébano estaban esparcidos sobre la almohada.

Al sentir que la puerta giraba clavó sus negros y radiantes ojos húmedos por el llanto en la viuda.

—¡Ah, sois vos!

Doña Rita dejóse caer en un sillón rendida de cansancio.

—¿Qué os sucede?—preguntó la joven incorporándose en el lecho y recatando con la diestra su seno mórbido y elevado.

—Amiga mía, hemos sido víctimas de un cruel engaño, de una vileza que no tiene nombre.

—Pero explicaos.

—Ante todo debo haceros una pregunta. ¿Habéis visto á Jacobo Grattis?

Las mejillas de Carlota se ruborizaron.

Procuró, sin embargo, disimular su turbación.

En las breves horas de una noche, sus labios habían aprendido á mentir.

—Decidme, ¿habéis visto á ese hidalgo? – insistió doña Rita?

—Ya veríais que acepté su carruaje para regresar á la corte.

—Con efecto. ¿Y os acompañó?

—Hasta Madrid.

—Pero ¿no hasta vuestra casa?

—No, señora.

La viuda desahogó su pecho con un suspiro.

—Perfectamente, amiga; la Providencia ha querido salvaros. Ese hombre es un miserable.

—¿Por qué?

—Sabed que vuestro esposo se halla á estas horas en Valencia cumpliendo los encargos de su consocio Villarroel, y que no ha pensado un solo momento en faltar á sus sagradas obligaciones.

—¿Quién os ha dicho semejante cosa?

—Rosina.

—¿La manceba de mi marido?

—No, la criada de Grattis, que se ha prestado á desempeñar ese papel. El conde de Bark tambien es un mito. Sabed, amiga mía, que es el escudero del hombre que trata de engañaros para hacer que caigáis en los profundos abismos del vicio.

Doña Rita refirió á Carlota cuanto había pasado.

La joven sintióse desfallecer.

Disimuló, sin embargo, su turbación.

Ya era esclava de Jacobo Grattis, ya no podía retroceder.

Además, en su alma había despertado la llama del amor.

Aunque le pareciese censurable la conducta del italiano, no dejó de admirarla el ingenioso ardid que había empleado para hacerse dueño de su corazón.

—Afortunadamente,—prosiguió Rita,—no tiene don Diego necesidad de saber lo ocurrido. Con su carácter sería capaz de hacer cualquier locura. Ahora mi deseo es ver á Grattis. El vendrá á veros seguramente.

—Es posible.

—Pues en ese caso dejadme que yo le reciba; os aseguro que no ha de quedar aficionado á volver.

La viuda refirió también á su amiga el contratiempo sufrido con los bandoleros.

—¿Vendréis muy fatigada?

—Mucho; apenas puedo sostenerme.

—¿Por qué no descansáis un rato?

—Sí, eso es lo que anhelo.

La viuda se puso en pie, dió un cariñoso beso á la joven y retiróse á su estancia, donde pocos momentos después dormía con la tranquilidad del justo.

Carlota habíase vestido.

Grandes preocupaciones embargaban su mente.

Ya no podía retroceder.

Cuando la nieve de la castidad pierde su blancura es imposible que la recupere.

Había establecido comparaciones entre el adusto don Diego y el galante Jacobo Grattis.

En ellas tenía necesariamente que perder el primero.

—Es preciso que yo escriba á Grattis: no quiero exponerle á las reprensiones de doña Rita. Le rogaré que no venga hoy.

Y Carlota sentíase poco halagada con aquella determinación.

Pero ¿qué partido tomar?

Si Carlota sentía miedo porque su esposo pudiese sorprender sus relaciones, no era tampoco la viuda la que menos se lo infundía.

La joven llegó á desear que Sandoval volviese de Valencia.

Entonces doña Rita se establecería de nuevo en su casa, y las ocupaciones de don Diego le obligaban á permanecer muchas horas lejos del hogar.

Carlota se aproximó á una mesa é iba á poner la pluma sobre el papel cuando sintió que la puerta se abría.

Era Marieta.

—Señora, el joven que vino á visitaros ayer pregunta por vos.

Las mejillas de Carlota palidecieron.

—Hazle pasar,—dijo la joven.

La doncella se retiró.

—Afortunadamente no creo que Rita se despierte tan pronto.

Pocos momentos después Grattis entraba en el gabinete contiguo al dormitorio de la joven.

Carlota, elegantemente vestida con un traje de ma-

ñana, dirigió á Grattis una mirada de cariñosa reconvención.

Jacobo se sonrió.

Había sabido por Marieta la llegada de la viuda, y suponía algo de lo que había pasado.

—Tengo que darte muchas quejas,—dijo Carlota.

—Y yo estoy dispuesto á sufrir tus más severas reprensiones.

—¿Qué necesidad tenías de haber urdido una trama más propia de las farsas que se representan en los corrales que de llevarse á la práctica de la vida?

—Carlota, debes tener en cuenta una cosa: dicen que el fin justifica los medios; yo no podía vivir sin tu amor, y jamás hubieses correspondido á él. Tu virtud era una fortaleza inexpugnable. Jamás se hubiese rendido por los medios naturales. Era preciso apelar á una estratagema, y eso es lo que he hecho. Dime, ¿tu amiga está furiosa?

—Más que te figuras. Ha sabido que el supuesto conde de Bark es tu escudero, y que Rosina no es más que una criada que se ha prestado gustosa á desempeñar el papel de bolera y amante de mi esposo. Excuso decirte que lo primero que ha procurado es desprestigiarte á mis ojos.

—¿Pero tú no habrás dado oído á sus consejos?

—¡Ah, Grattis, ya era demasiado tarde para hacer otra cosa! Sin embargo, es preciso que nos guardemos de ella. Desea hablarte.

—¿Le habrás prometido que lo conseguirá?

—De ningún modo. Yo sé que su lengua hace más

daño que un puñal damasquino; también conozco tu carácter... y no quiero que tenga lugar entre ambos una escena desagradable.

—Ten en cuenta que no sé regañar con las damas, aunque éstas sean como doña Rita.

—No obstante. Lo necesario es que no te vea en casa: sería capaz de decirle á mi esposo todo lo que ha sucedido.

—¿Y cómo evitar que me vea?

—Muy fácilmente. Mi marido no puede tardar en volver á la corte. Tan pronto como esto se realice, Rita se marchará á su casa. Ya sabes que Diego tiene ocupaciones que le alejan de aquí muchas horas. Entonces podremos vernos.

—¿Y mientras tu esposo esté ausente?

—Hay que hacer el sacrificio de permanecer separados.

En las facciones de Grattis se dibujó el disgusto más profundo.

—No puedo avenirme á lo que me indicas.

—Entonces...

—Doña Rita es mujer que no se acuesta muy tarde. ¿Por qué no he de entrar en tu casa cuando esto se haya verificado?

—¡Ah, Grattis, tengo miedo!

—¿Miedo? ¡Parece imposible que digas semejante cosa! Comprendería que te lo inspirase no verme, pero nunca lo que te propongo.

—Bueno, de todas maneras ahora conviene que te alejes de aquí. Rita está impresionada con lo sucedido,

y no permanecerá mucho tiempo en el lecho. Cuando has entrado me disponía á escribirte.

—Pero yo, adivinando tus pensamientos, no he querido que lo hagas.

—Sólo te recomiendo que tengas juicio, pues en ello va la tranquilidad mía.

Jacobo Grattis se puso en pie.

—Adiós, pues. Espero que esta noche te asomes al balcón; así podremos hablar un rato.

—Te lo prometo.

El italiano estampó un ardiente beso en los labios de Carlota.

Media hora después de haber salido Grattis de la estancia, Marieta se presentó en ella trayendo una carta.

Carlota conoció en el sobrescrito la letra de su esposo.

Sandoval anunciaba á la joven que, habiendo ultimado sus asuntos, regresaría á la corte muy en breve.

---

# CAPITULO XLV

DONDE JACOBO GRATTIS SE GRANJEA UN ENEMIGO MORTAL

Una hora después de haber salido Jacobo Grattis de la casa de Carlota, doña Rita, que apenas había podido conciliar el sueño, se presentó en el gabinete de su amiga.

—¿Quién ha llamado hace poco á la puerta?—preguntó.

—Será cuando han traído carta de mi esposo.

—¿Qué dice Sandoval?

Carlota, por toda respuesta, entregó la epístola á la viuda.

Esta paseó su mirada por ella.

—Perfectamente; buena falta hace que venga por aquí.

—¿Por qué decís eso?

—Lo digo, porque se me figura que ese italiano os ha causado una impresión bastante profunda.

—¿Jacobo Grattis?

—El mismo.

—No lo creáis.

—Sin embargo, cuando os he referido todas las infamias que ha hecho, no os habéis indignado tanto como creía.

—Es verdad; no sólo no me he indignado, sino que me han producido mucha alegría.

—Pues no lo comprendo.

—No se necesita pensar mucho para dar una explicación á mis palabras. ¿Creéis que la sorpresa que hayan podido producirme las estratagemas de ese joven no palidece comparándola con haber adquirido la seguridad de que mi esposo me ama?

—Es cierto; mirando las cosas bajo ese punto de vista, os sobra la razón.

Doña Rita no habló de Grattis ni de Guijarro durante el resto del día, no porque éstos no la preocupasen, sino porque trataba de alejar este pensamiento de Carlota.

Cuando llegó la noche, ambas amigas cenaron juntas, y luégo la viuda dijo:

—Esta noche debemos acostarnos temprano; vos estaréis cansada, y en cuanto á mí, no puedo sostenerme en pie. ¡Han sido tan fuertes las emociones que he recibido! ¡Quiera Dios que no me cuesten alguna enfermedad!

—Retiraos, pues.

—¿No vais á hacer lo mismo?

—Sí. ¿Qué iba á hacer sola?

—Es verdad, Carlota; debemos acostarnos.

La viuda, siguiendo su costumbre, dió un beso en las mejillas de la jóven, dirigiéndose luégo á su dormitorio.

—No hay quien me quite de la cabeza que Grattis ha vencido la antipatía que por él experimentaba Carlota. La encuentro á ella menos explícita. Parece que se ha hecho menos pusilánime de las cosas del mundo. ¿Habré llegado tarde á Madrid? Todo es creíble tratándose de un hombre tan libertino como el italiano. ¡Ah! ¡si yo supiese que Carlota me había ocultado la verdad, sería capaz de cometer cualquier desatino!

La viuda no podía conciliar el sueño.

Estos pensamientos la preocupaban.

Instintivamente se acercó al balcón.

Un hombre embozado hasta las cejas y cubierto por un ancho sombrero se paseaba por la calle.

Doña Rita clavó en él una mirada recelosa.

—Ese hidalgo parece Grattis; sí, no tengo duda; su misma desenvoltura al andar. ¿Tendrá algún plan respecto á Carlota? ¿Pensará robarla? ¿Ó serán ciertas mis sospechas, y aguardará la hora de una cita? De todas maneras conviene que no me vea.

Y la viuda apagó la luz que ardía en la estancia, sentándose después junto al balcón.

De este modo podía observar perfectamente al italiano, sin que él la descubriese, pues el cielo estaba cargado de nubes que amenazaban deshacerse en lluvia.

Grattis dirigía á cortos intervalos sus miradas hacia el balcón del gabinete de Carlota.

—No cabe duda; ese joven espera á mi amiga.

Un momento después doña Rita pudo adquirir la certeza de que no se había engañado en sus suposiciones.

Oyó el ruido que producían las vidrieras del balcón contiguo.

—¿Quieres que suba?—preguntó Grattis.

—No, es imposible. Mi amiga está muy recelosa.

—Siempre ha de interponerse esa maldita vieja.

Doña Rita se mordió los labios.

Ningún improperio, por grave que fuese, la hubiera ofendido tanto como el que acababa de oir.

Tuvo que hacer esfuerzos poderosos para no asomarse y arrojar al italiano cualquier objeto.

—Mira,—prosiguió Carlota,—hoy he recibido carta de mi esposo. En ella me dice que ha ultimado los asuntos y que regresará en seguida. Es necesario, por lo tanto, obrar con mucha prudencia. No vuelvas hasta que él esté aquí. Temo á mi amiga mucho más que á Diego.

—Se comprende: es mucho más fácil engañar á un esposo que á una bruja con pretensiones.

Doña Rita se retiró del balcón, dejándose caer sobre el lecho y mordiendo las almohadas.

Desde allí pudo escuchar los pasos de Grattis, que se alejaba.

—Ahora mismo voy á la habitación de Carlota,—exclamó la viuda;—quiero afearle su conducta, no sólo por haber faltado á los sagrados deberes que la unen á un hombre cuya conducta es intachable, sino por permi-

tir que ese mentecato me insulte de un modo tan cruel.

La viuda iba á poner en práctica sus palabras, cuando se detuvo.

—No, yo no debo decirla nada. Se reiría de mí, y no por esto había de evitar los males. Mejor es que despierte sospechas en Sandoval. Esto no es difícil, tratándose de un hombre tan celoso. A fin de no perjudicar á Carlota, á la que estimo, á pesar de su poca franqueza, haré que la odiosidad de don Diego recaiga sobre Grattis. No me considero dichosa hasta que me vengue del italiano. ¡Ya verá de lo que es capaz esta bruja con pretensiones de joven!

La viuda no cerró los ojos en toda la noche. Estaba sobreexcitada y furiosa.

Al siguiente día estuvo muy seria con Carlota, y apenas la dirigió la palabra.

Esta atribuyó su laconismo á la tristeza que la había producido el desengaño del supuesto conde de Bark.

Hallábase, además, demasiado preocupada con sus nuevos amores para inquietarse por los asuntos de la viuda.

Grattis, fiel á los deseos de la joven, no fué á visitar á Carlota aquel día.

Por la noche, cuando las dos amigas estaban cenando, sonó en la puerta un fuerte campanillazo.

Carlota palideció.

Marieta fué á abrir.

Un momento después entraba en la estancia don Diego Sandoval.

Arrojó al suelo la pequeña maleta que conducía, abrazando á su esposa.

Luégo entregó su mano á doña Rita.

—Gracias á Dios que estoy en Madrid,—dijo don Diego;—apenas ha durado mi ausencia dos semanas, y me han parecido dos años. ¿Qué tal, Carlota? ¿Cómo lo habéis pasado, doña Rita? ¿Os habéis acordado de mí? Yo, por mi parte, no os he olvidado un momento.

Carlota estaba emocionada, y apenas pudo responder á las preguntas que le hizo su esposo.

—¿Ahora os acostaréis?—preguntó doña Rita.

—Ojalá pudiera; pero es imposible. Todavía no he ido á casa de Villarroel. Tomaré alguna cosa que fortalezca mi estómago, y en seguida voy á darle cuenta de mi llegada.

Carlota se levantó, saliendo de la estancia en busca de algún manjar para su esposo.

Entonces doña Rita se acercó á don Diego y le dijo en voz baja:

—Si tenéis que salir, voy á rogaros que tan pronto como ultiméis vuestros asuntos con Villarroel, vayáis á mi casa.

—¿A vuestra casa? ¿Con qué objeto?

—Tengo que hablaros.

Las mejillas de don Diego adquirieron un matiz verdoso.

—¿Ha sucedido algo?

—Ya os diré.

—¿Pero Carlota?...

—Callad, no es esta ocasión oportuna para que ha-

blemos. Reprimid vuestra impaciencia, y no dejéis de ir á verme.

—No faltaré.

Carlota entró de nuevo en la estancia, poniendo sobre la mesa un plato con un fiambre.

Don Diego no quiso probarlo.

—No tengo gana,—dijo;—estoy impaciente por ver á Villarroel.

—Pero toma alguna cosa.

—No, no quiero.

Y calándose el sombrero, salió de la casa.

Doña Rita también se puso en pie.

—Qué, ¿os vais tan pronto?—preguntó Carlota.

—Hija mía, ya os dejo con vuestro marido; ya sabéis que no estaba aquí más que durante su ausencia.

Y la viuda se despidió de Carlota.

---

# CAPITULO XLVI

---

LA DELACIÓN DE LA VIUDA

Nunca tuvo don Diego tanta precisión de demostrar su fuerza de voluntad como aquella noche.

Obedeciendo á sus naturales deseos, de buena gana hubiese prescindido de ir á la casa del comerciante Villarroel, volando á la de la viuda.

Pero en el mundo no puede hacerse todo lo que anhelamos.

Don Diego tenía la sagrada obligación de manifestar á su socio el resultado de sus gestiones en Valencia.

Sandoval subió de cuatro en cuatro los escalones de la casa del comerciante; luégo llamó, y apenas le abrieron la puerta entró en el despacho de Villarroel.

—Amigo mío, no vengo más que á presentarme para que sepáis mi llegada. Mañana hablaremos con detenimiento; hoy me encuentro malo.

—Con efecto, parece que estáis muy agitado.

—Mucho, amigo mío, mucho; el viaje es molesto; para los temperamentos nerviosos como el mío, debiera inventarse un sistema más rápido. Esto es, un vehículo que fuese arrastrado por águilas.

—¿Queréis tomar un refresco ú alguna otra cosa?

—Muchas gracias, amigo mío; no deseo más que dormir.

—En ese caso, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y don Diego salió de la estancia y bajó de dos en dos los escalones.

Durante el trayecto que mediaba entre la casa del comerciante y la de la viuda, la cabeza de Sandoval fué un volcán.

—No tengo duda que las breves indicaciones que me ha hecho doña Rita se relacionan con mi mujer. De otra manera me hubiese hablado. ¿A qué conducía asegurar que la ocasión no era oportuna? ¿Habrá cometido Carlota alguna imprudencia? ¡Me ha extrañado que no me haya escrito en dos semanas! ¡Ah! ¡como yo sepa lo más mínimo!...

Y don Diego apretaba los puños con crispación nerviosa.

Tan abstraído se hallaba en sus meditaciones, que más de una vez tropezó con algún tranquilo transeunte.

Don Diego no se detenía por esto á justificar su torpeza con alguna excusa. Su objeto era llegar cuanto antes á la casa de doña Rita.

Cuando lo consiguió, la viuda acababa de entrar.

—Hablad, señora,—dijo don Diego, dejándose caer

en una silla y limpiándose con su pañuelo la frente, que estaba inundada de sudor.

—Serenaos un instante.

—¿Que me serene? ¿Y cómo queréis que tenga tranquilidad mientras no sepa lo sucedido? ¡Mil rayos, hablad pronto! ¿No veis que la impaciencia me está ahogando?

—Vamos, don Diego, la cosa no tiene importancia. Es preveniros que á Carlota...

—Proseguid.

—La amenaza un grave peligro.

—¡Un grave peligro!

—Sí. ¿Recordáis aquel joven que en una ocasión se detuvo delante de la ventana de vuestra casa para contemplar á Carlota?

—¿Que si lo recuerdo? Ya lo creo. Fué el mismo que después me pidió una satisfacción porque le cerré las vidrieras en sus propios ojos.

—Precisamente, sé que es el mismo, porque Carlota me lo dijo al día siguiente de marcharos á Valencia.

—¿Y qué ha sucedido?—preguntó don Diego sin poder reprimirse.

—Pues ese joven, que se llama Jacobo Grattis y es poseedor de pingües riquezas, ha tenido la avilantez...

—¿De pensar en Carlota?

—Precisamente.

—¡Rayos del infierno!... ¿Sabéis dónde vive?

—Lo ignoro; pero os será muy fácil encontrarle.

—Decidme los medios. Ya ardo en deseos de dar una lección á ese caballerito.

—Ante todo debo recomendaros mucha prudencia.

—Eso no es necesario aconsejármelo; ya sabéis que nunca pequé de ligero.

Don Diego creíase de buena fe que estaba dotado de un carácter angelical.

—Decidme,—prosiguió,—¿cómo habéis comprendido que ese villano trata de robarme el amor de mi esposa?

—Os lo diría si no temiese exacerbar vuestra cólera.

—Decid, doña Rita, no parece sino que estáis hablando con una fiera. Yo he recibido buena educación, y aunque mi carácter sea un poco impetuoso, tengo un gran dominio sobre mí mismo. Para algo sirve haber alternado en buenos círculos sociales.

—Pues bien, don Diego, el mismo día que salisteis para Valencia, yo propuse á Carlota que me acompañase á San Plácido. En esa iglesia predicaba aquella noche el reverendo padre Basilio.

Sandoval hizo un movimiento de disgusto; pero no queriendo que la viuda interrumpiese el hilo de la conversación, se contuvo.

—Carlota,—prosiguió doña Rita,—tuvo cierta repugnancia en acceder á mis ruegos; pero como no se trataba de cosas que pudiesen ofenderos, consintió en acompañarme. No habían pasado dos minutos desde que entramos en la iglesia, cuando Jacobo Grattis penetró también.

—¡Qué casualidad!—dijo el celoso marido con cierta ironía.

—Pues podéis creer que fué una casualidad.

—Seguid.

—Después del sermón, el joven nos ofreció agua bendita.

—¿Que no aceptaríais teniendo ambas tan buenas manos para tomarla?

—Eso hubiese sido un proceder grosero, y no pudimos evadirnos de aceptar su oferta. Desde entonces Grattis no se aparta de la calle en que vivís. Sus ojos se hallan constantemente fijos en los balcones de vuestra casa. Es indudable que conspira contra vuestra ventura conyugal.

—¡Fuego de Dios! ¡Yo le diré á ese caballero los graves peligros que puede encontrar el hombre que solicita á las mujeres casadas! ¿Ha advertido Carlota las pretensiones de ese libertino?

—Creo que no. Ya sabéis que ella no se asoma jamás al balcón.

—Y decidme, ¿á qué hora acostumbra ese hidalgo á pasear mi calle?

—Generalmente de noche.

—De noche, ¿eh? Lo mismo que los murciélagos y las lechuzas. Perfectamente. Doña Rita, vuelvo á mi casa. Quizás ahora le encuentre.

—No será difícil, pero os recomiendo, por Dios, mucha prudencia.

Don Diego estrechó la mano de la viuda y se dispuso á salir.

—Oid,—le dijo doña Rita,—había olvidado haceros una advertencia.

—¿Qué deseáis?

—No digáis á Carlota absolutamente nada de lo que hemos hablado.

—¡Buena recomendación! ¿Me creéis tan iluso que vaya á decirla cosas que ignora? Eso sería predisponer su ánimo á la curiosidad.

—Pudierais en un momento de enojo...

—No; quedad tranquila. Nada sabrá por mí.

Y Sandoval salió de casa de la viuda, dirigiéndose hacia la suya.

Ya era una hora bastante avanzada.

Don Diego embozóse hasta los ojos al llegar á su calle y desenvainó el acero.

La calle estaba desierta.

A través de las vidrieras de los balcones de su casa se advertían los pálidos reflejos de una luz.

—Todavía no se ha acostado,—dijo Sandoval refiriéndose á su esposa.—¡Ah, Dios mío, si alguna vez me arrebatasen su amor!... No quiero pensarlo siquiera. Sería capaz de cometer los mayores crímenes. Pero esto no es posible: Dios no puede consentir semejante infamia. Yo me he sacrificado por ella; si alguna vez la mortifico con mis celos, éstos son el testimonio más claro de lo mucho que la idolatro La calle está desierta. Ese infame parece que tiene mejor olfato que un sabueso. ¡Jacobo Grattis! ¿Quién será ese hidalgo? ¡Nunca le he oído nombrar en la corte! ¿Será esto una oficiosidad de doña Rita? De todas maneras conviene observar, y observaré. Desde mañana, á las horas que tengo costumbre de ir á la casa del comerciante, voy á constituirme en un espía. Si veo á ese joven mirando á

los balcones... Vamos, no quiero pensarlo siquiera.

Y don Diego contrajo los puños.

Luégo introdujo la llave en la cerradura de la puerta, y, haciéndola girar, penetró en el zaguán de su casa.

---

# CAPITULO XLVII

---

UN DESENLACE SANGRIENTO

Don Diego procuró afectar una tranquilidad que se hallaba muy lejos de sentir.

Cuando entró en su casa, Carlota no dormía.

La joven le esperaba reclinada en un sillón.

—¡Cuánto has tardado!—dijo á su esposo, dirigiéndole una dulce sonrisa.

—Con efecto; pero ¿qué quieres? el hombre pocas veces es dueño de su albedrío.

—¿Has visto á Villarroel?

—Sí.

—¿Habéis dejado ultimados todos los asuntos?

—¡Ojala, hija mía! pero desgraciadamente no es así. Mañana por la noche necesito volver á su casa, ¡y sabe Dios el tiempo que permaneceré en ella! Como antes de partir no pude arreglar las cuentas, ahora me encuentro con un gran atraso.

—¡Qué fastidio!

—Con efecto, Carlota, es una desesperación, sobre todo para un hombre de mi modo de ser. Bien sabes que no me gusta alterar la tranquilidad de mi vida. En fin, no hay más remedio. Los que no poseemos más medios de vida que el trabajo es fuerza supeditarnos á él.

En aquel instante, Carlota levantó la cabeza, que había tenido inclinada hasta entonces, afectando ha llarse distraída con su labor.

Don Diego observó que sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

—¿Qué tienes?—la preguntó con alguna sequedad.

—¿Yo?

—Sí; parece que has llorado.

—No lo creas,—dijo la joven palideciendo levemente.—¿Por qué había de llorar?

—Tus ojos están escaldados por las lágrimas; no tengo duda.

—Te engañas Será de haberme fijado en la labor.

—En ese caso, no vuelvas á coser de noche.

—¿Qué quieres que haga? Me aburro.

—Pues hasta ahora, ni te habías aburrido, ni te habías cansado con la costura.

—Es verdad; pero, ¿qué quieres? no siempre el espíritu y el cuerpo se hallan lo mismo.

Sandoval movió la cabeza tristemente.

Un volcán de celos estallaba en su alma.

—¿Sabrá que ese libertino la ronda la calle? ¿Acaso habrá conseguido interesar su corazón? ¡Ah! ¡Es pre-

ciso que yo la observe! ¡Daría la mitad de mi vida porque hubiese llegado el día de mañana!

—¿No tienes sueño?—preguntó Carlota.

—No, ninguno.

—¿Supongo que habrás cenado en casa de Villarroel?

—Sí.

—Si no lo hubieses hecho, yo te he guardado un manjar que te agrada mucho.

—Gracias, no quiero nada. Aunque me ofrecieses el plato más selecto, no podría comer.

—¿Estás enfermo?

—No sé: parece que siento fiebre.

—Acuéstate.

—Sí, vamos á acostarnos.

Durante la noche, ninguno de los dos esposos pudo conciliar el sueño.

Ambos se hallaban muy preocupados.

A la siguiente mañana, apenas brilló el sol, don Diego saltó del lecho.

Carlota afectó que dormía.

Desde que amaba á Grattis hallábase turbada en presencia de su marido.

Sandoval vistióse, pidió el desayuno á Marieta y salió de su casa.

Su objeto era visitar al comerciante, aunque la hora era intempestiva.

—De esta manera,—se dijo,—me queda la noche completamente libre para observar.

La mañana estaba muy fría.

Al salir don Diego, vió en la calle á un hombre que iba seguido de una multitud de curiosos y de cuatro alguaciles.

Era un pregonero.

Este gritó con alto y monótono acento que aquella tarde debía morir el Alimaña, el célebre capitán de bandidos que fué capturado por los cuadrilleros, gracias á la astucia del mayordomo Picoli.

Don Diego no quiso detenerse.

Hallábase demasiado preocupado para que la sentencia de muerte de un bandolero le impresionase.

Salió, pues, de la calleja, dirigiéndose á la casa del comerciante.

En cuanto á Carlota, apenas se alejó su marido vistióse, y después de correr el pestillo de la puerta, acercóse á la mesa para escribir á Grattis.

En las breves líneas que trazó su mano decíale que aquella noche su esposo no estaría en la casa, y que esperaba verle por lo tanto.

Recomendábale que no subiese si no veía en la balaustrada del balcón una cinta que serviría de seña para acreditar la ausencia de Sandoval.

Cuando terminó la carta la envió con Marieta, única persona que la inspiraba verdadera confianza.

Parecerá imposible á nuestros lectores que Carlota, aquella mujer á quien hemos visto tan virtuosa y amante de su esposo, hubiese podido sufrir un cambio tan grande en el corto período de algunos días.

Sin embargo, ¡cuántos ejemplos análogos se han visto desgraciadamente en el mundo!

Bastan algunas gotas de veneno para desequilibrar todo el organismo y producir la muerte.

Del propio modo, es bastante una caricia impura para que la casta esposa se decida por el ponzoñoso sendero del vicio.

Carlota había vivido hasta entonces como esas flores que crecen en la templada atmósfera del invernadero.

Una vez que el cierzo agitó sus nevados pétalos, ya no era posible que la mano del floricultor pudiese hacerla recobrar su perfume y sus colores.

Jacobo Grattis la había subyugado con su bizarría, con su juventud y con su talento.

---

Don Diego, apenas terminó sus quehaceres, volvió á su casa.

Habíale advertido á Villarroel que no volvería hasta el día siguiente.

En las calles notábase una gran agitación, producida por esa turba de curiosos que se dirigen á los alrededores del patíbulo cuando algún desgraciado va á entregar su cuello al verdugo.

Todas las conversaciones basaban sobre el célebre capitán de bandidos que aquella tarde debía ser ajusticiado.

Todos caminaban en nutridos grupos hacia la plaza en que había de verificarse la ejecución.

Unos llevando á las espaldas hinchadas botas de vino.

Otros con cestas atestadas de víveres.

Más parecía que iban á una verbena ó á festejar el santo patrón de la corte, que á ver la muerte de un hombre.

Por llegar antes se empujaban, codeándose los unos á los otros con incomprensible afán.

---

Don Diego Sandoval entró en su casa.

Carlota le recibió con una afabilidad extraordinaria.

¡Ah! ¡cuán cierta es aquella máxima que asegura que el que nos acaricia más de lo que tiene por costumbre no trata sino de disfrazar sus engaños!

No obstante, don Diego no interpretó de este modo las demostraciones cariñosas de su mujer.

¡Es tan difícil que un hombre no las dé crédito!

Y aunque desconfíe de ellas, ¡es tan dulce la mentira en unos labios color de rosa y en una mano blanca y suave como el armiño!...

Para conocer á las mujeres no basta la experiencia de los hombres.

Don Diego estuvo á punto de caer en el lazo.

Era el leon subyugado por la hermosura, que esconde sus garras y arrastra su melena por el arenal del desierto.

Hasta esos terribles felinos pierden sus voraces y sanguinarios instintos en presencia de la hembra.

¡Qué mucho que al celoso marido le sucediera lo propio!

Casi sintió arrepentimiento por haber dudado de Carlota.

¡Era tan plácida su sonrisa!...

¡El bueno de Sandoval no recordaba, ó, por mejor decir, no sabía que la repugnante hiena también lanza estridentes carcajadas al descubrir los putrefactos restos de un cadáver!

Don Diego pasó su mano por los sedosos cabellos de su esposa.

Luégo estampó un ósculo en sus labios.

Todas estas manifestaciones de amor las recibía Carlota con aparente gozo.

Don Diego iba á revelar á Carlota su secreto.

Iba á decirla las injustas y crueles sospechas que había abrigado.

Detúvose, no obstante.

A veces la duda asomaba su descarnada faz, como el náufrago, después de hundirse en el proceloso mar, vuelve á aparecer en la superficie de las ondas haciendo más horrible su agonía.

—Carlota, —dijo Sandoval repentinamente, —me voy.

—¿Adónde?

—Ya lo sabes. ¿No recuerdas que ayer te advertí que hoy tenía precisión de ir á casa de Villarroel?

—Sí, lo recuerdo.

—Adiós, pues.

—¿A qué hora volverás?

—Tarde, muy tarde. Sábelo Dios. Los libros están endiablados.

Carlota presentó su mejilla á don Diego.

Parecía un copo de nieve sobre el que había caído

una gota de sangre, desvaneciéndose sobre su tersa blancura

Un momento después don Diego salía de la casa.

Carlota esperó un instante.

Cuando hubo calculado que Sandoval ya estaría á alguna distancia, entreabrió las vidrieras atando á la balaustrada del balcón una cinta azul.

Parecía haber elegido este color como emblema de los celos de su esposo.

Este habíase alejado poco, entrando en una hostería próxima.

La impaciencia le ahogaba.

—Dentro de algunos instantes volveré á casa,—se decía;—y si encuentro en la calle á ese miserable... ¡no lo quiero pensar!

Y al decir esto, llevóse maquinalmente la diestra á la empuñadura de la espada.

---

Entretanto Jacobo Grattis habíase aventurado por la escalera de la casa de Carlota.

Grattis llamó á la puerta.

Carlota esperaba.

—Ven,—le dijo la joven cogiéndole de la mano y conduciéndole por un pasillo.

El italiano obedeció.

Carlota entró en su estancia seguida de Grattis.

—¡Qué pálida estás, amor mío!

—Sí, estoy enferma; tengo mucho miedo, ¿á qué negártelo?

—¡Qué pusilánime eres!

—¿Te parece que no hay sobrada razón para tenerlo? ¡Ah, Jacobo, yo te amo, pero no podré resistir mucho tiempo esta horrible ansiedad!

—Esa ansiedad puede desaparecer cuando tú quieras.

—¿Cómo?

—Hay dos medios.

—Dímelos, Jacobo.

Y Carlota clavó en el joven sus negros y apasionados ojos.

—El primero es que provoque cualquier cuestión con Sandoval. El no es hombre que aguanta fácilmente las groserías, y yo tengo mucha confianza en mi espada.

—¡Ah, calla, calla, por Dios! Eso es horrible. ¿No satisfecho con haberle arrebatado la honra quieres también quitarle la vida?

—¿Acaso no me la ha quitado él á mí? Tú eres mi vida; más que mi vida, porque eres mi amor; y, sin embargo, él es tu dueño.

—¡Jamás! Si cometías ese crimen, yo me encerraría en un convento.

—Entonces acepta lo que voy á decirte. Huye de esta casa. Ya sabes que poseo inmensas riquezas y que en cualquier país puedo adquirir un palacio digno de tu hermosura.

—Tampoco, Grattis. Diego moriría de dolor y de vergüenza, y el mundo me echaría en cara mi liviandad.



—No lo creas. No te niego que eso pudiera suceder con una mujer humilde y de pobre posición, pero contigo nunca. La mujer que rodea su cuello con brillantes, que siempre se viste de seda y terciopelo, que va manchando á los transeuntes con el lodo que levantan las ruedas de su carroza, no le faltan aduladores que la hagan saludos hasta los pies y que se arrastren como inmundos reptiles. Dirás que mis máximas son poco morales; pero ¿acaso ne debe hablarse alguna vez sin cubrirse con el antifaz de la hipocresía? Volveré á Italia; ¡ya verás qué encantadoras son sus ciudades! Parece que Dios ha querido derramar en ellas la grandeza de que está dotado y la sublimidad que posee. Allí nadie interrumpirá nuestra ventura. Viviremos el uno para el otro.

—¡Ay, Grattis! ¿y si algún día, cansado de mi amor, te hastías de mis caricias?

—No lo creas. Así como los hombres no se cansan nunca de contemplar los fúlgidos rayos del sol, que fertiliza sus campos, yo no puedo hastiarme de mirar tu belleza, con lo que llenas mi alma de felicidad.

Carlota se sonrió, reclinando su linda cabeza sobre el hombro de Grattis.

Grattis rodeó con su brazo el esbelto talle de la joven, y atrayéndola dulcemente hacia su pecho, estampó un ardiente beso en su boca.

—Después de todo,—dijo Carlota,—¿por qué no aceptar lo que me propones? Menos criminal es huir de la casa de mi marido que permanecer á su lado cubriéndole de oprobio. Sí, Grattis, partamos á Italia.

Mientras tú me concedas una sola mirada, yo seré dichosa; tan dichosa, que hasta olvidaré que he destrozado el corazón del hombre que unió su destino al mío. Cuando me olvides, entonces expiaré mis faltas; pero entretanto... ¡Ah, Jacobo, la humanidad es egoísta, y el amor nos impulsa á serlo mucho más! Yo comprendo que mi deber era huir de ti, era esclavizarme á los deseos de mi marido; pero no puedo. Muchas veces aconsejamos teóricamente lo que no es susceptible de hacerse en la práctica. ¿Cómo no han de mirarte mis ojos, si se sienten atraídos por los tuyos como esas aves que revolotean pugnando por huir de la codiciosa serpiente que las fascina? No, Grattis, mi amor es más fuerte que mi voluntad. ¿Puede acaso evitar el pobre arroyo seguir su curso, aunque sepa que sus claras linfas van á morir en la procelosa corriente del río? Ya sabes lo que yo resistí, ya sabes que jamás hubiese consentido en amarte; pero ¿qué culpa tuve de dar crédito á tus palabras? Creía que mi esposo compartía sus riquezas con una mujer mercenaria. Di crédito á cuanto me dijiste, y cediendo al despecho, y... ¿para qué negarlo? al amor que ya me inspirabas, accedí á tus deseos.

Grattis estrechó de nuevo á la joven entre sus brazos.

—Bueno, vida mía; no evoquemos más esos tristes recuerdos. No necesitas justificar á mis ojos tu conducta. Si alguno ha obrado mal fuí yo, y nunca trato de rehuir tus reconvenciones. Mañana decidiremos el partido que nos conviene tomar. Ahora vé á tu lecho; es-

tás enferma, estás sobrexcitada, y no quiero que te fatigues con esos pensamientos que acuden á tu mente.

Y Grattis cogió entre sus atléticos brazos á la joven, conduciéndola al lecho.

Mientras esta escena de amor tenía lugar en el gabinete de Carlota, don Diego subía por la escalera de su casa.

No habiendo visto á Grattis en la calle desvaneciéronse todas sus dudas, creyendo que las advertencias de doña Rita no tenían el menor fundamento.

Sandoval llamó á la puerta.

Marieta se aproximó.

—¿Quién es?—preguntó antes de abrir.

—Abre,—respondió don Diego.

La criada quedóse pálida como el mármol.

Era la única que no ignoraba las relaciones de Grattis y Carlota.

—Abre,—repuso el impetuoso Sandoval, que no estaba acostumbrado á repetir dos veces sus órdenes.

Como aquella tarde no había sido Marieta quien hizo entrar al italiano, ignoraba su estancia en la casa y obedeció.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Don Diego tomó una lámpara de mano y dirigióse á la habitación contigua al dormitorio de Carlota.

Sus ojos centellearon.

Sus mejillas adquirieron un tinte verdoso.

Sobre un diván acababa de descubrir un ancho sombrero adornado de flotantes plumas.

Pertenecía al italiano.




=¡Soy muerto!

Sandoval lanzó un rugido semejante al que lanza la fiera al sentir en sus entrañas el mortífero plomo, algo más ardiente que la lava afluyó á su cerebro, y desnudó su espada con mano trémula, lanzándose hacia la puerta de la alcoba.

Carlota estaba negligentemente tendida en el lecho.

Cerca de ella, y con los ojos fijos en los suyos, permanecía Grattis.

Don Diego, ebrio de coraje y de dolor, dió un salto hacia el sitio en que se hallaban los amantes.

Luégo se oyó un ¡ay! de muerte.

Jacobo sintió que un líquido rojo y caliente azotaba su cara.

El acero de don Diego acababa de sepultarse en el mórbido pecho de la joven.

Ligero como el tigre que se lanza sobre la presa desenvainó el italiano su brillante espada y se puso en guardia.

Tiempo era de hacerlo así para evitar el golpe que el celoso marido le dirigió.

Entonces entablóse en la estancia una lucha horrible, desesperada.

Grattis tenía la ventaja de luchar con un loco, con un hombre que no se cuidaba de cubrirse, sino de descargar golpes en todas direcciones.

Aprovechando aquellos descompuestos movimientos se tiró á fondo, y la punta de la espada de Grattis fué á clavarse en el lado izquierdo del pecho de don Diego.

La herida era mortal.

El infeliz esposo procuró sostenerse un instante, cayendo poco después desplomado y sin vida.

Entonces Grattis se aproximó á Carlota, y poniendo sus labios sobre los suyos, helados por la muerte, dijo un adiós breve como un suspiro, amargo como una queja.

---

Grattis no sabía qué partido tomar.

Comprendió que su situación era muy grave.

Dirigióse á la puerta para huir, pero oyó rumores de pasos.

Con efecto, un hombre de desgreñada cabellera, los ojos desmesuradamente abiertos y jadeante de fatiga parecía disputarle el paso.

Entonces Grattis se aproximó al balcón, y después de dirigir á la calle una recelosa mirada para ver si observaban sus movimientos, se descolgó por la balaustrada, apelando á la fuga.

El intruso que acababa de entrar en la casa de don Diego era el Alimaña, el célebre capitán de bandoleros que pudo libertarse del patíbulo del extraño modo que ya conocen nuestros lectores por haberlo visto en las primeras páginas de esta novela.

Dejemos, por ahora, á Jacobo Grattis, que no había de tardar en olvidarse del trágico fin de Carlota para pretender á María Calderón, y sigamos al Alimaña, que, imitando al italiano, descolgóse también por el balcón, sintiendo los pasos de los corchetes que le perseguían.

---

# CAPITULO XLVIII

## TRES AMIGOS ANTIGUOS

Cuando el Alimaña estuvo en la calle oyó en la inmediata calleja los rumores que producían los pasos y las voces de la multitud que se agrupaba á la puerta de la casa.

Entonces tomó la dirección opuesta.

Ignoraba á qué punto dirigirse.

Veíase como el jabalí acosado por la hambrienta jauría.

La verdad es que el hecho había sido escandaloso.

Por grande que fuese su valor, no podía apenas darse cuenta de cómo había escapado.

—Es inútil que ahora tome el camino que conduce á la sierra,—se dijo;—esos miserables me encontrarían inmediatamente, y además mis camaradas no están allí. ¿Qué hacer? No conozco á nadie. Y aunque conociese, ¿quién había de comprometerse dándome hospitalidad?

Así pensaba el bandolero, cuando de pronto se estremeció.

Acababa de sentir en su espalda la presión de una mano.

Alimaña volvióse rápidamente.

El que acababa de llamar su atención de aquel modo era un respetable anciano, de cabellos como la nieve.

Aquel nuevo personaje no iba vestido de alguacil.

Llevaba un capotillo en buen uso y un ancho sombrero de fieltro.

En sus labios vagaba una amistosa sonrisa.

—¡Pardiez!—exclamó;—veo que, aunque viejo, estoy dotado de mejor memoria que tú.

—No recuerdo en verdad...

El anciano se aproximó al bandido y dijo en voz muy baja:

—¿No eres el Alimaña, el héroe del Albaicín, que tanto protegió á don César hace veinte años?

—¿A qué negarlo? Ese es mi apodo.

—¿Y no te acuerdas de mí?

—Que me cojan esos perros que me persiguen si acierto á comprender...

—¿Te acuerdas de Roberto, el escudero de don César?

—¡Rayos del cielo! ¡No he de acordarme! Es verdad; ahora recuerdo perfectamente tus facciones.

—Más vale tarde que nunca.

—Pues mira, te hallo en una ocasión que puedes servirme de mucho.

—Ya lo sé. He visto á los alguaciles que te persiguían, y cuando te reconocí he querido pagarte los muchos favores que en otros tiempos hiciste á mi amo.

—¿Vives cerca de aquí?

—Mucho.

—¿Puedes ocultarme en tu casa?

—Buena pregunta. ¿Acaso ni mi amo ni yo podemos negarte semejante cosa? Anda, perillán, anda para adelante, que ya se oyen de nuevo los latidos de los lebreles.

Con efecto, los alguaciles se aproximaban.

Roberto se detuvo delante de un zaguán bastante espacioso y empujó al bandolero para que entrase.

—Ahora vamos arriba, y una vez en la casa, yo te aseguro que no te encuentran, aunque tengan un olfato más fino que los podencos que acompañan al Pardo al rey Felipe.

El Alimaña subió la escalera, salvando los peldaños de tres en tres.

—¡Bien se conoce que has andado siempre por la sierra y que los años no te pesan tanto como á mí! —dijo el viejo escudero.

Cuando éste llegó junto á su amigo, ambos penetraron en una estancia.

Un criado estaba á la puerta.

—Mira,—le dijo Roberto,—si alguno te pregunta si ha entrado alguien aquí, le respondes que no, y si insiste en la pregunta, me llamas, que yo le responderé.

El criado hizo un movimiento afirmativo.

—¿Es hombre de quien podemos fiarnos?—preguntó el Alimaña.

—Sí, ya sabes que don César no ha tenido nunca en su servidumbre más que á personas de toda su confianza.

—¿Según eso, César vive aquí?

—Ya lo creo. ¿Creías que yo hubiese podido abandonarle? No lo hice cuando se hallaba en la adversidad, y menos había de hacerlo en el período próspero y tranquilo que hoy disfruta.

—Mucho me lisonjea esa noticia.

—Entra, entra en esa habitación.

El Alimaña empujó una puerta.

Don César estaba disponiéndose para ir á la casa de su hija la duquesa de Santarem.

Precisamente aquel era el mismo día en que tuvo lugar la expedición de caza dispuesta por el rey para festejar la llegada del príncipe de Gales, y en la que Gil abusó torpemente del desmayo de la hermosa duquesa.

Don César había oído murmurar de la joven, y disponíase á ir al palacio de Santarem, donde ya le vieron nuestros lectores.

Al sentir el ruido que produjo la puerta al abrirse, don César dirigió sus ojos hacia aquel sitio.

Mejor fisonomista que su escudero, conoció al Alimaña, aunque habían trascurrido veinte años desde la última vez que habló con él.

Don César le recibió con los brazos abiertos.

—¡Pardiez!—dijo;—¡quién había de esperar que fueses tú!

—Yo, que vengo reclamando un gran favor de tu antigua amistad.

—Perfectamente. Bien sabes que mi deseo es ser útil á los amigos que como tú me sirvieron en otras ocasiones.

—Dejemos el pasado y hablemos del presente.

—Ante todo, ¿abandonaste tu vida aventurera?

—No, después que nos separamos tuve ocasión de seguirla en el Albarracín por un corto espacio de tiempo; pero don Lope de Lara era un enemigo tan formidable, que no cesaba de perseguirnos, y tuvimos que refugiarnos en las ásperas vertientes del Guadarrama. ¿Te acuerdas, César, del odio profundo que te inspiraba don Lope?

—¡No he de acordarme! Hay cosas que no se olvidan jamás. Era tan inmenso como grandes fueron las iniquidades que cometió con mi familia y conmigo. ¡Pobre Mari-Salto!

Y don César vertió una lágrima.

—Yo, que sabía el odio que te inspiraba,—prosiguió el bandolero,—no ocultándoseme tampoco los motivos que tenías para ello, pude vengarte poco tiempo después que partiste para Italia.

—¡Tú!

—Sí; ya sabrías que don Lope murió.

—¡No había de saberlo!

—Pero quizás ignores que su desastrosa muerte fué provocada por mí. ¡Ah, cuánto hubieses gozado! ¡Los lobos se encargaron de no dejar ni sus huesos!

Y el Alimaña lanzó una sardónica carcajada.

—Lo único que siento es que no pude hacer lo mismo con la persona que le acompañaba.

—¿Quién era?

—Antes de decírtelo, debo explicarte la situación comprometida en que me encuentro y las causas que á ella me han conducido. Hallábame tranquilamente en la sierra, cuando descubrí unos cuadrilleros. Quise ocultarme, pero me habían visto. Uno me hizo fuego, y con tan mala fortuna para mí, que la bala de su mosquete me hirió en un brazo. No obstante, como estas cosas no me intimidan y tengo una naturaleza más fuerte que el roble, pude huir, llegando á la venta de maese Juan, que es un pobre diablo que nunca me ha hecho traición. Pero la desgracia me perseguía aquella noche, pues el huésped que descansaba en la estancia contigua á la que yo ocupé me conocía perfectamente, y tú también le conoces.

—¿Quién era?

—El paje Picoli.

—¡Ya lo creo! ¿Quién no recuerda á ese astuto italiano?

—Picoli me denunció; fuí conducido á la corte, y esta tarde debieran haberme dado la muerte á no oponerse á ello mis camaradas.

—¡Pardiez! ¿luego tu eres el reo que se ha fugado?

—Precisamente.

—Bien, Alimaña; ¿quién había de suponerlo? Por fortuna hoy mis condiciones han cambiado mucho. Tengo mucha influencia en palacio, y gestionaré con don Felipe tu indulto. Todo se reducirá á que salgas

de España por algún tiempo, si, como creo conseguir, el monarca te permite formar una compañía de aventureros que pongáis á raya á los napolitanos, que, según dicen, piensan lanzar el grito de rebelión.

—¿Pero crees que el rey accederá á lo que vas á pedirle?

—Sí. ¿Acaso no ha hecho lo propio con Roque Guinar, el capitán de los bandidos catalanes que hicieron en Barcelona el *Corpus* de sangre?

—Es verdad.

—¿Por qué no hemos de conseguir una cosa análoga respecto á ti?

—Es cierto. Sin embargo, antes que reclamar mi indulto tengo que cumplir con un deber de conciencia.

—¿A qué llamas tú deberes de conciencia?

—He tenido siempre una buena cualidad en medio de todos mis defectos. Esto es, he sido un buen pagador. Todavía no le debo nada á ninguno, si se exceptúa al hombre que me ha denunciado.

—¿A Picoli?

—Precisamente. Yo quiero pagarle la buena voluntad que me tiene, y una vez satisfecha la deuda, estoy á tus órdenes, bien para ir á Italia, ó al mismo infierno, si tú lo deseas.

—Pues esa deuda es necesario que la olvides.

—¿Por qué?—preguntó el bandido.

—Por dos razones. En primer lugar, porque te comprometerías de nuevo, y esto haría más difícil conseguir tu indulto, y además porque Picoli es hoy un buen amigo mío.

—¡Picoli amigo tuyo!—exclamó el Alimaña sin poder disimular su sorpresa.

—Sí; por lo menos está relacionado con personas que tienen toda mi estimación.

—¡Me dejas absorto!

—Lo creo. Tú sabes mejor que nadie la serie de disgustos que el italiano me acarreó; pero, ¿qué quieres? Picoli es el mayordomo de doña Blanca de Santarem, madre de don Fernando de Lara, que hoy está casado con mi hija.

—¡Rayos del cielo, eso me sorprende todavía más que lo que antes me has dicho! ¿Tu hija, aquella hermosa criatura que nació en la sierra, se ha unido al heredero de don Lope de Lara?

—Sí, y hoy es duquesa de Santarem.

—Si me hubiesen dicho que las estrellas del cielo se habían desplomado sobre la tierra, lo encontraría más verosímil.

—Ahí tienes tú cómo podemos equivocarnos aun en las cosas que más seguridad nos ofrecen.

—Explícame cómo ha tenido lugar esa boda.

Don César clavó sus ojos en las agujas de un reloj que había sobre una mesa.

—Ahora no puedo,—dijo al Alimaña;—ya es muy tarde. Tú debes descansar, y en cuanto á mí, tengo imprescindible necesidad de ir á casa de mi hija.

—No quiero en ese caso detenerte.

—Tiempo tenemos de hablar. En esta morada puedes permanecer tranquilo, estando seguro de que nadie vendrá á molestarte. Yo, como te he dicho, tengo que

hacer. Esta tarde he oído unas murmuraciones que atacan el honor de mi hija, cuya virtud es tan limpia como puedan serlo los rayos del sol. Adiós, pues, Alimaña.

—Si me necesitas, ya sabes que mi inteligencia y mi brazo son tuyos.

—Gracias, amigo mío; ahora lo necesario es que descanses.

Y don César llamó.

Roberto entraba en la habitación un momento después.

—Conduce á nuestro amigo á una estancia donde pueda descansar.

Don César estrechó la encallecida mano del bandido y salió de la casa.

—¿Vamos?—preguntó Roberto al Alimaña.

—Cuando quieras,—respondióle éste.

Y ambos cruzaron una larga galería, entrando después en un aposento.

En éste había un cómodo lecho, cuyas sábanas, blancas como la nieve, hicieron sonreirse al bandolero.

—Buena noche voy á pasar; creo que es la vez primera que me acuesto en una cama de estas condiciones.

—Estará más blanda que las que se hallan en la sierra.

—Eso desde luégo.

El Alimaña se despojó de sus ropas y entró en el lecho.

Pocos instantes después dormía profundamente.

Estos eran los sucesos que habían acontecido.

Ahora tomemos nuevamente el hilo de nuestra novela, volviendo á Jacobo Grattis, á quien hemos dejado esperando el cumplimiento de la promesa hecha por la comedianta María Calderón.

---

# CAPITULO XLIX

DOS REVELACIONES

Jacobo Grattis dejó pasar un día sin ver á la Calderona.

Ya recordarán nuestros lectores que la joven se lo había exigido.

Cuando llegó la noche del segundo, embozóse en su capa, y se dirigió á la casa de la comedianta.

Esta le recibió con la amabilidad que le era característica.

—Grattis,—le dijo,—ha llegado el momento de que hablemos con franqueza. Voy á deciros, por lo tanto, la verdad. Ya habéis visto que en el poco tiempo que he tenido el gusto de trataros, me habéis inspirado una confianza sin límites. De otra manera no os hubiese relatado mi historia. Cuando las mujeres nos encumbramos, y bien puede aplicarse esta frase al referirse á la querida de un rey, no nos place descubrir nuestra

Estos eran los sucesos que habían acontecido.

Ahora tomemos nuevamente el hilo de nuestra novela, volviendo á Jacobo Grattis, á quien hemos dejado esperando el cumplimiento de la promesa hecha por la comedianta María Calderón.

---

# CAPITULO XLIX

## DOS REVELACIONES

Jacobo Grattis dejó pasar un día sin ver á la Calderona.

Ya recordarán nuestros lectores que la joven se lo había exigido.

Cuando llegó la noche del segundo, embozóse en su capa, y se dirigió á la casa de la comedianta.

Esta le recibió con la amabilidad que le era característica.

—Grattis,—le dijo,—ha llegado el momento de que hablemos con franqueza. Voy á deciros, por lo tanto, la verdad. Ya habéis visto que en el poco tiempo que he tenido el gusto de trataros, me habéis inspirado una confianza sin límites. De otra manera no os hubiese relatado mi historia. Cuando las mujeres nos encumbramos, y bien puede aplicarse esta frase al referirse á la querida de un rey, no nos place descubrir nuestra

pasada pobreza Sin embargo, yo no he dudado en deciros que he sufrido muchas miserias y penalidades. ¿Acaso por esto han de lanzar menos fulgores los diamantes que rodean mi cuello, y que provocan la envidia de muchas damas?

—Es cierto; y sin hablar de esas joyas, ¿ha de parecerme vuestro rostro menos encantador?—dijo Grattis.

—Pues bien, Jacobo, desde hace algún tiempo vengo haciéndoos promesas que no he cumplido, y que, á decir verdad, no puedo cumplir por ahora.

El italiano se mordió los labios.

—Existen causas poderosísimas para que quiera guardar fidelidad á mi regio amante.

—Bien sencilla es de comprender la causa.

—Quizás no.

—Que le amáis.

—Estaba segura de que no habíais acertado. Ya os he dicho muchas veces que el rey me inspira cierta simpatía y me halaga por su posición y sus riquezas. Sin embargo, no debéis confundir la simpatía con el amor. El rey me parece un hombre agradable; su conversación no es del todo insulsa; es dadivoso; en fin, me conviene recibirle en mi casa. En cambio, mi corazón es de otro; de otro á quien amo con locura, por el que haría los mayores sacrificios si me lo exigiese, renunciando á mis glorias artísticas, á mi posición y á cuanto pueda halagarme.

—¡Ah! ¿Luego amáis á otro?

—Sí, Grattis, le amo como no he amado jamás.

—¿Y quién es el afortunado?

—¿No lo sabéis?

—¿Tal vez Juan Rana, ese comediante que os vigila tanto?

—No; Juan Rana me vigila por conveniencias de otro género.

—Entonces...

—Os amo á vos, Grattis.

Y la joven clavó sus negros ojos en el italiano.

—Sois una mujer incomprensible,—respondió éste.

—¿Por qué? ¿Acaso sois tan modesto que no os atribuís cualidades que puedan enloquecer á una mujer?

—No es eso. Decís que me amáis, que por mí seríais capaz de hacer los mayores sacrificios...

—Y, sin embargo, os niego uno que venís reclamando hace muchos días, ¿no es verdad?

—Con efecto.

—Pues ahí tenéis un enigma cuya resolución debiera ser muy fácil para un hombre que blasona de tener experiencia.

—Os confieso que no encuentro la clave.

—Pues os la explicaré.

Las mejillas de María Calderón se habían teñido de un tenue carmín.

Este detalle no dejó de sorprender á Grattis, tratándose de una comedianta que pocas veces se ruborizaba.

—Yo os amo, vuelvo á repetiros. El monarca me satisface como amigo, vos me halagaríais como amante, y, sin embargo, por ahora tengo que torcer mi vo-

luntad trocando los papeles de ambos. ¿Sabéis por qué, Jacobo? Porque en mí existe algo que me inspira todavía más amor que el que habéis despertado en mi alma, algo que me obliga á sofocar mis deseos, algo por lo que diese gustosa la existencia, puesto que de ella misma ha sido creado.

Grattis comprendió las palabras de la comedianta.

—Hay una cosa en las mujeres,—prosiguió María, —que sublimiza sus pensamientos, que las abstrae en absoluto. Hé aquí por qué os he rechazado siempre, aunque en contra de mis deseos. Nada os había dicho, porque temía que no volvieseis á visitarme. Esto hubiera sido horrible. Tened paciencia, Grattis; ya sabéis que mi corazón es vuestro, y éste es el que mas vale en la mujer, aunque no sea más que por lo difícil que es conquistarlo. Cuando me considere completamente dueña de mis acciones, cuando no advierta en mi seno las palpitaciones del sér que en él se desarrolla, entonces yo me arrojaré á vuestras plantas, y yo seré una esclava de vuestros caprichos.

Grattis estampó un beso en las mejillas de la comedianta.

—¿Por qué no me habíais hecho esa revelación?

—Ya os he dicho antes que temía que os apartaseis de mí. Por eso y nada más que por eso lo callaron mis labios. Os decía como fútil pretexto que no estaba persuadida de vuestro amor, que dudaba de vuestra constancia; pero no era así. ¡Ay, Grattis! ¿Duda la mariposa en aproximar sus alas á la luz que ha de abrasarlas? Lo propio nos sucede á las mujeres. ¿Qué

importa el olvido del hombre que amamos, cuando al menos nos deja las dulces memorias del pasado? Puede ser que se amilanen ante el porvenir las mujeres egoístas, las que no han sentido en su pecho los destellos de una verdadera pasión; pero yo no soy de esas: en mi pecho reside un corazón que es todo ternura, que es todo cariño, y estos afectos los guardo para vos. ¿Qué me importa provocar el enojo del rey? ¿Acaso la princesa de Éboli se preocupaba por el de Felipe II cuando estaba en los brazos de Antonio Pérez? Y si esto hacía una princesa, ¿qué tiene de extraño que siga su ejemplo una comedianta, una pobre histriona á quien no han de conceder el día de su muerte ni tumba cristiana donde dormir el eterno sueño? Lo único que pudiese atormentar mi imaginación era que el rey os tomase antipatía, y tampoco sucederá.

—¿Creéis que nunca llegarán á sus oídos nuestras relaciones?

—No; dicen que el amor y el oro no pueden permanecer ocultos mucho tiempo; pero me consta que don Felipe no está muy apasionado de mí.

—¿Ni aun ahora que vais á ser madre de su hijo?

—Ni aun ahora. Ya os dije en otra ocasión que el monarca ha sentido brotar en su pecho por otra mujer la devoradora llama del amor.

—¿Por la duquesa de Santarem?

—Precisamente.

—Pero ella no corresponderá nunca á su afecto.

—¡Ay, Grattis, mucho asegurar es eso! ¿No sabéis lo que ocurre?

—Ignoro á lo que podéis referiros.

—¿Recordáis el extraño episodio que aconteció en el monte del Pardo?

—Sí.

—La duquesa se desmayó al ver que su caballo se había desbocado, y el rey fué el primero que logró hallarla sin conocimiento en lo más espeso de aquellas frondosidades.

—Es verdad.

—¿Hace mucho que no veis á María Deza?

—Mucho: la última vez fué la noche de la velada literaria en palacio.

—Esto es, pocas horas después de lo que antes referíamos.

—Precisamente.

—Entonces no me extraña que nada os haya sorprendido. Yo la vi ayer al bajar de su carruaje.

—¿Y qué advertisteis que pueda sorprenderos?

—Nada; sorpresa no hay ninguna; después de todo, nada más natural que lo que ocurre.

—Hablad, María.

—La duquesa está encinta.

—En lo que recibirá su esposo una satisfacción.

—¡Ah! Eso desde luégo; á las esposos siempre les agrada verse reproducidos.

Y la Calderona lanzó una ruidosa carcajada.

—Vamos, María, veo que lleváis vuestra malicia hasta el último término.

—No lo creáis: yo no hago más que referir lo que todo el mundo dice.

—¿Luego creéis?...

—Creo que las excursiones de caza son muy peligrosas.

Grattis guardó silencio.

Bastaba que la duquesa fuese hija de un íntimo amigo suyo para que no quisiese contribuir á las murmuraciones de los demás.

Un momento después se puso en pie.

—¿Os marcháis?

—Sí; pero ya tendré el gusto de venir á saludaros.

—¿Espero me cumpláis la promesa?

—Nunca he faltado á ellas.

—Es verdad, Jacobo.

El italiano, pocos momentos después, salía de la casa de la comedianta.

---

# CAPITULO L

---

CURIOSIDAD FEMENINA

Volvamos al conde de Villamediana, á quien hemos dejado cuando, por realizar el deseo de la reina Isabel, partió á Italia, hospedándose en el palacio que su mejor amigo, Jacobo Grattis, poseía en la ciudad de Nápoles.

En una de las calles, desiguales y estrechas hoy y más aún en aquella época, se elevaba el soberbio edificio, que tenía tres pisos, con siete balcones de frente en los superiores y seis y una puerta en el bajo.

Sobre aquella puerta se veía, labrado en piedra, el escudo de armas del caballero.

El cuarto principal, que fué el que desde luégo eligió don Juan para su alojamiento, estaba lujosamente amueblado, conservándose todo en él sin deterioro alguno, gracias al trabajo de dos antiguos criados de Jacobo.

Aunque éstos no ignoraban que su amo no había de

volver á Italia por entonces, atendían á todo como si repentinamente pudiera llegar, como si no quisieran caer en falta.

Recibieron al conde como si hubiese sido al mismo Grattis.

Había en el palacio todo lo más bello y más rico que se c nocía en aquella época, en que reinaba el arte: magníficos tapices, preciosos muebles, dorados los unos, de ébano y marfil los más, de esos que en los siglos XVI y XVII eran ya una maravilla y hoy se pagan á peso de oro y enloquecen á los anticuarios.

Soberbias sillerías, lechos monumentales, cuadros de autores escogidos, hermosas estatuas, pequeños objetos de rica porcelana, vasijas de metales preciosos, jarrones cubiertos de pedrería.

La vajilla era de plata, la cristalería lo mejor que en aquel tiempo se fabricaba. Jacobo tenía un verdadero tesoro.

El conde pudo encontrar allí huellas de las aventuras amorosas de su mejor amigo.

Había una galería que encerraba, entre otros cuadros, retratos de hermosísimas mujeres, acaso las primeras que habían hecho palpitar aquel corazón siempre amante.

Y en un cofrecillo abierto que había sobre una mesa del que fué su cuarto, cartas perfumadas, que don Juan se abstuvo de leer, lazos ajados ya, flores marchitas, joyas de mérito las unas, de valor escaso las otras, recuerdos que los enamorados de hoy, lo mismo que los de ayer, guardan con entusiasmo mientras reina en su

corazón ó en su mente la dueña de ellos, y que arrojan con desdén apenas otra llega á sustituirlas.

Sin duda alguna Grattis se había olvidado ya de todos aquellos objetos.

Triste fué para Villamediana la primera noche que pasó en Nápoles.

Las fatigas del viaje no lograron hacerle conciliar el sueño, y durante su insomnio las más tristes ideas se apoderaron de su imaginación.

Muy de mañana abandonó el lecho sin llamar á ninguno de los criados, y sentándose junto á una mesa, procuró distraer sus pesares escribiendo sonetos y acrósticos al sér amado.

Después abrió una de las ventanas y contempló la calle, triste y solitaria aún; las casas de enfrente, tan próximas á la suya; el cielo claro y sereno, que por lo azul y por lo hermoso le recordó el cielo de su patria querida.

De repente una de las ventanas de uno de los edificios más cercanos se abrió, sin que don Juan pudiera ver otra cosa que una mano blanca, delgada y elegante, que desde luégo se adivinaba pertenecía á una mujer, que era la que había abierto.

El conde pudo contemplar una gran sala con altos y antiguos sitiales, en cuyas paredes había muchos cuadros. Dos de éstos, los que él divisaba mejor, eran los retratos del rey Felipe IV el uno, y de la reina su esposa el otro. Ambos de tamaño natural, hechos por uno de los notables artistas de la época, tan fecunda en ellos, eran de una semejanza sorprendente.

La reina vestía un traje gris oscuro é iba adornada con sencillas joyas

Parecía que sus ojos dulces y tranquilos se fijaban en don Juan, que la miraba absorto.

Tan abstraído se hallaba, que no observó que la mujer que había abierto la ventana poco antes acababa de asomarse á ver á su vecino.

¡Era tan singular que la casa de Jacobo estuviera habitada por otra persona que no fueran los servidores de Grattis!

Y éstos jamás se asomaban al aposento que había pertenecido al caballero.

¿Qué extraño era, pues, que la vecina quisiera conocer al nuevo habitante del solitario palacio?

La mujer que vivía tan cerca de don Juan era joven y hermosa. Algo parienta, aunque lejana, del duque de Arcos, había llegado á Nápoles al propio tiempo que el virrey, á quien servía de secretario su hermano don Alonso.

Tenía madre, una viuda devota que se pasaba el día en las iglesias y la noche llorando á su difunto esposo.

Aparte de esto, ocupábase de poco, habiendo confiado la educación de sus dos hijos á personas completamente ineptas.

Don Alonso pasaba su vida lejos del materno hogar, y era conocido ya en Nápoles por sus escandalosas aventuras.

Teresa, su hermana, salía raras veces, no había amado nunca, no tenía amigas, y sus días se deslizaban tristes y solitarios.

Su madre la destinaba al claustro, aunque ella no parecía tener vocación á renunciar á los encantos de la vida.

El primogénito había malgastado casi toda la fortuna que heredara de su padre, y amenazaba hacer lo propio con la de su madre y hermana.

Estas, que le querían tiernamente, estaban dispuestas á sacrificarle todo su porvenir.

—Esa casa de enfrente,—murmuró Teresa,—dicen que pertenece á Jacobo Grattis, un caballero célebre por sus galantes aventuras. Me habían dicho que estaba desterrado, que no podía volver á Italia; pero quizás le hayan permitido venir, y sea ese bizarro joven que estoy viendo. En ese caso es un vecino temible; un hombre que ha amado á tantas y aun al abandonar su patria parecía que llevaba un corazón virgen capaz de idolatrar á muchas todavía. Tiene una bella presencia, un rostro franco y simpático; no era así como yo me figuraba al que me pintaron un día como perturbador de la paz de tantas familias.

El conde seguía mirando el retrato, hablándole á la vez con los ojos y con el alma.

Teresa volvió la cabeza, y al no divisar allí más que aquellos cuadros que nada significaban para ella, prosiguió su monólogo en estos términos:

—Creí que había alguien detrás de mí, al ver la atención que fijaba en esta sala el caballero, pero me he equivocado. Sin duda es de aquellos que fingen mirar á cualquier objeto para disimular mejor que contemplan á una mujer. Esta sala, destartalada y fría, con

muebles antiguos y empolvados retratos, nada ofrece de particular.

No opinaba lo mismo Villamediana; pero al fin apartó la vista del lienzo, fijando una mirada indiferente en su vecina.

La madre de Teresa entró en aquel instante en la habitación.

No dejó de observar al caballero, y no pudo disimular un gesto de disgusto.

—¿Jacobo Grattis habrá alquilado ó vendido su casa? —se preguntó en voz alta.

—¿Acaso no es ese caballero el dueño del palacio? —interrogó Teresa con timidez.

—No es él, no. Le conocí cuando era niño, y no tenía ninguna semejanza con el hidalgo que hoy ocupa su morada.

—¿Quién será entonces?

—¿A ti qué te interesa eso?

—Nada; pero...

—¿Has olvidado que ayer te dije que vendrías á la iglesia conmigo para confesarte? ¿Te preparaste convenientemente?

—Creo que sí.

La devota miró de nuevo á don Juan, movió la cabeza en señal de duda y murmuró:

—Vendrás mañana; será mucho mejor.

Y salió de la sala algo preocupada al pensar que en la casa de enfrente había un gallardo caballero que podía hacer palpitar el corazón de su hija á impulsos del amor.

Desde aquel día el conde no cesó de asomarse para ver el retrato de la reina.

Era para él un consuelo el poder contemplar aquella hermosa imagen que desde lejos parecía mirarle sonriendo.

Escribía con frecuencia cartas á Jacobo Grattis y hacía versos que no habían de publicarse jamás por estar dedicados á la esposa del rey.

Daba largos paseos á pie ó á caballo por los bellos alrededores de Nápoles, yendo casi siempre solo.

Se había presentado al virrey, habiéndole recibido muy bien el duque de Arcos.

Allí conoció á don Alonso, sin sospechar que era el hermano de su vecina.

Entretanto ésta no cesaba de pensar en don Juan, y burlaba á cada momento la vigilancia de su madre para salir á la ventana á las horas en que tenía la esperanza de verle.

Aquello parecía una cita de amor: los vecinos murmuraban, no dudando que Teresa y el conde estaban de acuerdo para asomarse al propio tiempo.

La hermana de don Alonso, impaciente por saber quién era aquel joven, teniendo, como casi todas las damas de su tiempo, por confidente una criada, envió á ésta para que averiguase quién era su vecino.

Durante algunos días no logró saber nada, pero al fin una tarde le dijo con mucho sigilo:

—El caballero que habita en la casa de enfrente se llama don Juan de Tarsis, conde de Villamediana, y es correo mayor de su majestad el rey don Felipe.

# CAPITULO LI

---

## LA CASA DEL PESCADOR

Una noche triste y lluviosa salió el conde de Villamediana del palacio de Jacobo Grattis, dirigiéndose á los alrededores de la ciudad.

No conocía bien aquellos campos, y caminaba triste y pensativo evocando todos los dulces recuerdos de los venturosos días que había pasado en Madrid.

Veía en su imaginación á la hermosa reina, á la que no olvidaba un solo instante, y ansiaba poder regresar á la española corte, aunque sólo le fuera dado contemplar de lejos á Isabel de Borbón.

Aquel destierro que ella le había impuesto se iba haciendo demasiado largo, y el conde no encontraba ni distracción ni olvido en parte alguna.

La más profunda oscuridad reinaba en torno suyo; gemía el viento, agitando las copas de los árboles, y sólo revelaba la presencia de algún sér humano la voz

lejana de algún pescador que entonaba una melancólica barcarola.

La lluvia, menuda al principio, empezó á caer con más fuerza, y el conde pensó en buscar cualquier paraje donde pudiera guarecerse hasta que cesara.

Después de un rato de infructuosas pesquisas, divisó una luz.

Brillaba en la ventana de una casa pequeña rodeada de un jardín, en el que crecían silvestres flores y escasos árboles y arbustos.

El conde llamó á una puerta pintada de verde, y un instante después una aldeana napolitana salió á abrir, llevando un candil encendido en la mano.

Parecía tener unos cincuenta años é iba vestida pobremente al uso del país.

Al ver á Villamediana retrocedió algunos pasos, diciendo:

—¡Ah! ¡pensé que era Tomás!

Y se dispuso á cerrar de nuevo.

—Tened la bondad de ofrecerme un abrigo hasta que pase la tormenta,—dijo el conde.

—No sois de Nápoles,—replicó la aldeana;—lo conozco en vuestro acento.

—Soy español.

La mujer, al oir esto, le miró con desconfianza, buscando una ocasión oportuna para librarse del caballero.

—¿Venís,—preguntó,—de parte del duque de Arcos? ¿Sois emisario suyo?

—No; me he alejado de la ciudad más de lo que

pensaba, he visto esta casa, y, como conozco el carácter hospitalario de las gentes de esta tierra, no he vacilado en llamar, esperando que aquí me ampararían.

No parecía la mujer dispuesta á acceder á los deseos de don Juan, y seguramente no le hubiera recibido á no intervenir en el asunto un tercera persona.

Era un joven de veinticinco años que vestía el traje de los pescadores napolitanos.

Llegaba por el mismo camino que antes cruzara el conde, y había oído las últimas frases de Villamediana.

—Madre,—murmuró,—dejad entrar al forastero. Ved cómo llueve, los relámpagos empiezan á rasgar las nubes, y ya se oyen lejanos truenos.

—¡Pobre hijo mío!—exclamó la napolitana con cariñoso acento;—¡salir con una noche tan mala por esos campos!

—Tal vez el forastero tiene una madre como la tengo yo, que pide al cielo que su amado hijo halle un albergue.

—Es español...

—Entendedlo bien, madre: español no significa enemigo, y sobre todo en los peligros, en las contrariedades de la vida, todos los hombres son hermanos.

La aldeana dejó al fin el paso franco, y el pescador hizo entrar al conde en una habitación modestamente amueblada, en cuyo hogar ardía un buen fuego.

Don Juan se sentó en una silla que le presentó el napolitano.

Entonces fijó por vez primera su atención en éste.

Tenía cabellos negros, ojos rasgados, vivos y bri-

llantes, la tez morena y curtida por el cierzo del mar, expresión franca en su fisonomía.

Era de mediana estatura, delgado, ágil, y había en toda su persona cierta distinción que contrastaba con su humilde traje.

—Madre,—dijo pasado un instante,—preparad de cenar al caballero.

—Gracias,—respondió éste; —nada necesito, nada más que un momento de reposo.

—¿Y tú no vas á cenar?—prosiguió la aldeana.

—No he venido más que á participaros que esta noche no dormiré en casa.

—¿Tampoco hoy?

—Tampoco.

—Algo extraño te sucede, Tomás. Hace meses que apenas te dedicas á la pesca, que era tu ocupación favorita, ni casi se te ve por aquí. Y, sin embargo, en esta humilde morada tienes todas tus afecciones: una madre, á la que siempre has querido y que te adora; una hermana dulce y sumisa, que sólo anhela tu bienestar, y una novia buena y hermosa, gala de esta comarca, que te ama con todo su corazón. ¿Qué te falta, pues, para que tu dicha en este mundo sea del todo completa?

Tomás balbució algunas palabras que don Juan no comprendió.

—¿Y es irrevocable tu determinación de marcharte hoy también?

—Me aguardan.

—¿Quién?

—Algunos amigos y compañeros que cuentan conmigo, por lo cual no puedo faltar á su cita.

—¿Querrás antes de partir ver á María y á la *Madonna*?

—Ese es mi deseo.

La aldeana entró en una de las habitaciones contiguas, y Tomás, dirigiéndose á Villamediana, murmuró:

—¡Pobre madre! es la mujer más buena del mundo, y en las cosas más sencillas tan sólo ve desgracias y peligros. Las madres quisieran que fuéramos niños siempre, para tenernos constantemente al lado; pero nosotros vemos que sobre los deberes del amor filial hay otros imprescindibles, porque el hombre se debe antes á la patria que á la familia.

—Dicen,—interrumpió don Juan,—que el pueblo napolitano odia al duque de Arcos y que conspira contra él.

—Le odia por los impuestos con que le abruma; pero hasta ahora, si bien trata de evitar sus males, no conspira. El duque no es un hombre á propósito para mandar aquí. Pero, perdonad, acaso seréis su amigo...

—Le conozco poco; no ha sido por verle por lo que he venido á este país.

Y al evocar de nuevo sus recuerdos, el conde quedó sumido en una profunda y melancólica meditación.

Le sacó de ella la entrada en la estancia de dos bellísimas jóvenes, que podrían tener escasamente veinte años.

La una era hermana de Tomás, y tenía el cabello

ra y despejada, pero la tierra conserva la humedad, y la lluvia ha formado en ella un sinfín de pequeños lagos.

—¿Queréis que os proporcione un caballo?—preguntó Tomás al conde.

—No hace falta; iré á pie.

—¿Volvéis á la ciudad?

—Sí, al centro de ella.

—En ese caso, si no tenéis inconveniente, os acompañaré un rato, pues llevo el mismo camino, aunque no es mi intento penetrar á estas horas en Nápoles.

Villamediana se despidió de la viuda, á la que entregó algunas monedas, después de María y de la Madonna, y salió seguido de Tomás.

María se asomó á la ventana para ver alejarse á aquel gallardo caballero, mientras Margarita pedía mentalmente al cielo que protegiese á su amado.

El conde no volvió la cabeza hacia la casa; así es que no vió á un hombre, el mismo sin duda de que había hablado la hermana del pescador, que se paseaba no lejos del jardín de Aniello, dirigiendo furtivas miradas á sus blancos muros.

Iba embozado en una capa, y cubría su cabeza un sombrero de anchas alas, por lo cual era completamente imposible descubrir su rostro.

# CAPITULO LII

LOS CONJURADOS

Con paso rápido se dirigieron el conde y el pescador á la ciudad.

Durante el trayecto fueron escasas las palabras que se cruzaron entre ellos, porque cada cual iba entregado á sus reflexiones.

Pero, por muy abstraído que fuese don Juan, no podía menos de llamar su atención lo que en su derredor pasaba.

Hay en los contornos de Nápoles, cerca de la ciudad, unas bellas y poéticas grutas que eran en aquel tiempo, ó al menos así se creía, refugio de malhechores y bandidos.

Al cruzar por delante de la primera, Villamediana creyó distinguir una sombra que hizo una imperceptible seña á su compañero.

Otro tanto sucedió en la segunda.

Tomás contestó llevándose la mano derecha al corazón.

Aquello debía ser una señal convenida.

Sabemos que el conde era valiente, y, temiendo alguna emboscada, se preparó á vender cara su vida si atentaban á ella; pero, con gran sorpresa suya, el pescador se detuvo de repente, diciéndole:

—Caballero, no puedo seguir adelante; el deber me obliga á permanecer aquí. Os ruego que sigáis solo hasta la ciudad.

Se despidió de don Juan, y éste pudo ver á Tomás, que se aproximaba á una tercera cueva, y después de pronunciar una palabra misteriosa al oído de un hombre que guardaba la entrada, se perdió en el oscuro fondo de aquel antro.

—¿Será este hombre un conspirador ó un bandido? —se preguntó Villamediana.

En su camino encontró tres ó cuatro hombres más, que iban entrando con las mismas precauciones en otras cuevas.

Dejemos á don Juan llegar sin el menor tropiezo á su morada, y veamos lo que ocurría en la gruta donde había penetrado el pescador.

—¡Nápoles!

—¡Aniello!

Ante estas dos mágicas palabras, pronunciadas la una por el que guardaba la entrada, la otra por el recién llegado, ambas en voz baja, se podía penetrar sin dificultad en la cueva.

Unos veinticinco hombres se hallaban reunidos en ella cuando llegó Tomás.

Su aparición fué saludada con gritos de entusiasmo, y todos se pusieron en pie.

—Sentaos, amigos míos,—dijo el joven.

Se sentaron en el suelo, formando caprichosos grupos, y sólo Tomás ocupó un banco que había en el fondo de la cueva.

Aquellos hombres iban pobremente vestidos: eran pescadores y campesinos.

Respetaban á Aniello á pesar de que tenía menos edad que la mayor parte de sus compañeros, y le habían aclamado por jefe.

—Masaniello,—dijo uno de los aldeanos dando á Tomás Aniello el nombre por el que era en la comarca conocido,—tiempo es ya de que dejes aparte toda consideración y hagamos una guerra á muerte al virrey. El pueblo no puede resistir su tiranía ni pagar los impuestos. ¿Crees que aun no es tiempo de castigar su torpe conducta?

—Todavía no,—respondió el joven;—somos pocos, no muy diestros en el arte de la guerra, y seríamos vencidos.

—Pero somos valientes, y no podemos sufrir más.

—Exponed vuestras quejas.

—Yo tenía,—empezó uno,—una casa que era mi solo bien; la había heredado de mis padres; en ella habían muerto los pobres viejos, en ella había nacido yo. Allí había jugado en mi infancia, pasado mis días tristes y alegres... Pues bien, esa casa he tenido que ven-

derla para dar su producto á las gentes del virrey.

—Yo,—prosiguió otro,—por el mismo motivo he tenido que deshacerme de unas tierras que poseía.

—Yo,—dijo un tercero,—iba á casarme; tenía ahorrado algún dinero para los gastos de mi boda, y ese dinero se lo han llevado los cobradores de impuestos que sirven al duque de Arcos. Los padres de mi amada, al ver que su hija no puede casarse conmigo por falta de recursos, han prometido su mano á otro que hace tiempo la quiere también. Me han robado mi felicidad, y harán á esa pobre niña eternamente desgraciada.

—Mi pena es mayor que todas las vuestras,—dijo un anciano, fuerte y ágil aún, á pesar de su edad avanzada.—Yo vivía con mi mujer y mi único hijo en una pobre choza. Un día llegaron los cobradores á pedirnos un dinero que no teníamos. Yo me negué á pagarles, y uno de ellos me insultó. Mi hijo, indignado, salió á mi defensa, y fué herido primero y preso después. ¿Cómo describiros las angustias que pasé al verle salir de mi casa, atado como un malhechor, á él, el hombre más bueno y honrado de la tierra? Su madre perdió el conocimiento, y cuando lo recobró fué para caer gravemente enferma. Mi hijo se halla en un oscuro calabozo, de donde quizás le saquen para quitarle la vida. Mi mujer ha muerto de pesar. Me hallo, pues, solo en el mundo, sin hogar, sin familia, viviendo de la caridad pública. ¡Malditos sean los agentes del virrey!

Y uno tras otro, todos fueron hablando y contando sus desdichas.

Sólo Masaniello callaba.

Cuando los demás conspiradores cesaron de hablar, reinó al pronto en la cueva un profundo silencio; luégo Tomás se levantó y dijo:

—Vuestras desgracias me han conmovido, y comprendo que tenéis razón y que es necesario obrar sin tardanza. Yo he pagado los impuestos mejor que vosotros, puesto que no me he desprendido de la casa que heredé de mi padre ni he perdido á ningún sér amado; gracias á la economía de mi madre, no han faltado en mi casa algunas monedas para satisfacer la sed de oro del duque de Arcos Es necesario que estos abusos terminen y quede el pueblo de Nápoles libre como antes, no teniendo que sufrir la tiranía de ese despótico virrey. Pero ¿sabéis lo que significa esto? Es hacer la guerra á los españoles, superiores en número y en fuerzas á nosotros. La nobleza de Nápoles no nos ayudará, la clase media tampoco. El ejército pertenece á Felipe IV; el pueblo está solo, por lo tanto. ¿Qué hará este pobre pigmeo contra tales gigantes?

—Vencer ó morir, pero morir libre,—respondió el anciano que hablara anteriormente

—¿Estáis dispuestos á sacrificarlo todo, hasta la vida por seguirme?

—Cuenta con nosotros,—dijeron los conspiradores.

—Sabéis que no tenemos bastantes armas,—prosiguió Tomás.

—Cada cual se procurará una, la que pueda, sea como sea.

—Está bien, amigos míos; yo haré lo posible por

seguir mereciendo vuestra confianza, y espero que no os arrepentiréis de habérmela otorgado. Antes de que se cobren otros impuestos creo que habremos roto las cadenas. Pasado mañana volveremos á reunirnos aquí y trataremos más despacio de esto.

—No, aquí no,—dijo un pescador.

—¿Por qué?—preguntaron algunos.

—Al llegar esta noche he visto á dos hombres que nos espiaban; sin duda han sospechado cuál es el objeto de nuestras reuniones. Como no sabían el número de los que nos hallábamos aquí, se han retirado prudentemente, pero es seguro que mañana vendrán para prendernos; es necesario que no nos encuentren.

—Tus palabras no pueden ser más acertadas, Cayetano,—murmuró Masaniello;—advertiremos el peligro que corren á los que se reunen en las otras cuevas. El duque de Arcos sería capaz de mandar sus tercios contra nosotros. Ahora bien; como, no siendo en las grutas, no tenemos otro lugar aislado y que ofrezca seguridades para reunirnos, hé aquí lo que me parece más á propósito para ponernos de acuerdo. El motín se llevará á efecto dentro de quince días lo más tarde; pero como pudiera ocurrir algún suceso inesperado que adelantase la hora, ved cómo lo sabréis. Todas las mañanas, á la entrada de la gran calle de Toledo, se detendrá Cayetano de nueve á diez, como si fuera un cantor ambulante. Llevará un instrumento músico; y como sabe tantas canciones, entonará algunas que vosotros, como indiferentes, y á más ó menos distancia, escucharéis. Si el canto es amoroso, seguiréis vuestro

camino, en la seguridad de que la cosa marcha, pero que no se llevará á efecto. Si la canción es guerrera, comprenderéis que el motín se efectuará por la noche, os aproximaréis á Cayetano cinco ó seis, y al echarle una moneda en su sombrero os entregará un papel, donde se indique la hora y el sitio de la reunión. Esa media docena de papeles, incomprensibles para otros que no sean amigos nuestros, los haréis circular rápidamente, á fin de que todos se hallen dispuestos á llevar á cabo la empresa. ¿Os parece bien mi proyecto?

—Sí,—contestaron todos á una voz.

Pocos minutos más tarde Masaniello se despedía de sus amigos, y en grupos de dos ó tres salían los conjurados de la cueva.

Los dos espías de que había hablado Cayetano continuaban inmóviles en su puesto.

Cuando se convencieron de que ya no quedaba nadie en la gruta, penetraron en ella, la examinaron atentamente, y, no encontrando nada sospechoso, se dirigieron al palacio del virrey á darle cuenta de sus observaciones.

Tomás y Cayetano habían salido juntos.

—Tú,—dijo Aniello á su amigo,—irás todas las tardes á casa á recibir órdenes hasta llevar á cabo nuestra empresa: sólo contigo me comunicaré para que nada se sospeche.

—Sabes que soy mudo como una tumba y que puedes contar conmigo en cuerpo y alma.

---

A la mañana siguiente un cantor que parecía venido de lejanas tierras, hombre de escasas palabras y de adusto gesto, según decían las pocas personas que á él se habían acercado, se detuvo de nueve á diez en una esquina de la calle de Toledo.

Algunos transeuntes se paraban á escucharle, formando corro á su alrededor; eran en su mayor parte mujeres ó niños; otros le oían un instante y seguían indiferentes su camino, sin que, al parecer, prestaran gran atención al canto ni al que lo ejecutaba.

Tañía una especie de laúd con arte y sentimiento, y no se fijaba en el número y clase de monedas que el público depositaba en su sombrero.

Había empezado por una canción amorosa, á la que habían seguido otras varias del mismo género.

---

# CAPITULO LIII

## EL RAPTO

Todos los días iba Cayetano á recibir órdenes de Masaniello.

Estas eran siempre las mismas, porque nada estaba aun preparado para el motín.

Los dos amigos conversaban durante un rato á solas, acompañando luégo á las tres mujeres, que hilaban ó hacían otras labores propias de su sexo.

Cayetano no se hubiera atrevido nunca á fijar sus ojos con amor en la Madonna, porque sabía que Tomás la adoraba, pero no era insensible á los encantos de María, la joven y graciosa hermana del pescador.

Ella, por su parte, aunque no encontraba á Cayetano tan bello y elegante como aquel don Juan á quien no había vuelto á ver, y cuyo nombre no sabía, no desdeñaba sus miradas, halagando el tímido afecto del joven.

Una tarde clara y serena se hallaban nuestros cinco personajes en aquella habitación del piso bajo donde fué introducido Villamediana por Masaniello.

Los cuatro jóvenes formaban dos grupos, conversando en voz baja, mientras la madre trabajaba sin apartar la vista de su huso.

Tomás y Margarita hacían proyectos para el porvenir.

—Mira,—le decía él;—todo lo tengo dispuesto para la boda; y si un plan muy meditado, aunque de difícil realización, me sale bien, hemos de casarnos antes de que el mes termine.

—Sí,—respondía la Madonna,—viviremos en esta casita con tu madre, mi buena tía, y mi querida prima, que es tu excelente hermana; nada cambiaremos en ella: yo tengo cariño á estos viejos y humildes muebles y á estas paredes sin ningún adorno.

—¿Serías menos feliz en un palacio?

—Yo sería siempre dichosa donde estuvieras tú; ¡pero como eso del palacio no es más que un sueño!...

—¡Quién sabe! —interrumpió el pescador.

—¿Qué falta nos hacen las riquezas? ¿No hemos vivido venturosos y tranquilos sin ellas?

—¿Qué deseas tener, qué objetos has codiciado al salir por las calles de Nápoles y ver á tanta dama elegante?

—Sólo tu corazón.

—Eres un ángel; más que un ángel: eres mi Madonna adorada. Yo soy más ambicioso que tú; y como la ambición me persigue hasta en sueños, oye lo que esta

noche he creído ver mientras mi cuerpo se entregaba al descanso: el duque de Arcos no era ya virrey; su poder había terminado por intervención mía, y le teníamos prisionero, haciéndole pagar todas las amarguras que antes nos había hecho sufrir. Yo era gobernador de Nápoles; el pueblo me aclamaba como á un héroe, colmándome de bendiciones. El palacio del virrey era mío, con todos sus tesoros y todas sus innumerables bellezas. Mi madre no trabajaba ya; mi hermana estaba para casarse con Cayetano, que también se había portado como un valiente.

—¿Y yo?—interrumpió Margarita.

—Tú eras mi esposa y compartías conmigo el poder.

La joven no pudo ménos de reirse al escuchar aquel extraño sueño.

—No te rías,—dijo Masaniello;—todo esto, por inverosímil que parezca, podría suceder.

—Las riquezas no me halagan,—replicó la Madonna;—prefiero ser la esposa de un pescador humilde á la del gobernador de Nápoles.

—¿Y si el pescador no podía casarse contigo por falta de recursos, y el gobernador te hacía su esposa en cuanto obtuviera ese título, Margarita?

—En ese caso preferiría al gobernador.

Cayetano decía entretanto á la otra joven:

—María, hermosa Marietta, hace ocho días que sólo vivo para ti.

—Entonces ¿por qué no vienes más á menudo?—le preguntó ella.



—Porque no puedo.

—Por la mañana, por ejemplo...

—La tengo ocupada.

—¿En qué?

—En cantar.

—¿Y á eso llamas ocupación?

—Más útil de lo que puedas suponer.

—No es por vano capricho por lo que quisiese vinieras alguna mañana,—prosiguió la joven.

—¿Pues por qué es?

—¿Eres celoso?

—Como todo el que bien ama.

—Entonces no sé si debo contarte...

—Ya ardo en deseos de oirte,—interrumpió Cayetano, cuyos ojos brillaban de celos.—Empieza.

—Todos los días,—dijo la hermana de Aniello,—de nueve á diez de la mañana, ronda esta casa un caballero, al que conocí hará cosa de un mes. Como no salgo nunca á esas horas, se impacienta en el campo, y á veces arroja á mi jardín billetes que le devuelvo sin leerlos. ¿Qué puede querer un caballero de una pobre aldeana como yo? No me agrada la expresión de su rostro; me parece malo y pendenciero, y por eso no he querido que Tomás notara su presencia. Cuando voy á misa los días festivos, me sigue sin que mi madre lo advierta. Fuera de esas horas de la mañana, no ronda el jardín más que alguna noche.

—¿Y por qué no has dicho á tu hermano que le hable?—preguntó Cayetano.

—Porque no quiero que se vierta sangre por mí. Un

día le indiqué algo, pero Tomás se contentó con responderme que pronto no se apartaría nunca de nosotras. Si él estuviera convencido de que el caballero viene por verme, le hubiera provocado. Yo quisiera que una mañana á la hora que te he dicho, hora en que mi hermano no está en casa nunca, vinieras tú. Es seguro que al verte á mi lado desistiría de su amoroso empeño y no me importunaría con su presencia más. ¿Vendrás, Cayetano?

—¿De nueve á diez? Imposible.

—¿Cómo he de corresponder á tu amor si no me complaces?

—Se trata de un sagrado deber; no me preguntes cuál.

—Una vez sola

—Mañana, imposible; tal vez pasado.

—Bueno; me conformo.

—Y si te libro de ese galán importuno, ¿me amarás siempre?

—Siempre, y con toda el alma, —respondió con vehemencia María.

Mientras los cuatro jóvenes hablaban, la madre seguía su tarea, aparentando no fijarse en ellos, aunque en realidad casi no perdía una sola de sus palabras.

—¡Qué recuerdos traen á mi imaginación estos cuatro niños! —se decía.—Lo mismo que Tomás, Francisco me prometía tesoros y grandezas; pero el pobre, á fuerza de trabajos y economía, sólo pudo dejarnos después de su muerte esta casa. ¿Será poderoso mi hijo? ¡En sueños únicamente! ¿Cómo ha de elevarse tanto

un humilde pescador?... Yo no era tan crédula como la Madonna; más me asemejaba á María: me halagaba que se disputaran mi amor, y durante tres meses estuve haciendo creer á Francisco que prefería á su primo Roque. Al oirlos parece que me rejuvenezco. ¡Qué grato es renacer en los hijos!...

En aquel instante Masaniello se puso en pie para marcharse, y Cayetano le imitó.

—Tengo que pedirte un favor,—le dijo el último al primero cuando estuvieron fuera.

—¿Qué deseas?—preguntó Tomás.

—Que me permitas no ir á cantar un día á la calle de Toledo; mañana por ejemplo.

—¿Tienes algo que hacer á las nueve?

—Sí.

—En ese caso otro ocupará tu puesto; pero ve si el asunto es bastante grave para que desatiendas la causa del pueblo, que es la causa de Dios. Al verte reemplazado por otro, los compañeros que vayan á oirte pueden sospechar que la conjuración ha sido descubierta y que las gentes del virrey les tienden un lazo.

—Para evitar semejante suposición,—dijo Cayetano,—bastará que vaya á cantar en mi lugar uno de los conspiradores más conocidos, el menor de los Richi, por ejemplo; además, yo lo advertiré, yendo de casa en casa, á seis ó siete de nuestros amigos, á los que veo casi diariamente en la calle de Toledo. Fácil me es ir luégo esta noche sin excitar sospechas.

—Bueno, ya trataremos de eso,—dijo Tomás;—mi deseo es complacerte y que termine cuanto antes el po-

der del duque de Arcos. Por ahora no es posible resolver nada; si la revolución se aplaza, tendrás esa hora libre; si se fija para la noche que sabes, no será tan fácil, porque ¿cómo cambiar el cantor en el último instante?

—Día más ó menos me es igual.

—Ahora separémonos; no conviene que nos vean juntos.

—Hasta mañana, Masaniello.

—Que el cielo te guarde, Cayetano.

Ambos se alejaron por opuestos caminos, yendo Tomás á una casa donde le habían ofrecido buenas armas para que llevase á cabo la revolución.

Cayetano iba pensativo, recordando lo que María le había contado de aquel caballero que rondaba su casa.

¿Qué objeto propondríase éste al declarar su amor á la bella napolitana?

¿Cómo osaba hacerlo durante el día, exponiéndose á ser reconocido?

¿Sabía que Masaniello no se hallaba entonces en la casa y esperaba burlar la vigilancia de la viuda y de Margarita?

Aquella constancia durante un mes, aquellos billetes repetidos, á pesar de no obtener contestación, probábanle que el caballero quería realmente á la joven, y que, no atendiendo á los desdenes de ésta, esperaba vencerla más tarde ó más temprano.

Tal vez había ella alentado sus esperanzas asomándose á la ventana; acaso, aunque lo negaba, había leído algún billete... ¡quién sabe si respondido á él!

El pobre pescador sufría todas las torturas de los celos sin que nada calmase su pena.

Aquella noche no durmió.

A la mañana del siguiente día fué, como todos los anteriores, á pararse junto á la esquina de la calle de Toledo.

Jamás tocó con más sentimiento; nunca sus canciones amorosas tuvieron más encanto; así es que un grupo numeroso le rodeó.

El pescador no dejaba de pensar que á aquella misma hora un gallardo doncel rondaba la casa de Masaniello, y que sin duda María le estaría contemplando, y oyendo sus palabras quizás.

Más de una vez estuvo por alejarse y volver á casa de su amigo, á ver lo que pasaba; pero el deber era no menos imperioso que el amor y los celos, y Cayetano hasta las diez no se movió de allí.

Su impaciencia era tal, que apenas oyó la última campanada de esa hora echó á correr en dirección al campo, sin ver á las personas que se cruzaban con él por el camino ni recordar que nunca debía entrar en la morada de Masaniello con su disfraz de cantor.

Se detuvo sin aliento junto al jardín de María.

Las ventanas de la casa estaban abiertas; al lado de una vió á la Madonna que hilaba cerca de su madre.

La hermana de Tomás no se encontraba allí, pero eso no debía extrañar á Cayetano, que, por otra parte, tampoco veía completa la habitación.

—Trabajará lejos de la ventana,—se dijo.

Algo calmada su impaciencia al no hallar al ronda-

dor ni haber visto nada sospechoso por los alrededores del jardín, se alejó sin atreverse á entrar, decidido á volver más tarde

Así lo hizo, como era su costumbre, buscando, como otras veces, el pretexto de pedir órdenes á Masaniello.

Entró en la estancia donde generalmente se encontraban las tres mujeres reunidas trabajando.

Las ruecas estaban abandonadas y todo parecía hallarse en el mayor desorden.

Cayetano subió al piso superior.

Abrió una puerta que vió entornada, después de haber llamado sin obtener contestación alguna.

Allí estaba la madre de Tomás sentada en una pobre silla, con el rostro cubierto por ambas manos y llorando con el mayor desconsuelo.

Cerca de ella Margarita la prodigaba sus cuidados, procurando enjugar sus lágrimas, mientras la más viva desesperación se pintaba en su virginal rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó Cayetano, cuyo corazón latía con fuerza.

La Madonna vacilaba en contestar.

—¿Dónde está María?—prosiguió el joven.

—Ha desaparecido, —exclamó la afligida madre; —nadie sabe dónde se halla.

—¿Cómo ha sido eso? ¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana á las nueve, —murmuró Margarita.

Cayetano, pálido como un muerto, tuvo que apoyarse en el muro para no caer.

— Contadme al menos...

—Oye lo que ha pasado,—interrumpió la prometida de Tomás.—Hace algunos días que mi primo nos había dicho que si alguien venía en su busca fuéramos sin tardanza á llamarle á casa de Mateo, ese viejo tan rico que vive á un cuarto de legua de aquí y que posee tan hermosas tierras en estos contornos. A la hora que te he indicado vino un hombre que parecía un pescador, preguntando por Aniello, al que tenía que dar una noticia con urgencia. Como Tomás recibe recados como éste á todas horas, dijimos al desconocido que aguardara un momento, y una de nosotras quedó en ir á llamarle. Quise ir yo; pero María se opuso, y la dejé partir. Apenas había trascurrido un cuarto de hora, el pescador dijo que se le había olvidado una carta; que iba en un instante á buscarla, y que aun volvería antes de que Tomás llegara. Pero el tiempo fué pasando, y ni mi primo, ni su hermana, ni el pescador venían á esta casa, donde mi tía y yo empezábamos á impacientarnos. Al fin vimos á Tomás, que caminaba lentamente, aunque debiera suponer que hacía cerca de tres horas que con impaciencia le aguardaban.

—¿Y María?—le preguntó su madre.

Tomás respondió:

—¿La he visto yo acaso?

De modo que aquello no podía ser otra cosa que un lazo tendido á mi pobre prima, y en el que ella se dejó coger inadvertidamente. Quizás si yo hubiera marchado en su lugar á casa de Mateo no hubiera sucedido nada. Enteramos á Tomás de lo ocurrido, y salió como un loco en busca de María.

—¿Y ha vuelto?—murmuró Cayetano.

—Sí, bastante después.

—¿Solo?

—Completamente solo.

—¿Y no ha encontrado rastro ninguna de ella?—repuso con ansiedad el pescador.

—Interrogó á cuantos pudo hallar en su camino, y ya iba á regresar á casa al ver lo infructuoso de sus pesquisas, cuando unos muchachos, que estaban cogiendo fruta, le dijeron que á las nueve y media había pasado por allí una litera cerrada, que tomó aceleradamente el comino hacia la ciudad. Los niños aseguran que les pareció oir en el interior de ella gritos de mujer. La litera era lujosa, con magníficos caballos, y el conductor iba disfrazado para que no le reconocieran. Esto es cuanto puedo decirte respecto á la desaparición de mi querida María.

—¿Y qué dice y hace Masaniello?

—Ha salido otra vez en busca de María; pero me ha dicho que cuando vinieras te entregara este pliego, que encierra sus órdenes para mañana.

---

# CAPITULO LIV

---

### UNA FIESTA EN EL PALACIO DEL VIRREY

En la noche de aquel día en que la hermana del pescador fué robada, celebrábase gran fiesta en el palacio del duque de Arcos.

Había convidado á lo más selecto de la sociedad de Nápoles, que se apresuró á acudir á los salones del virrey.

Entre los convidados se hallaba también el conde de Villamediana, que tuvo que vencer su habitual melancolía para no desairar á tan noble señor.

Sabiendo que don Juan de Tarsis había de asistir á la fiesta, Teresa, su graciosa vecina, que, en calidad de parienta del duque, tampoco podía faltar, había puesto mayor esmero que nunca en su tocado, y no era difícil afirmar que había de ser la reina del festín.

Su madre la acompañó, aunque bien á pesar suyo, porque así se lo había pedido el virrey, y la vieja devo-

ta no se determinaba á negar nada al que tenía en sus manos el porvenir de su hijo don Alonso.

El palacio del duque de Arcos era magnífico; estaba decorado con el mayor lujo, encerrando preciosas obras de arte, porque, como el rey su señor, protegía mucho á los artistas.

Hallábanse los salones profusamente iluminados, por lo cual resaltaban más los colores de los trajes de las damas y despedían refulgentes rayos las preciosas piedras de sus joyas.

Era aquel un bellísimo conjunto de seda, terciopelo, encajes, flores, perlas, diamantes y esmeraldas.

En una de las salas se alzó un tablado, en el cual debía verificarse una representación dramática en castellano, y nadie sabía qué otras cosas se ejecutarían después, porque el duque no quiso participar los pormenores de la función que se preparaba , con objeto de sorprender á sus convidados.

Casualmente fué á sentarse el conde de Villamediana junto á su vecina Teresa, la que, no sabiendo el interés que sentía don Juan por la reina, creyó se había colocado intencionalmente por estar cerca de ella.

Esperó durante algunos minutos á que él entablara conversación ó que al menos la mirase, y, anhelando alentar su timidez, viendo que él no empezaba el diálogo ni la contemplaba siquiera, se decidió á empezar la conversación, no sin cerciorarse antes de que su madre estaba distraída conversando con otras señoras de su edad.

—Esta fiesta no será para vos tan grata como las

que hayáis presenciado en el palacio del Buen Retiro, —dijo Teresa;—¿no es verdad, señor conde?

—No tienen semejanza ninguna, señora,—respondió éste;—faltan aquí sus poéticos jardines...

—Y el esplendor de la corte,—añadió Teresa.

Villamediana creyó ver en esto una alusión á sus amores reales, y no contestó.

—¿Os acordáis mucho de Madrid?—preguntó la joven después de un instante de silencio.

—Tengo allí amigos queridos á los que deseo vivamente ver de nuevo; pero la residencia en Nápoles me es grata. La ciudad es alegre, su cielo sereno, su campo delicioso, sus mujeres hermosas, aunque no más que las españolas, puesto que vos lo sois, y no hay aquí dama ninguna que os aventaje ni aun que os iguale.

Esta frase, que en los labios de don Juan, uno de los hombres más galantes de su época, no tenía significado alguno, resonó en los oídos de Teresa como el más bello canto de amor.

Sus mejillas se cubrieron de un vivo carmín y su corazón latió con más violencia.

—¿Habréis asistido á muchas de estas fiestas en Madrid?—preguntó ella muy satisfecha de las alabanzas oídas y dando otro giro á la conversación.

—Á muchas.

—¿Y es cierto que á veces el rey toma parte en las representaciones dramáticas?

—Sí, señora; es muy aficionado á ellas.

—¿Y también escribe?

—Ha hecho de todo: comedias, dramas, poesías líricas.

—¿Y son buenas?

—Como de rey,—contestó don Juan, sin que Teresa supiera el sentido que pudieran tener estas palabras.

—¿Y la reina?

—Bella, virtuosa, caritativa; la mujer más perfecta que ha creado Dios y la más digna de ceñir una corona,—exclamó con el mayor entusiasmo el conde de Villamediana.

—Y el rey... ¿la ama?

—Eso no lo sabe ninguno de los súbditos de su majestad,—murmuró el conde.

—Y la reina ¿le quiere?

—Eso sí; cifra su ventura en el amor de su familia y en el afecto de su pueblo.

—Veo que conocéis mejor á la reina que al rey,—dijo Teresa.

—Porque es más fácil: la mujer honrada, como no tiene nada que ocultar, es la más comprensible de todas las criaturas.

—Seréis amigo de los escritores de la corte, ¿no es verdad?

—De todos.

—¿Y cuál es el predilecto del rey?

—Ha escrito algunas obras con don Antonio de Solís, pero sus mejores amigos son don Francisco de Quevedo y don Pedro Calderón.

—Diréis que soy muy indiscreta al haceros tantas

preguntas indiferentes para vos; pero ¡me inspira tan gran interés todo lo que allí sucede!...

—Señora, nada más lógico, tratándose del país en que contemplasteis la luz primera.

En aquel instante, la conversación fué interrumpida por empezar el drama.

Éste era uno de los muchos que el conde había visto representar á la Calderona.

—¿Qué os parece cómo ejecuta la obra esa joven?

—Regular,—respondió Tarsis.

—Es claro, la habréis visto desempeñar por artistas de talla.

—Con efecto. La protagonista la hacía María Calderón.

—Dicen que esa joven es amada del rey.

—Es verdad, y una mujer hermosísima.

Los entreactos fueron breves, y durante ellos Teresa apenas pudo hablar con el conde.

La joven desesperábase porque aquél no hacía la menor alusión al amor que en concepto suyo le inspiraba.

Pero cuando aumentó su enojo fué al ver que al terminarse la representación se levantó don Juan.

—¿Os marcháis?—le preguntó.

—Señora, voy á saludar á un antiguo amigo.

—¡Ah! pero ¿permaneceréis en el salón?

—Desde luégo.

Teresa hizo un gesto de disgusto.

Parecíala imposible que el galante don Juan renunciase á su compañía por la de un amigo.

La joven sentíase cautivada por el desdeñoso Villamediana.

Verdad es que el joven, tanto por su bizarría como por su posición, era susceptible de halagar el amor propio de una mujer.

—¿Supongo que luégo volveréis? ¡Me es tan grato hablar con mis compatriotas!

—Lo creo. Lo propio me pasa á mí; sobre todo, cuando se sostiene el diálogo con una dama tan hermosa como vos.

—Mil gracias, caballero,—respondió Teresa ruborizándose.—¡Y si vierais de qué poco ha de servirme la hermosura que ponderáis!...

—No os comprendo.

—Mi madre quiere que sea monja.

—¡Monja vos!—interrumpió don Juan.

—Esto sucede mucho entre los nobles arruinados,—respondió Teresa;—nosotros éramos dueños de una gran fortuna, pero...

—¿Alguna desgracia labró vuestra ruina?

—Sí, señor; mi hermano Alonso encargóse de disipar nuestras riquezas. Ahora bien; ¿cuál es el recurso de una joven sin bienes? Mi madre dice que el convento. Pero el caso es que á mí no me agrada el claustro; comprendo que he nacido para el mundo. ¿Cómo vivir entre rejas, yo que ambiciono la libertad tanto como el ave el espacio?

—Y mañana podéis enamoraros, y...

Teresa se ruborizó, bajando los ojos al suelo.

—¿No es verdad?

—Sí, señor; después de todo, no es imposible.

La joven no apartaba su mirada del conde.

La bizarría de éste hacíala convencerse cada vez más que ella no había nacido para la vida del claustro.

Villamediana sentíase inquieto.

No le halagaba despertar amores en aquel sencillo corazón, al que nunca había de corresponder.

Su deseo era separarse de la joven; pero no quería dejarla con la palabra en la boca, como vulgarmente se dice.

La casualidad vino en su ayuda.

Esta vez tomó la forma de la vieja devota, que, no viendo á su hija en toda la noche, la había buscado alarmada de salón en salón, hallándola, por fin, en animada plática con un caballero en quien reconoció al joven que habitaba la casa de Jacobo Grattis.

—Teresa,—dijo con voz alterada por la cólera,—es hora de retirarnos ya.

—¿No oimos á los cantores?—preguntó la doncella sin atreverse á mirar á Villamediana.

—Estoy algo indispuesta, y no quisiera permanecer más aquí.

—¡Dicen que va á ser magnífica la música!

La expresión de los ojos de la viuda indicó á la niña que no debía insistir.

Teresa se levantó lentamente, miró con amor á don Juan, que continuaba de pie, y siguió á su madre.

---

Don Alonso había acudido muy tarde á la fiesta, lo que no dejó de extrañar á los concurrentes á causa

del puesto que ocupaba en casa del duque de Arcos.

Aquella noche hallábase preocupado y apenas habló con sus amigos ni hizo el amor á las mujeres.

Tenía el hermano de Teresa una figura algo repulsiva que revelaba su corazón perverso.

Enamorábase de cuantas veía, daba muchas palabras de casamiento, y abandonaba sin compasión á las mujeres después de lograrlas.

Amonestado por el virrey por su tardanza, le contestó que pasó el principio de la noche persiguiendo una vasta conjuración de los napolitanos contra los españoles y que esperaba descubrir el plan de los conspiradores antes de ocho días.

El duque, agradecido, felicitó á su secretario, prometiéndole hacer presentes sus méritos á su majestad el rey.

No tardaremos en saber lo que había hecho don Alonso mientras se ejecutaba la representación dramática en el espléndido palacio de su señor.

---

# CAPITULO LV

---

## LA SEÑAL CONVENIDA

Las ventanas de la casa de Teresa permanecieron cerradas á la hora en que la joven tenía costumbre de abrirlas para ver al correo mayor del rey.

Este no pudo, por lo tanto, contemplar, como otras veces, el retrato de la reina; pero le fué menos doloroso que en cualquier ocasión le hubiera sido, porque no sabía cómo hacer comprender á aquella niña que no era ella la dueña de su corazón.

No sabiendo en qué ocuparse, decidió dar un paseo por la ciudad.

Pensó al principio dirigir sus pasos hacia los alrededores para estudiar de día las misteriosas cuevas de las cuales hasta entonces no se había vuelto á acordar, buscando luégo la casita del pescador donde halló albergue durante la tormenta; pero desistió por fin de su intento é internóse por las calles de Nápoles.

La mañana estaba deliciosa, y los vivos rayos de un

sol de fuego alumbraban los pintorescos trajes de las aldeanas que vendían frutas y flores en el mercado y en los sitios más públicos.

Algunos de los habitantes iban á sus asuntos ó trabajos; otros, sentados ó echados en el suelo, gozaban de todas las delicias del *dolce far niente*.

Al llegar á la calle principal de la ciudad llamó la atención de don Juan de Tarsis un numeroso grupo en cuyo centro se hallaba un solo hombre.

Era un cantor ambulante que tenía en la mano una especie de bandolín, y á su lado un sombrero, en el cual le había echado el público que le escuchaba diversas monedas.

Aquel hombre, que era joven, llevaba un traje extraño, y sus cabellos, rizados naturalmente, caían sobre su rostro.

Estaba tan pálido y la expresión de sus ojos era tan triste, que Villamediana no pudo menos de sentir una viva compasión al verle.

Creyó que estaba enfermo y que alguna imperiosa necesidad le obligaba á cantar para hacer menos penosa su enfermedad.

Por un generoso impulso se acercó á él, abriéndose paso entre la muchedumbre, y arrojó en el sombrero un puñado de monedas de plata.

El cantor no las miró siquiera y continuó templando su instrumento.

Don Juan se detuvo fuera del corro para oirle tocar.

Una graciosa joven dijo al artista:

—¿Queréis cantar aquella romanza que empieza:

El señor de Falconeri
Amaba á la bella Juana...

Me falta poco para saberla del todo; quizás oyéndola otra vez... No he oído jamás una música más graciosa y más bonita.

—Y luégo,—replicó un niño,—la canción de *El pájaro enamorado;* mi madre duerme con ella á mi hermano menor todas las noches, y dice que la ha aprendido de vos.

—Y después la de *La pastora Inés,*—prosiguió otro muchacho.

Pero el artista, en vez de complacerlos, preludió en su instrumento un himno guerrero, entonando después una patriótica canción.

Su voz, que temblaba ligeramente al principio, fué haciéndose más segura á medida que iba terminando la primera estrofa, y al llegar á la segunda vibró clara y potente, pudiendo oírsele casi de un extremo á otro de la calle.

Al lado de Villamediana estaba parado un anciano de blancos cabellos, que al oir aquel himno no pudo dominar un movimiento de alegría; pero pronto se contuvo, y su rostro volvió á tomar una expresión indiferente.

El cantor terminó la tercera estrofa; entonces el anciano se dirigió á él, y en lugar de echar una moneda en el sombrero del artista la colocó en su mano.

Nadie pudo ver que, al dejar la moneda, había reci-

bido un papel en cambio: con tal destreza fué hecho por el uno y el otro.

El cantor, sin atender á los ruegos de la mujer y de los niños que pedían de nuevo las amorosas romanzas, entonó otra canción bélica, siendo escuchada por todos con la misma atención que la primera vez.

Dos pescadores, un sobrino del rico Mateo y el menor de los hermanos Richi, se aproximaron al artista, y lo hicieron con tal precipitación, que dejaron caer el sombrero con las monedas,

Los dos se bajaron á recogerlo al propio tiempo que el cantor.

—Dame todos los papeles que traigas; yo los repartiré,—dijo Richi en voz baja á Cayetano, sin que nadie pudiera advertir apenas que le hablaba.

—¿Cómo?

—Ahora verás.

Y añadió en alta voz:

—Es muy bella esa canción, ¿tenéis la letra escrita?

—No sé si la llevo conmigo,—contestó el amante de María registrando su bolsa.

—¿La habéis compuesto vos?

—Sí; todo lo que canto es obra mía.

—¿No encontráis la letra?

—Sí, aquí está.

Y puso, al decir esto, varios papeles que parecían uno solo en las manos de Richi.

—Dámela á mí,—replicó el sobrino de Mateo.

—No, que es mía.

—No te la presto siquiera.

Y por tan insignificante motivo armaron una querella, alejándose rápidamente de allí.

Algunos marinos los siguieron.

El cantor entonces pareció serenarse un poco, y mirando con sus tristes ojos á la joven que antes le pidiera la canción del señor de Falconeri, empezó ésta, pero no en tan alto tono como los himnos guerreros, y fué complaciendo sucesivamente á todo su auditorio, siguiendo con la canción de *El pájaro* y la de *La pastora Inés*.

Al terminarla, cogió su sombrero, guardó las monedas en la bolsa donde antes tenía los papeles, y con su bandolín á la espalda se internó por las calles de la ciudad.

---

El menor de los Richi y el sobrino de Mateo llegaron á una solitaria plaza siempre fingiendo que reñían.

Ya hemos dicho que los habían seguido algunos pescadores.

Había allí una mala hostería, adonde entraron todos pidiendo que les sirvieran de beber en una habitación aislada.

Cuando el mozo se retiró, después de dejar sobre la mesa vasos y jarros, Richi dijo á sus compañeros:

—Ya habréis comprendido cuál era nuestro objeto al arrebatar á Cayetano los papeles de una vez; el público era hoy tan numeroso, que juzgué un imposible que no descubriese nuestro plan. ¡Y aun si hubiera sido un público de gente ruda, pase! Pero el caballero

que dió á Cayetano tantas monedas no apartaba su vista de éste; me figuré que debía ser español, y nuestra empresa, si él sospechaba algo, podía fracasar. Juan Mateo lo entendió lo mismo, y en un instante fraguamos el plan, cuyo resultado feliz habéis visto. Tengo en mi mano cinco papeles, y aun no he leído ninguno. Tú, Manuel, guarda uno; tú, Juan, otro; tú, Pedro, otro, y los dos restantes, uno para Gabriel y el otro para mí. Tomaremos cinco caminos distintos, y avisaremos á unos cuantos compañeros, que á su vez harán lo propio con los demás, cumpliendo las órdenes de Masaniello.

—Dime lo que hay escrito,—dijo Pedro;—yo no soy tan sabio y no entiendo de esto.

Richi leyó en alta voz:

—Mañana, al rayar el alba, en el campo grande de Mateo.

—Ya lo oís, amigos,—prosiguió el joven Richi;—cada cual llevará las armas con que cuente, y con la ayuda del Señor y de la Santa Virgen su Madre, saldremos vencedores.

—Yo no pensé que fuese la revolución tan pronto,—dijo Gabriel.

—En efecto, se ha adelantado algunos días,—añadió Pedro.

—¿No adivináis por qué?—preguntó Juan.

—Nosotros no.

—Pues es muy sencillo de explicar. Un caballero, se cree que español, ha robado á María, prometida esposa de Cayetano, y, lo que vale más aún, hermana

de Masaniello. Si ha sido á la fuerza ó con consentimiento de ella, nadie lo sabe; pero Tomás jura que la joven es inocente, y lo que dice el jefe todos lo tenemos que creer. No contando con ningún dato es imposible encontrar á María, que lo mismo puede ocultarse en la ciudad que haber salido de ella; aunque dicen que la litera en que se la llevaron tomó el camino de Nápoles, bien pudo variar la dirección luégo. Si vencemos á las gentes del virrey, si somos poderosos, fácil es que Masaniello encuentre quien le dé noticias de su hermana. ¡Al pobre pescador, quién le había de ayudar en sus pesquisas! ¿Comprendéis ahora por qué empezamos la lucha mañana mejor que pasado?

—Sí,—contestaron todos,—y estamos dispuestos á ayudar á Tomás en cuanto esté á nuestro alcance.

—En ese caso, no perdamos tiempo y vamos á avisar á los amigos para reunirnos al lucir el alba en el campo grande de Mateo.

Los pescadores salieron en seguida de la posada y tomaron por muy opuestos caminos para cumplir las órdenes de Masaniello.

Entretanto el conde de Villamediana había continuado su interrumpido paseo por las calles de la ciudad.

Ya casi había olvidado al cantor ambulante y se disponía á regresar á su casa, cuando se acercó á él un mendigo cubierto de harapos, llevando de la mano á una criatura de corta edad, un pobre niño casi desnudo y descalzo.

—Señor,—murmuró el desgraciado,—tened com-

pasión de estas dos víctimas de los cobradores de impuestos. Por ellos estamos sin albergue y sin pan.

Don Juan de Tarsis le socorrió, y ya iba á retirarse cuando vió llegar al cantor, á quien el mendigo dirigió las mismas palabras que acababa de pronunciar para el caballero.

Cayetano, que no había reparado en el correo mayor del rey ni antes ni entonces, se aproximó al pordiosero y le dijo:

—Pronto cesarán tus sufrimientos, toma.

Y vació su bolsa en el gorro de aquel infeliz.

—¡Qué! ¡¿Me habéis arrojado monedas de plata?—murmuró el mendigo.

—Porque no las tengo de oro,—respondióle el joven.

Y siguió su camino.

Villamediana le miró fijamente.

No parecía el mismo hombre.

Su rostro, antes tan pálido y abatido, estaba animado, y sus ojos, de triste y melancólica expresión, brillaban con singular alegría.

—¿Quién es este hombre y qué misterio se encierra en él?—se preguntó el conde.

Y estuvo contemplándole hasta que le perdió de vista.

# CAPITULO LVI

DONDE SE DICE LO QUE FUÉ DE LA PROMETIDA DE CAYETANO

¿Quién podría repetir la serie de recriminaciones con que la vieja devota abrumó á su hija apenas salieron del palacio del virrey dirigiéndose en una litera á su morada?

La pobre Teresa, anonadada y sin saber qué contestar, oía las palabras de su madre con la resignación del que no se encuentra con fuerzas para la lucha, y vencido de antemano, no hace nada por combatir la desgracia que le agobia.

—Mañana, mañana sin falta,—terminó la viuda,—te mando fuera de Nápoles, á la casa de tu tía Catalina, para que te prepares convenientemente para entrar en el convento. Allí, por medio de la oración y la penitencia, harás lo posible para que Dios perdone tus pecados y tus ligerezas, y ¡ojalá sea tiempo todavía para tu salvación, que por menos se han condenado otros!

—¡Pero, madre, si yo no he hecho nada!—se atrevió á interrumpir la joven.

—¡Y llamas no hacer nada á pasarte la noche en amorosa plática con un hombre célebre por sus aventuras galantes! ¡Y tampoco será nada citarle diariamente para hablar de ventana á ventana en una calle tan estrecha, donde debe llegar hasta él el perfume de tu aliento, y donde un hombre un poco atrevido es capaz de pasar de una casa á otra por medio de una escala!... ¡Ah, qué niñas, qué niñas! ¡En mis tiempos no eran las doncellas así!

Y aun siguió hablando la vieja, y ya se había callado, y Teresa creía que continuaba oyendo aquel acento desapacible.

A solas en su cuarto, la hermana de don Alonso derramó abundantes lágrimas.

¡Ella, tan joven y tan hermosa, ser encerrada para siempre en un convento!

¡Cubrir aquella pura frente con la blanca toca, dejar que cortasen sus espléndidos cabellos, velo hermosísimo que envidiara la noche!

¡Tener que bajar al suelo aquellos ojos de brillante mirada, dobles soles con que había sido ornado su rostro!

¿Qué recurso tenía más que obedecer?

Otro le quedaba de imposible realización: la fuga.

Huir de aquella casa, donde no la detenía el amor que profesaba á su madre y á su hermano.

¡Huir! pero ¿cómo? ¿Con quién?

Se levantó muy despacio, se vistió como un autó-

mata sin darse cuenta de lo que hacía, y corrió hacia la puerta.

Su previsora madre la había cerrado por fuera.

Desalentada se volvió á echar en su lecho, y vencida por tantas emociones se durmió.

Á la mañana siguiente, la vieja devota entró á despertarla en compañía de una viuda, la misma que servía á Teresa de amiga y de confidenta.

Ésta vistió y peinó á su señora y apenas estuvo dispuesta, la viuda dijo á su hija:

—La litera está abajo esperándonos para partir; vamos.

Teresa no bajó tan pronto como su madre; abrió la ventana, miró á la casa de Jacobo Grattis, donde el conde dormía, según indicaban las cerradas maderas, y le dirigió un beso unido á un tiernísimo adiós.

Luégo dejó la ventana lo mismo que la había encontrado y bajó la escalera llorando.

Al abrir la puerta para que saliese la litera, entraba por aquélla don Alonso.

—¿Qué es eso? ¿partís?—preguntó el secretario á su madre y á su hermana.

—Sí,—respondió la primera.

—¿Por mucho tiempo?

—Por dos ó tres semanas.

—¿Entonces queda á disposición mía la casa?

—Completamente. ¿La necesitas?

—Sí,—respondió el joven;—ha venido de Roma un amigo mío, y, contando con vuestro permiso, voy á traerle aquí.

—Puedes hacer lo que gustes.

La viuda le abrazó, Teresa casi no pudo dirigirle la palabra y no recibió ni el más insignificante consuelo de sus labios.

La litera partió, llevándose á la devota, á su hija y á la criada.

Hé aquí por qué no logró don Juan ver aquel día el retrato de la reina Isabel.

---

Apenas se quedó don Alonso solo, dió orden á los pocos sirvientes con que contaba de que arreglasen la casa lo mejor posible, porque esperaba en ella á una persona á quien quería recibir dignamente.

Añadió que volvería por la noche, y después se alejó, lo que no pudo extrañar á nadie, porque el joven paraba poco en su morada.

Don Alonso se dirigió entonces hacia un barrio extraviado de Nápoles, y después de convencerse de que nadie le seguía, abrió con una llave la puerta de una casa pequeña que al parecer estaba inhabitada.

Entró, cerró de nuevo, subiendo después algunos escalones y penetrando en una sala bastante reducida.

Había en ella escasos muebles y un lecho.

Dos mujeres se hallaban sentadas allí: una, joven y linda; la otra, repulsiva y vieja.

La primera, á pesar de sus vestidos rotos, de sus cabellos en desorden, de las huellas que habían dejado en su rostro las lágrimas, no carecía de encantos.

La segunda parecía aconsejarla más bien que pres-

tarla los consuelos que tanto necesitaba la abatida doncella.

Don Alonso se acercó á la vieja y la preguntó en voz baja:

—¿Ha estado más tranquila?

—¡Ay, no, señor! no cesa de llorar y de suplicarme que la deje marchar. ¡Yo no tengo paciencia para sufrir esto, don Alonso!

—Cuanto más paséis, mayor será vuestra recompensa.

—Ya sé que sois bueno y generoso; pero ya veis, algo merece el que haya dejado mi casa y mi familia para vigilar á vuestra paloma.

—¿Y ha hecho por huir?—preguntó el hermano de Teresa.

—Más de veinte veces; gracias á que las ventanas están elevadas y la puerta cerrada con llave, no ha logrado su objeto.

—Bien sabéis, Mónica, que yo no puedo estar aquí constantemente; mi servicio es más penoso que el vuestro, porque el duque de Arcos me prohibe faltar de su palacio á ninguna hora del día; he tenido que inventar una conjuración de los napolitanos contra los españoles para fingir alguna ocupación nueva. Le he dicho que voy á descubrirla, y con este pretexto se ha quedado tranquilo.

—Y, decidme, don Alonso,—prosiguió la vieja,—¿no saldremos pronto de aquí?

—Voy á llevaros á un palacio.

—¿Cuándo?

—Hoy al anochecer.

—Habrá que sacar á la joven con grandes precauciones...

—Eso corre de mi cuenta.

—¿Vendréis vos á buscarla?

—Seguramente.

—¿Y yo iré también allá?

—Vos vigilaréis á esta niña en el palacio de igual modo que aquí.

—No esperaba menos de vos.

—Ya veis que procuro vuestro bienestar tanto como el mío; en pago sólo exijo de vos una discreción á toda prueba, que nadie adivine lo que en esta solitaria casa ocurre.

La vieja se acercó á la joven, que al verla á su lado se apartó con repugnancia.

—Bien veis que don Alonso es muy bueno y no quiere causaros ningún mal. ¿Por qué os mostráis con él tan adusta?

—Porque me es odioso,—contestó la niña.

—Ya cambiarás de parecer,—replicó el hermano de Teresa.

—No lo esperéis, señor.

—Otras me dijeron lo mismo que tú y se ablandaron luégo. Tú no te has mostrado tan indiferente conmigo hasta que has penetrado en esta casa; yo pensé que me querías, y por eso te traje aquí. Si te era tan odioso, ¿por qué cuando rondaba tu morada fijabas tus ojos con curiosidad en mí? Responde. ¿No alentabas mi pasión?

—Y ahora que sabéis que deploro con toda mi alma esa ligereza,—murmuró la joven,—¿por qué no me dejáis en libertad? ¡Sabe Dios cuántos males habréis ya causado! Mi madre quizá me creerá muerta, mi hermano me buscará por todas partes, mi prima llorará mi ausencia, mi amante dudará de mí.

—¿Cayetano?

—¿Sabéis su nombre?

—Me he informado y me han dicho que es un pobre pescador. ¿Qué puede ofrecerte? Un triste porvenir. Yo, en cambio, soy rico, tengo una elevada posición, honores, el presente me sonríe, y con la protección del virrey de Nápoles ocuparé los más altos puestos.

—Vos no me haréis vuestra esposa, y Cayetano sí.

—No por eso te querré menos.

—Mi honra vale más que vuestro amor.

—Dejémonos ahora de discusiones,—replicó don Alonso;—éstas á nada conducen ni cambiarán tu situación en lo más mínimo. Conozco que estás mal alojada en esta miserable vivienda, y que no es oportuno prometer grandezas cuando no se da una prueba de que éstas pueden existir. Ahora escúchame atentamente. Yo poseo un magnífico palacio en Nápoles, al cual no te conduje desde luégo por causas ajenas á mi voluntad. Hoy cuando se extiendan sobre la tierra las sombras de la noche vendré á buscarte en una litera para conducirte allí. Encontrarás algunos sirvientes, á los que no hablarás para que no averigüen quién eres, cómo te llamas, ni de dónde has venido. Mónica te atenderá en todo, cuidando de que nada te falte.

Según te portes estarás en el palacio, más ó menos sujeta; de ti exclusivamente depende que tengas libertad ó carezcas de ella en absoluto. No intentarás escribir á tu familia ni á Cayetano. Cualquier pliego tuyo sería interceptado para entregármelo después. Si faltas á alguna de estas órdenes, no olvides que me vengaré.

—Mi vida vale poco, señor,—respondió la joven;—podéis tomarla si así os place.

—No se trata de tu vida, sino de la de aquellas personas á quienes amas: tu madre, tu hermano, tu amante...

—Haré lo que deseáis.

—Por último, espero de ti que pienses en lo mucho que te adoro para corresponder á mi pasión, que es sincera y ardiente. Si mañana á estas horas no renuncias para siempre á Cayetano y correspondes á mi amor, te juro que has de arrepentirte. ¡Mi poder es grande, y me sería tan fácil encerrar en un calabozo con cualquier pretexto á un pobre pescador! En fin, basta de amenazas; piensa bien en tu situación actual, en la dicha que á mi lado te espera, y no vuelvan á empañar tus ojos esas amargas lágrimas, ni oiga yo más esos hondos suspiros que conmueven mi corazón, menos perverso de lo que supones. Puede creerlo, María: yo no he querido á ninguna muje tanto como á ti; eres la primera que me ha hecho rondar un mes su casa; á los tres días me he cansado de esperar á otras. Mil veces falté á mi deber por ir á verte, aunque sólo fuese un minuto; yo que soy es-

clavo de mi obligación; juzga por esto cuál será mi amor.

Viendo que ella no le respondía, don Alonso guardó por fin silencio.

Quiso coger una mano de la joven; pero ella la retiró indignada.

—Hasta luégo,—dijo el caballero levantándose.

Mónica le acompañó hasta la puerta.

Don Alonso la entregó un bolsillo y salió, cerrando de nuevo la casa con llave.

Á los dos pasos vió á un pescador, que no le miró siquiera: era Cayetano.

Caminaba apresuradamente, y en su rostro se leía una apacible serenidad.

El hermano de Teresa le contempló asombrado, y no pudo menos de pensar así:

—¡Y que por un hombre semejante se me desprecie! ¡Un hombre que vive sonriendo mientras su prometida muere de pesar, y que quizás muy en breve sea imposible para él! ¡Cuanto daría porque María viese á su prometido en este instante!...

---

# CAPITULO LVII

## DONDE EL CONDE DE VILLAMEDIANA VE Á MARÍA PENETRAR EN CASA DE SU RAPTOR

Refiramos á nuestros lectores lo que había pasado en aquella mañana en la que Cayetano fué en busca de su novia, después de cantar en la calle de Toledo, encontrando en casa de Masaniello á la desconsolada madre de éste y á la no menos triste Margarita, que lloraban el rapto de María.

Ya refirió la Madonna lo que sabía respecto á la desaparición de su prima y cómo habíanse dejado sorprender con el lazo tendido por el falso pescador, que no era otro que un criado de don Alonso.

Nada más podía referir, porque los otros pormenores, así como el último que hemos consignado, le eran completamente desconocidos.

Mucho tiempo hacía que Margarita había oído hablar á su prima de un galán misterioso; pero no dió

al caso gran importancia, no ocurriéndosele referirlo á Tomás.

Pero como el lector debe saberlo todo, completaremos esta historia, de la cual le falta tan sólo conocer algunos detalles.

No desagradaba á María aquel desconocido que con una constancia sin igual paseábase todas las mañanas, y á veces algunas noches al pie de sus ventanas.

La joven, que no había amado nunca, anhelaba tener, como su prima, un sér que compartiese sus alegrías y sus penas, y creyó que aquel caballero podría realizar cuanto deseaba su corazón ansioso de cariño.

Don Alonso, alentado por las francas miradas de la niña, á la que creía una conquista fácil y segura, la escribió proponiéndole la fuga en todos sus billetes.

María, á pesar de haber dicho á Cayetano lo contrario, leyó algunas de aquellas cartas.

¡Qué mujer no hubiera hecho lo propio!

Su estilo no la agradó y, aunque carecía de experiencia, pudo comprender que el amor verdadero no se expresa así.

Entonces fué cuando Cayetano empezó á frecuentar la casa.

El amor de éste, sincero, inalterable, aunque tímido, logró encender el fuego próximo á brotar por otro en el corazón de la napolitana, y desde entonces su único anhelo fué verse libre del importuno rondador, y su aspiración única unirse en lazo eterno al mejor amigo de su hermano.

Ya sabemos también que había rogado al pescador

que fuese una mañana de nueve á diez para ver si con su presencia se convencía el caballero de que ella no le podía amar.

Masaniello, al autorizar á su compañero á ir otro día del que la joven le indicara, no había logrado prever todos los males que debía causar aquella dilación.

Si Cayetano hubiera acudido á la cita de su amada, el rapto no se habría verificado.

María no se asomaba á la ventana desde que aceptó el amor del pescador.

Esto no impedía que alguna vez viese al caballero al ir á la iglesia y que la ofreciese agua bendita y la echase flores.

Entonces pudo observar bien su rostro, y don Alonso le fué repulsivo.

Cuando fué el sirviente del caballero disfrazado de pescador fingiendo buscar á Tomás, María se asomó á la ventana, y no viendo por el campo al rondador, que ya hacía dos días no paseaba por allí, se brindó á ir á casa de Mateo en busca de su hermano.

Además, ¿qué temor podía abrigar siendo la tarde y no estando el camino solitario?

La joven salió, pues, tranquila y confiada, saludó á varios conocidos que encontró en su camino, y luégo anduvo algo más rápidamente, porque por el sendero que entonces recorría, los transeuntes eran escasos.

De repente, unos brazos de hierro la sujetaron, cubrieron con un lienzo su boca para ahogar sus gritos, y aunque hizo esfuerzos para desasirse, se vió suspen-



dida del suelo y trasportada á una litera, donde la dejó el hombre que la había cogido.

María le miró y reconoció en él á su rondador.

Quiso llamar; pero el caballero cubrió de nuevo su boca y la amenazó con un puñal si hacía el menor movimiento ó si gritaba.

Asustada y temblorosa la infortunada niña guardó silencio.

—Nada temas de mí,—dijo el joven;—sabes que te adoro, y al llevarte conmigo no intento causarte daño alguno. En casa de tu madre no podemos amarnos libremente; tienes un hermano que pondría toda clase de trabas á nuestra pasión, y yo no puedo vivir sin ti. ¡Ingrata! ¡Dejar pasar los días sin permitir que te viese! Pero no es culpa tuya, ¿verdad? Tú me quieres; tus ojos me lo han dicho; ¡tus ojos, claro espejo del alma más hermosa de la tierra!... Dicen que pensaban casarte con otro, y para evitarlo te llevo á mi casa. ¿No es verdad que me quieres, vida mía?

—No, señor, no os amo,—contestó ella con débil y entristecido acento.

—¿Ni me has amado nunca?

—Si he creído amaros un momento, fué un sueño del que ya desperté.

—Eso no es cierto; lo dices ahora porque no me perdonas que te haya sacado de tu hogar. Pero no tendrás por qué arrepentirte de ello. Yo haré de ti una gran señora. Soy noble, soy rico, en España me aprecian mucho, aquí me respetan y me temen. Hay en mi casa magníficas joyas que todas servirán para

ornato tuyo. Soy el único heredero, porque mi hermana se hará religiosa; cuanto yo poseo es para ti.

Ya habían llegado á la pobre mansión que hemos descrito, donde Mónica, avisada desde la noche anterior por don Alonso, aguardaba á la joven.

Era aquella una mujer hipócrita que había prestado muchos servicios semejantes, no sólo al hermano de Teresa, sino á otros libertinos de Nápoles.

Ella ayudó á bajar á la niña de la litera y á que entrase en aquella estrecha morada.

Don Alonso pasó parte de la tarde y de la noche con María. Esta fué la razón de no asistir desde las primeras horas á la fiesta del duque de Arcos, su protector.

Durante ese tiempo no logró ablandar el corazón de la doncella, que á medida que se veía en mayor peligro y más lejos de Cayetano sentía que su amor por éste aumentaba.

Cuando Alonso partió, Mónica dióla infames consejos, y para sustraerse á ellos fingió dormir hasta la mañana siguiente, aunque en realidad no pudo conciliar el sueño.

---

A la hora en que don Alonso se dirigía á la que podemos llamar prisión de la joven para trasladar á ésta á su palacio, se hallaba el conde de Villamediana en su habitación con aquel amigo del cronista del rey don Felipe al que vió en la fiesta dada por el virrey de Nápoles.

Aquel caballero iba á partir para la Toscana é invi-

taba á don Juan de Tarsis á que le acompañase, pasando algunos días en una bellísima villa de que era dueño y donde tenía á toda su familia.

El conde habíase excusado primero; pero ante las reiteradas instancias del amigo de Zavaleta tuvo que aceptar, proponiéndose salir ambos al anochecer.

Pronto estuvo todo dispuesto para el viaje del correo mayor y los dos caballeros ocuparon un coche de camino.

El criado que iba en el pescante detuvo los caballos al ver otro carruaje que entraba en la calle donde estaba el palacio de Jacobo, pues era tan estrecha, que no podían pasar dos á la vez.

El coche se paró en la puerta de la casa de enfrente, y un hombre bajó de él ayudando á hacer lo mismo á una mujer.

Como ésta no llevaba el rostro cubierto, el conde le vió perfectamente, despertándose en él un recuerdo casi borrado de su imaginación.

—¿Dónde he visto yo á esa joven?—se preguntó Villamediana.

—Va con don Alonso, uno de los secretarios del virrey,—dijo el amigo de Zavaleta.

La doncella se resistía á entrar, aunque no gritaba; su acompañante se inclinó hacia ella, y murmuró algunas palabras, amenazadoras sin duda, que le decidieron á pasar aquellos umbrales.

María y don Alonso desaparecieron, cerrándose la puerta detrás.

El carruaje dejó paso franco al otro, y don Juan y

su amigo perdieron pronto de vista la calle donde estaba el palacio de Jacobo.

—¡Qué preocupado vais, Villamediana!—dijo el último al conde.

—Estaba procurando recordar dónde he visto á esa mujer que acabamos de ver con el secretario del duque de Arcos.

—¿Y lo habéis conseguido?

—Me parece que sí.

—¿Es indiscreción preguntaros quién es?

—De ninguna manera; lo único que siento es no poder daros noticias más exactas. Conocí á esa joven en casa de un pescador que me dió hospitalidad durante unas horas en una noche que la tormenta era espantosa. Y por cierto que ese pescador llamado Tomás, que es hermano de esa niña, no me pareció un hombre vulgar. No creo engañarme al suponer que ha de elevarse algún día como la fortuna le ayude un poco.

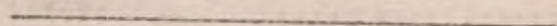
—¿Y qué tiene que ver esa humilde aldeana con don Alonso?

—Eso es lo que intento saber inútilmente, amigo mío. Pareciéronme los pescadores á que me refiero una familia buena y honrada, y no es probable que hayan vendido á la joven al secretario del virrey. En fin, misterios son estos que quizá podamos aclarar algún día.

—¿No os habrá engañado algún extraño parecido, señor conde?

—No lo creo probable, porque me fijé mucho en las dos napolitanas, primas, según oí, y ni la una ni la otra se han borrado de mi memoria.

El coche que conducía á los dos amigos llegaba entonces al campo grande de Mateo, sitio donde al rayar el alba debían reunirse los conjurados bajo las órdenes de Masaniello, según hemos dicho en anteriores capítulos.



# CAPITULO LVIII

DONDE MARÍA ENCUENTRA UNA PERSONA QUE LA PROTEGE

María fué instalada en la habitación de Teresa.

Mónica ocupó una pieza inmediata; y como la noche anterior no había dormido, pornto un sueño pesado cerró sus párpados, sin que pudiera darse cuenta de las acciones de la hermana del pescador.

Don Alonso, ansiando dejar algún descanso á las fatigas de la pobre niña, había salido del palacio decidido á dedicar unas horas al juego, una de sus distracciones favoritas.

Antes había tomado la precaución de cerrar la puerta del cuarto de su hermana, llevándose la llave.

María no quiso acostarse en aquel blando lecho y se puso á examinar cuanto la rodeaba: muebles, retratos y labores, terminadas las unas, empezadas las otras, obras interminables, que la vieja devota mandaba hacer á su hija, creyendo que con ellas ocuparía su imaginación, siendo así que la dejaban completa-

mente libre, fatigando sus delicados dedos aquel trabajo asiduo.

La prima de la Madonna comprendió desde luégo que antes que ella había ocupado aquella habitación otra mujer.

Por pensar en algo que no fueran sus penas, forjábase en su imaginación historias á cual más novelescas, en las cuales era la heroína la que antes dormía en aquella estancia.

El desorden en que habían quedado los muebles al sacar la doncella de Teresa alguna ropa para su ama había sido remediado por otra sirviente; así es que nadie hubiera dicho que la dueña de aquella casa había salido precipitadamente para hacer un viaje.

Sólo encontró María en el suelo una cinta que habíase desprendido del traje que Teresa llevó al palacio del virrey y que parecía impregnada aún del aroma de aquella hermosa flor.

Ya era muy tarde, cuando la amada de Cayetano, rendida por el cansancio producido por tantas emociones, se decidió á echarse vestida en el lecho.

Poco tardó en dormirse con un sueño agitado y febril.

Ya hacía tres horas que se hallaba así, cuando se despertó sobresaltada.

Alguien intentaba abrir la puerta, que ella sabía estaba cerrada por fuera.

La pobre joven tuvo miedo, y un temblor nervioso agitó su cuerpo.

Pensó levantarse para poner algún obstáculo delan-

te de la puerta; pero las fuerzas le faltaron, y cayó de rodillas al pie del lecho.

Un rato pasó así; el ruido había cesado, y María llegó á pensar que todo había sido efecto de su imaginación y que nadie intentaba abrir la puerta de su alcoba.

Pero á poco oyó un rumor de pasos que se recataban en el cuarto vecino, y un instante después una mano introdujo con precauciones una llave en la cerradura.

María hizo un esfuerzo para levantarse y pudo llegar hasta unas cortinas, detrás de las cuales se ocultó cuidadosamente.

Desde allí podía ver sin que fuera probable que la vieran.

Esperaba que fuese Mónica ó don Alonso; más bien la primera, porque había escuchado el roce de una falda; pero, con gran sorpresa suya, ni la dueña ni el enamorado doncel se presentaron en la habitación.

La persona que acababa de entrar era una mujer joven y hermosa, sencillamente vestida; la heroína probablemente de aquellas historias forjadas por María poco antes.

Abrió algunos muebles, y de cajones secretos sacó joyas que guardó en un cofrecillo, y luégo cartas que quemó, arrojando las cenizas á la calle, para lo cual tuvo necesidad de abrir la ventana.

Allí permaneció asomada un rato mirando á la casa de enfrente, donde ya sabemos que no se encontraba don Juan.

Suspirando la cerró de nuevo y murmuró en voz baja:

—¡Él no lo ha querido! ¡Cómo ha de ser!

Se arrodilló luégo ante un crucifijo, al que besó, y rezó durante algunos minutos.

Por último, aproximóse al lecho, y al verle en desórden, lo tocó, lo halló caliente y retrocedió algunos pasos, diciendo:

—¿Quién ha dormido aquí?

Entretanto, María, fatigada de estar en su escondite, de pie, cuando apenas podía sostenerse, hizo un ligero movimiento que no pasó inadvertido para la dama.

Esta vaciló al pronto entre retroceder ó acercarse; pero al fin se aproximó, levantó una cortina y encontróse junto á la aldeana, que cruzó sus manos en ademán suplicante, como implorando su perdón.

—¿Qué hacéis aquí?—preguntó la joven á María.

—Ignoro dónde estoy, señora,—respondió la amada de Cayetano;—me han traído á la fuerza, y mi mayor ventura sería huir. Cuando habéis llegado pensé que quien entraba era el infame que me arrebató al cariño de mi familia, fingiendo que me amaba.

—¿Y quién es ese hombre?

—Sólo sé que se llama don Alonso.

—¡Mi hermano!—exclamó la dama con la mayor sorpresa.

—¡Vuestro hermano!—repitió María.

—Nada tenéis que temer de mí,—prosiguió la que el lector ya habrá adivinado que era Teresa;—y como



¿Que haces aqui?-le pregunta la Dama.

puedo disponer aun de dos horas, os ruego os sentéis á mi lado y me contéis sin omitir ningún detalle lo que haya ocurrido entre mi hermano y vos.

—Señora, no sé si debo...

—Hablad con franqueza; yo también necesito una amiga á quien contar mis penas, y mi confidente seréis vos.

—¿Y si Mónica nos oye?

—¿Quién es Mónica?

—Una anciana que me vigila y acompaña por mandato de don Alonso.

—¿Y dónde está?

—Creo que en una habitación inmediata á esta,—respondió la napolitana.

—Será en la que dormía mi doncella. Felizmente esta casa tiene dobles llaves; yo guardaba sin que mi madre lo supiera algunas, y gracias á eso he podido penetrar aquí, y ahora me será fácil encerrar á la vieja. A no ser por eso, como mi hermano os habrá dejado prisionera, no hubieseis podido huir sin que él os lo permitiese. Ahora os escucho, empezad.

María, vertiendo copioso llanto, contó á Teresa lo que ya hemos referido respecto á su rapto.

Escuchaba la hermana de don Alonso con profundo interés primero, con verdadera indignación después.

—¿Es posible que hayáis sido víctima de semejante infamia?—preguntó cuando la napolitana cesó de hablar.—¿Hay hombres tan perversos que roben á pobres muchachas que no les han hecho ningún mal, sólo porque les parecen hermosas, y ese crimen queda sin cas-

tigo? Ahora no tenéis nada que temer; la persona que ha de salvarme os librará también.

—¿Salvaros?—repitió María;—¿acaso os amenaza algún peligro á vos, gran señora, rica, bella, halagada sin duda?...

—No es el riesgo que corro en nada semejante al que os ha traído aquí,—interrumpió Teresa;—y como me inspiráis confianza, porque no habéis vacilado en revelarme vuestras penas, voy á mi vez á contaros las mías, estando convencida de antemano de que las comprenderéis. Soy, en efecto, noble; podía haber sido rica si mi hermano no hubiese malgastado nuestra fortuna, y dicen que soy hermosa; pero, á pesar de estas dotes, que á algunas parecerían envidiables, nunca he sido feliz. Nací en España, donde mis padres residían, y recibí buena educación en un convento, al cual fuí enviada desde mis primeros años. Mi madre es una mujer muy devota, mi padre un hombre que pasaba por algo excéntrico y por quien yo sentía el mayor cariño y la mayor veneración.

Así como mi hermano Alonso es el ídolo de la primera, yo era la predilecta del segundo; y mientras él vivió, la existencia me parecía un paraíso.

Apenas contaba catorce años cuando tuve el inmenso dolor de perderle, y desde aquel día hasta hoy puedo decir que me quedé completamente sola en la tierra.

Fuí destinada al claustro, y, aunque todo mi sér se rebelaba contra semejante determinación, jamás me atreví á demostrarlo.

Pasaba mis días entregada á las prácticas religiosas

y á labores que mi madre regalaba después á las monjas, entre las que quería que yo viviese más tarde.

Así trascurrió el tiempo, hasta que fué nombrado virrey de Nápoles el duque de Arcos, pariente de mi padre, el que durante la vida de éste no vi apenas frecuentar mi casa.

El virrey aconsejó á mi madre que yo no entrara aún en el convento y que nos viniéramos á esta ciudad, donde nos regaló el palacio que veis.

Tomó á Alonso bajo su protección y le hizo secretario suyo, aunque otro personaje de mayor talento y más entendido ocupaba también ese puesto.

Ya en Italia, recibimos una tarde la inesperada visita de un hermano de mi padre, quien tuvo una larga conferencia con mi madre, la cual dijo que la había insultado inventando contra ella infames calumnias.

Un momento logró mi tío quedarse á solas conmigo; se mostró muy cariñoso, me aseguró que sólo anhelaba mi bienestar y mi dicha, y que desde entonces tendría un constante protector en él.

Había estado muchos años en América y allí recibió una carta confidencial de mi padre, cuyo contenido no me dijo, aunque sospecho que sería rogándole que velase por mí.

Hasta aquel momento no pudo realizar el deseo de su desgraciado hermano, y venía dispuesto á recuperar el tiempo perdido.

Mi tio era casado y tenía hijos, pero ni éstos ni su esposa se presentaron jamás en mi casa.

Cuando se separó de mí, me dijo que me escribiría,

y me encargó que le contestase, lo cual no me fué difícil, porque mi criada, fiel y buena, recibía y enviaba las cartas sin que mi madre lo advirtiera.

Yo le refería mis penas y él me consolaba.

Esas cartas queridas son las que, como supongo, habréis visto que acabo de quemar.

A consecuencia de un suceso sin importancia, mi madre decidió que hoy muy de mañana dejáramos este palacio para llevarme á casa de una parienta nuestra primero y al convento después.

Felizmente para mí se le ocurrió que antes fuera á despedirme de mi tío, y gracias á esto pude enterar á mi protector de lo que pasaba.

Éste formó un plan cuya realización me pareció de todo punto imposible.

Hizo que me fingiese enferma y guardara un silencio tenaz, lo cual no me fué difícil, porque siempre he hablado muy poco con mi madre; pero no era en esto en lo que estaba la dificultad.

Mi doncella, que ya os he dicho que me es fiel á toda prueba, tiene la misma estatura que yo.

Entró en el cuarto en que aparentaba estar durmiendo, y en nombre de mi tío me dijo:

—«Señora, levantaos y poneos este traje mío mientras yo me pongo el vuestro. Es preciso que vuestra señora madre crea que soy vos, para lo cual me bastará imitar vuestro modo de andar y vuestros movimientos, que tengo bien estudiados. Cubriré mi rostro con un velo; vuestro tío me hará entrar en el coche donde hemos de hacer el principio del viaje, y gracias á un

profundo silencio no advertirá el engaño hasta que estéis salvada. En cuanto pueda huiré para reunirme otra vez á mi ama querida.»

Me vestí con este sencillo traje, y oculta pude ver cómo mi buena criada tomaba asiento en el coche al lado de mi madre, que nada sospechaba.

Era ya de noche, y es casi seguro que se dormiría durante el trayecto.

Entonces mi tío me dijo:

—¿Puedes ir un momento á tu casa?

Le contesté afirmativamente; y como sé que Alonso no viene casi nunca á dormir en ella, no vi el menor peligro en complacerle.

—Te acompañará mi hijo,—prosiguió el anciano;—y para mayor seguridad un escudero también. Estos permanecerán abajo, tú subirás, cogerás tus joyas, si las tienes, y sobre todo cuida de quemar mis cartas, que has cometido la imprudencia de conservar. Es necesario que tu madre no sospeche nunca que estás conmigo, y si leyera esos pliegos, no lo dudaría. Al rayar el alba, ó antes, irá un coche á buscaros; me esperaréis los tres.

Me pareció bien el plan, y sólo me atreví á hacerle una observación.

Como nadie podía imaginar mi regreso á la casa materna, era completamente inútil que mi primo y el escudero entraran conmigo; bastaba que me acompañaran hasta la puerta, cuya llave, por una feliz casualidad, había llevado con los pocos efectos que recogí; los dos podrían así regresar á su morada, y yo los

aguardaría tranquilamente hasta que mi tío y ellos volvieran á buscarme.

Ya no deben tardar, y á fin de libraros de las persecuciones de Alonso os llevaré conmigo, en la seguridad de que mi tío no tendrá inconveniente en asociarse á una buena obra, devolviéndoos á vuestra familia y á vuestro prometido.

—Gracias, señora,—respondió María;—jamás olvidaré vuestro beneficio, y ojalá pueda pagaros algún día todo el bien que me hacéis.

---

# CAPITULO LIX

## DONDE SE DICE CÓMO SUPO CAYETANO EL PARADERO DE SU AMADA

La conversación de las jóvenes fué interrumpida bruscamente por dos causas á la vez.

La primera provenía de la parte exterior de la casa, oyéndose por las calles de Nápoles tiros y confusa gritería.

La segunda, del interior: un hombre se acercaba á la puerta, á juzgar por el rumor de sus pasos, é introducía una llave en la cerradura.

—¿Será vuestro tío?—preguntó en voz baja la amada de Cayetano.

—Es imposible,—respondió Teresa;—no hay más que dos llaves: la una la tengo yo, la otra Alonso.

—Entonces será él.

—Seguramente.

Teresa apagó la luz, y en seguida se abrió la puerta, entrando en la estancia su hermano.

La joven se ocultó donde antes estaba la napolitana.

—Mónica,—gritó don Alonso,—alumbrad esta sala inmediatamente.

La vieja, á quien su amo había despertado, entró al punto con una lámpara encendida.

Después de esto se retiró.

—¿No duermes?—preguntó don Alonso á María.

—Ya veis que no,—respondió ella.

—Celebro hallarte más tranquila que cuando me alejé; tus ojos no conservan ya las huellas de tus lágrimas, y el carmín hermosea tu rostro siempre encantador. ¿Has dormido?

—Un breve rato.

—¿Has reflexionado un poco sobre tu situación? ¿Estás dispuesta á acceder á mi deseo correspondiendo á mis amores?

—Jamás.

—No quería que hubiese la menor violencia; pero ya que no puede ser de otro modo...

—¿Qué significan esos tiros y esas voces?—interrumpió la aldeana, queriendo cambiar de conversación.

—Mucho en apariencia y nada en realidad,—dijo con calma don Alonso.—El pueblo napolitano se ha sublevado contra los cobradores de impuestos y pide la destitución del duque de Arcos. Son un puñado de hombres y su jefe es un pobre pescador. De lucha tan desigual, ¿cuál ha de ser el resultado? Antes de una hora habrán preso á los revoltosos, sin que el virrey

tenga siquiera que tomarse la molestia de luchar con ellos.

—¿Y le dejáis abandonado en estos momentos?

—Yo no soy hombre de armas y el duque no necesita ahora de mí. Temiendo tu justa alarma, he corrido á buscarte, y aquí me tienes para no separarme de tu lado hasta que correspondas á mi pasión. Quiero que en el caso, aunque imposible, de que se apoderaran de esta casa esos pescadores, no puedas seguir á Cayetano, ni casarte con él, quiero...

—Sois un infame, don Alonso,—exclamó la joven, —pero antes me quitaré la vida que ser vuestra.

—¿Y con qué? Careces de medios con que poder darte la muerte.

—Eso no he de decíroslo; básteos saber que soy capaz de hacerlo.

El caballero, si este nombre puede dársele todavía, se aproximó á ella; entonces, Teresa, olvidando toda prudencia, se presentó ante su hermano.

—¡Tú aquí!—exclamó éste con asombro.

—He vuelto muy á tiempo, como ves.

—¿Con nuestra madre?

—Sí,—contestó la joven, esperando sacar mejor partido al emplear este engaño.

—¿Y por qué habéis venido?

—Un accidente en el camino, no lejos aún de aquí, nos hizo volver.

—En efecto, he oído hablar de un coche que se había roto, impidiendo á los viajeros seguir hasta el lugar adonde tenían relevo de caballos; pero no sospeché

que fuera el vuestro. ¿Y no hay ninguna desgracia que lamentar?

—Ninguna,—respondió Teresa, que celebró la feliz casualidad que venía en su ayuda.—Y tú, Alonso, ¿qué hacías aquí creyéndonos ausentes? ¿Quién es esta joven, y por qué ocupa mis habitaciones? A no tener una doble llave, nuestra madre no hubiera podido entrar en ellas. Yo no he querido interrogarla esperando que tú, tan noble y tan caballero, según todos afirman, me explicases este misterio.

Iba don Alonso á contestar, inventando una historia más ó menos verosímil, cuando un imperceptible silbido se oyó al pie de la ventana de Teresa.

Esta la abrió disimuladamente, miró hacia la calle y dejó caer una llave envuelta en un pañuelo para que no sonase al chocar contra las piedras.

—Es un amante que llama así á su amada sin duda, —murmuró.

Don Alonso se acercó, pero sólo pudo ver un coche algo lejos de su puerta y un hombre parado junto á él que parecía un escudero, el que miraba con espanto hacia la calle vecina, donde empezaban á oirse más cercanas las voces de los sublevados.

El secretario del duque no sabía qué actitud tomar: poco le hubiera importado hablar con franqueza á su hermana; pero creyendo que su madre había llegado con ella, no se atrevía á decirla lo que pasaba.

Aquel infame, que creía á su madre una santa, engañado por su falsa devoción, respetaba á la viuda que tanto había hecho por él, y era tan hipócrita, que nun-

ca había la anciana conocido ni sospechado siquiera las faltas y maldades de su hijo.

Buscaba un medio de alejar á Teresa, cuando la puerta, que no tenía la llave echada, se abrió bruscamente, penetrando un hombre de cincuenta á sesenta años en la estancia.

Don Alonso le miró fijamente, y tanto él como el recién llegado retrocedieron al hallarse allí.

—¡Mi tío!—exclamó el joven.

—¡Tú!—dijo el anciano con desprecio.

—¿Qué buscáis aquí?—preguntó el secretario del duque.

—Ya que es forzoso decírtelo, vengo á llevarme á la hija de mi hermano, á arrancarla para siempre á vuestro poder.

—¿Creéis que mi madre lo consienta?

—Tengo con qué hacer callar á tu madre. Teresa, sígueme.

—Antes debo pediros un favor,—murmuró la joven;—estoy segura de que no me lo negaréis.

—Habla, porque pronto no se podrá cruzar por las calles de Nápoles: los amotinados van ganando muchísimo terreno.

—Ya os explicaré más tarde cómo Alonso y esta doncella se encuentran aquí; ahora sólo deseo suplicaros que llevemos á la última con nosotros para devolverla á su familia, á la que le ha sido arrebatada villanamente.

—¿Con qué derecho?—exclamó don Alonso;—eso no lo consentiré jamás. Esta mujer es mía.

—¿Y quién te la ha dado?—preguntó un acento varonil desde la puerta.

—¡Cayetano!—exclamó María arrojándose en los brazos del pescador.

Detrás de éste se veía un grupo de hombres todos armados como él.

—Mal guardada tenéis la casa,—prosiguió el amigo de Masaniello;—ni siquiera nos hemos tomado el trabajo mis compañeros y yo de llamar á su puerta; la entrada estaba franca, y hemos subido sin tropiezo hasta aquí.

—Yo la dejé abierta,—murmuró el anciano tío de Teresa.

—No lo lamentéis; de todas maneras hubiéramos entrado. Sabiendo yo que María se encontraba aquí, ¿había de dejarla en poder de mi enemigo?

—¿Lo sabías?—preguntó la joven.

—La Providencia, que vela por nuestros amores, hizo que lo averiguara. Unos han ido á prender, tal vez á matar, á los cobradores de impuestos; otros, á sitiar el palacio del virrey; yo he venido primero que nada á rescatar mi tesoro. Pero antes de salvarte, María, es preciso que se haga justicia, y se hará. Muchachos, prended á estos caballeros y á esa dama; sujetadlos bien.

—Eso no es justicia, Cayetano,—exclamó María.

—¿Por qué?

—Porque castigas á dos inocentes y á un culpable. Este caballero y esta señora iban á librarme de mi raptor; ella es una víctima más de ese malvado, que por

apoderarse de sus bienes hacía que su madre la encerrara en un claustro.

—Juan Mateo,—ordenó Cayetano,—acompaña á esta dama y á este caballero á su morada para que nadie los inquiete por el camino.

—Gracias, María,—dijo Teresa abrazando á la joven:—ya veis qué pronto me habéis pagado lo que quise hacer por vos.

El tío y la sobrina salieron, siguiéndoles el joven á quien hemos visto en uno de los capítulos precedentes, y que era pariente cercano de uno de los jefes de la revolución.

—Ahora,—prosiguió Cayetano,—atad al prisionero, que vendrá con nosotros.

—¡Atarme!—repitió con furor don Alonso.—¡Eso lo veremos!

—Eres uno contra muchos; y además, ¿qué te importa ser atado, cuando una muerte degradante te espera? Juré quemarte vivo si María no era digna de mí cuando la hallase, y ahorcarte solamente si llegaba á tiempo de salvarla. Conque ponte bien con Dios, porque esta noche tu alma habrá volado de la tierra.

---

Sin duda extrañará el lector que Cayetano hubiese encontrado tan pronto á María, y es justo que refiramos por qué causa había conseguido saber su paradero.

Dejamos á Villamediana en el momento en que lle-

gaba con su amigo al campo grande de Mateo, empezando su viaje con toda felicidad.

Pero antes de alejarse de allí, el incidente del coche que don Alonso había oído referir y que atribuyó luégo á aquel en que iban su madre y su hermana, se verificó, rompiéndose una de las ruedas, por lo que don Juan de Tarsis y su compañero tuvieron que apearse para ver si se hallaba cerca alguno que lo compusiera.

En el campo de Mateo había un grupo de pescadores y aldeanos, y uno de ellos se prestó á buscar herramientas y á arreglar el coche en breve espacio.

Mientras lo hacía, los dos caballeros se sentaron sobre unas piedras.

Casualmente pasaron por delante de ellos algunos de aquellos pescadores, y uno que se fijó en el conde le saludó con respeto.

—¿Sois vos,—le preguntó después,—uno de los señores que no han podido seguir el viaje? ¿Queréis que vaya en busca de otro coche?

—No hace falta, Tomás,—le contestó Villamediana, reconociéndole al punto;—mi amigo y yo no tenemos prisa, y esperaremos aquí que compongan el carruaje.

Recordando luégo lo que había visto al salir del palacio de Jacobo, le preguntó por su madre, por su prima y por su hermana.

—Mi pobre madre se halla enferma,—contestó palideciendo;—la Madonna, aunque triste, sigue bien, y en cuanto á la desgraciada María, nos ha sido ro-

bada, sin que hayamos logrado aún encontrar sus huellas.

—¡Robada! ¿por quién?...

—Dicen que por un caballero. Diera mi vida por encontrarla y por decir á la pobre vieja que la llora: «Ahí tienes á tu hija buena y pura como cuando partió, porque la ha protegido un ángel resguardándola bajo sus alas.»

—Quizá pueda yo seros de alguna utilidad en este caso,—dijo Villamediana.

—¿Sabéis algo de ella?

El correo mayor del rey refirió á Masaniello lo que había visto.

—¿Y dónde está?—interrogó con visible emoción un joven, que no era otro que Cayetano.

—¿Conocéis el palacio que Jacobo Grattis posee en la ciudad?

—Sí, señor.

—Pues en la casa de enfrente está María.

—Dios os premie la noticia que me dais,—dijo Masaniello;—¡haga el cielo que lleguemos á tiempo de salvarla!

—Allí iré á buscarla en seguida,—murmuró Cayetano.

—Espera,—replicó Tomás;—algunos compañeros irán contigo.

Cuando el coche estuvo compuesto, Villamediana y su amigo subieron á él, despidiéndose de los pescadores.

—Vé de prisa, muy de prisa,—dijo Masaniello al

conductor;—es bueno que os alejéis pronto de la ciudad y sus alrededores.

Ya á solas con Cayetano repuso:

—Celebro que ese caballero haya partido; es español, y hubiera luchado por el virrey. ¿Cómo ser adversario y tal vez dar la muerte al que me devuelve á mi hermana querida?

Ésta fué la razón por que el conde no asistió al motín de Nápoles ni tomó parte ninguna en él.

---

# CAPITULO LX

### UN AVISO MISTERIOSO

Pocas veces habrá consignado la historia un hecho más grande ni más incomprensible que el de aquella sublevación.

Un puñado de hombres valientes hasta la temeridad logró en breve tiempo vencer á un numeroso ejército que tenía inmensas ventajas sobre los amotinados, por la experiencia, por los conocimientos y por las buenas posiciones que ocupaba.

El virrey fué sitiado en su palacio y tuvo que rendirse.

Los cobradores de impuestos cayeron en poder del pueblo, y pronto fueron encerrados en oscuros y tristes calabozos.

Los que los ocupaban vieron de nuevo la luz del día y el claro sol de la libertad.

¿Á quién se debía aquella súbita transformación que convirtió en oprimido al opresor?

A Masaniello, jefe de la conspiración aquella, al que todo lo había dirigido, al que pareció multiplicarse acudiendo á los sitios de mayor peligro, al héroe de Nápoles, en fin.

Era, como hemos dicho, un pescador que sólo contaba veinticinco años, y todos, grandes y pequeños, viejos y jóvenes, habían reconocido desde luégo su superioridad.

Su madre, que recordaba sus proyectos cuando hablaba de sus sueños de grandeza con Margarita, apenas podía creer lo que veía y lo que escuchaba, y pronto olvidó el dolor que había amargado su existencia cuando le fué arrebatada su hija, para entregarse de lleno al inefable gozo que producía en su alma la repentina grandeza de Tomás.

Sólo la Madonna estaba triste; á ella únicamente no se le ocultaban los peligros que traería consigo aquella inesperada gloria.

Como era de suponer, Masaniello obtuvo el nombramiento de gobernador por el pueblo, que en masa le vitoreaba, y su primer cuidado fué abolir los impuestos origen de la revolución.

Tantos hombres rudos como tomaron parte en el motín no cometieron durante él ningún desmán; sólo Cayetano pensó en una venganza, y esa era completamente ajena á lo que motivara el alzamiento.

En premio de su bravura y de los muchos servicios prestados al pueblo, el amante de María había pedido la vida de don Alonso.

Hizo que un sacerdote le prestara los últimos con-

suelos que la religión ofrece, y después se dirigió con el prisionero hacia la casa de Tomás para hacer que le ahorcasen enfrente de ella.

Muchos de los sublevados los acompañaban.

Hay que hacer la justicia á don Alonso de que no se mostró ni abatido ni cobarde, y que aguardó resignado tan ignominiosa muerte.

No dirigió la palabra á los que iban á quitarle la vida en lo mejor de su edad.

Cayetano, mostrándole la casa de Aniello, le dijo cuando llegaron cerca de ella:

—De allí me robaste mi dicha; allí pensaste que encontrarías la tuya; muere contemplando las ventanas de la morada de aquella á quien no volverás nunca á ver.

Aquel noble, que tan brillante porvenir parecía tener, fué muerto sin la menor compasión, y su cuerpo quedó abandonado sin que ninguno de aquellos hombres pensase en darle cristiana sepultura.

---

El virrey, prisionero en su palacio hasta nueva orden de Masaniello, tuvo que reconocer á éste como gobernador de Nápoles y entregarle el poder que antes disfrutaba.

Todos los caballeros de la ciudad le fueron abandonando poco á poco, y él creía que su secretario había seguido el ejemplo de los demás.

Ya hacía cuatro días que la ciudad se había apaciguado, y que Tomás mandaba en ella, cuando anun-

ciaron al duque que una dama vestida de luto deseaba hablar secretamente con él.

Introducida en la estancia, la dama alzó el velo que cubría su rostro, y el antiguo virrey halló ante sí á la madre de Teresa.

—¡Tú! - exclamó asombrado.

—Yo, sí, tu pobre amada, que viene á contarte sus desdichas.

—Hace tiempo que nada existe entre nosotros, señora,—murmuró él.

—Te equivocas; siempre existe el remordimiento de hoy y la infamia y el engaño de otro tiempo.

—¿Acaso las oraciones y las prácticas religiosas no han tranquilizado tu conciencia?

—Eso pensé; pero me engañaba. Escucha. Sabes que partí con mi hija para llevarla á un convento; antes me pareció natural que se despidiera de la familia de su padre.

—No ignoras que siempre me opuse á tu determinación,—interrumpió el duque.

—Tenías compasión de ella quizás; pero no era eso lo que yo veía; creí que la hija te agradaba como la madre te agradó, y por eso me decidí á alejarla para siempre de mi casa. Esa hija, que nunca me amó quizás porque yo no supe conquistarme su cariño, esa niña ídolo de su padre, que al adivinar nuestras relaciones amorosas y comprender que no tenía más que á ella en el mundo, fué el único sér á quien no maldijo, no sé cómo ni cuándo burló mi vigilancia durante el camino y desapareció.

—¿Huyó sola?

—Sí. En vano la llamé, en vano la busqué por todos lados; no ha quedado huella de su paso en parte alguna, ni en el sitio donde yo estaba, ni en el recorrido anteriormente, ni en la ciudad de Nápoles. Conté con tu ayuda y protección, y al llegar aquí me dijeron que estabas prisionero y que no eras ya virrey.

—¿Te lo dijo Alonso?

—Espera, que aún no he narrado todas mis desventuras,—prosiguió la devota enjugando algunas lágrimas que brotaban de sus ojos.—Antes de entrar en la ciudad había llamado mi atención un horrible espectáculo. Cerca de una casita blanca había un hombre ahorcado, con el traje hecho jirones, el rostro y parte del cuerpo devorado por las aves de rapiña, un cadáver que horrorizaba y cuya vista me estremeció. Pregunté quién era, y ¿sabes lo que me contestaron unos pescadores?

—No, ni quiero adivinarlo.

—Pues me dijeron: es el secretario del duque de Arcos, don Alonso Espinosa, ahorcado por una infamia que cometió.

—¡Tu hijo! es decir, ¡nuestro hijo!—balbució el duque ocultando su rostro entre las manos.

—Sí, nuestro hijo, el hijo del adulterio, el que llevó la perturbación á mi hogar, el que mi marido hubiese desheredado si no hubiera temido tanto al escándalo que iba á manchar su nombre, el que maldijo en su lecho de muerte. El hijo que te ha unido á mí durante tantos años con cadenas de hierro, el que era tu or-

gullo y mi alegría, ha muerto como un indigno criminal; la maldición de mi esposo cayó sobre él, y hoy, esta desgracia irreparable venga con creces todos sus sufrimientos. ¿Te acuerdas? Sólo tenía seis años el niño, cuando aquel hombre honrado vió nuestras cartas, que un inicuo delator puso en sus manos. ¡Él, el valiente guerrero, lloraba al ver destruída su felicidad! Todo el amor que me había tenido se convirtió en odio implacable, y muchas veces, al tomar á Teresa en sus brazos, me preguntaba entre temeroso é irritado: «Y ¿esta es mi hija?» Años hace que tú no me amas ni yo te quiero á ti; pero Alonso era un lazo que existía entre los dos, y ese lazo no podía romperlo más que su muerte ó la nuestra. Yo he adorado á ese hijo con todas las fuerzas de mi alma, en él agoté mi cariño y le di cuanto poseía, ternura, bienes. Pensé que, rezando mucho, Dios perdonaría mis culpas pasadas, y nunca sospeché que pudiera castigarme del modo que lo ha hecho. Ahora, no ya por miedo, sino por convicción, voy á retirarme de mundo, á dedicar el tiempo que me resta de vida á la caridad y á la oración. Vengo á hacerte una súplica postrera. Si encuentras á mi hija, procura que perdone el daño que la he hecho y vela porque no carezca de nada. Lo poco que pueda salvarse de mi fortuna es todo suyo.

La viuda se levantó, despidiéndose del duque y saliendo lentamente del palacio.

El que había sido virrey de Nápoles la siguió con la vista, y luégo entregóse á su dolor y á sus penosas reflexiones.

En cuatro días lo había perdido todo: su posicion, su grandeza y á un hijo á quien amaba más, por lo mismo que siempre se había visto obligado á disimular aquel inmenso cariño.

Él arrancó la ventura al padre de Teresa, que era pariente suyo, y juzgaba que merecía por este solo hecho todos los dolores que el cielo le hacía sufrir en aquellos momentos.

Y ahora que estaba prisionero, ¿cómo podría buscar á la joven, ofrecerla su apoyo, su protección y velar por su pervenir?

Si le dejaban en libertad, le obligarían á volver á España y perdería para siempre las huellas de Teresa.

Hallábase entregado á estas tristes reflexiones, cuando uno de sus antiguos criados entró á llevarle la comida.

Todos le trataban con las consideraciones debidas á su antiguo rango, y á esto debían que la madre de Alonso hubiese podido llegar sin el menor obstáculo hasta él.

El duque no pensó tomar nada y dejó intactas las viandas al pronto; pero habiéndosele acercado su perro favorito, que se hallaba dormido á sus pies, Arcos cogió un cuchillo y partió un trozo de pastel que dió al noble animal.

Este siguió pidiéndole, el duque le dió más, y al llegar al centro del hojaldre vió un objeto que llamó su atención.

Aquel objeto hizo palpitar su pecho de una manera acelerada.

Era un pedazo de pergamino arrollado; lo deslió y leyó en él las siguientes líneas:

—«Tened confianza; los españoles velamos por vos, y no tardaréis en ser virrey de nuevo: acaso dentro de tres días.»

Este misterioso aviso hizo que la esperanza renaciese de nuevo en el alma abatida de aquel hombre.

---

# CAPITULO LXI

---

PREPARATIVOS DE BODA

Sin duda recordará el lector que Masaniello había prometido á Margarita hacerla su esposa si se realizaba un plan que tenía en proyecto, plan que no era otro que la revolución, si salía vencedor en ella y el pueblo le nombraba gobernador de Nápoles.

Como todo esto se había verificado y ya no había razón alguna para aplazar el casamiento, Tomás dispuso que éste se efectuara á los siete días de su elevación al poder.

Lisonjeado por el reciente triunfo el joven héroe hubiese querido celebrar su boda en la mejor iglesia de la ciudad con mucho lujo y ostentación; pero la novia, cuya modestia ya es conocida, prefirió aquel templo pequeño é ignorado donde iban á rezar los pescadores, aquel donde estaba el cuadro con la Madonna tan semejante á ella.

También hubiera deseado Masaniello llevar un rico

traje y que su amada fuera espléndidamente vestida; pero Margarita no quiso abandonar para la sagrada ceremonia sus galas de aldeana ni consintió que Tomás trocara por otros su vestido de pescador.

Estaban convidados á la boda todos los más íntimos amigos de Aniello, los hermanos Richi, Mateo, su sobrino, el buen anciano, cuyo hijo había salido de la prisión y otros muchos que hubiesen dado su vida por evitar cualquier peligro á su jefe: tan grande era el afecto que por él sentían.

En la ciudad todo respiraba paz y contento, pues con la abolición de los impuestos esperaban rescatar sus casas vendidas los unos, ahorrar para comprar alguna tierra los otros, y todos sin excepción vivir en completa tranquilidad, mandados por un gobernador de su clase, que por esto mismo, como conocía sus necesidades y aspiraciones, procuraría labrar siempre la dicha de aquel pueblo.

Nadie se acordaba del duque de Arcos; entonces, que estaba vencido y humillado, le perdonaban todas sus despóticas órdenes y las vejaciones que les había hecho sufrir.

No se habían verificado grandes fiestas en honor del triunfo: el país estaba pobre y no faltaban desgraciados á quienes socorrer.

Masaniello dispuso que el dinero que se había de emplear en ellas se diera á las víctimas de los cobradores de impuestos, que eran numerosísimas y muchas se hallaban sin albergue.

Después de tomadas estas disposiciones y al propio

tiempo que atendía á sus deberes, quiso dedicarse un tanto á la vida de familia.

Desde que Tomás era gobernador vivían en el centro de la ciudad en una casa hermosa, amueblada con lujo, que había puesto á su disposición Mateo.

María también debía unirse á Cayetano el mismo día que su hermano á la Madonna, y la buena viuda no cabía en sí de gozo y aseguraba que después de celebrarse la doble ceremonia ya no le importaba la muerte, puesto que todos sus hijos quedaban colocados.

También las amigas de Margarita y de su prima debían asistir al casamiento de ambas.

Todo parecía presagiar una vida de ventura sin límites á las dos amantes parejas.

La noche antes Masaniello había pedido autorización á sus compañeros para dejar un poco sus asuntos de gobernador y pasar algunas horas con su madre, su prometida, su hermana y Cayetano.

Los cinco se hallaban reunidos en una espaciosa habitación, como tenían por costumbre en la casita blanca, sólo que la buena viuda, como no hilaba y no había adquirido hábito de hallarse mano sobre mano, dormía agitando sus dedos como si tuviese en ellos el huso.

—Madonna mía,—decía Tomás,—imposible me parece que mañana voy á realizar el más dulce deseo de mi vida uniéndome contigo. Y este deseo supera á cuanto yo había soñado, porque no voy á ofrecerte la pobreza y las privaciones, sino un brillante porvenir.

Tú serás la primera en Nápoles por la posición, como ya lo eras por la hermosura.

¡Qué felicidad, vivir siempre al lado tuyo! ¡Siempre! ¡no una hora, no un día, no un mes, sino constantemente!

Poder abrirte mi corazón á cada paso, leer en el tuyo, realizar tus caprichos si los tienes, consultarte en todo y para todo.

¡Ah, Margarita idolatrada, Madonna de mi vida, no sabes lo que te adoro!

¿Crees que, á no ser por el estímulo del amor, se puede llevar á cabo la empresa que he realizado yo?

¿Que el grano de arena llega á ser montaña sin algo muy poderoso que le impulse?

En medio de los peligros no he querido retroceder, porque pensaba en ti.

La victoria es Margarita, me decía: si gano la batalla, podré casarme con ella; si la pierdo, no hay ventura posible para mí.

¿Compartes tú mi felicidad? ¿No existe nada que te entristezca?

—Nada, como no sea el exceso de mi dicha,—respondió la joven.

—¡Cuándo pasará hoy! ¡Cuándo llegará mañana!

Y Masaniello seguía hablando de su inmenso amor.

María no había necesitado emplear ningún medio para convencer á Cayetano de que continuaba siendo digna de él.

La ingenuidad con que la joven se había echado en sus brazos al verle aparecer en la morada de Teresa,

le probaban la pureza de su amada, y estaba resuelto á unirse lo antes posible á su querida Marietta.

De repente se oyó al pie de las ventanas la suave música que manos expertas arrancaban á las cuerdas de las mandolinas y el canto no menos dulce de varios pescadores napolitanos que iban á dar una serenata al gobernador Masaniello.

Las canciones eran muy conocidas de Cayetano: las mismas que entonaba en la calle de Toledo cuando su voz era un aviso para los conspiradores; sólo la letra variaba, siendo alusiva á los cuatro novios.

Estos se asomaron á la ventana y vieron á varios jóvenes capitaneados por los Richi, y oyéndolos embobados, á varios aldeanos de ambos sexos y de todas edades.

Al divisar á su jefe, los pescadores prorrumpieron en calurosos vivas y gritos de entusiasmo y de cariño, siendo los Richi los que alborotaban más.

Masaniello les mandó subir, obsequiándoles con cuanto se encontró en la casa, y allí permanecieron hasta las doce, hora en que cada cual se retiró á su morada.

Tal vez aquella manifestación de afecto fué, de cuantas recibiera en aquellos días, la que conmovió más profundamente á Tomás.

---

A la mañana siguiente muy temprano se presentaron en la habitación de María y de la Madonna las amigas que debían acompañarlas al templo.

Una deshizo las trenzas de Margarita, las de su prima otra, peinándolas sencillamente y adornando sus cabellos con agujas de plata.

Las dos jóvenes estaban hermosísimas, sobre todo la Madonna, cuya dulce y melancólica expresión encerraba tantísimos encantos.

Las novias guardaban un profundo silencio; en cambio las otras muchachas conversaban alegremente, y es bien seguro que no había entre ellas una sola que no deseara la ventura de sus compañeras con toda la efusión de su alma.

Luégo que estuvieron peinadas las vistieron con sus trajes de gala y les dieron un recuerdo insignificante por su valor, pero de gran mérito por la buena voluntad con que fué ofrecido.

Cuando estuvieron completamente ataviadas la Madonna y María, corrieron en busca de su madre.

Hasta entonces no se presentaron los novios.

A éstos los acompañaban sus parciales, que miraron á las amigas de la prometida y la hermana de Aniello, mientras ellas, turbadas y ruborosas, pensaban en que no sería muy difícil, si aquellos muchachos se lo proponían, que la doble ceremonia que se iba á celebrar se repitiese más que triplicada al cabo de un año.

Sólo que entonces serían ellas las que se dejasen vestir y peinar por sus compañeras.

A la hora señalada salió la comitiva en buen orden de la casa de Aniello.

Era muy numerosa, y aun lo fué más al acercarse

á la iglesia, porque muchas personas se fueron incorporando durante el trayecto.

Los que llegaban iban colocándose detrás, sin conseguir apenas ver á los novios, que hallábanse rodeados de amigos.

Si María no hubiese ido tan conmovida, hubiera observado al pasar por una de las principales calles que desde la ventana de una casa de espléndida apariencia la saludaba una bella dama, cuyo rostro animado indicaba una completa felicidad.

Era Teresa, que continuaba en casa de su tío, ignorando la muerte de su hermano y el regreso á Nápoles de su madre, sucesos que nunca llegó á saber, porque el duque de Arcos no encontró su paradero.

Como es la última vez que nos ocuparemos de ella, diremos, para terminar, que no tardó en vencer el amor que don Juan de Tarsis había hecho nacer en su alma, que después correspondió á la pasión que había inspirado á su primo, y que se casó con él, olvidando en medio de una familia buena y honrada, que la quería tiernamente, todas las pasadas desventuras.

Permanecieron poco tiempo en Nápoles, yendo á establecerse á Portugal, donde su tío poseía grandes rentas y magníficas propiedades.

---

# CAPITULO LXII

UN DOBLE ASESINATO

Los novios se disponían á entrar en la pequeña iglesia predilecta de los pescadores; ya Masaniello dejaba paso á su prometida, cuando un hombre salió de la capilla, obligando á la Madonna á retroceder algunos pasos.

Detrás de él salió otro llevando un ramo de flores en la mano.

Ambos iban vestidos al uso del país; eran jóvenes y parecían vigorosos.

El del ramillete se detuvo delante de Margarita, y en italiano, aunque con un ligero acento extranjero, exclamó:

—Para la novia, á la que deseo largos años de prosperidad y de ventura.

La Madonna cogió las flores sonriendo, dió las gracias al desconocido, y volviéndose hacia Tomás, que

tenía los ojos fijos en ella, le entregó una rosa, la más bella del ramo.

Masaniello la acercó á sus labios.

Entonces el hombre que había hablado á Margarita se lanzó rápidamente sobre el gobernador de Nápoles é introdujo en su pecho un agudo puñal.

Masaniello vaciló un instante, puso la mano derecha sobre el corazón, dejando caer la rosa, al tiempo que Cayetano se lanzaba en su socorro.

El hombre que había salido antes de la iglesia hizo el ademán de ayudarle también; y como el novio de María nada observaba por atender á su querido compañero, recibió á su vez una puñalada que le dejó gravemente herido.

Los dos pescadores cayeron al suelo abrazados.

Los asesinos pensaron aprovechar los momentos primeros de confusión para huir; pero los convidados á la boda, que ya se habían apercibido de aquella traición, los rodearon, y los Richi, Mateo y su sobrino se apoderaron de ellos.

—¡Matadlos!—gritaban todos.

—¡Traidores!—exclamaban algunos;—que paguen con mil tormentos su crimen.

Y todos querían herirlos y todos los insultaron, dándoles por último la muerte.

Ellos no ignoraban que difícilmente lograrían salvarse, una vez que asesinaran á Masaniello y á Cayetano.

A éste le habían quitado la vida porque era el único que hubiese podido reemplazar á Tomás en el gobier-

no de Nápoles, aunque no tenía tanto arrojo ni tanta inteligencia como él.

Ambos asesinos se habían sacrificado por el virrey, convencidos de que sacaría provecho de aquel crimen. Su lealtad hubiera sido digna de mejor causa.

La Madonna y María se habían arrojado sobre los cuerpos de Masaniello y Cayetano.

El gobernador no respiraba ya; el puñal le había partido el corazón.

Su amigo estaba mal herido; pero aun pudo reconocer á María y fijar sus ojos con amor en ella.

—¡Cayetano! ¡Cayetano mío!—exclamó la joven abrazándole con ternura;—vive para tu Marietta, que te adora y sólo anhela hacerte feliz. ¡Pronto, llamad á un médico! ¡No es posible que mi hermano y mi amado mueran! ¡Dios no puede consentirlo! ¿Qué han hecho ellos para tener este trágico fin? ¿Qué mal hemos causado Margarita y yo para ser tan desventuradas? Ven acá, tú, Madonna, ¿no lloras?

La Madonna, en efecto, no lloraba; abrazada al cuerpo inanimado de Masaniello, tenía la mirada fija sin expresión en el rostro del que iba á ser su marido, en aquel hombre generoso y valiente que no tuvo más falta que la de ser excesivamente confiado.

En cuanto á la madre de Tomás, había perdido el conocimiento, y algunas de las jóvenes amigas de su hija la prestaban sus auxilios.

Cayetano estrechó á María contra su pecho, y murmurando un tristísimo adiós, cerró los ojos para no abrirlos más.

El sacerdote que aguardaba en la iglesia para celebrar los casamientos salió atraído por los gritos de las mujeres.

En vez de dos bodas, eran dos entierros los que tenía que verificar.

Con monótono y frío acento recitó algunas plegarias de difuntos, y luégo procuró infundir algún ánimo en aquellas desventuradas jóvenes.

Ellas no le atendían.

María lloraba sin consuelo, Margarita arrojaba las flores del ramillete sobre el cuerpo de Tomás.

Al propio tiempo sus labios pronunciaban palabras ininteligibles.

Mateo tomó al cabo una resolución: hizo que llevaran á la iglesia á los dos muertos para que quedasen depositados en ella hasta la siguiente mañana, que tendrían efecto ambos entierros.

Después mandó que dos de sus amigos tomaran, por debajo de los brazos el uno, por los pies el otro, el cuerpo de la pobre madre, y lo dejaran en casa de los Richi, que era la más próxima á aquellos lugares.

Margarita y María habían entrado en la iglesia detrás de los que conducían á los dos pescadores.

Gran trabajo costó arrancarlas de allí, sobre todo á la Madonna.

Al fin casi á viva fuerza las llevaron junto á la infeliz viuda, que aun no había recobrado el conocimiento.

Fué aquel un día de desolación para todos, y, sin embargo, á pesar del profundo dolor que los agobiaba

nadie pensó en vengarse, porque la muerte de Masaniello era la muerte de la libertad, y ni uno ignoraba que pronto les sujetarían de nuevo las cadenas del opresor.

¿Qué hombre había de atreverse como él á colocarse á la cabeza del pueblo napolitano?

Ya habían muerto los asesinos de los dos compañeros que iban á estrechar más sus lazos en fraternal unión; era lo único que por su memoria podían hacer los indefensos pescadores.

El duque de Arcos tuvo el buen acierto de no mostrarse en público al día siguiente.

Dejó pasar el entierro de Masaniello, y cuando todo se halló más tranquilo ocupó sin dificultad su alto cargo.

El virrey y los cobradores de impuestos volvieron á mandar en el país.

Centenares de personas acompañaron los restos de Tomás y de Cayetano á la última morada.

Los cuerpos iban conducidos en hombros por sus tristes compañeros, á los que seguían muchos con velas encendidas.

Richi, el menor, llevaba una bandera; el mayor, las armas de Masaniello; y Juan Mateo, las de Cayetano.

Un muchacho caminaba con los remos de la barca de los dos amigos al hombro, y otros con flores sueltas ó en ramos.

El más profundo silencio reinaba, sólo interrumpido alguna vez por el llanto de las mujeres.

Cuando la comitiva pasó por delante de la casa en que estaba María con su madre y su prima, todos procuraron apagar el ruido de sus pisadas mirando con respeto á la puerta de aquella mansión.

Llegaron al cementerio, donde los enterradores habían cavado dos sepulturas, la una al lado de la otra, y los cadáveres fueron depositados sobre un paño negro.

Al descubrir por última vez los cadáveres, los asistentes á la fúnebre ceremonia se sintieron vivamente conmovidos, y por muchos de aquellos rostros se deslizaron ardientes y sinceras lágrimas.

Entonces, de un ángulo del cementerio salió una figura extraña, pero bella.

Era una mujer vestida de blanco y coronada de rosas naturales.

Como la Ofelia de Shakspeare, llevaba el delantal lleno de flores, que arrojó en las fosas abiertas, poniéndose después á cantar.

Era la Madonna, que había perdido la razón al presenciar la muerte de Masaniello.

Richi quiso separarla de allí, pero la desventurada joven se opuso tenazmente á alejarse.

—Oye,—le dijo Margarita,—antes de venir tú he preguntado á ese hombre lo que hacía.

Y señalaba al sepulturero.

—¿Sabes lo que me ha contestado?

—No.

—Pues me ha respondido: «Le estoy haciendo la última cama á Tomás Aniello.»

—Y te ha dicho la verdad.

—Pues si lo que me ha dicho es cierto, ¿por qué es esa cama tan estrecha?

—Aun sobra terreno para su cuerpo,—murmuró el joven Richi;—si fuera el alma la que habría de ser encerrada, la ciudad entera no bastaría.

—Yo quiero que hagan el lecho más ancho.

—¿Y para qué?

—Para dormir siempre al lado suyo. Yo lo quiero y él lo desea también; él, que jamás se ha opuesto á ninguno de mis caprichos. Ya es tiempo de descansar; los dos estamos fatigados: ¡pesa tanto el poder! ¿Para qué queremos nosotros ser poderosos y ricos? ¿No dice él que mi amor es un tesoro? Pues ese bien no ha de faltarle nunca. Dios no nos ha dado la ventura para que la arriesguemos; vivamos felices é ignorados donde nadie nos vea ni adivine nuestra dicha. Yo no soy ambiciosa; Tomás, sí. El no tiene rival ninguno; yo una sola, la patria; á veces pienso que la ama más que á mí, y esto me entristece. ¡Y qué mal pago le ha de dar esa enemiga mía! Le pedirá su sangre, su vida, mientras yo no le exijo más que su amor.

—Vamos, Madonna, retírate,—dijo Richi procurando convencerla;—yo te prometo que cuando llegue la hora dormirás el sueño eterno al lado de Masaniello..

—¿Dónde se halla Tomás?

—Aun no ha venido.

—Me engañas; yo sé que está aquí. ¿Por qué le

acompañáis tantos amigos? ¿Venís á celebrar su triunfo?

Richi no contestó, y cogiendo á Margarita por un brazo, quiso alejarla de allí.

Los curas habían rezado al lado de los muertos y los enterradores iban á colocar en la fosa los dos ataúdes.

La Madonna rechazó con fuerza al joven pescador y se acercó al inanimado cuerpo de su primo.

Se arrodilló junto á él, y colocó la cabeza de Tomás sobre su falda.

—Duerme así, amado mío,—murmuró;—duerme, que yo velo por ti y nadie vendrá á inquietar tu sueño. ¿Tienes frío? Yo te abrigaré con mis cabellos, que tanto te agradan. Yo estrecharé tus manos entre las mías, y las calentaré con el calor de mis ardientes besos.

La joven se inclinó después sobre el rostro de Masaniello y lo besó con cariño.

Mateo entonces se aproximó á ella, diciendo muy conmovido:

—Deja que Tomás descanse; su madre te llama.

La Madonna colocó otra vez al pescador lo mismo que estaba sobre el negro paño y levantóse.

Mientras se alejaba, guiada por el que había sido uno de los más fieles amigos de Masaniello, el cuerpo de éste y el de Cayetano eran enterrados en las dos fosas.

Los compañeros de los pescadores arrojaron cada cual un puñado de tierra sobre sus tumbas, los ente-

rradores acabaron de cubrir las cajas y Richi colocó una cruz negra encima de cada sepultura.

Los niños que llevaban flores las echaron también allí, y luégo la comitiva salió del cementerio silenciosa y en buen orden, lo mismo que había entrado en él.

---

# CAPITULO LXIII

DONDE VILLAMEDIANA SIENTE LA NECESIDAD DE REGRESAR Á SU PATRIA

Don Juan de Tarsis vivió en la Toscana una breve temporada al lado del amigo de don Juan Zavaleta, célebre cronista del rey Felipe IV.

Para él pasaron casi inadvertidos los sucesos de la revolución de Nápoles, pues cuando regresó á la ciudad todo lo halló exactamente lo mismo que lo había dejado al partir.

Los siete días que duró el gobierno de Masaniello no habían dejado huella alguna, y los cobradores de impuestos se mostraban más exigentes y despóticos cada vez.

El cambio de más importancia que encontró el correo mayor del rey fué que la casa que hallábase enfrente del palacio de Jacobo Grattis estaba en venta; que la habían quitado sus muebles, y que los retratos, incluso el de la reina, habían desaparecido también.

Al poco tiempo de su llegada la adquirió un abate, y en el mismo sitio donde don Juan de Tarsis veía el retrato de doña Isabel, pudo contemplar un tristísimo cuadro de las *Ánimas benditas*, pintado por un artista de tan escaso mérito, que su nombre no ha pasado á la posteridad.

Algunos amigos le habían contado la historia de Masaniello y su efímero triunfo.

El conde estaba muy lejos de pensar que aquel héroe napolitano fuese el mismo pescador que una noche le ofreció abrigo contra la tormenta en su propia morada.

Una mañana que había salido á caballo, dirigió á éste hacia la casita blanca de los alrededores de la ciudad.

La puerta estaba cerrada y todas las ventanas, menos una.

El jardín parecía muy descuidado: los arbustos se hallaban secos, marchitas las flores. La tristeza y el abandono reinaban únicamente allí.

Ya iba don Juan á retirarse, cuando vió llegar á un pescador, quien llamó repetidas veces sin obtener respuesta.

—¿No vive ya Tomás en esa casa?—preguntó el conde al recién llegado.

Éste le miró con el mayor asombro.

—¿Acaso no sabéis que Tomás ha muerto?—dijo.

—¿Que ha muerto? ¿Y cuándo?

—Hace más de un mes, asesinado por dos infames, cuando iba á celebrar su boda.

—¿Y por qué?

—Porque había roto las cadenas del pueblo.

—¡Cómo! ¿Era él el jefe de la revolución?—preguntó don Juan admirado.

—¿De dónde venís que no sabéis eso?

—Vengo de lejos; pero no ignoraba los detalles de la sublevación de los napolitanos contra las gentes del virrey. Lo que no sabía es que Tomás el pescador y Masaniello fueran una misma persona. ¿Y qué ha sido de su madre?

—La pobre vieja estuvo gravemente enferma, y, aunque ahora parece que se encuentra un poco mejor, su vida no será larga, según afirma el médico. Padeció mucho con el rapto de su hija primero y con la muerte de su hijo después, porque ella la presenció lo mismo que yo y que todos los convidados á la boda. Quedó tan miserable, que todo tuvo que venderlo, hasta la barca y las redes de Tomás: entre los amigos se lo pagamos á buen precio. Yo hubiese dado mi vida por él, á fe de Richi, y quisiera hacer algo por su madre; pero los tiempos están malos, y mi hermano y yo nos hallamos tan pobres, que ahora hemos decidido partir á América á probar fortuna.

—¿Y María?—prosiguió interrogando con creciente interés Villamediana.

—María era la prometida de Cayetano, el otro héroe á quien asesinaron cuando á Masaniello. Juzgad cuál sería su desesperación al ver muerto á su amado. Su dolor no tenía consuelo, ni creo que lo tendrá jamás. Ella es la que sostiene á la madre con su traba-

jo, ya hilando, ya haciendo sencillas joyas de coral. La viuda no está para nada; ella, que tan activa fué siempre.

—¿Y la Madonna?

—Margarita se volvió loca, y á los quince días del asesinato de Masaniello murió. Yo fuí á enterrarla, y la coloqué, como le tenía prometido, en una fosa al lado de Tomás. Si los muertos vagan por la noche en los cementerios, poco tienen que andar para encontrarse. Su locura era tranquila, y al escucharla se nos partía el alma. ¡Pobre niña! Creed que su muerte ha sido un bien para todos, y sobre todo para ella, porque de ese modo ha descansado.

—¡Cuántas desgracias en tan breve tiempo!—exclamó tristemente don Juan.—¿Veníais á ver á María y á su madre?

—Esa era mi intención.

—Yo tendría gusto en verlas también.

—Llamaré de nuevo y dejaréis el caballo en el jardín.

Después de hacerlo repetidas veces, una mujer se asomó á la ventana.

Estaba tan delgada y tan pálida, la expresión de su rostro era tan melancólica, que el conde reconoció difícilmente en ella á la graciosa amada de Cayetano.

—¡Ah! ¿eres tú, Richi?—dijo;—voy al punto á abrir.

Así lo hizo, y saludando á los recién llegados, les rogó que pasasen á la casa.

Recordaba perfectamente á don Juan, y su presen-

cia causó en la joven una penosa impresión al pensar que le había conocido en épocas mejores.

—Perdonad que os haya hecho esperar,—dijo mientras el conde ataba su caballo;—mi madre estaba en uno de sus grandes accesos de tristeza, y no me atrevía á dejarla sola. Ella es hoy mi último consuelo; el día que la pierda me retiraré á un claustro, para rezar y llorar por todos los seres queridos, que sin duda me aguardan en un mundo mejor.

La madre de Masaniello no era ya más que una sombra, cuya alma parecía pronta á dejar su miserable envoltura.

No hablaba apenas, y sus ojos estaban constantemente llenos de lágrimas.

A fuerza de tanto llorar se había quedado casi ciega, y María tenía que multiplicarse para asistirla y para trabajar.

Richi anunció su próxima partida para América, lo cual produjo una pena profunda á la pobre joven, que casi no tenía más amigo que él.

—Yo no puedo estar aquí,—dijo el pescador,—mientras mande el duque de Arcos. Nosotros debimos ahorcarle cuando le vencimos, como hizo Cayetano con su secretario, para vengarnos de él. Masaniello, alma generosa, no quiso que se quitase la vida á nadie, sin tener presente que los únicos que nos dejan tranquilos son los muertos. No fué tan grande ni tan magnánimo el virrey.

—¿Decís que murió don Alonso?—preguntó don Juan.

—Sí; fué lo único bueno que se hizo durante la revolución.

Villamediana dejó un bolsillo sobre una mesa de la casa de la viuda cuando salió de la morada de ésta en compañía de Richi.

Deseó luégo al pescador buena suerte y prosperidad, que efectivamente alcanzó el joven en América, regresando después al palacio de Jacobo profundamente impresionado.

---

El duque de Arcos, desde la muerte ignominiosa de su hijo, había envejecido y no parecía el mismo hombre.

La vuelta al poder, las riquezas, los honores, no le halagaban ya; y si no hubiera sido por disgustar al rey don Felipe, acaso hubiera deseado retirarse á la vida privada.

Ya no daba en su palacio fiestas espléndidas; ya se habían acabado los soberbios banquetes, y la gente del pueblo afirmaba que era porque la sombra de Masaniello le perseguía, no dejándole un momento de reposo.

Él, sin embargo, no había mandado asesinar al gobernador; sus partidarios lo hicieron en el instante en que más anhelaba el descanso.

Don Juan, como español, fué á visitar al virrey para felicitarle por haber cortado la revolución en su principio, y no dejó de extrañarle la actitud del duque, que, á pesar del triunfo, más bien parecía vencido que vencedor.

El conde de Villamediana no volvió á ver á ninguno de los antiguos conocidos que tenía en Nápoles, y su vida monótona y solitaria acabó por causarle una honda y profunda melancolía.

Se acordaba sin cesar de la reina, no habiendo logrado que se enfriara su pasión con aquel viaje; de su patria, á la que amaba tanto; de su casa, de sus amigos.

La nostalgia se apoderó completamente de él, hasta el punto de empezar á quebrantarse su salud.

Entonces se decidió á escribir una larga epístola á Jacobo Grattis, preguntándole si podría regresar á Madrid, contándole el estado en que se hallaba y rogándole influyese por cuantos medios estuvieran á su alcance para que terminara su destierro.

---

# CAPITULO LXIV

## EL ENCARGO DEL CONDE

Jacobo Grattis se apresuró á escribir á su amigo el conde de Villamediana manifestándole no creía que hubiese inconveniente en su regreso á España.

Los celos del rey habíanse disipado, y ya no recordaba ninguno en Madrid el caprichoso mote que don Juan de Tarsis colocó en su banda la tarde de la corrida de toros que tuvo lugar para que fuese presenciada por el príncipe de Gales.

Jacobo, sin embargo, antes de responder á su amigo, quiso asegurarse de que el conde no se expondría á despertar el enojo del rey, y con este objeto pensó á quién debía dirigirse para preguntarle su actitud.

La primera persona en quien pensó fué en don Gaspar de Guzmán, favorito de Felipe IV.

¿Quién como él podía saber el pensamiento del monarca?

Sin embargo, ocurriósele que Guzmán, á quien no

conocía más que por haberle visto la noche de la velada literaria en palacio, y otra vez para manifestarle que el conde había partido siguiendo su prudente consejo, no había de responderle con sinceridad respecto á la verdadera situación en que se hallase el ánimo del rey.

Además, Jacobo Grattis sabía como ninguno que el viaje de Villamediana no se había realizado ni por las indicaciones del favorito, ni tampoco porque el correo mayor del rey temiese los resultados de los celos del monarca.

Ya recordarán nuestros lectores que el conde había partido por los ruegos que le hizo la reina doña Isabel durante su entrevista nocturna, acompañada de María Deza.

Por lo tanto, lo principal era conocer la actitud de la reina.

Para conseguir este objeto acordóse Jacobo Grattis de don César, padre de la duquesa de Santarem y antiguo amigo suyo antes de su venida á España.

Ya indicamos á nuestros lectores en uno de los diálogos entablados entre Grattis y Villamediana que el conocimiento del primero con don César había sido muy semejante al de Jacobo y don Juan.

Grattis hubiese muerto en una hostería de Florencia á manos de unos jugadores á quienes la noche anterior había dejado sin una moneda, á no interceder en favor suyo don César y su escudero Roberto.

Desde entonces, entre ambos existía esa amistad cuya base estaba fundada en un deber de gratitud.

¿Quién mejor que don César podía decirle el pensamiento de la reina respecto al regreso del conde, siendo padre de la duquesa de Santarem?

Seguramente que nadie.

Grattis dirigióse, por lo tanto, á la morada de don César.

Al presentarse en ella iba á entrar, como de costumbre, sin hacer que le anunciasen; pero el escudero Roberto le cerró el paso haciéndole algunas preguntas insustanciales.

Grattis comprendió con su viva imaginación que trataba de entretenerle.

—¿Acaso no está en casa don César?—preguntó con la franqueza que le era característica.

—Sí, sí, señor.

—¿Está ocupado?

—No,—dijo el escudero de una manera que su negativa casi significaba una afirmación.

En aquel instante abrióse la puerta de la estancia de don César, y presentándose éste, dijo:

—Pasad, amigo Grattis, pasad; ignoraba que fueseis vos.

El italiano entró en el aposento sonriéndose.

Su malicia había supuesto que don César estuviese acompañado de alguna dama, única manera que podía explicarse la dilación empleada para hacerle entrar.

—Sentiría haber estado importuno,—dijo tomando asiento.—Si es así, ya sabéis que entre nosotros existe gran confianza y podéis decírmelo francamente. Volveré en ese caso á otra hora.

—De ningún modo, Grattis; ya sabéis que siempre tengo sumo placer en veros por mi casa.

—Llegan, sin embargo, algunos momentos...

—Comprendo en vuestra maliciosa sonrisa que tal vez habéis imaginado que estuviese con alguna dama. Si es así, os equivocáis.

—¿Qué tenía de particular?

—Nada verdaderamente; pero hace veinte años que cerré el libro de mis amores para no volver á abrirlo jamás.

—Mucho decir es eso.

—No lo creáis. Dos pasiones ha sentido mi corazón, y ambas fueron tan desventuradas y dejaron en mi pecho tan horribles huellas, que las fuentes de ese sentimiento se han agotado en mí.

—¿Una de ellas sería la mujer que dió vida á la duquesa?

—Precisamente. En cuanto á la otra, mis labios no pueden pronunciar su nombre ni se abrirán jamás para proferirlo. Hasta mi conciencia se estremece al recordarlo.

—Sois un abismo, amigo don César.

—No lo sabéis bien,—respondió el padre de María.

—Perfectamente,—prosiguió Grattis;—volviendo á lo que antes hablábamos, no creo que os extrañe que haya creído indiscreta mi visita, pues Roberto procuró detenerme con fútiles preguntas.

—Eso tiene una perfecta explicación que no tengo el menor inconveniente en daros, supuesto que sois un verdadero amigo. Cuando habéis llamado á la

puerta hallábame en compañía de un antiguo conocido, que conviene se ignore que está en mi casa. Sin embargo, como para vos no importa que deje de ser un secreto, pues no ignoro hasta qué punto llega vuestra discreción, os lo diré, á fin de desvanecer cualquiera otra duda que hayáis podido formar. Ese amigo es el célebre capitán de bandoleros á quien conoce el vulgo por el extraño apodo del Alimaña.

—¡Pardiez! ¿Tenéis en vuestra casa á ese hombre?

—Excuso deciros que esto os lo he revelado por la misma confianza que entre nosotros existe.

—Ya sabéis que mis labios no han de decírselo á nadie. Precisamente conozco al Alimaña por haber entrado cuando le perseguían en una casa donde tuve una desagradable aventura.

—Con efecto, creo que en la estancia había dos cadáveres.

—¡Pobre Carlota!—dijo el italiano lanzando un suspiro.

Permaneció luégo un instante silencioso; pero como aquella imaginación viva y ardiente no se preocupaba mucho con una idea, prosiguió:

—Ahora, don César, voy á explicaros el objeto de mi visita.

—Perfectamente. ¿Puedo seros útil en alguna cosa?

—Sí, señor; no parece sino que habéis adivinado mi objeto.

—En ese caso os escucho. Ya sabéis que estoy dispuesto á serviros en lo poco que valgo.

—¿Supongo que vuestra hija, la ilustre duquesa de

Santarem, seguirá gozando de la distinción de la reina?

—Cada día más. Particularmente desde que se ausentó mi yerno, don Fernando de Lara, se pasa los días al lado de doña Isabel.

—¿Qué amiga puede encontrar más á propósito?

—Sin embargo, no creáis que me satisface mucho su constante permanencia en palacio.

—¿Por qué?—preguntó Grattis.

—Nunca faltan maldicientes que den torcidas interpretaciones á lo que en realidad no tiene nada de censurable.

Jacobo recordó lo que la comedianta María habíale dicho la última vez que habló con él.

—Esas cosas deben despreciarse.

—Sí,—respondió don César,—deben despreciarse mientras no afecten á la honra, que es el mayor tesoro que poseemos.

—Pues bien; volviendo á mi asunto, mi amigo el conde de Villamediana, cansado de residir en Nápoles, me pregunta si su regreso á España pudiera ofrecerle alguna dificultad.

—¿No se marchó el conde voluntariamente?

—Hasta cierto punto nada más. No quería en manera alguna que las murmuraciones de los palaciegos afectasen la nunca desmentida virtud de doña Isabel, y por eso abandonó su patria.

—Fué un proceder digno de su caballerosidad.

—Pero, como os he dicho, el conde empieza á sentir los efectos de la nostalgia. Ha permanecido en Nápoles durante un período de disturbios políticos, y ter

minados con la muerte de Masaniello, ya no encuentra ni aun los encantos que ofrecía la revolución. Desea volver; pero no se determina á hacerlo hasta que sepa la actitud de la reina.

—¿Y deseáis que mi hija la pregunte incidentalmente?...

—O de un modo franco, supuesto que entre las dos existe gran confianza.

—Bien, Grattis; expresaré á María los deseos del conde, y á la mayor brevedad sabréis la respuesta de doña Isabel.

—Ese es mi deseo. .

Jacobo Grattis se levantó.

—¿Os marcháis tan pronto?

—Sí; no quiero interrumpir por más tiempo vuestra conferencia con el Alimaña.

—Si no es más que por eso, no os vayáis. Ya comprenderéis que viviendo, como vive, en esta casa, tiempo nos queda de hablar.

—Sin embargo... yo también tengo hoy quehaceres imprescindibles.

—Eso varía.

Don César alargó su mano á Grattis, que éste estrechó con efusión, saliendo de la casa poco después.

---

# CAPITULO LXV

### EL PRINCIPIO DE UNA HISTORIA

Cuando Grattis había entrado en la estancia de don César, éste cumplía su promesa al Alimaña, dándole una perfecta explicación de los móviles que le habían inducido, no sólo á entablar relaciones amistosas con el mayordomo Picoli, sino hasta haber dado su consentimiento para que su hija fuese duquesa de Santarem, nombre que le inspiraba verdadera aversión.

Para que nuestros lectores sepan las causas de esta odiosidad, es necesario hacer algunas leves aclaraciones de los sucesos que habían acontecido veinte años antes.

Don César era hijo del ilustre don Diego de Deza, que se prendó de la hermosura de doña Marina, mujer que había abandonado la religión mahometana, recibiendo el agua bautismal en la iglesia de San Salvador, en el Albaicín de Granada.

Oponiéndose á que la unión de ambos se santifica-

se un tío de don Diego, que era inquisidor de la ciudad citada, el joven tuvo que partir á la guerra de la Alpujarra, dejando encinta á doña Marina, que poco después fué llevada á la Inquisición, en uno de cuyos calabozos nació don César.

Habíase publicado por entonces una pragmática del rey, inspirada por el duque de Lerma, favorito de Felipe III, la cual dió facultades al tío de don Diego para enviar á Africa á doña Marina y su hijo.

Allí permanecieron muchos años.

Doña Marina contrajo matrimonio con un hermano del difunto don Lope de Lara, que era consejero de su majestad, y que al regresar á España fué asesinado por el padre de César.

La desgracia hizo que éste fuese siempre fatal para doña Marina, á pesar del amor que la profesaba.

La deshonró primero, no pudiendo realizar su boda, y más tarde, impulsado por el duque de Lerma, dió muerte á su esposo, que defendía la causa del de Uceda.

Desde entonces don Lope de Lara no cesó de perseguir á Deza y á todos aquellos que estaban emparentados con él.

Preparó ocasiones para hacer que don César, el hijo de don Diego, sufriese los tormentos de la Inquisición; y si bien es verdad que el joven supo evadirse de sus asechanzas, no le sucedió lo propio á su amada, hermosa morisca llamada Mari-Salto, que fué conducida á la hoguera.

Estos eran los poderosos motivos de odio que don

César tenía con el esposo de doña Blanca de Santarem, madre política en la actualidad de su hija María.

Cuando don César regresó de Italia, por motivos que explicaremos más tarde, supo por el Alimaña que éste había dado la muerte á don Lope, su irreconciliable enemigo.

Hechas estas aclaraciones, pasemos á enterar á nuestros lectores de cómo había podido permitir don César que María se uniese á don Fernando de Lara, siendo éste hijo del hombre que había dado la muerte á su amada y á su padre.

---

En el Albarracín, esa hermosa montaña de Valencia, había en lo más elevado de sus cumbres una modesta casita.

En ella vivían dos mujeres.

Una de ellas era una anciana respetable llamada Mariana.

Hacía muchos años que vestía de luto, significando con esto el que sentía su corazón.

Era viuda de un honrado campesino que al morir no había podido dejarla medios de fortuna.

Su compañera era una joven que se hallaba en los albores de la vida.

La hermosura de ésta llamaba la atención de cuantos la conocían.

Sus cabellos eran negros y sedosos.

Sus labios, finos y cárdenos.

Sus ojos resplandecientes como una noche estrellada.

Apenas contaba dieciséis abriles.

María, que este era su nombre, había sido encomendada á la campesina cuando apenas contaba algunos meses.

Era hija de aquellas hermosas montañas.

Mariana había conocido á sus padres.

Llamábase el que la engendró don César, quien, después de haber tomado una parte muy activa en la guerra capitaneando á los moros del Albarracín, se vió obligado á partir á Italia.

En cuanto á la madre de María, llamábanla Mari-Salto, y unos cuadrilleros, equivocándola con una gitana á quien se atribuía ser hechicera, fué llevada á la corte, donde la quemaron en la plaza pública.

Esta triste historia hacía que la pobre joven fuese más amada por la anciana Mariana, cuyo corazón bondadoso decía que aquellos que nunca han contemplado el sol de la felicidad son más dignos de aprecio que los que siempre vivieron en su deseado alcázar.

María adoraba á su protectora.

Verdad es que ésta no quiso jamás que se sometiese á las duras faenas de la casa, ni que la más pequeña sombra oscureciese el risueño horizonte de su ventura.

Mariana, á pesar de sus muchos años, trabajaba de noche y día para que no faltase á la joven un pedazo de pan. ¡Cuántas veces aconteció que, no habiendo el necesario para sustentar á ambas, llegó la noche sin que la noble anciana hubiese comido!

—Ella es una niña,—se decía;—á su edad, las privaciones parecen más duras. En cambio, yo, ¿qué puedo esperar á mis años? ¿Acaso no dispondrá pronto el Señor de su humilde sierva?

Y Mariana dirigía sus ojos á la joven, y, atrayéndola hacia su pecho, colmaba sus mejillas de besos.

En cuanto á la niña, no era ingrata á estas constantes demostraciones de cariño.

Siempre estaba cuidando á su protectora, y esta era la única persona que le inspiraba verdadero afecto.

María, durante las largas ausencias de Mariana, pasábase las horas en el campo.

Las pequeñas habitaciones de su casita eran estrechas para su imaginación poética y soñadora.

Muchas veces descendía del monte, bien persiguiendo mariposas ó buscando nidos de pájaros, que luégo criaba con una solicitud extraordinaria.

Estas aves constituían su mayor encanto. En su trinado lenguaje parecíale á la joven oir palabras halagüeñas.

Una tarde que la anciana no había vuelto á su hogar, María salió de la casa.

El sol lanzaba sobre la tierra sus últimos rayos, inundando de rojos colores el firmamento.

A lo lejos divisábase la vasta extensión del Mediterráneo, cuyas olas llegaban á la playa formando caprichosas cintas de espuma.

La brisa era templada.

María dirigió sus ojos hacia el mar.

Aquel abismo sin límites la agradaba mucho.

Hallábase abstraída en su muda contemplación, cuando una aldeana que vivía en una choza próxima á la suya la dijo:

—Me ha dicho Mariana que esta noche no la esperes.

—¡Cómo! ¿No va á venir?

—Creo que la han buscado en una casa para que asista á los quehaceres unos cuantos días; y como se lo han de recompensar...

La joven inclinó la cabeza.

—¿Acaso tienes miedo de quedarte sola esta noche? En ese caso vente á mi cabaña.

—No, no tengo miedo; pero me entristece ver lo mucho que la pobre trabaja.

—¿Y qué hacer, hija mía? Los que no tenemos más capital que las manos, siempre necesitamos estar en movimiento, y no quiera Dios dejarnos parados.

La campesina dijo de nuevo á la joven que la acompañase, pero María no quiso.

—Te pierdes una buena cosa. Precisamente hoy ha traído mi hermano algunos pescados.

María no aceptó el generoso ofrecimiento que la hacían, y se dirigió á su casa.

La noche había cerrado.

Empezaron á asomarse las estrellas entre las nubes, y la luna, ese misterioso faro de la noche, brotó de las aguas del mar, ascendiendo gradualmente y rielando sobre sus ondas.

María, sentada junto á la puerta de su casa, no apartaba sus ojos del Mediterráneo.

Una idea cruzaba por su imaginación.

—¿Por qué no he de ir á la playa esta noche que estoy sola? Cualquier otro día no puedo hacerlo, porque Mariana tendría mucha inquietud. Nada ha de sucederme. La noche está muy clara. Á los rayos de la luna se encuentran conchas como si fuese de día.

La joven se puso un sombrerillo que su protectora le había comprado para solemnizar su natalicio, y aventuróse por aquellas salvajes cúspides coronadas de rocas y maleza.

Peligrosa hubiera sido la bajada para otra persona que no conociese el terreno tan bien como la joven le conocía.

Poco después hallábase en la falda del monte, y entonces corrió hacia la playa.

Sus diminutos pies, calzados con unos pequeños zapatillos, se hundían en la movible y blanca arena.

De pronto la joven hizo un movimiento de sorpresa.

Acababa de llegar á ella el rumor que producen los remos al cortar las aguas.

Dirigió sus ojos hacia aquel sitio.

Una barca pescadora casi tocaba con su proa en la arena.

Dentro del esquife iba un hermoso joven que podría tener dos ó tres años más que ella.

Éste abandonó los remos, saltando gallardamente á la playa.

# CAPITULO LXVI

## SIMPATÍAS

El gallardo joven que acababa de saltar á la arena tendría unos diecinueve ó veinte años.

Sus cabellos eran negros, y formaban un ligero ondeado.

Su frente, ancha y curtida por el cierzo, tenía mucha altivez.

Sus ojos eran negros, vivos y penetrantes.

Vestía un capotillo que dejaba descubierta su garganta y parte de su pecho.

Las mangas estaban recogidas, permitiendo que se descubriesen sus brazos, que, aunque delgados, acusaban esa robustez que adquieren los músculos en las maniobras marítimas.

Un ancho sombrero cubría su cabeza, que echado ligeramente hacia atrás, dejaba ver los rizos de su negra cabellera.

Era de mediana estatura.

En sus labios, apenas sombreados por un ligero bozo, jugaba una afable sonrisa.

María le contempló.

El joven, después que estuvo en tierra, sujetó la barca á un tronco clavado en la arena, y fijó sus ojos por vez primera en María.

—Decidme, hermosa niña,—le preguntó con mucha dulzura,—¿habéis visto llegar á este mismo sitio una barca, en la que venía un anciano pescador alto y muy fornido?

—No,—respondió la joven,—pero debo advertiros que tan sólo hace un momento que estoy aquí.

—Entonces no podéis sacarme de mis dudas. El bueno de Pedro va á darme un disgusto cualquier día. No quiere convencerse que el Mediterráneo, aunque menos turbulento que el Océano, suele á veces hacer de las suyas.

—¿Es un compañero vuestro?

—Es mi protector.

—¡Ah! ¿Luego también vos habéis encontrado una persona que os proteja?

—¡Ya lo creo! Sin él, no sé lo que hubiera sido de mí. Fuí á su barraca cuando apenas contaba cinco ó seis años.

—¿Erais huerfano?

—Hé ahí una pregunta á la que no puedo responder. Yo recuerdo, pero con la vaguedad de los sueños, que siendo muy niño moraba en un palacio hermosísimo. Una mujer lujosamente vestida me acariciaba,



teniéndome con frecuencia en su regazo. Aquella dama me daba el nombre de hijo.

—¿Y no tenéis padre?

—En el palacio que os digo también había un ilustre caballero que parecía quererme mucho. Tal vez era el autor de mis días. No recuerdo cómo se llamaba, y en vano he tratado de hacer memoria para que se disipasen las sombras de mi pasado. ¡Era tan niño! Sin embargo, no se me olvidará que repentinamente salí de mi casa para no volver á ella. Desde entonces vivo junto á Pedrote, que es como llaman á mi protector á causa de su extraordinaria corpulencia.

—¿Y en qué os ocupáis?

—Mi traje debe habéroslo dicho. Ambos somos pescadores. Esta mañana salimos de Villarreal, que és donde habitamos; pero la barca de mi protector se internó demasiado en el mar, y la perdí de vista. Afortunadamente el tiempo está tranquilo y no creo que le haya pasado nada.

—¿Y venís en su busca?

—Sí, porque muchas veces arriba en el Grao, donde se vende á mejor precio el pescado que en nuestro pueblo.

María no apartaba sus ojos de aquel joven.

Sentíase impulsada por ese misterioso lazo que une las almas y que se llama simpatía.

—Y vos ¿vivís en la ciudad?

—Mi casa se encuentra en el Albarracín.

—¿Tenéis padres?

La joven movió tristemente la cabeza.

—También me encuentro bajo la tutela de una pobre anciana que me ha recogido.

—¡Es extraña la coincidencia!

—Con efecto, en ambos existen las mismas circunstancias. Yo, como vos, ignoro si mi padre vive. Siendo muy pequeña, me encomendó á Mariana.

—¿Y no habéis conocido tampoco á vuestra madre?

—No; pero sé que no existe. Algo horrible debió sucederla, porque cuando pregunto por ella á mi protectora, las lágrimas brotan de sus ojos.

—Sabe Dios, quien puede comprender los oscuros misterios del pasado. Y, decidme, ¿qué hacéis aquí sola viviendo tan lejos?

—He querido venir á la playa aprovechando la ausencia de mi vieja protectora.

—¡Ah! ¿Luego estáis aquí sin su permiso?

—Sí.

—Os exponéis á su enojo.

—Mariana no sabe expresármelo. Todavía no me ha reprendido jamás.

—Señal de que no lo merecéis.

—No, eso no acredita sino su extremada bondad.

—¿Y vais á volver sola al monte?

—Es claro.

—¿No teméis que algunos bandoleros os sorprendan?

—Como no poseo nada, nada pueden quitarme tampoco.

—Pero en la sierra hay muchos lobos.

—Eso es durante el invierno, cuando las cumbres se hallan cubiertas de nieve; pero ahora no.

—Sin embargo, no me parece prudente que os aventuréis sin que nadie os acompañe á volver á la choza.

—¿Y quién había de tomarse la molestia de acompañarme?

—Cualquiera, yo mismo, si no tenéis inconveniente en ello.

—Ninguno.

—En ese caso tened la bondad de esperar un momento mientras me acerco á la hostería próxima, donde quizás se halle Pedrote.

El joven pescador se dirigió hacia una barraca, sobre cuya puerta ardía un macilento farolillo.

María le siguió con los ojos.

—Es muy amable,—se dijo;—si tuviese más confianza con él, le diría que me guardase conchas y caracoles de los muchos que él recogerá en la playa.

Un momento después el joven volvió.

—Nada, no está en la hostería; es indudable que se ha entretenido pescando, y que á estas horas ya estará en el puerto.

—En ese caso, volved en su busca; no os molestéis por mí.

—De ningún modo: me he brindado á acompañaros hasta vuestra casa, y tendré mucho gusto en cumpliros mi promesa.

—Vamos, pues.

Y María tomó el sendero que conducía á la montaña.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó el pescador.

—María. ¿Y vos?

—Fernando.

—¡Bonito nombre!

—No lo es menos el vuestro, pues lleváis el de la Madre de Dios. De manera que si hoy habéis venido á la playa aprovechando la ausencia de vuestra protectora, ¿no es fác l que volváis otro día?

—¿Por qué?

—Porque ella no lo permitirá.

—Todo sería que yo lo desease. Esta noche había bajado para realizar un deseo, y no lo he conseguido.

—Tal vez haya tenido yo la culpa.

—No.

—¿Y qué deseo teníais, si no es indiscreta la pregunta?

—Es tan pueril que de seguro vais á reiros en cuanto os lo diga.

—Yo no me río de las puerilidades, porque en ese caso siempre tendría que estar haciendo burla de mí mismo.

—Deseaba recoger unas conchas.

—¡Válgame Dios! Si me lo hubierais dicho, yo hubiera podido dároslas á cientos. Supuesto que vuestra protectora es tan buena como decís, rogadla que os lleve mañana al sitio en que nos hemos encontrado, y os daré multitud de conchas y caracoles.

María dió un salto expresando la felicidad que sentía.

—¿Iréis?

—Ya lo creo. ¿Á la hora de hoy?...

—Sí; es la única que dispongo de mí. El resto del día hay que pasarlo en la faena.

—¡Cómo me gustaría acompañaros, aunque no fuese más que una vez!

—Tampoco hay inconveniente, aunque es peligroso. La mar es como la existencia: cuando se encuentra más serena suele levantarse un huracán.

—¿Y qué? ¿Acaso la mar no es todavía más hermosa cuando está irritada?

—Ciertamente; pero es expuesta.

María quedóse sorprendida al observar que se hallaba delante de su casa.

Nunca habíale parecido tan corto el trayecto.

—¿Queréis descansar?—preguntó al joven.

—Muchas gracias; con gusto aceptaría vuestro ofrecimiento, pero es imposible. Pedrote debe estar inquieto con mi tardanza.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana, María.

Fernando volvió á descender del monte.

La joven le siguió con los ojos.

—¡Parece un buen muchacho! Es preciso que convenza á Mariana para que me acompañe. La diré que con las conchas voy á hacer un pedestal á la Virgen de cera que tiene en su aposento.

La joven entró en la cabaña, acostándose en su lecho, blanco como la nieve.

Pocos momentos después, su tranquila y acompasada respiración indicaba que había conciliado el sueño.

---

# CAPITULO LXVII

## LA TEMPESTAD

Al siguiente día apenas brillaban en el cielo los primeros albores de la aurora, María despertó.

A través de las tupidas madreselvas que se enredaban en los hierros de la ventana, pudo contemplar los nacientes destellos del día.

Multitud de pájaros cantaban en el monte.

La joven se incorporó en el lecho.

El primer pensamiento que cruzó por su mente fué dedicado á Fernando, aquel sencillo pescador que había conocido la pasada noche.

Luégo pensó en Mariana.

—¿No habrá venido todavía?—se preguntó la joven, y la llamó en voz alta.

Nadie respondió á su llamamiento.

Entonces María saltó del lecho, calzando sus diminutos pies en unos zapatillos.

Púsose luégo su roja saya, su negro corpiño, y sa-

liendo del dormitorio, dirigióse hacia la puerta de la casa.

Una vez fuera de su dintel, pudo descubrir la vasta extensión del horizonte.

Los ojos de María claváronse maquinalmente en la franja azulada del Mediterráneo.

Después de un instante de profunda meditación miró hacia la senda que daba acceso á la montaña.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

Acababa de descubrir á la vieja Mariana, que con un cayado en la diestra subía penosamente por aquellos ásperos repechos.

María, ágil como una corza que escucha los ladridos del lebrel, lanzóse por aquellos derrumbaderos, y pocos instantes después abrazaba á su protectora.

—¡Hola, viejecita mía!—la dijo colmando su frente de besos;—¡creí que ya te habías olvidado de mí!

—¡Como si eso fuera posible! Vamos, vamos á casa, y allí te referiré lo que me ha sucedido. ¿Supongo que Gabriela te daría un recado mío?

—Sí, por eso no he estado inquieta.

—Bien, hija, bien. Ya sabrás entonces que estuve asistiendo en una casa. Me lo han recompensado con largueza, y probablemente esta tarde tendré necesidad de volver, ganándome otro jornal.

—¿Esta noche la pasarás entonces lejos de mí?

—Qué remedio, hija mía.

En las facciones de la joven se dibujó la más profunda tristeza.

—¿Tenías algún plan para esta noche?

—No,—respondióle María.

No quiso decir que estaba citada con el joven pescador, porque, no siendo posible que la acompañara, había de hallarse inquieta pensando que iba á aventurarse sola hasta la playa.

—Mañana se lo diré,—díjose la joven;—ahora ¿para qué he de predisponer su ánimo á la tristeza?

—¿Te has desayunado?—preguntó Mariana.

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Quería esperarte.

—Vamos, pues, á casa, hija mía.

Un momento después la anciana ordeñaba á una cabra, presentando á la joven un jarro lleno del blanco licor.

María apenas lo llevó á su boca.

—¿No quieres más?

—No tengo ganas.

—¡Es extraño! ¡Tú, que siempre has tenido tan buen apetito!

Durante aquel día, la joven estuvo melancólica, sin que pudiese darse cuenta de lo que la preocupaba.

Su pensamiento estaba fijo en Fernando.

A las dos de la tarde, Mariana recibió aviso para ir á la ciudad.

Entonces la anciana despidióse de su protegida, estampando en sus rosadas mejillas un cariñoso beso.

—Hasta mañana, hija mía,—la dijo.—¿Por qué no te vas á la cabaña de la Gabriela, y de este modo estás en su compañía?

—No, estoy mejor sola.

—Como quieras. Yo volveré mañana lo más pronto que pueda.

—Saldré á recibirte como hoy.

Mariana se alejó.

En cuanto á la joven, acercóse á la puerta para verla partir.

El cielo estaba nublado.

Un sordo rumor llegó á sus oídos.

Era producido por el embate de las olas al chocar contra los rudos peñascos de la costa.

María se estremeció.

—¡Va á haber tormenta, no tengo duda, y en ese caso, ese joven no acudirá á la cita!

El horizonte estaba preñado de densas nubes, que á veces se coloreaban por el brillo de los relámpagos.

A cortos intervalos escuchábanse también los agudos silbidos del viento.

María entró de nuevo en su casa con muy mal humor.

La contrariaba aquella rápida alteración atmosférica.

—¡Quién había de pensarlo! – exclamó.—¡Esta mañana el horizonte estaba tranquilo, y ahora parece que se han desencadenado los elementos! ¡Qué fastidio! Si el mal tiempo sigue, seguramente que Fernando no acudirá á la playa. ¡Harto habrá hecho con recogerse en el puerto en que vive!

María no apartó sus ojos del cielo durante el resto del día.

Cuando la tarde declinaba, los relámpagos eran más intensos, y escuchóse la voz de la tempestad.

Sin embargo, la joven aun tenía esperanzas de ver al pescador.

—¿Quién sabe si acudirá á la cita? ¡Los pescadores son tan atrevidos!... ¡Están tan acostumbrados á estas variaciones atmosféricas!... ¡Sería muy triste que fuese á la playa con una noche como la presente, y que luégo no me encontrase! Yo me aventuro á ir. Afortunadamente no llueve.

Y María emprendió el camino por la vereda que conducía á la playa.

A medida que se aproximaba, su corazón latía con premura.

El viento engruesaba las ondas, precipitándose éstas con salvaje rumor sobre las rocas y deshaciéndose en hirviente espuma.

La playa estaba desierta.

La joven procuró descubrir el horizonte á través de aquellos movibles titanes de agua, pero su deseo no pudo realizarse.

La noche estaba muy oscura.

Sólo advertíase en la parte de tierra los pálidos reflejos que lanzaba el farolillo situado sobre la puerta de la hostería.

—Es indudable que no viene, y en ese caso ya no volveré á verle, puesto que no señalamos día para vernos. Es natural que hoy no se aventure. La noche está muy medrosa y el mar infunde terror.

En aquel instante brilló en el cielo un cárdeno re-

lámpago, y á su rápido fulgor pudo divisar una barca que pugnaba por acercarse á la orilla.

La joven estremecióse.

—¿Será él?—se preguntó.—¡Ah, Dios mío, hace un momento que deseaba su venida, y ahora la temo!...

María se aproximó al mar.

Las ondas casi llegaban á sus pies cuando rompían.

—Esperaré que brille otro relámpago, y entonces podré convencerme de si es Fernando.

En aquel momento azotó su rostro una racha huracanada.

Vió después una ola formidable que á impulsos del viento se aproximaba.

La joven lanzó un grito y quiso huir, pero era tarde.

El monstruo azotó su rostro haciéndola caer, y al retroceder la sorbió hacia el abismo.

María había perdido el conocimiento.

Su muerte era segura.

Afortunadamente Fernando, pues no era otro el valeroso marino que se aproximaba á la playa en su esbelta barquilla, oyó el grito de angustia que habíase escapado de los labios de la joven, y, olvidando hasta el instinto de conservación, despojóse de su capotillo, arrojándose entre las irritadas ondas.

Los relámpagos rasgaban el cielo, iluminando la inmensidad del proceloso abismo.

El bravo pescador vió un cuerpo exánime que sufría el vaivén de las ondas, y, nadando con sus vigorosos brazos, llegó hasta él.


Lit. J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 6, Madrid

=Al fin logro salvarla.

Entonces vió que era una mujer; la colocó sobre su espalda, y haciendo un poderoso esfuerzo trató de recuperar la barquilla, que fluctuaba entre las rocas. Pero fué inútil. La débil embarcación había derivado hacia un formidable peñasco, y, sacudida por las ondas, se hizo añicos.

Entonces el joven se dirigió á la playa con su preciosa carga.

Grande fué su sorpresa al reconocer á María.

Fernando dirigió una mirada á los restos de su esquife, y sus ojos se humedecieron.

En aquella débil barquilla pasó muchas horas arrullado por las mansas espumas de aquel mar, que en aquel momento se agitaba como una fiera encadenada.

María estaba sin sentido.

El joven puso su mano sobre el corazón de la niña. Una exclamación de gozo se escapó de sus labios. La víscera no había cesado de latir.

—Al fin logro salvarla,—se dijo.

Entonces tomó de nuevo en sus brazos á la joven, y con una ligereza extraordinaria dirigióse hacia la próxima hostería.

---

# CAPITULO LXVIII

## PEDROTE EL FESCADOR

La presencia del pescador, llevando á la joven entre sus brazos, no causó mucha sorpresa en el hostelero.

Era éste un anciano robusto, de frente curtida por el cierzo, que había pasado la mayor parte de su existencia á bordo de un buque de guerra, quedando inútil de una pierna en un abordaje.

Conocía, por lo tanto, esos trágicos sucesos que ocurren en el agua salada.

Jorge, que así se llamaba, tuvo entonces necesidad de separarse de la vida de á bordo, y con sus pequeños ahorros establecióse en una barraca del Grao, y su casa fué desde entonces el centro de reunión de todos los pescadores de aquella comarca.

Verdad es que Jorge expendía en su barraca las mejores bebidas alcohólicas que dábanse en los establecimientos, y que su carácter franco y un tanto rudo

asimilábase perfectamente con los de los parroquianos que iban á su casa.

Fernando empujó la puerta y entró.

Como la noche estaba revuelta y fría, multitud de marineros ocupaban los asientos, jugando unos junto á las mesas, calentándose los otros al lado del hogar, donde la leña formaba caprichosos incidentes.

Todas las miradas se clavaron en María.

—¡Por San Telmo que has hecho buena pesca!—exclamó Jorge.

—Es preciso que conduzcamos á esta joven á una estancia, y que llames á tu mujer para que la despoje de su vestido.

El hostelero tenía un excelente corazón.

Pasábale lo que á algunos árboles, que bajo la dura corteza que los cubre encuéntranse algunas fibras delicadas.

Inmediatamente hizo una seña al pescador para que le siguiese á las habitaciones interiores.

María hallábase pocos momentos después sobre un lecho, siendo muy recomendada á la vieja Jacinta, que era la mujer del hostelero.

Entonces éste y Fernando salieron de la alcoba.

—¿Cómo diablos ha ocurrido esa desgracia?

—De la manera más sencilla. Ya sabes que nada tan fácil como encontrar la muerte cuando menos se espera.

—En efecto; más fácil es hallar lo que dices que una bolsa que contenga algunos miles de ducados.

—Ayer conocí á esa joven en la playa; me sorpren-

dió su hermosura, y procuré entablar con ella conversación. Por lo poco que pude juzgarla, parecióme un modelo de sencillez.

—Bien se conoce que eres pescador, y, no satisfecho con pasarte las horas del día tendiendo las redes, tambien deseas pescar de noche.

Y el hostelero se sonrió maliciosamente al decir esto.

—Quedamos citados para hoy. Yo dudé en venir, porque desconfiaba hallarla en una noche tan tormentosa; pero una fuerza superior á mi voluntad me hizo saltar á la barca y coger los remos. Cerca de la playa levantóse una ola formidable. La pobre niña estaba muy próxima á la orilla...

—Y la ola la sorbió lo mismo que hacen las lechuzas con el aceite, ¿no es verdad? Era lo lógico; con la mar no se pueden tener bromitas, porque es más traidora que una dama coqueta.

—Afortunadamente pude descubrirla y cogerla, y llegué á la playa nadando.

—¿Y la barca?

Fernando inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¿La has perdido?

—Sí; el esquife se ha hecho mil pedazos contra las rocas.

—Pues no le va á lisonjear mucho la noticia al bueno de Pedrote.

—Eso es lo que siento. Era la mejor de las dos que poseía, y por eso me la dejaba á mí.

—En fin, peor hubiera sido que la aventura te hu-

biera costado la vida, lo que no creas que era imposible.

—¿Pedrote no habrá venido hoy aquí?

—No; ¿cómo quieres que venga? Sólo un atolondrado como tú, que desconoces los peligros á que te expones, es capaz de hacer que su barca se lance por el mar con una noche tan terrible.

En aquel instante oyóse la voz de uno de los parroquianos que llamaba al hostelero.

—Anda, ven, á beber un vaso de vino.

—Muchas gracias; yo vuelvo á la estancia de esa joven. Supongo que tu mujer ya la habrá acostado.

—Como quieras; pero ¿no te quitas la ropa? Estás más mojado que un atún cuando sale del agua.

—Á mí no me afecta la humedad.

—¡Pero ni capotillo tienes siquiera!

—Me lo quité para arrojarme al mar.

—¿Y lo has perdido con la barca?

—Es claro.

—Te digo que Pedrote ha hecho hoy un buen negocio.

Y Jorge se dirigió hacia el sitio donde acababan de llamarle.

Fernando dió unos leves golpecitos en la puerta de la estancia que ocupaba María.

La vieja Jacinta abrió.

—¡Ah! ¿eres tú, hijo mío?

—Sí, señora; he venido para que me digáis si puedo seros útil en algo.

—Pues acepto tu ofrecimiento. Quédate aquí mien-

tras caliento unos paños para colocarlos sobre el pecho de esta pobrecita. Tambien voy á prepararla una tisana para cuando recupere el sentido.

—Andad, pues, abuela, que Dios os premiará vuestras buenas obras.

Jacinta salió de la estancia.

Entonces el pescador se aproximó al lecho.

La pobre joven estaba muy pálida.

A veces su cuerpo se estremecía.

Fernando la contempló un instante.

—¡Qué hermosa es!—se dijo.

Y tomó entre las suyas una de las manos de María.

Ésta abrió los ojos, clavándolos en el joven.

Al principio pareció sorprenderse; pero luégo rompió á llorar, recordando lo que la había sucedido.

—¿Por qué lloráis?—la preguntó Fernando.

—Mis lágrimas son de felicidad, al saber que puedo contemplar de nuevo á las personas que amo en este mundo. ¡Pobre Mariana! ¡Qué ajena estará de suponer lo que me ha pasado!...

—Con efecto; afortunadamente se ha podido acudir á tiempo.

—Y decidme, Fernando, ¿á quién debo mi salvación? Yo recuerdo de un modo confuso que caí al mar arrebatada por una ola.

—Es verdad.

—¿Qué sucedió después? ¿Cómo me encuentro en este lecho? ¿Cómo no he sido víctima de las olas?

—Porque yo tuve la fortuna de veros, y pude cumplir con los deberes que la caridad exige.

—¿Luego vos me salvasteis de una muerte segura?

—He tenido esa satisfacción.

La joven apretó entre sus manos la del valiente pescador.

—¡Ah! Gracias, gracias; nunca olvidaré lo mucho que os debo y Mariana os colmará de bendiciones.

En aquel instante entró en la estancia Jacinta trayendo unos paños calientes que aplicó á la joven enferma.

—¡Ah, cuán buenos sois! ¡Parece que el cielo ha querido rodearme de ángeles que me amparen en estos instantes tan críticos!

Y María besó la frente de la anciana.

—Ahora voy á traeros una taza de tila, que os sentará muy bien.

Y Jacinta salió.

—Decidme,—preguntó la enferma,—¿qué hora será?

—Las doce.

—¡Las doce! ¡Dios mío, qué tarde! Dentro de cuatro horas brillará la aurora, y Mariana va á morirse de pena al no encontrarme.

—¿Queréis que yo la diga lo que ha pasado?

—¿Seréis tan bondadoso?

—¿Por qué no?

—Pero os ruego que empleéis muchas precauciones para decírselo... Me ama tanto, que muy fácilmente puede ponerse enferma.

—Ya lo comprendo. Ya sé que vuestra choza se halla en el Albarracín.

—Sí; cerca de la cumbre. Preguntad por la morada de Mariana, y todos los campesinos os darán razón. Es conocida por sus virtudes.

—Voy, pues.

—Gracias, Fernando; Dios os premie tantos beneficios como estáis haciéndome.

El joven se disponía á salir cuando entró de nuevo Jacinta y le dijo:

—Fernando, en el establecimiento te espera Pedrote.

Las mejillas del joven palidecieron.

—¡Cómo! ¿ha venido mi protector?

—Sí; extrañando tu ausencia, ha venido á este puerto, exponiéndose á sucumbir entre las olas.

—¡Pobre Pedro!

La enferma hizo una seña á su salvador para que se aproximase.

—Os ruego que si el cumplimiento de mi encargo ha de proporcionaros algún disgusto, no lo hagáis. Yo me siento bastante bien, y es casi seguro que pueda regresar á mi choza antes que Mariana haya vuelto.

—De ningún modo; mi protector está dotado de muy buenos sentimientos, y no ha de enojarse por lo que ha sucedido.

Y Fernando salió de la estancia.

---

# CAPITULO LXIX

## PEDROTE EL PESCADOR

Pedrote era un hombre de seis pies de estatura y proporcionalmente ancho de espalda.

Sus cabellos estaban encanecidos.

A pesar de sus sesenta años, conservaba el vigor de la juventud.

No había grumete que subiera más rápidamente por las jarcias que aquel viejo marino cuando se trataba de tomar rizos en las velas.

Sus manos estaban encallecidas y eran fuertes como el hierro.

El que no le conocía hubiese creído, al ver la rudeza de sus abultadas facciones, que aquel hombre tenía un alma tan fría como su valor.

Sin embargo, Pedrote guardaba un corazón sensible, dispuesto siempre al sacrificio por aquellos á quienes concedía el título de amigos.

Verdad es que esta palabra no la prodigaban sus labios.

Este era el hombre á quien don César había encomendado á Fernando, cuando arrebató al joven de la casa de su irreconciliable enemigo don Lope de Lara.

Pedrote, al ver al joven pescador sin capotillo y chorreando agua, le dirigió una mirada severa.

—¿Qué diablos has hecho?—le preguntó.

—Padre,—respondió el joven, pues siempre le llamaba con este dulce nombre,—cuando os refiera lo que ha sucedido no os enojaréis por encontrarme así.

El viejo marino quitóse su capotillo, dejando descubierto su robusto pecho, y dijo:

—Antes de entrar en explicaciones ponte esa prenda. Estás tiritando.

—¿Y vos?

—Yo siento hervir la sangre en el cuerpo. ¿Te parece que ha sido pequeño el disgusto que he recibido?

—Perdonad, pero...

—No me parece que tenías precisión de venir al Grao.

—Es cierto, pero...

—Se ha concluído. Ahora explícame lo que te ha pasado.

Y Pedrote sentóse en un taburete, apurando un vaso de vino que estaba sobre la mesa próxima.

—No he de ocultaros la verdad,—dijo el joven.—Anoche, al volver á nuestra barraca, vi que no estabais en ella, y, creyendo que habríais venido aquí, dirigí mi bote hacia este puerto.

—Aun ayer se comprende que lo hicieras, porque el mar estaba tranquilo; pero hoy parece que todos los demonios se revuelven en la superficie.

—Al saltar á la playa encontré una linda joven, á la que pregunté si os había visto.

—Buena pregunta, cuando sabes que casi nadie me conoce aquí.

—Yo la di vuestras señas. Hablamos un rato, me expresó sus deseos de que la diese algunas conchas y caracoles...

—Y ¿por esa sandez has estado á punto de perder el pellejo?

—Es cierto, padre; pero me he alegrado mucho de haber venido. La Providencia me encaminó aquí esta noche. Sabed que cuando me acercaba á la playa, esa joven de que os he hablado fué arrebatada por una ola, y hubiese muerto sin mi auxilio.

Los ojos de Pedrote adquirieron una expresión compasiva.

—¿Luego tú la has salvado?

—Sí, señor.

—Ven á mis brazos, muchacho; así te quiero yo. Ya ves si te quiero, que eres la única persona por quien me desvivo; pero aunque me hubiesen asegurado que habías muerto por salvar á un infeliz que luchaba contra las ondas, hubiera sentido el noble orgullo de que conoces los deberes que la caridad ordena. Bien, hijo mío, bien.

Y Pedrote estrechó á Fernando entre sus brazos atléticos.

—Tengo, sin embargo, que daros una mala noticia.

—¿Una mala noticia?

—Sí. Como al arrojarme al agua para salvar á esa joven tuve necesariamente que abandonar la barca...

—Prosigue.

—No me atrevo á decíroslo, porque sé que ha de produciros mucho sentimiento...

—Vamos, acaba de una vez.

—La barca se hizo pedazos contra una roca.

—Cómo ha de ser, hijo mío; es una verdadera desgracia, pero qué remedio. Peor hubiera sido que esa joven se ahogase.

—¡Cuán bueno sois y cómo se refleja vuestro noble corazón en esas palabras!

—Era un buen bote, ligero como una gaviota y fuerte como una peña. En fin, todavía nos queda otro. Ambos pescaremos en él, y con economía, si el año es bueno, podremos comprar otra barca.

—Ahora, padre, tengo que pediros un nuevo favor.

—¿Qué quieres? Nunca te cansas de pedir.

—Esa pobre niña me ha rogado que vaya al Albarracín, donde está su choza. Su historia es muy semejante á la mía, y creo que por esto he simpatizado tanto con ella. También es huérfana, y la ha recogido una honrada mujer, que cifra en ella su felicidad.

—¿Y deseas avisar á su protectora para que no se inquiete con la desaparición de la joven?

—Habéis interpretado mi deseo.

—Bueno, muchacho, vete; de todas maneras no he de ser yo quien mañana tenga el cuerpo para dedicar-

me á la pesca. Sin dormir es imposible de todo punto.

Fernando dirigió á Pedrote una mirada de agradecimiento, y dijo:

—En ese caso voy á decir á María que estoy dispuesto á dar cumplimiento á su encargo.

—Yo te acompañaré á su estancia, y así tendré el gusto de conocerla.

Pedrote y Fernando entraron en la habitación de la enferma.

Esta se sonrió al ver al joven.

—Es muy linda,—dijo el viejo marino acariciando los cabellos de María con su callosa mano.

La joven se sonrió, dirigiendo á Pedrote una mirada.

—Ahora es preciso que permanezcas aquí quietecita,—dijo el protector de Fernando;—y mientras éste avisará en tu casa.

—¡Pero, por Dios, que emplee todo género de precauciones!

—No tengas cuidado; Fernando, aunque casi es un niño, ya sabe lo que debe hacer.

María, completamente tranquilizada con aquellas palabras, concilió el sueño.

Pedrote y el joven habían salido de la habitación.

El segundo despidióse de su protector y del hostelero Jorge, emprendiendo el camino que conducía al Albarracín.

—¡Es mucho muchacho!—exclamó Pedrote apenas hubo salido el joven;—todo es corazón, siempre se halla dispuesto á ejercer el bien. No creáis que esto

me disgusta. Por el contrario, me envanece, aunque no sea más sino porque se ha criado junto á mí.

—Según él asegura, debe pertenecer á una ilustre familia, pues los recuerdos que conserva de sus primeros años lo acusan desde luégo.

—¡Sabe Dios! Yo lo único que puedo deciros es que me lo entregó un joven, cuando apenas tenía el muchacho cinco primaveras.

—¿Y si algún día os reclamasen su restitución?

—Creo que sería lo único que había de obligarme á desenvainar la faca. Yo le he tenido en mi choza, le he inculcado mis ideas; y ahora que es un hombre, ¿había de entregarlo? No, eso sería horrible. Afortunadamente nadie ha preguntado por él durante quince ó dieciséis años, y no creo que suceda lo que decís.

—Es verdad, no parece probable.

Pedrote se levantó.

—¿Os vais ya?

—Sí; qué remedio.

—¿A Villarreal?

—Es claro.

—¿No decíais hace un instante que mañana no os dedicaríais á la faena?

—Eso dije; pero fué para que Fernando no se inquietase. Por lo demás, no puedo entregarme á la holganza. Hace falta el jornal para comer, y con la pérdida del bote... ¡Qué lástima! Era una verdadera alhaja.

Y aquel viejo marino enjugóse una lágrima que pugnaba por brotar de sus ojos.

—Conque salud, maese Jorge,—dijo después de un instante.

—El cielo os guíe,—respondió el hostelero.

—Cuando regrese el muchacho decidle que he tenido necesidad de volver al puerto, donde le aguardo.

—Perfectamente.

Pedrote salió de la hostería.

En la playa encontró su pequeño bote.

Este fué empujado hacia las olas, y el viejo marino tomó los remos.

Un momento después perdíase de vista entre las densas brumas del mar.

---

# CAPITULO LXX

LA DESPEDIDA

Entretanto Fernando había escalado las altivas cumbres del monte, deteniéndose junto á una cabaña.

Empezaban á advertirse los primeros destellos de la aurora.

Una campesina hallábase sentada en el umbral de la puerta.

Era Gabriela, la que la tarde anterior había anunciado á María que Mariana no volvería á su casa la pasada noche.

—Buena mujer,—dijo el pescador con amabilidad, —¿podríais indicarme cuál es la choza de Mariana?

Gabriela se puso en pie, y, señalando á un punto con el índice de la diestra, le respondió:

—Seguid este sendero, y la primera cabaña que encontréis á la derecha es la suya. Debo advertiros que Mariana no habrá regresado todavía.

—La esperaré.

—Ó podéis preguntar por la joven que habita con ella: se llama María.

Gabriela ignoraba lo que á la joven habíale pasado.

Fernando no quiso detenerse en darle explicaciones, y, saludando á la aldeana, se aventuró por el sendero que acababa de indicarle.

Éste era muy duro, pues conducía á la cumbre casi en línea recta.

El joven se detuvo delante de la puerta de la blanca casita de Mariana.

Desde allí divisábase perfectamente la vasta extensión del Mediterráneo.

Habría trascurrido una media hora, cuando Fernando vió que una anciana respetable se aproximaba.

—Debe ser ella,—exclamó.

Y acercándose á ella, la preguntó:

—¿Sois la protectora de María?

—Sí, señor. ¿Qué deseabais?

—Pues tengo que manifestaros que esa joven ha tenido necesidad de alejarse de aquí.

—¡Marcharse ella sin mi permiso! ¡Eso no es posible!

—Ya sabéis lo que son las jóvenes; varias amigas suyas han venido en su busca, y...

—No, cada vez me convenzo más de que eso no es cierto. María no tiene amigas.

—Por lo menos conocidas suyas. La han invitado á ir á una huerta, y...

—Decidme, decidme dónde se halla,—interrumpió

la pobre anciana;—si la ha ocurrido algo, no me lo ocultéis.

—No, no ha sido nada grave. Jugando con las jóvenes que os he dicho se cayó al suelo...

—Y se ha hecho mucho daño, ¿no es verdad? ¡Oh! ¡pobre hija mía!

—No, señora; una leve rozadura, una cosa sin importancia, pero que la impide andar.

—¿Y dónde se halla?

—En la hostería de maese Jorge.

—¡Ay, Dios mío, qué mala debe hallarse cuando no ha venido con vos!

Y Mariana rompió á llorar.

—No os aflijáis, señora.

—Tened la bondad de acompañarme, joven; la Virgen os lo premiará.

—No he venido con otro objeto.

Mariana, á pesar de la fatiga que sentía por la subida que acababa de hacer, no titubeó en bajar de nuevo por el monte.

—¿Queréis apoyaros en mi brazo?—la preguntó el pescador.

—Muchas gracias, hijo mío.

Durante el trayecto, Fernando preparó el ánimo de Mariana, diciéndole lo que había sucedido, aunque omitió referirle su generoso comportamiento.

La anciana no cesaba de llorar.

—¡Pobre hija mía! ¡Cuán ajena me hallaba anoche de que pudiese ocurrirla semejante desgracia!

—Afortunadamente no ha ocurrido nada grave, y

esa joven está muy bien. Tengo la certeza que cuando lleguéis ya habrá abandonado el lecho.

Aunque el trayecto que mediaba entre el Albarracín y la barraca de Jorge era bastante largo, Mariana no quiso detenerse.

Una hora después entraba en la hostería acompañada del pescador.

Fernando no se había engañado.

La joven María, aunque hallábase muy pálida, había abandonado el lecho y estaba junto al hogar, donde se retorcían algunos gruesos troncos.

Al ver á su protectora se arrojó en sus brazos con gran presteza.

—¡Pobre hija mía! ¡Cómo había de suponer lo que te ha pasado!

—No hablemos de ello. Aunque hice mal en salir de casa durante tu ausencia, ya he recibido mi castigo. No me riñas, pues.

—¡Reñirte yo! Bien sabes que no puedo hacerlo porque me lo impide el cariño que mi alma te profesa. Refiéreme cómo ocurrió ese triste suceso.

—¿No te lo ha contado ya mi amigo?

—¿Te refieres á este joven, que me acompañó hasta aquí, después de darme la noticia?

—Sí, á mi salvador.

—¡Tu salvador!

Y las pupilas de Mariana claváronse en el joven con agradecimiento.

Fernando bajó los ojos con modestia.

—¡Ah! gracias,—dijo la anciana;—os debo más que

la vida, porque habéis librado de una muerte segura á este ángel de mi hogar.

—Señora, yo no he hecho más que cumplir con un deber. ¿Había de dejar que sucumbiese entre las ondas?

—Pero os habéis expuesto á morir también.

El joven se encogió de hombros expresando su indiferencia.

—Ahora, abuelita mía,—dijo la joven,—es necesario volver á nuestra choza. ¿Queréis acompañarnos?—preguntó á Fernando.

—Ojalá pudiera.

—¿Quién os lo impide?

—Ya es muy tarde, el sol está muy alto, y tengo que volver al lado de Pedrote.

—Vuestro protector ha partido á Villarreal.

—Lo suponía. De seguro que á estas horas está pescando. Mi deber es ayudarle.

—Pero se habrá llevado la barca.

—No importa; no ha de faltarme algún pescador conocido que me preste la suya.

María hizo un gracioso mohín expresando el disgusto que experimentaba.

—Vamos, no seas caprichosa,—dijo Mariana;—cuando este joven no viene, será porque tiene que hacer.

—No estaré satisfecha si no le acompañamos hasta la playa.

—Sea,—respondió la anciana, que no sabía negarse á los deseos de la joven.

María dió las gracias á maese Jorge por la generosa hospitalidad que aquella noche la había dado, y salió de la hostería seguida de Mariana y Fernando.

—Parece imposible que vuelva á contemplar la luz del sol,—exclamó la joven paseando sus negros y expresivos ojos por las vastas extensiones del horizonte.

—Con efecto, ha sido un verdadero milagro, por el que debemos dar mil gracias á Dios. Esta noche pondremos dos velas encendidas á la Virgen de la Soledad que hay en casa.

María sentíase muy débil.

Aproximóse á su salvador y se apoyó en su robusto brazo, dirigiéndole una mirada acompañada de una sonrisa.

—¿De veras tenéis precisión de ir á buscar á Pedrote?

—De no ser así, ¿creéis que no tendría sumo gusto en acompañaros?

—Yo también lo tendría en que vinieseis; pero, en fin, ¡cómo ha de ser!

—Ya nos veremos algún otro día.

—¡Sabe Dios cuándo!

—Muy pronto.

—¿Venís con frecuencia al Grao?

—Antes no, pero ahora vendré.

—¿Sólo por verme?

—¿Os parece poco motivo?

—Y entonces iréis á mi casa, ¿no es verdad? No quiero volver á la playa: la he cogido miedo.

—Sí, cuando Pedrote no me necesite, yo iré á vues-

tra casa. Esto no podrá suceder más que los días de fiesta.

—¿Nada más?

—Desgraciadamente los otros hay que trabajar para ganarse la subsistencia. Somos pobres y dependemos sólo del jornal.

—¡Qué triste es eso! Sobre todo cuando se trata de un joven que, como vos, recuerda haber pertenecido á una familia ilustre y acomodada.

—¡Qué remedio! ¡Y gracias que he encontrado un protector como Pedrote! Sin él, sabe el cielo lo que hubiera sido de mí.

—Es cierto; nunca desampara Dios á los que obran bien.

Durante este diálogo, los dos jóvenes, seguidos de la anciana, habían llegado á la orilla.

María se estremeció al recordar el suceso de la pasada noche.

Dos marinos empujaban con gran vigor un bote hacia las ondas.

—Oye, Jaime,—dijo Fernando á uno de ellos,—¿hacia dónde os dirigís?

—Hacia la Albufera.

—En ese caso voy á acompañaros, y desde allí me dirigiré á Villarreal.

—Si te decides, anda pronto, que es tarde y llevamos prisa.

Fernando despidióse de Mariana y de la joven.

Luégo saltó á la barca con la agilidad de un tigre.

María no apartaba sus ojos de él.

—¿No es verdad que es muy bizarro?—preguntó á su protectora.

—Y tiene un corazón de oro,—respondió ésta.

Fernando tomó los remos, esperó á que sus amigos estuviesen en el bote, y cuando esto se verificó, empezó á remar vigorosamente.

---

# CAPITULO LXXI

## REVELACIONES

Cuando la barca se perdió de vista, María dijo á la anciana:

—Vámonos; estos lugares me producen mucha tristeza.

—Volvamos, pues, á nuestra casa.

Durante el camino, la joven apenas cambió con Mariana media docena de palabras.

Ambas iban preocupadas y tristes.

La anciana no dejaba de pensar en el inminente peligro que su hija adoptiva había corrido.

En cuanto á ésta, no podía alejar de su memoria el recuerdo del pescador.

Cuando llegaron á la choza, Mariana acarició los negros cabellos de la joven, y, estampando un beso en su frente, la dijo:

—Ahora es preciso que te acuestes.

—¿Por qué? No me siento indispuesta.

—Sin embargo, tus manos queman; no tengo duda que tienes fiebre. Voy á llamar al médico.

—De ningún modo. Me acostaré, supuesto que con ello te complazco; pero no llames al doctor. Esto sería acarrearte unos gastos que no hacen falta.

Mariana sentó sobre sus rodillas á la joven, lo mismo que hubiera podido hacer con un niño, y, despojándola de sus ropas, la condujo de la mano hasta el lecho, cuyas sábanas estaban blancas como las plumas de una paloma.

—Ahora te traeré un poco de tila, y ya verás cómo concilias un sueño que ha de serte muy provechoso.

Mariana salió del aposento, dirigiéndose al hogar, en el que todavía brillaban algunas ascuas entre un blanco montón de cenizas.

—¡No verle hasta el domingo!—pensaba la joven entretanto.—¡Ah! esto es un período de tiempo demasiado largo, estando hoy á principios de semana. Pero ¿qué remedio? Ni siquiera queda la esperanza de ir al puerto en que habita, pues no realizaría mi deseo de verle. Los pescadores salen de sus barracas cuando brillan los primeros albores del día, no regresando hasta que el sol llega á su ocaso. ¡Cómo ha de ser! Paciencia. Esperaremos la llegada del día de fiesta. ¡De seguro que Fernando no pensará en mí tanto como yo en él! Y ¿quién sabe? La verdad es que sus ojos no se apartan de los míos cuando estamos juntos. ¿Me amará? ¡Concurren en los pormenores de nuestra vida circunstancias tan semejantes! Él recuerda haber pertenecido á una familia ilustre. Mi padre, según dice

Mariana, también era hijo de un caballero que ocupó en la corte una buena posición social. Y, sin embargo, tanto él como yo vivimos ahora á expensas de la caridad de dos generosos corazones. ¿Qué hubiera sido de nosotros sin ellos? Lo propio que sería de esas avecillas que pían en sus nidos reclamando de sus padres el sustento que no saben buscar.

Tan abstraída hallábase la joven en sus pensamientos, que no advirtió que Mariana había entrado de nuevo en la estancia.

Ésta la contemplaba con embeleso.

—¿Qué piensas, hija mía?—la preguntó.

Estremecióse la joven, y, dirigiendo sus ojos hacia su protectora, la dijo:

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? ¿Acaso es posible? Casi me atrevería yo á decirte lo que preocupa tu imaginación.

—¿De veras?

—Y sin temor de equivocarme. Pensabas en el joven pescador que te ha salvado.

—Pues bien; ¿por qué he de negarte que es así? Desde hace algunas horas, mi pensamiento no se aparta de él. Le debo la vida, y yo no soy ingrata. Sin embargo, me ocurre una cosa muy especial. No es sólo el agradecimiento el que me obliga á recordarle, es algo que yo no puedo definir. Todavía te debo á ti favores más señalados que los que ese joven me ha hecho, y tu memoria no me altera el espíritu lo que la suya. Al pensar en él no puedo asegurarte si es alegría ó tristeza lo que experimento.

—¡Pobre María!—murmuró la anciana.

—¿Sabes que me ha prometido que el domingo vendrá á hacernos una visita?

—¿Sí?

—Aquel día es necesario que me ponga el traje nuevo y el collar que me compraste hace dos años el día de mi santo.

—¿Quieres parecerle hermosa?

—Sí, muy hermosa.

Y la joven lanzó un suspiro.

Mientras esto acontecía en la casa de Mariana, veamos lo que Fernando hablaba con Pedrote en el pequeño puerto donde habitaban.

El joven pescador había llegado á la Albufera en la barca de su amigo Jaime, donde pudo hallar otros compañeros cuyo esquife debía dirigirse á Villarreal.

Fernando aprovechó aquella ocasión, y pocos momentos después llegaba á la cabaña de su protector.

Pedrote estaba sentado en el umbral de la puerta remendando unas redes rotas.

Desde muy lejos descubrió al joven.

—Buenas tardes, Pedro.

—Buenas las tengas.

—¿Queréis que os ayude?

—No; tú estarás cansado, y lo que te conviene es echarte á dormir.

—No lo creáis: á mi edad los jóvenes no se cansan nunca.

Pedrote, por toda respuesta, le arrojó la extremidad de la red que componía.

Fernando la recogió en el aire, empezando á ligar los hilos de la malla que estaban sueltos ó que se encontraban rotos.

—Ya ha empezado la Providencia á recompensar tus buenas acciones,—dijo Pedro.

—¿Pues cómo?

—He salido á pescar, y en tres horas ya ves cómo vienen los aparejos.

—Con efecto, debéis haber hecho una buena pesca.

—Ya lo puedes decir. Parecía que el interior del bote era de plata.

—Más vale así.

—Y como el tiempo se ha mejorado, espero que mañana hagamos también un buen negocio.

—Dios oiga vuestros deseos.

—Sí, hijo mío; no tengas duda que los oirá. Y ahora, hablando de otra cosa, ¿qué tal hiciste tu comisión? ¿Avisaste á la pobre anciana que vive con la joven que has salvado?

—Sí, señor.

—¿Lloraría mucho?

—Mucho. Se conoce que la quiere con toda su alma.

—Todo se lo merece la pobre niña. La verdad es que es hermosa como los ángeles del cielo.

—Y tan cándida como una paloma. ¡Si vieseis qué sencillo es su lenguaje! La pobrecilla es huérfana como yo.

—¡Válgame el cielo! Afortunadamente no ha faltado un alma caritativa que la acoja. Pero ¿qué haces, muchacho, qué haces?

Fernando, abstraído en la conversación, estaba atando mal los nudos de la red.

—¡Ah! dispensad; estaba distraído.

—Bien se conoce que tienes veinte años, y que á esa edad preocupan el ánimo las mujeres jóvenes y bonitas. ¿No es verdad?

—¿A qué negaros que pensaba en ella?

—Aunque lo hicieses, no te creería. Aun estoy viendo que la aventura de ayer va á terminar con unos amores.

Las mejillas del pescador se cubrieron de un leve carmín.

Pedrote había sorprendido un secreto de su alma, tal vez antes que se lo hubiese revelado á él mismo su corazón.

—Y si era así, ¿os opondríais á mi deseo?

—¿Por qué había de oponerme? A cada cual, lo suyo, muchacho. No desatendiendo los quehaceres que nos proporcionan el sustento, yo no me opongo á que tengas las expansiones naturales que todos hemos tenido. Ahora, sí, te recomiendo que seas bueno con esa pobre niña, que debe ser angelical, á juzgar por su rostro.

—Pues bien, Pedrote, ya que me habláis con esa franqueza, quiero corresponder á ella pidiéndoos un señalado favor.

—¿Qué quieres?

—Ya sabéis que cuando el sol llega al ocaso siempre hemos concluído nuestra tarea.

—Desde luégo.

—Vos soléis ir á alguna hostería á conversar con los compañeros.

—Y si tú no haces lo propio, es porque no quieres.

—Es verdad; pues esas horas las invertiría muy gustoso...

—En ir al Grao, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Ya ves cómo adivino tus deseos. ¡Qué diablo! ¡Como uno también ha sido joven!... Bueno, muchacho, bueno; más me place que hayas puesto tus ojos en una campesina que si hubieras hecho lo que el hijo de Juan.

—¿Que se enamoró de una dama?

—Precisamente; y que ella huía de él porque el acre olor que despedimos la afectaba á los nervios. Mañana irás al Grao. Después de todo, es posible que allí puedas vender mejor un magnífico congrio que ha quedado esta mañana en mis redes.

—¡Cuán bueno sois!

—Eso mismo decimos todos cuando nos complacen.

—Pero ya sabéis que yo siempre pienso del mismo modo.

—Bueno; ahora acuéstate un rato, y mañana ya sabes que tienes permiso para ir á ver á esa chica.

Fernando se sonrió.

La felicidad resplandecía en sus ojos.

---

# CAPITULO LXXII

## DONDE PICOLI SE PONE SOBRE UNA PISTA

Al siguiente día, Fernando madrugó mucho.

Su primera mirada dirigióse al cielo.

Este se hallaba azul y despejado, reflejándose como en un espejo sobre las dormidas ondas del mar.

Multitud de gaviotas cruzaban el espacio con rápido vuelo, bien graznando sobre la playa ó cerniéndose sobre la superficie del agua.

Fernando se sentó en el umbral de la puerta.

Pedrote no tardó en abandonar su lecho.

Al ver al joven, le dijo:

—¡Hola! ¡Parece que hoy no ha sido necesario despertarte!

—Con efecto, no tenía sueño.

—Bien; prepara el bote y vete. No olvides llevarte algunos pescados, que los venderás en la misma playa.

—Pero si yo utilizo el bote, ¿dónde vais á ir vos?



—¿Quieres hacer el viaje por el aire, como las gaviotas?

—No, señor, pero...

—No pienses en mí. Yo he quedado anoche convenido con unos compañeros é iré con ellos.

Fernando se despidió de Pedrote, y dirigióse á la orilla del mar, donde estaba amarrada la barca.

Desató la amarra y saltó al interior.

Nunca remó más vigorosamente que entonces.

Jamás cortó la esbelta quilla de su barca con más rapidez las ondas del Mediterráneo, y, sin embargo, nunca tampoco le pareció más largo el trayecto.

Medía el tiempo por su impaciencia, y esto hace que cada hora parezca un año.

Algún tiempo después, Fernando llegó al punto que deseaba.

En la playa había multitud de gente que arrebataba los pescados de las manos de las mujeres que los vendían.

Éstas eran generalmente esposas de los pescadores.

Fernando tomó entre sus manos el enorme congrio que tanto habia decantado Pedrote.

Era, en efecto, una soberbia pieza, que llamaba la atención por su tamaño colosal.

Apenas saltó á tierra el joven, aproximóse á él un hombre. Era difícil de definir la clase social á que éste pertenecía. Lo mismo pudiera ser un hidalgo que un plebeyo.

—¡Buena pieza!—dijo clavando sus ojos en el plateado congrio.



—Y barato,—respondió el joven.

El desconocido preguntó su precio, y sin tratar de disminuirlo hizo una seña á un criado para que se acercase.

Éste obedeció.

—Toma ese pescado y llévaselo á la señora duquesa. Es un obsequio que yo la hago.

Y el desconocido entregó á Fernando el precio convenido.

El joven le hizo un saludo, y dirigióse á la hostería de Jorge, pues era demasiado temprano para visitar á su amada.

No había hecho más que sentarse junto á una de las mesas, cuando abrióse de nuevo la puerta del establecimiento, y el desconocido á quien acababa de ver en la playa sentóse enfrente de él, haciendo sonar las palmas.

Jorge acudió á su llamamiento.

—Tráeme algo de beber.

Cuando el hostelero volvió con lo que acababa de pedirle, le preguntó:

—Dime, ese joven pescador, ¿vive por aquí?

—No,—respondióle Jorge.

—¿Luego es forastero?

—Reside en Villarreal; pero con bastante frecuencia, tanto él como su protector, vienen al Grao.

—¿Su protector? ¿Luego ese joven no tiene padres?

—No, desde sus primeros años está en poder de un honrado marino á quien todos llamamos Pedrote á causa de su extraordinaria corpulencia. Tanto Pedro-

te como el muchacho poseen dos corazones de oro. Ayer mismo tuvo lugar una escena cuya relación os conmovería.

—¿Pues qué sucedió?

—Una pobre joven cayó al mar arrebatada por una ola, y hubiera muerto irremisiblemente á no ser por el valor de Fernando, que se arrojó al agua.

—¿Ese joven se llama Fernando?

—Sí, señor.

—¡Es extraño!—murmuró el desconocido.

Ya habrán supuesto nuestros lectores que la persona que hablaba con el hostelero era Picoli, el mayordomo de doña Blanca, la duquesa de Santarem.

Fernando, aunque curtido por el cierzo del mar, aunque mal trajeado, tenía en su rostro alguna pequeña semejanza con el de don Lope de Lara, el difunto amo de Picoli.

Había la particularidad de que en Valencia era donde don César había arrebatado su hijo á los duques de Santarem.

Este llamábase Fernando, como el joven pescador. ¿No eran estos datos más que suficientes para que nacieran sospechas en una imaginación dotada de menos sagacidad que la de Picoli?

Doña Blanca de Santarem había abandonado la corte hacía una semana.

Su objeto al establecerse en Valencia no era otro que hacer nuevas gestiones para encontrar á su hijo.

Cerca de veinte años habían pasado; pero ¿qué significa este espacio de tiempo, cuando se trata del do-

lor de una madre! ¡Las heridas que se abren en los corazones de ellas no se cicatrizan jamás!

Picoli se aproximó al joven.

Éste clavó en el italiano sus negros ojos.

—Acaba de referirme el hostelero que anoche salvasteis á una muchacha.

—Con efecto, señor.

—Es un hecho que os eleva mucho ante la consideración de todos.

—No hice más que cumplir con un deber.

—Decidme, ¿venís con mucha frecuencia á este sitio?

—Hasta ahora lo he frecuentado poco, pero de hoy en adelante vendré mucho.

—Y ¿no era mejor que os establecieseis aquí?

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque mi protector heredó la barraca en que habitamos de sus padres, en ella ha vivido con su difunta esposa, y no la abandonaría por nada de este mundo.

—¿No tenéis padres?

—No, señor; desgraciadamente no los tengo.

—¿Os quedasteis huérfano hace muchos años?

—Muchos. Apenas conservo memoria de mi infancia.

—Pero ¿recordáis algo que con ella se relacione?

—Eso sí. Me acuerdo de una hermosa dama que besaba mi frente y me llamaba hijo. Tampoco he olvidado el palacio en que vivía.

—¿Luego si vieseis de nuevo aquellas habitaciones?...

—Creo que las recordaría. Á veces los detalles más pueriles son los que se graban más en nuestra memoria.

—¿Y no habéis hecho ninguna gestión para averiguar quiénes eran los que os dieron el sér?

—Sería inútil.

—Sin embargo, vuestro protector lo sabrá indudablemente.

—No. Pedrote me ha dicho más de cien veces que un joven hidalgo me llevó á su casa, entregándole una cantidad para que cuidase de mi subsistencia. Esa cantidad nos hubiese sacado de apuros, pero la perdimos.

—¿La perdisteis?

—Sí, señor; nos la robaron.

—Tal vez ese célebre capitán de bandoleros llamado el Alimaña, que, según dicen, ha habitado en el Albarracín muchos años.

—No fué el Alimaña. Nosotros atribuimos el robo á unos pescadores que vivían próximos á nuestra barraca. Éstos se embarcaron después en un misterioso buque que había anclado en el puerto, y que, según nos dijeron después, estaba tripulado por piratas.

—¿De modo que tuvisteis que dedicaros á las rudas faenas de la pesca?

—Pedrote no las había abandonado.

—Bien, muchacho, bien. ¿Tenéis que hacer ahora alguna cosa?

—Sí, señor; he venido aquí con un objeto determinado.

—¿Volveréis mañana?

—Lo ignoro. ¿Acaso puedo seros útil en alguna cosa?

—Tengo necesidad de hablaros de un asunto.

—Entonces se lo diré á Pedrote, y podré venir.

—Mañana á estas horas os espero en este mismo sitio.

—No faltaré.

Picoli salió de la hostería.

—¿Qué deseará decirme?—se preguntó Fernando.—¿Por qué me habrá hecho tantas preguntas? ¿Conocerá acaso el nombre de las personas que me dieron el sér? ¡Quién sabe!

Y Fernando quedóse pensativo.

Un momento después salió de su abstracción al ver aproximarse á maese Jorge.

—¿Qué te ha dicho el italiano?—preguntó al joven?

—Ha estado haciéndome multitud de preguntas. ¿Quién es?

—Es el mayordomo de la duquesa viuda de Santarem.

Fernando observó que ya el día estaba muy avanzado, y, despidiéndose del hostelero, salió del establecimiento, emprendiendo el camino que conducía al Albarracín.

## CAPITULO LXXIII

---

### SUEÑOS DE COLOR DE ROSA

Mariana hallábase sentada junto á la puerta de su choza, hilando.

María estaba dentro de la casa.

Cuando Fernando llegó, la anciana levantó los ojos, clavándolos en el joven.

—¡Ah! sois vos. ¡Jesús, lo que va á alegrarse la niña! No os esperaba hasta el domingo.

—Con efecto, yo tampoco creía haber tenido el gusto de veros antes.

Mariana empezó á llamar á su protegida. Ésta, completamente ajena de que Fernando pudiera encontrarse allí, acudió á las voces de la anciana.

Al ver al pescador, sus mejillas se ruborizaron.

Verdad es que sus cabellos vagaban libremente sobre su espalda, y que vestía en aquel momento una saya deteriorada por el uso.

Las mujeres se preocupan muchísimo de estos detalles.

En cambio Fernando la encontró más hermosa que nunca.

—No os esperaba,—dijo la joven con timidez.

—Lo creo. Yo tampoco creía venir hoy, pero Pedrote me envió á vender algunos pescados. Hallándome ya en el Grao, no me ha parecido bien volver al puerto sin haceros una visita, aceptando el ofrecimiento que me hicisteis de pasar á veros en vuestra casa.

—Muy bien hecho,—dijo Mariana.

—Yo lo hubiese sentido mucho si hubieseis obrado de otro modo,—añadió la joven.

Y venciendo su turbación, aproximóse á Fernando y le dijo:

—Mirad de qué manera me encontráis. Como no esperaba vuestra visita, no me he engalanado.

—¿Acaso no estáis tan hermosa como siempre?

—¡Ah! de ningún modo. Ahora estoy muy fea.

Y María se sonrió.

Luégo, clavando sus negros ojos en Fernando, añadió:

—¿Vais á permanecer con nosotras algún tiempo, ó tenéis prisa?

—Pedrote no me espera hasta la noche.

—Entonces, si queréis, daremos un paseo por estos alrededores. Á vos, que no tenéis costumbre más que de ver la monótona llanura del Mediterráneo, estos campos han de pareceros encantadores.

—Pero no os alejéis mucho,—dijo Mariana.

—No, señora; permaneced tranquila, que no nos alejaremos.

María cogió la mano del joven entre las suyas.

—¿Vamos?

—Cuando queráis.

Y ambos jóvenes alejáronse de la choza.

—María,—dijo Fernando después de un instante, —cuánto celebro que hayáis tenido la buena idea de proponer este paseo. No es que la presencia de vuestra protectora me parezca importuna; por el contrario, es una excelente mujer, que desde luégo se ha granjeado mis simpatías.

—Es muy buena; cuando la tratéis con más confianza, podréis apreciar su noble corazón.

—Ya estoy persuadido de que lo posee; pero, francamente, tenía deseos de hablaros á solas.

—¿Qué queríais decirme?

—Muchas cosas, María. No puedo negaros que desde la noche que tuve el gusto de conoceros advertí que me habíais causado la más profunda impresión. Vuestra hermosura y vuestra sencillez predispusieron mi alma á la simpatía, y aquella noche no pude conciliar el sueño. ¡Era tan extraña la coincidencia que concurría en ambos! Los dos nos hallamos bajo la tutela de unos nobles seres que, condolidos de nuestra orfandad, nos acogieron en su casa, concediéndonos el dulce nombre de hijos.

—Es cierto.

—Si nuestros padres viven, ambos ignoramos quié-

nes son, en dónde se hallan y si nos reclamarán algún día.

—Eso no parece probable, después de tantos años; y si he de hablaros con franqueza, os diré que yo sentiría que me alejasen de la buena mujer que me amparó desde la infancia.

—Lo propio me sucedería á mí. ¿Acaso Pedrote no es mi verdadero padre? Yo no puedo conceder este dulce nombre al que me hizo nacer, abandonándome luégo, sea por las circunstancias que fuese. Mi padre es el hombre que sufrió con paciencia los exigentes caprichos de mi niñez; que enseñóme á dirigir mis ojos al cielo inculcándome la fe católica; que más tarde conversó conmigo lleno de solicitud y de amor. Aunque mañana supiese que mi padre era el rey, yo despreciaría su palacio por mi pobre cabaña y por vivir al lado de Pedrote.

—Eso es lo justo, Fernando.

—Ahora bien; María, volviendo á lo que antes hablábamos, la impresión que en mí causasteis cuando os conocí fué muy profunda, y esta impresión se ha desarrollado por momentos, y hoy puedo definirla. Yo os amo, os amo con esa pureza, con ese fuego que inspira el primer amor que brota en el alma. Hasta ahora habíame contentado con el cariño de Pedro; hoy comprendo que éste no basta á mi corazón. Ya tengo veinte años, he aprendido bien el oficio, y creo que con mis redes puedo ganar el sustento para ambos.

El joven guardó silencio consultando á María con una mirada.

Las mejillas de ésta habíanse cubierto de un tenue carmín.

Un momento después aproximóse á su compañero y le dijo:

—Pues bien; Fernando, yo no sé si lo que me inspiráis es amor, porque nunca he sentido en mi alma lo que ahora me preocupa. También mi pensamiento está constantemente fijo en vos. En mi imaginación os veo adornado de cualidades que no atribuyo á los demás. Durante la noche, tampoco puedo conciliar el sueño, y me parece contemplaros. Todos los objetos que antes miraba con indiferencia aparecen embellecidos ante mis ojos. El sol se me figura que es más radiante, la luna me predispone á la melancolía, los cantos de los pájaros me parecen más gratos. Hasta los murmullos de los arroyos hablan á mi corazón con su incomprensible lenguaje. Y todo esto lo uno á vuestra memoria. Anoche soñé que vivía junto á vos, en una cabaña muy humilde, pero que no la hubiese trocado por el más suntuoso alcázar. Al despertar no pude contener las lágrimas. Hubiera deseado que aquello fuese cierto. Si esto es amor, yo os amo, Fernando, como no he amado nunca y como no podré amar en lo que me resta de vida.

—¡Bendito seas, ángel mío!—exclamó el joven llevándose á los labios la mano de María.—Ahora lo necesario es que nuestros protectores sepan el sentimiento que nos une.

—¡Ah, Dios mío! ¿qué dirá Pedrote cuando llegue á conocer que nos queremos?

—Pedrote ha comprendido que te amo; más temo yo que Mariana...

—Calla, Fernando; Mariana no desea más que mi ventura. También me ha hablado mucho de ti.

—Entonces todo sale á medida de nuestros deseos. ¡Qué feliz soy! Yo rogaré á mi protector que hable con tu anciana compañera, y á la mayor brevedad posible nos uniremos para no separarnos jamás.

—Sí, Fernando, sí, para no separarnos jamás. Pero, dime, Pedrote y Mariana, ¿permanecerán con nosotros?

—Desde luégo. ¿Cómo habíamos de prescindir de esos pobres ancianos? Todos viviremos bajo el mismo techo. Mariana y tú os ocuparéis en los quehaceres de la casa, y nosotros entretanto tenderemos las redes. ¡Ah, María, tengo la seguridad que si Dios nos ha concedido hasta ahora los medios de vivir, el día que estemos casados ha de darnos más prosperidad! Yo trabajaré mucho para que puedas engalanarte y seas la envidia de todas las jóvenes. Ya verás con qué orgullo te llevo de mi brazo los domingos á la iglesia y después á la playa. Sólo de pensarlo, mi corazón late como si quisiera salirse del pecho.

María estaba loca de contento.

—Mira,—prosiguió el pescador,—cuando yo me haya alejado, dile á Mariana nuestros proyectos. Yo no quiero revelárselos, porque me da mucha vergüenza; pero mañana vendrá Pedrote, y ya verás cómo todo se arregla en un breve plazo.

—Y ¿tú no le acompañarás?

—Yo no.

—¿Luego te quedas en Villarreal?

—Tengo necesariamente que venir al Grao, pues un caballero desea hacerme no sé qué encargos. Mañana no subiré al Albarracín. Mucha es mi pena por no verte, pero prefiero que mi pretector me diga lo que Mariana ha contestado.

—Como quieras.

Pocos momentos después, los dos jóvenes volvían á la choza de Mariana.

Fernando permaneció allí algunos instantes, y despidiéndose de ambas, volvió á emprender el camino que conducía á la playa.

---

# CAPITULO LXXIV

---

AVERIGUACIONES

Aquella noche, apenas llegó Fernando á Villarreal, le dijo á Pedrote cuanto había sucedido.

—Bueno, muchacho, mañana mismo iré á hablar con la protectora de María. Creo que sea de mi misma opinión; esto es, que no deben nunca contrariarse los afectos que brotan tan espontáneamente como el que sentís. Pero debo advertirte que no porque os caséis os libráis de este viejo regañón. Yo viviré á vuestro lado, sin cuyo requisito no accedo á que se efectúe la boda.

—Es lo primero que hemos tenido en cuenta, padre. Yo tampoco quiero separarme de vos.

—Con esas zalamerías me engañas. En fin, esto no es censurable. Yo también me casé muy joven y fuí muy dichoso en mi matrimonio. ¡Ojalá viviera mi po bre mujer!

Y aquel hombre rudo se enjugó una lágrima con el dorso de su encallecida diestra.

Luégo, como si quisiese alejar de su imaginación aquellos tristes pensamientos, le preguntó:

—Dime, muchacho, ¿vendiste los pescados que te llevaste?

—Sí, señor, los he vendido.

Y Fernando entregó á Pedrote algunas monedas.

—De seguro que no se ha visto muchas veces un congrio como el que llevaste.

—Y ahora que decís eso, ¿sabéis que me ha ocurrido una cosa muy extraña?

—¿Qué?

—El caballero que me le compró ha estado haciéndome muchas preguntas, y me ha rogado que mañana vaya á la hostería de maese Jorge, pues tiene precisión de hacerme un encargo.

—Y eso, ¿qué tiene de particular? De todo has de sacar partido. Indudablemente su deseo será que le proporciones algún pescado ó cosa por el estilo. Ya sabes que los señores son muy caprichosos.

—¿Conque quedamos en que mañana iréis al Albarracín?

—Sí.

—Y yo, ¿queréis que acuda á la cita del caballero?

—No hay inconveniente, pues de seguro no perderás el tiempo. Siempre ha de recompensar tu eficacia con alguna moneda, que nos vendrá muy bien. Saldremos juntos al rayar el día; yo iré á la casa de tu amor, y tú te quedas esperándome en la playa.

—Muy bien, padre.

—Ya lo creo; siempre encontramos bien las cosas cuando nos complacen.

Y Pedrote dió un cariñoso golpecito en el hombro del pescador.

Aquella noche, Fernando durmió más tranquilo.

Sus sueños fueron agradables como una alborada de primavera.

Poco antes de amanecer sintió los pasos de Pedrote.

Entonces saltó del lecho, y pocos instantes después hallábase vestido.

—No te descuidas,—dijo su protector al verle;—no madrugabas tanto cuando íbamos á tender las redes en alta mar.

Y acompañó sus palabras con una sonrisa.

Ambos salieron de la choza un momento después.

El tiempo seguía muy apacible.

Apenas rizaban las ondas la superficie azul del Mediterráneo.

Pedrote y Fernando entraron en la barca, que pocos momentos después hendía el agua con su esbelta quilla.

—¡Qué hermoso día!—exclamó el anciano marino;—la verdad es que hoy se hubiesen hecho pedazos las redes con el peso de la pesca. En fin, ¡cómo ha de ser! Mañana veremos si sucede lo propio.

—El tiempo parece que está muy sereno. Ni una nube se ve en el horizonte. Yo creo que nos esperan algunos días buenos.

—Ojalá,—respondió Pedrote;—pero sabe, hijo mío,

que el tiempo es lo propio que algunas mujeres, que cuando parecen hallarse más sosegadas es cuando suelen proporcionarnos mayores disgustos.

Algún tiempo después, la barca arribaba en el Grao.

Pedrote se informó del sitio en que vivía Mariana y despidióse de Fernando hasta la noche.

—A las ocho espérame aquí.

—Perfectamente.

El viejo marino emprendió el largo sendero que conducía al Albarracín.

En cuanto á Fernando, dirigióse hacia la hostería.

Esta hallábase casi desierta.

Como casi todos los parroquianos que á ella concurrían eran pescadores, no habían querido perder aquel tiempo bonancible para dedicarse á su trabajo.

Fernando saludó á maese Jorge.

—¡Hola, muchacho! ¿qué cuentas de nuevo?

—Poca cosa.

—¿Y Pedrote?

—Ahora mismo acabo de separarme de él.

—¿Luego está en el Grao?

—Sí, señor.

—¿Y cómo no ha venido á charlar un rato y beber un vaso de lo añejo?

—Tenía que hacer.

—Más vale así. Cuando los pobres tenemos alguna ocupación es señal de que vamos á ganarnos algunos cuartos.

—Decidme, maese Jorge, ¿no ha venido todavía el caballero que ayer habló conmigo?

—¿El mayordomo de la duquesa?

—Sí; creo que me dijisteis que desempeñaba ese cargo.

—Pues ya ha estado dos veces preguntando por ti. Se conoce que le urge verte.

—¿Y no volverá?

—Seguramente que sí.

Acababa de dar esta respuesta maese Jorge, cuando abrióse la puerta, dando paso á Picoli.

Los ojos del italiano claváronse en el joven, y aproximándose á él, le dijo:

—Creí que no ibais á venir.

—Mal me conocéis: yo no acostumbro nunca á faltar á mi palabra.

—Ya lo veo.

—¿En qué puedo serviros?

—Ante todo deseo haceros una pregunta. ¿Disponéis del día de hoy?

—Hasta las ocho de la noche no tengo precisión de hacer nada.

—Perfectamente. Mucho menos tiempo os necesito.

—¿De qué se trata?

—Sabed que yo soy el mayordomo de la ilustre duquesa de Santarem.

—Ya lo sabía por habérmelo dicho maese Jorge.

—Esta señora,—prosiguió Picoli,—tiene capricho de dar un paseo por el mar.

—¿Y queréis que yo la conduzca en mi bote?

—Precisamente. Debo advertiros que no os arre-

pentiréis de hacerlo, pues sabe recompensar con largueza á los que la sirven.

—No hay inconveniente. Creí que se trataba de otra cosa de más importancia.

—En ese caso esperadme mientras voy en su busca.

Picoli salió de la hostería, llegando poco después á la casa donde vivía la duquesa.

El mayordomo habíale referido á su noble señora la noche anterior la semejanza que existía entre su difunto esposo don Lope de Lara y aquel joven pescador que conservaba recuerdos de la opulencia de su infancia.

Esto conmovió á doña Blanca de Santarem, que no volvió á establecerse en Valencia más que con la esperanza de encontrar al hijo que le habían arrebatado, como ya hemos dicho á nuestros lectores en otra ocasión.

Picoli entró en el elegante gabinete en que se hallaba la duquesa y la dijo:

—Señora, ese joven espera; le he dicho que deseabais hacer una excursión por el mar, y se ha brindado gustoso á conduciros en su bote.

—¡Ah! Picoli, si fuese él... desaparecerían las tinieblas que oscurecen mi alma.

—Ahora le veréis, y estoy seguro que no es preocupación mía la semejanza que entre él y vuestro difunto esposo existe. Luégo la casualidad de llamarse Fernando y de recordar una vida más espléndida que la que hoy tiene... En fin, vamos á la playa. ¡Quién sabe si habremos conseguido lo que tan legítimamen-

te deseáis! Ya veréis que, á pesar de ser un humilde pescador, se expresa con mucha cortesía. Cuántos hidalgos he conocido que no tienen un porte tan elegante y bizarro como el suyo.

—Quiera Dios que sea él. Entonces colmaría de beneficios á las personas que hayan hecho las veces de sus padres.

—Creo que vive con un marinero llamado Pedrote.

—También conviene que le hablemos. Él quizás mejor que nadie pueda descorrer el denso velo que nos oculta la verdad.

Doña Blanca cubrióse con un manto y salió de la casa seguida de Picoli.

---

# CAPITULO LXXV

## DUDAS Y ESPERANZAS

Son casi imposibles de definir los pensamientos que cruzaron por la mente de doña Blanca durante el corto trayecto que mediaba entre su morada y la playa.

Unas veces deseaba ardientemente contemplar al joven pescador, que por una serie de circunstancias había supuesto Picoli que fuese su hijo.

Otras temía que la semejanza de Fernando con el difunto don Lope no existiera más que en la imaginación del mayordomo.

No obstante, el recuerdo que el joven conservaba de su niñez, la casualidad de tener el mismo nombre que había recibido su hijo, todo esto contribuía á alimentar la esperanza de la ilustre señora.

Fernando aguardaba junto al bote.

Cuando la duquesa llegó á aquel sitio no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

El parecido del joven con don Lope existía.

Verdad es que las facciones de aquél no tenían el carácter duro que la naturaleza había impreso en las de su padre; por el contrario, los ojos de Fernando eran apacibles, retratándose en ellos la bondad de su alma, pero la semejanza existía.

El joven, al ver acercarse á la duquesa, se quitó la gorra respetuosamente.

—Cubríos,—dijo doña Blanca con voz trémula.

Picoli había saltado al interior de la barca, y alargó su mano á la duquesa para ayudarla á que le imitase.

La dama se colocó en uno de los asientos de popa.

Entonces Fernando saltó al bote con esa agilidad que imprime la costumbre, y apoderóse de los remos.

—¿Deseáis ir á algún sitio determinado?—preguntó á la viuda.

—No, por donde queráis; el objeto es dar un paseo.

Fernando dejó caer los remos sobre el agua, y echando ligeramente el cuerpo hacia atrás, hizo que el bote se pusiese en movimiento.

—¿Sois pescador?—preguntó doña Blanca, después de un instante de muda contemplación.

—Sí, señora.

—¿Hace mucho que os dedicáis á ese oficio?

—Desde mis primeros años. El hombre que hace las veces de mi padre no posee más medios de fortuna que sus redes y esta pequeña barca.

—¿Y ese hombre es bueno para vos?

—¡Ah, señora! sería muy ingrato si dijera otra cosa. El que no le conoce más que de un modo superficial se queja de su rudeza, pero posee un corazón de oro. Creo que sea imposible encontrar en este mundo un alma más hermosa que la suya.

—Decidme, ¿os quedasteis huérfano muy niño, según me han asegurado?

—Señora, ignoro si lo soy.

—¿Cómo es eso?

—Ha sabido por Pedrote, que es el apodo que dan á mi protector, que llegué á sus manos por conducto de un caballero al que no ha vuelto á ver más. ¿Era aquel hidalgo mi padre? Hé aquí una pregunta á la que no puedo responder.

—Pero, según me ha dicho mi mayordomo, ¿conserváis algunos vagos recuerdos de vuestra infancia?

—Eso sí, señora; pero son tan vagos, como habéis dicho muy bien, que ignoro si han sido realidades ó las confundo con esos misteriosos sueños que á veces se finge la imaginación.

—¿Y qué recordáis?

—Recuerdo que yo vivía en un suntuoso palacio, que había en él multitud de criados que respetaban á su altivo señor. Éste ocupaba una elevada posición; ignoro si en Valencia ó en otra ciudad. Aquel hidalgo debía ser mi padre. También recuerdo á una noble y hermosa señora que siempre estaba besando mi frente.

—Y si vieseis á esa dama ¿la conoceríais?

—¡Ah, eso sería imposible! Ya os he dicho que todo

acude á mi memoria con la vaguedad de un sueño.

—¿Y no recordáis algún hecho de vuestra infancia que haya tenido lugar después?

—No, señora.

—Indudablemente os arrebatarían de los brazos de aquella mujer que os amaba tanto.

—¡Quién sabe!

—Haced memoria, joven.

—Es imposible, señora. Eso sería tan difícil como pretender descubrir con los ojos lo que se oculta detrás de esas brumas que desvanecen el horizonte.

—¿De manera que vuestros recuerdos ya se pierden hasta que fuisteis recogido por vuestro protector?

—Sí, señora.

—¿Y Pedrote no os ha dicho más que lo que acabáis de referirme?

—No podía hacer otra cosa, puesto que es lo único que sabe. Pedrote había perdido poco antes de ir yo á su lado á su noble esposa y su pobre hijo; así es que me recibió con los brazos abiertos. ¡Vivía tan solo! Más de mil veces me ha asegurado quererme tanto como hubiese podido querer á su propio hijo.

—¿Y dónde vive vuestro protector?

—En Villarreal.

—¿Cerca del sitio en que nos hallamos?

—Sí, señora. Es un bonito puerto que os agradará. ¿Queréis que dirija la barca hacia allá?

—Desearía hablar con vuestro protector.

—En ese caso es inútil que vayamos al puerto.

—¿Por qué?

—Porque Pedrote se halla en el Albarracín. Precisamente hoy ha tenido necesidad de ir á ese punto.

—¿Y vos le esperaréis en el Grao?

—Sí, señora; por eso dije á vuestro mayordomo que hasta las ocho estaba libre.

La duquesa habíase quedado pensativa.

Un secreto presentimiento anunciábala que aquel joven era su hijo.

De buena gana se hubiese arrojado en sus brazos, pero se contuvo.

¡Las conveniencias sociales nos imponen tantos sacrificios!

Doña Blanca no apartaba sus ojos del pescador.

Es e llegó á advertirlo y bajó la cabeza, no pudiendo explicarse el objeto de aquella muda observación.

Picoli iba recostado en la popa sin pronunciar una sola palabra, y haciendo de vez en cuando á su señora señas significativas para que continuase el diálogo.

—Decidme,—prosiguió la de Santarem,—¿sabéis si cuando regrese vuestro protector del Albarracín, tendrá mucha urgencia por volver á Villarreal?

—Creo que no.

—En ese caso voy á pediros un favor.

—Cuantos queráis.

—Decid á Pedro que necesito hablarle, y á fin de realizarlo que le espero en mi casa.

—Perfectamente; vos me indicaréis adónde ha de dirigirse.

—Mi mayordomo le acompañará.

—Está bien.

—Y ahora volved hacia la playa: como no estoy acostumbrada á estas excursiones, el movimiento de la barca me marea.

—Haberlo dicho antes, señora, y no nos hubiésemos alejado tanto. Aquí el vaivén es mayor que en la costa.

Y Fernando sacó del agua el remo derecho, agitando el izquierdo con fuerza para que el esquife diese la vuelta.

Cuando esto sucedió, el joven empezó á remar vigorosamente hacia la playa.

Pocos momentos después llegaban á ella.

Fernando se puso en pie para evitar que el cho que contra la arena fuese rudo.

Luégo saltó á tierra alargando su encallecida diestra á la de Santarem.

Doña Blanca se estremeció al sentir su contacto y no pudo menos de oprimir afectuosamente la mano del joven.

Este creyó que la viuda trataba de asegurarse para no caer sobre las hirvientes espumas de las ondas.

—Picoli,—dijo la duquesa,—quédate con este joven; yo voy á casa, donde os espero.

—¿No queréis que os acompañe y que vuelva después?

—No, quédate aquí, y no dejes de convencer á Pedrote para que te siga. Él es el único que puede disipar las tinieblas que envuelven este misterio.

La de Santarem entregó á Fernando unas cuantas monedas de oro.



Este quedóse sorprendido, negándose á aceptarlas.

—Señora, el pequeño servicio que os he hecho no merece tanta recompensa.

—Yo tengo gusto en que guardéis esta leve expresión de mi agradecimiento.

El joven dudó algunos instantes más, pero doña Blanca habíase separado algunos pasos.

—Aceptadlo,—dijo Picoli;—esta señora siempre paga con la propia largueza.

Fernando guardó las monedas.

Estaba satisfecho pensando en la alegría que iba á tener su protector.

---

# CAPITULO LXXVI

---

PROYECTOS DE ENLACE

Entretanto Pedrote, fiel á los deseos de Fernando, habíase dirigido á la modesta casa de Mariana.

Cuando llegó á ésta, María, que le esperaba con impaciencia, salió á recibirle.

La joven ya se había encargado de anunciar á su vieja protectora el objeto de aquella visita.

Breve fué la explicación de Pedrote, pero no pudo ser más explícita.

Apenas tomó asiento en el banco que le ofrecieron, dijo:

—Mariana, mi hijo adoptivo se ha enamorado de la joven que vos recogisteis en vuestro hogar, demostrando con esta acción la nobleza de vuestra alma. El tiene veinte años; piensa como, en concepto mío, deben pensar los hombres. Esto es, es honrado á carta cabal y trabajador como el primero. Ella es una mu-

chacha sencilla y pundonorosa. Los chicos se aman, y no creo que debemos oponernos á sus relaciones. Lo único que pudiera contrariaros era una separación, y ésta no tendrá lugar. Lo primero que me ha dicho Fernando es que quiere que continúe á su lado, y me parece que María pensará lo propio respecto á vos. Esto será lo único que me decida á dejar mi choza, á menos que vosotras no tengáis inconveniente en vivir en ella. Es pobre, pero capaz para resguardarnos á todos de la intemperie. Sólo falta, por lo tanto, que me digáis vuestro parecer respecto al asunto.

—Pedrote,—respondió la anciana,—voy á contestaros con la propia franqueza que me habéis hablado. Yo por mí no tengo inconveniente en que esa boda se realice. ¿Cómo he de oponerme, cuando no ignoro que estos son los deseos de la niña? Pero es necesario recapacitar este asunto. María, como ya sabéis, no es mi hija. Me fué encomendada por su padre, que tuvo precisión de partir lejos de España. Tengo entendido que un suceso semejante hizo que Fernando llegara á vuestro poder.

—Sí, señora,—respondió Pedrote.

—¿No os parece que ambos nos exponemos á que mañana sus padres nos pidan estrecha cuenta de nuestra conducta? Suponed por un momento que vuestro protegido perteneciese á una familia elevada y no le agradase que hubiera unido su suerte á la pobre muchacha de oscuro abolengo. Pensad que, por el contrario, María fuese hija de unos padres nobles, y

me reprendiesen por haber permitido que se desposase con un humilde pescador. Creo que debemos reflexionarlo.

—Mariana,—respondió Pedrote después de un instante,—me parece que esos obstáculos no son bastante poderosos para que sacrifiquemos la felicidad de nuestros protegidos. Ella tiene dieciséis años, él cuenta cuatro más, y es casi imposible que aquellos que les dieron vida vayan á reclamar sus derechos. Yo, por mi parte, asumo la responsabilidad en obsequio á la ventura de Fernando.

En aquel momento penetró María en la estancia.

Sus ojos estaban inundados de lágrimas.

Oculta tras la puerta de la habitación contigua, había escuchado el diálogo anterior.

—¿Qué tienes, hija mía?—la preguntó la anciana atrayéndola hacia su pecho con cariñosa solicitud.

La joven no respondió; pero sentándose sobre las rodillas de su protectora, reclinó su linda cabeza sobre el pecho de ésta, prorrumpiendo en sollozos.

Mariana comprendió que había escuchado los inconvenientes que acababa de exponer al viejo marino.

—Vamos, no llores,—la dijo columpiándola en su regazo, lo propio que hubiese podido hacer con un niño de tierna edad;—si yo he expuesto mis razones, no es porque trate de oponerme á tu ventura. Pedrote, no quiero ser menos que vos. Si asumís las responsabilidades, yo hago lo propio. Ambos seremos padrinos de la boda, y aquel día es preciso sacar los ahorros del fondo del arca.

La joven dirigió una mirada á su protectora, á través de las lágrimas que cubrían sus negros ojos, y estrechándola contra su pecho, exclamó:

—¡Bendita seas! ¡Eres la mujer más buena de este mundo!

—Ya lo creo,—respondió Pedrote sonriéndose;—lo mismo dice respecto á mí el ganapán del muchacho cuando no le niego lo que me pide. En haciendo sus gustos, ya no saben dónde colocarnos.

Y Pedrote lanzó una franca carcajada.

Pocos momentos después, el viejo marino se levantó.

—¿Os vais tan pronto?

—Sí, Fernando estará aguardándome con impaciencia. ¡Qué diablo! ¡No porque ahora estén nuestros cabellos llenos de canas hemos de olvidar lo que sucede de jóvenes! De seguro que está más intranquilo que un pescador cuando vislumbra la tempestad. ¡Poco que voy á divertirme antes de satisfacer á sus preguntas! El pobre es un alma de Dios, y luégo la verdad es que la muchacha se merece cualquier cosa.

Y Pedrote tomó con su encallecida diestra el rostro ovalado de María.

La joven se sonrió.

—Decidme, ¿y cuándo vendrá Fernando?

—Pronto, muchacha, pronto.

—¿Mañana?

—Tal vez; pero no quiero hacerte una promesa formal. Con vuestros amores se descuida el trabajo, y sin trabajar no se puede comer.

—Es cierto,—respondió Mariana.

Pedrote despidióse de ésta y de la joven, y aventuróse luégo por la senda que conducía á la playa.

—¡Qué bueno y qué franco es!—dijo María;—la verdad, que tanto Fernando como yo no debemos de dejar de bendecir á Dios, que nos ha concedido unos protectores como vosotros.

—¡Pobre hija mía!—dijo Mariana,—¡y cómo no he de quererte si eres tan buena como los ángeles del cielo!

—Mira, cuando yo esté casada, ya no quiero que trabajes más. Fernando y Pedro irán todos los días á sus tareas, y yo me ocuparé en los quehaceres de la casa. ¡Bastante tiempo los has hecho tú sola! Hasta ahora yo he sido una niña; pero cuando me case es preciso que piense en otras cosas más serias que cuidar de mis pájaros y mis flores.

Aquella noche María no pudo conciliar el sueño.

La felicidad lo hace huir de los párpados tanto como la misma desgracia.

---

Pedrote llegó á la playa cuando el sol se ocultaba tras los montes que acababa de dejar.

Fernando se adelantó para recibirle.

—¡Ah, padre, tengo la certeza que me traéis buenas noticias! Hoy todo tiene que salir á medida de mis deseos.

—¿Pues qué sucede, muchacho?

—He hecho un buen negocio.

—¡Hola, hola! explícate.

—Apenas nos separamos fuí á la hostería en busca del caballero que os indiqué, y que, según me dijo, es mayordomo de una duquesa cuyo apellido no recuerdo. El mayordomo me expresó que su señora deseaba dar un paseo por el mar. Como yo sabía que hasta las ocho no pensabais volver, no tuve inconveniente en complacerla.

—Bien hecho: esas damas suelen recompensar bien los servicios que se las hacen.

—Yo lo creo. La dama, que es muy hermosa, aunque ya no se encuentra en la primera juventud, me hizo muchas preguntas respecto á mi situación, y al marcharse me entregó estas tres monedas de oro.

—¡Pardiez!—exclamó Pedrote viendo brillar el oro en la encallecida mano del joven.

—Y aún hay más.

—¿Más todavía?

—Sí, señor; esa dama desea hablar con vos, y el mayordomo os espera para guiaros á su casa.

—¡Es singular! ¿Qué puede querer de un pobre pescador esa ilustra duquesa?

—Lo ignoro; pero me parece que nada perdéis por ir.

—Desde luégo.

En aquel momento Picoli se aproximó haciendo á Pedrote un leve saludo.

—¿Es este anciano vuestro protector?—preguntó al joven.

—El mismo,—respondióle Pedro.

—En ese caso, ¿ya os habrá dicho Fernando los deseos de la duquesa, mi señora?

—Sí, me los ha dicho.

—Vamos, pues; con seguridad que no os arrepentiréis de complacerla.

Pedrote encargó á Fernando que lo esperase en la playa.

—Poco puedo tardar.

—Aquí aguardo.

Y el viejo, acompañado del mayordomo, dirigióse hacia la morada de doña Blanca.

---

# CAPITULO LXXVII

ENTRE EL DEBER Y EL CARIÑO

—¿Sabéis con qué objeto me llama vuestra señora? —preguntó Pedrote al mayordomo.

—Amigo mío, lo ignoro en absoluto.

—¡Parece una cosa tan extraña!

—Deseará haceros alguna pregunta.

El marino se encogió de hombros.

Bien lejos se hallaba de su imaginación suponer lo que acontecía.

Picoli se detuvo delante de la puerta de una casa de buena apariencia situada en una de las calles más céntricas, y dijo:

—Pasad.

Pedrote obedeció.

Al penetrar en aquel anchuroso zaguán, adornado con magníficas esculturas, sintió ese respeto que inspira el lujo á aquellos que siempre vivieron en la más humilde pobreza.

Pedrote se descubrió como si hubiese entrado en el templo.

Al lado izquierdo hallábase la escalera. Está era de mármol con balaustrada de bronce. Al final de ella hallaron otra puerta que conducía á las habitaciones interiores.

El mayordomo y el marino penetraron en un elegante gabinete donde se hallaba la duquesa de Santarem.

—Señora,—dijo Picoli,—aquí tenéis al protector de ese joven.

Doña Blanca clavó sus apacibles ojos en el recién llegado.

—Acercaos, Pedro,—dijo la dama.—Dispensad si os he distraído un momento de vuestras muchas ocupaciones.

—Señora, los pobres siempre estamos dispuestos á servir á los ricos, porque ese es el deber que la naturaleza nos ha impuesto.

—Sólo deseo haceros una pregunta, á que espero contestéis con franqueza.

—Esa es la única cualidad buena que poseo.

—Ya sabréis,—prosiguió la duquesa,—que esta tarde he dado un paseo en el bote que os pertenece.

—Con efecto, me lo ha dicho Fernando.

—Por ese joven he sabido lo mucho que os tiene que agradecer, tanto más cuanto que no es hijo vuestro.

—Es verdad; no es mi hijo, aunque le quiero como si lo fuese.

—La curiosidad me obligó á hacerle algunas pre-

guntas respecto á su pasado, pero no ha podido satisfacerlas.

—Es natural, señora: Fernando era muy niño cuando vino á mi casa.

—Pero ¿vos sabréis el nombre de la persona que os lo entregó?

—No, señora.

—¿De veras?

—¿Por qué había de ocultároslo?

—Por lo menos sabréis darme sus señas.

—Eso ya varía. Recuerdo al joven que me entregó al niño lo propio que si estuviese viéndole ahora. Era un hombre que no puedo aseguraros si pertenecía á la clase popular ó á la nobleza. Llevaba un traje que lo mismo pudiera ser del uno que del otro. Su presencia era bizarra; había en ella algo de distinguido. Tal vez fuese marino, porque su tez estaba curtida, ó por el cierzo ó por el sol de remotos países.

—Basta, Pedro, basta; ¿cuánto tiempo hace que te entregaron el niño?

—Dieciséis años. Era á primeros de Noviembre y...

Doña Blanca ya no pudo dudar.

El nombre del niño, la semejanza con su esposo, el retrato que Pedrote había hecho de don César y la fecha de la desaparición de Fernando, todo le indicaba que aquel era su hijo.

Una lágrima rodó por sus mejillas.

Abandonó el asiento que ocupaba, y, tomando entre sus manos de alabastro la encallecida diestra de Pedrote, exclamó:

—Ese joven es mi hijo, mi hijo que me fué arrebatado...

Pedrote quedóse como una estatua.

Sus mejillas palidecieron y no supo qué responder, balbuceando algunas frases incoherentes.

—Sí, Pedro,—continuó la duquesa;—ese joven es el hijo de mi alma. Quiero, por lo tanto, que le traigas aquí para estrecharle entre mis brazos. En cuanto á ti, desde este instante no tienes necesidad de ir al proceloso Mediterráneo en busca del sustento. Eres rico, posees una fortuna, y aun así no podré pagarte lo mucho que por Fernando has hecho.

Algo repuesto Pedrote de su sorpresa, pasóse la mano por la frente como el que trata de disipar las quimeras de un sueño, y luégo dijo:

—Señora, lo que decís es imposible.

—¿Por qué? ¿Acaso vas á negarme que es mi hijo?

—No creo que Dios, después del generoso comportamiento que he tenido con ese niño, me le arrebate cuando tanto le quiero.

—Pero en cambio te otorga una fortuna que te permitirá pasar una vejez tranquila.

—¿Y eso qué me importa? ¿Creéis que yo puedo sacrificar al oro el afecto que me inspira Fernando? No, no, señora; yo me considero feliz en mi pobre cabaña siempre que él habite en ella.

Y Pedrote se enjugó los ojos húmedos por el llanto.

—Pero tú no consentirás sacrificarle á tu egoísmo. El ha nacido en otra esfera social, y á ella tiene que volver. Es hijo del ilustre don Lope de Lara. Le

pertenece el título de duque de Santarem que poseo. En una palabra, es acreedor á mejor suerte que la que ha tenido.

—No lo dudo, señora; pero ¿qué hará este pobre viejo sin él? Yo ignoraba que fuesen suyas las riquezas que habéis ponderado. Y, no obstante, le adoraba con toda mi alma. Él correspondía á mi afecto, y es muy triste que después de tantos años vayáis á separarme del sér que más he querido.

—Pues bien, Pedro, yo no puedo proceder con tanta ingratitud. Tú has sido bueno para mi hijo, que es á mis ojos mucho más que si lo hubieses sido conmigo. Al lado de Fernando tendrás siempre un puesto en mi casa.

—¡Ah, señora! ¿De veras? ¿Me hacéis ese ofrecimiento con sinceridad?

—Sí, Pedrote, yo te lo juro.

—Entonces corro en su busca; voy á decirle que venga á abrazaros.

Y el anciano iba á salir, cuando se detuvo en el umbral de la puerta.

—¿Qué te detiene? ¿No ves mi impaciencia?

—Señora,—dijo Pedro cuyas facciones habían adquirido una súbita gravedad,—antes de llamarle, tengo que haceros una revelación.

—Habla, habla pronto.

—Vuestro hijo está enamorado de una joven muy honrada, pero pobre.

—Poco importa si es digna de él por su nacimiento. Mi hijo posee una gran fortuna.

—Es que esa joven,—prosiguió el marino,—es una modesta aldeana del Albarracín, y además...

—Prosigue.

—Se ignora quiénes fueron sus padres.

Doña Blanca hizo una demostración de disgusto al oir estas palabras.

—Bien, Fernando es muy joven todavía, eso no será más que una ilusión pasajera. ¿Acaso las hermosas damas de la corte no han de hacerle olvidar á esa campesina?

—Creo que no. Y si la olvida, sería un ingrato.

—Reflexionad que no es digna de unirse al futuro duque de Santarem.

—Es cierto, las clases sociales son muy respetables... pero...

—Hazle venir, yo le hablaré: no creo que se niegue á las súplicas de su madre.

—Mi deber es decirle cuanto acabáis de manifestarme, y lo haré.

Y Pedrote salió, dirigiéndose á la playa.

Las lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó,—acato tus elevados designios; pero yo hubiese deseado que Fernando no supiera jamás quiénes fueron sus padres. ¡Perdonadme este rasgo de egoísmo! ¡Le quiero tanto!

Y Pedro se enjugó una lágrima.

Quería al joven con todo su corazón.

Sin embargo, ¿cómo oponerse á su ventura?

Esto no hubiese sido digno de su corazón elevado.

La noche era bastante oscura, pues, aunque el día

estuvo hermosísimo, no brillaba aún en el cielo el astro nocturno.

Sin embargo, Pedrote caminaba por las calles sin vacilar.

Las conocía perfectamente.

Al llegar á una calleja solitaria y estrecha se detuvo para encender su pipa.

Como buen marino, esto constituía su mayor deleite.

Sacó la piedra y el eslabón, y apenas dió el primer golpe oyó pasos.

Un hombre embozado hasta los ojos se aproximaba.

---

# CAPITULO LXXVIII

DONDE PEDROTE ESTUVO Á PUNTO DE SER MUERTO

Aquel hombre iba cubierto con un ancho sombrero que impedía apreciar sus facciones.

Pedrote no se previno contra él.

Aunque en aquellos tiempos las agresiones bruscas eran muy frecuentes, nada podía temer del embozado, puesto que vivía sin enemigos y su modesto traje de pescador revelaba que no poseía nada que pudiese excitar la codicia ajena.

El desconocido se detuvo, clavando sus negros ojos en Pedrote.

Luégo dejó caer su capa sobre sus hombros.

Era don César.

—¿Me conoces, Pedro?—preguntó al viejo marino.

Las mejillas de éste mudaron de color.

—¡No he de conoceros!—le dijo.

—Yo soy el mismo que hace dieciséis años te entre-

gó á un tierno niño, haciéndote dueño de una cantidad para que atendieses á su subsistencia.

—Es cierto.

—¿Qué ha sido de ese niño?

—Ese niño, señor, vivió á mi lado durante su infancia, y hoy es un bizarro joven que da gloria verle.

—Perfectamente. Yo te agradezco mucho el interés que por él te has tomado al considerarlo como si fuese tu propio hijo.

—Eso sí, le quiero con toda mi alma.

—Me hallo dispuesto, por lo tanto, á recompensar tu servicio con largueza, y á librarte de la comisión que te encargué.

—No os comprendo,—respondió Pedrote sintiéndose desconcertado.

—Pues es muy comprensible. ¿Recuerdas las palabras que te dije al entregarte á Fernando?

—Sí.

—Te dije que tuvieses al niño en tu poder hasta que yo le reclamase. ¿No es así?

—Sí, señor.

—Pues ese día ha llegado ya.

Pedrote no supo qué responder.

Su situación no podía ser más extraña.

Había comprometido primeramente su palabra de unir á Fernando con la hermosa protegida de Mariana.

Luégo supo que la duquesa de Santarem era la madre de Fernando, y, por último, don César reclamaba al joven.

—¿Qué te sucede?—preguntó don César.—¿Parece que te has quedado perplejo?

—Sí, señor; ¿á qué negároslo?

—¿Y qué motivos te inducen á ello?

—Señor, una de las cualidades que siempre han presidido los actos de mi vida es la formalidad, y...

—¿Y, sin embargo, ahora te ves en la precisión de faltar á ella?

—¿Acaso sabéis?...

—Sé que hoy has estado en la choza de Mariana prometiendo á María que será esposa de Fernando.

—Es cierto.

—Si eso es lo único que te preocupa, no te aflijas. Ese matrimonio es imposible.

—¡Imposible! ¡Tened en cuenta lo que se aman!

—No lo ignoro, pero te repito que es imposible.

—Además...

—Concluye.

—Yo he sabido varias cosas que me impiden haceros entrega del joven.

—¿Qué dices, miserable?—exclamó don Cesar sin poder disimular la cólera que sentía.

—Sí, señor.

—Explícate

—Fernando tiene madre. Una extraña casualidad me lo ha hecho saber.

Los ojos de don César centellearon.

—Y esa señora,—prosiguió Pedrote,—pertenece á la más elevada nobleza.

—¿Sabes su nombre?

—Sí, es la duquesa de Santarem.

—¡Ah, villano! ¿Cómo ha podido llegar hasta ti ese secreto?

—Muy fácilmente. Acabo de conversar con ella en su misma casa.

—¿Con ella?

—Sí, señor.

—Pues bien; aun suponiendo que eso fuese cierto, por más que no deja de ser un absurdo, tú no tienes que responder del joven más que á mí. Yo te lo entregué, yo fuí quien te hizo el encargo de su educación. ¿Qué te importa esa dama?

—¡Ah, señor! ¿no ha de importarme? Sobre los deberes que haya podido contraer con vos, sobre todo lo del mundo, está la ventura de Fernando.

—¿E imaginas que será venturoso al lado de doña Blanca?

—Es su madre, y parece quererle mucho.

—Calla, mentecato, qué sabes tú. Esa mujer trata de engañarte. Es la enemiga más mortal de tu protegido. Tú no sabes hasta qué punto llegan sus infamias y su alevosía.

—Pero ¿qué interés pudiera tener en decir que era su madre?

—¡Quién puede sondear los oscuros abismos del corazón de una mujer!

—No, sus palabras y sus lágrimas eran sinceras; no tengo la menor duda de que esa dama decía la verdad.

—¿Luego dudas de lo que yo te digo?

—Tengo sobradas razones para dudar.

—Explícate; pero cuidando mucho de medir tus palabras.

—Lo haré con la franca rudeza que me caracteriza, —respondió el pescador.—Esa dama que vive en la opulencia, y es muy respetable bajo todos conceptos, me ha asegurado hace poco que la arrebataron á su hijo hace dieciséis años, esto es, en la misma época que vos me entregasteis á Fernando.

—¿Y no puede ser eso una impostura para burlarse de tu buena fe?

—No; el lenguaje de la verdad se conoce siempre.

—Pues bien, Pedrote; yo necesito que me devuelvas al joven que te entregué.

—Y yo estoy dispuesto á no hacerlo.

—¿En qué te fundas?

—En que no quiero sacrificarle. Fernando es de una ilustre familia, puede gozar de sus bienes, y no habrá fuerza humana que me obligue á ocasionarle un perjuicio.

Don César dirigió al anciano una torva mirada.

—Piensa lo que dices.

—Ya lo he pensado.

—Mira que te pones de frente á un hombre que jamás toleró que le contraríen.

—No exijáis imposibles.

—Exijo lo justo y nada más. Pedrote, atiende á mis súplicas, no me obligues á tomar medidas más enérgicas. La fatalidad me ha obligado muchas veces á verter sangre, cuando nunca fueron estos mis deseos.

—No os preocupéis por eso cuando se trata de lu-

char con un hombre que, como yo, lleva un puñal al cinto.

—¿Me retas?

—Os advierto que sería peligrosa cualquiera agresión que intentaseis.

Las mejillas de don César palidecieron.

Un temblor convulsivo agitó su barba.

Sus ojos centellearon como los del tigre cuando va á lanzarse sobre la presa.

Hizo, no obstante, un esfuerzo y prosiguió, procurando afectar una tranquilidad que no sentía:

—Pedrote, hablemos formalmente; no hagas caso de las supercherías de la duquesa y devuélveme á ese joven.

—No puedo.

—Pues entonces, prepárate á morir. Reflexiona que la calle está desierta, que no nos ve más que Dios.

—Ese basta para juzgarnos.

Don César hizo un movimiento para arrojarse sobre el marino; pero éste dió un paso hacia atrás, desenvainando la hoja de su ancho puñal.

—Si os acercáis, daos por muerto,—dijo con acento varonil.

Don César retrocedió dos pasos; pero en seguida sacó una pistola, apuntando con ella al pecho del anciano.

—Devuélveme á Fernando; tú no puedes comprender hasta qué punto tengo interés en ello.

—Jamás,—respondió Pedrote con entereza.

—Entonces, miserable, muere.

Y don César apretó el gatillo.

Oyóse la detonación, y el anciano, exhalando un grito de muerte, cayó mal herido sobre la tierra con un balazo en el pecho.

Entonces el agresor embozóse en la capa hasta los ojos, y, apresurando el paso, tomó el camino que conducía á la playa.

Era tan frecuente en aquella época oir detonaciones ó choques de espadas, que casi no excitaba esto la curiosidad pública.

Un solo vecino se asomó á su ventana, descubriendo al herido bañado en su sangre.

—¡Un muerto!—exclamó.—Dios le haya perdonado.

Y oyendo rumores de pasos en la próxima calleja, creyó que la ronda se acercaba y cerró las vidrieras para evitar sospechas.

Los que acudían no eran alguaciles, sino dos pescadores que disponíanse á pasar algunas horas en una próxima tasca.

Uno de ellos era Jaime, aquel joven que el día anterior habíase brindado á conducir en su bote á Fernando hasta la Albufera.

Al ver á Pedrote se detuvo.

—¡Por San Telmo!—exclamó;—es Pedro, el protector de Fernando.

—Con efecto,—respondió su compañero.

Ambos, sin pensar que se comprometían si llegaba la ronda, aproximáronse al herido.

—Su corazón palpita; ¡pobre hombre! Vamos á con-

ducirle á nuestra barca, donde le haremos la primera cura, dejándole en Villarreal al lado de su hijo adoptivo.

Y Jaime y su compañero se apresuraron á poner en práctica este pensamiento.

---

# CAPITULO LXXIX

LOS TRES AMIGOS

Dejemos por breves instantes á los caritativos pescadores conduciendo al herido en su barca; á Fernando, que aguardaba á su protector en la hostería de maese Jorge, y á la duquesa de Santarem, con no menos impaciencia de abrazar á su hijo, para explicar á nuestros lectores cuáles fueron los motivos que permitían á don César regresar á España en tan críticos momentos.

Don César había tomado una parte activa en la guerra del Albarracín, promovida veinte años antes por no aceptar los moriscos las cláusulas de la pragmática que publicó don Felipe III, padre del monarca reinante en la época en que desarrollamos la acción de esta novela.

El favorito de aquél, el duque de Lerma, hombre sagaz y ambicioso, que todo lo sacrificaba á la conveniencia de su política, comprendiendo que las conspi-

raciones de su hijo el de Uceda pudiesen hacerle descender del pedestal de su privanza, quiso asegurar su porvenir, solicitando del pontífice el capelo de cardenal.

De este modo, si perdía su carácter de favorito y ministro mayor, quedaba profundamente ligado al sacerdocio, no menos omnipotente que aquel hombre que, ostentando la corona sobre su cabeza, habíale colmado de favores, haciéndole su favorito y esclavizándose á sus deseos.

El de Lerma, á cambio de la concesión del capelo, prometió al pontífice que expulsaría de España á los moros, que eran los mantenedores del comercio.

Tanto la promesa del duque como el premio que el papa le prometió se verificaron, dando lugar á un levantamiento de los muslimes de la sierra del Albarracín.

Don César tomó una parte muy activa en aquellos disturbios, siendo él el jefe de los sarracenos.

La caída del poder del de Lerma y el encumbramiento de su hijo hubiesen podido favorecer el indulto de don César, pero éste hallábase seriamente comprometido, no ya por lo mucho que se había significado como caudillo de los rebeldes, sino en contiendas particulares que le habían acarreado los odios del tribunal de la Inquisición.

Decidióse, por lo tanto, á partir á Italia.

Entonces fué cuando, apoderándose del hijo de la duquesa de Santarem, se lo entregó á Pedrote, confiando á Mariana á su hermosa hija.

Don César dirigióse á Milán, seguido de su escudero Roberto.

No dejaba en España más que un amigo. Este era el célebre capitán de bandidos el Alimaña, que con tanta confianza trataba al joven, según hemos visto en uno de los anteriores capítulos.

En Milán conoció en una hostería á Jacobo Grattis y á un íntimo amigo suyo. Estos dos fueron los únicos que distrajeron su imaginación, cargada de penosísimos recuerdos.

Jacobo Grattis, siempre en brazos de sus aventuras, tuvo una reyerta con unos miserables que se hallaban en la hostería donde se detuvo don César.

Indudablemente el italiano hubiese sucumbido al número á no tomar una parte activa en su defensa don César y Roberto.

Desde aquel día les unió el lazo de la más profunda amistad.

Fáltanos consignar el nombre del compañero de Grattis.

Llamábase éste don Luis de Santarem, era hermano de doña Blanca, y hallábase en Italia por razones de conveniencia.

No creyendo que el ducado debía pertenecer á su hermana, había hecho grandes tentativas para apoderarse de él; pero el esposo de doña Blanca tenía más influancia cerca del privado del monarca, y sus gestiones fueron inútiles.

Entonces don Luis pasó á Italia, donde las guerras han sido siempre tan frecuentes, dispuesto á conquis-

tarse un nombre en el campo de batalla, ya que no podía obtener el ducado que, en concepto suyo, tan legítimamente le pertenecía.

Don César, don Luis y Jacobo Grattis formaron un triunvirato inseparable.

A todas partes iban juntos, y durante muchos años fueron el terror de los pueblos sobre que caían.

Á la muerte de Felipe III, ocupó el trono su hijo.

Esta noticia produjo en todas partes una gran sensación.

Esperábase que el joven Felipe modificase los errores de su padre, que, habiéndose dejado subyugar por favoritos como el de Lerma y el de Uceda, hicieron que España oscureciese el brillo de sus pasadas glorias.

Sin embargo, no había de suceder así.

Felipe V no tardó en revelar su apoyo hacia los artistas, lo que hubiese sido digno de elogio á no desatender en absoluto los graves asuntos de la política.

Estos sucesos acontecieron dos ó tres meses antes de los que hemos narrado en el capítulo anterior, esto es, del regreso de don César á España.

—Ha llegado la ocasión propicia,—dijo don Luis á sus amigos.—Esto es, creo que debemos partir de Italia instalándonos en la corte española. Vos, don César, ya no podéis temer que se renazcan los pasados rencores, supuesto que el monarca ha muerto, entrando su hijo en la posesión del trono. El enemigo más formidable que teníais era mi cuñado don Lope de Lara, y éste también ha dejado de existir.

—Es cierto,—respondió don César.

—En cuanto á mí,—prosiguió el de Santarem,—ahora que ha muerto Lara, y que el de Uceda no influye en el ánimo del nuevo monarca, estoy decidido á proseguir el pleito que en otro tiempo entablé con mi hermana la duquesa, contando, como cuento, con el apoyo del duque de Olivares.

—¿Para que el título de Santarem recaiga en vuestra persona?

—Precisamente. Don Lope no tuvo más que un hijo, y este debe haber muerto ó por lo menos se ignora dónde se halla. No me parece justo, por lo tanto, que el ducado de Santarem pertenezca á mi hermana Blanca, siendo á mí á quien corresponde legítimamente.

—Decidme, don Luis, ¿de manera que á vos os convendría mucho que el hijo de vuestra hermana no pareciese nunca?

—Desde luégo. Como comprenderéis, desde el momento en que ese joven se presentase destruía todos mis propósitos, pues me consta que mi cuñado legábale en su testamento el título como todas sus riquezas.

—¿Cómo no habéis pensado nunca en apoderaros de esos importantes papeles?

—Porque eso es tan imposible como pretender tocar el cielo con las manos.

—Ya que me habláis de este asunto, voy á corresponder á vuestra franqueza. Quizás ninguno como yo pueda serviros en este caso, y lo haré, además de por lo mucho que os aprecio, por hacer daño á unas per-

sonas que tanto me lo hicieron á mi. Yo puedo deciros el paradero del hijo de don Lope.

—¿Vos?—preguntó el de Santarem clavando sus pupilas en don César.

—Sí, amigo mío.

—Jamás me habíais hablado de este asunto.

—Es verdad; ¿para qué había de hacerlo? Sin embargo, ahora que se presenta una ocasión propicia, ya veis que no dudo en deciros que puedo prestaros una valiosa ayuda.

—¿Y decís que no ignoráis el paradero de Fernando?

—Eso os he dicho.

—¡Ah, don César! En ese caso podéis hacerme un señaladísimo favor. Como comprendéis, me conviene que ese joven desaparezca del mundo ó que por lo menos parta á lejanos países.

—Pues partirá.

—Entonces entablo el pleito...

—Y lo ganaréis, pues lo único que podía favorecer los intereses de vuestra hermana era el testamento de don Lope, y este papel obrará en mis manos tarde ó temprano.

—¡Esto más, don César! ¿Cómo podré pagaros?...

—¿Acaso un amigo como vos no merece estos favores?

—Gracias, don César.

En aquel instante aproximóse Jacobo Grattis, que hasta entonces había estado leyendo un libro.

—¿De qué se trata?—preguntó á sus compañeros.

—Trátase de abandonar Milán.

—¿Pues cómo?

—Asuntos importantes reclaman nuestra presencia en España, y suponemos que nos seguiréis.

—No será difícil; pero ¿cuándo pensáis emprender la marcha?

—Muy pronto; quizás hoy mismo.

—Entonces es imposible que yo os siga. Ahora tengo amores con una hermosísima dama, y mientras no llegue á la cumbre de mis deseos...

—¡Siempre el mismo!

—¿Qué queréis? Lo único que justifica á mis ojos que los hombres abandonen á sus amigos es cuando hay alguna falda por medio.

Y Grattis lanzó una franca carcajada.

Dos días después, don César y don Luis despedíanse de Jacobo, entrando en un carruaje que debiera conducirlos á España.

Cuando llegaron á este hermoso país, Santarem se instaló en una buena casa.

—Dejadme en completa libertad de acción,—dijo don César.

—Ya sabéis que no he de molestaros.

—Muy en breve vendré á deciros el resultado de mis gestiones.

Y don César se separó de su amigo.

---

# CAPITULO LXXX

---

UNA HIJA QUE AL ENCONTRAR Á SU PADRE CREE PERDIDA SU VENTURA

Don César montaba pocos momentos después en un brioso caballo, siendo seguido de su escudero el viejo Roberto.

—¿Adónde vamos?—preguntó éste á su señor.

—A Valencia.

—¡Ah! ¡Cuántos recuerdos trae este viaje á mi imaginación! Acuérdome de cuando lo hice hace tiempo por encargo vuestro para convencerme en la corte de las infamias de don Lope de Lara.

—Es verdad. ¡Cuántas cosas han sucedido después! Afortunadamente hoy encuentro medios de venganza. Aunque el de Lara haya muerto, yo no puedo menos de odiar á toda su familia. El árbol enfermo no puede producir frutos sanos.

—Decidme, señor, ¿creéis que encontraremos en Villarreal al marino á quien entregasteis el niño?

—Sí, amaba demasiado su choza para que haya querido renunciar á ella; pero debo advertirte que antes de ir al puerto quiero hacer una visita al Albarracín.

—¿Con qué objeto?

—¡Parece imposible que me hagas esa pregunta!

—En el Albarracín no conseguiréis más que abrir las mal cicatrizadas heridas del dolor de otros tiempos.

—Es verdad, Roberto; pero ¿qué importa? ¡Los que hemos sufrido mucho encontramos cierto placer en desgarrar nuestras propias entrañas! Además, ¿no recuerdas que en esos montes se halla mi hija?

—Es cierto; al lado de Mariana, aquella honrada campesina.

—¡Pobre mujer! ¡sabe Dios si existirá!

Aquella noche don César no quiso recogerse en ninguna de las hospederías de los pueblos por donde pasaban.

Sentía una verdadera impaciencia por llegar al término de su viaje.

Esto se realizó algunos días después.

Don César, al descubrir la silueta de las montañas, lanzó un profundo suspiro.

Roberto había dicho la verdad.

¡Cuántos recuerdos despertaban aquellos lugares en la mente de don César! Este y su escudero se albergaron en una casa.

—Quédate aquí y descansa,—dijo don César;—es posible que muy pronto te necesite.

—Cuando queráis.

—Ahora no hace falta que me acompañes.

Y don César, montando de nuevo en su corcel, emprendió el camino que conducía al Albarracín.

—¡Allí estaba la choza de la mujer que más he idolatrado, de la madre de María!—exclamaba;—¡allá encontrábase la gruta del Alimaña! ¿Qué habrá sido de él? ¡Sabe el cielo si habrá entregado su cabeza al verdugo! ¡Dieciséis años hace que no he visto estos contornos, y me parece que ha sido ayer! ¡Cuán rápidamente se pasa la vida, aunque ésta sea una larga cadena de penalidades!

Necesario es advertir á nuestros lectores que la llegada de don César al Albarracín tuvo lugar el mismo día en que Pedrote había visitado á Mariana para arreglar el casamiento de María y Fernando.

No había pasado media hora que el viejo marino salió de la choza, cuando don César se detuvo delante de la puerta.

Si Pedrote no hubiese tomado otro sendero que, en concepto suyo, conducía antes á la playa, hubiera hallado en el camino al padre de María.

Don César echó pie á tierra, y atando las riendas de su caballo al tronco de un árbol, llamó á la puerta.

Mariana acudió al llamamiento.

Al ver á don César no pudo contener un grito de alegría.

—¿Me conoces?

—¡No he de conoceros! ¡Ah, Dios mío; la divina Providencia es la que os dirige hoy á esta casa!

—¿Acaso ocurre algo desagradable?

—Todo lo contrario, señor, todo lo contrario.

Don César entró en la choza.

María hallábase sentada junto al hogar.

—Hija mía,—exclamó la anciana,—hoy todo sale á medida de nuestro deseo. Ya eres dichosa; ya no eres huérfana.

—¿Qué decís?—preguntó la joven palideciendo.

—Este hidalgo es tu padre.

María quedóse como petrificada.

Durante algunos momentos no supo qué hacer; pero viendo que don César la abría los brazos, se precipitó en ellos deshecha en lágrimas.

Don César estrechó contra su pecho á la joven.

Luégo, mirándola detenidamente, dijo:

—Es un vivo retrato de su madre: es tan hermosa como lo era ella.

Y don César la abrazó de nuevo.

—Ahora,—dijo Mariana,—es preciso que hablemos muy despacio. Sabed que vuestra hija es la envidia de estas comarcas, y, aunque he procurado que esté como la flor en el invernadero, no pude evitar que un joven se enamorase de ella.

Don César se sonrió.

—Ese joven no posee más riquezas que su trabajo; pero en cambio tiene una honradez jamás desmentida.

—¡Que es lo que vale más!—añadió don César.

—Los muchachos se conocieron hace días; él la salvó la vida, y hace pocos momentos que tratábamos de su boda.

—Es demasiado niña para pensar en eso. Sin embargo, si, como decís, ese joven es digno por su honradez de casarse con mi hija, no creáis que su pobreza es un defecto á mis ojos.

—¡Ah, padre mío!—exclamó María,—¡cuán bueno sois!

—Le trataré; me precio de conocer un poco el corazón humano; y si el resultado de mis observaciones es satisfactorio, no seré yo quien haya venido aquí para destruir tu ventura.

En los labios de la joven se dibujó una encantadora sonrisa.

—¿En qué se ocupa tu novio, muchacha?—preguntó don César.

—Es pescador.

—¿Tiene padres?

—El infeliz no los ha conocido.

—¡Acaso hay en su existencia algún misterio de amor!

—Es posible; aunque él asegura que conserva algunos vagos recuerdos de haber vivido con sus padres, que se hallaban en la opulencia.

—¿Vive en la ciudad?

—No, señor. Tiene su choza en un puerto muy próximo.

Las cejas de don César se contrajeron, y una leve palidez cubrió su rostro.

Una horrible sospecha acababa de cruzar por su mente.

—¿En un puerto próximo?—repitió.

—Sí, en Villarreal.

—¿Y cómo se llama ese joven?

—Fernando.

—¡Rayos del cielo! ¿Acaso vive en compañía de un viejo marino llamado Pedrote?

—Sí; ¿le conocéis?

Y la joven se sonrió.

Don César tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse.

—Le conozco hace muchos años.

—Hace un momento que ha salido de esta casa.

Don César se puso maquinalmente de pie.

—Pero ¿qué os sucede? Parece que habéis mudado de color.

—Sí, es posible; aquí hay una temperatura demasiado elevada. Y luégo, ¿á qué negarlo, hija mía? tus amores con ese joven son completamente imposibles.

—¡Qué decís, padre!

—Más vale que lo sepas desde ahora. Lo que menos me importaba, como has visto, era que el hombre que posea tu corazón fuese de condición humilde; pero Fernando... Fernando es imposible.

María se desprendió de los brazos de don César y corrió hacia Mariana, ocultando su linda cabeza en el regazo de su protectora.

Don César estaba inquieto.

—¿Decís que Pedrote ha salido hace poco de esta casa?

—Sí,—respondió la anciana acariciando los negros cabellos de María y cubriendo su rostro de besos.

—Adiós, entonces; tengo necesidad de ir al Grao.

Y don César salió de la choza, desató su potro, y, montando sobre él, emprendió á galope el camino.

La casualidad hizo que encontrase á Pedrote, como ya hemos visto, cuando el anciano salía del palacio de la duquesa de Santarem, hiriéndole gravemente.

María, apenas salió don César, prorrumpió en sollozos.

—¡Ah, Mariana, para mí ya no puede haber ventura en la tierra! ¡Ya has oído lo que mi padre acaba de decirme! ¿Qué móviles le inducen á oponerse á nuestra unión? No tengo duda de que todo es un pretexto para evitar que me case con un hombre de posición humilde. Sin embargo, yo le amo, y no seré feliz más que junto á él.

Y María apenas podía hablar, porque las lágrimas ahogaban su voz.

Todas sus doradas ilusiones se habían desvanecido apenas nacieron.

La fortuna es cruel. Acerca á nuestros labios la copa de la felicidad, y apenas gustamos sus placeres, la separa de ellos, tal vez para que nuestros dolores sean más amargos.

---

# CAPITULO LXXXI

## CONTRARIEDADES

—¡Ah, Mariana,—prosiguió la hija de don César acercando sus labios á la frente de su protectora,—te repito que no puedo ser dichosa! Yo me creía feliz hasta ahora viviendo á tu lado. La tranquilidad de estas montañas, cuyo silencio no se interrumpe jamás; la esplendidez del cielo que las cubre, y sobre todo tu cariño, bastaban para llenar en absoluto las aspiraciones de mi corazón. Más tarde he conocido á Fernando. Su bizarría, su oscuro nacimiento y su valor al libertarme de una muerte segura, han bastado para que yo le quiera con ese amor que sólo puede compararse por su pureza á los primeres albores de la aurora en un día sereno. Pero ¡cuán poco ha durado mi felicidad! ¡Yo deseaba conocer á mi padre! Jamás creí que al realizar este deseo se destruyese de un solo golpe el alcázar de mis queridas ilusiones! Por el contrario, imaginé que él sería el primero en complacerme.

—¡Quién sabe, María, quién sabe lo que puede suceder!

—No, no lo creas; él no consentirá mi boda. Tan sólo le he visto un instante, y sus facciones retratan la energía de que está dotado. ¿No has visto aquellos ojos que no se inclinan jamás al suelo? ¿No has reparado en la desdeñosa sonrisa de sus labios? Debe tener una voluntad fuerte como el hierro. Sus mejillas cambiaron de color al oir el nombre de mi amante. ¿Qué sucederá, Dios mío? ¿Estará mezclada la historia de Fernando con la suya? ¿Habrá entre ellos una barrera insuperable? ¿Cómo te explicas de otro modo que haya abandonado tan pronto esta casa? Mariana, aquí existe un enigma cuya clave no encuentro. Y, sin embargo, yo no puedo dejar de querer al hombre que ha sabido despertar en mi alma el sentimiento del amor. Yo necesito que no se destruyan nuestros planes. De otro modo, sería la más desventurada de las mujeres. Mira; ¿ves estas mejillas color de rosa que tantas veces has elogiado por su frescura, depositando en ellas un cariñoso beso? Pues no tardarán en quedarse pálidas como las hojas de la azucena. Yo le amo, Mariana, yo no puedo vivir sin él. Te ruego, por lo tanto, que interpongas tu influencia con mi padre. ¿Cómo ha de negarse á tus súplicas? ¿Acaso no has conservado junto á ti á su hija, en quien debe cifrar todo su afecto? ¿No son los hijos los mejores tesoros de los padres? Háblale, Mariana. Dile que no me sacrifique por conservar el rencor de una pasada historia, ó porque se desdeñe de entregar mi mano á un hombre de condición hu-

milde. Él volverá. Prométeme que harás lo que te pido.

—Te lo prometo, hija mía,—respondió la anciana enjugándose los ojos.

—¡Qué buena eres! ¡Dios te bendiga!

Y la joven, al pronunciar estas palabras, rodeó con sus brazos el cuello de su protectora.

—Lo haré; pero ahora voy á hacerte una súplica.

—Cuantas quieras. ¿Acaso puedo negarte nada que me pidas? ¿No eres tú la que, además de haberme tenido á tu lado desde que nací, vas á gestionar mi ventura? ¿Qué deseas?

—Estás muy agitada, pobre niña; el disgusto que tienes es muy grande. ¡Ya se ve, las flores que se acostumbran á los cariñosos cuidados del jardinero se resienten á la más mínima variación del tiempo! Acuéstate, María. El descanso ha de serte muy provechoso.

La joven movió la cabeza tristemente.

—¡El descanso!—repitió después con amargura.—¡Ojalá pudiese disfrutar de ese bien! Pero no podré dormir.

—¿Por qué? ¿Acaso no te he prometido que hablaré á don César?

—¡Ay, Mariana! No pongo en duda que hagas cuantos esfuerzos estén á tu alcance para conseguir que mi padre venza su repugnancia, pero dudo que lo logres.

—¡Quién sabe! Don César es muy bueno.

—Lejos de mi ánimo dudarlo, habiéndome dado el



sér. Esto sería una ingratitud que no cabe en mi alma. Debo amarle, aunque no sea más sino porque le debo la vida, y, por lo tanto, por él puedo experimentar el amor que me inspira Fernando.

—Es verdad, hija,—respondió Mariana poniéndose en pie.

Y acariciando los negros y ondulantes cabellos de la joven, tomó una de sus manos entre las suyas y la dijo:

—Anda, vé á tu lecho.

—¿Y tú?

—También voy á acostarme: me siento fatigada.

—¡Pobre Mariana! Aunque tratas de disimularlo, no imagines que se me oscurece que también estás triste.

—Es verdad, ¿á qué negarlo? pero mis preocupaciones son de otro género.

—¿No puedo saberlas?

—¿Por qué no? Temo, hija mía, que tu padre trate de separarnos.

—¡Separarnos!

—Sí. ¿Qué tendría de particular? Cuando él te confió á mis cuidados eras muy pequeña. Asuntos que desconozco en absoluto habíanle obligado á tomar una resolución enérgica; esto es, tuvo que partir de Valencia para dirigirse á remotos países. ¿Cómo había de exponerte á tan largo viaje? ¡Si aun hubiese vivido tu madre! Pero don César comprendió que una débil criatura constituía una traba para su partida. En cambio, hoy eres ya una mujer, él vuelve tranquilo y normalizado. Quizás es poseedor de una pingüe fortuna.

¿Qué cosa más natural que desee compartirla con su hija, de cuyos halagos se vió privado durante tanto tiempo? Esta humilde choza es demasiado pequeña. Don César deseará llevarte á la corte y constituirte en una dama que despierte la envidia de las demás.

—¡Nunca, Mariana, nunca! Mi único deseo es ser la esposa de un pescador y vivir á tu lado tan feliz como hasta aquí.

—¿Y si él se opone?

—¿Por qué ha de hacerlo? ¿Puede extrañarle que no quiera separarme de mi protectora? Seguramente que no. Por el contrario; si, como afirmas, es tan bueno, le halagará que desprecie las riquezas por proseguir á tu lado.

—¡Ojalá no te equivoques, hija mía!

—Anda, viejecita mía, vamos á dormir; ahora soy yo la que te doy este consejo.

María acompañó á Mariana hasta su habitación.

Ésta, aunque muy pequeña y humilde, acusaba una pulcritud que la hacía tan agradable como si hubiese reinado en ella el lujo.

La anciana abrazó á la joven.

—Hasta mañana, hija mía.

—Adiós.

Y la hija de don César salió de la estancia; pero en vez de dirigirse á la suya, asomóse á la ventana.

La noche había extendido ya sobre la tierra sus negros crespones.

Brillantes estrellas titilaban en la bóveda azul.

La luna, ese misterioso faro de la noche, se elevaba

apenas sobre las olas, pareciendo una ondina que acababa de abandonar su lecho de espumas.

La joven dirigió una melancólica mirada por el monte.

Los árboles y las peñas parecían monstruos gigantescos.

Algunos insectos voladores rozaban su frente con sus fugaces alas.

La brisa apenas columpiaba las delgadas hojas de los matizados helechos.

Todo era silencio y tranquilidad.

Sin embargo, aquella calma de la naturaleza distaba mucho de residir en el corazón oprimido de la joven.

Diversos pensamientos cruzaban por su mente.

—Si yo pudiese hablarle,—se decía aludiendo á Fernando.—Todavía no hace dos horas que Pedrote salió de esta casa. Fernando le esperaba en la playa. Es posible que mi padre haya encontrado al protector de mi amante; en ese caso, él estará todavía en el Grao. Deseos tengo de ir á la playa.

María era muy vehemente.

Bastábala pensar una cosa para ponerla en práctica.

Dirigióse de nuevo hacia la habitación de Mariana y aplicó el oído á la puerta.

—Se ha dormido,—dijo, oyendo su acompasada respiración.

Y convencida de ello, la joven salió de la choza, aventurándose por los rudos peñascales del Albarracín.

---

# CAPITULO LXXXII

JURAMENTOS DE AMOR

Nada tan imponente como la montaña durante las horas de la noche.

Aquel silencio que reina en las cumbres predispone al terror.

Sin embargo, María hallábase acostumbrada á contemplar aquellas inmensas rocas, que á veces parecían elevadas fortalezas, otras monstruos de horrible deformidad.

Con paso seguro avanzaba por una ladera casi intransitable, cuyo declive conducía á un abismo, donde el agua precipitábase sobre enormes masas de granito.

En cuanto á Fernando, permanecía en la playa junto al esquife.

No dejaba de sorprenderle la tardanza de Pedrote.

—¿Qué desearía de mi protector la duquesa?—se

preguntaba;—ya la noche avanza y él no regresa. ¡Cuán extraño es todo lo que hoy ha sucedido! Las preguntas del mayordomo; el interés solícito de esa dama; en una palabra, cuanto ha pasado predispone mi espíritu á la meditación. ¿Acaso serán sabedores del secreto de mi nacimiento? ¡Sábelo Dios! La verdad es que no se comprende que por el insignificante servicio de haber prestado mi barca para que diese un paseo la duquesa, pueda haberme recompensado con tanta generosidad. ¡Quién sabe! Yo recuerdo muy bien que mi madre era una dama tan ilustre como pueda serlo la duquesa. ¡Si ella fuese la misma que me mecía en su regazo! ¡Ah, Dios mío! entonces colmaría de beneficios á Pedrote, y en cuanto á María... no por mi cambio de posición había de olvidarla. Ella sería mi esposa, y en vez de pasar una existencia consagrada á los rudos azares de la pesca, viviremos juntos en un palacio, digno de su virtud y de su hermosura.

Estos pensamientos cruzaban por la mente de Fernando, cuando á través de las sombras vió dibujarse la silueta de una mujer.

El joven adivinó que era su amada.

Instintivamente corrió á su encuentro.

—¡Fernando!—exclamó la joven.

Y se arrojó en sus brazos.

—¿Qué te sucede, bien mío? Tus ojos están empañados por las lágrimas.

—Es cierto; soy muy desgraciada, ó mejor dicho, somos muy desgraciados.

—No lo comprendo. He hablado con Pedrote, que

me ha dicho que nuestra boda se realizará muy en breve. ¿Acaso Mariana ha cambiado de opinión desde esta tarde?

—No; ya sabes que ella es demasiado buena para que trate de oponerse á mi ventura.

—Entonces, dime lo que pasa; explícame los móviles que te han inducido á venir á estas horas á la playa.

—Sabía por tu protector que estabas aquí, y además el corazón me advertía que no habías partido aún.

Fernando condujo de la mano á su amada hasta el esquife.

—Siéntate; estás muy sofocada. Explícame cuanto ha sucedido; ya sabes que estoy muy inquieto, y que no puedo reprimir mi vehemencia. Si Mariana no se opone á nuestro enlace y Pedrote tampoco, ¿qué obstáculo puede existir para que se realicen nuestros deseos?

—¡Ay, Fernando, muchos!

—Habla, pues.

—Apenas había salido Pedrote de nuestra casa, presentóse en ella un hidalgo. Mariana le conoció en seguida y me dijo que era mi padre. Yo le abracé. La alegría penetró en mi pecho. Ya no era una pobre huérfana; por el contrario, el autor de mis días tiene un porte muy distinguido. Mariana le enteró de nuestras relaciones y...

—Y tu padre se opone á que un modesto pescador se una con su hija, ¿no es verdad?

—Al pronto dijo que tu pobreza no era un obstácu-

lo; pero al oir el nombre de tu protector, sus mejillas palidecieron.

—¡Es extraño! Es imposible que entre ambos existan motivos de resentimiento. Pedrote no tiene enemigos. Es demasiado bueno para que le odie nadie.

—Si quieres que te hable con ingenuidad, creo lo propio que tú. Mi padre necesitaba buscar un pretexto para separarnos. Siendo, como es, una persona ilustre, no le halaga una boda en la que cifro toda mi ventura.

—Y, sin embargo, ¡quién sabe si este humilde pescador dejará muy en breve su pobre capotillo y sus redes para habitar en un palacio y ser digno compañero tuyo!

—No te comprendo.

—Mira, María, hoy me han pasado cosas muy extrañas. Ayer, cuando vine á verte, conocí á un caballero que supe luégo era el mayordomo de la duquesa de Santarem. Me hizo repetidas preguntas respecto á mi pasado, y sus ojos no se apartaban de los míos. Dióme una cita para hoy, y esta tarde supe que su señora deseaba pasear en mi bote. La duquesa, aunque parece altiva, me ha tratado con el mayor cariño haciéndome también multitud de preguntas. Luégo asomó una lágrima á sus ojos, me pagó espléndidamente, rogándome que expresase á Pedrote su deseo de hablar con él. Me sorprendió este detalle. ¿Qué puede querer una marquesa del pobre y viejo marino de Villarreal? Lo cierto es que Pedrote no ha vuelto todavía. Empiezo á creer que permanezca en el palacio esta noche.

¿Sabes la idea que ha acudido á mi mente? Quizás me tildes de visionario. He sospechado que esa dama sea mi madre.

—¡Ah Dios mío! ¡tu madre!

—En los vagos recuerdos que conservo de mi niñez, me parece que la hermosa mujer que acariciaba mis cabellos se asemejaba á la que hoy ha estado en mi barca.

—Sí es así, entonces esa ilustre dama no consentiría en nuestra unión.

—¿Por qué? ¿No dices que tu padre es también un hidalgo?

—Sin duda alguna; pero no creo que su linaje raye tan alto.

—Eso no importa. Si mis sospechas se convierten en realidades, yo diré á esa dama lo mucho que te amo.

—¡Quiera el cielo que tu presentimiento no se desvanezca!

—¡Quiéralo Dios! Y no imagines que lo deseo por engrandecerme: yo estoy contento con tu amor y con mi humildad. Si quiero ser poderoso, es por ti, á quien amo con toda mi alma. No te entristezcas, por lo tanto; enjuga las lágrimas de tus ojos y esperemos. Quizás la modesta campesina y el humilde pescador lleguen á pertenecer á la más elevada nobleza de la corte.

María se sonrió.

Aquellos sueños de ventura halagaban su alma, tan oprimida hacía un instante.

—Pues bien,—exclamó;—antes de separarnos voy á hacerte un juramento reclamándote otro.

—Cuantos quieras. Un ángel como tú no puede reclamarlo más que por cosas lícitas.

—Yo te juro,—dijo la joven dirigiendo sus ojos al cielo,—que no seré más que tuya.

—Y yo, á mi vez, te juro también que, aunque mis presentimientos se convirtiesen en realidad, he de ser tu esposo.

Ambos jóvenes se abrazaron.

—Ahora, María, quedo tranquilo, y quiero que vuelvas á tu casa antes que sea más tarde. ¿Cómo, Mariana, que es tan celosa de ti, ha permitido que vengas?

—Lo ignora. He venido aprovechando su sueño.

—Pues es necesario que vuelvas á tu hogar.

—¿Y tú?

—Yo espero á Pedrote. Ya no puede tardar, á menos que permanezca esta noche en el Grao.

—Lo más oportuno sería que volvieses á Villarreal.

—Y ¿si no me encuentra al regreso?

—No han de faltarle medios de ir en tu busca. Ya sabes que todos los dueños de estas barcas son amigos suyos. ¿Qué vas á hacer aquí?

—Después de todo, no te falta razón.

Fernando no pensó un instante en separarse de aquellos sitios, pero quería tranquilizar el ánimo de su amada.

—¿Vendrás mañana?

—Creo que sí.

—Poco concreta es la respuesta.

—Vendré.

—Adiós, pues, amado mío.

—Adiós, María.

Y ambos cambiaron una mirada.

Fernando saltó al bote, tomando los remos.

La joven dirigióse hacia el Albarracín.

Cuando Fernando comprendió que ya estaba bastante lejos para descubrirle acercóse de nuevo á la orilla, de la que apenas se había separado, y, sentándose sobre el borde del esquife, quedó profundamente pensativo.

---

# CAPITULO LXXXIII

DOS PROYECTOS ARRIESGADOS

Don César, apenas vió caer á Pedrote tinto en su sangre, tomó una de las callejas mas retiradas que conducía á su casa.

En ella había dejado á su viejo escudero Roberto.

Este salió á recibir á su amo.

Muy profundo debía ser el conocimiento que de él tenía, pues apenas le vió entrar comprendió que alguna cosa grave habíale sucedido.

—¿Qué ocurre, señor?—preguntóle eon extraordinaria solicitud.

Don César, por toda respuesta, dejóse caer en un sillón.

—¡Parece que España es fatal para mí!—dijo después de un instante.—Apenas he entrado en ella, ya me he visto en la precisión de derramar sangre.

—¿Qué decís, don César?

—Lo que oyes.

—¿Habéis ido en busca de vuestra hija?

—Sí.

—¿Y ha averiguado el paradero del hijo de don Lope?

—También.

—¿Y qué desagradable aventura es la ocurrida?

—¡Ay, Roberto, no puedes comprenderla aunque pongas en tortura la imaginación!

—Decídmela, pues.

—El hombre á quien acabo de herir quizás mortalmente es el viejo marino á quien recomendé el cuidado del hijo de don Lope.

—¿Á Pedrote?

—El mismo.

—¿Y qué causas os han obligado á tomar una determinación tan enérgica?

—Pedrote, á quien encontré casualmente en una de las calles menos concurridas de este pueblo, sabe que Fernando es hijo de la duquesa de Santarem.

—¡Ira de Dios! ¿Y quién pudo decírselo?

—La fatalidad, que parece complacerse en destruir todos mis propósitos. Pedrote se niega á entregarme á Fernando, y, no satisfecho con esto, me ha insultado.

—¿Es posible?

—Yo entonces no he podido contenerme, y disparé una de mis pistolas contra su pecho. No sé si á estas horas habrá muerto. Como comprenderás, mi más ardiente deseo es que Fernando ignore su elevado origen. Consiga yo apoderarme de nuevo de ese joven y

hacer que desaparezca el testamento de don Lope de Lara, y es indudable que el título de duque de Santarem recaerá en mi amigo don Luis.

—No me parece difícil que consigáis lo primero, pero hallo grandes dificultades para lo segundo. Eso de apoderarse de un documento de tanto interés...

—Es lo más sencillo del mundo.

—¿Qué medios pensáis emplear?

—Hé ahí una pregunta á la que no respondería si no me la hiciese una persona que me inspira la confianza que tú.

—Sólo en virtud de ella me he atrevido á interrogaros. No obstante, si me consideráis indiscreto, haced caso omiso de lo que acabo de decir.

—No, mi buen Roberto. Sabe que para apoderarme de ese testamento pienso penetrar esta misma noche en casa de la duquesa.

—¿Pero sabéis dónde oculta el pergamino?

—Lo ignoro, pero no tardaré en saberlo.

—¿De qué modo?

—Muy fácilmente. La duquesa me profesa un odio demasiado profundo para que se haya olvidado de mí. Ella está en la errónea creencia de que fui el asesino de su esposo. Ojalá no se engañase. Si algo me pesa es haber permitido que otro se adelantase á mi venganza. Sabe también que fuí el raptor de su hijo. ¿Crees posible que basten dieciseis años para que mis facciones se hayan borrado de su memoria?

—Seguramente que no.

—Pues bien; yo penetraré esta misma noche en su

casa, pidiéndole el testamento de su esposo, en que dejaba como único heredero de sus títulos y riquezas á su hijo Fernando.

—¿Y si lo niega?

—No lo hará. Poseo demasiada entereza para desconocer los medios de obligarla.

Roberto quedó pensativo.

—¿Qué te preocupa?—preguntóle don César.

—Una sola cosa. Lejos de mi ánimo dudar que pongáis en práctica lo que acabáis de decir; pero veo con tristeza que camináis por el propio sendero que marchabais antes de vuestra partida á Italia. Antes decíais que España era fatal para vos, y empiezo á creer lo propio. ¿Qué necesidad tenéis de exponeros á las persecuciones de Picoli y al rencor de la duquesa, que es considerada en la corte y os denunciará á los tribunales? Si trabajaseis por cuenta propia, aun lo comprendería, pero no por el solo móvil de engrandecer á vuestro amigo don Luis de Santarem. El, que es el verdadero interesado en el asunto, debe asumir las responsabilidades que ocurran.

—¡Ah, Roberto, parece imposible que digas eso! Bien sabes que mis gestiones para arrebatar el testamento no tienen por origen sacrificarme por mi amigo. Lo hago por mi egoísmo. Yo no puedo olvidar el mucho daño que me hizo el esposo de la duquesa, y aunque don Lope haya muerto, mi odio se extiende á todos aquellos que se encuentran emparentados con él. La fatalidad me indica que debo hacerles daño, aunque no sea más que por el mucho que me hi-

cieron. ¿Crees que los años han podido cicatrizar las heridas de mi corazón? No. Por don Lope de Lara murió mi pobre padre. Por él ha pasado mi madre una vida de suplicios. Por él murió en la hoguera del Santo Oficio la mujer que amaba, acusándola torpemente de hechicera. Estas cosas no se borran nunca de la imaginación. Hubiese podido disminuirse mi rencor si aquel encarnizado enemigo, si aquel constante perturbador de mi paz, hubiese muerto á mis manos. Yo hubiese querido amargar su agonía mofándome de ella con estridentes carcajadas; yo hubiese dado hasta la última gota de sangre que circula por mis venas por sentir cómo se apagaban los últimos latidos de su perverso corazón. El cielo no quiso concederme este placer satánico. Sin duda otro de los muchos á quienes había demostrado su perversidad tuvo más fortuna, y le arrancó una existencia que yo hubiese querido terminar. Muerto él, mi sed de venganza no se ha aplacado. Necesito beber su sangre, que hoy no existe más que en su hijo; y si es verdad que tras esta vida terrena existe otra, quiero que sufra al ver la desventura de su esposa y de su hijo.

Y don César, al decir esto, lanzó una carcajada estridente y nerviosa.

—¿De modo que estáis decidido á apoderaros de nuevo de Fernando?

—Sí.

—¿Y á quitar á la duquesa el testamento de su esposo?

—También.

—¿Y cuándo pensáis, señor, poner en práctica vuestro plan?

—Ya te he dicho que esta misma noche. Precisamente he venido á buscarte para reclamar tu ayuda.

—Perfectamente; ya sabéis que siempre estoy dispuesto á cumplir vuestras órdenes.

—Ambas cosas deben quedar realizadas hoy; de lo contrario, la de Santarem se pondrá en guardia contra nuestras asechanzas. Me consta que Fernando está en el Grao; por lo tanto, voy en su busca.

—Yo mientras puedo hacer gestiones para apoderarme del testamento.

—¿Tú?

—¿Por qué no? Bien sabéis que, aunque viejo, aun poseo en la diestra bastante vigor para defenderme de los criados de la de Santarem. Además, de este modo las sospechas no recaerán sobre vos. A mí la duquesa no me conoce.

—Pero Picoli sí.

—Picoli, aunque muy astuto y muy joven, no puede compararse conmigo.

—Bien, Roberto; te recomiendo uno de los asuntos que más importancia han de tener para realizar mis planes. Yo voy á buscar algunos hombres mercenarios que me acompañen. Ya comprenderás que no es que me intimide el joven pescador; pero me conviene no matarle, y para conseguirlo hace falta gente.

—Es cierto. No os faltará en el Grao quien se preste á serviros.

—Desde luégo, y mucho menos cuando vean que

el oro se esparce á manos llenas. Esta es la gran palanca que todo lo mueve.

Don César embozóse en su capa, y dirigiendo á Roberto una mirada, le dijo:

—Fío en ti.

—Señor, yo os prometo que ó dejaré de existir ó antes de dos horas tendréis el testamento de don Lope en vuestra escarcela.

Don César salió de la estancia un momento después.

En cuanto á Roberto, enganchó en su cinto una pistola y colocó al otro lado una soberbia daga damasquina.

—Con estas dos recetas,—exclamó,—me atrevería á apoderarme hasta de la duquesa, si fuese necesario.

---

# CAPITULO LXXXIV

---

DONDE ROBERTO SE APODERA DEL TESTAMENTO DE DON LOPE

Roberto había aprendido de su señor á no reflexionar mucho las cosas.

Largos años hacía que se hallaba al servicio de don César, y esto acreditaba que su corazón era fuerte como el acero.

Era el reverso de la medalla del bueno de Guijarro, el pusilánime escudero de Jacobo Grattis.

Pocos momentos después de salir don César de la estancia, Roberto se aventuró por las estrechas calles del pueblo.

No costóle mucho trabajo averiguar cuál era la morada de la duquesa.

Aunque doña Blanca de Santarem había llegado á la ciudad hacía poco tiempo, ya era suficientemente conocida.

Roberto, cuando supo por un transeunte dónde se

hallaba la casa de la viuda, dirigióse hacia allí con la tranquilidad que hubiese podido hacerlo si se tratara de darla un simple recado.

La calle era muy concurrida.

Este pormenor disgustó sobremanera al escudero.

Sin embargo, dando la vuelta á la fachada pudo observar que los balcones del lado opuesto al primero que había visto caían sobre una calleja solitaria, únicamente alumbrada por los inciertos destellos que vertía un farolillo junto á una Virgen de los Dolores.

—Esto ya es otra cosa,—exclamó el escudero.

La planta baja tenía solamente ventanas, cuyos alféizares podían tocarse con la mano.

Todo protegía los planes de Roberto.

Este, antes de decidirse á entrar, estuvo observando.

Una sola estancia hallábase iluminada.

El escudero se embozó hasta los ojos, y al pasar por delante de ella, pudo ver á hurtadillas que en el interior de la estancia hallábanse la duquesa y su mayordomo el astuto Picoli.

—¡Siempre he de tener la desgracia de tropezar con ese maldito!—se dijo, aludiendo al italiano.—¡Pero yo le juro que en cuanto encuentre una ocasión propicia, ha de pagarme juntas las malas partidas que tanto á don César como á mí nos ha hecho!

Un momento después, el escudero volvía á pasar por delante de la ventana.

La duquesa y Picoli parecían sostener un animado diálogo.

—¡Qué fraguarán!—se preguntó Roberto.

Y pensando que la ocasión era oportuna para entrar en la casa, pues tal vez poco después ya las ventanas estuviesen cerradas, dirigió una recelosa mirada á la calleja.

Ésta seguía desierta.

Entonces el escudero acercóse á la ventana próxima á la habitación en que hablaban la duquesa y el mayordomo.

Roberto, á pesar de sus años, conservaba su fortaleza y agilidad.

Asióse al alféizar, y, haciendo una flexión, dirigió sus ojos hacia el interior.

Éste hallábase levemente iluminado por los reflejos que penetraban de la habitación próxima.

Era un lindo gabinete.

—No hay nadie;—dijo el escudero respirando con libertad.

Y penetró.

El gabinete estaba separado de la estancia contigua por una puerta adornada con una cortina de terciopelo azul.

Roberto aproximóse á ella.

Doña Blanca hallábase reclinada en un sillón.

Picoli permanecía en pie á una distancia respetuosa.

—¡Ah, Picoli,—decía la dama,—qué tarde es! Ahora no puedes decir que es la impaciencia la que me hace suponer que el tiempo tiene alas de plomo cuando se espera.

—Con efecto, va siendo tarde.

—¿No dijo ese anciano pescador que Fernando le esperaba en la playa?

—Sí, señora.

—Pues ya ves si ha tenido tiempo de ir en su busca y traerle á esta casa.

—¿Queréis que vaya á ver si los veo?

—No, esperemos un momento más. Tal vez quiera prevenirle. ¿Acaso la alegría no puede producir sensaciones violentas como el mismo dolor? ¡Pobre hijo mío! ¡Cuán inmensa va á ser su ventura! ¡Él, que ha vivido en una humilde cabaña, consagrado á las duras tareas de la pesca y expuesto, por lo tanto, á los peligros del mar! ¡Cuán risueño es el porvenir que le aguarda! Él será el único que me consuele de la muerte de mi noble esposo. ¿Qué hora es, Picoli?

—Las nueve.

—¡Las nueve ya, Dios mío! ¿Habrá cambiado Pedrote de opinión? ¡Es tanto el cariño que profesa á Fernando!... ¡Quién sabe si, suponiendo que no había de cumplirle mi promesa de que viniera á esta casa junto á mi hijo, y temiendo separarse de él, se ha vuelto á Villarreal sin decirle lo que sucede!

—Todo es posible.

—Sí, el corazón de las madres se equivoca muy pocas veces; no tengo duda que ha sido así. De otro modo, ya habrían venido, ya lo tendría entre mis brazos.

—Conviene, por lo tanto, que yo me dirija á la playa. Si no han partido, he de verlos necesariamente.

—Sí, Picoli, parte, y vuelve en seguida, ya sabes que la ansiedad me devora. Mira, si no los encuentras, es necesario que esta misma noche tomes una barca y te dirijas á Villarreal. Temo que Pedrote no le haya dicho nada y trate de huir de nosotros cambiando de residencia. Una vez en el puerto, procura hablar con Fernando sin que lo advierta su protector; dile que es mi hijo, que la fortuna le sonríe, que será duque de Santarem.

—Va á suponer que estoy loco.

—No; á fin de convencerle, con objeto de despertar su vanidad, muéstrale el testamento en que su padre le dejaba heredero de todo. Yo te daré ahora mismo el pergamino en que lo escribió don Lope de su puño y letra.

Roberto no pudo contener un movimiento.

La duquesa habíase aproximado á un precioso cofrecillo de ébano con incrustaciones de nácar que estaba sobre una mesa.

Hizo girar en la cerradura una pequeña llave y sacó del interior un pliego encerrado en un sobre.

Tentaciones tuvo el escudero de abandonar el sitio en que se ocultaba, apoderándose de aquel documento tan precioso para don César; pero comprendió que aquella no era la ocasión más propicia.

Una sola voz que diese la duquesa era bastante para que su numerosa servidumbre le detuviese.

Doña Blanca entregó á su mayordomo el manuscrito.

—Ten mucho cuidado no lo pierdas.

—Señora, ya sabéis que la advertencia es inútil. Demasiado sé lo mucho que vale este documento.

—Y muéstraselo á Fernando, que vea por sus ojos que el modesto pescador de Villarreal es el legítimo heredero del ducado de Santarem. Anda, corre.

—¿Volveré á deciros si no se halla en la playa?

—No; si no le encuentras, no pierdas tiempo. Toma una barca y vé en su busca.

Picoli salió de la estancia.

Entonces Roberto no quiso detenerse tampoco, y se descolgó por la ventana á la calle, embozándose luégo hasta los ojos.

—Hé aquí una cosa verdaderamente providencial: el cordero va á meterse en la madriguera del lobo. La noche está oscura. Picoli es portador del documento que mi amo desea. Perfectamente. Veremos si le vale su astucia en esta ocasión.

Y Roberto ocultóse en el quicio de una de las puertas de la vecina casa.

Su corazón palpitaba como si quisiese salirse de su pecho.

---

Pasaron cinco minutos de horrible ansiedad.

Robertó oyó el ruido que produjo la puerta de la morada de la de Santarem al abrirse.

El receloso Picoli dirigió sus ojos hacia todas partes, y, no descubriendo al escudero, emprendió su camino tarareando alegremente una canción de su país.

Roberto había desenvainado la daga, que oprimía con crispación nerviosa entre su diestra.

Los pasos se aproximaban.

El mayordomo llegó junto al escudero.

Quiso retroceder instintivamente, pero ya era tarde.

Roberto precipitóse sobre él, y con una agilidad sólo comparable á la del tigre cuando se lanza sobre la presa, clavó su daga en el pecho del italiano, que exhaló un sordo gemido, cayendo en tierra.

Entonces Roberto abrió la escarcela del herido.

En ella estaba el documento deseado.

Sin embargo, dudando el escudero de tan feliz adquisición, hizo pedazos el sobre y aproximóse al incierto farolillo que alumbraba á la Virgen.

—¡Este es!—exclamó con frenética alegría;—este es; y si Picoli no ha muerto, no ha de pasarlo muy bien. Esta es una buena noche; sólo falta que don César haya realizado su propósito, y entonces todo ha salido á medida de nuestro deseo.

En aquel instante oyéronse, en la vecina calleja, los acompasados rumores que producían los pasos de la ronda.

Roberto se aventuró entre las sombras por el camino opuesto, con la alegría del hombre que ha conseguido llegar en pocos instantes á la cumbre de sus deseos.

---

# CAPITULO LXXXV

## DONDE MARÍA EVITA UN CHOQUE SANGRIENTO

Entretanto don César habíase dirigido á una de las hosterías más apartadas del Grao.

Era la misma donde años anteriores había encontrado al Alimaña, el célebre capitán de bandoleros que ya conocen nuestros lectores.

Aquella hostería hallábase situada cerca del Albarracín.

A las nueve de la noche cerrábanse sus puertas; pero esto no importaba para que multitud de malhechores permaneciesen en el interior tratando de sus proyectos de latronicio, en los que el hostelero tomaba una parte muy activa.

Este hostelero viejo, avaro y ruin, era poseedor de una gran fortuna, aunque lo ocultaba á todo el mundo.

Había en el establecimiento disimuladas puertas

que conducían á subterráneos oscuros, donde se ocultaban muchas veces sus parroquianos.

A cambio de estos servicios, las gentes de mal vivir recompensaban al hostelero con esa largueza y generosidad del hombre á quien no le cuesta mucho trabajo ganar el oro.

Esta había sido la base de su riqueza.

Por lo demás, los géneros que en el establecimiento servíanse no podían ser más detestables.

Este fué el sitio á que se dirigió don César embozado en su capa hasta los ojos y con la diestra en la empuñadura de su espada.

Cuando llegó á la hostería del Albarracín, que recibía este nombre por su proximidad á la montaña, halló la puerta cerrada.

Sin embargo ya hemos dicho que don César conocía los usos del hostelero.

Dejó, pues, caer la capa sobre los hombros y dió dos aldabonazos.

El postigo se abrió lentamente.

—¿Quién es?—preguntó el hostelero.

—Abre,—respondióle imperiosamente don César.

Un instante después la puerta se abría, dando paso al caballero.

En el interior veíanse algunos grupos de hombres que, sentados junto á las mesas, hablaban, jugaban ó bebían.

Don César sentóse cerca del mostrador.

El hostelero le preguntó qué deseaba.

—Mi objeto al venir á esta casa es hacerte una pro-

posición, en la que puedes ganarte algunas monedas de oro.

—Perfectamente. Yo siempre estoy dispuesto á lo que decís. ¿En que puedo serviros?

—Necesito para esta misma noche que me acompañen tres ó cuatro de los parroquianos que te inspiren más confianza por su astucia y su valor.

—¿De qué se trata?

—Eso es lo que menos necesitas saber.

—También tenéis razón; pero si os hice esta pregunta, no creáis que fué por curiosidad, sino por recomendaros á las personas que mejor pudieran serviros.

—Trátase de una empresa arriesgada.

—Como si lo viera; de algún rapto.

—Quizás no vas muy desacertado.

—Entonces no se necesitan hombres de mucho empuje, á menos que la dama en cuestión tenga un marido celoso de su honra ó un padre que la defienda.

—No se trata del rapto de una mujer.

—¿Acaso de un niño?

—Tampoco. La persona de quien deseo apoderarme es un robusto mancebo.

—¡Ah pardiez! entonces os sobra la razón; y para este objeto voy á recomendaros á uno de mis amigos. Es un hombre duro como el acero: cuando se apodera de cualquier otro no es posible que logre desasirse de sus brazos. Ha pertenecido á la partida del Alimaña, un célebre bandolero que fué en otras épocas el terror del Albarracín. Llámase Juan Pérez,

aunque por su extraordinaria corpulencia se le conoce generalmente por el apodo de Tumbacoches.

El hostelero hizo una seña con la mano á uno de los concurrentes.

El designado con el extraño apodo de Tumbacoches era un hombre de unos cuarenta años.

Su tez, casi bronceada por el viento de la sierra, daba á sus facciones abultadas un carácter sombrío.

Sus ojos eran negros y penetrantes.

Aunque su estatura no era muy elevada, su robusto cuello y su espalda atlética daban á entender desde luégo su vigorosa naturaleza.

—Juanillo,—le dijo el hostelero,—este señor te necesita.

Don César invitó á este nuevo personaje para que se sentara junto á él, y pidió de beber.

—¿Acaban de asegurarme que pertenecisteis á la compañía dol Alimaña?

—Con efecto.

—No recuerdo haberos visto nunca, y eso que me unía al capitán una amistad verdadera.

—Yo, en cambio, os he conocido desde que entrasteis en la hostería.

—¿Qué fué del Alimaña?

—El Alimaña, no pudiendo sufrir las persecuciones de don Lope, emigró á otra tierra, donde debe continuar haciendo de las suyas.

—¿Y cómo os separasteis de él?

—Qué queréis: yo tenía en Valencia unos amores, y los hombres hacemos muchas locuras por las muje-

res. Desde que salió el capitán del Albarracín no he vuelto á verle.

—Pues bien, Juan; yo os necesito esta noche. Trátase de apoderarse con el mayor sigilo de un joven pescador que á estas horas debe hallarse en la playa.

—Es bien sencillo lo que pedís.

—Pero debo advertiros que mi deseo es que no se le haga el menor daño.

—Perfectamente.

—Para este objeto hablaré primero con ese joven, procurando convencerle; y si no lo consigo, os lanzáis sobre él, conduciéndole al Albarracín, donde yo iré á buscaros. ¿Existe todavía la gruta en que se refugiaba el Alimaña?

—Sí, señor; muchas noches he dormido después en ella.

—Pues hé ahí un sitio muy á propósito.

—Comprendido.

—¿Tendréis algún compañero que os ayude?

—No sería necesario, pero lo buscaré.

—En ese caso, id ahora mismo.

Juan aproximóse á un joven de rostro macilento que dormitaba en uno de los ángulos de la habitación. Habló con él un instante, y luégo aproximóse de nuevo á don César.

—Todo está dispuesto,—le dijo;—cuando queráis podemos partir.

Don César entregó al hostelero una moneda de oro.

—Mil gracias, hidalgo; ya sabéis que cuando se os ocurra alguna cosa estoy á vuestro servicio.

La noche estaba muy oscura.

Las brumas del mar habíanse extendido por la tierra, formando una espesa niebla.

Don César, antes de llegar á la playa, dió sus instrucciones á los bandoleros.

—No os precipitéis sobre el pescador, á menos que yo os haga una seña.

—Creo que hemos comprendido vuestro deseo.

—Adiós, pues no conviene que nos vea juntos. Aunque joven, Fernando debe haber heredado la sagacidad de su padre.

---

Don César se aventuró por la playa.

Las ondas llegaban hasta sus blancas arenas, cubriéndolas de bulliciosas espumas.

Fernando acababa de separarse de María.

En su rostro advertíase la más profunda inquietud.

La tardanza de Pedrote y la noticia que acababa de darle su joven amada respecto á la oposición que su padre tenía por el enlace concertado preocupábanle mucho.

Al sentir los pasos de don César se puso en pie.

—¿Será Pedrote?—se preguntó.

Pero su esperanza quedó desvanecida.

La corpulencia del viejo marino no podía equivocarse con la figura de don César.

Este aproximóse al pescador.

—¿Sois Fernando?—le preguntó.

—El mismo,—respondióle el joven.

—En ese caso necesito que me sigáis.

—¿Adónde?

—Ya lo sabréis.

—No os extrañará que me oponga á vuestro deseo sin explicaciones más concretas. Estoy cansado de misterios.

—¿Es que titubeáis en seguirme por temor?

—Eso nunca. Llevando en el cinto un puñal, nunca me han inspirado miedo los hombres. Si no os sigo después de lo que acabáis de decirme, es porque el deber me detiene aquí.

—¿El deber?

—Sí, señor; estoy esperando á mi protector.

—¿El viejo Pedrote?

—Precisamente. ¿Le conocéis, según eso?

—Mucho: debo advertiros que si lo único que aquí os detiene es aguardar su vuelta, podéis veniros tranquilo.

—¿No volverá esta noche al Grao?

—Creo que no.

—Parece que vuestra respuesta es algo sombría. ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

—Lo ignoro.

—¡Ah, caballero, si es así, no dudéis en decírmelo con franqueza!

—Vuelvo á repetiros que no lo sé.

—Entonces ¿cómo afirmáis que no ha de venir?

Don César se encogió de hombros.

—Dejemos ahora á Pedrote y vamos á lo esencial. ¿Os ha referido alguna vez vuestro protector cómo llegasteis á su casa?

—Muchas.

—¿Os diría que un hidalgo os condujo á ella, entregándole una crecida suma para que atendiese á vuestro sustento?

—Es verdad.

—¿Y jamás os dijo el nombre de aquel caballero?

—Creo que lo ignoraba.

—Pues bien; Fernando, aquel caballero era yo.

—¿Vos?

—Sí; circunstancias especiales me obligaron á confiaros á manos ajenas, aunque desde luégo puse la condición de reclamaros cuando me pareciese oportuno. Ese momento ha llegado ya.

—¿De manera que vuestros propósitos son que vaya á vuestra casa?

—Sí.

—¿Y con qué derecho me lo exigís? No os extrañe mi pregunta. Mi pasado es un caos impenetrable. ¿Acaso sois el hombre que me dió el sér?

—No, Fernando.

—Entonces yo no puedo complaceros. Pedrote ha sido muy bueno para mí; yo sé que el día que me separase de él, el pobre viejo sucumbiría de dolor. Aunque no poseo medios de fortuna, no soy ingrato, y este es un tesoro que no cambiaría por ninguno de la tierra.

—Pedrote no volverá.

—¿Que no volverá?—preguntó Fernando clavando en don César sus negros y expresivos ojos.—¡Ah, caballero, ya es la segunda vez que me aseguráis lo pro-

pio! Para que mi protector no vuelva en busca mía sería necesario que hubiese dejado de existir.

—¿Y si así fuese?

—Si así fuese, no descansaría hasta vengarme del cobarde asesino que le hubiese arrebatado la vida.

—Bien, Fernando, esta no es ocasión propicia para discutir ese asunto.

—Sin embargo, yo os exijo que me digáis si mi protector ha sufrido alguna desgracia.

—Vuestro protector, como le llamáis, ha tratado de faltar á la palabra que me dió hace dieciséis años.

—¿Qué os prometió?

—Que no se opondría á mis deseos, y que desde el instante en que os reclamase...

—No tendría inconveniente en complaceros, ¿no es así? Meditad que si ha hecho otra cosa, no por eso debe perder á vuestros ojos. Debe engrandecerse, por lo contrario. Pedrote es todo corazón, todo cariño, y este cariño se ha concentrado en mí, á quien quiere entrañablemente.

—No lo dudo; pero sobre el afecto debe estar la palabra que se empeña.

—No lo creáis. ¡Desgraciado del que piensa así! Yo creo que el amor justifica hasta los crímenes más espantosos.

Don César veía con impaciencia que el tiempo pasaba.

Picoli podía volver.

Él ignoraba lo sucedido entre su escudero y el mayordomo.

—¿De modo que no consentís en seguirme?—preguntó al joven.

—No puedo. Vos mismo acabáis de decirme que no sois mi padre. ¿Con qué derecho tratáis de separarme de Pedrote?

—Con el derecho que me da el haber sido yo quien á él os confié hace dieciséis años.

—¿Y cómo me hallaba en vuestro poder?

—Eso es muy largo de contar. Seguidme y os referiré la historia...

—No, no llega mi curiosidad hasta ese punto.

Don César estaba nervioso.

Á cada instante parecíale sentir los rumores que producían los pasos de la duquesa ó de Picoli.

—Pues bien,—exclamó;—ya que no queréis seguirme voluntariamente, lo haréis por fuerza.

Una extraña fosforescencia advirtióse en las pupilas del pescador, que instintivamente llevóse la mano al pomo del puñal.

El joven dió un salto hacia don César, pero de pronto se detuvo.

Entre las sombras oyóse un grito angustioso.

Había sido lanzado por María.

Dudando ésta que su amante hubiese seguido su consejo de partir á Villarreal, había vuelto á la playa un momento después de separarse de Fernando.

Con efecto, su sorpresa no tuvo límites al ver á su padre hablando con el pescador.

Durante el tiempo que el diálogo no adquirió un carácter hostil, María permaneció silenciosa, oculta

entre unas barcas pescadoras; pero al ver el acero en las manos del joven no pudo reprimirse.

Don César y Fernando volvieron instintivamente la cabeza hacia el lugar que ocupaba María.

—¡Detente, Fernando; este hidalgo es mi padre!— exclamó la joven.

El pescador, por toda respuesta, inclinó la cabeza sobre el pecho, y el arma se escapó de sus manos, tremulas por la cólera que experimentaba.

# CAPITULO LXXXVI

---

### DONDE DON CÉSAR SE APODERA DE FERNANDO

Hubo una larga pausa durante la cual los tres guardaron un prolongado silencio.

Don César tenía los ojos fijos en la joven.

Ésta le miraba con ademán de súplica.

—¡Padre mío, yo le amo; sin él, no puedo ser dichosa!

—Pero ¿tanto le amas?

—Más que á mi vida.

—Había supuesto que tu pasión no tuviese tan profundas raíces.

—Tanto, que sin él quiero la muerte.

—Pues bien, hija mía; yo necesito que Fernando esté en mi poder. Como comprenderás, no he de oponerme á tu felicidad infiriéndole algún daño, pero me precisa que venga.

María aproximóse al joven.

—Fernando, ¿por qué no le complaces?—le preguntó con extraordinaria dulzura.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Mis deberes me aconsejan esperar aquí á Pedrote, y le esperaré.

—Pero...

—No te canses, María; pídeme cuanto quieras menos eso.

—Mira que mi padre es obstinado.

—No lo será más que yo.

—¿Y vas á darme un disgusto?

—No lo quisiera; pero ¿qué hacer?

María aproximóse de nuevo á don César procurando convencerle.

—¡Basta de contemplaciones!—exclamó éste con voz de trueno.—Hija mía, luégo te explicaré los móviles que me inducen á no complacerte.

Y don César hizo una seña á los bandoleros, cuyas siluetas se dibujaron en la sombra.

María, al verlos, lanzó un grito y cayó desplomada sobre la arena.

Mientras don César se aproximó á ella para socorrerla, Juan y su compañero habían sorprendido por la espalda á Fernando.

El joven lanzaba por la boca sangrientos espumarajos.

Pero habíanle ganado la acción.

Las manos de Tumbacoches eran dos poderosos garfios.

—¡Pronto, al Albarracín!—gritó don César;—no os apartéis del preso hasta que yo me presente.

Fernando y los bandidos perdiéronse en la oscura vereda que conducía á la montaña.

Entonces don César tomó entre sus brazos á su hija con una facilidad asombrosa, y dirigióse hacia su casa, donde ya le esperaba Roberto.

---

El anciano escudero quedóse sorprendido al ver entrar á su señor con una joven en los brazos.

No dejó de extrañarle, pues sabía que hacía muchos años que don César habíase retraído de las aventuras de amor.

Don César colocó á la joven sobre un diván.

Cuando un rayo de la lámpara hirió su pálida frente, Roberto comprendió que era la hija de su señor.

La joven tenía un extraordinario parecido con su madre.

—¿Qué es esto?—preguntó.—¿Acaso Mariana se oponía á entregaros á vuestra hija?

—Nada de eso. ¡Pobre mujer! Es una de esas buenas almas que el tiempo no hace cambiar.

—¿Entonces?...

—¡La fatalidad, Roberto, la fatalidad! María se ha enamorado del hijo de don Lope.

Y don César lanzó un prolongado suspiro.

En cuanto á Roberto, guardó silencio.

—Ahora déjanos solos; deseo hablar con ella.

—Antes, si me lo permitís...

—¿Qué quieres?

—Deseaba daros cuentas del resultado de mis gestiones.

—¡Ah! Tengo la cabeza loca; había olvidado preguntarte. ¿Entraste en el palacio de la duquesa?

—Sí, señor.

—¿Y has podido averiguar dónde oculta el testamento de don Lope?

—El testamento obra ya en mi poder.

—¿Qué dices? ¿Será posible?

Roberto explicó á su señor cuanto había sucedido, entregándole después el pliego.

Don César elevó sus ojos al cielo.

—¡Gracias, Dios mío, gracias! ¡Nunca como hoy he recibido una prueba grande de tu bondad!

Y luégo alargó su mano al escudero, que la estrechó entre las suyas con cariñoso respeto.

—Ahora me retiro. ¿Mandáis alguna otra cosa?

—Nada más que volver á repetirte mi agradecimiento.

Roberto salió de la estancia.

Don César clavó sus ojos en su hija, y, aproximándose á ella, estampó un cariñoso beso en su frente, pálida como el mármol.

—¡Pobre niña!—exclamó;—¡es la misma imagen de su madre!

La joven, pocos momentos después, estremecióse, y abrió lentamente sus negros ojos.

Al recordar cuanto había sucedido, prorrumpió en sollozos.

Don César se sentó á su lado.

—No llores, hija mía; tus lágrimas me queman el alma.

—¡Ah, padre mío! ¿y cómo queréis que no vierta lágrimas si veo muerta mi felicidad apenas nació? Yo le amo; su amor es para mí tan esencial como pueda serlo el rocío á las flores, como el agua al fatigado caminante. ¡Le debo tanto! ¡Es tan bueno! Tengo la seguridad que si le trataseis le querríais tanto como él se merece. No ignoro que es pobre; pero ¿qué importa? Además, él abriga esperanza de pertenecer á una familia ilustre. Esta misma noche me lo ha dicho.

—¿Luego Fernando sabe?...

—No, no sabe nada concreto; todas son suposiciones, y nada más. ¿Por qué habéis de oponeros á mi ventura?

—¡Ay, hija mía! diera gustoso lo que me resta de existencia por ahorrarte una lágrima; pero si tú supieses...

—No es posible que Fernando os haya hecho el más pequeño agravio: es incapaz de hacer mal á nadie.

—No lo dudo; pero puede su familia habérmelos hecho.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso los hijos son responsables de las vilezas de aquellos que les dieron la vida? Fernando todo es corazón, todo es bondad.

—No lo dudo.

—Entonces ¿por qué os oponéis á nuestro enlace? ¿Por qué os habéis apoderado de él?



—No temas por eso; yo no he de inferirle el menor daño.

—¿Y me dejaréis que le vea?

—¿Por qué no?

—¿Dónde se halla?

—Muy cerca de la choza de Mariana.

—¿En el Albarracín?

—Sí.

Las pupilas de la joven resplandecieron de alegría.

—¡Cuánto le amas!

—Mucho, padre mío, mucho. Le amo tanto, que junto á él la existencia paréceme un paraíso; y cuando estoy lejos de su lado no advierto más que sombras á mi alrededor.

—¡Ah! ¡Tal vez si supieses los móviles que me inducen á oponerme á tu boda!...

—Decídmelos.

—No; eres demasiado niña para que los pesares nublen tu frente.

—No os importe. La ansiedad que ahora siento me hace más daño.

—¿Sabes tú quién era el padre del hombre que tanto amas?

—Ya sabéis que lo ignoro.

—Era el hombre más perverso é infame que ha nacido en el mundo. Por sus torpes intrigas murió mi noble padre, que era la personificación de la honradez y la caballerosidad. Por él sufrió tu pobre madre los más espantosos tormentos, no descansando hasta que la hizo descender á la tumba. ¡Ah! ¡No terminaría



nunca de enumerarte sus crímenes! Yo le perdono todo lo que respecto á mi persona hizo; pero no puede borrarse de mi memoria su comportamiento con aquellas personas queridas.

Y don César cubrióse el rostro con ambas manos, agobiado por el peso de sus tristes recuerdos.

—¡Pobre padre mío! yo no dudo que el padre de Fernando fuese muy malo y muy cruel; pero vuelvo á repetiros que su hijo no tiene la culpa. ¿No habéis visto muchas veces en el campo esas repugnantes orugas cuyos movimientos recuerdan los del reptil? Arrástranse por la tierra y devoran las flores. Sin embargo, tras su prolongado sueño, la crisálida se convierte en mariposa, y sus esmaltadas alas brillan al sol, y con ellas se remontan hasta los cielos. ¿Quién pudiese comprender que de aquel asqueroso insecto pueda brotar otro tan gentil, que cautiva nuestros ojos por su hermosura? ¿No puede sucederle lo propio á mi amante? Él me salvó la vida arrojándose á las ondas con un valor incomprensible. Él me declaró tímidamente su amor, al que no pude menos de corresponder. Su alma es generosa. ¿No habéis reparado en sus facciones? Sus ojos son el reflejo de su alma. Padre mío, si hoy me tenéis entre vuestros brazos, es por él.

Y María acariciaba los negros cabellos de don César.

—Hay además otra cosa que se opone á tu ventura.

—¿Cuál, padre mío?

—He dado palabra á un amigo mío de proteger sus

asuntos en contra de los de la familia de Fernando.

—¿Y acaso vais á anteponer los amigos á mí? No, esto no es posible. Tengo la certeza que no lo haréis.

Don César dudaba.

Las caricias de su hija tenían sobre él un inmenso ascendiente.

¡Habíale sonreído tan pocas veces la felicidad!

María, por esa intuición que poseen las mujeres, comprendió que su padre vacilaba.

—Padre mío,—le dijo;—yo os ruego que atendáis mis súplicas, y espero no me lo neguéis, aunque no sea más que por ser este el primer favor que os pido. ¿No es verdad que me lo concederéis?

—¿Pero y mis resentimientos?

—Almas tan grandes y generosas como la vuestra siempre están dispuestas al perdón.

—¿Y la promesa hecha á mi amigo don Luis de Santarem?

—¿Qué importan todas las promesas del mundo cuando se trata de la ventura de una hija?

—No, María, muchas veces es necesario sacrificarse.

—¿Luego vos hacéis un sacrificio al no complacerme?

—¿Á qué negártelo? Hoy no amo en el mundo más que á ti. ¡Me recuerdas tanto á tu madre! ¡Eres tan parecida á ella, que á veces imagino que estoy conversando con la desgraciada.

—Pues bien, padre mío, yo tengo la seguridad que si viviese abogaría por mi causa.

—Tampoco lo dudo: era muy buena.

—Jesucristo admitió el sacrificio por nosotros; admitidlo vos por vuestra pobre hija.

—Pues bien, María, haré lo que quieras.

—¿De veras?

—Te lo prometo.

La joven se arrojó en los brazos de su padre cubriendo sus mejillas de besos.

—¡Ah, gracias, gracias! ¿Cómo podré pagaros lo mucho que os debo?

—Queriéndome tanto como yo te quiero á ti.

—Y aun me parece poco.

—Serás duquesa de Santarem.

—¿Qué decís?

—Sí; sabe, hija mía, que Fernando no se ha equivocado al suponer que desciende de una noble familia. Mañana mismo hablaré con la madre de ese joven, aunque tengo que violentarme mucho.

—¿Y accederá esa dama á nuestro enlace?

—Creo que sí. De otro modo, yo puedo despojarla de sus títulos y riquezas, y ella no ha de avenirse á semejante cosa. ¿Qué más puede desear que su hijo se una á la joven más hermosa y más buena de este país?

Las mejillas de María se cubrieron de un vergonzoso carmín al escuchar aquellos elogios.

—Gracias, padre mío; os debo más que la vida, porque os debo la de mi amor. Ahora, aunque me llaméis exigente, voy á haceros otra súplica.

—¿Qué más deseas?

—Deseo...

Y la joven se detuvo.

—Prosigue.

—Que mañana me permitáis ver á Fernando.

—Lo conseguirás. Ya sabes que se halla en el Albarracín.

—¡Qué fortuna! Hasta la divina Providencia ha querido reunirnos. Todo indica que hemos nacido el uno para otro.

—En cambio de mi complacencia, yo quiero ahora que te consagres á un sueño reparador.

—Cuanto queráis, padre, cuanto queráis. Ignoro si la felicidad me dejará dormir, pero haré lo posible por complaceros.

—Eso es lo necesario. Estás delicada, las impresiones que has recibido han sido muy violentas, y necesitas reposo.

María se puso en pie, y aproximándose á don César, le presentó su rosada mejilla con una candidez encantadora.

Éste estampó en ella un cariñoso beso.

—Hasta mañana, padre mío.

—Adiós, María.

La joven salió de la estancia, dirigiéndose á la que le habían preparado.

Pero antes de acostarse volvió al lado de don César.

—Con la satisfacción de vuestras concesiones había olvidaros deciros una cosa.

—¿Qué?

—Esta noche he salido de casa sin que lo supiese

Mariana; sería preciso advertirle que estoy aquí para evitar un disgusto.

—Eso corre de mi cuenta.

—La pobre estará intranquila desde que se levante.

—Antes iré yo al Albarracín.

La joven despidióse de nuevo de don César.

Éste quedóse solo.

—¡Pobre niña! ¡Es tan hermosa como los ángeles del cielo! Ya que yo he sufrido tanto en este mundo, justo es que ella sea venturosa. Sé que esto me proporcionará un disgusto con don Luis, pero mi hija será duquesa de Santarem.

---

# CAPITULO LXXXVII

DONDE DON CÉSAR TRANQUILIZA Á LA VIEJA MARIANA

Don César no pudo conciliar el sueño en todo el resto de la noche.

Multitud de pensamientos cruzaban por su mente.

—Es necesario hacer un sacrificio, por mucho que me cueste. Ante todo debo querer la felicidad de mi hija. ¡Quién sabe si esa pobre niña tiene razón! No porque don Lope de Lara fuese un infame ha de serlo su hijo. Fernando parece quererla mucho. ¡Dios los haga muy felices!

Luégo don César quedábase nuevamente pensativo.

—Pero ¿qué dirá don Luis de Santarem? Yo le prometí entregarle el testamento de su hermano político y hacer que Fernando desapareciese. Recriminará mi conducta al saber que no he trabajado más que por cuenta propia. Hasta creerá que me dejo seducir por el mercenario interés de su título y sus riquezas.

Esta situación es horrible.

Parece que el infortunio no quiere dejar de cerner sus fatídicas alas sobre mi cabeza.

Y después de todo, María tiene razón.

¿Acaso entre un amigo ó una hija puede dudarse un momento?

Don Luis es digno de mi aprecio, pero María lo es todavía mucho más.

Mañana apenas brille la aurora iré al Albarracín á advertir á Mariana que mi hija está en casa. No es justo que la pobre mujer pase mal rato suponiendo que ha ocurrido á María alguna desgracia.

En cuanto á Fernando, no quiero verle hasta que haya conferenciado con la duquesa. ¿A qué sufrir sus recriminaciones?

Cuando pueda justificar mi conducta á sus ojos, entonces le veré.

En cuanto á doña Blanca, no creo que desatienda mis proposiciones. ¿Ha de llegar su aversión hasta el punto de prescindir de sus riquezas y su título por mantener el odio que me profesa?

No. La humanidad es egoísta. Ella cederá, y, aunque parezca imposible, mi hija ha de enlazarse con el descendiente de don Lope, aquel tigre cruel que tanto daño me hizo.

En aquel instante empezaron á advertirse en el cielo las primeras tintas del crepúsculo.

Las estrellas fueron dibujándose en las nubes, y éstas tiñéronse de un tenue carmín semejante al que brota en las mejillas de una joven que escucha las primeras palabras de amor.

Entonces don César abandonó el asiento que ocupaba y salió de la estancia.

Un momento después penetró en la habitación de su escudero.

Éste no dormía.

Siempre celoso en el servicio de su amo, no había querido acostarse por si era necesario para alguna cosa.

—Roberto,—dijo don César,—ensilla mi caballo.

—¿Vais á salir?

—Sí.

—¿Queréis que os acompañe?

—No hace falta. Mi objeto es advertir á Mariana que mi hija se encuentra á mi lado.

—Pues si eso tan sólo os obliga á salir de esta casa, no necesitáis molestaros. Yo puedo ir al monte.

—No; permanece aquí.

Roberto no replicó, y, saliendo de la estancia, se dispuso á cumplir las órdenes de su señor.

Un momento después manifestaba á don César que el corcel estaba dispuesto.

Don César despidióse del anciano, y, aventurándose por la escalera, penetró en el zaguán, montando sobre el bruto y saliendo á la calle.

Ésta hallábase todavía desierta.

El padre de María dirigióse hacia el Albarracín.

El campo estaba hermosísimo.

Á lo lejos descubríanse los azulados contornos de las cumbres, que empezaban á enrojecerse al sentirse heridas por el refulgente sol.

Don César tomó la vereda que conducía á la cabaña de Mariana.

Algún tiempo después detúvose junto á su puerta. Entonces echó pie á tierra, y, atando las bridas del potro al tronco de una robusta encina, llamó.

Mariana abría pocos momentos después.

Don César comprendió desde luégo en la tranquilidad de sus facciones que no había advertido la ausencia de la joven.

—¿Te levantas ahora?

—Sí, señor; aunque me acosté muy temprano, no he podido conciliar el sueño hasta hace poco. Por lo demás, mi costumbre es levantarme antes del día.

—Pues bien, Mariana; el objeto de mi visita es manifestarte que mi hija se encuentra en mi casa.

—¿En vuestra casa? ¿Cuándo ha podido abandonar esta choza?

—Anoche.

—¿Vinisteis por ella?

—No; me la encontré en la playa.

—¡Ah, Dios mío! ¿no ha escarmentado con lo que noches anteriores la sucedió?

—¡Qué quieres! ¡cuando la juventud ama, arrostra con gusto todos los peligros!

—En fin, ya estoy satisfecha, supuesto que me decís se halla en vuestra casa. Sólo deseo preguntaros si habéis decidido que permanezca siempre en vuestra compañía.

—¡Pobre Mariana! Comprendo el dolor que sientes al hacerme esa pregunta. No, yo no puedo pagar tus

desvelos con tan negra ingratitud. María permanecerá á tu lado, y cuando decida llevarla á mi casa, no ha de faltarte en ella un sitio preferente.

—¡Ah! gracias, gracias, señor.

—Yo soy quien debe dártelas. Favores hay en el mundo que no pueden pagarse con nada, y el que tú me has hecho es de esa clase.

—Y á propósito, don César; ya que estamos solos y podemos, por lo tanto, hablar con entera libertad, quiero haceros una súplica. ¿Qué pensáis respecto á María? Cuando ayer la dijisteis que sus amores con Fernando eran imposibles, se arrojó á mis brazos deshecha en lágrimas. Es la primera vez que ha sentido brotar en su corazón los dulces sentimientos del amor. ¿Quizá, como ella supone, os parece que ese joven no es digno de María por no pertenecer á una familia ilustre?

—Al contrario, Mariana. Lo que menos me preocuparía sería eso; pero Fernando no es un humilde pescador, como supones. Quizás su alcurnia sea más elevada que la de mi propia hija.

—¿Entonces?...

—Otros eran los motivos que me obligaban á oponerme á esa boda. Pero ya he cambiado de opinión. ¡Tienen tanto poder las lágrimas de una hija! ¿Quién se niega á las súplicas de un ángel?

—¿Luego consentís en el casamiento?

—Por mí estoy decidido á que se efectúe; falta, sin embargo, saber la opinión de la madre del joven.

—¿La conocéis acaso?

—¡Mucho!—respondió don César lanzando un suspiro.

—¿Sabe María vuestra decisión?

—¡No ha de saberla!

—¡Ah! ¿entonces estará loca de contento?

—Sí, le ama mucho.

—La pobre me había encargado que interpusiese mi escasa influencia para vencer vuestra obstinación.

—Pues ya sabes que no es necesario. Han bastado sus ruegos para decidirme.

—¡Cuánto deseo verla!

—Dentro de poco lo conseguirás.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo. María vendrá esta tarde al Albarracín; la he prometido que verá á Fernando.

—¿A Fernando? ¿Acaso tiene que venir á estas montañas?

—Se encuentra en ellas.

—Me extraña que no haya venido á casa.

Don César guardó silencio.

No quería dar explicaciones más amplias á la anciana, aunque inspirábale ésta una confianza sin límites.

—¿Y Pedrote sabe vuestra decisión?

—La ignora.

—¡Cuánto va á alegrarse!

—Quizás no.

—¡Ah! no lo dudéis; ese viejo marino adora á Fernando.

—Pero estoy descontento de su proceder.

—¿Es posible?

—Mucho.

Mariana era discreta, y no quiso preguntar á don César los motivos de su resentimiento.

Este despidióse de ella y montó de nuevo en su caballo, dirigiéndose hacia la gruta en que se hallaba preso el amante de su hija.

Esta gruta hallábase en lo más intrincado de la sierra.

Sólo un conocimiento profundo de la localidad podía hacer que la planta humana escalase aquellas cumbres.

Era preciso aventurarse por enhiestos peñascos que caían sobre insondables abismos.

El bandolero Juan hallábase junto á la abertura de una roca.

—¿Y el preso?—le preguntó don César.

—Muy desesperado.

—¿Ha intentado fugarse?

—Comprende que es inútil.

—Perfectamente; tratadle con las mayores consideraciones, y no os mováis de aquí hasta que yo vuelva. Esto se verificará esta tarde, que percibiréis la recompensa de vuestro servicio.

Don César se despidió de Juan, y tomó una rápida pendiente que conducía á la garganta del Albarracín, desde cuyo punto pensó dirigirse hacia la morada de la duquesa de Santarem.

---

# CAPITULO LXXXVIII

RENCORES QUE RENACEN

Ya el sol estaba bastante alto cuando don César entró en la población.

Las calles hallábanse muy concurridas.

Los mercaderes abrían las puertas de sus casas.

Don César, á medida que se aproximaba á la morada de doña Blanca, sentíase emocionado.

Parecía imposible que un hombre que, como él, hallábase tan curtido en los peligros titubeara en presentarse delante de una débil mujer.

—¡Su sorpresa va á ser muy grande! ¡Sabe Dios cómo me recibirá!—exclamaba el hidalgo.

Un momento después, don César deteníase junto á la puerta de la casa.

Un criado se apresuró á tomar las bridas del potro.

—¿Está la duquesa?—preguntó el padre de María.

—Sí, señor; la señora no se ha acostado esta noche.

—Tened la bondad de decirla que deseo hablarla.

—Vuestro nombre.

—No hace al caso. Manifestadle solamente que un caballero tiene absoluta precisión de hablar con ella de asuntos de importancia.

El criado se inclinó con respeto delante de don César, desapareciendo del zaguán un momento después.

El padre de María estaba pálido como el mármol.

Su sacrificio al presentarse en aquella casa era inmenso.

El criado levantó una cortina de terciopelo que cubría la puerta del gabinete en que se hallaba la duquesa indolentemente recostada en un diván.

La ilustre señora, al sentir el rumor de los pasos del criado, levantó sus ojos, húmedos por las lágrimas.

—¿Qué quieres?—preguntó con cierto disgusto al doméstico.

—Señora, un hidalgo espera en el zaguán.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Fué lo primero que le pregunté, pero se ha obstinado en callarlo.

—¡Alguna visita importuna!—exclamó doña Blanca.

Y luégo prosiguió:

—Dile á ese hidalgo que estoy indispuesta, y que, por lo tanto, me es imposible recibirle.

Iba el criado á cumplir sus órdenes, cuando la duquesa le llamó de nuevo.

—¿No has visto jamás á ese caballero?

—Nunca, señora.

Doña Blanca acababa de sentirse asaltada por un extraño pensamiento.

—¿Tendrá ese desconocido alguna relación con el asunto que tanto me preocupa? ¡Es tan original que ni Pedrote ni Picoli hayan vuelto á esta casa!

El criado esperaba la resolución de la duquesa, permaneciendo en el dintel de la puerta inmóvil como una estatua.

—Haz pasar á ese desconocido,—dijo la dama después de un instante de reflexión.

El criado se alejó.

Don César, con el sombrero en la mano y la capa caída sobre los hombros, presentábase en la estancia un minuto después.

La duquesa clavó en él sus negros ojos.

Un grito desgarrador se escapó de sus labios.

Instintivamente se puso en pie; pero sus piernas flaquearon, cayendo de nuevo en el diván.

—Callad, señora,—dijo don César con acento imperioso.—No vengo, como en otros tiempos, á inferiros el más pequeño agravio; vengo, por el contrario, á hablar con vos de vuestro hijo.

Á la exclamación de la duquesa presentóse en la estancia el criado, dirigiendo á don César una recelosa mirada.

—Traed á vuestra señora una tisana,—dijo el padre de María con mucha tranquilidad.—Ha pasado tanto tiempo sin vernos, que no es extraño que mi presencia le haya producido tanta sensación.

El criado consultó á su señora con una mirada.

Ésta le designó la puerta con la mano.

Cuando la duquesa y el hidalgo estuvieron solos, don César prosiguió:

—Vuelvo á repetiros que nada debéis temer de mí.

—Y también me habéis dicho que ibais á hablarme de Fernando.

—Es verdad, señora; ese es el principal objeto de mi inesperada visita.

—¿Dónde se halla? Envié en su busca al viejo marino á quien le encomendasteis.

—Ya lo sé.

—¿Cómo no ha vuelto á esta casa?

—Porque antes de hacerlo era preciso que nosotros dos hablásemos extensamente.

—¿Y Picoli? Salió con igual propósito, y tampoco ha regresado.

—Ni regresará, duquesa,—respondió don César con acento sombrío.

Doña Blanca se estremeció.

—Señora,—prosiguió el padre de María,—dos veces solamente he tenido ocasión de hablaros. La primera fué para haceros ofrecimientos de restituiros á vuestro hijo si salvabais la vida á una pobre joven que había sido torpemente calumniada por vuestro esposo.

—¿La hechicera que ocasionó la muerte de una pobre campesina del Albarracín?

—No, la mujer á quien se imputó ese crimen, siendo la más buena de este mundo. En el ánimo de don Lope existía la certeza de que aquella pobre mujer no era capaz de semejante crimen; pero vuestro esposo

sabía que decretando su muerte me ocasionaba el más horrible de los sufrimientos. Por salvar á aquella joven os ofrecí la devolución de vuestro hijo; hoy hago lo propio, siempre que consintáis en acceder á lo que voy á proponeros.

—Hablad, don César, hablad; ¿qué no hará una madre por tener á su hijo á su lado?

—Vuestro hijo está en mi poder.

—¿No se hallaba con Pedro?

—Sí; pero Pedro se opuso á devolvérmele, faltando de este modo al cumplimiento de su palabra, y me he visto en la necesidad de castigarle.

—¿Y Picoli? ¿Obedece su tardanza á vuestras gestiones?

—¿A qué negároslo? Picoli está herido.

—¿Herido?

—Sí, señora.

—¡Ah, don César, veo que los años no han bastado para cambiar vuestros crueles instintos!

—No lo creáis. He cambiado mucho; y como prueba de ello, os diré que vengo á esta casa dispuesto á entablar la paz entre ambos.

—¿Y á entregarme á mi hijo?

—Eso depende únicamente de vos.

—¿De mí? ¡Parece imposible que digáis semejante cosa! ¿No he de hacer cuanto exijáis por recobrar ese tesoro?

—Quizás no.

—¿Qué deseáis á cambio de su devolución? Decidlo, don César; si me exigieseis mi fortuna, os la entregaría.

—Nada de eso. Precisamente nunca codicié las riquezas.

—Entonces ¿qué solicitáis?

—Antes debo explicaros lo que sucede. Vos ignoraréis que Fernando ama con todo su corazón á una joven que reside en el Albarracín.

—Lo sabía; el protector de mi hijo me ha enterado de ello. No me satisface mucho esa boda por la humilde esfera en que ha nacido esa pobre joven; pero si es honrada y él la quiere, como aseguran, no seré yo quien me oponga á su felicidad. Confío, sin embargo, en que esas impresiones sean efímeras. Ambos son jóvenes. A mi hijo le sonríe el porvenir más halagüeño. ¿Creéis imposible que olvide ese amor en medio de los placeres de la corte?

—Creo que no lo olvidará.

—¿Tan profundas raíces tiene su pasión?

—Muchas; y si dejándose arrastrar de un carácter veleidoso tratase de dar al olvido á esa pobre niña, yo lo evitaría.

—¿Vos?

—Sí, duquesa.

—¿Luego tenéis interés en fomentar su afecto?

—Mucho más de lo que suponéis. Sabed, doña Blanca, que esa pobre niña, esa cándida flor nacida en las cumbres del Albarracín, es mi hija.

La duquesa no pudo reprimir un movimiento.

Sus mejillas palidecieron.

Sus ojos se clavaron en don César.

—¿Vuestra hija?—preguntó.

—Sí. La suerte ó la fatalidad han querido unir sus corazones. Yo me oponía tenazmente á su amor, pero he comprendido que es imposible desunir sus almas, y vengo á deciros:

Duquesa de Santarem, echemos un espeso velo sobre el pasado. ¿Queréis á vuestro hijo? Yo lo traeré á vuestros brazos, pero con la condición de que se una ante el altar con mi María.

Doña Blanca se puso en pie.

—¡Nunca, nunca!—exclamó.

—¿Por qué, señora?

—¡Parece imposible que me hagáis esa pregunta! ¿Habéis olvidado la barrera que entre ambos existe? ¿Llega vuestro cinismo hasta el punto de proponerme que arroje sobre mi ilustre apellido un borrón como lo sería consentir en semejante enlace?

Don César se mordió los labios.

De buena gana hubiese dado expansión á su cólera, pero el recuerdo de su hija le detuvo.

—¿Y por qué no consentís?—preguntó después de un instante.

—Porque no puedo, porque eso sería el colmo de la iniquidad. ¿Tan pronto habéis olvidado vuestra historia, por desgracia íntimamente relacionada con la mía? Don César, vos fuisteis quien una noche me arrebató de mi casa al hijo de mi alma para conducirlo á una miserable guarida de bandoleros. Vos fuisteis quien poco después arrebató la existencia á mi noble esposo.

—¡Mentís!—respondió enérgicamente don César.—

No os negaré que fuí el raptor de Fernando y que le conduje al sitio que habéis dicho; pero cuando don Lope murió hallábame en Italia. ¿Qué necesidad tendría de ocultároslo? Si no le maté, fué porque una mano desconocida se anticipó á mis propósitos. Yo le hubiese arrancado la existencia; pero si así lo hubiese hecho, ¿no me sobraba la razón para ello? Veo que censuráis mi mala memoria cuando yo podia hacer lo propio respecto á la vuestra. Don Lope de Lara me perseguía como la sombra al cuerpo. El fué quien, á fuerzas de intrigas, labró la desgracia de mi padre. Él, usando de groseras calumnias, hizo que una mujer, á la que amaba, muriese en Madrid en la hoguera del Santo Oficio. Él fué quien quiso que pesase sobre mí la mano de hierro de la Inquisición. ¿Y aún queríais que no tomase justa venganza de sus agravios? ¡Ah, señora, esto hubiese sido una abnegación incomprensible! Al tigre carnicero debe dirigírsele el mortífero plomo. Y, sin embargo, yo os juro que no fuí su matador.

—Pero me arrebatasteis á mi hijo.

—Es verdad; os lo arrebaté, dejándolo en manos de un honrado pescador, que ha sabido dirigirle por la senda del bien. Ya veis que, midiendo los agravios que he recibido con los que os he hecho, no puede establecerse punto de comparación.

—También defendisteis la causa de los mahometanos, siendo, por consiguiente, traidor á vuestro rey y á vuestra patria.

—¿Cómo no hacerlo, si mi primera educación la recibí de un sabio sarraceno?

—Y ¿aún pretendéis que mi hijo se una á esa joven que ni siquiera tiene un nombre legítimo?

—Lo pretendo; y si amáis á Fernando, no tendréis más remedio que acceder.

—Nunca.

—Todavía ignoráis lo que puedo hacer para conseguirlo.

—¿Vais á torcer sus inclinaciones?

—Quizás.

—¿De qué modo?

—En primer lugar, puedo negaros á vuestro hijo.

—Reclamaré ante la ley.

—Y como no existen pruebas que justifiquen vuestras palabras, y hoy tengo personas de valimiento que responden de mi honradez, no conseguiréis absolutamente nada. Además, debo advertiros que vuestras riquezas pasarán á manos de don Luis de Santarem, hermano vuestro. Y el ducado también.

—¡Ah!—respondió doña Blanca,—¡todo eso no deja de ser una amenaza estúpida! ¿Ignoráis que mi hermano Luis ha perdido todos sus derechos desde el instante en que mi difunto esposo hizo testamento á favor de mi hijo?

—No lo ignoro; pero ¿y si ese testamento cayese en mis manos?

—No es posible.

—Recordad que vuestro mayordomo Picoli lo llevaba en su poder cuando salió de esta casa.

Doña Blanca cambió de color.

—¿Será posible que Dios haya permitido tal cosa?

—Sí, señora, ese testamento está en mi casa guardado de un modo seguro.

La duquesa inclinó la cabeza sobre su pecho.

Sentíase anonadada.

—Ahora,—prosiguió don César,—está en mi poder; vuestra felicidad depende de mí. Consentid en el enlace de Fernando y de María, y os juro que no volveré á interponerme en vuestro camino. Yo sólo deseo la felicidad de mi hija.

—Pues bien, don César, no roguéis en vano; haced lo que creáis oportuno; pero no puedo consentir en semejante boda.

—Reflexionad que labráis el eterno infortunio de Fernando.

—No lo dudo; pero accediendo á lo que pedís me parecería que el espectro de Lope censuraba mi debilidad.

—Pensad también que perdéis el título de Santarem.

—Tendré paciencia.

—Que vuestras riquezas pasarán á manos de don Luis.

—¡Cómo ha de ser!—respondió la dama.

—Pues bien; ya que no consentís, os advierto que tendréis en mi persona un enemigo á muerte.

—No lo ignoro. Pero ¿acaso no lo erais antes de ahora?

—Sentiréis el peso de mi venganza.

—Pero tendré la tranquilidad de haber cumplido con mi deber. Yo no dudo que vuestra hija sea un

modelo de virtud. Tampoco ignoro que Fernando la adora; pero mientras existáis vos, es absurdo lo que me proponéis. Sólo vuestro incalificable cinismo ha podido aconsejaros que vengáis á esta casa á hacerme semejante proposición. Si vos no existieseis, aun es posible que, en mi deseo de que Fernando permaneciese junto á mí gozando de los bienes que tan legítimamente le pertenecen, hubiera accedido á la unión; pero ahora es imposible. Yo no puedo permitir que el duque de Santarem se case con la hija del compañero del Alimaña.

—Y, sin embargo, señora,—dijo don César, que empezaba á advertir que se acababa su paciencia,—ese Alimaña, ese capitán de bandidos era menos infame que lo fué vuestro difunto esposo.

—Salid,—exclamó doña Blanca, designando á don César la puerta de un modo imperativo.—Salid, ó de lo contrario llamaré á mis servidores para que os arrojen de esta casa.

—Sí, duquesa, me alejo; no por las amenazas que me hacéis, pues mientras lleve suspendido del cinto este acero, paréceme poca vuestra servidumbre para cumplir vuestro mandato. Me voy porque esta atmósfera me ahoga; porque sois una débil mujer, y no quiero faltar á las consideraciones que vuestro sexo merece. Por lo demás, ¿qué me importaría vuestro enojo? Acordaos de mi juventud aventurera y de las precauciones que vuestro esposo tomaba para acercarse á mí cuando yo me hallaba inerme y en una mazmorra de la Inquisición. Don César sigue siendo el

mismo. Su valor no se ha debilitado con la acción de los años; pero, os lo repito, sois una débil mujer, y no quiero ofenderos.

Y don César volvióse desdeñosamente de espaldas y salió de la estancia.

---

# CAPITULO LXXXIX

DÓNDE DON CÉSAR SE PROPONE CASTIGAR LA ALTIVEZ DE LA DUQUESA VIUDA DE SANTAREM

Don César bajó con rapidez nerviosa la escalera que conducía al zaguán.

De sus labios, contraídos por el dolor y la rabia, brotaban sangrientos espumarajos.

—¡Ira de Dios!—exclamó al sentir en el rostro el aire libre;—jamás perdonaré á la duquesa los ultrajes que me ha hecho. Si no hubiese sido por mi hija, ¡cómo era posible que yo me hubiese expuesto á sufrir tamañas vejaciones! ¡Pobre niña! ¡cuán inmenso va á ser su dolor! Temo decirle la verdad descarnada. Han sido tantos los padecimientos que he sufrido, que me espanta la idea de que ella los empiece á sentir. ¿Quién no duda en arrancar del tallo el rosado capullo que aún no abrió sus brillantes pétalos al naciente sol de la ventura?

Don César lanzó un amargo sollozo.

Mientras estos pensamientos cruzaban por su mente había repasado el trayecto que le separaba de su casa.

—Es preciso decirla la verdad,—se dijo;—cada día que pase, su amor echará más profundas raíces en su alma.

Don César penetró en su estancia.

En ella esperábale su escudero.

—Roberto, prepárate al instante para ir conmigo al Albarracín; no podemos proseguir en esta casa.

—¿Ocurre algo nuevo, señor?

—Sí; ocurren muchas cosas. ¿Has sabido algo referente á Picoli?

—Me han asegurado que unos pescadores le recogieron en su barraca.

—¿La herida es grave?

—No tanto como yo hubiese querido. Ese maldito perro parece que tiene carne de lobo. ¡Lástima que el golpe no fuese más certero!

—Es verdad; no hubiéramos perdido nada con su muerte.

—Decid más bien que hubiéramos ganado mucho.

—¿Y María?

—En su habitación. Me extraña que no haya venido en vuestra busca, pues se encuentra muy impaciente.

—¡Pobrecilla! No sabe que dentro de un instante sus sueños de color de rosa se habrán desvanecido.

—¿Queréis que la llame?

—Sí, dila que venga.

Roberto salió de la estancia.

Un momento después María entraba en la habitación de su padre.

Una candorosa sonrisa advertíase en sus labios de carmín.

—¡Qué pronto habéis vuelto!—dijo á don César.—Aunque mi impaciencia me hacía creer que tardabais, no dejo de comprender que vuestra ausencia ha sido breve.

Don César acarició con su mano los negros cabellos de la joven.

—¿Habéis visto á la madre de Fernando?

—Sí, hija mía, la he visto.

—¿Y qué dice esa señora respecto á nuestras aspiraciones?

Don César dudó en responder.

No se atrevía á destruir de un golpe las risueñas esperanzas de su hija.

—Esa señora,—dijo con acento balbuciente,—alega que sois demasiado jóvenes.

—¿Demasiado jóvenes? ¿Acaso el amor no es propio de la juventud?

—Es indudable, pero...

—Pero ¿no existen otras razones? Si es así, yo os prometo que la convenceré. Padre mío, antes de ir al Albarracín os ruego que me llevéis á su casa. Ya veréis cómo acudo á todos los recursos de la elocuencia. El amor ha de inspirarme.

—¡Pobre María! ¡todo sería inútil!

—¡Inútil!

—Sí; la madre de Fernando posee una fuerza de voluntad inquebrantable. Como pertenece á la más altiva nobleza, no consiente que la contraríen en lo más mínimo.

—¿Luego mi boda la contraría?

—¿Á qué negarlo? Ya ves que tu padre ha hecho por ti cuanto ha podido, aunque sacrificándose. Sin embargo, todo ha sido inútil.

La joven inclinó la cabeza sobre el pecho.

—No te aflijas: tu dolor aumenta el que siente mi alma.

—¡Y cómo no afligirme, padre mío, si quiero á Fernando con todo mi corazón! Yo, antes de conocerle, vivía dichosa junto á Mariana, consagrada al cuidado de mis palomas y mis flores; pero hoy no me satisfacen esas pueriles ocupaciones. Esos resentimientos que existen entre vosotros son el origen de mi desventura.

—¿Y qué más puedes exigirme que lo que he hecho por ti? No te niego que odio á la madre de tu amante, que jamás hubiese consentido voluntariamente en vuestra unión, pero bastaba que tú lo quisieses. Si la madre de Fernando se ha opuesto, no es mía la culpa.

—Bien lo sé, padre mío; yo agradezco las gestiones que habéis hecho; y si me quejo, no es de vos, sino de mi desgracia.

—Aún eres una niña; te llevaré á la corte; allí alternarás en los mejores círculos sociales, y es casi seguro que olvides tu pasión.

—No lo creáis; aunque muy niña, como decís, estoy

dotada de una tenacidad que tal vez he heredado de vos. Los obstáculos, las contrariedades no sirven más que de incentivo á mis deseos. Decidme, ¿y qué pensáis hacer con Fernando? ¿Vais á permitir que vaya á la casa de su madre?

—Eso nunca; esa señora me ha inferido todo género de insultos, y no consentiré en devolverle á su hijo. Mi generosidad rayaría en locura.

—¿Y me permitiréis que vea á Fernando?

—Más conveniente sería alejarte de él, para que vuestro amor no tomase incremento.

—¡Padre!

—De todas maneras ayer te prometí que hoy le verías, y quiero cumplirte mi palabra.

—¡Cuán bueno sois!

Y María rodeó con sus brazos el cuello de don César.

—¿Cuándo vamos al Albarracín?

—Ahora mismo.

—Sí, padre, no retardéis mi ventura.

—Aunque quisiera hacerlo, no me sería posible, pues no podemos permanecer en esta casa. La madre de Fernando ha de hacer gestiones para comprometerme, estoy cierto.

—Vamos, pues, al monte. La choza de Mariana es un albergue seguro.

—Y sin recurrir á ella hace muchos años que conozco perfectamente aquellas cumbres.

María púsose su gracioso sombrerillo.

En cuanto á don César, embozóse en su capa, y ca-

lándose hasta las cejas su ancho sombrero, dijo á la joven:

—Vamos, hija mía.

Roberto había partido momentos antes para el Albarracín.

Padre é hija tomaron la senda que conducía al monte.

Cuando estuvieron en el campo, el primero dirigió una mirada recelosa hacia todas partes.

Nadie los seguía.

Verdad es que el único que hubiese podido hacerlo hubiera sido Picoli, á no hallarse herido en la barraca de unos pescadores é ignorar en absoluto lo que pasaba.

La vereda era de ascenso muy fatigoso.

Don César deteníase á veces para tomar aliento.

En cambio María, tanto por su costumbre de recorrer aquellos lugares como por su deseo de ver á Fernando, cruzaba aquellas asperezas con la rapidez de una corza.

—¿Complisteis mi encargo, padre mío? ¿Sabe Mariana que estoy con vos?

—Sí.

—En ese caso no hay necesidad de ir á la choza; nos dirigiremos al sitio en que esté Fernando.

—Como quieras,—respondió don César.

Después de cruzar por una vasta extensión de retamales, ambos penetraron en un terreno más fragoso.

Inmensas moles de piedra casi obstruían el paso, obligándoles á dar grandes rodeos, unas veces por ás-

peras veredas, otras por altas rocas suspendidas sobre el abismo.

Algún tiempo después, don César se detuvo.

Hallábase junto á la abertura de una roca.

—¿Acaso Fernando se halla aquí, padre mío?

Don César respondió con un movimiento afirmativo.

—Según dicen,—prosiguió la joven,—esta caverna fué en otros tiempos albergue de unos bandidos.

—Con efecto; en ella vivía el Alimaña.

Don César penetró en aquel lóbrego subterráneo.

—Espérame un instante: antes de que entres tú deseo hablar un momento con Fernando.

—¿Vendréis pronto?

—En seguida.

María sentóse en el borde de una enorme piedra que se hallaba en el interior de la gruta.

Don César aventuróse por aquel oscuro pasadizo.

Al final de éste encontró á Roberto.

—¿Y las personas á quienes recomendé que celasen al preso?

—Os aguardan para recibir la recompensa ofrecida.

—Muy bien. Ahora ya no necesitamos sus servicios. Bastamos los dos para que Fernando no huya de aquí.

—Desde luégo. ¿Tenéis confianza en esos dos hombres?

—Sí; uno de ellos perteneció á la cuadrilla del Alimaña.



Don César y Roberto fueron en busca de los bandidos.

Estos esperaban en el fondo de la gruta.

El padre de María entregó á Juan una bolsa llena de monedas de oro.

—Ahora no necesito recomendarte discreción; ya me conoces hace años, y sabes las condiciones de mi carácter.

—No me digáis nada respecto á este asunto. Sabéis que tengo que callar; mas no me convendría enemistarme con quien posee un secreto de mi vida cuya revelación sería mi muerte. En la hostería del Albarracín me tenéis siempre á vuestra disposición.

Y el bandido alargó su callosa mano á don César.

Este la estrechó entre las suyas después de una leve vacilación, porque todos los hombres mercenarios y ruines le repugnaban.

Don César, apenas se alejaron los bandoleros, aproximóse á una pequeña puerta que en otros tiempos había hecho colocar el Alimaña para dividir la gruta.

En el interior de aquel subterráneo hallábase el hijo de la duquesa.

Al parecer dormía sobre un banco.

Don César le observó detenidamente.

Roberto esperaba á su señor en el umbral de la puerta.

—¿A qué despertarle?—exclamó el padre de María; —estoy cansado de tener escenas desagradables y enojosas. Roberto, á ti te encargo que guardes la puerta constantemente. Bien sabes la importancia que tiene

el preso. Si consiguiera escaparse, todos mis planes rodaban por tierra. Ahora voy á decir á mi hija que venga. La he dado palabra de dejar que hable con él. ¡Pobre niña! ¿Por qué oponerme á su felicidad? Luégo escribiré á don Luis de Santarem. Ya que la duquesa me ha tratado con tanta altivez, quiero que sufra al verse desposeída de su título.

Roberto permaneció junto al subterráneo.

En cuanto á don César, fué en busca de su hija.

—María,—la dijo;—ya ves que trato de complacerte; pasa á la estancia de tu amante, pero te ruego que tu visita sea corta. Luégo te aguardo en la choza de Mariana.

La joven dió á su padre un cariñoso beso y se aventuró por el subterráneo.

---

# CAPITULO XC

ESPERANZAS QUE SE DESVANECEN

La estancia en que se hallaba Fernando era muy pequeña.

Sus muros de granito hallábanse ennegrecidos por la humedad que producían las constantes filtraciones del río.

Un banco de madera servía de lecho al joven.

En aquel subterráneo apenas penetraban algunos escasos reflejos de luz por los intersticios de las rocas.

El joven dormía.

María aproximóse á él con lentitud.

Sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—¡Pobre Fernando!—se dijo.—¡Es imposible que continúe de esta manera!

Y acarició con su diminuta mano los negros y rizados cabellos de su amante.

Este se estremeció al sentir su contacto frío como

la seda, y, abriendo los ojos, sonrióse, creyendo que se hallaba bajo las dulces ficciones de un sueño.

—¿Eres tú, mi María?—la preguntó al convencerse de la hermosa realidad.

—Sí, Fernando mío.

—¿Y cómo has podido llegar hasta aquí?

—¿Olvidaste que la persona que te ha reducido á tan triste situación es mi padre?

—¡Es cierto!—respondió Fernando con tristeza.—¿Y qué he podido hacerle yo? ¿Llega su aversión á que nos amemos hasta el punto de privarme de la libertad, que es el mayor tesoro del hombre?

—No, no son esas las causas que le han decidido á semejante cosa.

—¿Entonces?

—Tenemos mucho que hablar, Fernando.

—Empieza, pues. Yo no ceso de hacer conjeturas; tanto, que he temido volverme loco en las pocas horas que hace que me encuentro aquí.

—Ante todo debo advertirte que tus presentimientos se han convertido en realidades. Aquella hermosa dama de quien me has hablado es tu madre.

—Me lo anunciaban mis presentimientos.

—Es una duquesa, como sabes, y creo que goza de la mejor reputación en la corte.

—Y dime: ¿cómo tu padre se opone á nuestra boda, perteneciendo yo á una familia ilustre?

—Mi padre siente un odio profundo hacia tu familia, porque, según me ha dicho, el hombre que te dió vida le hizo mucho daño en otros tiempos.

—¡Qué fatalidad!

—Sin embargo, yo convencí á mi padre para que olvidara sus antiguos resentimientos. ¿Acaso los hijos debemos pagar las culpas pasadas?

—Es cierto. ¿Y conseguiste que don César olvidase su enojo?

—Mi padre fué á visitar á la duquesa y á proponerle nuestro casamiento.

—¡Ah, María, cuán dichoso soy! ¡Hasta este sombrío calabozo me parece un palacio en este momento!

—Lo propio me hubiera sucedido á mí, á no destruirse después mi ilusión.

—¿Pues cómo?

—Tu madre no accede de ninguna manera á los deseos nuestros.

—¡Es posible! ¿En qué se funda?

—En que no puede olvidar los pasados ultrajes.

—Eso ha sucedido porque yo no se lo he rogado. ¿Imaginas que mi madre, esto es, la mujer que más debe quererme en este mundo, ha de negarse á mis súplicas? Tengo la seguridad de lo contrario. Si yo salgo de este calabozo, me postraré ante ella, y con lágrimas en los ojos he de decirla lo buena que eres y lo mucho que te amo. Ya verás cómo entonces no se niega á nuestros deseos.

—¡Ojalá, Fernando!

—No lo dudes. No la he visto más que un instante, y ese me basta para comprender lo buena que es. Las madres no quieren más que la felicidad de sus hijos.

—Pero ¿querrá mi padre que salgas de aquí?

—¿Qué objeto puede tener en que permanezca en este sitio?

—Lo ignoro, Fernando.

—Mira, creo conveniente que le manifiestes mi resolución. Yo estoy dispuesto á que seas mi esposa. Si me halaga ser dueño de una fortuna y un título, no es más que por ti y por el bueno de Pedrote, á quien tantos favores debo. Por lo demás, yo me consideraba dichoso con mi barca y mis redes. Hablaré á mi madre; y si se obstinase en oponerse, entonces, María...

—Acaba.

—Entonces no aceptaré sus riquezas, con tal que seas mi esposa.

—¡Ah, gracias, Fernando, gracias!

—No, esto no lo hago por ti, lo hago por mi propio interés. ¡Qué vale un título y unas riquezas comparándolas con un tesoro como tú! Prefiero mil veces ser pobre á renunciar á tu amor.

—Oye, Fernando; ¿y si, á pesar de tus súplicas, tu madre se obstina en que no nos casemos, y mi padre, herido en su amor propio, no quisiera acceder á nuestro enlace?

—En ese caso, ya sabes lo que te he dicho: renunciaría á todo por ti.

—¿De veras?

—¿Puedes dudar de la sinceridad de mis palabras? El colmo de mi ventura sería que desapareciesen los disgustos que entre nuestros padres median y que viviéramos juntos en unión de Mariana y Pedrote; pero si esto no es posible, á todo renuncio por ti.

—Lo propio haría yo. ¿Acaso existe un sentimiento que tenga un imperio tan poderoso como el amor?

—Es verdad, María.

—Nada, es necesario que gestionemos ambos nuestro enlace. Ahora mismo voy á hablar á mi padre de este asunto.

—Consigue de él que me deje ir á la casa de la duquesa, y el éxito es seguro.

María abrazó á su amante, saliendo un momento después del subterráneo.

Don César hallábase en el campo sentado sobre una peña y con el rostro cubierto con ambas manos.

La joven se aproximó á él.

Al sentir el rumor de sus pasos, don César levantó la cabeza, clavando en su hija sus negros ojos.

—Padre mío, vengo á haceros una nueva proposición.

—¿Qué deseas?

—Fernando querría le permitieseis ir á casa de su madre.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Porque entonces no conseguiría la realización de mis planes.

—En cambio, padre mío, veríais dichosa á vuestra hija.

—No te comprendo.

—Fernando me ha prometido que rogará á la duquesa que no se oponga á nuestro enlace.

—No conseguiría nada. Conozco el carácter inflexi-

ble de esa mujer orgullosa; todas sus gestiones serán inútiles.

—¡Quién sabe! Vos también sois tenaz, y, sin embargo, habéis cedido á los ruegos de vuestra hija.

—Pero yo poseo corazón, lo que no tiene la duquesa.

—¡Padre!

—No te canses en rogarme: todos tus esfuerzos serán estériles. Ya he hecho por ti cuanto podía.

Los ojos de la joven se humedecieron.

—No llores, hija mía; me pides un imposible; yo no puedo ceder. La duquesa me ha ultrajado, y dice que mientras yo exista no consentirá en vuestra unión.

—¡Pero si le amo tanto!...

—No lo dudo; pero debes procurar olvidarle.

—No puedo. ¿Quién dispone á su antojo del alma? Y la mía es suya, padre.

Don César no sabía qué partido tomar.

—Vamos á casa de Mariana: la pobre deseará mucho verte.

—Pero ¿no me dais esperanzas? ¿No permitiréis que Fernando salga de aquí?

—Por ahora no.

—Reflexionad que el desdichado se morirá de pena.

—No lo creas. Si el dolor matase, hace mucho tiempo que yo no estaría en el mundo.

María guardó silencio.

A pesar de la humildad con que se había criado, no estaba acostumbrada á que la contrariasen.

Mariana adivinaba en sus ojos los deseos que sentía, y faltábale tiempo para realizarlos.

Siguió, pues, á don César haciendo un gracioso mohín, que acreditaba su mal humor.

Pocos momentos después entraban en la choza de Mariana.

La pobre mujer abrazó con efusión á la joven.

—Ahora,—dijo don César,—te dejo á María; yo tengo precisión de ir á Valencia. Mañana vendré á visitaros.

Y don César salió de la cabaña.

María hallábase muy preocupada.

Multitud de pensamientos cruzaban por su mente.

---

# CAPITULO XCI

---

LA AMADA Y LA MADRE

Llegó la tarde.

El sol hallábase próximo á ocultar su enrojecida diadema tras las cumbres del Albarracín.

Las melancólicas tintas del crepúsculo extendíanse por la tierra.

María hallábase muy triste.

No dudaba que la resolución de su padre era inquebrantable.

—¿Qué tienes, hija mía?—la preguntó Mariana.

—No lo sé,—respondió la joven.—Antes de conocer á mi padre cifraba en verle toda mi alegría.

—¿Acaso hoy no piensas del mismo modo?

—Mariana, sería una ingratitud decir lo contrario; pero cuán dichosa hubiese sido con que su ausencia se hubiese prolongado unos días más. Entonces me hubiera hallado unida para siempre al hombre que adoro.

—¡Quién sabe, hija! Cuando la divina Providencia lo ha dispuesto así, tendrá razones para ello.

—¿Y por qué hemos de pagar Fernando y yo los resentimientos de nuestros padres? Yo sé que él es bueno, que me quiere mucho; y en cuanto á mí, no es posible que encuentre ventura sin su amor.

—Sosiégate, hija mía, sosiégate.

Y la anciana acarició los negros cabellos de María con su curtida diestra.

—Ahora,—prosiguió,—lo que debes hacer es distraerte con tus pájaros y tus flores. Los tienes tan olvidados, que si los unos no han muerto y las otras no se agostaron, fué por mí.

—Es cierto; no he tenido la cabeza para nada con tantos disgustos.

—Yo, mientras tú te dedicas á esos sencillos cuidados, voy á llegarme un momento á la choza de Gabriela. Me han dicho que su marido está enfermo.

—Id, pues.

—¿No saldrás de casa?

—Si salgo, será para dar un paseo por los alrededores.

—¿Sin alejarte mucho, por supuesto?

—Eso es.

La anciana salió de la choza.

María quedóse pensativa y triste.

—¡Ah, santo Dios, qué desgraciada soy! ¿Para qué has hecho que conozca á Fernando? Yo, antes de verle, era muy venturosa.

La joven instintivamente se puso en pie, tomando

la vereda que conducía á la gruta en que se hallaba su amante.

Al llegar á ella, penetró en el subterráneo, Roberto hallábase junto á la prisión del joven. Al ver á María dirigióla una cariñosa mirada.

—¿Y don César?—la preguntó.

—Mi padre ha ido á la ciudad.

—¿Cómo no has permanecido entonces junto á Mariana?

—Porque también ha tenido precisión de salir de la cabaña. Tengo miedo de permanecer sola.

—Bien hiciste entonces en buscar mi compañía.

—Tanto más cuanto que quiero pedirte un favor.

—¿Qué deseas?

—Que me permitas hablar un momento con Fernando.

—¿No lo hiciste hace poco?

—Sí; pero ¿acaso el más pequeño espacio de tiempo no se convierte en un siglo cuando se ama?

Roberto sabía el acendrado cariño que don César profesaba á su hija.

No tuvo, por lo tanto, inconveniente en complacer á la joven.

—Pasa,—la dijo designando la puerta.

La felicidad resplandeció en el rostro de María.

Fernando hallábase sentado en el banco con la diestra apoyada en la frente.

Al ver de nuevo á su amada se sonrió.

—¿Eres portadora de alguna buena noticia?

—¡Ojalá!—respondió la joven;—pero desgraciada-

mente no puedo decirte sino que mi padre se opone á que salga de este calabozo.

—¿De veras?

—Sí, Fernando.

—Pero ¿no comprende que esto es peor que morir? Yo hablaría á mi madre, y tengo la certeza que conseguiría ablandar su corazón.

—Mira, Fernando, comprendo que es imposible continuar así, y he meditado un plan que conducirá á tu salvación.

—¿Qué dices? ¿Cómo conseguirla?

—Muy fácilmente. Mi padre ha ido á la ciudad, Mariana tampoco está en casa. ¿Quieres que yo vaya á visitar á la duquesa, diciéndola el sitio en que te ocultas?

—¡Ah, María, el enojo de tu padre caería sobre ti!

—No lo dudo; pero en cambio lográbamos tu libertad.

—Sólo puedo acceder á lo que me propones de una manera.

—¿Cuál?

—Que me sigas á la casa de mi madre. Es un santuario donde tu pureza no ha de empañarse. Además, de este modo ella tendrá ocasión de comprender lo mucho que me amas y lo buena que eres.

—Pues bien iré á la morada de la duquesa. Yo te prometo que tu cautiverio durará poco. Ahora me marcho, que no quiero en manera alguna que Roberto extrañe mi permanencia aquí.

La joven salió de la estancia.

Pocos momentos después dirigíase con paso rápido hacia la población.

Una vez en la playa, preguntó á uno de los marinos si sabía dónde vivía la duquesa de Santarem.

—¿Quién no conoce á esa ilustre señora, que es el constante socorro de los pobres? ¿Quieres que te acompañe hasta su casa?

—Os lo agradecería infinito.

El pescador aventuróse por las calles seguido de la hija de don César.

Después de recorrer los barrios más apartados, el marino detúvose delante de una casa de buena apariencia.

La joven dió las gracias á su acompañante y penetró en el zaguán.

Un criado la preguntó qué deseaba.

—Decid á la señora que necesito hablarla un instante.

—Creo que esta consagrada á sus oraciones.

—Trátase de un asunto de importancia. Decidla que vengo á hablarla de Fernando.

El criado se apresuró á cumplir sus órdenes.

—Señora,—dijo á la duquesa,—una joven campesina pregunta por vos; creo que os trae noticias de vuestro hijo.

—Que pase, que pase en seguida.

Y la duquesa se puso en pie, saliendo á recibir á la joven.

—Entrad, niña,—la dijo con acento afable.

—Señora, dispensad si me he tomado la libertad de

venir á vuestra casa sin tener el honor de conoceros.

—¿Habéis visto á Fernando?

—Acabo de separarme de él.

—¿Dónde se halla mi hijo?

—Antes de nada debo deciros quién soy. Sabed que estáis hablando con la hija de don César.

Doña Blanca retrocedió un paso.

—¡Ah, señora! no huyáis de mí; yo no tengo la culpa de los resentimientos que entre mi padre y vos existan. Yo amo á vuestro hijo, y vengo á daros una prueba de la verdad de mis palabras.

Había tal candidez en las facciones de María, y pronunció estas palabras con tanta ingenuidad, que la duquesa sintióse impulsada hacia la simpatía.

—Sentaos, joven, y decidme cuanto sepáis respecto á mi hijo.

—Mi padre me prometió que gestionaría con vos mi enlace con Fernando. ¿Lo hizo así?

—¿A qué negarlo? Pero esa boda era imposible.

—Yo respeto vuestra opinión y la acato, como madre de Fernando que sois; sin embargo, ya que por razones que ignoro os oponéis á mi felicidad, quiero al menos que él sea dichoso. Duquesa, yo puedo salvar á vuestro hijo.

—¿De veras?

—¿Por qué había de haceros una promesa que no cumpliese?

—¿Y de qué modo podéis salvarle?

—Oponiéndome á los deseos de mi padre y diciéndoos dónde se oculta vuestro hijo. Me consta que á

estas horas no está vigilado más que por un hombre.

—¡Ah, Dios mío, qué lástima que Picoli esté enfermo!

Debemos advertir á nuestros lectores que pocos momentos después de haber abandonado don César la casa de doña Blanca, los pescadores que habían socorrido al mayordomo le condujeron á la morada de la de Santarem.

Picoli, cuya herida no era de mucha gravedad, dijo á su señora cuanto había pasado.

Hecha esta aclaración, reanudemos el diálogo.

—Decidme, niña,—prosiguió la dama,—ya que tan buena sois, ¿sabéis dónde oculta vuestro padre el testamento de mi esposo?

—Ignoraba que obrase en su poder semejante documento.

—Su escudero Roberto se lo arrebató á mi mayordomo.

—¿Con qué fin?

—Con el de hacer que desapareciesen todas las pruebas legales que conceden á Fernando el disfrute de su título y sus riquezas, y favorecer los proyectos de su pariente ambicioso.

—Es la primer noticia que tengo de ese asunto; pero os prometo que haré gestiones para conseguir apoderarme de ese documento.

—¡Parece imposible que seáis hija de semejante padre!

María bajó los ojos avergonzada, no atreviéndose á responder á aquella manifestación.

—Ahora, tened la bondad de esperar aquí,—dijo la duquesa.

—¿Vais á salir, señora?

—No; pero deseo hablar con mi mayordomo sobre este asunto.

Doña Blanca salió de la habitación, dejando á María entregada á sus pensamientos.

---

# CAPITULO XCII

UN PROYECTO DE PICOLI

Picoli hallábase recostado en un sillón, teniendo colocados los pies sobre una banqueta.

Sus mejillas hallábanse extraordinariamente pálidas.

Al ver á la duquesa quiso hacer un esfuerzo para tomar una postura más respetuosa.

—Quieto, Picoli, no te muevas. Estás herido, y por lo tanto tienes que prescindir de la etiqueta. He venido con el objeto de hacerte una pregunta.

—Mucho agradezco ese honor, señora.

—Sabe que hace un momento ha entrado en mi estancia una joven muy bella. El criado que la anunció me dijo que su objeto era hablarme de Fernando.

—¿Y os ha cumplido su promesa?

—Sí; pero lo que más ha de sorprenderte es que esa joven es hija de nuestro más irreconciliable enemigo.

—¿De don César?

—Precisamente.

—¡Es singular! ¿Y qué os ha dicho?

—Me ha asegurado que conoce el sitio en que mi hijo se halla, y también que se encuentra decidida á salvarle.

—¿Serán sinceras sus palabras?

—Creo que sí. La verdad es que tiene un rostro angelical. Esa joven me ha dicho que mi hijo no está vigilado más que por el escudero de don César.

—¡Lástima que yo no pueda moverme! Hé aquí una ocasión propicia para devolverle el favor que me ha hecho.

—Olvida ahora tus resentimientos. Lo esencial es pensar en la salvación de mi hijo.

—Es cierto.

—¿Qué te parece que hagamos?

—Lo oportuno es que llaméis á esta estancia á esa joven. Una vez que sepa dónde se halla vuestro hijo, haré como algunos generales que dirigen la batalla desde su tienda.

La duquesa salió de la estancia de Picoli, y pocos instantes después entraba de nuevo en ella seguida de María.

Picoli clavó en la joven sus penetrantes pupilas.

—Sentaos, niña,—la dijo después.

La hija de don César obedeció.

—Acaba de decirme mi señora que vuestros propósitos son libertar á don Fernando.

—Con efecto.

—¿Y qué móviles os inducen á dar este paso, exponiéndoos al enojo de vuestro padre?

Las mejillas de la joven se cubrieron de un ruboroso carmín.

—Pues bien,—dijo después de una leve vacilación. —¿A qué negarlo? Yo amo al hijo de la duquesa, y aunque esté convencida de que nuestro enlace es un imposible, al menos contribuiré á su libertad y su ventura.

—¡Así piensan las almas nobles!—respondió Picoli. —Y decidme, ¿dónde se encuentra el joven?

—En una gruta del Albarracín; pero se halla en un paraje tan escondido, que no es fácil que lo encuentren, á menos que yo acompañe á la persona que vaya en su busca.

—No me extraña: conozco la localidad y no dudo lo que decís. ¿Y quién es el encargado de custodiar al preso?

—El escudero de mi padre.

—¿Sólo él?

—Sólo.

—¿Pues qué hace don César?

—Mi padre ha tenido necesidad de ir á Valencia.

—¿Sabéis cuándo regresará al Albarracín?

—Lo ignoro. El no acostumbra á dar cuenta de sus acciones.

—Pues bien; ya que la duquesa reclama mi consejo y que vos estáis tan propicia á salvar á su hijo, en mi imaginación ha surgido una idea.

—Veamos.

—¿El viejo Roberto habrá recibido orden de no separarse un instante de la puerta del calabozo?

—Sí, señor.

—Lo de menos sería enviar una docena de hombres bien armados que penetraran en la cueva; pero conozco hace tiempo la astucia del escudero, y no sería imposible que fracasase nuestro plan. Tal vez el calabozo de don Fernando tenga otras salidas, en cuyo caso podría burlarse de nuestros amigos.

—Es cierto,—dijo la duquesa.

—Lo más oportuno, por lo tanto, es que llevéis al viejo escudero algunos víveres. El no puede sorprenderse por vuestro interés.

—¡Es natural! Me aprecia mucho.

—En esos víveres pondréis unas cuantas gotas de un líquido que os entregaré. Tened cuidado en no excederos, pues el brebaje podría conducirle á la otra vida.

—¡Ah, Dios mío, eso sería espantoso!

—Cuatro gotas solamente, bien combinadas con un manjar, ó en una botella de vino, son suficientes para que el bueno de Roberto duerma una hora después.

—¿Luego ese líquido es un narcótico?

—Precisamente; un narcótico que ha de producirle un sopor de seis ó siete horas. De este modo se evita la efusión de sangre, pues Roberto había de oponerse á los deseos de nuestros parciales, y también se hace imposible que medite ninguna estratagema. Ahora, duquesa, tened la bondad de abrir esa arca; á la izquierda encontraréis un pequeño pomo.

Doña Blanca se dirigió hacia el sitio que le indicaba Picoli.

—¿Es este?—le preguntó mostrándole un frasco de cristal que contenía un líquido incoloro.

—El mismo,—respondió el mayordomo.—Ya sabéis, niña; cuatro gotas únicamente, y una hora después dormirá con la inmovilidad de un leño.

María tomó el frasco entre sus manos trémulas.

—Ahora me retiro,—dijo después;—ya va aproximándose la noche y Mariana advertirá mi ausencia.

—Si vuestros planes dan el resultado apetecido, decid á Fernando que junto á las tres rocas blancas esperará un caballo, dispuesto para su fuga.

—Muy bien, duquesa; así se lo haré saber.

—Dios premie vuestra buena obra, hija mía.

Y doña Blanca, tomando entre sus aristocráticas manos la linda cabeza de la joven, estampó en su frente un cariñoso beso.

—Adiós, señora,—dijo María.

Y salió de la estancia, enjugándose las lágrimas que brotaban de sus ojos.

---

—¡Ah, Picoli! ¿crees más seguros los medios que has propuesto?—preguntó doña Blanca cuando estuvo sola con su mayordomo.

—Mucho más.

—¿No hubiese sido mejor que se encomendase el asunto á mis criados?

—No.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—Me fundo,—respondió Picoli,—en que conozco el carácter astuto de nuestros enemigos. No dudéis que nuestros propósitos no hubiesen conducido al fin que nos proponemos.

—¿Y si esa joven vacila?

—No vacilará. Cuando las mujeres sienten en su pecho el impulso del amor se atreven á todo. Además, ¿quién os asegura que bajo ese rostro de querubín no se oculte alguna traición?

—No te comprendo.

—Suponed por un instante que esa joven, en vez de decirnos la verdad, viniese por orden de don César.

—¡Ah, eso sería horrible!

—Yo no lo creo; pero todo es posible.

—¿Y cuál podía ser el objeto de don César?

—Sábelo Dios. Tal vez no satisfecho con los agravios que os ha inferido, podía suponer que vos fueseis en busca de vuestro hijo, y apoderarse de vuestra ilustre persona. Si es así, de poco ha de valerle su astucia. En cambio, si los ofrecimientos de la joven son sinceros, don Fernando vendrá á esta casa por el medio que he propuesto.

—Es verdad, Picoli; tienes una imaginación envidiable. ¿Supongo que el líquido que contenía el pomo no sería nocivo?

—Es un simple narcótico. Tentaciones tuve en dar un veneno para vengarme de Roberto; pero no quise, porque dudo el uso que vayan á hacer de mi pomo.

—Es verdad.

—Ese líquido no ha de producir más que un sueño

profundo, que durará lo suficiente para que don Fernando pueda huir.

La duquesa se levantó del asiento que ocupaba.

—Gracias, Picoli; enfermo y todo, siempre has de ser mi salvación.

—Ese es mi deber.

—Ahora te dejo solo para que descanses. Parece que tu rostro se encuentra más pálido.

—Con efecto, no me hallo muy bien.

La duquesa salió de la estancia.

En cuanto á Picoli, un momento después dormía con la tranquilidad del justo.

---

Entretanto la hija de don César habíase dirigido hacia el Albarracín.

Su corazón palpitaba aceleradamente.

No dudó, sin embargo, un momento en poner en práctica los consejos de Picoli.

Al llegar á la choza vió con alegría que Mariana no había vuelto aún.

Inmediatamente colocó en una cestilla algunos víveres y una botella de vino rancio, en la que echó cuatro gotas del narcótico que acababa de darle el mayordomo de la duquesa.

—Es indudable que no desconfiará de mí el viejo Roberto,—se dijo.

Y salió de la choza, dirigiéndose con paso inseguro hacia la gruta en que se hallaba el escudero.

# CAPITULO XCIII

## EL NARCÓTICO

Roberto se sorprendió de ver de nuevo á la joven.

—¿Otra vez?—le preguntó.—¿Acaso vas á solicitar nuevamente ver al preso?

—No; ahí tienes cómo, á pesar de tus muchos años, no has comprendido en esta ocasión los propósitos de una niña.

—¿Pues qué causas te han decidido á venir á estas horas por esos pedregales? Unicamente conociendo el terreno como tú lo conoces, esto es posible. Lo que es yo, aunque en otros tiempos me eran muy familiares, te aseguro que hoy me rompería la cabeza. La noche debe estar muy oscura.

—Con efecto, lo está. ¿No has salido de aquí?

—¡Líbreme Dios de semejante cosa! Don César me ha recomendado que permanezca aquí hasta su regreso, y yo sé dar cumplimiento exacto á sus órdenes.

—¿Has comido?

—Como no lo hubiese hecho comiéndome algún fragmento de roca.

—Cerca hay una hostería.

—¿La que recibe el nombre del Albarracín?

—Precisamente.

—Pero ya te he dicho que no me aparto de aquí. Su proximidad me importa poco.

—¿Tendrás apetito?

—Regular.

Y el viejo escudero se llevó la diestra á la boca para disimular un bostezo.

—Ya lo suponía,—prosiguió la joven;—y prueba de ello que Mariana y yo hemos colocado unos víveres en esta cestilla.

—¿Para mí?

—¿Para quién habían de ser?

—Dios te lo premie, chiquita. La verdad es que estoy exánime. ¡Ah! ¡no me pasaba lo propio cuando tenía tus años! Pero éstos no pasan en balde. Los viejos nos ponemos achacosos, y cuando alteramos la normalidad de la vida... Ya se ve: lo echamos muchísimo de menos. ¿Y qué me traes?

—Ahora lo verás.

María destapó la cestilla y sacó de ella un plato.

—¡Magras de jamón con tomate!—exclamó el escudero.—¡No parece sino que te habían dicho mi plato favorito!

—Celebro haber acertado.

—¡Y una botella de lo añejo! Vamos, de este modo ya se puede vigilar al preso. ¿Has cenado tú?

—Sí.

—¡Qué lástima! Podías haberme acompañado á hacerlo. La verdad es que me has traído una ración capaz de sustentar á cuatro.

—Eso no es nada. Los aires de la sierra estimulan el apetito.

—Y sobre todo cuando se pueden acompañar las tajadas con un buen trago.

Y el escudero guiñó el ojo maliciosamente, acariciando entre sus manos la botella.

En seguida desenvainó el ancho cuchillo que llevaba en el cinto, y tomando el pan cortó una rebanada.

—¿Con que no quieres probar un bocadillo?

—Gracias, Roberto; no tengo ganas.

—¡Qué muchachas las de hoy! Cuando yo tenía tus años era capaz de comerme la ración de ocho hombres. Verdad es que como estás enamorada, y dicen que este sentimiento disminuye el apetito... En fin, como quieras. Ahora abramos boca.

Y el escudero acercóse á los labios la botella, bebiendo un soberbio trago.

—¡Ajajá! ¡Cómo calienta el cuerpo!... Muchos años hacía que no probaba el vino español. Esto me recuerda las veladas que en otros tiempos pasaba con un amigo mío que era llavero del Santo Oficio. ¡Pobre Roque! ¡Cuánto quería y respetaba á tu madre!... Verdad es que había sido criado de Soria, que era como se llamaba tu abuelo.

—Mi padre me ha dicho que la mujer que me dió vida fué muy desgraciada.

—¡Ya lo creo! Y todo por las bribonadas de don Lope. En fin, dejemos este asunto. ¿Á qué recordar ahora cosas tristes?

—Es verdad, Roberto.

Cada vez que el escudero bebía, la joven bajaba los ojos.

Ella no había nacido para el mal.

Si se determinaba á seguir los consejos del astuto Picoli, era tan sólo porque su amor hacia Fernando y sus deseos de salvarle la impulsaban á ello de un modo irresistible.

Roberto hallábase dotado del mejor apetito.

Aunque al principio habíale parecido exagerada la ración, concluyó por comérsela toda.

—¡Pardiez, que me he puesto lo mismo que un obispo cuando concluye la cuaresma! ¿Sabes que apenas puedo moverme?

—Poco importa, supuesto que no tienes necesidad de andar.

—Con efecto.

—Duerme un poco...

—Eso sí que no. ¡Bueno se pondría don César si por casualidad me encontrara reposando!

—¿Por qué?

—¡Qué flaca eres de memoria! ¿Acaso has olvidado mi misión en este sitio?

—¿No tiene llave la puerta del calabozo?

—Sí que la tiene.

—Entonces, ¿qué temor abrigas? El preso no ha de escaparse por la cerradura.

Roberto movió la cabeza, significando que no le convencían las razones de la joven.

—¡Qué pálida estás!—dijo el escudero clavando sus ojos en María. ¿Te sientes enferma?

—No; nunca me he encontrado mejor,—respondió procurando sonreir.

—¡Y tiemblas como una azogada! Sin duda te hace daño la humedad que aquí se respira.

—Es posible.

—Vuelve á la choza de Mariana; allí habrá en el hogar una buena lumbre. ¿Qué precisión tienes de darte aquí un mal rato?

—Quería acompañarte.

—¡Qué locura! Anda, chiquita, anda. Yo voy á cubrirme con mi manta. También siento escalofríos. La temperatura del monte es muy fuerte. Y mucho más cuando uno se encuentra en las entrañas de la tierra.

Y Roberto cubrióse con su manta, calándose su ancho sombrero hasta las cejas.

María permaneció inmóvil.

Ignoraba qué partido tomar.

Por un lado hubiese querido seguir el consejo del anciano; pero una fuerza irresistible obligábala á permanecer allí.

Roberto apoyó sus brazos sobre las rodillas, colocando el rostro entre ambas manos.

Sus ojos iban cerrándose gradualmente.

A veces hacía un poderoso esfuerzo para sacudir el sueño, y se sonreía mirando á la joven.

—¡Pardiez, qué pesado estoy!—dijo poniéndose en

pie; pero las piernas se negaron á sostenerle, y cayó de nuevo sobre la roca que le servía de asiento.

—Chiquita, ¿quieres ver si vuelve don César?

—¿Tiene que venir?

—Supongo que no faltará, á menos que le dé la humorada de quedarse esta noche en Valencia.

—Ya es tarde.

—Ya sabes que para él nunca lo es.

María se puso en pie y cruzó el largo pasadizo.

—¡Dios mío, dame fuerza y valor para mi empresa! —exclamó.

La noche estaba, con efecto, muy oscura.

Ni una estrella interrumpía la profunda lobreguez de los cielos.

La joven temblaba como la hoja que se siente azotada por el huracán.

—¡Si mi padre volviese en el momento crítico! ¡Ah! no quiero pensarlo siquiera.

Su imaginación, predispuesta á lo medroso, hacíale creer que cada roca ó cada arbusto tomaba la figura de un hombre.

—Y Mariana, ¿qué pensará de mí? De seguro que habrá ido á la ciudad en mi busca. ¡Cuánto disgusto! ¡Qué cosas hacemos las mujeres por el hombre que consigue encender en nuestro pecho la llama del amor! ¿Se habrá dormido Roberto? Esperaré un instante. ¡Pobre viejo! ¡Qué ajeno se halla de suponer que le hago traición! No obstante, mi padre es suficientemente sagaz para comprender lo que ha pasado. Ni un momento dudará de su fidelidad. De todas ma-

neras, cuando Fernando esté en salvo, yo debo decirle lo que ha sucedido. No me perdonaría nunca que recayesen sobre otro culpas que me pertenecen. Sálvese el hijo de la duquesa, y soy dichosa. Esto es lo único á que puedo aspirar. Y la verdad es que esa señora me ha recibido con mucho cariño. ¿Le habrá impresionado mi abnegación? ¿Consentirá algún día en nuestro enlace? ¡Quién sabe! Otros ejemplos más raros ha habido en el mundo.

La joven quedó pensativa.

—Ya es tarde,—dijo después;—ya debe dormir el escudero. Vamos al calabozo.

Y la hija de don César extendió sus manos para orientarse por aquel oscuro subterráneo que conducía á la prisión de su amante.

---

# CAPITULO XCIV

DONDE MARÍA PONE EN LIBERTAD Á SU AMADO

Cuando María llegó junto al calabozo, pudo observar á los inciertos resplandores que derramaba una linterna que Roberto había llevado á prevención, que el escudero dormía profundamente.

El narcótico facilitado por Picoli había hecho sus efectos.

El anciano permanecía sobre la roca envuelto en su manta y con la cabeza apoyada en ambas manos.

Su respiración fatigosa acusaba que aquel sueño no era natural.

¿Cómo se hubiese comprendido de otro modo que el fiel escudero de don César hubiese podido dormirse, cuándo hallábase siempre dispuesto á sacrificarse por servir á su señor?

María dudó un instante en acercarse á él.

—¿Estará verdaderamente dormido?

Y la joven aproximóse, procurando hacer el menor ruido posible.

Después de examinar al anciano exclamó:

—Sí, no hay duda; duerme: forzoso es que me apodere de la llave. Puede volver mi padre. Un minuto más tal vez sea un obstáculo para conseguir la realización de mi objeto.

María vió con satisfacción que Roberto tenía entre sus manos una llave.

Era indudable que aquel pedazo de hierro era el que había de facilitarle la entrada en el calabozo de Fernando.

La joven se apoderó de ella.

Costóle mucho trabajo introducirla en la cerradura, porque el temblor la alteraba.

Por último, abrió la puerta.

—Fernando,—dijo en voz baja.

El hijo de la duquesa apareció en el dintel.

—¿Eres tú, amor mío?

—Yo, que vengo á cumplirte mi promesa.

—¿Viste á mi madre?

—Sí, pero te ruego que no te detengas; mi padre puede venir de un momento á otro, y entonces estamos perdidos.

—¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

—Ya te lo explicaré. Ahora huyamos.

Y María tomó la mano del joven entre las suyas, atrayéndole hacia su pecho.

Fernando clavó sus ojos en el escudero.

—¿Y este hombre?

—No temas; está profundamente dormido.

Un momento después, el hijo de la duquesa y María se aventuraban por el oscuro subterráneo, saliendo al campo.

El joven respiró el aire libre con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Ah, María! ¿cómo podré pagarte lo mucho que te debo?

—¿Acaso no habías hecho por mí lo propio que hoy hago? Tú me salvaste la vida, yo te devuelvo la libertad.

—¿Supongo que vendrás conmigo?

—Te acompañaré hasta la casa de la duquesa.

—¿Y luégo?

—Luégo tengo precisión de volver aquí.

—¿Para qué?

—¿No comprendes que tu fuga podrá hacer que recaigan sobre el escudero sospechas de un delito que el pobre no ha cometido?

—¿Y qué importa?

—No, Fernando, yo no quiero que nadie pague culpas que no son suyas.

—¿Luego piensas decir á tu padre que tú me has salvado?

—Desde luégo.

—¿Y si despiertas su enojo?

—Lo sufriré con resignación.

—¿Y si te castiga?

—¿Qué castigo podrá importarme al pensar que tú eres dichoso?

—¡Cuán buena eres, ángel mío!—exclamó Fernando.

—Ahora no conviene que nos detengamos aquí. Junto á las tres rocas blancas espera un corcel que tu madre te envía.

—¿Qué te ha dicho mi madre?

—Pues me ha tratado con mucha afabilidad.

—¿Había de hacer otra cosa con quien le restituye á su hijo? María, yo celebro que hayas hecho por mí este sacrificio, pues tengo la certeza que mi madre no ha de oponerse á nuestra unión. ¿No crees lo mismo?

La joven movió tristemente la cabeza en señal de duda.

Un momento después, ambos llegaban junto á las rocas.

En aquel sitio hallábase un criado de la duquesa, sosteniendo de las bridas un magnífico corcel que golpeaba la tierra con sus férreos cascos, expresando de este modo su deseo de partir.

Fernando montó sobre el noble animal y tendió su mano á María para que le imitase.

La joven apoyóse en ella, y un momento después hallábase sobre las ancas del caballo.

Este partió como una centella al sentirse estimulado por el jinete.

---

Media hora después de haber apelado el joven á la fuga, un hombre cubierto con un ancho sombrero aventurábase por la áspera vereda que conducía á las cumbres del Albarracín.

Aquel hombre era don César.

Caminaba apoyándose en un báculo y con la frente inclinada sobre el pecho.

Multitud de pensamientos cruzaban por su imaginación.

Al llegar á la abertura de la roca hizo sonar las palmas.

Esta señal debía indicarle á Roberto que saliese con la linterna para orientarle por aquellos lóbregos subterráneos.

Tan sólo el eco repercutió su llamamiento.

—¡Es extraño!—dijo don César.

Y penetró en la cueva.

Habría dado entre las sombras una docena de pasos cuando vislumbró los reflejos de la linterna.

La silueta del escudero descubrióse perfectamente.

Don César respiró con libertad.

Sin embargo, no dejó de extrañarle que Roberto permaneciese inmóvil.

Al llegar junto á él dirigióle una mirada de enojo, y le dijo:

—¿Es esta la manera que tienes de cumplir mis encargos?

El escudero permaneció silencioso.

Entonces, irritado don César, aproximóse á él.

—¿Te has dormido, imbécil?

Y dióle una brusca sacudida.

Roberto cayó sobre la roca como si estuviese sin vida.

—¡Ira de Dios! ¿Estará enfermo?

Y don César, apoderándose de la linterna, enfocó sus rayos al rostro de su servidor.

Una palidez marmórea extendíase por las mejillas del anciano.

Instintivamente el hidalgo clavó después sus penetrantes ojos en la puerta del calabozo.

Esta hallábase cerrada, pero la llave estaba puesta en la cerradura.

Don César sintió que los latidos de su corazón se apresuraban.

Levantó el pestillo y penetró en el interior de la estancia.

Al hallarla desierta, un rugido espantoso se escapó de su pecho.

—¡Ha huído!—se dijo.

Y lanzóse sobre el escudero como el tigre sobre la presa.

Tan brusca fué la insinuación, que el anciano despertóse de su profundo letargo.

Sus ojos, desmesuradamente abiertos, claváronse en don César.

—¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?—preguntó con acento balbuciente.

—¿Y aún me lo preguntas? ¿No sabes, villano, que el preso ha huído?

—¿Que ha huído?

—Sí.

—¿Y yo... cómo he podido dormirme? ¡Ah, señor, merezco que me castiguéis; pero no puedo explicarme cómo he podido conciliar el sueño! Era superior á mi

voluntad. Desde que vuestra hija me trajo la cena, me he sentido atacado de un sopor...

—¿Qué dices, Roberto? ¿Mi hija ha estado aquí?

—Sí; la pobre me trajo una cesta con víveres.

—¿Y cenaste?

—Opíparamente.

—¡Ah, qué horrible idea!—exclamó don César;—no es posible que un hombre tan celoso como tú haya podido olvidarse de su deber. ¿Advertiste en esas viandas algún sabor extraño?

—No he advertido nada.

—Eso no importa. Hay narcóticos que son inapreciables para el paladar. Roberto, prepara en seguida mi caballo. Tal vez aún es tiempo de alcanzar al fugitivo. Mientras tanto, yo voy á la choza de Mariana.

Don César salió de la gruta como un loco.

Roberto no podía explicarse lo que había sucedido.

---

Cuando el padre de María penetró en la cabaña de Mariana, vió que ésta estaba deshecha en lágrimas.

—¡Ay, don César! ¿Habéis visto á vuestra hija?

—¿Acaso no se encuentra aquí?

—No, señor; esta tarde la dejé en casa porque tenía que visitar á una amiga cuyo marido está enfermo, y al volver he hallado la choza desierta.

Don César ya no pudo dudar que la fuga de Fernando había sido dispuesta por su hija.

—No te asustes, mi buena Mariana; yo sé dónde he de hallar á tu protegida.

Y salió de la cabaña.

Roberto había preparado el corcel de su señor.

Éste montó con una agilidad extraordinaria y puso su caballo á galope, aunque la noche estaba muy oscura y el terreno era muy pedregoso.

Dejémosle dirigirse hacia la población en busca de los jóvenes, y sigamos á éstos desde el instante en que salieron del subterráneo del Albarracín.

---

# CAPITULO XCV

## LA IMPACIENCIA DE UNA MADRE

María y Fernando apenas hablaron durante el trayecto.

Temían á cada instante descubrir á don César.

Cuando salieron del terreno pedregoso de la montaña, el joven se tranquilizó.

Al pasar por la playa éste oyó que le llamaban.

Fernando se detuvo.

El que acababa de nombrarle era Jaime, aquel honrado pescador que la noche antes había socorrido á Pedrote.

—Fernando,—le dijo,—¿vienes de Villarreal?

—No.

—¿No has visto, por lo tanto, á tu protector?

—Es claro.

—Pues no te detengas. Entra en mi esquife y parte al puerto.

—¿Ocurre algo?

—Más de lo que supones.

Fernando echó pié á tierra ayudando á su amada á que se apease.

—Habla, Jaime. Tus palabras me han puesto en cuidado.

—Pedrote está herido.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Ayer por la noche le recogimos un compañero mío y yo.

—Pero ¿quién ha sido el infame agresor?

—Lo ignoro. Pedrote no se encuentra en disposición de decirlo y tal vez no lo sepa siquiera.

—¡Válgame el cielo qué desgracia!

Y el joven se aproximó á María.

—Es necesario que completes el favor que me has hecho,—la dijo.

—¿Qué quieres?

—Como comprenderás, á pesar de los muchos deseos que siento de abrazar á mi madre, el deber me aconseja partir en seguida á Villarreal. Pedrote ha sido mi protector. Tal vez á estas horas esté espirando.

—¿Y vas á partir?

—¡Qué hacer!

—En ese caso yo te acompañaré.

—De ningún modo. Entonces aumentaría la inquietud de mi madre. Es preciso que vayas á su casa, y que me esperes allí. Dile á mi madre lo que ha sucedido. Ella no puede negarse á que permanezcas á su lado.

María se disgustó con la petición que su amante le hacía.

No atrevióse, sin embargo, á contrariarle.

—Anda, vida mía, vé al lado de mi madre.

—Pero ¿y si mi padre vuelve á apoderarse de ti?

—Eso es imposible. Lo lógico es que vaya á la morada de mi madre en mi busca. No puede suponer que haya partido para Villarreal.

Fernando aproximóse á su amigo Jaime.

—¿Tienes mucho que hacer?

—No; cuando te he encontrado me disponía á pasar una hora en la tasca de maese Jorge.

—Pues en ese caso, te ruego que acompañes á esta niña.

—No hay inconveniente.

—Gracias, Jaime, Dios te lo premie. Tú, María, dile á mi madre que muy pronto, tal vez esta misma noche, volveré para darla un abrazo.

El joven saltó á la barca, y, despidiéndose de su amada, dió un poderoso empuje con los remos.

Poco después perdíase el esquife entre la inmensidad de las olas.

---

María y Jaime dirigiéronse hacia la morada de la duquesa.

Excusado es decir que doña Blanca no dormía.

Hallábase al balcón esperando con impaciencia la llegada de su hijo.

Cuando descubrió entre las sombras á María acom-

pañada del pescador, no pudo reprimir un grito de gozo, imaginando que Jaime era su hijo.

Inmediatamente bajó al zaguán.

Al ver de cerca el curtido rostro del marinero quedóse inmóvil.

—No os disgustéis, señora,—se apresuró á decirle María.

—¿Y Fernando?

—Fernando no tardará en venir á abrazaros.

—Pero ¿dónde se halla?

—Ahora os lo diré.

Jaime quitóse la gorra en presencia de doña Blanca, y luégo se despidió de María dirigiéndose al establecimiento de maese Jorge.

La duquesa, seguida de la joven, penetró en una estancia dejándose caer en un sillón.

—Hablad, decidme cuanto ha pasado.

—Vuestro hijo goza á estas horas de la libertad más absoluta.

—¿Cómo no ha venido entonces el ingrato á abrazarme?

—Porque cuando nos dirigíamos aquí encontramos á ese pescador que me ha acompañado, y nos dijo que Pedrote estaba herido gravemente.

—¿También el protector de Fernando está herido?

—Sí, señora. Fernando entonces no quiso dejar de verle, encargándome que os comunicase lo que ha pasado.

—¿Y dónde se halla Pedro?

—En Villarreal.

—¡Ah, santo Dios! ¡Parece que el infortunio se goza en atormentarme!

—Fernando me ha encargado os dijese que probablemente vendría esta noche á veros.

—¡Probablemente! Siempre la incertidumbre, que es más horrible que la amarga realidad. No, yo no puedo sofocar mi impaciencia; necesito verle y estrecharle entre mis brazos. ¿Queréis acompañarme á Villarreal?

—Pero ¿vais á poneros en camino con una noche tan oscura y en una hora tan avanzada?

—Sí; no retrocedería por nada en el mundo.

—En ese caso, acepto vuestro ofrecimiento. Si queréis, Jaime el pescador, que nos anunció la desgracia de Pedrote, podrá conducirnos en un esquife.

—Desde luégo. ¿Sabéis dónde se encuentra ese pescador? ¡Qué lástima no haberle detenido!

—No importa. Le he oído decir que iba á la hostería de Maese Jorge.

—¿Está muy lejos ese establecimiento?

—En la playa. Yo conozco á maese Jorge, porque una noche permanecí en su casa. Fué aquella en que vuestro hijo me libró de una muerte segura.

—Vamos, vamos, pues. ¿De modo que el narcótico que os dió mi mayordomo produjo resultados?

—Excelentes. El escudero durmióse con un sueño profundo.

—¡Ah, Dios mío! Él quiera que terminen pronto mis desgracias.

—Sí, señora, terminarán.

La duquesa y la joven salieron de la casa.

Ambas caminaron muy de prisa hasta la playa.

La joven apenas podía seguir á doña Blanca, que hallábase muy sobreexcitada.

Al llegar junto á la puerta de la hostería, ambas se detuvieron.

—Esperad un instante, señora,—dijo la joven;—yo entraré á avisar á Jaime.

El pescador hallábase sentado junto á una mesa bebiendo un vaso de vino y aspirando el humo de su pipa.

María le hizo una seña para que se aproximase.

—¿Qué deseas, muchacha?

—Es necesario que nos acompañes á Villarreal.

—¿Á estas horas?

—Sí; es un deseo de la duquesa de Santarem, que te recompensará con largueza.

Jaime pagó á maese Jorge el importe de lo que había consumido.

—Cuando quieras,—dijo después á María.

Un momento después, la joven, la duquesa y el pescador penetraban en una barca.

—Decidme,—preguntó doña Blanca,—¿sabéis qué motivos han ocasionado la desgracia de Pedro?

—No, señora. Nosotros lo encontramos en una calle del Grao próxima á vuestra casa. El infeliz se hallaba sobre un charco de sangre. Como es natural, lo recogimos, llevándole á su choza de Villarreal, donde está asistiéndole una anciana que es vecina suya. Ignoro si á estas horas habrá recuperado el conocimiento.

—¿Luego fué herido en el Grao?

—Sí, señora.

—¡Ah, me atrevería á pronunciar el nombre del agresor!

Y la duquesa, al decir esto, clavó sus ojos en María.

Esta comprendió que aludía á su padre, y, aproximándose á doña Blanca, la dijo con acento suplicante:

—Por Dios, señora, callad.

—Imposible parece,—continuó Jaime,—que haya en el mundo quien infiera el menor daño á un hombre como Pedro. ¡Es el símbolo de la honradez! Ya habéis visto lo que ha hecho con Fernando. Pues por esa noble acción puede juzgarse de todas las demás.

—¡Pobre anciano!

—Afortunadamente tiene una naturaleza muy robusta, y yo creo que sanará.

—Dios lo quiera.

Durante el viaje, la conversación fué languideciendo.

Jaime remaba.

La duquesa hallábase abstraída en sus más profundos pensamientos.

En cuanto á María, clavaba sus ojos en las bulliciosas ondas que al chocar contra la barca se deshacían en blancos penachos de espuma.

Algunas horas después, cuando empezaban á advertirse en el cielo los tibios albores de la aurora, la barca se detuvo.

Habían llegado al término de su viaje.

---

# CAPITULO XCVI

## DONDE FERNANDO DEMUESTRA LA FIRMEZA DE SU AMOR

La duquesa rogó á Jaime que la condujese á la choza de Pedro.

—Con mucho gusto, señora,—respondió el pescador.

Y después de amarrar el esquife encaminó á doña Blanca y á María hacia el sitio que deseaban.

No tuvieron necesidad de andar mucho.

La barraca del protector de Fernando se hallaba tan próxima al mar, que, cuando éste se enfurecía, sus olas besaban la puerta de la choza.

Jaime llamó.

Un momento después, una anciana presentóse en el umbral.

—Hola, Jacoba,—dijo Jaime,—¿cómo sigue el enfermo?

—Afortunadamente ya se encuentra un poco mejor.

—¿Y Fernando?

—Está junto á él.

—Pues haz el favor de decirle que salga un instante.

La anciana Jacoba apresuróse á cumplir el encargo de Jaime.

Dos minutos después Fernando se arrojaba en los brazos de la duquesa.

—¡Hijo mío!—exclamó la ilustre señora atrayéndole dulcemente hacia su pecho;—¡al fin veo realizada la aspiración de toda mi vida!

Pasados los primeros trasportes de alegría, Fernando se aproximó á su amada.

—Madre, aquí tienes el ángel que ha hecho que nos abracemos. Sin ella sería un pobre prisionero ó tal vez un cadáver.

—Ya lo sé, hijo mío.

—Y tampoco ignorarás lo mucho que la amo.

La duquesa bajó los ojos eludiendo la respuesta, pero el joven insistió.

—Ya hablaremos más despacio de ese asunto. Dime: ¿cómo sigue tu protector?

—Afortunadamente la herida no es tan grave como se creyó al principio. No era posible que Dios permitiese otra cosa. ¿Queréis verle?

—¿Para qué? Eso no conduciría más que á molestarte.

María se aproximó á su amante.

—Mira, Fernando, yo voy á dejaros solos.

—¿Por qué?

—Comprendo que tu madre deseará conversar contigo.

—Tú nunca puedes ser importuna.

—Para ti, que me amas, no lo dudo; para ella, sí.

—Tampoco. Mi madre tiene que agradecerte mucho lo que por mí has hecho.

—Pero eso no obsta para que en este momento le parezca molesta mi presencia.

—¿Adónde vas?

—Á la playa.

—¿Á la playa?

—Sí; como comprenderás, yo no puedo consentir que el viejo escudero que te vigilaba pague por mí el enojo de mi padre.

—¡Ah! ¿Luego insistes en decir á don César lo que ha sucedido?

—Sí.

—¿Y si se enfada?

—No lo hará. Me ama demasiado para condenar mi conducta.

—Pues bien, María; si consiento en que te alejes, es solamente porque durante tu ausencia pienso arreglar en definitiva nuestro enlace.

—¿De veras?—preguntó la joven sin poder reprimir su alegría.

—Te lo juro.

—Adiós, pues, Fernando.

—Adiós, María.

La joven se aproximó á la duquesa con cierta timidez.

—Adiós, señora,—la dijo.

—¿Os vais?

—Sí, señora; no he venido más que por acompañaros, pero tengo que hacer.

Doña Blanca atrajo á la joven hacia su pecho, y besando su frente, la dijo:

—¡Pobre niña! ¿Por qué habrá querido la fatalidad que seas hija de don César? Eres un ángel y nunca olvidaré lo que te debo. ¡Ojalá llegue un día en que pueda recompensarte el bien que me has hecho!

María sintió que las lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos, y salió de la estancia apresuradamente.

La duquesa y su hijo guardaron un prolongado silencio.

—¡Qué buena es!—dijo el joven.

—Es verdad. Puedo asegurarte que si no fuese hija del hombre á quien más odio en este mundo, no dudaría en hacerla tu esposa.

—¿Luego ahora dudáis?

—Tampoco. Ahora estoy decidida á que ese enlace no se realice.

—¿Qué decís?

—La verdad.

—Madre, reflexionad que María no tiene la culpa de la perversidad de don César. Ninguno odia á ese hidalgo más que yo, y, sin embargo, no dudo en amar á su hija. ¿Qué culpa tiene la desdichada de los crímenes del hombre que la hizo nacer?

—Reflexiona que don César fué, según dicen, el asesino de tu padre.

—Y éste, según afirman, dió la muerte á la madre de María.

—¡Que era una hechicera!

—Lo cual no significa nada para que la quisiesen los suyos.

—María es hija de un bandolero, de un hombre que defendió la causa mahometana.

—En cambio ella profesa las creencias del cristianismo.

—Tú serás duque de Santarem y dueño de una inmensa fortuna.

—Madre, para nada quiero mis títulos ni mis riquezas si no poseo su amor, que es mi más querido tesoro.

—¿Pero será posible?

—Os lo juro por la sagrada memoria de mi padre.

—Tú estás loco. Mientras don César exista, ese enlace no puede realizarse.

—¡Ah! ¡No me digáis eso! Luego si él no viviese...

—Accedería.

—¿No comprendéis que brota en mi cerebro la idea del homicidio?

—No, eso nunca. El duque de Santarem no puede manchar sus manos con un crimen.

—Ni puede tampoco renunciar al amor de su aldeana.

—Te ofuscas. Yo no he ido al Grao más que por la esperanza de hallarte. Una vez que te veas en la corte, encontrarás mujeres mucho más hermosas y distinguidas que la que ha cautivado tu corazón.

—No lo creáis, madre. No se trata de la efímera pasión de un niño, sino de un amor eterno, que no terminará nunca.

—¿Aunque yo te lo ruegue?

El joven dudó en dar una respuesta.

—Á pesar de eso, madre,—dijo después de un momento.—Pedidme la sangre que circula por mis venas, y no dudaré en derramar por vos hasta la última gota. Pero no queráis que renuncie á mi amor, porque esto no depende de mi voluntad.

—Pues bien, Fernando, yo te ruego que esperes. Aún sois dos niños; ¿quién sabe lo que el porvenir os reserva?

—No puedo, madre, no puedo.

—Pero ¿no comprendes que esa sencilla aldeana no es digna de ti?

—¿Por qué? ¿Acaso no he sido yo hasta ahora un humilde pescador? Ambos, para figurar en el mundo y no hacer un papel ridículo á la faz de las gentes aristocráticas, tenemos que ponernos al tanto de sus costumbres.

La duquesa guardó silencio.

No sabía qué partido tomar.

Comprendía que la resolución de su hijo era inquebrantable.

—Pues bien, Fernando, yo reflexionaré sobre el asunto.

—Tened en cuenta que no consentiré separarme de María y Pedrote. Á la primera la amo con todo mi corazón. El segundo ha sido mi padre. Sería una ingra-

titud que los abandonase. Yo creo que ser duque de Santarem y dueño de una pingüe riqueza no vale lo que ellos. Pensadlo, madre mía; antes que renunciar á esos queridos seres, renuncio á todo.

—¿Hasta á mí? ¡Ingrato!

---

En aquel instante presentóse Jaime en la estancia.

—Duquesa, un hidalgo pregunta por vos.

—¿Por mí?—dijo la duquesa palideciendo.

—Sí, señora. Viene acompañado de María.

—¡Don César!—exclamó doña Blanca.

Fernando hizo un movimiento de disgusto.

Con efecto, don César, al advertir la desaparición del joven, habíase dirigido á la casa de Santarem, donde le dijeron que la duquesa había salido.

No se necesitaba la penetración de don César para comprender que de no hallarse allí la dama habíase dirigido á Villarreal.

El padre de María tomó un bote y se encaminó al pequeño puerto.

Una vez en éste había encontrado á su hija, y por ella supo que Fernando y doña Blanca se hallaban en la choza de Pedrote.

---

# CAPITULO XCVII

DONDE SE DEMUESTRA LA INFLUENCIA QUE EJERCE SOBRE UN PADRE EL AMOR DE UNA HIJA

Don César, apenas desembarcó en Villarreal, preguntó dónde se hallaba la choza de Pedro.

Éste era muy conocido de todos por su honradez.

Apenas le indicaron dónde se encontraba el humilde albergue del viejo marino, dirigióse hacia aquel lugar.

No había dado una docena de pasos cuando descubrió á su hija.

La joven iba muy preocupada.

Jaime la seguía.

Don César aproximóse á ellos.

—María.

La joven, al oir pronunciar su nombre, se estremeció.

—¡Ah, padre mío!—dijo; y sus mejillas se cubrieron de un vivo carmín.

—¿Ahora te avergüenzas de tu conducta? ¿Te parece que tu comportamiento merece perdón? ¿Adónde te dirigías en este instante?

—Iba al Albarracín en busca vuestra.

—¿En busca mía?

—Sí.

—Eso no es cierto.

—Os lo juro. Y, como prueba de ello, Jaime puede decíroslo.

—Es verdad, señor, María me acababa de suplicar que la condujese en mi bote al Grao.

—Pues bien, ya no es preciso que os molestéis.

Y don César sacó de su escarcela una moneda de plata, que quiso poner en manos de Jaime.

—De ningún modo,—dijo el pescador;—yo no pensaba recibir la menor recompensa por ese viaje, que únicamente lo hacía por complacer á esta joven.

—Aceptad, pues, esta pequeña muestra de mi gratitud.

Jaime tomó lo que don César le daba.

—¿De modo que ya no vais al Grao?

—Al menos esta noche, no.

—Perfectamente. Ya sabéis que mi barca está á vuestra disposición cuando os haga falta. Vivo en aquella choza. A cualquier hora que necesitéis mis servicios no tenéis más que llamar.

—Gracias, Jaime.

El pescador se alejó cantando.

Entonces don César clavó sus negros ojos en los de su hija.

Ésta hallábase muy turbada.

—María, parece imposible que hayas obrado conmigo del modo que lo has hecho. ¿No se te ocurre siquiera una palabra que justifique tu acción?

—¿A qué decírosla, padre mío? Comprendo que vuestro enojo está fundado, que yo nunca he debido abusar de la confianza que en mí depositasteis; pero ¿qué queréis? yo amo á ese joven, y el amor conduce á las mayores locuras. Si me hubieseis impuesto el castigo que él sufría, yo hubiera acatado vuestra voluntad; pero las desgracias que sobre Fernando pesan me abruman más que las propias.

—¿Cómo olvidaste lo que días pasados te dije? ¿No recuerdas que ese joven es hijo del hombre que labró la muerte de mi padre, y que hizo sucumbir á la honrada mujer que te llevó en su seno? ¿Tan pronto has olvidado que, haciendo caso omiso de estos resentimientos, yo fuí á ver á la duquesa, á proponerle vuestro enlace? ¿Cuál fué el premio de mi sacrificio? Que esa mujer rencorosa y cruel me arrojara de su casa. ¡Ah, María, no dudo que tu amor sea inmenso; pero ese amor debieras ocultarlo, cuando se trata de conservar íntegra la dignidad!

María prorrumpió en sollozos.

—¡Padre mío, perdón!

—No puedo negarte lo que me pides; pero no sabes el daño que me has hecho y el perjuicio que me has irrogado con dejar en libertad á ese joven.

—Es que le amo más que á mi vida. Por él sacrificaría gustosa hasta la existencia. Sin embargo, padre,

yo seguiré vuestros consejos, yo no volveré á hablaros de él. No ignoro que su amor es á mi alma lo que el rocío á las flores. Vuestra pobre hija no vivirá mucho tiempo.

—¡Calla, calla por Dios, María!

Y don César la estrechó contra su pecho.

Luégo clavó sus ojos en ella, pudiendo observar que las mejillas de la joven estaban pálidas como el mármol.

Una sombra violácea circuía sus ojos.

Su frente, antes tan serena, hallábase pálida.

Basta un soplo del huracán para destruir la hermosa lozanía de una azucena.

De igual modo es suficiente una pena para marchitar las fibras del alma.

—Hija mía, no llores. Tú no puedes comprender el daño que me hacen tus lágrimas. Parecen gotas de plomo candente que caen sobre mi corazón.

—Padre mío, ojalá pudiese contenerlas, aunque me ahogasen. No imaginéis que mi deseo es aumentar vuestro tormento.

—Lo creo, pobre niña, lo creo.

—Ya sabéis que si os he dado un disgusto, no es porque mis inclinaciones sean malas, sino porque una fuerza superior me ha inducido á ello.

—¿De modo que pensabas ir al Grao á manifestarme lo que habías hecho?

—Sí, yo no quería de manera alguna que el pobre Roberto sufriese vuestro enojo.

—No, le conozco demasiado para dudar de su fidelidad. Supuse desde luégo lo que había sucedido.

—¡Cómo os incomodaríais conmigo en el primer instante!

—Me incomodé como puede hacerlo un padre cuando se trata de su hija. Esto es, perdonando tu falta.

—¡Qué bueno sois!

—Y, sin embargo, ya ves cómo la duquesa duda de mi bondad. Y á propósito de la duquesa, me han dicho que está en este puerto.

—Sí, ha venido conmigo á casa de Pedrote. Cuando Fernando supo que su protector estaba herido, dirigióse á esta villa, y no pudiendo doña Blanca reprimir su impaciencia por abrazar á su hijo...

—Te rogó que la acompañases, ¿no es cierto?

—Sí, padre.

—¿Y cómo te ha tratado la duquesa?

—No diría la verdad si no asegurase que ha estado muy cariñosa conmigo.

—Es claro. Los ángeles como tú tienen que inspirar simpatía hasta á aquellas personas que no los aman.

—Sin embargo, jamás consentirá en el enlace de su hijo.

—¿Por qué?

—Porque su odio hacia vos es implacable, según me ha dicho.

—Más motivos tengo yo para profesárselo.

—Dice la duquesa que le habéis hecho muchos agravios.

—Pero no te habrá dicho los que su esposo me hizo á mí.

¿Y Fernando? ¿Ha estado muy explícito con la duquesa?

—Fernando la dijo en mi presencia que me amaba y que su deseo era unirse á mí.

—¿La duquesa evadiría la respuesta?

—Con efecto, no respondió. Entonces yo quise dejarlos solos para que hablasen con entera libertad, y salíme de la estancia.

—¿Y esto sucedió un momento antes de encontrarnos aquí?

—Precisamente.

—¿Luego ahora están juntos madre é hijo?

—Sí. Yo, padre, nada espero; no ignoro que mi amor es imposible, pero este inconveniente me quita la vida. Lo único que deseo es la ventura de Fernando, y para que esto se realice voy á pediros un último favor.

—¿Qué desase?

—La duquesa me ha dicho que le habíais arrebatado á su mayordomo el testamento de don Lope de Lara.

—Es verdad. Roberto cumplió este encargo mío.

—Pues bien; yo deseo que ese documento sea restituído á su dueña.

—Eso sería una abnegación á la que no llega mi bondad, tratándose de una enemiga como doña Blanca.

—Pero es que no se trata de ella, sino de mí. Luégo, padre mío, yo entraré en un convento ó permaneceré á vuestro lado, según sea vuestro gusto.

—¿No sabes que teniendo en mi poder ese pergamino puedo hacer que el ducado de Santarem páse á manos de mi amigo don Luis?

—No lo ignoro.

—Entonces, ¿cómo me propones que renuncie á los únicos medios de venganza que hoy poseo?

—Porque de ese modo vuestra hija será venturosa á pesar del dolor que siente.

Don César quedó pensativo.

Sentía admiración en presencia de la nobleza de su hija.

—¡Pobre María!—exclamó,—¡no puedes comprender lo que yo haría por verte feliz!

—Pues entregando ese pliego á la duquesa lo conseguís.

—¿De verdad?

—Sí, padre mío, os lo juro.

—Vamos, pues. Quiero agotar el cáliz de la amargura hasta las heces. Quiero demostrar á esa dama que soy menos rencoroso que ella.

—¿Le entregaréis el testamento de su marido?

—Sí.

—¡Ay, padre mío, bendito seáis!

Y la joven estrechó á don César contra su pecho.

Una lágrima rodó por las pálidas mejillas de don César, que María sintió caer sobre su rostro.

Un instante después, padre é hija penetraban en la choza de Pedrote.

---

# CAPITULO XCVIII

DONDE DON CÉSAR DEMUESTRA SU GRANDEZA DE ALMA

La duquesa lanzó un grito al ver á don César, y se puso delante de su hijo.

Éste hizo también un movimiento hostil.

En cuanto al padre de María, cruzóse de brazos y dijo:

—Señora, no os extrañe ni intimide mi presencia. Ya no vengo á vengarme como merecéis, sino, por el contrario, trato de haceros un favor.

—¡Un favor! Es imposible tratándose de vos.

—Á veces suceden en el mundo cosas muy inesperadas. Ya sabéis que poseo medios para labrar vuestra ruina y para que el ducado de Santarem recaiga en vuestro hermano. Sin embargo, vengo á entregaros el testamento que mi escudero arrebató á vuestro mayordomo.

Y don César, abriendo su escarcela, sacó un plie-

go encerrado en un sobre y lo puso en las manos de doña Blanca.

Esta quedóse como petrificada.

—Ahora,—prosiguió el padre de María,—debo deciros los móviles que me han impulsado á devolveros este documento. Yo nunca trato de atribuirme acciones que no me pertenecen. Si ese papel vuelve á vuestras manos, no es por mi voluntad. Debéis agradecérselo á esta pobre niña, cuyos ruegos me han decidido á restituíroslo.

—¡Ah, María, gracias, y á vos también, don César!

—A mí, no, señora.

—Sí; aunque entre nosotros exista una barrera insuperable, no por eso he de dejar de comprender que en esta ocasión habéis obrado con nobleza. Jamás olvidaré vuestro generoso comportamiento, así como tampoco lo mucho que debo á vuestra hija.

—Madre mía,—dijo Fernando,—yo creo que debéis olvidar vuestros resentimientos. ¡Qué venturoso sería yo si, poniendo fin á pasadas rencillas, todo terminase con mi boda!

—Eso es imposible. Bien sabe don César que mis palabras son ciertas. Mientras ambos existamos tienen que existir nuestros rencores.

—Yo ya he olvidado los míos,—dijo el padre de María.

—Dichoso vos; yo no puedo ser tan frágil de memoria,—respondió doña Blanca.

—¿De modo que si yo no existiese no dudaríais en acceder á los deseos de vuestro hijo?

—Entonces no vacilaría en hacerlos dichosos.

Una idea brotó en el cerebro de don César.

Sus ojos estaban fijos en María.

Esta hallábase con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Pues bien, duquesa,—dijo el hidalgo en voz baja para que ni Fernando ni su hija pudieran oirle,—yo os prometo que muy en breve habrán desaparecido los obstáculos que impiden la boda.

—¿Qué decís?...

—Adiós, doña Blanca. Lo único que os ruego es que detengáis á mi hija á vuestro lado. No me conviene que ahora me siga.

Y don César salió de la estancia, después de dar á la joven un cariñoso beso.

---

Inmediatamente dirigióse á la playa.

Estaba febril.

—Ya que soy la rémora para que mi hija sea dichosa, me quitaré la vida. ¿Qué hago yo en el mundo? ¡Todos aquellos seres que he amado, exceptuando á la mujer que me dió vida, han muerto! ¡Sí, esta pistola acabará con mi existencia! Mi pobre hija dejaría de existir al no unirse á Fernando. ¡Dios los haga felices!

Don César, alimentando estas fúnebres ideas, llegó á la playa.

Desde ella descubríanse las elevadas cumbres del Albarracín, donde pasó en otros tiempos días tan venturosos.

Los que meditan en el suicidio padecen durante su perturbación de ideas, extrañas genialidades.

A don César le agradaban aquellos sitios para que sirvieran de teatro de su muerte.

Acordóse del ofrecimiento que una hora antes habíale hecho el pescador Jaime.

Dirigióse á su cabaña y llamó.

Jaime abría la puerta un instante después.

—Necesito que me conduzcas en tu esquife al Grao.

—Muy bien.

—Pero ha de ser ahora mismo.

—Cuando queráis.

Jaime se estregó los ojos adormecidos, pues cuando don César llegó á su casa estaba descansando.

Púsose luégo su capotillo y su gorra.

—¿Vamos?

—Cuando quieras.

Nadie que hubiese observado las tranquilas facciones de don César hubiese podido comprender los pensamientos que cruzaban por su mente.

El padre de María saltó al interior de la barca.

Jaime hizo lo propio, tomando después los remos.

Ya el día estaba muy avanzado.

---

Nunca le parecieron á don César tan hermosos los rayos del sol como aquella mañana.

Verdad es que no ignoraba que al siguiente no volvería á contemplarlos.

Sus ojos fijábanse ya en el cielo, ya en el mar, que copiaba su refulgente azul como un espejo.



Iba silencioso.

No quería desviarse un instante de su pensamiento.

El trayecto le pareció breve.

Al llegar á la playa despidióse de Jaime, dirigiéndole una afable sonrisa y recompensando con largueza su servicio.

Don César tomó la tortuosa vereda que conducía al Albarracín.

Aquellos parajes que tantas veces había contemplado con indiferencia embellecíanse á sus ojos.

Las flores, los árboles, los insectos, todo le parecía encantador.

Don César, al pasar junto á la choza de Mariana, penetró en ella.

La pobre mujer le preguntó en seguida por la joven.

—María se halla en Villarreal.

—¿En Villarreal?

—Sí; la he dejado en casa de Pedrote, acompañada de Fernando y la madre de éste.

—¿Se realizará al cabo la boda?

—Creo que sí,—respondió don César sonriéndose; —yo por lo menos he de hacer todo lo posible.

—Así me gusta oiros hablar. De este modo ambos serán dichosos.

—¡Es verdad, muy dichosos!

Don César sentíase inquieto.

Hallábase bajo los efectos de una horrible excitación nerviosa.

—¡Ah, señor,—prosiguió la anciana,—había olvi-

dado deciros una cosa! Roberto ha estado aquí preguntando por vos.

—¿Qué quería?

—Según me ha dicho, ha llegado un amigo vuestro.

—¿Un amigo mío?

—Sí; que viene de la corte.

Don César se encogió de hombros.

No comprendía quién pudiese ser.

Sintió, no obstante, curiosidad.

—¿Sabes adónde habrá ido Roberto?

—Yo le dije que estaríais en el Grao, pero el escudero se decidió á aconsejar á vuestro amigo que os esperase en el camino.

—Voy, pues, en su busca.

Y don César salió de la choza; pero apenas hubo dado unos cuantos pasos llamó de nuevo á Mariana.

—¿Qué queréis?

—Había olvidado hacerte un encargo, aunque sé que no es preciso. Yo tengo necesidad de hacer un viaje muy largo; tan largo, que quizá no regrese nunca.

—¡Dios mío! ¿Es posible?

—Es probable que mi hija se despose con Fernando; pero si no sucediese así, no desampares jamás á la pobre niña.

—¡Jesús, don César, me lo decís de un modo que me hacéis temblar!

—¿No olvidarás mi recomendación?

—Bien os consta que no. Dieciséis años habéis estado ausente, y creo que he cumplido la palabra que os di.

—Es verdad, Mariana.

Y don César se alejó de aquellos sitios.

Un momento después vió que Roberto se aproximaba.

—Señor, tengo que daros una buena noticia. ¿Á que no adivináis quién se encuentra en el Albarracín?

—Me han dicho que un amigo mío ha venido á verme.

—Con efecto. Ese amigo es don Luis de Santarem.

Las mejillas de don César palidecieron.

—¿Don Luis de Santarem?

—Sí, señor.

—Yo me he permitido anticiparle las buenas nuevas que hay; esto es, le referí lo acontecido con el testamento de don Lope.

—¡Santo Dios!

—Qué, ¿no queríais que me tomase esa libertad? ¿Deseabais comunicárselo vos? ¡Cómo ha de ser! Ya no hay remedio.

—¿Y dónde se encuentra don Luis?

—Pues os espera en una cabaña de pastores. La casualidad hizo que yo le viese cuando estaba buscándoos.

—Mira, Roberto, es preciso que vuelvas á su lado.

—¿Y vos?

—Yo iré en seguida.

Don César, decidido como se hallaba á quitarse la

vida, no quería en manera alguna sufrir con la entrevista de su amigo.

Esto no pudo verificarse, sin embargo, pues en aquel momento Santarem apareció, y acercándose á don César, se precipitó en sus brazos.

---

# CAPITULO XCIX

UN AMIGO VERDADERO

—¡Amigo mío!—exclamó don Luis;—no sabéis con la impaciencia que os esperaba. Lo primero que deseo es justificar á vuestros ojos mi venida. No creáis que en ella se oculta la más mínima desconfianza respecto á las gestiones que hagáis para favorecer mis intereses; todo lo contrario: yo sé lo activo que sois, particularmente cuando se trata de los negocios de los amigos.

Don César no respondió una palabra.

Quizás por primera vez en la vida notábase perplejo.

—Conque, decidme, ¿dónde queréis que yayamos? Mi objeto es hablar algunos momentos con vos.

—Pues entonces, ningún sitio más á propósito que éste. Esas rocas nos convidan á tomar asiento.

—Y que estoy cansadísimo. Me ha costado mucho hallar vuestras huellas.

Y don Luis sentóse, invitando á don César para que hiciese lo propio.

El padre de María estaba inquieto.

Decidido como se hallaba á quitarse la vida, no hubiera deseado amargar sus últimos instantes con importunas explicaciones.

Era, sin embargo, forzoso hacerlas, para justificar su conducta.

Don Luis continuó:

—Ya sabéis el interés que me inspira el ducado que hoy disfruta mi hermana, y que, en concepto mío, me pertenece. Al separarnos en la corte, yo pensé desde luégo dejar este asunto á vuestras gestiones; pero no puedo menos de confesaros que mi carácter vehemente y al propio tiempo el disgusto de no recibir carta vuestra, han sido los móviles que me han impulsado á venir á esta localidad. Conozco perfectamente el carácter de mi hermana. Tampoco se me oscurecía que al apoderaros de su hijo habíais de tener alguna dificultad, y exclamé: No es justo que el amigo don César vaya á sacrificarse por mí, mientras yo permanezco tranquilo en la corte. Puede muy bien verse acosado por las intrigas de la duquesa ú ocurrirle cualquier desgracia con su hijo. Y aquí tenéis por qué monté á caballo decidido á entrar en el palenque para conseguir lo que tanto deseo; esto es, el título de duque. Una vez aquí, tropecé con grandes dificultades.

En cuantos sitios he preguntado por vos, no supieron decirme vuestro paradero. Yo desesperaba de conseguir mi objeto, cuando tuve una feliz idea que des-

pertó en mi mente un amigo, aunque ignoraba mis propósitos.

Haciéndole varias preguntas respecto á mi hermana Blanca, respondióme que Picoli se hallaba herido, y que la duquesa estaba muy triste, porque cuando creía encontrar á su hijo, el humilde pescador de Villarreal había desaparecido. Yo no podía dudar que aquello era obra de vuestra mano.

Acordéme que en Italia, refiriéndonos á Jacobo Grattis y á mí algunos pormenores de vuestra historia, nos dijisteis que habíais hecho la campaña morisca en las cumbres del Albarracín.

¿Qué tenía de extraño que, siendo un profundo conocedor de estos agrios terrenos, los hubieseis elegido para ocultar al joven á las miradas del mundo?

Me encaminé á estos sitios.

Indudablemente no os hubiese hallado á no ser por una extraña casualidad que favoreció mis planes.

Ya descendía del monte cuando oí que me llamaban. El que acababa de pronunciar mi nombre era vuestro escudero Roberto.

Entonces vi el cielo abierto, como vulgarmente se dice.

Se había resuelto el problema.

Con efecto, vuestro escudero me dijo cuanto había pasado. Esto es, que obraba en vuestro poder el testamento de don Lope.

—¿Y no os dijo también que Fernando ha huído?

—Sí; pero esto, en mi concepto, tiene poca importancia.

—¿Por qué, don Luis?

—Porque no creo difícil hallarle de nuevo. Ambos le buscaremos, y, como casi es un niño, no tardará en caer en el lazo.

—¿Os comprometéis á lograrlo?

—Ciertamente. Tanto más cuanto que cuento con vuestra poderosa ayuda.

—Eso es lo que es imposible, don Luis.

—¿Qué decís, don César?—preguntó el hermano de doña Blanca, sin poder reprimir la sorpresa que le causaban aquellas palabras.

—Yo no puedo seguir favoreciendo vuestro plan.

—No os comprendo.

—Y no sólo me hallo incapacitado de hacer lo que os digo, sino que me opondré á que se realicen vuestras aspiraciones.

Don Luis se puso en pie, dirigiendo á su amigo una severa mirada.

—Hablad, don César, explicadme vuestra rápida transformación.

—No tengo inconveniente en hacerlo.

—¿De modo que tampoco me entregaréis el testamento de mi hermano político?

—Mal podría hacerlo, cuando acabo de dárselo á la duquesa.

—Pero ¿estáis loco?

—No lo sé.

—¿Ó es que tratáis de engañarme?

—Ya sabéis que nunca he falseado la verdad.

—Decidme, decidme cuanto ha pasado.

Don César guardó un instante silencio.

Luégo dijo:

—No os negaré que llegué al Grao con el único propósito de gestionar vuestro asunto. Nadie como yo poseía medios para realizarlos. Además de mi deseo de serviros, satisfacía mi venganza, idea que me halagó durante muchos años. Debo advertiros que en el Albarracín, á poca distancia del sitio que ocupamos, yo había dejado á mi hija bajo la tutela de una honrada campesina. Supe por ambas que la fatalidad había querido que mi hija, esa hermosa flor de estos contornos, se enamorase de Fernando.

Don Luis hizo un movimiento de disgusto.

Empezaba á comprender los móviles que habían decidido á don César á abandonar su causa.

—Ahora bien,—prosiguió el padre de María,—yo creí que aquellos amores no habrían echado profundas raíces en el corazón de la niña, y en este concepto me decidí á guardaros fidelidad, defendiendo vuestros intereses. Pero me engañé. María adoraba á Fernando. El joven sentía también por ella un tiernísimo afecto. Separarlos era labrar su eterna desgracia y tal vez su muerte. ¿Qué había de hacer yo? Don Luis, vos sois mi amigo, yo soy esclavo de mi palabra, yo hubiese aceptado cualquier sacrificio, aunque redundara en mi daño; pero os confieso que no tuve fuerza de voluntad para hacer lo propio con mi hija. Entre ella ó vos, la elección no era dudosa. A pesar de mi orgullo fuí al palacio de vuestra hermana, manifestándole lo que sucedía y proponiéndole el olvido de nuestros pa-

sados resentimientos. ¡Ah, don Luis, no censuréis mi conducta! Todavía no sois padre, y, por lo tanto, no podéis comprender hasta qué punto nos subyugan esos seres que han brotado de nuestro propio sér.

—De todas maneras,—repuso don Luis,—vuestra conducta respecto á mí deja mucho que desear. Antes de dar el paso que disteis, debíais haberme escrito una carta manifestándome lo que ocurría. Esto era lo justo y lo noble.

Don César clavó sus negros ojos en Santarem.

Iba á contestarle con dureza, pero se contuvo.

Quería impedir que la tormenta estallase.

—Pues bien, don Luis; ya os he dicho que no podía establecer comparaciones entre vos y mi hija. La duquesa me recibió con altanería, dirigiéndome los mayores insultos. No podéis comprender lo mucho que sufrí. No ignoráis las condiciones de mi carácter, y únicamente pude reprimirme por no faltar al decoro que una dama merece. Díjome vuestra hermana que el enlace que yo proponía era un absurdo, un imposible mientras yo existiese. ¡Ah, si vierais qué ideas cruzaron entonces por mi imaginación! Tal vez no trascurra mucho tiempo sin que las sepáis.

—Pues bien, don César, todavía puede arreglarse todo á medida de nuestros deseos. Habladme con franqueza. ¿Esa boda os halaga por hacer feliz á vuestra hija, ó porque el ducado de Santarem recaiga en ella al unirse á Fernando?

—Ya que hacéis un llamamiento á mi sinceridad, voy á responderos. Nunca he sido ambicioso al tratar-

se de mi persona. Todos los títulos del mundo me son indiferentes. Lo único que ambicioné fué la gloria conquistada en el campo de batalla; y he obtenido tanta, que ni su brillo me seduce en la actualidad. Soy completamente indiferentista, un estoico para las pompas del mundo. Sin embargo, esto es en la parte que á mí se refiere. En cuanto á mi hija, ¿por qué negaros que me halagaría que fuese duquesa de Santarem, más que esposa de un humilde y oscuro pescador de Villarreal? Esta es una ambición lícita. Los padres queremos el bienestar de los hijos. ¡He estado tantos años sin verla! ¡Me hallo tan ávido de su amor! Perdonad estas debilidades, si es que deben llamarse así sentimientos tan justos.

—¿De manera que estáis decidido á abandonar en absoluto mi causa?

—Completamente, don Luis,—respondió don César sosteniendo su mirada.

—¿Y á renunciar á mi amistad?

—Y á renunciar á la vida, si de este modo he de conseguir la felicidad de mi hija. Ya os he dado, en mi concepto, toda clase de explicaciones. He tratado de justificar mi conducta á vuestros ojos. Ahora, don Luis, me hallo dispuesto á llevar las cosas al terreno que deseéis. No ignoráis que nunca he tratado de rehuir las consecuencias de mis acciones.

—¿Me retáis?

—Nada de eso. Lejos de mi ánimo hacerlo así. Sólo os hago una advertencia. Creed que daría gustoso la sangre que circula por mis venas porque fuese posible

conciliar los intereses vuestros y los de mi hija, pero es un problema sin resolución, un enigma sin clave. La fatalidad lo ha querido. Ojalá no se hubiese enamorado mi hija de vuestro sobrino. Yo no hubiese tenido que humillarme ante la duquesa. Yo os hubiese preparado el asunto para que llegaseis á la cumbre de vuestras aspiraciones. Pero ¿qué hacer? Dios ha querido aumentar mi tormento, uniendo esas dos almas que debían ser irreconciliables enemigos.

Don Luis de Santarem guardó silencio.

A pesar de lo mucho que contrariaba sus deseos renunciar para siempre al título en que cifró su ambición, comprendía la conducta de don César.

Aproximóse á su amigo extendiendo su mano.

Don César la estrechó entre las suyas con efusión.

—¡Ah! gracias, don Luis; no esperaba menos de vuestra caballerosidad.

—Entre ser duque de Santarem ó perder á un amigo como vos, no dudo un instante. Ahora mismo vuelvo á la corte, y os prometo que no haré la menor gestión para que el título recaiga sobre mí.

—Gracias, don Luis.

—Ahora sólo os ruego que os tranquilicéis. Estáis febril. Vuestras manos queman como un hierro candente.

Don César se sonrió con amargura.

Un volcán de abrasadoras ideas cruzaba por su imaginación.

Don Luis estrechó de nuevo la mano de su ami-

go, y un momento después aventuróse por la estrecha y tortuosa vereda que conducía á la población.

Don César le siguió con la vista.

Cuando Santarem hubo desaparecido, el padre de María dirigió sus ojos al cielo.

La tarde declinaba.

El astro del día, próximo á sepultar su refulgente diadema tras las elevadas cumbres, formaba en las nubes caprichosos reflejos, ya coloreando una vasta extensión, ya formando amoratadas tintas en los jirones de vapor que vagaban en el espacio.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó don César;—¡cuán grande eres en todas las manifestaciones de tu poder! ¡Cuán encantadoras son tus obras!

Luégo los ojos de don César fijábanse en el extendido valle, que hallábase envuelto en las tintas del crepúsculo.

Los arbustos habían perdido sus contornos, y parecían monstruos de horribles formas.

Don César hallábase abstraído en aquella muda contemplación.

Así permaneció largo rato.

La fresca brisa de la noche le hizo volver de su letargo.

Un frío sudor inundaba su frente.

Entonces desenganchó del cinturón una pistola.

Había llegado el momento crítico.

—Muriendo yo,—se dijo,—la duquesa no dudará en que se realice el enlace de mi hija. ¿Qué espero yo en el mundo? ¡Si fuese posible que volviera el pasado

con la felicidad que éste brilla en nuestra memoria! Pero lo pasado no vuelve jamás.

Y don César examinó el cebo del arma, y con una tranquilidad incomparable introdujo en su boca el frío cañon de la pistola.

---

# CAPITULO C

DONDE FERNANDO CONSIGUE VENCER LA OBSTINACIÓN DE SU MADRE

La distancia que media entre morder el cañón de una pistola y hacer con el índice de la diestra el leve movimiento que ha de producir el tiro es algo mayor que parece.

Los segundos se convierten en siglos.

¡Es tan duro para los hombres prescindir del instinto de conservación aunque la desventura se cebe en ellos!

En prueba de esto podríamos referir un hecho acontecido á un amigo.

Hastiábale la vida, creía tener sobradas razones para disponer de ella, y cuando iba á llegar el momento crítico de darle presión al gatillo de una pistola, se detuvo al sentir el próximo rumor que producían las ruedas de un carruaje.

El suicida, obedeciendo al natural instinto de conservación, se retiró á la acera.

Y, sin embargo, estaba decidido á darse la muerte.

Dice una máxima francesa que ningún hombre se da la muerte en un acceso de razón.

Verdaderamente don César estaba loco en aquel instante.

Un sudor helado corría por su frente; su corazón apresuraba los latidos; hallábase bajo el imperio de una fiebre abrasadora.

En ese dilatado momento que media entre preparar el arma y hacer fuego para dirigir la bala á la masa encefálica, bien podemos decir á nuestros lectores la escena que había tenido lugar en la choza de Pedrote, desde que salió de ella el padre de María.

La duquesa quedó preocupada.

Las últimas frases de don César habíanle impresionado.

—¿Pensará ese hombre atentar á su vida?

Y aquella idea, aun tratándose del enemigo más irreconciliable, la hizo estremecerse.

Fernando permanecía cerca de ella.

En cuanto á la joven, hallábase en uno de los ángulos de la estancia con el rostro cubierto por ambas manos.

Casi no se había dado cuenta de que su padre había salido de la habitación, estampando en su frente un cariñoso beso.

El primero que interrumpió el silencio fué Fernando.

—Madre,—exclamó dirigiéndose á la de Santarem y tomando sus manos entre las suyas, encallecidas

por el remo,—¿qué piensas? Comprendo que tu alma sufre.

—Es verdad, hijo mío, sufre mucho.

—¿Y por qué no pones límite á esta situación enojosa?

—¡Ojalá pudiera!

—Todo depende de ti.

—No lo creas.

—Puedo demostrártelo muy fácilmente. Tú sufres porque sabes que amo á María, y al no hacerla mi esposa, no puedo ser dichoso.

—Es cierto.

—Pues ¿por qué no consientes en un enlace que además de ser mi felicidad ponía límite á pasadas rencillas que para nada deben recordarse?

—Hay cosas que no pueden olvidarse nunca.

—Todo se olvida cuando se tiene un alma tan grande y tan generosa como la que posees. Don César me arrebató de tus brazos; pero ¿acaso no permite hoy que vuelva á ellos? Móviles que desconozco le obligaron á arrancarme de tu querido hogar; pero, según él asegura, también recibió ofensas del hombre que me dió vida.

—¿Ignoras que ese miserable fué el asesino de don Lope?

—Eso no dejan de ser suposiciones. Don César afirma que no es cierto.

—¿Quién tiene el cinismo de confesar su crimen?

—Así como lo hace con otras faltas, pudiese hacer lo propio con ese misterioso asesinato.

—No, Fernando, tú deliras; pides un imposible.

María, que había despertado de sus profundas meditaciones, levantó la cabeza y miró á su alrededor buscando á don César.

—¿Y mi padre?—preguntó.

—Don César ha salido de aquí.

—¿Pero volverá?

—Creo que no.

—¡Ah, Dios mío! ¿Adónde habrá ido?

Y una lágrima resbaló por sus mejillas.

Luégo, acercándose á la duquesa, la dijo:

—Señora, comprendo que nunca accederéis á nuestro enlace y quiero evitaros mi enojosa presencia.

—Calla, María, ¿cómo ha de serme molesta la mujer, mejor dicho, el ángel que salvó á mi hijo?

—Sin embargo, vos no queréis que nos unamos. Una lucha horrible se opera en vuestro corazón.

—Es cierto.

—Querríais acceder á nuestros deseos, pero no podéis. Yo salgo para siempre de esta casa. Entraré en un convento; y en ese santo lugar he de pedir á Dios por la ventura de vuestro hijo.

María no pudo continuar.

Las lágrimas ahogaron su voz.

Fernando la estrechó entre sus brazos.

—Angel mío,—la dijo en voz baja para que sus frases no fueran oídas por doña Blanca,—yo te juro que serás mi esposa.

—No, Fernando, nunca; ahora soy yo la que me opongo. No podríamos ser felices. Los casamientos que

se realizan en contra de la voluntad de aquellos que nos dieron la vida no pueden resultar bien. No te ocupes de mí. Olvídame. Ni siquiera puede atormentarte la idea de que entregue mi amor á otro hombre, supuesto que pienso encerrarme en un claustro.

—¡Tú en un claustro! ¡Tú despojarte de esos negros cabellos! ¡Tú renunciar á mi amor por la vida de religiosa! ¡Calla, María, no aumentes mi dolor. ¡Yo quiero que seas duquesa de Santarem, que vivas á mi lado, en la corte, que todas las damas envidien tu hermosura! Y si esto no se realiza, porque mi madre siguiera oponiéndose, serás la compañera del humilde pescador de Villarreal. Gracias á Pedrote, mi padre adoptivo, poseo una barca y unas redes. Con ellas ganaré el sustento, y es posible que seamos más dichosos que con la vida de riquezas que el porvenir nos ofrecía. Todo, todo lo acepto, menos separarme de ti.

—No, Fernando. No llega mi egoísmo hasta el punto de sacrificarte por mi ventura. Sé dichoso, olvídame.

—¿Crees que eso es posible? ¿Puede el ciego olvidarse de los refulgentes rayos del sol que contempló antes de su desgracia? ¡Calla, pobre niña! ¡Qué vale el ducado de Santarem y unas arcas de oro, comparándolas contigo, que eres la joya que más aprecio!

María comprendió que cuanto dijese á su amante para disuadirle sería inútil.

Sonrióse con tristeza.

Ni aun sus palabras le halagaban.

Habíase decidido á sacrificarse entrando en un convento.

La joven se aproximó á la duquesa y la dijo:

—Señora, no os inquietéis; yo os juro que vuestra pena durará poco.

Y al decir esto presentó su pálida mejilla á doña Blanca.

La duquesa imprimió en ella un tierno beso.

—Pero ¿adónde vais, pobre niña?

—Voy en busca de mi padre. El corazón me dice que no debo dejarle solo.

—¿Dónde te veré esta noche?—preguntó Fernando.—Ahora te dejo partir, porque deseo hablar con mi madre á solas.

—Donde quieras,—respondióle María, aunque pensando desde luégo faltar á la cita.

—¿En casa de Mariana? ¿Te parece á propósito el sitio?

—Bien.

—No faltes.

—No faltaré.

Y la joven volvió la cabeza á otro punto para que Fernando no viese las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos.

María salió de la choza.

Entonces Fernando se aproximó á la duquesa.

—¿Qué más quieres?—la preguntó.—Si algún delito ha cometido don César, bien ha borrado sus faltas con el generoso comportamiento que tuvo hace un instante. El, á pesar de su carácter independiente y al-

tivo, te ha rogado que accedas á nuestro enlace. Luégo ha puesto en tus manos el testamento de mi padre, cuando podía privarte de tu título y tus riquezas.

—Tal vez le remuerde la conciencia por el pasado.

—No, madre, no; pero aun suponiendo que ese hombre fuera un infame, ¿qué culpa tendría su hija de ello? Ella es un ángel, me ama, y yo no puedo vivir sin su amor. ¿Lo oyes? No puedo vivir sin su amor, y tú no puedes decretar mi muerte.

—Pero, hijo, hablas bajo impresiones que han de borrarse más ó menos pronto.

—No lo creas.

—Mañana mismo saldremos para Madrid; ya verás cómo en esa gran ciudad te olvidas de tus amores.

—No, madre, no iré.

—¿Qué? ¿Vas á oponerte á mis deseos?

—No ignoro que no debía hacerlo, pero me obligas á ello. Yo no iré á la corte á menos que accedas á lo que solicito. No iré á la corte, ni acepto el título de duque ni las riquezas que me ofreces.

—¡Ingrato!

—Dame el nombre que quieras. Yo amo á María, y antes que prescindir de ella renuncio á los bienes que me ofreces.

-¿Hasta á mi amor?

Fernando inclinó la cabeza sobre el pecho, no respondiendo á esta última pregunta.

—Contesta.

—Madre, no me obligues á que mis labios pronun-

cien una palabra que ha de herirte. Sólo te digo que estoy dispuesto á enlazarme con esa joven.

—Ingrato,—repitió doña Blanca.—¿Cómo quieres que yo consienta que seas el esposo de la hija de un asesino?

—¡Pero si don César no mató á mi padre!

—¡Qué sabes tú!

—Me lo asegura el corazón, que nunca me engaña. Además, ¿acaso María no debía guardarnos á nosotros resentimientos semejantes?

—Calla, calla.

—Pues no me obligues á decir lo que mis labios no deben pronunciar nunca.

—Pues bien, vete, vete...—dijo la duquesa con voz ahogada por el llanto.

Fernando estrechó entre sus brazos á doña Blanca, y luégo dirigióse hacia la puerta.

La duquesa, al ver su decisión, le contuvo.

—No, no te vayas, hijo mío; yo accederé á tus deseos.

—¡Ah! Gracias, gracias, madre mía.

—Vamos en busca de don César; pronto, tal vez ya sea demasiado tarde para evitar una desgracia.

—¡Una desgracia! ¿Qué sucede, pues?

—Como yo le dije que no consentiría en vuestra unión mientras él existiese...

—Tal vez ha pensado en un sacrificio cuya idea me estremece.

—Sí, lo he comprendido en la siniestra expresión de su rostro.

—Vamos, vamos, pues.

La duquesa y su hijo salieron precipitadamente de la choza.

Al llegar á la playa, el joven buscó con avidez á María.

Ésta no se hallaba allí.

—¿Habrá partido al Grao?—se preguntó.

Y aproximóse á un grupo de marineros que hablaban y reían junto á sus esquifes, preguntó dirigiéndose á uno de ellos:

—Marcial, ¿has visto embarcarse hace poco á una joven que es forastera?

—¿Casi una niña y muy bella por más señas?

Fernando respondió afirmativamente.

—Pues hará una media hora que se dirigió al Grao en la barca de José, que iba al mercado.

Fernando dió las gracias á su compañero.

—¿Puedo disponer de tu barca?

—¿Por qué no? ¿Quieres que te acompañe?

—No, yo remaré.

El joven desató el esquife, dando después su mano á la duquesa para que penetrase en él.

Luégo sentóse en la parte de proa, y empezó á remar vigorosamente.

---

# CAPITULO CI

EL FINAL DE UNA HISTORIA

Entretanto María había arribado al Grao, emprendiendo la tortuosa senda que conducía á las cumbres del Albarracín.

Era la hora en que el crepúsculo tiende sus misteriosas alas sobre la tierra; esto es, la misma en que don César disponíase á quitarse la vida.

La joven caminaba lentamente.

De pronto se detuvo.

Acababa de descubrir la silueta de un hombre.

Éste hallábase sentado sobre una roca.

María reconoció á su padre.

Instintivamente corrió hacia aquel sitio, y un momento antes de llegar pudo ver que don César introducía en su boca el cañón del arma fatal.

Entonces la joven lanzó un grito, arrojándose en sus brazos.

Don César se estremeció.

Acababa de conocer el acento de su hija.

La pistola se escapó de sus manos trémulas.

—¡Padre, padre de mi alma!—exclamó la niña cayendo de rodillas deshecha en lágrimas,—¿cuál es vuestro intento? ¿Tratáis de dejarme sola en el mundo? ¿Tan poco me queréis que vais á renunciar á mí para siempre?

Y la hermosa niña colmaba de cariñosos besos la frente de don César.

Éste, no pudiendo reprimir tantas emociones, estrechó á su hija entre sus brazos rompiendo á llorar.

Y las lágrimas caían por aquel rostro atezado; porque llegan momentos en la vida en que el hombre más vigoroso tiene que llorar para que su pecho no estalle por las pesadumbres comprimidas.

---

—¡Hija de mi alma!—exclamó con voz entrecortada por los sollozos;—no censures mi conducta. La duquesa me ha dicho repetidas veces que no accederá á tu casamiento mientras exista yo, y quiero comprar tu ventura á cambio de mi vida.

—¡Ah! ¡Callad, callad, padre! ¿Cómo suponéis que hubiera sido feliz en un matrimonio que estaba cimentado sobre vuestra sangre? Ese recuerdo me hubiera hecho eternamente desgraciada.

—¡Te amo tanto, que no dudaba en aceptar gustoso mi sacrificio!

—Por fortuna, Dios, que rige todas nuestras accio-

nes y nos inspira todas las ideas, hizo que yo viniese para impedir el horrible atentado.

—Es verdad, María. Pero ¿cómo te encuentro aquí? ¿Por qué abandonaste la cabaña de Pedro?

—Porque no pienso volver á ella, ni á ninguno de los sitios donde encuentre á la duquesa y á Fernando.

—¿Qué dices? ¿Cómo tan rápida variación?

—Padre, aunque muy niña, y criada en estas humildes comarcas, yo tengo mi amor propio. ¿Por qué he de humillarme en presencia de esa señora? ¿Acaso es tan insignificante mi persona que tenga que mendigar el amor de su hijo? Mucho amo á Fernando, pero estoy decidida á torcer mi deseo.

—¿De veras?—preguntó don César sin poder reprimir su alegría.

—Sí, padre. Antes de saber vuestra determinación, antes de hallaros con ese arma fatal, había decidido encerrarme en un convento. La tranquilidad de la vida del claustro halagaba mi corazón. Pero ahora ya no quiero; ahora quiero vivir á vuestro lado, circunscribirme á vuestro cariño. Yo ignoraba lo mucho que me adoráis; por eso me opuse á vuestros deseos, por eso falté á vuestras órdenes.

—No hablemos del pasado. ¿De manera que estás decidida á que partamos de aquí?

—Desde luégo. Vamos donde queráis.

—Iremos á Italia; aquel país ha de parecerte encantador. Quiero salir de España, donde siempre parece perseguirme el infortunio.

—Sí, padre, salgamos de aquí. Yo lo único que desearía es que la pobre vieja á quien me encomendaste...

—¿Mariana? ¿Quieres que venga con nosotros?

—Sí; no sería justo que en el final de su vida la abandonásemos.

—Es cierto. Te prometo que Mariana nos acompañará.

—Entonces seré completamente dichosa.

Y María esforzábase por sonreir cada vez que su padre clavaba los ojos en ella.

---

Ambos dirigiéronse un momento después hacia la humilde cabaña de Mariana.

Esta hilaba á la puerta del hogar.

Al ver á la joven y á don César se levantó.

—¡Qué ingrata eres!—dijo á la primera con cariñoso acento de reconvención;—desde que tu padre se encuentra en el Albarracín, vas olvidando á la pobre vieja.

—No lo creas,—dijo María rodeando su cuello con los brazos;—mi padre puede asegurar lo contrario. No habrán pasado diez minutos desde que hablábamos de ti.

—¿Qué decíais?

—Se trata de hacer un viaje.

—¿Un viaje?

—A Italia.

—¡Ah, Dios mío, qué lejos!

—Pero debo advertirte que vendrás con nosotros.

Las pupilas de Mariana se dilataron de alegría.

—Entonces,—dijo,—ya no me parece lejos. ¡Qué distancias no recorrería yo por no apartarme de ti!

—¡Qué buena eres y cuanto te quiero!

—Con estas zalamerías me engaña, don César; ¡y quién no ha de dejarse engañar!

En aquel instante, las mejillas de la joven palidecieron.

Acababa de descubrir que por la vereda que conducía á la cumbre aventurábanse la duquesa de Santarem y su hijo.

Don César frunció las cejas con disgusto.

Doña Blanca, apoyada en el brazo de Fernando, acercóse á la choza.

—Don César,—dijo con acento trémulo,—¿extrañaréis verme de nuevo?

—¿Por qué, señora? No ignoráis que no me sorprende casi nada en el mundo.

—Pero...

Mariana ofreció un asiento á la duquesa, que ella aceptó.

—Pues bien, vengo á deciros que nuestros resentimientos han terminado.

María lanzó una exclamación de sorpresa y alegría, precipitándose en los brazos de la dama.

—¡Ah! ¡gracias, gracias, señora; no esperaba menos de vuestro noble corazón!

—Eres un ángel, y no quiero oponerme á que te unas á mi hijo.

Una lágrima resbaló por las mejillas de don César.

Doña Blanca de Santarem le tendió la mano.

Don César la estrechó entre las suyas.

—Olvidemos en absoluto nuestras pasadas desavenencias.

—Señora, yo os juro que jamás haré la menor alusión sobre ellas. Nuestro deber es no sacrificar á nuestros hijos, sino hacer todo lo posible para que sean muy dichosos.

—Es cierto; y lo serán, porque ambos son muy buenos.

---

Algunos días después, un carruaje de camino dirigíase á la corte.

En él iban la duquesa y Fernando.

Don César y su hija habían salido del Albarracín el día antes.

La boda debía celebrarse en San Felipe de la corte.

Esta tuvo lugar siendo los padrinos doña Blanca de Santarem y don César.

Los novios instaláronse en un soberbio palacio situado en una de las calles más céntricas.

Nadie al ver á los cónyuges en un magnífico carruaje, y vestidos con todas las exigencias de la moda, hubiera podido reconocer en ellos á la modesta aldeana del Albarracín y al humilde pescador de Villarreal.

Verdad es que ambos poseían la suficiente inteligencia para ponerse al tanto de las formas sociales.

Mariana pasó á la corte.

Ella no podía vivir más que al lado de la joven á quien tanto quería.

En el palacio encontró una habitación dispuesta para ella.

También hubiese sido el deseo de Fernando que Pedrote hiciera lo propio; pero el viejo marino no vivía más que aspirando las emanaciones del agua salada.

—Hijo mío,—le respondió al oir lo que le proponía Fernando,—yo iré á visitarte con mucha frecuencia; pero si abandonase mis costumbres dejaría de existir. La gaviota necesita cerner sus alas sobre las olas. Sácala de esta vida, que es su elemento, y es lo mismo que matarla.

Asistió, sin embargo, á la boda.

Todos los concurrentes, que pertenecían á la más elevada nobleza, miraban con asombro á aquel anciano rudo que con tanta familiaridad trataba al nuevo duque de Santarem.

Fernando le regaló una magnífica barca.

—Hé ahí el nido de la gaviota,—le dijo;—y ahora, ya que te opones á vivir á mi lado, debo advertirte que corren de mi cuenta todos los gastos que tus necesidades exijan.

Pedrote abrazó á su hijo adoptivo.

Hé aquí la historia de María Deza, la joven aristocrática que hemos visto en el monte del Pardo en las primeras páginas de esta novela, y más tarde en palacio, junto á la reina Isabel, su inseparable amiga.

Don César habíale referido al Alimaña, aunque con

menos extensión, los sucesos que nuestros lectores acaban de saber.

—¿Te explicas ahora por qué razones me vi obligado á prescindir de la odiosidad que me inspiraba la familia de Santarem?

—¡No he de comprenderlo! No hay resentimiento que no se olvide cuando se trata de la felicidad de una hija.

Como ya era tarde, y el Alimaña no se hallaba completamente restablecido, don César quiso dejar que reposara.

Poco después el capitán de bandoleros dormía con esa tranquilidad que proporciona el hallarse en un sitio seguro.

---

# CAPITULO CII

## EN LA CÁMARA DE LA REINA

Ya recordarán nuestros lectores que el conde de Villamediana había escrito desde Nápoles á su amigo Grattis á fin de que gestionase su regreso á la corte española.

La encantadora ciudad del Vesubio ya no ofrecía alicientes á su corazón.

Los cobradores de impuestos seguían ejerciendo sobre el pueblo su tiránico depotismo.

Masaniello, aquel espíritu indomable que trató de sacudir el yugo, había dejado de existir.

Nápoles, después de una breve temporada de disturbios políticos, volvía á recuperar su calma habitual, tan serena como su cielo.

El conde se aburría.

La memoria de la reina doña Isabel reflejábase más viva que nunca en su imaginación.

Jacobo Grattis, como ya sabemos, habíase dirigido á casa de don César, á fin de que éste comisionase á su hija la duquesa de Santarem para que gestionara cerca de la esposa de don Felipe el regreso de su mejor amigo.

Don César, aquel mismo día se dirigió al palacio de su hija, encargándola que manifestara á la reina los deseos de Villamediana.

—No creo que doña Isabel se oponga á lo que pretendéis,—dijo la de Santarem;—hace muchos días que la reina se encuentra preocupada y atribuyo su disgusto á la ausencia del conde, que va prolongándose mucho. Hoy mismo iré á palacio, y sabréis su respuesta, padre mío.

—Debo, sin embargo, hacerte una advertencia, María.

—¿Qué queréis?

—Deseo que hagas lo posible para no ver más que á la reina.

—¿Á quién más había de ver?

—En las gradas de San Felipe se comentan los galanteos que te dirige el monarca; y, aunque no ignoro que amas á tu marido, no quiero en manera alguna que tu nombre ruede de boca en boca.

—No os preocupéis por esas miserias, propias de maldicientes y desocupados. Vos lo habéis dicho: amo á mi esposo; pero aunque no fuese así, jamás accedería á las pretensiones del rey, que es el marido de doña Isabel, mi amiga del alma.

—Conviene, sin embargo, que la sociedad no en-

cuentre base en qué apoyar sus inicuas murmuraciones.

Aquella misma tarde, María Deza montó en su carruaje, que partió hacia palacio.

La duquesa de Santarem entraba poco después en la cámara de la reina, su ilustre amiga, sin hacerse anunciar.

Ya conocen nuestros lectores la confianza que entre ambas existía.

Doña Isabel, al ver á la joven, se sonrió, cambiando con ella dos afectuosos besos.

—¿Á qué debo el gusto de verte á estas horas por aquí?

—Señora,—respondió María,—vengo a cumplir un encargo que me han hecho.

—¿Un encargo?

—De una persona que me consta que no olvida vuestra majestad, y que, sin embargo, no ha de comprender quién es.

—Es extraño. Habla, María; bien sabes que soy curiosa, como lo somos todas las mujeres.

—Vengo á hablaros del conde de Villamediana.

Las mejillas de la reina se cubrieron de un vivo carmín.

Luégo dirigió hacia todas partes una mirada recelosa.

—Permaneced tranquila, señora; antes de pronunciar ese nombre me he enterado de que estamos absolutamente solas.

La reina se tranquilizó.

—¿Dices que vienes con objeto de cumplir un encargo de Villamediana?—murmuró después.

—Eso os he dicho.

—¿Acaso el conde ha venido de incógnito?

—Mal podía hacerlo, sabiendo, como sabe, que con esa conducta había de desagradaros.

—¡Ah, María, es tan vehemente, posee un carácter tan extraño, que no hubiese tenido nada de particular!

—No obstante, aunque el conde posee las dos cualidades que acabáis de decir, no se hubiese atrevido nunca á faltar á la palabra que os dió antes de su partida á Nápoles. Villamediana permanece en aquella ciudad.

—Entonces, ¿cómo has sabido de él? ¿Acaso te ha escrito?

—A mí no, pero lo ha hecho á su íntimo amigo Jacobo Grattis.

—¿Ese joven fué á quien presentó en palacio la noche de la velada literaria?

—Precisamente. La persona á quien, después de vos, quiere más en el mundo.

—¿Y qué desea el conde? ¿Qué dice en su carta?

—Villamediana empieza á sentir en su corazón los terribles efectos de la nostalgia. La verdad es que su ausencia de la corte va prolongándose, y que nadie recuerda ya los motivos que os obligaron á aconsejarle que saliese de Madrid.

—Es cierto. Aun me estremezco al pensar en la locura que hizo. ¿A quién se le ocurre más que á él po-

ner en su banda un mote como el que colocó? Era dar publicidad á unos amores que deben permanecer ocultos por su conveniencia y por la mía.

—El conde expresa sus deseos de volver á la corte, pero no quiere emprender el viaje sin vuestra autorización.

—¡No sabes qué lucha sostengo entre mis deseos y mi conveniencia! Tú eres una buena amiga; tal vez la única que poseo, y no dudo en hablarte con franqueza. Deseo que Villamediana vuelva. ¡Es tan rendido! ¡Tiene una conversación tan amena! No hay quien sepa dirigir una frase galante como él. Pero al propio tiempo le tengo miedo. Mi esposo le guarda cierto rencor por las locuras que ha cometido. Villamediana tiene además un enemigo temible. Don Gaspar de Guzmán; ese adulador que, á fuerza de astucia y de bajezas, ha llegado á hacerse dueño de la voluntad de Felipe, siente una profunda antipatía hacia Villamediana. No hay quien me quite de la cabeza que Guzmán es el que tiene la culpa de todo lo que sucedió. El rey no hubiese sospechado nunca del conde.

—Sin embargo, señora, el conde-duque de Olivares no tiene base en que apoyar su antipatía. Si Villamediana es el correo mayor de vuestro noble esposo, don Gaspar es su favorito; ya veis que no puede establecerse comparación entre uno y otro.

—Desde luégo; pero el conde-duque desearía monopolizar todos los cargos que existen en palacio. Es envidioso, y esta es la peor cualidad que podía tener.

—Despreciad esas cosas.

—Ya lo haría si no temiese que su encono se cebe en el conde. Yo no puedo negarte que amo á Villamediana, aunque jamás faltaré al juramento que hice al monarca junto al altar. Le amo, porque esto no depende de mí; porque su caballerosidad y su bizarría me han cautivado; porque mientras el rey se aparta de mí para buscar las impuras caricias de otras mujeres, él se ha consagrado á mi amor. Pero, por lo mismo que le amo, temo que sus imprudencias puedan conducirle á un fin desastroso y aun empujarme hacia el abismo.

—Eso no, señora. Sois demasiado buena y virtuosa para que sucediese lo que imagináis.

—¡Ah, María! hasta las perlas ruedan muchas veces desde la altiva roca al cenagoso fondo del mar, y no basta su hermosura para impedir que el lodo las manche. Dime, ¿has visto la carta que el conde escribía á su amigo?

—No, señora.

—¿Supongo que no le diría en ella lo que entre nosotros existe? No dudo de la amistad que profesa á ese italiano, pero sería una nueva imprudencia.

—Creo que nada le diría; pero debo advertiros que Jacobo Grattis es incapaz de vender un secreto. Es íntimo amigo de mi padre, y me consta que es un caballero.

—Sin embargo...

—Es seguro que no haría en la carta la menor alusión.

—Pues bien, duquesa; dile á tu padre que escriba

al conde manifestándole que no hay inconveniente al guno en que vuelva á Madrid, siempre que se halle dispuesto á no comprometerme ni á comprometerse con nuevas locuras. Nuestros amores deben permanecer tan ocultos como las violetas, esas tímidas florecillas que se esconden entre las hojas, y que no por eso dejan de ser encantadoras, ni su perfume es menos delicado que el de las demás flores. Si tiene en cuenta este consejo, no hallo inconveniente en que vuelva á España.

—Muy bien, señora. Mañana mismo saldrá de Madrid la carta que le anuncie tan grata nueva.

—Te aseguro que le tengo miedo. ¡Es tan osado! ¡Parece imposible que un hombre que conoce tan profundamente el carácter de mi esposo cometa semejantes ligerezas!

—Cuando bien se ama, los hombres se vuelven ciegos.

—Pues es necesario que no sea así. Yo sé que Felipe no me ama, y quizás este es el motivo que le ha hecho perder mi corazón; pero también me consta que es celoso de su honor, como debe serlo toda persona digna. Además, como antes te decía, Villamediana tiene enemigos. Uno es el conde-duque y el otro á que me refiero también vive en palacio.

—¿En palacio?

—Sí.

—¿Quién es?

—Gil; ese bufón que debe tener el alma tan deforme como su cuerpo. He observado que todos aquellos

que nacen con una monstruosidad semejante á la suya, son perversos.

—No obstante, no creo que vuestros temores lleguen hasta el punto de atormentaros por un ente tan pequeño y ruin.

—Porque es pequeño y ruin es por lo que le temo.

—Dominad vuestra preocupación, señora. Ahora, con vuestro permiso, voy á casa de mi padre para que Jacobo Grattis escriba al conde.

—Sí, duquesa, no te detengas.

Un momento después, María Deza salía de palacio.

Subió al carruaje y dió orden al cochero para que la condujera á la casa de don César. El padre de la joven se disponía á salir cuando ella llegó.

—Perfectamente,—dijo cuando supo los resultados de las gestiones hechas por su hija;—hoy mismo veré á Jacobo Grattis.

Con efecto, aquel mismo día el italiano escribió al conde manifestándole que podía volver á la corte de España.

# CAPITULO CIII

---

## DONDE EL DUQUE DE SANTAREM SE DISPONE Á REGRESAR Á LA CORTE

Don César, apenas cumplió el encargo que su hija le había hecho, dirigióse á palacio.

Deseaba tratar de un asunto con el favorito del rey.

El conde-duque de Olivares hallábase en su cámara.

Esta estaba decorada con tanto lujo como pudiera estarlo la del rey.

Verdad es que don Gaspar de Guzmán preciábase mucho de la exterioridad de las cosas, haciendo que los ujieres le llevasen las cartas en una bandeja de plata, y no bebiendo jamás más que en copas de oro.

Don César se hizo anunciar.

Pocos momentos después un ujier manifestaba al padre de María que el favorito del rey le esperaba.

Don César penetró en la cámara.

—Conde-duque,—le dijo después de saludarle;—

vengo á pediros un señalado favor, aunque siento interrumpiros en vuestras muchas y perentorias ocupaciones.

—Don César, ya sabéis que tengo sumo gusto en veros por aquí, y que si me es posible acceder á vuestros deseos, no vacilaré en hacerlo, aunque no sea más que porque esta es la vez primera que acudís á mí.

—Con efecto, nunca me ha agradado molestar á los amigos.

—¿Y cuál es vuestro deseo?

—Con seguridad ha de extrañaros.

—Veamos, pues.

—Ya recordaréis que hace algunos meses debió ser ajusticiado un capitán de bandidos á quien se conoce por el apodo del Alimaña.

—¿No he de recordarlo? Fué verdaderamente escandaloso que ese criminal pudiese fugarse, y más todavía que la justicia no haya encontrado aún su paradero, á pesar de las muchas gestiones que para ello practica.

—Pues bien, don Gaspar, yo, por razones especiales que no es preciso decir, desearía que el rey concediese indulto al Alimaña.

El conde-duque hizo un movimiento que reveló su sorpresa.

—¿Vos os interesáis por ese hombre?

—Sí, señor,—respondió don César sin desconcertarse por aquella pregunta.—Ya sabéis que he pasado mi juventud en la guerra. Entonces el Alimaña no se había lanzado á la vida azarosa que hoy lleva, le conoz-

co profundamente, me ha hecho señaladas favores, y me consta que sería susceptible de enmienda.

—Pero ¿ignoráis que ese bandido, después de burlar á la justicia cuando iban á darle muerte, penetró en una casa asesinando á un honrado matrimonio?

Don César comprendió que el conde-duque atribuía al Alimaña la aventura que Jacobo Grattis tuvo con la infeliz Carlota y el celoso Sandoval.

—Conozco el hecho; pero, después de todo, nada acredita que la muerte de aquellas dos personas fuese debida al Alimaña.

—¿Quién puede dudarlo?

—Yo.

—¿Acaso sabéis cómo se verificó el doble crimen?

Don César no quiso mezclarse en aquel asunto, y apresuróse á responder:

—No tengo más datos que los siguientes: los alguaciles vieron penetrar en la casa de Sandoval al Alimaña, y cuando entraron en ella, vieron los dos cadáveres. Comprended que no tuvo tiempo para cometer aquel crimen.

—Para cometer un crimen no hace falta mucho.

—Sin embargo, el Alimaña no llevaba puñal ni espada.

—¿Quién os asegura que no se los diese alguno de sus compañeros?

—Si he de deciros la verdad, no creo que el capitán de bandidos fuese el matador. De todas maneras, bien os consta que el rey ha concedido indulto á otros que no han tenido una vida más ejemplar que la de la per-

sona por quien hoy abogo. Acordaos del célebre Guinar y de sus hechos en Barcelona.

—Es cierto; pero Guinar...

—No me sostendréis que sus crímenes fueron menores que los del Alimaña.

—Amigo don César, no sabéis lo mucho que siento no complaceros; pero es absolutamente imposible. Yo no puedo ni hablar al rey de ese asunto.

—Yo no venía á pediros de manera alguna que permaneciese en Madrid, pero sí que le permitieseis formar una compañía con sus aventureros, pasando á Italia.

—¿Y qué habían de hacer en ese país? ¿Ignoráis que la guerra ha terminado, y que, con la muerte de Masaniello, el virrey ha vuelto á recobrar su autoridad.

—No lo ignoro; pero creo que la paz durará poco.

—No lo imaginéis. Los napolitanos se han convencido que es imposible luchar con nuestro ejército.

—¿De manera que consideráis imposible conceder el indulto que os pido?

—Completamente, don Cesar. Su fuga ha sido un hecho escandaloso. Toda la nobleza tomaría parte en el disgusto que produciría semejante perdón.

—En ese caso, no quiero molestaros más.

—De ningún modo, don César, vos no me molestáis. Lo único que siento es que me pidáis un imposible. Bien os consta que, sin tener razón para ello, no faltan muchos ociosos que califiquen de débil la conducta del rey; ¡juzgad qué harían esos mismos, si el

monarca diese verdadero motivo para que le censurasen!

Don César se despidió del favorito.

Pesábale haber ido á reclamar un favor á aquel hombre, que no abandonaba su rectitud más que por su conveniencia.

Al salir de palacio emprendió el camino que conducía á su casa.

Una vez en ella, dirigióse á la habitación que ocupaba el Alimaña.

—Amigo mío,—le dijo,—todos mis esfuerzos por conseguir tu indulto han sido inútiles. El conde-duque es un carácter especial. No tiene interés más que por aquellos asuntos que puedan reportarle algún beneficio.

—No te preocupes,—respondió el Alimaña.—Mis compañeros ya deben haberse reunido en la sierra, y partiré á su lado.

—De ningún modo. Eso sería lo mismo que decretar tu sentencia de muerte.

– ¿Por qué?

—Porque tarde ó temprano los cuadrilleros te encontrarían, y entonces era imposible de todo punto tu salvación.

—Te advierto que hay sitios en la sierra donde es más difícil encontrar á un hombre que recoger la prenda que se cae entre las procelosas ondas del mar.

—No obstante, no quiero que vuelvas al Guadarrama.

—¿Qué dispones entonces? Yo no puedo seguir aquí

por más tiempo. Hoy gozas de buena reputación en la corte, y si se sospecha que estoy en tu casa, y la justicia me apresase aquí, esto sería un descrédito y una responsabilidad para tu persona.

—Alimaña, cuando yo le doy á un bombre la mano es porque le considero mi amigo, y al serlo asumo todas las responsabilidades que puedan venir. Lo de menos sería que sucediese lo que acabas de decirme; pero tu desgracia sería inevitable. Quiero, por lo tanto, que salgas de esta casa, no por mí, sino por tu seguridad propia.

—¿Y adónde me dirijo?

—A Francia.

—¿A Francia?

—Ya sabes que en esa nación hay guerra, y donde hay guerra hay desorden. Tengo además que hacerte un encargo.

—¿Cuál?

—Deseo que en ese país busques al esposo de mi hija.

—¿A don Fernando de Lara?

—Precisamente. Cada día aumentan más los rumores de que don Felipe galantea á mi hija, y, aunque no dudo de la virtud de ésta, no quiero en manera alguna que imaginen los maldicientes que la ausencia del duque de Santarem se prolonga por su propia voluntad. Dirás, pues, á don Fernando de cierta manera, que á tu discreción recomiendo, que regrese á la corte de incógnito lo antes posible. ¿Cumplirás mi encargo?

—¡Buena pregunta! ¿Acaso ignoras que estoy siempre dispuesto á servirte?

—Ya lo sé. Cuando encuentres al duque, encárgale que me escriba anunciándome su regreso.

—Perfectamente.

—Esta noche saldrás de esta casa con un disfraz y los documentos necesarios para que nadie te detenga ni moleste en el camino. Cuando hayas pasado la frontera, ya no puedes temer absolutamente nada.

---

Aquella noche, el capitán de bandidos salió de la casa de don César, vestido con la librea que usaban los criados de Jacobo Grattis.

El italiano no había dudado en prestar este servicio á su amigo el padre de la duquesa de Santarem.

El Alimaña pocos días después pasaba la frontera sin haber sufrido el menor contratiempo.

Dirigióse á París, donde adquirió noticias de que el duque de Santarem se hallaba en Marsella, primer puerto comercial de Francia.

Al siguiente día emprendió el camino hacia aquella hermosa ciudad del Mediodía.

Mucho trabajo costóle al Alimaña saber las señas de la casa en que habitaba don Fernando.

Aquella noche pudo averiguarlas casualmente en una hostería; pero ya era muy tarde y decidió aplazar su visita para el día siguiente.

Con efecto, apenas lució la mañana, el Alimaña dirigióse hacia la casa del duque.

Esta hallábase situada en una de las mejores calles de Marsella, desde la que se descubría la vasta extensión del mar.

El Alimaña encargó á un ujier que manifestase á su señor la necesidad que tenía de verle.

—¿Vuestro nombre?

—Decidle que vengo por encargo de don César.

Un momento después, el ujier manifestó al capitán de bandoleros que su señor le esperaba.

La habitación de don Fernando era un verdadero templo del lujo.

Nadie hubiese podido recordar al verle al modesto pescador de Villarreal.

Don Fernando clavó sus ojos en el Alimaña.

Éste quitóse respetuosamente el sombrero y se aproximó.

—¿Puedo hablaros con entera libertad?

—Estamos solos.

—Ya os habrán dicho que vengo de parte de don César.

—Con efecto.

—Pues don César me encarga os diga que volváis á la corte.

—¿Sabéis si ha recibido esa orden del rey?

—Me consta que no.

—¿Ocurre algo? ¿Quizás la duquesa está enferma?

—Vuestra esposa disfruta de buena salud.

—En ese caso...

—Don Fernando,—dijo el Alimaña,—debo advertiros ante todo que aunque me veis con esta librea, no

pertenezco á la servidumbre de nadie. Don César y yo somos amigos de la juventud.

—Pues en ese caso no ignoraréis los motivos que le inducen á llamarme con tanta urgencia.

—Con efecto, no los ignoro.

—Hablad, pues.

—Señor duque, ya sabéis que la sociedad es generalmente mala, y que nunca faltan en ella seres que gocen en hacer pedazos la reputación del prójimo.

—Desgraciadamente lo sé, aunque no por experiencia propia.

—Quizás no siempre podáis asegurar lo mismo.

Don Fernando clavó sus negros ojos en el capitán de bandidos.

—¿Qué decís? ¿Acaso en la corte se murmura de mí?

—Eso es lo que menos debía importaros.

—¿Entonces?... ¡Ah, qué horrible sospecha! ¿Se han atrevido á poner en sus labios el nombre de la duquesa?

—Hombres hay en las gradas de San Felipe que comentan los hechos más insignificantes de la reina; ya veis lo poco que les importará hablar de su íntima amiga.

Don Fernando frunció las cejas.

Luégo aproximóse al capitán.

—¿Y qué pueden decir de mi esposa?

—Todo aquello que bien les parezca. No ignoráis que las imaginaciones ociosas son susceptibles de crear las más absurdas anécdotas, que muchas veces han socavado por sus cimientos la virtud más acrisolada.



La calumnia es como el fuego en el trigo. Basta una sola chispa para hacer que ardan en pocos instantes campos enteros.

—Pero ¿qué dirán de María? Hablad con franqueza. Mi padre político os habrá dado autorización para que no omitáis el menor detalle.

—Pues bien, duque, los palaciegos censuran las frecuentes visitas que doña María hace á palacio.

—¿No saben esos miserables que es íntima amiga de la reina, y que esta noble señora es la que la llama á su cámara las más de las veces?

—Si lo saben, no quieren saberlo, que es todavía peor.

—¿Luego esos villanos suponen que María?...

—Admite los galanteos del rey don Felipe.

—¡Fuego de Dios! ¡Tentaciones siento de salir esta misma noche para la corte y escarmentar á esos viles murmuradores!

—La verdad es que con sus lenguas debía hacerse un soberbio picadillo; pero no es eso lo que os conviene, ni lo que desea don César.

—¿Qué desea el padre de mi esposa?

—Que vayáis á la corte lo antes posible, pero de incógnito.

—¡Es singular! Habéis despertado en mi cerebro un volcán de ideas. ¿Acaso las murmuraciones de los palaciegos tendrán un fondo de verdad?

—Callad, don Fernando. Vuestra esposa es el emblema de la virtud.

—Lejos de mi ánimo ponerlo en duda, y desdicha-

do del que lo hiciese. Mis temores no se refieren á ella de modo alguno.

—Entonces?

—¡El rey es tan amante de la belleza! ¡Ah, si supiese que había puesto los ojos en ella y que su objeto al enviarme á Francia no había sido más que un fútil pretexto para alejarme de Madrid!...

—No creo que el monarca piense en la duquesa. Dicen que está muy apasionado de la Calderona.

—Es verdad, pero no hasta el punto de ocupar en ella toda su alma. El rey es un tanto frívolo y muy amante de las mujeres hermosas, aunque éstas pertenezcan legítimamente á sus súbditos. La verdad es que muchas veces he pensado que mi venida á Francia era innecesaria. Yo creí al principio que la misión que para el rey Luis me había encomendado era de mayor trascendencia. Pero no es así. Dos veces he escrito al monarca, y su respuesta ha sido manifestándome que le convenía que permaneciese en esta ciudad. ¿Pretenderá aprovecharse de mi ausencia? Yo sé que nada conseguiría. Me consta que mi esposa, como antes os dije, es un modelo de virtud; pero ¿acaso no podía caer en un lazo? No falta quien prepare una ocasión.

—Yo sentiría haber cumplido mal el encargo de vuestro padre político, proporcionándoos un disgusto.

—No, de ningún modo. Vos habéis cumplido perfectamente vuestra misión, y os lo agradezco mucho. Desde este instante tenéis en mí un verdadero amigo.

Y don Fernando alargó su mano al Alimaña, que éste estrechó en su diestra.

—Esta misma noche saldré de Marsella. ¿Vos pensáis regresar á España?

—Por ahora no. Existen circunstancias especiales que se oponen á mi viaje.

El Alimaña salió pocos momentos después de la casa del duque.

---

# CAPITULO CIV

## EL HIJO DEL BUFÓN

Aquella misma noche don Fernando de Lara dispuso que enganchasen los caballos en su carruaje de camino.

Eran las ocho cuando el conductor restrañó el látigo.

El duque estaba muy preocupado.

En toda la noche no pudo conciliar el sueño.

—No tengo duda de que en las murmuraciones de los palaciegos hay algún fondo de verdad. No es don César hombre que se decide á enviarme un recado de la naturaleza del que he recibido sin que tenga algún fundamento para ello.

El joven sentía una impaciencia devoradora, pareciéndole que el ganado no avanzaba, á pesar de que el conductor hacía esfuerzos por abreviar el camino, y cambiaba el tiro en casi todas las hosterías que hallaban á su paso.

No haremos la descripción del viaje, que no ofreció incidente alguno.

Cuando don Fernando llegó á la corte dió órdenes al conductor para que se detuviese en la casa de don César.

Deseaba hablar con el padre de su esposa.

Don César se hallaba en su estancia.

Al ver á su yerno, no pudo disimular su alegría.

Después que ambos cambiaron un abrazo, sentáronse junto á una chimenea

—Hablad, don César; decidme cuanto sepáis: no podéis comprender la impaciencia que he sentido durante el viaje.

—No lo dudo, Fernando.

—Vuestro amigo me ha asegurado que era necesaria mi presencia en la corte.

—Es cierto. ¿Te explicó las causas que me obligaban á darte este consejo?

—Me ha dicho que las más infames calumnias se han cebado en mi esposa.

—Con efecto, Fernando. Todos afirman que el rey la galantea.

—¿Y dais crédito á sus afirmaciones?

—Si he de responderte con franqueza, creo que don Felipe encuentra hermosa á María; y aunque no creo se haya propasado aún, es más difícil que llegue ese momento estando tú aquí.

—Desde luégo. Hoy mismo diré á María que no vuelva á poner los pies en palacio.

—De ningún modo. Aparte de que eso sería muy di-

fícil, pues no ignoras la amistad que la une á la reina, tu resolución daría origen á que los maldicientes sospechasen más. Conviene que mi hija continúe asistiendo á palacio, aunque no con la frecuencia que ahora, y que gradualmente vaya alejándose del peligro que allí la amenaza. El rey es más veleidoso que una mujer; si la hermosura de María le ha producido alguna impresión, ésta no tardará en disiparse. Tanto tú como yo observaremos, y si el monarca osase tenderla algún lazo...

—En ese caso, no ha de servirle la elevada posición que ocupa para escapar de mi venganza. Yo creo que el rey es dueño de nuestra hacienda y nuestra sangre, pero no del honor, prenda que vale mucho más que la vida.

Don Fernando dirigióse pocos momentos después á su palacio.

María tuvo una verdadera satisfacción en verle.

—¿Cómo no me anunciaste el regreso con anticipación?—le preguntó.

—Amada mía,—respondió don Fernando,—debo advertirte que he venido de incógnito. Mi ausencia iba prolongándose demasiado, y la comisión que el monarca me recomendó es muy pesada.

—¿Luego no la has cumplido?

—En parte sí; pero ¿cómo había de hallarme lejos de la corte sabiendo que muy en breve Dios ha de bendecir nuestra unión con un hijo? Yo deseaba estar aquí.

—¡Ah, Fernando! yo también tenía ese deseo, y si

no te lo expresé en mis cartas fué temiendo que te enfadases.

—¿Acaso es posible que yo me enfade contigo?

La duquesa se sonrió.

Luégo dijo:

—¿De modo que no debo decir á nadie que estás en la corte?

—Á nadie absolutamente. Sobre todo en palacio. El rey se disgustaría mucho.

———

Pocos días después, María Deza sintióse indispuesta.

Todo anunciaba su próximo alumbramiento.

Don Fernando y don César hallábanse poseídos de la más viva inquietud.

El duque no cesaba de hacer repetidas preguntas al doctor.

Aquella noche, María fué madre.

Cuando el médico presentó el niño á don César y don Fernando, ambos retrocedieron.

El niño era raquítico y débil.

Su columna vertebral tenía un horrible desnivel.

—¡Pero, santo Dios!—exclamó el duque palideciendo,—¿cómo una mujer tan hermosa puede ser madre de este desgraciado engendro?

Don César tampoco podía explicarse aquello más que como uno de esos extraños extravíos que á veces tiene la naturaleza.

En cuanto á doña María, como madre que era, no

pudo contener una lágrima al ver la deformidad de su hijo, pero exclamó dirigiendo una mirada á su esposo:

—No porque haya nacido contrahecho he de amarle menos; por el contrario, basta su desgracia para que le adore. ¿No es verdad, Fernando mío?

—Desde luégo. ¿Qué culpa tiene el infeliz?

Y María y Fernando besaron con efusión al recién nacido.

La noticia de que la duquesa de Santarem había tenido un hijo contrahecho cundió por toda la corte.

Los palaciegos mofábanse de la desgracia de aquel sér débil y enfermizo.

—¡Es singular!—exclamaba un atildado joven al siguiente día.—Precisamente la duquesa ha sido madre nueve meses después de la cacería que su majestad don Felipe nos proporcionó en el monte del Pardo.

—Con efecto,—respondieron algunos otros jóvenes.

—¿Será que los hijos del monarca sean deformes?

—Pronto podremos convencernos de ello, pues, según dicen, la Calderona será madre en el corto espacio de algunos días.

Aquellos miserables siguieron riéndose y haciendo sus comentarios.

---

Entretanto había en palacio una persona que apenas podía disimular su gozo.

Era Gil, el bufón de Felipe IV.

Asi que supo que la duquesa de Santarem había

sido madre del desventurado sér que hemos descrito, dirigióse á su cuchitril.

—No cabe duda: la fecha, el parecido, todo me indica que ese niño es hijo mío. ¡Ah, si el mundo supiese que este miserable bufón, que este sér tan ridículo y tan despreciado por todos, es el padre del heredero del ducado de Santarem!

Y Gil lanzó una horrible carcajada.

En aquel instante era completamente feliz.

Despertábanse en su memoria dulces recuerdos del pasado.

Parecíale ver las frondosas arboledas del Pardo y á la de Santarem cuando se desmayó cayendo del corcel sobre una alfombra de mullido césped.

Luégo creía escuchar los roncos acentos de las trompas de caza, el latir de los lebreles, los gritos de los ojeadores.

Gil cerró los ojos con deleite.

—¡Qué hermosa estaba!—exclamó.—¡Aun me parece sentir en mi mano el suave roce de su rostro ovalado! ¡Aun me parece que contemplo sus labios de carmín, entreabiertos entonces como la rosa que abre sus pétalos para recibir el beso del sol! ¡Y sus pestañas, que prestaban sombra á sus párpados! ¡Y su cuello, blanco y erguido como el de los cisnes que se columpian en las linfas del estanque del Retiro!

Gil se sonreía.

Aquellos pensamientos voluptuosos le hacían completamente feliz.

—¡Es mi hijo!—exclamó después;—hijo mío y de la

mujer más hermosa y más aristocrática de la corte. La mujer á quien el rey galantea inútilmente, y que yo, el humilde bufón, el hombre que inspira desprecio, el monstruo de quien todos apartan la mirada con horror ó con desvío, he logrado llegar á la cumbre de mis aspiraciones y Dios me concede un hijo de ella. El mundo lo ignorará; pero ¿qué importa? ¿Acaso no tengo la certeza de que es mi hijo? Esto debe bastarme para halagar mi amor propio. Aunque haya nacido contrahecho, será millonario, será duque de Santarem. ¿Qué importa la deformidad poseyendo riquezas y uno de los títulos más nobles de España? ¡Cuántos deseos siento por conocerle! Ayer me dijo uno de los ujieres del rey:

—La duquesa ha sido madre de un aborto como tú. ¡Se conoce que alguna vez se ha fijado en ti, y le has hecho mal de ojo!

¡Ja, ja, ja! ¡Si ese imbécil supiese que el débil niño es carne de mi carne y hueso de mi hueso! ¡Si supiese que por sus venas circula la propia sangre que por las mías! Pero todos lo ignoran; este es un secreto que debe encerrarse en lo más profundo de mi corazón. ¡Cuán necios son! Hasta el monarca no ha encontrado ocasiones de llegar á la cumbre de sus deseos! Más vale así. En cambio es el esposo de la reina, esa hermosísima mujer á la que tanto amo. ¡Cuán difícil es llegar á ella! ¡El hombre que pretende alcanzar las estrellas es un loco! Eso me sucede á mí. Pero ¿quién sabe? ¿Acaso la duquesa no era casi imposible? Calma, Gil; tal vez no echen tu cuerpo á la huesa sin que

realices tus propósitos. Tal vez llegue un día en que la corona de España se ciña á las sienes de un príncipe contrahecho.

El bufón acostóse en su lecho cubriéndose con una manta.

Poco después dormía.

La expresión de su rostro era satánica.

Soñaba con la reina doña Isabel y con la duquesa de Santarem.

---

# CAPITULO CV

---

## DONDE JACOBO GRATTIS CONSIGUE UN NUEVO TRIUNFO

Pocos días después de haber dado á luz la duquesa de Santarem, María Calderón era madre de un hermoso niño.

Jacobo Grattis lo supo; pero, á pesar del mucho interés que tuvo por ver á la joven, no puedo realizar su deseo, pues el monarca abandonaba pocas veces la casa de la comedianta, y, cuando lo hacía, Juan Rana era el encargado de permanecer junto á la manceba del rey.

Grattis estaba desesperado.

Aquella hermosísima mujer le había dicho que le amaba, pero la fatalidad parecía oponerse á la realización de sus deseos.

De este modo trascurrieron dos meses.

El italiano empezaba á dar al olvido á la comedianta.

Para su carácter veleidoso y olvidadizo, dos meses eran una eternidad.

Además, por aquellos días había regresado á la corte el conde de Villamediana, y á todas partes iba con él.

Una mañana, cuando acababa de abandonar su lecho, Grattis oyó el rumor que producían las ruedas de un carruaje al deslizarse por las piedras del ancho zaguán de su casa.

Grattis supuso que en aquel coche vendría su amigo Tarsis á hacerle la cotidiana visita.

Pero no era así.

Guijarro presentóse con cierto apresuramiento en la estancia de su señor.

—¿Qué ocurre?—preguntó al escudero.

—Una misteriosa dama pregunta por vos.

—¿No la conoces?

—Trae cubierto el rostro con el espeso velo de su manto.

Grattis sintió las aceleradas palpitaciones de su corazón.

—Dila que pase á mi gabinete.

El italiano cambió su vestido de mañana por otro más rico.

Luégo dirigióse hacia la estancia en que esperaba la desconocida.

Esta estancia era encantadora.

Las paredes estaban cubiertas de magníficos tapices.

En el centro había un soberbio velador con piedra

de Carrara, sobre el que podían admirarse multitud de objetos de arte.

Casi todos los muebles estaban incrustados en nácar, marfil, plata y oro.

Sobre un diván, indolentemente sentada, hallábase la desconocida.

Ésta no había descubierto su rostro cuando Grattis penetró en la estancia.

Grattis aspiró con deleite el suave aroma que aquella mujer despedía.

Iba completamente vestida de negro.

Grattis se inclinó en su presencia.

—¿No me conocéis, Jacobo?—preguntó la dama con un acento que llegó al corazón del italiano.

Y al hacer esta pregunta, separó su velo.

Era la comedianta María.

La enfermedad que había sufrido había prestado más realce á su incomparable hermosura.

Sus mejillas estaban ligeramente pálidas.

Sus ojos velados por una tenue aureola azul.

—¿Vos aquí?—exclamó Grattis.

—¿Os sorprende mi presencia en vuestra casa?

—¿Á qué negarlo? ¡Es tan singular que la ventura venga á buscarnos!

—¿Luego seguís considerando en mi persona vuestra felicidad?

—Siempre.

—Creí que no.

—¿En qué fundáis esa creencia?

—¡Ay, Jacobo! Ya sabéis que, por mi desgracia, co-

nozco un poco el corazón de los hombres, y mucho más el vuestro. Las mujeres hacemos un estudio profundo de esa víscera, ó, por mejor decir, poseemos cierta intuición para sondear sus arcanos. Ya habréis sabido que he estado enferma.

—No lo ignoro, como tampoco que sois madre de un hermoso niño. El rey debe estar loco de contento y más enamorado que nunca de vos.

—No lo creáis.

—¿Tratáis de negarlo? He pretendido haceros una visita y no pude conseguirlo, pues el rey apenas se apartaba de vos.

—Es cierto que sus visitas han sido más largas y más frecuentes, y vuestra presencia me hubiera comprometido. Debo advertiros, sin embargo, que mi pensamiento no se ha apartado de vos.

—¿De veras?—preguntó Grattis con cierta ironía.

—No seáis cruel. Prueba de que os amo que, no pudiendo resistir el deseo que me inspiraba veros, he venido á vuestra casa.

—Gracias, María; yo os aprecio mucho este favor.

—Parece que lo decís con ironía. ¡Ah, Grattis, comprended la situación en que me hallaba! Tan pronto como me ha sido posible he volado á vuestra casa. ¿Para qué venir antes? Yo sabía que mi presencia antes de ahora había de seros desagradable.

—Eso nunca. La presencia de una mujer hermosa siempre es grata para mí.

—Eso no deja de ser una frase galante.

—Y, decidme, ¿cómo habéis podido burlar la vigi-

lancia de Juan Rana, ese cancerbero que se ha constituído en vuestro tutor?

—Muy fácilmente. Cuando una mujer desea sacudir el yugo que la oprime, siempre halla algún medio.

—Es verdad; sin embargo, Juan Rana no debe ser un iluso á quien se engañe fácilmente.

—Según. Ya os dije en otra ocasión el procedimiento. Juan Rana, cuando no recibe un obsequio, es hombre que permanece á mi lado. En cambio, si el adorador que me solicita es espléndido, entonces ya cambian las condiciones de su carácter.

—Os comprendo, María,—dijo el caballero Grattis enlazando su brazo á la cintura de la comedianta. Esta inclinó sus ojos al suelo, no porque se ruborizase, sino porque sabía perfectamente que aquellas demostraciones de pudor son las que más cautivan á un amante.

Luégo se sonrió, clavando sus negros y expresivos ojos en el italiano.

—Dentro de pocos días podréis ir á mi casa con la frecuencia que deseéis.

—¿Pues cómo?

—¿Ignoráis que la corte se traslada al Pardo por algún tiempo?

—Lo ignoraba completamente.

—¡Parece imposible que, siendo íntimo amigo de Villamediana, no supieseis ese proyecto! Una de las damas que irá á la expedición es la duquesa de Santarem, que ha sido madre de un niño deforme.

—Es cierto.

—El rey la ha invitado. Se conoce que desea se re-

produzcan las escenas que tuvieron lugar hace un año.

—Pero ¿seguís abrigando la creencia de que el rey abusó del desmayo de la duquesa?

—Creo mucho más. Esto es, nunca he dado crédito á los síncopes de las mujeres. Yo, al menos, puedo juraros que no he perdido el conocimiento sino cuando la conveniencia me lo aconsejaba. Desmayarse como esa duquesa acusa una sensibilidad exquisita que yo no poseo. Y ahora, volviendo á lo que antes decíamos, don Felipe vendrá poco á la corte mientras María Deza se encuentre en el Pardo. ¡Son tan agradables los incidentes de la caza! ¡Es un ejercicio tan noble!

Y María Calderón lanzó una carcajada.

Luégo prosiguió:

—Debo advertiros que la ausencia del rey no me preocupa. Todo lo contrario. Quisiese que se prolongase mucho.

—¿Por qué?—preguntó Grattis mirando á la joven.

—¡Qué ingrato sois!—exclamó la comedianta reclinando su cabeza sobre el hombro del caballero.

Grattis, al sentir que los sedosos cabellos de la joven rozaban su mejilla, se estremeció, y, oprimiendo su talle contra su pecho, depositó un apasionado beso en su boca.

—¿Me amáis?—dijo después.

—¿Á qué me lo preguntas? Si no te amase, no hubiese venido á tu casa.

—Es verdad. Con ello me has dado una prueba de que no te soy indiferente.

—¡Qué escéptico eres! ¡Siempre has de decir las

cosas de una manera que ni satisfagan ni halaguen los deseos de mi alma...

Dos horas después, la comedianta subió á su carruaje, volviendo á su casa.

Jacobo dirigióse también á la morada de su amigo don Juan de Tarsis.

Éste estaba escribiendo.

Al ver al italiano abandonó la pluma.

—Tal vez he venido á quitaros un momento de inspiración.

—No importa; bien puede olvidarse un poco á las musas por tener el gusto de hablar con vos. Estoy escribiendo una comedia en dos actos, titulada *Las glorias de Niquea*, que debe representarse con gran aparato en el jardín de la Isla de Aranjuez. Su estreno tendrá lugar el dia de los cumpleaños del rey, y él tomará parte en la farsa.

—Según eso, ¿habéis visto ya á don Felipe?

—Ayer.

—¿Y á la reina?

—No he tenido esa fortuna, pero creo conseguirla pronto.

—¿Tal vez en el Pardo, adonde creo pasa la corte?

—Precisamente. Mañana mismo. ¿Supongo que vendréis?

—No, amigo mío.

—Tened en cuenta que irán damas hermosísimas.

—No lo dudo; pero por ahora no me conviene ausentarme de Madrid.

—Vuestras razones tendréis para ello.

—Con efecto. Mientras vos procuráis haceros dueño absoluto del corazón de la reina, yo haré lo propio con el de María, la comedianta.

—¿Todavía pensáis en ella?

—Más que nunca.

—Estoy admirado de vuestra constancia, Grattis.

—¡Qué queréis! los hombres somos caprichosos. Sin embargo, debo advertiros que mis relaciones han tomado tal carácter, que no tardarán en borrarse de mi imaginación. Es una desgracia ó tal vez una fortuna, pero me sucede lo propio que á las mujeres caprichosas, que desean una joya mientras la miran á través de los vidrios del escaparate, y tan pronto como la poseen la dejan olvidada en su tocador.

—¡Dichoso vos! Yo quisiera poseer esa volubilidad de ideas, pero no puedo.

—Tened en cuenta que no habéis llegado á la cumbre de vuestras esperanzas.

—Ni llegaré.

—¿Quién sabe?

—¡Ay, amigo mío, eso sería tan difícil como pretender alcanzar las estrellas con la mano! La reina me ama, pero es una mujer inflexible en el terreno de las concesiones.

—Pero al fin es mujer.

—Dudo si darla ese nombre ó el de ángel.

—¿De manera que mañana partís al Pardo?

—Desde luégo. Me prometo pasar una agradable temporada. Es relativamente reducido el número de cortesanos que tomará parte en la expedición. Esto

me satisface. ¡Qué cáfila de necios! Al volver de Nápoles les he expresado mi opinión en una sátira que me ha granjeado muchas enemistades, sin duda porque en ella se ven perfectamente retratados aquellos á quienes la dediqué. Dice así:

«Llego á Madrid, y no conozco el Prado;
Y no lo desconozco por olvido,
Sino porque me consta que es pisado
De muchos que debiera ser pacido.
Vuélvome, voluntario desterrado,
Dejando á sus arpías este nido,
Ya que en mis propios escarmientos hallo
Que es más culpa el decillo que el obrallo.»

—Siempre punzante,—dijo Jacobo;—vuestra pluma, más que pluma, parece un puñal.

—¿No juzgáis provechosa esta lección para esa turba de estúpidos palaciegos que al salir del Retiro, hartos de adular al monarca, pasean por los alrededores del alcázar murmurando de todo el mundo?

—Creo, sin embargo, que con esas sátiras os creáis muchos enemigos.

—¿Y qué me importa? Nada más monótono que ser simpático á todas las gentes. Conviene la variedad. Además, ¿acaso no tenemos en la corte un poeta que ha hecho su reputación á fuerza de dirigir sangrientos epigramas á todos? ¿No os parece respetable el nombre de don Francisco de Quevedo? Pues ni el mismo rey se ha escapado de sus satíricas alusiones. Ni tampoco el conde-duque de Olivares, que es más rencoroso y temible que el mismo monarca. Desenga-

ñaos, amigo Grattis, estamos en un período en que es preciso decir la verdad desnuda.

—Bien os consta que nunca fuí hipócrita; pero sentiría que á raíz de vuestro destierro sufrieseis una nueva contrariedad.

—No. El rey todo lo perdona menos que pusiese en mi banda aquel mote que turbaba su tranquilidad conyugal. Aparte de todo, es una buena persona, amigo de proteger las artes y los artistas. Yo no le encuentro más que un defecto imperdonable.

—¿Cuál?

—Que sea esposo de la reina,—respondió don Juan de Tarsis sonriendo.

—Es natural que opinéis así.

—¿Conque estáis decidido á no acompañarme al Pardo por permanecer cerca de vuestra comedianta.

—Amigo mío, por lo único que renuncio gustoso á vuestra compañía es por la de una mujer. Quizás á vuestro regreso haya cambiado de opinión. El amor es la esencia que antes se evapora.

—¿Nos veremos esta noche?

—Desde luégo.

Grattis se puso en pie y alargó su mano al conde, que éste estrechó entre las suyas.

Un momento después, el italiano salía de la casa del conde.

---

# CAPITULO CVI

---

DONDE EL BUFÓN ESPÍA Y SORPRENDE UN SECRETO

Al siguiente día, apenas brillaban en el cielo los primeros resplandores del alba, la corte salió para el Pardo.

En el interior de un elegante carruaje iban indolentemente recostadas dos hermosísimas damas.

Una era la reina.

La otra, su íntima amiga la duquesa de Santarem.

Esta segunda había tenido necesidad de vencer con mucho trabajo la repugnancia que su esposo sentía de que fuese á acompañar á la reina.

En vano había tratado la joven de conocer las causas que despertaban tan profunda aversión, pues don Fernando se negó á manifestarlas.

Ultimamente accedió á que fuese con su ilustre amiga, gracias al ofrecimiento que hizo don César de no separarse de su hija.

La reina y la duquesa, apenas salieron al campo, si-

guiendo la ribera del río Manzanares, entablaron el siguiente diálogo:

—Esta noche, querida amiga,—dijo doña Isabel,—es casi seguro que mi esposo regrese á Madrid.

—¿En qué os fundáis, señora, para creerlo? Bien sabe vuestra majestad lo mucho que le agrada al rey la residencia en el Pardo.

—Le he oído hacer alguna indicación acerca de su vuelta. Ignoro lo que tendrá que hacer; pero hablando con el conde-duque, dijo que probablemente volvería á Madrid esta noche. Si esto sucede, quiero pedirte un favor.

—Bien sabe vuestra majestad que estoy dispuesta á servirla.

—Villamediana llegará al Pardo con otros caballeros pocas horas después que nosotros. Yo le hice una promesa antes de su partida á Nápoles, y quiero cumplirla.

—¿Le prometisteis que si aceptaba vuestro consejo partiendo á Nápoles, al regresar tendríais una entrevista con él?

—Precisamente. Veo que estás dotada de una feliz memoria. Ahora bien; ¿qué ocasión más propicia que la que puede ofrecerme esta noche? En el Pardo hay sitios que apenas son frecuentados. Tú me acompañarás, como siempre, ¿no es cierto?

—Desde luégo.

—Y cuando veas al conde te encargarás de manifestarle mis deseos. Esto, dado caso de que el rey no permanezca en aquel sitio; pues de otro modo, no quie-

ro exponerme ni que él se comprometa tampoco. ¡Ah, María! A pesar de la amistad que entre nosotras existe, alguna vez censurarás mi poca cordura, pero el amor es ciego. Comprendo que, en vez de alimentar la pasión de don Juan, yo debía hacer todo lo posible porque se disipase; pero no puedo. Es más fuerte mi deseo de verle que mi fuerza de voluntad. No dejo de comprender que, tarde ó temprano, labraré el infortunio del conde, y, por lo tanto, el mío; pero ¿quién resiste á los impulsos del corazón, aunque éstos sean perjudiciales? ¡Son tan imperiosos sus mandatos! ¡Tú no puedes comprenderlo, porque has tenido la suerte de encontrar un esposo que te ama, que siempre está mirándose en tus ojos para adivinar tus más insignificantes deseos! ¡Dichosa tú! ¡Si me hubiese sucedido lo propio, mi alma entera hubiese sido de Felipe!

Y la reina vertió una lágrima que se deslizó por sus mejillas como la gota de rocío sobre el nevado cáliz de una azucena.

—Señora,—dijo María,—con efecto, vuestra situación es muy triste. Pero muchas veces he pensado si todos esos devaneos que atribuyen á vuestro esposo no serán más que habladurías de las gentes. ¡Las acciones del que ocupa un trono son tan comentadas por todos! El detalle más pequeño da lugar muchas veces á comentarios que luégo se agigantan al rodar de boca en boca. La opinión es como la montaña: empieza por un grano de arena y concluye por elevar su cúspide hasta las nubes. Hace pocos días, vos misma me asegurabais que todos decían que el rey había puesto sus

ojos en mí. Sin embargo, señora, yo no he oído de sus labios más que algunas frases galantes que en nada podían ofenderos ni ofender mi decoro. Esto ha bastado para que supongan que vuestro noble esposo me ama y que yo correspondo á sus amores. ¿No puede suceder lo propio respecto á esa comedianta llamada María Calderón y á otros muchos devaneos que atribuyen á don Felipe?

—No, duquesa, desgraciadamente no es así. Bien segura estoy de que lo que te atribuyen no es cierto; pero no puedo decir lo mismo de las demás. María Calderón ha sido madre pocos días después de haber dado tú á luz, y yo sé que ese hijo es del rey. Esa comedianta tiene á gala proclamarlo por todas partes. Además, sus relaciones con mi marido son un hecho que todos conocen. Tú tratas de justificar á mis ojos la conducta del rey, y te lo agradezco, pues de esta manera veo que quieres mi tranquilidad.

—Señora, después de todo, no debéis preocuparos mucho por esa mujer, que en nada puede compararse con vos.

—Es, sin embargo, muy hermosa. Aunque generalmente las mujeres nunca concedemos esta cualidad á nuestras rivales, yo no puedo menos de reconocerlo así.

En aquel instante, el carruaje que las conducía penetró en el monte.

Doña Isabel dirigió una distraída mirada por aquellas espesas arboledas.

Entre la multitud de personas que esperaban á los

reyes estaba Gil el bufón, que aquella mañana había ido al Pardo á caballo.

Las facciones del contrahecho se animaron al ver á aquellas dos hermosísimas mujeres, que eran las únicas que hacían palpitar su corazón.

María, al ver al bufón, no pudo reprimir un movimiento de desagrado.

La desgracia de aquel hombre le trajo á la memoria la de su hijo, y se estremeció.

—¿Qué te sucede?—preguntóla su ilustre amiga.

—Nada, señora.

—Tus mejillas han palidecido.

—Tal vez el aire fresco de la mañana, cualquier cosa; por lo demás, me encuentro perfectamente.

Gil siguió con los ojos al carruaje, que no tardó en desaparecer de su vista.

Luégo sonrióse maliciosamente.

Dos horas después llegaron al Pardo varios caballeros.

Entre ellos, el conde de Villamediana.

Éste se apresuró á dirigirse al palacio con objeto de saludar á los reyes.

Doña Isabel, sintiéndose algo indispuesta, pues había abandonado su lecho antes de ser de día, habíase retirado á sus habitaciones, con objeto de descansar un rato, y el rey despachaba en aquellos momentos con el de Olivares.

Don Juan encontróse con la duquesa de Santarem, quien, tendiéndole la mano, le dijo:

—¿Cómo os ha ido en vuestra expedición por Italia?

—Señora,—respondióla Villamediana,—el país más hermoso pierde sus encantos cuando el corazón tiene un deseo que no encuentra manera de realizar.

María Deza se sonrió.

En uno de los rincones de la estancia hallábase Gil.

Al parecer dormía.

Sin embargo, sus ojos entornados, estaban fijos en los de la duquesa.

—Conde,—dijo la joven en voz baja,—tengo que daros una buena noticia.

—¿Una buena noticia?—preguntó don Juan.

—Sí; esta mañana he venido aquí en el mismo carruaje que doña Isabel. Como nadie nos acompañaba, hemos podido hablar libremente.

—¿Y qué habéis hablado, señora?

—Mucho de vos.

Las facciones del conde resplandecieron de alegría.

En cambio, Gil, no pudiendo resistir los celos que experimentaba, aproximóse cautelosamente hacia la aristocrática pareja.

—¿Acaso el correo mayor, no satisfecho con galantear á la reina, tratará de hacerse también dueño del corazón de la duquesa?—dijo.

Tan abstraídos se hallaban doña María y Villamediana, que no observaron que Gil estaba muy próximo.

—La reina,—dijo la hija de don César,—desea veros esta noche, cumpliéndoos la palabra que os dió antes de vuestra partida á Nápoles.

—¡Ah, duquesa! ¿Será cierta tanta ventura?

—Sí, amigo mío. Se cree que esta noche don Felipe volverá á Madrid.

—Entonces nunca encontraremos una ocasión más oportuna. Gracias, duquesa; no sé cómo pagaros lo mucho que os debo.

El bufón apartóse de aquel sitio, saliendo poco después de la estancia.

—¿Habrá oído ese hombre lo que os acabo de decir? —preguntó la joven aparcibiéndose de la marcha del bufón.

—No; ese desgraciado no se ocupa absolutamente de nada más que de divertir al rey. Si no me equivoco, hace un momento que estaba profundamente dormido. ¿De manera que esta noche tendré la felicidad de hablar con la reina?

—Eso me ha encargado que os diga.

—No faltaré; ya me diréis hora y sitio.

En aquel instante aproximóse al conde uno de los caballeros que le habían acompañado desde Madrid.

Villamediana hizo un movimiento de disgusto; pero el hidalgo, no comprendiendo que estorbaba, saludó galantemente á la duquesa, entablando con ella un animado diálogo.

En aquel momento sintióse en el patio del palacio el ruido de un coche.

Era el del rey, quien, acompañado solamente de su favorito el conde-duque, regresaba á Madrid.

---

# CAPITULO CVII

---

## EL AVISO DEL BUFÓN

Gil, apenas salió de la estancia en que acababa de sorprender el secreto de don Juan y la reina, dirigióse hacia el campo.

Sus labios estaban contraídos por el dolor.

Sus ojos brillaban de un modo siniestro.

—¡Ah, santo Dios!—se dijo;—¡mis temores no eran vanos! ¡El conde de Villamediana ama á la reina, y esta noche tiene con ella una cita! ¡No bastaba para atormentarme que doña Isabel fuese esposa del rey, del hombre á quien necesito hacer reir aunque la pena me ahogue! ¡Era preciso que además tuviese un amante como don Juan! Esto es, el prototipo de la gentileza varonil y de la elegancia. ¡Los celos me devoran! ¡Parecen sierpes que se enroscan á mi corazón y van oprimiéndole poco á poco! ¡Una cita! ¡Una cita que ha de tener lugar esta noche cuando el rey se encuen-

tre en Madrid! Es indudable que Villamediana llegara á conseguir sus deseos, mientras yo, desesperado, sentiré en mi humilde aposento la rabia de la desesperación. No, Gil, tú no debes consentirlo. Tú debes evitarlo por cuantos medios se te ocurran. El conde es desde este momento tu mayor enemigo. El rey permanecerá esta noche en Madrid. Si la cita de la reina tuviese lugar en una estancia tan oscura como mi alma... Yo tendería un lazo al conde y acudiría al lado de doña Isabel. Pero esto es una locura. ¿Acaso el horrible bufón, el hombre que ha venido á este mundo sólo para provocar la hilaridad de todos, podía confundirse con el apuesto caballero que ha sabido hacerse dueño del corazón de la mujer que amo? Imposible. Hablaré á Villamediana. Le diré que soy dueño de su secreto. Pero ¿qué consigo de este modo? Que tanto la reina como él se recaten de mí, y yo ignore cuándo encuentran otra ocasión propicia para hablar de sus amores. No, ninguno de estos medios me agrada. Ninguno de ellos conjura el mal que quiero arrancar de raíz.

De pronto los ojos del contrahecho se iluminaron.

En su boca, desmesuradamente abierta, se dibujó una sonrisa.

—¡Gracias, Dios mío, gracias por haberme dado una idea luminosa! Ahora mismo parto á la corte. Yo buscaré al rey. Aunque se encuentre en casa de la Calderona, he de presentarme allí. Aunque al principio me trate con severidad, luégo ha de agradecérmelo. Es necesario que sepa que esta noche el conde trata de manchar su honra. Él no puede dudar de mis pala-

bras. ¿Acaso no ha cometido Villamediana muchas imprudencias antes de ahora con las cuales despertó los celos del rey? Don Felipe los sorprenderá. ¿Qué puede ocurrir? ¿Que la reina sufra su castigo? Pues lo prefiero. Todo menos que su corazón sea de otro.

Gil dirigióse de nuevo hacia el palacio, entrando en las caballerizas.

En seguida ensilló uno de los mejores caballos.

—Encargaré al mozo que no diga absolutamente á nadie que he salido del Pardo,—se dijo.

É iba á ejecutarlo, cuando se detuvo.

—Y ¿para qué he de hacerlo? Siempre me olvido de que soy Gil, el pobre bufón; esto es, el hombre que no tiene importancia alguna en el mundo. ¿Quién ha de preguntar por mí ni preocuparse por mi ausencia?

Y Gil cogió las bridas del corcel, saliendo fuera de las caballerizas.

Luégo montó sobre el hermoso animal y aventuróse al galope por aquellas espesuras.

Una hora después el jinete llegaba al palacio del Buen Retiro.

El rey no estaba en él.

—¿Sabes dónde se encuentra su majestad?—preguntó á uno de los ujieres.

—Ha salido.

—Perfectamente,—respondió el bufón.—Seguro estoy que se encuentra en casa de la comedianta.

Y Gil se encaminó hacia la calle de Alcalá, que estaba muy próxima á la morada de María Calderón.

El contrahecho, cuando hubo llegado, no dudó en aventurarse por la escalera.

Un criado hallábase en el umbral de la puerta.

—Decidle al rey que necesito hablarle reservadamente, aunque no sea más que un momento.

El criado invitó al bufón para que pasase á una de las habitaciones.

Un momento después, Felipe IV presentóse.

—¿Qué ocurre?—preguntó á Gil.—¿Quién te ha dicho que yo me encontraba en esta casa? Muy graves deben ser los motivos que te inducen á verme, cuando osas venir aquí.

—Con efecto, señor, son muy graves.

—Habla, pues.

—Ante todo, ¿puedo hacerlo con completa libertad?

—Me extraña esa pregunta en tus labios, cuando nunca dudas en decir cualquier impertinencia.

—Quiero deciros si no nos oye nadie.

—Nadie absolutamente.

—En ese caso, voy á permitirme dar un consejo á vuestra majestad.

—¿Tú?

—Sí. No dudo que estáis perfectamente en esta casa; pero conviene que sacrifiquéis vuestro gusto y volváis al Pardo esta misma noche.

—¡Imbécil! ¿Y nada más que para decirme eso has osado venir hasta aquí? Te aseguro que has de sentir en la espalda la acción de mi látigo.

—¿De modo que vais á recompensar de esa manera mi solicitud?

El rey dirigió al bufón una mirada de cólera.

—No se enfade vuestra majestad, y sepa que si he venido á esta casa no ha sido á humo de paja, como vulgarmente se dice.

—Habla, pues, pero pronto.

—En el Pardo hay palomas torcaces cuyo arrullo os enamora, y el gavilán cierne sus alas sobre ellas.

—¿Y qué quieres decir con eso? Habla claro. Nunca me han gustado los enigmas.

—Quiero deciros que el conde de Villamediana ya no se encuentra en Nápoles, y que debíais haber prolongado su destierro.

—¡Ira de Dios! ¿Acaso don Juan Tarsis ha cometido alguna nueva imprudencia?

—Á la faz del mundo, no; pero yo creo que cuando las perdices están más expuestas á morir es cuando no descubren al cazador.

—Vamos, Gil, te juro que he de darte dos docenas de latigazos si no me sacas pronto de la incertidumbre en que me has puesto.

—Ante esa promesa no puedo menos de hablar más claro que un papagayo. Yo sé que el conde ha pedido una cita á vuestra ilustre esposa.

Las mejillas del rey palidecieron.

—Mide bien tus palabras, teniendo en cuenta que tratas de un asunto muy delicado.

—Como comprenderéis, no había de decíroslo si no tuviese la seguridad.

—¿Luégo Villamediana?...

—Trata de aprovecharse de vuestra ausencia.

—La reina se habrá enojado con semejante proposición.

—Lo ignoro.

—¿Puedes ponerlo en duda, miserable y ridículo engendro?

—Señor, tengo sobrados motivos para ello. Lejos de mi ánimo suponer que esa ilustre señora trate de corresponder al amor del conde, pero me consta que ha accedido á sus deseos.

—¿Y asistirá á la cita?

—Creo que sí; aunque no sea más que con intención de hacer que el caballero desista de sus torpes propósitos.

—Calla, Gil. No tengo que recomendarte que guardes sobre este asunto el mayor silencio. En ello te va la vida. ¿Cómo has podido saber lo que acabas de decirme? Tal vez sean suposiciones y nada más.

—No, señor. Lo he oído de los labios de vuestro correo mayor.

—¡Ah! ¡no tengo duda que todo es jactancia suya! ¿Cómo era posible que doña Isabel acudiese á su cita? De todas maneras no tardará en sentir el peso de mi venganza. Ya no basta un destierro; es necesario emplear medidas más enérgicas. Ahora, Gil, vuelve al Pardo. No quiero en manera alguna que nadie sepa la advertencia que me acabas de hacer. No olvides lo que te he dicho. Como me digan que has hablado de este asunto, cuéntate muerto.

El bufón salió de la casa de la Calderona, montó de nuevo en su corcel y volvióse al Pardo, llegando á

éste cuando el crepúsculo empezaba á extender sus vagas tintas por el cielo.

En cuanto al monarca, volvió á la habitación en que le esperaba su amada.

—¿Quién ha venido en tu busca?—dijo la joven.

—Mi bufón,—respondióle el rey.

—¿Qué quería?

—Nada. Me ha dicho que mañana quiere la reina que den una batida á los gamos, y que su deseo es que yo me encuentre allí.

—¿Y qué has respondido?

—¿Qué había de responder? Que iré.

María Calderón hizo un gracioso mohín, expresando con él un disgusto que se hallaba muy lejos de sentir.

—¿Vas á enojarte por ello?

—No; comprendo que te ofrezca mayores encantos una batida á los gamos que permanecer en esta casa.

—Vamos, María, no seas injusta; bien sabes que no son los atractivos de la caza los que me obligan á no cumplirte la palabra que te había dado. Hoy me es imposible permanecer aquí.

—Adiós, pues.

El rey estrechó en sus brazos á la comedianta.

Luégo besó á su hijo, que dormía en su cuna, y dirigióse á palacio.

Inmediatamente hizo sonar la campanilla de su estancia.

Un ujier se presentó.

—Que preparen en seguida un carruaje de camino.

Un momento después, el criado anunciaba al monarca que estaba preparado el coche.

El rey embozóse en su capa y salió de palacio.

El conductor restrañó el látigo y las mulas partieron al trote.

Don Felipe, poco antes de llegar al Pardo, apeóse, recomendando al cochero que volviese á Madrid.

Luégo aventuróse por las márgenes del Manzanares.

---

# CAPITULO CVIII

---

### LA GRUTA DE MADRESELVAS

Mientras acontecía lo relatado en el capítulo anterior veamos lo que pasaba en uno de los sitios más hermosos del monte del Pardo.

Eran las ocho de la noche.

Doña Isabel había cenado en compañía de la de Santarem y otras ilustres damas que abandonaron la corte por seguirla.

La reina estaba impaciente.

Sus ojos clavábanse á cortos intervalos en los de la de Deza.

Por último, no pudiendo reprimir su deseo de ver á don Juan de Tarsis, púsose en pie, manifestando que se hallaba un poco indispuesta.

—Vuestra majestad debe retirarse,—dijo la duquesa.

—Sí, con efecto, aunque el viaje ha sido muy corto,

estoy cansada y comprendo que el descanso ha de serme muy provechoso.

—Si me lo permitís, tendré la honra de acompañaros hasta vuestro aposento.

—Con mucho gusto, amiga mía.

La reina despidióse de las otras damas, y un momento después entraba en su estancia.

Ésta era un elegante y espacioso salón con dos balcones y una puerta que daba á una escalera secreta que salía al jardín.

Las paredes de la estancia hallábanse cubiertas de magníficos lienzos debidos á los incomparables pinceles de Velázquez, Rafael y Murillo.

El salón comunicaba con el dormitorio de la reina por una gran puerta ornada con un cortinón de terciopelo encarnado con borlas y flecos de seda y oro.

Doña Isabel, al entrar, dejóse caer en un sillón, cubriéndose el rostro con ambas manos.

—¿Qué os sucede, señora?—le preguntó la de Deza.

—¡Ay, María, no puedo negarte que tengo miedo! Mucho deseo estrechar la mano de don Juan; pero si mi esposo supiese que he hablado con él á estas horas aunque vaya en tu compañía...

—Con efecto, sería muy grave; pero tranquilizaos. A estas horas no es posible que vuestro noble esposo se aventure por esos caminos, y mucho menos teniendo una confianza ciega en vuestra virtud.

—A veces parece que la fatalidad se complace en disponer las cosas de un modo...

—No, nada ha de suceder. Sin embargo, si no que-

réis asistir á la cita, yo, acompañada de mi padre, iré á decir á don Juan que no os espere.

—¿Luego tu padre está en el Pardo?

—Sí, señora.

—No he tenido el gusto de verle.

—Ha venido antes que nosotras.

—¿Y sabe don César que esta noche he de ver á don Juan?

María no le había ocultado á su padre lo que entre la reina y el correo mayor del monarca existía.

Ella estaba convencidísima de lo bien que sabía guardar un secreto; pero á fin de no inquietar á doña Isabel, apresuróse á responderla:

—No, señora; mi padre ignora en absoluto que esta noche pensáis salir de palacio.

—Entonces, ¿cómo me decías hace un instante que irías con él á avisar al conde?

—Porque si este hubiese sido vuestro deseo, hubiera buscado cualquier pretexto para justificar á sus ojos mi ida en busca de Tarsis á semejante hora.

La reina respiró con más libertad al oir las razones de su amiga.

—¡Ah, María, es lo único que te ruego! Jamás digas ni á tu padre ni á tu marido que correspondo á los amores de Villamediana.

—Ya sabéis que nunca pequé de indiscreta.

—Vamos, pues. No sabes la lucha que estoy sosteniendo conmigo misma. Cerca de aquí hay un hermoso cenador formado con hiedra y madreselvas. He pasado muchas horas en él antes de hoy. ¿No

te parece que el sitio es muy á propósito para ver á don Juan?

—Desde luégo.

Doña Isabel se acercó á uno de los balcones y dirigió hacia el campo una recelosa mirada.

—¡Qué noche tan oscura!—exclamó.—Ni una estrella se dibuja en el firmamento.

—Esto favorece vuestros propósitos.

—Es verdad, pero la lobreguez aumenta mi tristeza. Oye, María; ó es efecto de mi imaginación, ó cerca de aquel elevado roble se descubre la silueta de un hombre.

—Indudablemente no es efecto de vuestra imaginación.

—¿Será él?

—Yo lo veré.

Y doña María, que era muy resuelta, como ya han visto nuestros lectores otras veces, se aventuró por la escalera, y, saliendo al parque, se dirigió al sitio donde el embozado se encontraba.

Cuando estuvo á pocos pasos reconoció á don Juan de Tarsis.

—Conde,—dijo la duquesa,—idos á la gruta de hiedra que hay junto á la fuente del Cisne.

—¿Y la reina?

—Ahora iremos en vuestra busca.

—Perfectamente,—respondió el caballero alejándose.

María Deza volvió al lado de su ilustre amiga.

—Tranquilizaos, señora.

—¿Era él?

—Él, que aguardaba con ansiedad.

—¿Le has dicho dónde ha de esperarnos?

—Sí.

—Gracias, María. ¡Cuántas molestias te proporciono y qué buena eres para mí!

Y doña Isabel, rodeando con su brazo la flexible cintura de la duquesa, descendió por la escalera al parque, caminando así hasta la gruta donde esperaba don Juan de Tarsis.

Si la noche no hubiese estado tan lóbrega, hubiesen podido descubrir la silueta de un observador que las fué siguiendo.

Era Gil.

El bufón sentíase asaltado por distintos pensamientos.

Más que verlas, había adivinado que delante de él iban las dos mujeres que adoraba.

Ambas entraron en la gruta.

Entonces el bufón lanzó un sordo gemido.

—¿Por qué la naturaleza no me habrá dado hermosura como á don Juan de Tarsis y á don Fernando de Lara? Entonces yo hubiese sido dueño del corazón de una de esas dos damas.

Y Gil emprendió el ancho camino que conducía á la entrada del monte.

—El rey no llega,—exclamó después.—Ya es muy tarde, y no creo que la entrevista de doña Isabel con el conde se prolongue mucho. Si don Felipe llegase á estos sitios cuando ya se hubiesen separado, creería

que todo había sido una impostura. ¡Los maridos que tienen mujer hermosa suelen ser tan necios!... ¿Acaso no vendrá el rey? ¿Será posible que esa comedianta le subyugue hasta el punto de desatender el cuidado de su honra? No, esto no puede ser. El monarca es celoso, y además de serlo, no creo que el amor que doña Isabel le inspira sea tan insignificante. Él tiene devaneos, como los tendríamos todos los hombres si ocupásemos su posición, pero aún ama á la reina. ¡Ojalá no fuese así!

Gil se detuvo.

Habíale parecido oir rumores de pasos.

Con efecto, un hombre con el sombrero calado hasta las cejas y embozado en su negra capa se aproximaba.

El bufón clavó sus ojos en él.

—Es el rey; no tengo duda; su paso resuelto, sus ademanes... ¡Señor!

—¿Quién va?—preguntó el monarca al oir la voz del bufón.

—Soy Gil.

—¡Ah! ¿Estás esperándome?

—Y empezaba á creer que no veníais.

—¿Cómo era eso posible después de lo que me dijiste?

—Vamos, pues, señor; yo os orientaré: la noche está muy oscura.

—¿Sabes el sitio donde espera don Juan?

—Don Juan ya no espera á nadie.

El rey, al oir esta respuesta, llevóse la mano al po-

mo de su espada, dirigiendo al bufón una mirada de cólera.

—¿Que no espera á nadie? ¿Luego lo que esta tarde me dijiste no fué cierto?

—Contenga vuestra majestad su cólera, y escuche antes de tomar cualquier medida. Yo tengo entendido que un amante no espera más que el tiempo que tarda en presentársele el ídolo de sus amores.

—¿Luego la reina?...

—La reina se encuentra en la gruta de madreselvas que hay próxima á la fuente del Cisne.

—¡Ira de Dios! Estoy oyéndote y siento deseos de arrancarte esa lengua venenosa que el diablo ha puesto en tu boca.

—¡Señor!

—¡Silencio!

Gil se encogió de hombros.

—Ahora mismo parte de aquí, que no quiero verte, engendro del infierno.

El bufón obedeció.

—Bien,—se dijo durante el camino;—me alejas de tu lado porque no quieres que sea testigo de tu deshonra. No dejarás, sin embargo, de ir al sitio que te acabo de indicar. ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre conde de Villamediana! ¿Para qué han de servirte tu nobleza y tu bizarría?

Todos se ríen de mí, pero ¿qué importa? ¡Si supiesen que este humilde bufón, este ente ridículo y despreciable es el padre del hijo de la duquesa de Santarem, el enemigo que hace vacilar la prosperidad del

correo mayor y el que preocupa el ánimo del rey!... Entonces no se reirían. Yo sería quien lanzase estridentes carcajadas.

Y el bufón entró en palacio, arrellanándose en un diván en la antecámara del rey.

---

# CAPITULO CIX

## DONDE LA REINA CORRE UN RIESGO GRAVE

Don Juan de Tarsis esperaba á la reina con verdadera impaciencia.

Sólo había podido verla un instante desde su regreso de Italia.

Cuando oyó el rumor que producían los pasos de las damas, su corazón aceleró las palpitaciones.

—¡Es ella!—exclamó.

Y la felicidad resplandeció en todo su sér.

Doña Isabel aproximóse á don Juan, alargándole su blanca y diminuta mano, que el conde llevó apasionadamente á sus labios.

Luégo los tres penetraron en la gruta.

—Sentaos, don Juan,—dijo la reina.

—¡Ah, señora!—exclamó éste en voz baja para que sus palabras no fuesen oídas por la duquesa;—¡no sabéis lo dichoso que soy en este momento! No os negaré que he sufrido mucho durante mi ausencia, larga

para cualquiera y mucho más para el que, como yo, se había dejado el alma en Madrid. Pero ¿qué importan aquellos días de tristeza si ahora estoy á vuestro lado?

—Ya recordaréis que os prometí que nos veríamos si os alejabais de la corte.

—Es cierto. Y sólo vuestro mandato pudo conseguir que saliese de aquí; por lo demás, ¿quién se aleja voluntariamente del objeto de su pasión?

—Y ahora, conde, supongo que si vuestras palabras son ciertas, que si estáis verdaderamente arrepentido de las locuras que hicisteis, no incurriréis de nuevo en ellas.

—Señora, yo os lo juro.

—Me han asegurado, no obstante, que desde que habéis vuelto os dedicáis á componer poesías epigramáticas que han de granjearos el odio de muchos.

—Pero en ningúna de esas composiciones he hecho la más mínima alusión que se refiera al amor que os profeso. Por lo demás, no tratando de esto, ¿qué importa que califique de necios á muchos que se tienen por lumbreras?

—¿Y qué os importa? Conde, yo quisiese que todos os estimaran. Tenéis sobradas condiciones para conseguirlo.

—Lo procuraré, supuesto que mi deseo es compláceros hasta en lo más mínimo.

—Bien veis que yo también trato de hacerlo respecto á vos. De otra manera, ¿cómo se comprendería que estuviese aquí?

—Es verdad. Sin embargo, esta noche podéis estar tranquila. Son las nueve. Vuestro esposo no vendrá hasta mañana.

—En la creencia de que será así me he determinado á venir.

—¡Ah, señora, cuán dichoso sería si su ausencia se prolongase! Entonces me atrevería á reclamaros un nuevo favor.

—¿Cuál, conde?

—Suponed que las ocupaciones que le distraen,—y el de Tarsis recalcó estas palabras,—fuesen de tal importancia é interés que, á pesar de lo mucho que le agrada la residencia en este real sitio, se viese obligado á permanecer en la corte algunos días más. ¿Entonces me negaríais volver á este sitio mañana? Diréis que soy muy exigente, pero el verdadero amor nunca se encuentra satisfecho.

Anhela pasarse la vida de hinojos ante el sér idolatrado, y esto me sucede á mí.

—Don Juan, ¿no comprendéis que estas entrevistas pueden tener un resultado funestísimo?

—¿Y qué importa? El guerrero que ambiciona ceñir á su frente los inmortales laureles de la gloria no duda en ir al campo de batalla, aunque puede encontrar el término de su vida. Yo sé que, si el monarca sospechase el amor que me inspiráis, no se contentaría con desterrarme; necesitaría que cayese sobre mí el peso de su venganza. Díganme, sin embargo, una palabra afectuosa vuestros labios de carmín, reciba una mirada de esos ojos azules como el cielo de Italia, y luégo

me consideraré dichoso aunque arrancasen el corazón de mi pecho.

—¡Ah, conde, sois egoísta! ¿No comprendéis que si eso sucedía yo había de considerarme muy desgraciada?

—Yo no. ¡Qué mayor gloria, qué ventura más grande que morir por vos! Decís que soy egoísta; necesariamente tengo que serlo. Mucho más habíais de afirmarlo si conocieseis las extrañas ideas que á veces cruzan por mi imaginación.

—Decídmelas, conde. No sabéis lo mucho que ha de agradarme saber lo que se forja la imaginación de un poeta.

—Muchos sueños y muchas locuras irrealizables.

—Veamos.

—Unas veces desearía que vuestra fortuna y mi desgracia no os hubiesen colocado en la elevada posición que tenéis. Esto es, querría que fueseis una dama de la corte, pero no la reina. Entonces yo os hubiese amado lo mismo, porque no es el brillo de vuestra corona regia lo que me cautiva. ¡Si el rey os amase, procuraría hacerme dueño de vuestro corazón. No ignoro que tendría en él un enemigo poderoso; pero ¿qué importaba? No se llega á la cumbre de la altiva montaña sin que el caminante tenga que hacer grandes esfuerzos. ¡Ah, señora! entonces sí que apuraría yo cuantos recursos de imaginación puedan existir. Yo os diría que el correo mayor de su majestad, que el conde de Villamediana, á pesar de su fama de galante y enamorado, era susceptible de pasarse la



existencia entera á vuestros pies, sin tener que buscar bastardos deleites lejos de vos.

La reina clavó sus azules pupilas en don Juan. Había comprendido que sus últimas palabras hacían referencia á María Calderón.

—Otras veces,—prosiguió el conde con creciente entusiasmo,—voy más lejos todavía. Pienso, en mis arrebatos, llevar mi egoísmo hasta el punto de cometer verdaderas locuras.

—Seguid, don Juan.

—Señora, temo despertar vuestro enojo.

—Yo os ruego que prosigáis.

—Era bastante que me lo mandaseis. Á veces pienso que lejos de España hay países en los que no ha podido la civilización echar raíces. Me figuro en mis doradas fantasías que todo lo habéis sacrificado á mi amor; que habéis mirado con desprecio vuestro regio trono y vuestro manto de terciopelo y armiño. Véome sobre un fogoso corcel llevándoos entre mis brazos trémulos. Ambos perdemos de vista la ciudad. No hay quien detenga la impetuosa carrera del corcel. Y luégo... luégo ya no sois la soberana de Castilla, pero en cambio lo sois de mi corazón.

—¡Ah, don Juan, qué ficciones os forjáis tan imposibles!

—No lo ignoro; pero ¿dudáis que me parezcan encantadoras?... Después de todo, ¿qué importa sentarse en un trono y ceñir una diadema real, cuando no hay ventura en el corazón?

—Es cierto, Tarsis. ¡Cuántas veces he mirado con

envidia á esos desgraciados que parten su pan sazonado con la tranquilidad y el amor!

—Otras veces,—prosiguió Villamediana lanzando un suspiro,—mi espíritu cae en un profundo letargo. Entonces comprendo la amarga realidad de las cosas, y formo el propósito de partir al extranjero para no volver á mi patria. ¿Qué consigo yo con dar pábulo á mis amores? Veros un instante para desesperarme después. Sin embargo, no os negaré que estas ideas son las que menos viven en mi cerebro. Yo no puedo alejarme de vos, como no puede la mariposa separarse de los destellos que han de quemar sus alas. Á veces, si no fuera por el perjuicio que esto había de causaros, querría que el rey sospechase el amor que me inspiráis.

—¿Para qué, Tarsis?—preguntó la reina palideciendo.

—Para acabar de sufrir. La muerte no me intimida más que porque entonces no podré veros ni percibir el eco de vuestra voz.

—Eso es una locura, don Juan; yo quiero que viváis, porque os amo. Si, por desgracia, os he encontrado tarde en mi camino, es necesario respetar los decretos de Dios. ¡Pero morir vos! ¿No comprendéis que esta era la muerte de mis más queridas ilusiones? Si no fuese porque vuestro afecto templa la pena que abriga mi pecho, yo sería la mujer más desventurada del mundo.

---

El diálogo fué bruscamente interrumpido.

Oyéronse pasos acelerados.

La reina lanzó un grito.

La de Santarem púsose en pie rápidamente.

Don Juan llevó la diestra al pomo de su espada.

Un hombre penetró en la gruta.

Era don César.

Dejó caer sobre los hombros los embozos de su capa, y con acento trémulo por la emoción dijo á doña Isabel:

—Venid, señora; pronto; no os detengáis un momento. El rey se encuentra á pocos pasos de aquí y ha escuchado rumor de voces en el interior de esta gruta.

—¡Soy perdida!—exclamó doña Isabel palideciendo.

Y hubiera caído al suelo á no sostenerla el padre de la duquesa.

Este la tomó en sus brazos con la facilidad que hubiese podido hacerlo con una niña, y saliendo de la gruta perdióse en las sombras de la noche.

Tiempo era de hacerlo así.

Felipe IV, con el acero desnudo, se presentó un momento después en la entrada de la gruta, hallando al conde de Villamediana al lado de la duquesa.

---

# CAPITULO CX

DONDE LA DUQUESA DE SANTAREM HACE POR LA REINA UN SACRIFICIO INMENSO

Distintas fueron las emociones experimentadas por el rey en aquel instante.

Uu cúmulo de pensamientos acudieron á su imaginación.

La amada del conde de Villamediana no era su esposa; doña Isabel aparecía de nuevo ante sus ojos honesta, angelical, como él la había soñado el día que la condujo al templo para que el sacerdote bendijese su unión.

En cambio encontraba junto al conde á la mujer que amaba y que siempre había escuchado sus galanteos con el más profundo desdén.

El monarca sintióse halagado bajo un punto de vista y entristecido al propio tiempo.

Doña María estaba palida como el mármol.

Su situación era muy difícil.

Poco la hubiese costado justificar su conducta á los ojos del rey; pero ¿cómo hacerlo?

Eso hubiese equivalido á exponer á su ilustre amiga á las más terribles consecuencias.

—¿Qué hacéis, señora?—la preguntó el rey con severidad.—¿Y vos, conde? ¿Es para esto para lo que habéis aceptado mi invitación de pasar unos días junto á nosotros?

—Señor,—respondió don Juan.

—Debierais haber tenido en cuenta que á poca distancia de esta gruta habitan personas tan respetables como la reina. No creo que este sea el lugar más oportuno para hablar de amores.

La duquesa se puso en pie, clavando sus negros ojos en el monarca.

Luégo balbuceó algunas frases.

—¡Por Dios, señora!—dijo don Juan en voz baja;—yo os ruego por vuestro hijo que no denunciéis á vuestra amiga.

María Deza dejóse caer sobre el banco que antes ocupaba, y, cubriéndose el rostro con ambas manos, prorrumpió en sollozos.

—Conde,—dijo el rey,—á la terminación del bosque encontraréis un carruaje; entrad en él, dando órdenes al conductor para que os lleve á vuestra casa, donde permaneceréis arrestado hasta que yo disponga otra cosa.

—¡Pero, señor!...

—Ni una palabra más,—respondió el rey imperiosamente.

El conde dirigió una mirada suplicante á la duquesa.

En ella le rogaba de nuevo que no comprometiera á doña Isabel.

Luégo inclinóse ante la dama, hizo un saludo al rey y salió de la gruta.

Felipe IV no apartaba sus ojos de la de Santarem.

Cuando el rumor de los pasos de Villamediana se perdió, don Felipe se aproximó á la joven.

—Duquesa,—la dijo,—ha llegado el momento crítico de que os hable con franqueza. No puedo negaros que esta noche he recibido el mayor disgusto que tuve en la vida. Y este disgusto no dimana, como he dicho á don Juan, porque hayáis abusado de mi confianza viniendo á esta gruta á deciros vuestros amores, sino porque no sospeché nunca que amaseis á otro que á vuestro esposo. Yo no necesito deciros que habéis despertado en mi alma una loca pasión. Esto lo comprenden las mujeres mucho antes que nosotros nos demos cuenta de ello. Mis miradas, las palabras que muchas veces os he dirigido, para concluir, todas mis acciones han debido indicaros que os amo como no he amado jamás. Yo creía que vuestro esposo era el único dueño de vuestro corazón; y aunque mi más ardiente deseo era que ese corazón fuese mío, no me atrevía á explayarme, fundándome en que el hombre que es vuestro esposo había adquirido sobre vos los lícitos derechos de posesión. Ahora que me he convencido de que amáis á otro, os pregunto: ¿es posible que me hayáis tratado con tanto rigor, á

pesar de mi linaje, por querer al conde de Villamediana? ¿Qué os halaga en don Juan? ¿Su posición? Esto no es posible. Sois duquesa de Santarem, uno de los títulos más esclarecidos de España. Además, si esos fuesen vuestros móviles, más hubieseis dado la preferencia al que, como yo, se halla dispuesto á postrarse á vuestras plantas, olvidando la regia corona que lleva sobre las sienes. ¿Y qué más ha podido cautivaros de Villamediana? Es un hombre presuntuoso. La vanidad le ahoga. Sus frases son incisivas. No se cambiaría, en concepto suyo, ni por el mismo don Francisco de Quevedo. Y, después de todo, él, como todos los nobles de España, no son más que humildes satélites míos. Su grandeza comparada con la mía es lo propio que el resplandor de la luna, que no brilla más que cuando el sol le presta sus destellos. Hablad, duquesa; yo os ruego que seáis explícita, y que me expliquéis por qué os habéis apasionado de don Juan.

La de Santarem guardó un instante de silencio.

Luégo, enjugándose las lágrimas con su blanco lenzuelo, clavó sus negros ojos en el monarca.

—¿Y quién os ha dicho que yo amo al conde?—le preguntó.

—¿Que quién me lo ha dicho? ¿Acaso una dama permanece á solas con un hidalgo á las altas horas de la noche y sin más testigos que Dios, si no existe entre ellos algún móvil que á ello les obligue?

—Pero ese móvil puede ser completamente ajeno al amor.

—No, duquesa; conozco el carácter de don Juan de Tarsis. He observado también muchas veces vuestra hermosura. No es posible que nadie permanezca á vuestro lado sin hablaros de amores. Además, la turbación que sentís y vuestras lágrimas acusan que mi presencia os ha disgustado. Vuestras mejillas están pálidas. Aun suponiendo que estuvieseis aquí con don Juan sin otro objeto que tratar de asuntos ajenos á vuestra pasión, cosa que á la verdad era muy extraña, ¿por qué os habíais de inmutar al verme?

—La sorpresa natural...

—No tratéis de disfrazar un hecho que por mi desventura ya conozco. Duquesa, sois ingrata conmigo.

—¿Luego seguís creyendo que amo al conde?

—Si no es así, yo os ruego que me expliquéis los móviles que os han inducido á venir á estos sitios á una hora tan avanzada de la noche.

La duquesa guardó silencio.

Por muy viva que su imaginación fuese, no encontraba modo de justificar su conducta más que diciendo la verdad, lo que era completamente imposible.

—¿Véis cómo vuestros labios enmudecen?—prosiguió el rey.—Decidme, ¿cómo habéis abandonado el palacio á estas horas?

—Me sentía indispuesta.

—¿Y quisisteis que la frescura de la noche os aliviase? Hé ahí un pretexto que no convencería ni á un niño. Yo no os perdonaré nunca que me hayáis tratado con altivez, sabiendo que vuestro corazón no es de don Fernando de Lara.

—Yo os juro...

—Callad, señora. Esos labios de carmín no deben quebrantar de ese modo el segundo mandamiento. No juréis en vano.

—Pues bien, ya que vuestra majestad se obceca de ese modo y que no hay medio de convenceros...

—No puedo convencerme ni puedo perdonaros vuestra ingratitud.

—¿Creéis acaso posible que yo hubiera correspondido á vuestra pasión, honrándome, como me honro, con la amistad de vuestra noble esposa? ¡Ah! eso nunca. No podéis comprender hasta qué punto la aprecio y la considero. Por ella sería capaz de hacer los mayores sacrificios.

—¿De modo que nunca debo tener una esperanza?

—Respecto á mi amor, nunca.

—¿Y he de ver con calma que uno de mis súbditos ha conseguido lo que yo no conseguiré jamás?

—Ni vuestra majestad ni ninguno de sus súbditos, á excepción del hombre á quien he jurado ser fiel ante el altar, podrán engreirse nunca con haber conseguido mi amor.

El monarca se sonrió.

—Ahora,—dijo la duquesa,—con vuestro permiso vuelvo á palacio. Pudieran vernos y...

—Con efecto,—dijo el rey con ironía,—pudiesen vernos, y yo no tengo la fortuna que don Juan de Tarsis, que, según la tranquilidad que teníais á su lado, debe poseer un talismán para hacerse invisible cuando las circunstancias lo requieran.

La duquesa dirigió al rey una mirada altiva.

Hubo un instante que acarició la idea de justificar su conducta manifestando cuanto había sucedido; pero se contuvo.

—No,—se dijo,—las únicas personas que podía importarme que dudaran de mí son mi marido y mi padre. Ambos han de saber lo que verdaderamente ha ocurrido.

Y María Deza salió de la gruta.

El rey la siguió.

—Permitidme, duquesa, que os acompañe hasta el palacio,—la dijo.

—No se moleste vuestra majestad.

—¿Hasta esto me negáis?

—Comprended que la hora no es la más oportuna para que nos vean juntos.

Don Felipe no pudo reprimir por más tiempo su mal humor.

Saludó con mucha frialdad á la de Santarem, emprendiendo otro de los caminos que conducían al palacio.

Una vez en él, dirigióse á la estancia de la reina.

Esta hallábase en su lecho.

Aunque estaba muy inquieta, fingió dormir.

—¡Hermoso ángel mío!—dijo el monarca posando sus labios sobre la frente de su esposa.

Y luégo salió de la estancia.

—Es necesario que yo desahogue mi mal humor. ¿Dónde se encontrará el imbécil de Gil? ¡Ah! él ha tenido la culpa de que esta noche no la pase junto á mi

comedianta y que me convenza más de los desdenes de la duquesa. No ha de pasarlo muy bien ese bribón; yo se lo juro.

Y el monarca tomó un látigo de montar que había sobre una mesa.

---

# CAPITULO CXI

## EL REY Y EL FAVORITO

Iba el rey á salir de la estancia, cuando observó que Gil hallábase acurrucado en uno de los ángulos.

El bufón habíase dormido cerca de los escasos y mortecinos leños de la chimenea.

Don Felipe aproximóse á él, azotando su rostro con la extremidad del látigo.

Gil despertóse súbitamente, quiso ponerse en pie, pero cayó de bruces.

Entonces el rey le cruzó la espalda repetidas veces.

—Toma, bribón; ahí tienes la recompensa que mereces.

—Por Dios, señor, tened piedad,—dijo el contrahecho arrodillándose y cruzando las manos en actitud de súplica.

—Villano, he de hacer que te quiten á palos esa enorme joroba, que más que un hombre te hace parecer un caracol.

Y el monarca le cruzó de nuevo repetidas veces la mejilla con el látigo.

Gil llevóse las manos al rostro.

La sangre corría por él.

Cuando el rey hubo desfogado su mal humor, volvióse de espaldas, saliendo de la habitación.

Entonces el bufón dirigió una mirada de odio hacia la puerta y contrajo los puños con crispación nerviosa.

—¡Ah!—exclamó lanzando un sordo gemido,—¡abusas de mí porque eres el rey y te crees con derecho para ultrajarme! ¿Qué soy yo en el mundo? Lo mismo que el perro á quien se castiga sin responsabilidad. Pero yo no lamo la mano que me pega. ¡Puede ser que esta sangre que hoy vierte mi mejilla caiga alguna vez sobre tu corazón!

Y Gil enjugóse el rostro con su lenzuelo.

Si en aquel instante hubiese podido dar rienda suelta á su dolor, hubiese llorado, pero el manantial de sus lágrimas no existía.

—Es indudable que la reina y el conde ya no estaban en la gruta. Por eso no los ha sorprendido, y el estúpido aún cree en la fidelidad de su esposa. De otra manera no se comprende que haya sido tan cruel conmigo. Yo juro que otra vez no sucederá lo propio. Yo encontraré ocasión de demostrarle que los golpes que he recibido no fueron justos. Entonces yo seré quien me ría. Y aunque haga crujir el látigo sobre mi rostro, haré pedazos su corazón.

Y Gil salió de la estancia, dirigiéndose á su cuchitril con el alma llena de ira.

Allí pasó el resto de la noche acariciando las más negras ideas de venganza.

---

Entretanto el rey habíase dirigido á su habitación.

Un ujier levantó la cortina que cubría la puerta.

—¿Se ha acostado ya el conde-duque?—preguntó el monarca.

—No, señor.

—En ese caso, dile que venga.

El rey dejóse caer en un sillón.

Hallábase preocupado.

—¡Es la primera vez en mi vida que una mujer se resiste á mis deseos! Se lo hubiese perdonado á la duquesa si no amase más que á su esposo, pero no es así. ¡Aun si otro cualquiera fuese el dueño de su corazón! ¡Pero es don Juan de Tarsis, mi correo mayor, el hombre que siempre se interpone en mi camino! No satisfecho con el necio alarde que hizo el día de la corrida de toros, ahora me arrebata el cariño de la duquesa. ¡Ira de Dios! Esto es para enloquecer.

Don Gaspar de Guzmán penetró en la estancia.

—¿Cuándo ha llegado vuestra majestad? Ignoraba en absoluto que pensaseis venir esta noche, y por eso no he salido á recibiros.

—Siéntate, Guzmán. Mal podía haberte advertido que pensaba venir, cuando hace poco que lo ignoraba.

—Vamos, sin duda vuestra majestad se sintió asaltado repentinamente por esa idea.

—No. Como me inspiras una confianza sin límites,

no dudo en manifestarte los móviles que me han obligado á anticipar mi venida.

El conde-duque se dispuso á oir.

—Sabe que esta tarde hallábame en la casa de la Calderona, cuando un criado me anunció que Gil deseaba hablar conmigo.

—¿El bufón fué á buscaros á aquella casa?

—Sí; y más ha de sorprenderte cuando sepas que su objeto era manifestarme que esta noche mi noble esposa debía tener una cita con el conde de Villamediana.

—¿La reina? ¡Eso es imposible! ¿Cómo no arrojasteis por el balcón á ese maldiciente contrahecho?

—Porque, aunque no di crédito á sus palabras, los hombres no debemos nunca arrojarnos en absoluto en brazos de la confianza, Vine, pues, á este sitio, despidiendo mi carruaje antes de entrar en él. El bufón me esperaba.

—¿É insistió en aseguraros lo mismo que os había dicho por la tarde?

—No sólo lo hizo, sino que me indicó el lugar en que debía verificarse la cita.

—Su desvergüenza no tiene nombre.

—Yo me dirigí hacia la gruta y llegaron á mis oídos rumores de voces. Entonces sentí que una ola de fuego subía á mi cabeza y penetré en el interior.

—¿Y qué vió vuestra majestad?—preguntó el conde-duque.

—Seguramente que no lo acertarías, aunque pusieses el cerebro en tortura. El conde de Villamediana se

hallaba allí, pero la joven que le acompañaba no era doña Isabel, como comprenderás.

—Desde luégo. Nadie que la conozca puede poner en duda su virtud.

—¿Quién crees que era la dama que encontrábase junto al conde?

—¡Sábelo Dios! ¿Quién puede averiguarlo?

—Pues era la duquesa de Santarem.

—¡La duquesa!...

—La mujer que tantos escrúpulos ha hecho cuando la he dirigido una frase galante.

—¡Parece imposible! ¿Está vuestra majestad bien cierto de ello?

—¡Ya lo creo! Como que he estado hablando con ella.

—¿El conde se quedaría inmutado en vuestra presencia?

—El conde á estas horas se encuentra camino de su palacio, donde permanecerá hasta que yo disponga otra cosa.

—Pero ¿ese hombre se ha propuesto interponerse siempre en vuestro camino?

—¡Desgraciado de él el día que yo me interponga en el suyo!

—Nada perderéis con hacerlo. Creo, por el contrario, que ganaréis mucho. Villamediana es una de esas personas que, en vez de agradecer lo mucho que os debe, será siempre una rémora para vuestra majestad. Decidme, ¿y la de Santarem no procuró justificarse á vuestros ojos?

—Como comprendes, hubiera sido inútil. No puedes imaginarte lo malhumorado que estoy.

—¿Por qué?

—¿Acaso te parece poco motivo? Bien sabes que deseo á la duquesa. Es quizás una de las mujeres más voluptuosas que he conocido. Sus negros ojos, al clavarse en los míos con indiferencia, me hacen entrever un mundo de felicidad. ¿No es cierto que es muy hermosa?

—Mucho. Prueba de ello que todas las damas de la corte la encuentran algún defecto. Y si vuestra majestad la ama, ¿por qué no ha procurado una ocasión para conseguir su amor? Esta misma noche hubiera sido propicia.

—No lo creas, Guzmán. Esa dama es más altiva que parece.

—Pero sois dueño de un secreto suyo. Yo, en vuestro caso, la hubiese amenazado con hacer que volviese su esposo de Francia y decirle cuanto ha ocurrido.

—Esos son medios indignos. Yo no quiero á la duquesa con lágrimas en los ojos, sino con esa provocativa sonrisa que me hace enloquecer.

El conde-duque guardó un instante de silencio.

—¿De modo que vuestra majestad sería completamente dichoso poseyendo su amor?

—Completamente.

—Pues yo os juro que lo obtendréis.

—¿De veras? ¡Ah, Guzmán, te debería más que la existencia! Sería un nuevo favor que no se borraría jamás de mi memoria.

—No han de pasar muchos días sin que esa hermosa dama haya descendido del pedestal de su altivez, cayendo rendida en vuestros brazos.

—Pero ¿qué medios vas á emplear para conseguirlo?

—Permítame vuestra majestad que los calle. Si el fin es bueno, poco debe importaros los medios que yo emplee para alcanzarle.

—Confío en tu promesa.

—¿Acaso no os he servido en circunstancias análogas?

—Es verdad, amigo Guzmán.

Y el monarca dirigió á su favorito una mirada de gratitud.

—Ahora lo que vuestra majestad debe hacer es acostarse. Estáis muy nervioso. Se conoce que las palabras del estúpido de Gil os han alterado mucho.

—El caso no era para menos.

—¿Y qué pensáis hacer respecto al conde?

—Por el pronto, que permanezca unos días arrestado. De esta manera será más fácil que la de Santarem asista á la cita que tú prepares.

—Es cierto. Temo, sin embargo, que el conde no respete vuestras órdenes.

—¿Osará faltar á ellas?

—¡Qué sé yo! Es un carácter tan voluntarioso y tan soberbio... En fin, esto no ha de hacer fracasar mis proyectos. Ahora, señor, me retiro para que descanséis.

—Buenas noches, Guzmán.

—Dios quiera concedéroslas á vos.

El favorito salió de la regia estancia, dirigiéndose á la suya.

Sentóse junto á su mesa de escritorio, en la que ardía una lámpara de bronce, y apoyó su diestra en la frente.

Meditaba.

De pronto un relámpago de alegría brilló en sus ojos.

—Sí, eso es,—se dijo,—de este modo la duquesa no puede dejar de asistir á la cita del rey.

El conde-duque agitó la campanilla.

Un criado vestido de librea apareció en el dintel.

—¿Has visto á Gil, el bufón de su majestad?—preguntó.

—Hace poco dormía en uno de los rincones de la antecámara del rey.

—Búscale y dile que le necesito.

El criado salió de la estancia para cumplir las órdenes del ministro.

---

# CAPITULO CXII

DONDE GIL SE DISPONE Á LLEVAR Á CABO UN ENCARGO DEL CONDE-DUQUE

El criado buscó al bufón por todas las habitaciones en que éste acostumbraba á estar.

—De seguro que se ha subido á las buhardillas: ese diablo de hombre se parece á las ratas, que no le place más que la soledad.

Y el criado se aventuró por una estrecha escalera que conducía al desván.

No se había engañado en su suposición.

Gil, cubierto con su manta, hallábase tendido sobre un banco, recostando su enorme cabeza sobre un brazo, que le servía de almohada.

Al sentir los pasos del criado, y ver los resplandores de la luz que éste llevaba para orientarse, se incorporó, dirigiendo una mirada huraña hacia la puerta.

—Gil,—dijo el criado,—el conde-duque desea hablarte.

—¿El señor conde-duque?—repitió el bufón.

—Sí.

—¿Sabes lo que desea de mí?

—Como comprenderás, no me ha dado cuenta de ello.

Gil se estremeció.

Nunca don Gaspar de Guzmán le había dirigido la palabra.

Acordóse del cruel tratamiento que le había dado el monarca aquella noche, y presintió un nuevo castigo.

Sin embargo, púsose en pie, dispuesto á cumplir los deseos del privado.

—¿Sabes si el conde-duque ha estado hablando esta noche con su majestad?

—Yo qué sé. ¡Qué preguntas tan extrañas me haces! ¡Eres más receloso que un marido á quien su mujer inspira poca confianza!

Gil salió del desván.

Un momento después entraba en la estancia del favorito del rey.

El desdichado temblaba como la hoja en el árbol.

—No temas, Gil; no te he llamado para castigarte.

—¡Ah, señor! Yo creía...

—No; se trata de hacerte un encargo, que no dudo cumplirás con la actividad que te es propia.

—En lo poco que valgo, ya sabéis que estoy á vuestras órdenes.

—¿Tú conoces á la duquesa de Santarem?

Al oir aquella inesperada pregunta, Gil palideció.

—¿Acaso habrán descubierto mi secreto?—se dijo.

—¿Qué piensas? ¿No has oído lo que te pregunto? ¿Conoces á la duquesa?

—Sí, señor. La he visto muchas veces en palacio.

—¿Ya sabrás que hace poco ha sido madre?

—Con efecto, lo sé.

—Pues es necesario que te apoderes de su hijo.

Las facciones del bufón resplandecieron de alegría.

—¡Ah, señor! ¿De veras me dais ese encargo á mí?

—Sí, Gil; yo sé que eres discreto é incapaz, por lo tanto, de decir á nadie que yo te he confiado esta misión.

—Permaneced tranquilo. Nadie sabrá por mis labios que he arrebatado al hijo de la duquesa. Y decidme, señor, ¿qué haré del niño cuando esté en mi poder? ¿Debo conservarlo? ¿Supongo que no habrá que hacerle daño? ¿Que no atentaréis á su vida? ¡Pobre criatura! ¡Es tan débil y tan pequeño!

—No he pensado en hacerle mal; por el contrario, como tú no puedes encargarte de él, lo llevarás á una casa que está en las inmediaciones de Madrid, no lejos de este sitio. Allí reside una familia que me debe muchos y señalados favores. Estará perfectamente asistido.

—¡Ah! sí; ¡pobre criatura! Dicen que ha nacido contrahecho. ¡Qué extraña coincidencia! Pero, á pesar de su desgracia, él no tendrá que sufrir el escarnio de los demás. Será duque de Santarem, uno de los títulos más nobles de España. Aunque sea deforme, las gentes se morderán los labios para no reir en su

presencia. ¡Es tan distinta su posición á la mía! ¡El oro, señor, todo lo puede el oro! Es la gran palanca para levantar el mundo en peso.

—Es verdad, Gil.

—Decidme, ¿cuándo queréis que me apodere del niño?

—Lo antes posible. Conviene, sin embargo, que la duquesa no se encuentre en este real sitio. El hecho resultaría más escandaloso y daría lugar á interpretaciones que no convienen. Los reyes no permanecerán en el Pardo más que algunos días.

—¡Y cuando vuelvan á Madrid, entonces es la ocasión propicia! Ya veréis cómo desempeño la comisión.

—Eso es lo necesario. Eres sagaz, y por eso te he buscado.

—Sí, yo os lo agradezco. Tiempo hacía que deseaba prestaros algún servicio.

—Por el que tendrás tu recompensa.

—De ningún modo. ¿Qué mayor recompensa que prestaros un favor, á vos, el ilustre conde-duque de Olivares, ministro de su majestad mi dueño y mi rey? Hace un instante que hallábame en mi cuchitril sin poder conciliar el sueño. Su majestad me había castigado. Pero ¿qué importa? Ya todo es alegría. Mi corazón se considera feliz.

—Bueno, Gil. Ya sabes que, cuando hayas logrado apoderarte del niño, lo llevarás á una casa que se encuentra, como te he dicho, muy cerca de estos sitios. Te entregaré una carta para las personas á quien lo recomiendo, y en el sobre escribiré las señas.

—Bien, señor.

El conde-duque tomó la pluma y la dejó correr sobre un pliego de papel.

Cuando terminó, encerró la epístola en un sobre.

En éste hallábase trazado el nombre de Marta y las señas de la quinta.

Gil tomó con mano trémula aquel precioso papel, guardándolo en su pecho.

—No lo pierdas.

—Antes me arrancarían el corazón.

—Perfectamente. Ahora márchate, y cuando hayas cumplido mi encargo, me lo participas.

Gil salió de la estancia del favorito.

Jamás en aquel rostro habíase visto reflejada la alegría como en aquella noche.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó el bufón;—¡hoy tengo que creer en ti! ¡Voy á conocer á mi hijo! ¡Á estampar mil besos en su frente! ¡A sentir la leve presión de sus brazos en mi cuello! ¡Cuándo pude soñar tanta ventura! ¡La Providencia me la depara!

Y Gil volvió á su desván.

En vano quiso conciliar el sueño.

La felicidad lo alejaba de sus párpados.

---

Al siguiente día de los sucesos que hemos descrito, Jacobo Grattis tuvo noticia de que su amigo Villamediana había regresado á Madrid.

Inmediatamente dirigióse á la casa de don Juan.

—Amigo mío,—dijo el italiano,—¿qué motivos os

han obligado á abandonar tan pronto la residencia de doña Isabel?

—Ya comprenderéis que no ha sido por mi voluntad.

—¿Tal vez alguna nueva ligereza de vuestro carácter?

—Anoche tuve una entrevista con la reina, y fué milagroso que don Felipe no nos sorprendiese.

—¡Pardiez! ¡Eso es grave!

—Afortunadamente vuestro amigo don César nos avisó con tiempo, y pudimos evitar la catástrofe, gracias á la duquesa de Santarem, que permaneció á mi lado, comprometiendo su reputación.

—¿Y qué dijo el rey?

—Me ha enviado á mi casa, exigiéndome palabra de no salir de ella hasta que él disponga otra cosa. Excuso deciros que no pienso cumplir su encargo.

—Os comprometeréis.

—No; por si ha colocado espías á mi puerta, yo adoptaré un disfraz. Estoy harto de esta situación enojosa y dispuesto á hacer una locura.

—Conde, obrad con prudencia.

—Parece imposible que me recomendéis una cosa que tan poco observáis. Si don Felipe os arrestara en vuestra casa, ¿qué haríais?

Grattis se sonrió.

—Amigo mío,—dijo después,—cuando era niño burlaba con frecuencia la vigilancia de mi padre, y aquel noble anciano valía, á mis ojos, más que todos los monarcas del mundo. Con esta respuesta comprenderéis cuál es mi opinión.

—Pues entonces, ¿qué os extraña que piense de la propia manera? Yo os ruego que mañana vengáis á verme con vuestro escudero. Así, cuando os vean salir en mi compañía creerán que soy el bueno de Guijarro.

—¿Pero vais á ir al Pardo?

—¿Por qué no?

—Esperad siquiera á que doña Isabel se encuentre en Madrid.

—Eso dependerá del tiempo que se prolongue su ausencia.

---

Pocos días después, los reyes y la numerosa comitiva de damas y caballeros que los habían acompañado volvieron al palacio del Buen Retiro.

Don César había referido á don Fernando de Lara lo que aconteció la noche de la entrevista de doña Isabel con el conde de Villamediana, á fin de evitar que hiciese conjeturas sobre aquel suceso.

Sin embargo, aparte del rey y del conde-duque, todos ignoraron la verdad de lo ocurrido.

Don Felipe hallábase muy impaciente.

No cesaba de preguntar á su favorito cuándo ponía en juego su plan para conseguir que la de Santarem acudiese á la cita.

El conde-duque procuraba calmar su impaciencia.

Gil recibió orden de llevar á cabo su encargo.

Una tarde dirigióse á los alrededores del palacio de la duquesa.

Allí esperó cerca de una hora hasta que vió salir á uno de los criados.

—¿Cuánto tiempo hace que sirves al duque?—le preguntó,

—Hace muy poco.

—¿Estás satisfecho con el tratamiento de tus señores?

—Mucho.

—¿Ganas buena soldada?

—No puedo quejarme.

—¿Luego con estar á su servicio has llegado al límite de tus aspiraciones?

—Eso no. ¿Qué hombre, por mezquinos que sean sus deseos, no ambiciona siempre algo más de lo que posee?

—Es cierto.

—Pero ¿por qué me hacéis tantas preguntas?

—¿Tienes prisa?

—Ninguna.

—Sígueme, pues; bebamos juntos y hablaremos.

Y el bufón penetró en una hostería.

El criado le siguió.

—¿Qué diablos querrá este infeliz?—preguntóse.

Pero como la invitación que Gil le había hecho no le desagradaba, no dudó en entrar en el establecimiento.

—Vamos á suponer que ganas ocho ducados al mes, —dijo el bufón.—Necesitas un año para reunir una cantidad modesta, y al cabo de tu vida eres tan pobre como cuando empezaste á servir, ¿no es cierto?

—Y tanto como lo es. Estoy convencido hace muchos años de que es así.

—Y teniendo ese convencimiento, ¿por qué no buscas otra solución? Mira, yo, aunque me ves tan deforme y tan horrible, me he procurado una posición. Así como hay mujeres hermosas que explotan sus encantos, yo quise explotar mi fealdad, y soy el bufón de Felipe IV.

El criado de la duquesa dirigió á Gil una mirada de asombro.

—¿Luego tú vives en palacio?

—No hay habitación que esté cerrada para mí; y aunque á veces pago el mal humor del monarca, otras me arroja confites y monedas. Con estas últimas he llenado una hucha, y, á pesar de lo mucho que la estimo, pues constituye todos mis ahorros, voy á ponerla á tu disposición si me prestas un servicio.

—Más que el dinero que me ofreces me halagaría otra cosa.

—¿Qué deseas?

—Entrar al inmediato servicio de su majestad. Entonces no dudaría en hacer cuanto me exigieses.

—No puedo prometerte tanto, pero sí que estés á las órdenes inmediatas de su favorito el conde-duque de Olivares.

—¿De veras se extiende hasta ese punto tu poder?

—Puedes convencerte.

—¿Y qué deseas?

—Tan sólo que me proporciones una llave del palacio de la duquesa.

El criado permaneció silencioso.

—¿Dudas?

—No; pero ¿con qué objeto me pides esa llave?

—Te lo diré, confiando en tu discreción. El duque de Santarem posee unos documentos que pudieran comprometer al conde-duque, y quiere á toda costa apoderarse de ellos.

—¿Pero no comprendes que pueden sospechar de mí?

—No lo creas. Ahora, cuando vuelvas al palacio, te despides bajo cualquier pretexto, y ya sabes que no ha de faltarte colocación en la casa de don Gaspar de Guzmán. Mi hucha contiene además unos cien ducados; creo que no te pago tan mal el pedazo de hierro que vas á entregarme.

—Acepto,—respondió el criado.

—Perfectamente. En ese caso, aquí te espero. Vé ahora mismo á la morada de la duquesa. No desconfío de ti; pero te advierto que si tratases de hacerme traición, ya sabes las personas con quienes has de enemistarte.

—¡Yo te juro!...

—Basta. Te aguardo con impaciencia.

El criado del duque de Santarem salió de la hostería.

---

# CAPITULO CXIII

---

DONDE GIL CONSIGUE APODERARSE DE SU HIJO

Una hora después, el criado del duque entró de nuevo en la hostería donde le esperaba Gil.

—¿Has cumplido mi encargo?—preguntó el bufón.

—Me he despedido de la casa, manifestando á mis señores que mi padre se encuentra enfermo y necesito cuidarle.

—¿Y la llave?

—Aquí la tienes.

Y la puso en manos del bufón.

Este la oprimió entre su diestra.

Aquel objeto helado era el que había de proporcionarle la ventura de conocer á su hijo.

El bufón pagó al hostelero.

La tarde empezaba á declinar.

—Mañana al mediodía te espero en este mismo establecimiento y te cumpliré mi promesa.

—Aquí he de aguardarte.

—No tendrás necesidad de hacerlo: soy puntual en mis citas.

Gil salió.

El resto del día lo pasó en su cuchitril, devorado por la impaciencia.

Cuando uno de los relojes de palacio hizo sonar sus diez campanadas lentas y graves, Gil tomó un puñal, que colocó en su cinturón, calóse el sombrero y se embozó en su capa.

Su corazón palpitaba aceleradamente.

Luégo descendió por la escalera que conducía á una pequeña puerta, y encontróse en el parque.

La luna brillaba en el firmamento derramando sus argentinos rayos sobre la tierra.

Las hojas de los árboles apenas se columpiaban por el leve impulso de la brisa.

El ruiseñor, ese incomparable trovador de la noche, trinaba en la espesura.

Gil dirigió sus ojos al cielo.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó,—¡protege mis propósitos! ¡Haz que siquiera una vez sienta en mi boca los labios de mi hijo!

El bufón aventuróse por las dilatadas calles de árboles del Retiro.

De pronto se detuvo.

Rumores de cautelosos pasos habían llegado hasta él.

Instintivamente se ocultó tras el corpulento tronco de un árbol.

Un caballero embozado hasta los ojos aventurábase por el jardín.

Llevaba la diestra en el pomo de la espada, como el que se encuentra preparado contra cualquier evento.

Gil dirigióle una recelosa mirada.

—¡Juraría que ese encubierto es el conde de Villamediana!—se dijo.—Sí, no tengo duda; su ademán resuelto, su bizarra apostura... Es el correo mayor del rey.

El bufón le siguió con la vista.

Luégo escapóse de lo más profundo de su pecho un sordo gemido.

—¡Buena ocasión para haberle tendido un lazo, advirtiendo al rey que el gavilán ronda á la paloma! Pero ahora no es posible. Necesito cumplir el encargo del conde-duque y abrazar al hijo de mi alma. Ya es tarde. Hoy la duquesa no ha venido á palacio. Indudablemente está durmiendo.

Gil salió del parque y perdióse en un laberinto de calles.

Poco después deteníase junto al palacio del duque de Santarem.

Al parecer advertíase en todo él el silencio del reposo.

El contrahecho vaciló un instante.

—¡Si alguno no durmiese!...—se dijo.—¡Si me viesen!... ¿Cómo justificar mi presencia en esta casa? Afortunadamente el duque de Santarem se encuentra en Francia. ¡Animo, Gil, no te intimides!

Y esto dicho, introdujo la llave en la cerradura.

Cuando giró la puerta, el bufón penetró en el espacioso zaguán, donde encendió una linterna.

Las estatuas de mármol que adornaban aquel recinto parecían fantasmas amenazadoras.

En el proximo jardín ladró uno de los lebreles del duque.

Gil permaneció inmóvil.

Pero comprendiendo que cuanto más se prolongase aquella indecisión que sentía mayores eran los peligros que le aguardaban, aventuróse por la escalera, procurando que sus pasos resonaran lo menos posible.

Gil luchó con una nueva dificultad.

Ignoraba cuál era la estancia de la duquesa.

Aquel palacio tenía un verdadero laberinto de habitaciones.

El bufón levantó el pestillo de una puerta, dejando la linterna en el pasillo.

La acompasada respiración de una persona llegó á sus oídos.

Gil se aproximó al lecho.

Una mujer dormía en él, pero no era la duquesa.

El bufón comprendió que era una de sus doncellas.

Iba á retirarse, cuando la joven entreabrió los soñolientos ojos.

—¿Quién anda ahí?—dijo con acento espantado.

Pero el intruso alejóse de aquellos sitios.

La doncella de doña María Deza saltó del lecho y encendió una luz.

La estancia estaba desierta.

—Todo habrá sido efecto de mi imaginación,—se

dijo.—¿Quién había de venir á esta estancia á la media noche?

Y envolviéndose de nuevo en las sábanas, quedóse profundamente dormida.

---

Entretanto Gil habíase acurrucado junto á un diván en una de las próximas habitaciones.

Ya se consideró perdido.

Su crispada diestra asió el pomo del puñal.

Estaba dispuesto á vender cara su vida, caso de que le descubriesen.

Parecióle que oía rumores de pasos, que de una en otra habitación brillaban luces, desapareciendo después.

Todo eran quimeras.

En el interior del palacio no se advertía más que la quietud del sueño.

Entonces Gil abandonó el escondrijo que habíale obligado á tomar el miedo, y, enfocando los rayos de la linterna hacia el muro, siguió por una larga galería.

Al final de ella había una puerta.

El bufón vió que aquella estancia estaba levemente iluminada.

Aproximóse.

La habitación estaba desierta.

Era un elegante gabinete.

Sobre una mesa ardía una lámpara, cuyos reflejos eran debilitados por una bomba de nácar.

Las paredes estaban cubiertas de soberbios tapices.

Los muebles eran de gran valor.

Lunas venecianas contribuían á hacer más espacioso el aposento.

Apenas puso Gil la planta sobre la mullida alfombra, cuando llegó hasta él un leve suspiro, dulce como la queja del ruiseñor, tenue como deben ser las palabras de los ángeles.

Gil se estremeció.

No era el espanto el que había producido en él aquel efecto nervioso.

Acababa de reconocer en aquel suspiro el acento de la duquesa.

Con efecto, la esposa de don Fernando de Santarem dormía en la próxima habitación.

El intruso levantó cautelosamente la cortina que cubría la puerta.

Desde allí pudo divisar á los pálidos reflejos de la lámpara el lecho de la duquesa.

Las cortinas de ésta eran color de oro plegadas en caprichosos pabellones por borlas de seda.

Doña María estaba acostada.

Sus cabellos flotaban libremente sobre la almohada, blanca como las plumas de un cisne.

Sus ojos estaban velados por las negras pestañas.

La ondulación de su turgente seno y sus brazos ebúrneos y esculturales despertaron en Gil voluptuosas ideas.

—¡Qué hermosa!—exclamó.

Y sus ojos brillaron como carbunclos.

La duquesa tenía entre sus brazos á su hijo.

Su boca casi tocaba con la del niño.

Gil se aproximó.

En aquel instante, sus facciones tenían una expresión imposible de describir.

Había en ellas lascivia, amor de padre, celos; en una palabra, reflejábanse en ellas multitud de pensamientos, unos sublimes, otros satánicos.

El bufón aproximóse más á la duquesa.

Los labios de carmín de aquella beldad parecían solicitar un beso.

¡Ah! ¡cuánto hubiese dado aquel contrahecho por acercar su boca á aquel conjunto de coral y grana!

Un sudor de hielo invadía la frente de Gil.

De pronto sintióse asaltado de una idea de esas que sólo brotaban en su mente.

—Yo necesito que este tesoro de hermosura me pertenezca. ¡Pero ella despertará! Entonces no podré apoderarme del niño y los criados me arrojarán á palos. ¡Ah, Dios mío, Dios mío, por qué algunos nacen tan venturosos y otros tan desgraciados! Y ya que me hiciste deforme, ya que quieres que sirva de befa á todos y que sólo mi presencia provoque sus burlonas sonrisas, ¿por qué no me hiciste nacer sin corazón, esta víscera que palpita, siente, odia y ama?

El bufón no pudo reprimir sus lágrimas.

Las contracciones del dolor daban á su fisonomía un aspecto espantoso.

———

Gil habíase dejado caer sobre un sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Y por qué no he de despertarla?—exclamó luégo;—yo puedo decirla que el niño que tiene en sus brazos, que ahora advierte en su frente el perfumado aliento de su boca, es mi hijo. La referiré cuanto ha sucedido, y entonces... entonces no le pareceré tan deforme.

El bufón se puso en pie, y ya iba á colocar su mano sobre los ebúrneos hombros de la duquesa, cuando un gemido ronco se escapó de su pecho.

Acababa la sombra de dibujar en el muro su deformidad.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó entre amargos sollozos;—¡cómo no ha de repugnarla mi vista, si hasta yo mismo me estremezco al ver la proyección de mi cuerpo! Basta de luchas. Mi hijo es tan desgraciado como yo. En él se reflejan mis propios defectos.

No podrá nunca reirse de mí. Venga, pues, y no pensemos en locuras.

Y el contrahecho tomó entre sus brazos al niño, procurando que su madre no lo advirtiese.

La criatura despertóse y tendió sus bracitos al bufón.

Éste estampó en sus labios un apasionado beso.

Luégo sacó su puñal y dirigióse hacia la puerta sin apartar sus ojos de la dama, que seguía profundamente dormida.

—Si despierta, la mato,—dijo Gil;—ya no puedo consentir que me arrebaten á mi hijo; mi hijo, que es el único tesoro que poseo.




Lit. J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 6, Madrid

_Si despierta la mato.

Y aventurándose por los largos corredores, llegó al zaguán, dirigiendo á todas partes recelosas miradas, como la leona que teme le quiten sus cachorros.

Un momento después, Gil se hallaba lejos del palacio de la duquesa.

---

# CAPITULO CXIV

---

DONDE SE DICE LO QUE HIZO EL BUFÓN CON EL HIJO DE LA DUQUESA

Una hora después de haberse alejado el bufón llevándose al hijo de la duquesa, ésta despertó.

Su primera mirada era siempre para el niño.

María Deza estremecióse al no sentirle entre sus brazos.

Volvióse súbitamente hacia el lado opuesto del lecho.

Luégo, llena de ansiedad, miró hacia el pavimento.

El niño había desaparecido.

Entonces la infeliz madre exhaló un grito, saltando del lecho.

Á su exclamación, una de las criadas, que dormía próxima á la habitación de su señora, acudió á la estancia.

—Inés,—dijo la duquesa,—¿has visto á mi hijo? ¿Acaso lo has llevado á tu lecho?

—Yo, no, señora. ¿Cómo había de tomarme semejante libertad sin vuestro permiso?

—¡Ah, Dios mío! ¿Lo tendrá Fernando? El niño no está aquí.

Y en sus facciones se reflejaba la angustia que su alma sentía.

En el cielo empezaban á advertirse los pálidos reflejos del crepúsculo.

El duque de Santarem, que había oído la voz de su esposa, se presentó en la estancia.

—Fernando, esposo mío,—dijo la joven,—¿sabes dónde se halla nuestro hijo? Dime que sí, yo te lo ruego.

—Pero ¿qué me preguntas?—dijo el duque.—¿Acaso el niño no se acostó en tu lecho?

—¿Luego no sabes de él? ¡Ah, Dios mío! ¡Fernando, nos han arrebatado nuestro tesoro!

Y la duquesa se arrojó en los brazos de su esposo deshecha en lágrimas.

El duque habíase quedado inmóvil.

No acertaba á darse cuenta exacta de lo que la joven le decía.

—Vamos, María, no te sofoques, no llores de ese modo. Nuestro hijo tiene que estar en casa. ¿Quién había de querer hacernos daño? Bien te consta que no tenemos enemigos.

—No, Fernando; nuestro hijo no se encuentra aquí.

—Pero ¿has preguntado á la servidumbre?

—¿Qué saben ellos?



—Tal vez alguna de tus criadas le haya sentido llorar, y oficiosamente se lo llevase á su dormitorio.

—No, Fernando; mi corazón de madre me advierte que no es así.

La hija de don César apeló, sin embargo, al consejo que su esposo la daba, preguntando á todas sus doncellas.

Ninguna pudo darle razón de dónde se encontraba su hijo.

Sólo una de las sirvientas, al oir la pregunta que le hacían, palideció:

—¡Ah, señora!—dijo,—¡esta noche cuando me hallaba reposando en mi lecho desperté súbitamente!

—Sigue, acaba.

—Al abrir los ojos me pareció descubrir el reflejo de una luz y la silueta de un hombre.

– ¿Cómo no llamaste en seguida?

—Salté del lecho y dirigí mis ojos hacia todas partes, pero la visión había desaparecido.

—Ya lo oyes, Fernando; no puedes dudar que nos han robado á nuestro niño.

---

Desde aquel momento, el duque de Santarem no dejó de hacer gestiones paaa encontrar á su hijo.

Don César, que tuvo noticia del triste suceso poco después, también trató de hacer averiguaciones.

Todo fué inútil.

Ni su solícito interés ni las pesquisas de alcaldes y alguaciles produjeron el menor resultado.

La duquesa cayó desde entonces en una postración de espíritu que nada bastaba para distraerla.

Su marido temía á veces que perdiera la razón.

Dejémoslos por ahora sumidos en la más profunda tristeza, y sigamos á Gil desde el instante en que salió del palacio de Santarem.

El bufón ocultó con el mayor cuidado al tierno niño bajo su capa.

Dos móviles le indujeron á no llevarle en seguida á la casa que le había recomendado el conde-duque.

Necesitaba permanecer algunas horas con su hijo.

Además, ¿cómo había de dirigirse á una morada desconocida á la media noche?

Gil encaminóse á su cuchitril.

Allí encendió una luz y colmó de besos la frente de su hijo.

—¡Hijo mío!—exclamó;—¡qué dichoso sería si permanecieses siempre á mi lado! Entonces no me importarían las sonrisas burlonas que sorprendo en los labios de los que me miran. Pero, no; tú debes volver junto á tu madre. Allí obtendrás una posición que nunca alcanzarías á mi lado. ¿Qué puedo yo ofrecerte? Un porvenir de amargura. Tal vez que mañana sirvieses de ludibrio á los hijos del monarca, como hoy hace tu padre con el rey.

Las facciones del bufón estaban radiantes de alegría.

Quizás entonces era la única vez que se consideraba completamente dichoso.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño.

Cubrió al niño con su vieja manta, y estuvo paseándose por la estancia y haciéndole caricias.

Cuando empezó á brillar el día, Gil quedóse pensativo y triste.

—No hay más remedio que separarse de este sér adorado. Yo no puedo tenerle aquí. El pobrecillo se moriría de hambre. Vamos, pues.

Gil registró su escarcela, sacando la carta que el conde-duque le había dado algunos días antes.

—«Para Marta»,—dijo leyendo el sobre.—¿Quién será esta mujer? El privado dice que Marta pertenece á una familia que le debe muchos y señalados favores. Si es así, el niño estará bien. Y ¿qué objeto será el del conde-duque al haberme encargado que me apodere del niño? ¡Sábelo Dios! ¡Hay en el mundo tántos problemas cuya resolución es imposible! ¡Ah, si tratase de hacerle daño! Pero no, él me dijo que no era ese su objeto, y necesito creerlo así. ¡Desgraciado del favorito si no me cumpliese su palabra! ¡Muy pobre soy, muy despreciable á los ojos del mundo, pero el reptil que se arrastra por el lodo, á veces levanta su cabeza y muerde al hombre que se tiene por el monarca del universo!

Gil estrechó de nuevo á su hijo, colmándole de cariñosos besos, y salió de palacio, dirigiéndose hacia la morada de Marta.

Esta, como había dicho al conde-duque, vivía en una casa de campo á una media legua de la población.

El bufón había montado en uno de los corceles de las caballerizas reales.

La mañana estaba muy hermosa.

El viaje, aunque corto, duró más tiempo, porque el bufón llevaba su caballo al paso, con objeto que los movimientos fueran más dulces y no despertasen al niño.

Eran las nueve cuando Gil descubrió una casa de mediana apariencia circuída por las tapias de una huerta bastante grande.

El bufón, cuando se hubo persuadido que era la morada de Marta, llamó á la puerta.

Un momento después, ésta se abrió, apareciendo en el dintel una hermosísima joven.

Llamábase Sol, y nunca hubieran podido sus padres elegir para ella un nombre más adecuado.

Sus cabellos rubios formaban caprichosas ondulaciones sobre su frente alabastrina y pura.

Sus ojos parecían dos turquesas engarzadas en su rostro, fino como la seda y blanco como la nieve.

Era alta y esbelta.

Una inefable sonrisa se dibujaba en sus labios, cárdenos como la flor del granado.

Al ver al bufón no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—¿Está Marta?—preguntó Gil.

—Sí, señor.

—En ese caso tened la bondad de decirle que necesito hablarla un momento.

La joven penetró en la casa.

Un instante después apareció en el dintel una venerable anciana.

En su rostro estaba retratada la bondad.

Aproximóse á Gil.

—¿En qué puedo serviros?—preguntó al bufón.

—Vengo por encargo de don Gaspar á haceros entrega de esta carta.

La anciana la tomó entre sus manos trémulas y rasgó el sobre, leyendo las cortas líneas que el privado del rey había escrito.

—Aquí me dice don Gaspar que me entregaréis un niño, de cuyo cuidado he de encargarme hasta que él venga á recogerlo de nuevo.

—Con efecto.

—Muy bien. Ya sabe ese hidalgo que es nuestro protector desde hace mucho tiempo, que no puedo negarme al servicio que me reclama.

—También os advertirá que le tratéis con mucho cariño. Esta criatura es hijo de un noble caballero y una distinguida dama.

—No necesita hacerme don Gaspar ese encargo. Bien le consta que, en mi humilde casa, el niño ha de hallarse perfectamente. ¿Dónde está?

El bufón se desembozó, entregando á la anciana el hijo de la duquesa.

Antes estampó un beso en las pálidas mejillas de la criatura.

—¿Mandáis alguna otra cosa ó tenéis algo más que advertirme?—preguntó Marta.

—Sólo tengo que recomendaros mucha discreción sobre este asunto.

—¿Queréis descansar?

—No, señora; os agradezco vuestra oferta, pero tengo prisa.

—Si veis al hidalgo, manifestadle que está complacido en sus deseos.

—Buenos días, señora.

—El cielo os guarde.

Gil montó de nuevo á caballo después de dirigir á todas partes una recelosa mirada.

Nadie había observado lo que acababa de hacer.

Luégo clavó las espuelas enrojeciendo los ijares del potro, que partió á galope hacia los frondosos jardines del Buen Retiro.

Estaba satisfecho del resultado de la comisión que le encomendó el conde-duque.

---

Digamos ahora algo referente á la familia que habíase encargado del hijo de la de Santarem.

Tres personas vivían en la quinta.

Dos de ellas ya las conocen nuestros lectores.

La encantadora Sol, aquella hermosa niña de diecisiete años, era huérfana, ó, por mejor decir, su nacimiento oscuro revelaba desde luégo que era el fruto de algunos misteriosos amores.

Marta, la dueña con quien vivía desde su niñez, jamás había hablado á la joven de sus padres.

Era indudable, teniendo en cuenta la confianza que Sol le inspiraba, que el nacimiento de ésta era también un misterio para ella.

Ambas se querían entrañablemente.

Marta no hubiese podido vivir sin su adorada protegida, ni Sol sin los solícitos cuidados de la dueña.

La otra persona que habitaba en la quinta era un viejo sirviente que era el encargado de cuidar la huerta.

Aquel hombre era la personificación de la honradez.

Sol vivía ignorada en aquella quinta, como viven las flores exóticas, que necesitan el calor del invernadero.

Pocas veces había salido de su casa para ir á la corte, y cuando lo verificó fué acompañada de Marta y con un espeso velo recatándola el rostro.

Su único amor, fuera de las personas que hemos citado, eran las flores, los pájaros y las mariposas.

Don Gaspar protegía mucho á aquella familia, visitándola con alguna frecuencia.

Sin embargo, ni Marta ni la joven sabían que era conde-duque de Olivares, y mucho menos que había llegado á gozar de la privanza del rey.

En aquella casa no se le conocía más que por don Gaspar.

¿Cuáles eran los móviles que le inducían á guardar esta reserva?

Más tarde lo sabrán nuestros lectores!

La casa de Marta era bastante espaciosa.

En ella no había lujo, pero tampoco pobreza.

La huerta, recomendada á los cuidados del anciano José, era espaciosa, y en ella había muchas hortalizas y árboles frutales.

Sol pasábase muchas horas en ella, ya cuidando sus flores, ya viendo las gallinas del corral ó siguiendo

con los ojos la estela que trazaban en el agua los patos que nadaban en un pequeño estanque que fertilizaba la huerta.

Estas eran las personas á quienes el conde-duque había recomendado al hijo de la de Santarem.

Almas sencillas y candorosas que, á pesar de su proximidad á la corte, respiraban un aire tan puro y tan sano como sus corazones.

Sol encargóse desde luégo del cuidado del niño.

Mucha fué su pena al ver que era contrahecho, pues su alma poética amaba instintivamente todo lo estético.

Sin embargo, no por esto fueron menos solícitos los cuidados de la joven, que desde luégo vió en la tierna criatura un motivo de alterar la monotonía de su vida, hasta entonces sin incidentes de ninguna clase.

---

## CAPITULO CXV

### EL ANÓNIMO

Gil llegó al palacio del Buen Retiro dos horas después.

Inmediatamente dirigióse á la cámara del conde-duque para manifestarle el buen éxito que había conseguido en el encargo que le encomendó.

Don Gaspar de Guzmán trabajaba en su bufete.

Es forzoso reconocer que, como el rey ocupábase poco de los asuntos del Estado, él tenía que hacerlo, y no era pequeña su actividad.

El bufón levantó la cortina.

El conde-duque dirigió una mirada de enojo; pero al ver á Gil, dijo:

—¡Ah! ¿eres tú?

—Yo, señor, que si vuestras ocupaciones os permiten escucharme un momento...

—Pasa. ¿Cumpliste mi encargo? Comprendo que

cuando vienes á mi cámara es con objeto de decirme que todo ha salido á medida de mis deseos.

—Con efecto, señor. Anoche penetré en la morada de la duquesa, apoderándome del niño.

—¿Advirtió alguien tu presencia?

—La única persona que lo sabe es uno de los servidores del duque, á quien soborné para que me diese la llave de la puerta del palacio.

El conde-duque hizo un ademán de disgusto.

—Debo advertiros que ese criado, á instancias mías, ya no se encuentra al servicio del duque de Santarem. Su deseo es entrar al vuestro.

—Dile que venga. Le emplearé en cualquiera de las posesiones que tengo fuera de Madrid. No nos conviene que se halle en la corte.

—Tan pronto como tuve el niño en mi poder, lo llevé á mi cuchitril, pues no era cosa de dirigirse á la casa de Marta á una hora tan intempestiva.

—Es cierto. Bueno, eso no importa. Tu estancia está lejos de todas las habitaciones de palacio, y nadie habrá oído su llanto.

—Tampoco vertió la criatura una lágrima. Debe ser un ángel.

—Sí, un ángel contrahecho; lo que me parece un poco original,—exclamó el conde-duque sonriéndose.

—Esta mañana entregué al niño en la casa de Marta.

—Oye, Gil, ¿supongo que no habrás dicho á la vieja Marta la posición que ocupo, y mucho menos la amistad que con el rey me une? Olvidé advertírtelo.

—No he dicho absolutamente nada. Entregué el niño y la carta, y nada más.

—Perfectamente; agradezco mucho tu discreción. Ahora, Gil, déjame solo. Necesito terminar un trabajo que el monarca me ha encargado.

El bufón salió de la estancia del conde-duque.

Cuando éste quedóse solo, tomó un pliego de papel trazando algunas líneas.

Al terminarlas las leyó de nuevo.

—Perfectamente,—se dijo;—el carácter de esta letra no se parece en nada á la mía; es imposible, por lo tanto, que recaigan sospechas sobre mí.

El privado agitó la campanilla.

Un ujier se presentó.

—Dile á Antonio que necesito hablarle.

El ujier Antonio era un hombre de unos cuarenta años.

El conde-duque estaba muy satisfecho de su conducta y buenos servicios.

Por esto comprenderán nuestros lectores que Antonio no reparaba mucho en escrúpulos de conciencia; esto es, que por servir al conde-duque era capaz de poner en práctica cuanto le encomendasen.

—Antonio,—dijo el privado,—es necesario que abandones esa librea.

—Perfectamente.

—Y que hagas llegar esta carta á manos de la persona que te indique.

—Ahora mismo.

—Es un anónimo para la duquesa de Santarem; por

lo tanto, es preciso que no te conozca el día de mañana.

—Adoptaré un disfraz.

—Á tu criterio recomiendo el asunto.

Antonio tomó la carta.

Poco después aventurábase por las calles de la corte embozado en su capa.

Antonio no vaciló en subir la escalera del palacio del duque de Santarem.

Un criado esperaba en el umbral de la puerta.

—¿Está la duquesa?—preguntó el sirviente del favorito.

—¿Qué deseáis?

—Unicamente que la entreguéis esta carta de mi ama.

Y Antonio se alejó.

Un momento después, una de las doncellas de María Deza solicitaba permiso para entrar en la estancia de su señora.

La duquesa estaba reclinada en un sillón, abstraída en sus más profundos pensamientos.

—¿Qué quieres?—preguntó la joven con indiferencia.

—Daros esta carta que han traído para vos.

—Será de la reina; tal vez ignore la desgracia que me ha ocurrido, y la extrañe que no vaya á visitarla.

La criada se retiró.

María rasgó el sobre.

La carta decía así:

«Si, como supongo, cifráis vuestra ventura en cono-

»cer el paradero de vuestro hijo, id esta noche á las »nueve al real sitio del Pardo, dirigiéndoos desde lué- »go á la casa del guarda que vive próximo á la gruta »donde tuvisteis vuestra entrevista con el conde de Vi- »llamediana.

»Si alguien os acompañase, me considero relevado »de cumplir mi promesa.»

La carta se escapó de las manos de la de Santarem.

Una extraordinaria palidez cubrió su rostro.

—¿Qué es esto, Dios mío?—exclamó.—Esta carta afirma que encontraré á mi hijo en el real sitio del Pardo. ¿Acaso el rey, por vengarse de mis desdenes, habrá sido el raptor del niño? Todo me indica que sí. Y en ese caso, ¿qué debo hacer? El no puede citarme con intenciones sanas.

Dice también este escrito que debo ir sola, sin lo que no conseguiré la restitución del niño. Y en este caso, ¿qué partido debo tomar?

¿Si fuera posible que me acompañase mi esposo ó mi padre sin que lo advirtiese absolutamente nadie? Pero no puede ser.

La persona que me aguarda en el Pardo, si, como supongo, es el monarca, tiene medios para que espíen hasta mis menores movimientos.

¿Y he de abandonar á mi hijo?

¿No he de tratar de que me le restituyan?

¡Ah! ¡Esto es lo primero!

Me jugaré el todo por el todo.

Iré sola; y si alguno tratase de abusar de mí, me siento con fuerzas para evitarlo.

¡Pueden tanto las lágrimas de una mujer! Y si éstas no bastasen, las manos que saben sostener un ramillete de flores, tampoco se desdeñan de manejar un puñal, si las circunstancias lo requieren.

Dios me dará fuerzas para cumplir con mi deber y recobrar á mi hijo, que es lo que con más empeño deseo.

La duquesa pasó el resto del día muy preocupada; pero esto no pudo sorprender á su esposo, que lo atribuyó á la pena que sentía por ignorar el paradero de su hijo.

A medida que se acercaba la noche, la ansiedad de la duquesa acrecía por momentos.

Muchas veces estuvo decidida á mostrar á su esposo el anónimo que había recibido.

Deteníala, sin embargo, la certeza de que don Fernando había de oponerse á que fuese sola al lugar de la cita, frustrando sus planes.

La hija de don César llamó á una de sus doncellas de más confianza.

—Dile al cochero que prepare un carruaje de camino para las ocho, y procura que nadie se entere de esta orden.

—¿Van á salir los señores?

—No, voy sola.

La criada extrañó aquella respuesta, pues la de Santarem no acostumbraba jamás á salir del palacio en las condiciones que iba á hacerlo aquella noche.

Salió, sin embargo, de la estancia, dispuesta á dar cumplimiento á las órdenes de la duquesa.

Un momento después, don Fernando entró en la estancia.

—¡Qué pálida estás!—dijo acariciando los negros cabellos de María.

—No me encuentro bien.

—¿Por qué no te acuestas?

—Probablemente seguiré tu consejo.

—Sí, María, el sueño hace que los pensamientos tristes huyan de nuestra mente.

—Y tú, ¿vas á salir?

—Tengo necesidad de hacerlo. Ayer prometí al alcalde Santillana que iría á saber el resultado de sus pesquisas.

—¡Ah! no faltes á su cita en ese caso.

Un criado levantó la cortina que cubría la puerta, anunciando á sus señores que la cena esperaba.

El duque ofreció el brazo á su esposa, dirigiéndose ambos al comedor.

María apenas quiso probar bocado.

Nunca la había visto su esposo más inquieta que aquella noche.

—Ahora, amada mía,—dijo el duque,—quiero que te retires á tu aposento. El sueño ha de serte muy provechoso. Yo entretanto voy á casa de Santillana, como antes te dije. Hasta luégo, pues.

La duquesa presentó su pálida mejilla á su marido, y éste estampó en ella un cariñoso beso.

La hija de don César dirigióse á su estancia.

Desde el balcón pudo ver al duque, que subió á un carruaje.

Entonces dejóse caer sobre un diván.

Todavía dudaba sobre el partido que había de tomar.

De pronto se puso en pie, agitando el cordón de la campanilla.

—¿Cumpliste mi encargo?—preguntó á la criada á quien recomendó que diese al cochero la orden de enganchar los caballos.

—Señora, el carruaje espera.

—Muy bien; ayúdame á vestirme, y si alguien pregunta por mí, dile que estoy enferma.

—Así lo haré, señora.

La duquesa púsose un elegante traje de seda negra, y luégo cubrióse el rostro con un espeso velo.

Cuando la criada salió de la estancia, María permaneció inmóvil; no se resolvía por completo á acudir á la cita.

En aquel instante abrióse pausadamente la puerta del aposento.

La joven dirigió una mirada de enojo; pero su rostro cambió totalmente de aspecto al ver á su padre.

—¿Vas á salir?—preguntó don César con extrañeza.

—Sí, padre mío.

—Me habían asegurado que estabas indispuesta.

—Con efecto.

—Entonces ¿para qué abandonas la casa? La noche está fría.

—Tengo precisión de ir á palacio.

—¿Y tu marido?

—Acaba de marcharse para hablar con el alcalde Santillana.

María estaba impaciente.

La hora crítica se aproximaba.

Abrió un pequeño armario de ébano con incrustaciones de marfil, sacando de uno de los cajones una daga damasquina que ocultó bajo el manto, procurando que su padre no lo advirtiese.

La joven comprendió que había conseguido su objeto, pues don César no la dijo una palabra respecto al arma que había guardado.

—¿Supongo que irás en carruaje?

—Sí, padre mío.

—¿Y que no volverás muy tarde?

—Desde luégo. Mi propósito es saber lo que la reina desea y volver á casa.

—Perfectamente, hija mía. ¿Sabe tu esposo que vas á salir?

—No he podido advertírselo, porque la carta de doña Isabel ha llegado á mis manos después de abandonar el palacio.

—Bien, no importa; él no había de oponerse á tus deseos. ¿Quieres que te acompañe?

—¿Para qué, padre mío? Tendríamos que separarnos en seguida.

—En ese caso, vé sola.

Don César besó la frente de su hija con el afecto de siempre.

La de Santarem bajó la escalera con rapidez y, subiendo en su carruaje, dió órdenes para que el coche-

ro la condujese á las cercanías del real sitio del Pardo.

---

La noche estaba fresca.

María cerró los vidrios del coche.

Estaba presa de la mayor inquietud.

—¡Quién sabe!—decíase;—¡es posible que todo sean conjeturas mías! No creo que el rey se determine á presentarse en el lugar de la cita después de la altivez con que le traté la noche que me encontró al lado del conde de Villamediana. Pero no siendo él, ¿quién pudo arrebatarme á mi hijo? ¿Qué interés podía tener otra persona en apoderarse del pobre niño?

Luégo quedó pensativa.

No dejaba de hacer conjeturas más ó menos verosímiles.

El carruaje entretanto había llegado á las márgenes del río.

Por aquellos sitios reinaba el más profundo silencio, solamente interrumpido por los murmullos del agua.

Cuando estuvo la duquesa cerca del Pardo, mandó al cochero que detuviese los caballos.

Éste abrió la portezuela.

—Espérame aquí,—dijo María bajando del coche.

Y aunque la noche estaba muy oscura, aventuróse por aquellas lóbregas arboledas.

# CAPITULO CXVI

## LLEGAR Á TIEMPO

María Deza descubría poco después los reflejos de una luz que iluminaba interiormente la casa del guarda donde la habían citado en el anónimo.

Las palpitaciones de su corazón se aceleraron.

La duquesa llegó junto á la puerta.

Un criado, que no era otro que el mismo que llevó la carta del conde-duque al palacio de la de Deza, esperaba en el umbral.

—Entrad, señora,—la dijo con respeto.

María penetró.

La estancia era bastante espaciosa.

En ella había dos ventanas defendidas por gruesas barras de hierro.

Sobre una mesa ardía una lámpara, cuyos reflejos habían orientado á la joven.

Un banco y media docena de sillas de nogal constituían el humilde mobiliario de aquel aposento.

Al penetrar en él la duquesa, dirigió á todas partes una mirada buscando á su hijo.

La sala estaba desierta.

—Decidme,—preguntó entonces,—¿y mi hijo? Ya sabréis los móviles que me han inducido á presentarme á estas horas en esta casa.

El criado, por toda respuesta, se encogió de hombros, saliendo después de la estancia.

Iba la de Santarem á seguirle, cuando vió que un hidalgo, embozado hasta las cejas, la obstruía el paso.

La duquesa retrocedió.

El desconocido dejó entonces caer la capa sobre los hombros.

Era el rey.

—Señora,—dijo después,—no esperaba tener la fortuna de encontraros.

—¿Podríais dudarlo? ¿Acaso no presumisteis que prometiéndome que hallaría aquí al hijo de mi alma, no había de faltar?

—No os comprendo.

—¿Que no me comprendéis?—preguntó la joven indignada.

—¿Ignorabais, señora, que esta noche nos veríamos en este sitio?

—Completamente; aunque sospeché desde luégo que erais el autor del anónimo que he recibido.

—¡Un anónimo!

—¿Va á negarlo vuestra majestad? ¡Ah, esto sería el límite de la infamia!

—Os juro por lo más sagrado que cuanto estáis di-



ciendo es un enigma para mí. Yo supe que vendríais esta noche, pero creí que vuestro objeto...

—Acabad.

—Era corresponder al amor que me habéis inspirado.

—¿Y quién pudo haceros creer semejante absurdo, tamaña locura?

—Eso jamás os lo dirán mis labios.

—Don Felipe, basta. Veo que he sido víctima de un engaño, y que no han de cumplirme la promesa que me impulsó á dejar mi casa. Por lo tanto, dejadme salir de aquí.

—No lo conseguiréis mientras no me deis una perfecta explicación de vuestras palabras. Me decís que recibisteis un anónimo, que en él os prometían entregaros á vuestro hijo. Luégo añadís que ese escrito ha sido trazado por mí, echándome en cara que no os cumplo lo ofrecido. ¿Qué es esto, duquesa? Vuelvo á juraros que lo ignoro completamente.

Y el rey decía la verdad.

El conde-duque no le había manifestado los medios que empleó para conseguir que la de Santarem acudiese á la cita.

Unicamente le había dicho:

—«Señor, vuestros deseos pueden realizarse. Esta noche la duquesa de Santarem irá al Pardo completamente sola.»

Don Felipe creyó que su privado había conseguido vencer la altivez de la dama y que ésta iría decidida á admitir sus amores.

He aquí por qué se sorprendió de las frases de María Deza.

Cuando la dama censuró su conducta, echándole en cara haberle dirigido un anónimo prometiéndola la devolución de su hijo, don Felipe comprendió lo que había pasado.

Pero ¿cómo había de retroceder?

¿Cuándo podría encontrar una ocasión más propicia?

El monarca estaba dispuesto á que la hija de don César no saliese del Pardo sin ser suya.

¿Quién, al ver abierto el alcázar de sus más risueñas ilusiones, retrocede ante sus doradas puertas?

Esto hubiera sido inverosímil, y mucho más tratándose de una persona como la del rey.

La duquesa hallábase en el interior de la morada de un guarda en la que se hubiesen ahogado sus gritos.

Hasta el monarca llegaban los dulces aromas de las flores.

El silencio nocturno convidaba al amor.

Hubiera sido necesario hallarse dotado de mucha virtud para renunciar á aquella hermosa mujer, y no era el monarca de los hombres más virtuosos en este sentido.

La de Santarem permanecía en pie.

—Sentaos, duquesa,—la dijo don Felipe;—ya que he tenido la ventura de hallaros, no hagáis que sea tan pasajera como esos meteoros que iluminan un momento el espacio, haciendo después más oscuras las sombras de la noche. Yo os juro que no he sido el rap-

tor de vuestro hijo. ¿Acaso había de ser tan profunda mi inexperiencia que apelase á ese medio para que me odiaseis más? No, duquesa, yo os amo. Ninguna mujer ha hecho palpitar mi corazón tan violentamente. No os negaré que, por calmar los celos que me abrasaban, di una comisión á vuestro esposo, á fin de que se alejase de España pasando al reino francés. Pero esto es comprensible. En cambio, ¿qué resentimiento podía inspirarme vuestro hijo, una débil criatura á quien no conozco siquiera?

—Vuestra majestad sabía que, haciéndome la promesa de restituirme al niño, yo no faltaría aquí esta noche.

—¿Luego insistís en creer que un enviado mío os lo arrebató? Pues bien; yo os prometo justificarme á vuestros ojos. Mañana mismo daré disposiciones enérgicas para que busquen al niño, y, aunque éste se oculte bajo la tierra, parecerá; no lo dudéis, duquesa. Pero entretanto, ¿por qué me tratáis con tanto rigor? ¿Por qué sois tan esquiva? El duque se halla ausente, vuestro padre ignora que habéis venido á este sitio... Esas son las dos únicas personas que puedan importaros.

Si se tratase de corresponder á uno de esos hidalgos que luégo refieren sus amores en las gradas de San Felipe para satisfacer su amor propio, comprendería vuestras dudas. Pero no ignoráis que soy discreto. Que nadie sabrá que habéis venido á este sitio. Nadie más que ambos y Dios.

—¿Y os parece poco? ¿Acaso no es bastante mi con-

ciencia para rechazar las torpes proposiciones que me hacéis? Dejadme salir.

Vuestra majestad tiene una esposa que, más que una mujer, es un ángel. Ella os ama, y debéis corresponder á su afecto. Es amiga mía. ¿Creéis que pueda faltar por vuestro capricho á los deberes de esposa, de madre y de amiga? No, eso es imposible.

Muy respetable es vuestra corona de Castilla, pero creed que no la cambio por el más pequeño destello de mi honor.

Cuanto hagáis por conseguir vuestro objeto será inútil.

Dejadme, pues, no me cerréis el paso, no me pongáis en actitud de ofenderos.

Yo os prometo que nadie sabrá por mí que esta noche, olvidando vuestra elevada estirpe, habéis tratado de abusar de una débil mujer. Por el contrario, dejando que salga de esta casa, os eleváis á mis ojos.

—No, María, no puedo acceder á lo que solicitáis.

—¿Por qué?

—Porque es imposible.

—Explicaos.

—¿Quién pone dique á la corriente del río que se despeña? ¿Quién contiene el poderoso empuje del huracán? Pues todavía es más fácil avasallar esos dos elementos que os he citado que hacer que se extinga en el corazón del hombre la llama de la pasión. Yo he podido sofocarla algún tiempo, pero ya es imposible.

La ocasión, la noche, el sitio en que nos hallamos, y sobre todo vuestra arrebatadora hermosura, me obli-

gan á no dejar que partáis de aquí. No me culpéis por esto. Culpad á la naturaleza, que os concedió tantos tesoros de hermosura. ¿He de renunciar á ellos, cuando tantas veces los he recordado con voluptuosidad? ¡Imposible!

Vuestros ojos son los astros que alumbran el cielo de mi esperanza.

Vuestra boca de carmín me hace soñar con las dulzuras de un beso.

Yo os amo, María.

Por vos arrojaré á vuestras plantas mi corona.

No es la pasión sensual que brota de los sentidos del monarca sibarita y caprichoso.

Es el alma que se concentra en vos, que os adora como no supo hacerlo hasta el presente.

Y el rey aproximóse á la dama, queriendo rodear con su brazo su esbelta cintura; pero ella, flexible como la palmera, evitó que realizase su deseo.

El rey la dirigió una severa mirada.

—¿De modo que no accedéis á mi pasión?

—Nunca,—respondió resueltamente la joven.

—Tened en cuenta que soy el rey, que puedo vengarme.

—¿Y es posible que me amenacéis porque trato de conservar mi virtud? No, esas frases las dicta la locura de un instante. Por lo demás, el caballero no puede olvidarse nunca de que lo es.

—Hállase en mis manos la suerte de vuestro padre y de vuestro esposo.

—No lo ignoro, pues que son vuestros fieles vasa-

llos; pero vuestra alma es demasiado generosa para cometer con ellos la menor injusticia.

—Un hombre ofendido es capaz de todo.

—Y una mujer también cuando trata de conservar su honra.

El monarca sintió que una nube de deseos acudía á su frente.

Hallábase pálido y tembloroso.

Las negras pupilas de la duquesa estaban clavadas en las suyas.

Nunca le había parecido tan bella.

Dudó un instante, y luégo se aproximó á la joven con decisión.

Pero ésta separóse de él con la agilidad de la corza, y, sacando el puñal de que la hemos visto apoderarse en su casa, amenazó con él su pecho.

—Si dais un paso más, me mato,—dijo resueltamente.

El rey retrocedió con espanto al ver la enérgica actitud de la dama.

—No, María,—dijo;—no quiero que os arranquéis vuestra preciosa existencia.

—En ese caso, si vuestras palabras son ciertas, dejadme salir.

—Pero ¿no tenéis compasión de mi amor?

—¿La tenéis vos de mí, que ningún daño os he hecho?

—Duquesa, yo os amo, yo no puedo olvidar vuestra hermosura, que me fascina, que me atrae, que me enloquece.

Y al pronunciar estas palabras, el rey se aproximó á la joven.

María Deza seguía amagándose con la daga, resuelta á darse la muerte.

Pero el monarca, con una agilidad extraordinaria, lanzóse junto á ella, y, apoderándose de su mano, fina como la seda, la arrebató el puñal.

La duquesa exhaló un grito.

Estaba perdida.

El rey la había ganado la acción para evitar que se matase.

Entonces don Felipe arrojó el arma por una de las ventanas.

María trató de huir hacia la puerta, pero el monarca se interpuso.

—No, ya sois mía; ya no hay medio de que la paloma se escape de las garras sangrientas del gavilán.

La de Santarem pugnaba por desasirse de los brazos del rey.

—Amame,—exclamó éste usando de una familiaridad que hasta entonces no se había atrevido á emplear.

—¡Nunca! ¡Nunca!—respondió la joven con energía;—mil veces antes prefiero morir.

Entonces don Felipe tomó á la joven en sus brazos.

Ésta lanzó un grito.

Pero cuando el rey la contemplaba como el sediento que descubre las linfas del río, cuando creía realizar sus deseos, la puerta de la estancia se abrió bruscamente, apareciendo en ella un hombre.

El rey abandonó á la duquesa y dirigió una mirada de enojo al importuno.

—¡Estoy salvada!—dijo la de Santarem, dirigiendo sus ojos hacia el recién llegado.

Este era su padre don César.

---

# CAPITULO CXVII

---

### LA PENA DEL TALIÓN

Don Cesar cruzóse de brazos sin abandonar el dintel de la puerta.

En sus ojos advertíase la cólera.

Midió al monarca de pies á cabeza con una mirada, y luégo dijo:

—¿Puede el hidalgo decirme su nombre?

Excusado es decir á nuestros lectores que el padre de la duquesa conocía perfectamente al rey.

En cambio el rey jamás había visto á don César.

Los muchos desengaños sufridos por éste habíanle alejado de la sociedad.

Jamás acompañó á su hija á palacio.

—Y vos,—preguntó el monarca,—¿quién sois y con qué derecho me hacéis esa pregunta?

—Con el derecho que tiene toda alma honrada cuando ve que un hombre trata de inferir agravios á una débil mujer.

—Tened la lengua.

—Yo soy quien os hago esa recomendación.

—¡Vos!—exclamó el rey.

—Yo,—respondió fríamente el de Deza.

—Pues ya que os obstináis en saber mi nombre, sabed que estáis hablando con el dueño de esta casa.

—Eso no es cierto. Hallándose aquí la duquesa de Santarem, á ella y solamente á ella debe pertenecer esta morada. No se comprendería de otro modo que estando en vuestra casa trataseis de abusar de una dama.

—¿Y quién sois vos que osáis hablarme de esa manera?

—Para que no os sorprenda mi lenguaje, sabed que soy don César de Deza, padre de la duquesa de Santarem.

Las mejillas del monarca palidecieron.

Comprendió que la escena que iba á tener lugar había de ser necesariamente desagradable.

—Ahora necesito que me deis una completa satisfacción. Aun suponiendo que vuestras palabras sean ciertas y seáis el propietario de esta casa, yo encuentro á mi hija con lágrimas en los ojos y las mejillas rojas por la vergüenza. ¿Qué sucede aquí? No creo que ahora os extrañe mi pregunta, y os ruego que respondáis pronto, pues de otra manera me obligaréis á apelar á otros medios más enérgicos.

—Debo advertiros que la persona que tenéis delante no acostumbra á sufrir recriminaciones de nadie, y mucho menos cuando éstas le son dirigidas en el tono

que lo hacéis. Por mi elevada estirpe, sabed que casi ninguno osa elevar su acento en mi presencia.

—Pues poco habéis dado á conocer en la presente ocasión vuestra estirpe. Yo creo, y siempre he pensado así, que los títulos nobiliarios sirven de poco si no acompañan las cualidades que debe tener el caballero.

—¿Luego dudáis que yo lo sea?

—O, por lo menos, me parece que en esta ocasión habéis prescindido de serlo.

El rey hizo un movimiento de cólera, pero don César lo advirtió, y, desenvainando su acero, dijo:

—Si dais un solo paso, contaos por muerto.

Y sus ojos brillaron como los del felino que va á lanzarse sobre la presa.

La de Santarem lanzó un grito y, corriendo hacia su padre, exclamó:

—¡Padre mío, detente; este hidalgo es!...

El rey Felipe la impuso silencio, y luégo dijo:

—Sabed que la persona á quien acabáis de amenazar es el monarca de Castilla.

Don César se sonrió irónicamente.

—Mentís,—dijo después.—¿Vos el monarca de Castilla? ¡Es imposible! Tened en cuenta que habéis nombrado á una persona que debe ser muy respetable, aunque no sea más que por conservar sin mancha el ilustre apellido de sus mayores. Vos no podéis ser el monarca de un pueblo donde reinaron sabios y valerosos varones.

¿Cómo es posible que ocupéis el trono que ocuparon

la magnánima Isabel la Católica y su esposo el rey Fernando?

¿Cómo es posible que tratara de abusar de una débil mujer un descendiente del belicoso Carlos I?

No veo en vuestra manera de ser ni un vestigio del talento de don Felipe II, ni un rasgo de nobleza de su hermano don Juan, á pesar de su bastardía.

Ni aun Felipe III, á quien suponéis vuestro padre, hubiera sido capaz de tan cobarde acción.

Vos sois un hidalgo, de nombre tal vez por vuestro nacimiento, pero nada más.

El rey sintió que una ola de sangre subía á su cerebro.

Jamás habíase visto tan maltratado.

Aproximóse á don César, y, dirigiéndole una mirada de odio, dejó caer su capa, mostrándole el toisón que rodeaba su cuello.

—¡Miserable! ¿Dudarás ahora quién soy? ¿No temes mi castigo?

Don César sonrióse de nuevo, y, aproximándose al rey, colocó la espada á sus plantas.

—¡Padre mío!—exclamó la duquesa,—vas á perderte para siempre.

Don César la rechazó dulcemente.

—Aparta, hija mía, y te ruego que guardes silencio. En este asunto no es á ti á la que te corresponde hablar.

Había tanta impasibilidad en el rostro de don César, retratábase en él tan profundamente su sangre fría, que el monarca se estremeció.

Hallábase sin testigos: todo su poder era inútil en aquel instante.

Don César, después de haber dejado su acero, dijo:

—Tomo esta medida, señor, porque no quisiese que el padre ofendido se olvidara de las obligaciones del vasallo. Ninguno en mi familia fué desleal á su rey, y, aunque en el caso presente existen sobradas razones para olvidar los respetos que merecéis, no quiero en modo alguno que la sangre afluya á mi cerebro y me olvide de la regia persona con quien hablo.

Y don César aproximóse á la puerta, y la cerró, guardándose luégo la llave en su escarcela.

—Ya no hay cuidado de que ninguno nos escuche. Estamos solos, y únicamente los tres debemos saber lo que voy á deciros. Una de las cualidades del buen caballero es pagar las deudas que contrae, y yo voy á pagaros con creces la vuestra.

La duquesa no apartaba sus ojos de los de su padre.

De buena gana hubiese querido tomar parte en la conversación para evitar nuevos disgustos, pero don César se lo había prohibido un momento antes.

El rey permanecía con los ojos bajos.

Estaba inquieto.

Carecía, sin embargo, de una base, que es la que presta valor á los hombres para arrostrar las situaciones difíciles, y era la razón, esa poderosa palanca con la que hasta el débil adquiere vigor para la defensa.

—Acabemos de una vez, don César,—dijo el monarca.

—No tengáis prisa; ya que por vuestra elevada es-

tirpe no me es posible emplear mi acero contra vos, dejadme al menos el derecho de hablaros despacio. Vos pensabais haber pasado algunas horas en las dulzuras del amor; esto me revela que no os llaman á otro lugar necesidades perentorias. Hablemos, pues. Ya os he dicho que quiero pagaros la deuda que he contraído.

—Pero ¿cómo vais á hacerlo?

—Muy fácilmente, señor. Sabed que ahora vengo de los jardines del Buen Retiro. Estaban deliciosos.

La brisa, al vagar por el ramaje, producía suspiros tan dulces como los de unos labios enamorados.

El ambiente se hallaba saturado de aromas.

Todo inducía el ánimo al amor ó á la meditación.

Yo vagaba por aquellas frondosidades, cuando de pronto llegó hasta mí un extraño rumor.

No era producido por los pasos de un transeunte.

Ni por las hojas que se chocan.

Ni por el suspiro de la brisa.

Aquel rumor era el ruido que producen dos labios al unirse en un apasionado beso.

El monarca se estremeció.

Sus ojos claváronse en los de don César, reflejándose en ellos la ansiedad más profunda.

—Aunque no soy curioso,—prosiguió lentamente el padre de María gozándose en el tormento que el rey experimentaba,—quise conocer á los amantes.

Me aproximé á la plazoleta en que se hallaban.

La dama era muy hermosa.

—Pero ¿no la conocíais?—interrumpió el rey.

—Ruego á vuestra majestad que tenga un poco de paciencia y me deje concluir.

Era hermosa como los ángeles del cielo.

Rubios cabellos coronaban sus sienes.

Sus ojos eran azules.

Sus labios cárdenos y finos.

En cuanto al apasionado doncel, hallábase á sus plantas, contemplando con embeleso á la deidad de sus amores.

—Pero ¿quién era ella?

—Esperad.

—¡Ah, esto es horrible! ¡Estáis abusando de mi paciencia!

—Nada de eso. Estoy pagando á vuestra majestad la deuda que con él contraje.

El rey golpeaba el pavimento con su pie de un modo nervioso.

En cuanto á don César, se sonreía.

En aquel instante era completamente feliz.

—El hidalgo que se hallaba postrado á los pies de la encantadora dama debía pertenecer á la más elevada nobleza,—prosiguió don César sin abandonar su imperturbable calma.—Era muy bizarro, y en sus ojos retratábase la pasión que sentía.

—Pero acabad de una vez; ¿quién era ella?

—¿No lo ha comprendido ya vuestra majestad? Ella era vuestra ilustre esposa, la reina de Castilla.

—Mientes, villano, mientes,—exclamó el rey aproximándose á don César.

—No es extraño que penséis así. Estamos precisa-

mente en una época en que el satírico Quevedo, aludiendo á los maridos, exclama:

«Todo el mundo lo sabía;
Todo el mundo, menos él.»

—Basta,—dijo don Felipe;—basta de sufrir ultrajes. Abrid esa puerta.

—¿Que abra la puerta? ¿Sabe vuestra majestad lo que me pide? A estas horas todavía estará la reina en grato coloquio con el caballero. No conviene, por lo tanto, que los interrumpáis. ¿Qué habéis pensado vos cuando penetré en esta estancia, evitando que llegaseis á cometer una maldad? En aquel momento hubierais querido devorarme con los ojos, ¿no es cierto? Ya que llegué tan oportunamente para evitar que fueseis dichoso, dejad que al menos lo sea la reina.

El monarca ya no pudo contenerse.

La cólera le ahogaba.

De sus labios brotaban sangrientos espumarajos.

Sus ojos despedían rayos de celos y de odio.

Figurábase contemplar á su esposa en brazos del conde de Villamediana, y hasta creía que el viento llevaba á sus oídos sus entrecortadas frases de amor.

El rey desnudó su acero.

—Abre, abre esa puerta,—dijo con acento de amenaza.

—No puedo.

—Abre, miserable; ve que si no he de matarte..

La duquesa se aproximó al monarca, dirigiéndole una mirada de súplica.

—Por Dios, señor, tened compasión de mí.

—Pero, duquesa, ¿no veis que se obstina en cerrarme el paso?

—¡Padre mío!...

Don César, con los brazos cruzados, permanecía inmóvil.

—Abrid, abrid la puerta,—prosiguió el rey.

—Si vuestra majestad quiere salir, puede hacerlo por encima de mi cadáver. Este es el único modo con que conseguirá su objeto.

—Pero ¿es que quieres que te mate, miserable?

—No dudo que lo hagáis tratándose de un hombre que, como yo, he querido cumplir con los deberes del vasallo colocando mi espada á vuestros pies.

Don Felipe, al oir aquel nuevo insulto, recogió del suelo el acero de don César, y, arrojándole hacia éste, exclamó:

—Todo lo tolero menos que me motejéis de cobarde; hé ahí vuestra espada, poneos en guardia, y á luchar.

—No es posible.

—¿Por qué? ¿Eres ahora tú el que te intimidas?

Don César dirigió á su ilustre adversario una mirada despreciativa.

—No, don César no ha retrocedido jamás; nunca supo evadirse cuando le retaron, pero no quiero tomar mi espada.

—¿Pero dime por qué?

—En primer lugar, porque me habéis dicho que sois el monarca.




Ya es tarde, hiera si quiere V. M.

—Eso no debe importarte. Acabas de decirme que, en los jardines del Retiro, mi esposa se hallaba en amoroso diálogo con un caballero; ya no soy el rey: la deshonra nos iguala. No soy más que eres tú. Prepara tu acero; luchemos, pero pronto. No prolongues la horrible agonía que mi corazón siente.

Don César presentó su pecho y dijo:

—Ya es tarde; hiera si quiere vuestra majestad.

—¡Tarde!—exclamó el rey bajando su acero con abatimiento.

—Pues bien, señor, ahora que me considero vengado, voy á referiros lo que presencié en el parque de vuestro palacio.

—¿Luego insistes en atormentarme?

—No; creo que vuestra majestad ha sufrido ya lo bastante por haberse atrevido á fijar sus ojos en la duquesa de Santarem. Vuestra esposa es un modelo de virtudes, incapaz de corresponder al amor que le ofreciese otro que no fueseis vos.

—¿Luego cuanto me has dicho hace un momento fué un engaño?

—Tiene su parte de historia y su parte de novela.

—Habla, habla, pronto. No trates de faltar á la verdad, porque entonces...

—¿Vuestra majestad va á amenazarme de nuevo?

—¡Ira de Dios! prosigue, que esa calma está haciendo que la sangre hierva en mis venas.

—Esta noche he estado, con efecto, en palacio. Al vagar por los hermosos jardines que lo rodean oí rumores; pero no de un beso, sino, por el contrario, era

el acento de una dama que pedía auxilio. Conocí la voz de la reina, y, desenvainando mi acero, lancéme hacia aquel sitio. Vuestra noble esposa, pálida y desencajada, aproximóse á mí. Al final de una larga y sombría arboleda vi la silueta de un hombre que se alejaba.

—Y aquel hombre, ¿quién era?

—Un miserable que había tratado de arrebataros vuestro tesoro.

La memoria del conde de Villamediana acudió á la mente del rey.

—Y vos, ¿qué hicisteis?

—Yo,—prosiguió don César,—corrí con la espada desnuda hacia el atrevido que había osado pensar en doña Isabel, pero mis esfuerzos fueron inútiles. La oscuridad de la noche, y tal vez el profundo conocimiento de la localidad en que nos hallábamos, favorecieron su fuga.

—Pero ¿no pudisteis ver su rostro?

—Iba embozado hasta las cejas. Esta es la verdad del hecho, aunque no os niego que quise disfrazarlo para que sufrieseis. Mi vida y mi espada son de mi rey; pero á cambio de mi lealtad, reclamo, con justicia, que no atentéis al honor de la duquesa; pues al ser mi hija, atentáis al mío.

—Don César, ¿me juráis que no ha sucedido en palacio más que lo que decís?

—Os lo juro,—respondió el caballero.—Ahora obrad como queráis. Yo no recojo mi espada y aguardo que sentenciéis. Hé aquí mi pecho; herid, monarca de

Castilla. Mientras vuestra majestad atentaba al honor de la duquesa, yo defendía el vuestro en los jardines del Buen Retiro.

Don Felipe inclinó los ojos al suelo.

Su torpe conducta y la generosidad de aquel vasallo hacíanle avergonzarse de sí mismo.

Envainó su espada, y tendiendo su diestra á don César, le dijo:

—Gracias, amigo mío; jamás me he encontrado tan pequeño en presencia de uno de mis súbditos. Vuestra nobleza vale, por lo menos, tanto como mi corona y mi cetro.

Don César estrechó entre las suyas la mano del rey.

—Ahora sólo tengo que pedir un favor á vuestra majestad.

—Cuantos quieras. ¿Qué puedo negarte?

—No soy de esos hombres mercenarios que solicitan una recompensa por los servicios que han prestado. Lo único que solicito de vos es que no volváis á pensar en la duquesa. Mi hija ha muerto para vos. Comprended que un capricho, que la realización de un deseo, hubiera labrado el infortunio de su marido el duque de Santarem, cubriendo de deshonra las canas de su padre.

—¡Ah! Don César, yo os juro que nunca mis ojos volverán á fijarse en los de vuestra hija.

—No lo dudo. Ahora sí doy crédito á vuestras palabras, no dudando que seais el monarca de Castilla. Así debe obrar el rey.

No porque vuestro feliz destino os hiciese nacer en

palacio, otorgándoos la fortuna un cetro y una corona, habéis de abusar de estos privilegios.

La duquesa de Santarem es una joya que no bastan vuestros títulos y vuestras riquezas para adquirirla.

Sólo pudo hacerlo el hombre que la prestó juramento ante el ara, juramento que fué bendecido por el sacerdote.

Yo creo en vuestra sinceridad, y ahora no dudo en entregaros la llave.

—Pero decidme, don César: ¿verdaderamente no conocisteis al infame que ha osado llegar hasta mi esposa?

—No le conocí.

—¡Ah! yo preguntaré á doña Isabel. ¡Desdichado del miserable que se haya atrevido!... Nadie puede mirar al sol sin que sus rayos le cieguen.

El monarca dió de nuevo la mano al padre de la duquesa, y se inclinó respetuosamente delante de su hija.

Luégo introdujo la llave en la cerradura y desapareció de la estancia.

Entonces la de Santarem se arrojó á los brazos de su padre.

—¡Ah, padre mío! ¡Siempre habéis de estar velando por vuestra hija!

—¿Acaso no es esa mi misión?

—¿Pero cómo pudisteis averiguar que me hallaba aquí?

—Muy fácilmente.

—Explicadme.

—Ahora vámonos de esta casa, cuya atmósfera me envenena. Próximo á estos sitios aguarda tu carruaje... Durante el camino te explicaré lo que deseas.

Y don César ofreció el brazo á su hija.

La noche proseguía muy lóbrega.

Á cortos intervalos escuchábase el graznido de las aves nocturnas.

María Deza no apartaba sus ojos de los de su padre.

Gracias á él podía entrar de nuevo en su palacio con la frente altiva.

El carruaje esperaba.

Don César abrió la portezuela.

La duquesa subió, su padre colocóse á su lado, y los caballos partieron al trote, aunque el terreno era muy desigual.

---

—Ahora, padre mío, espero que me cumpláis la promesa, diciéndome cómo pudisteis saber que me hallaba en el Pardo.

—Ya recordarás,—respondió don César,—que en el momento que te disponías á salir de tu casa, yo penetré en tu habitación.

—Con efecto, padre mío, me preguntasteis adónde iba, y me vi en la precisión de faltar á la verdad, por razones que os explicaré.

—No es necesario que lo hagas, pues sé los móviles que te indujeron á hacerlo.

—¿Es posible?

—Al entrar en tu estancia observé que estabas muy pensativa. Luégo te vi guardar un puñal. Para ir á pa-

lacio, ¿qué necesidad tenías de prevenirte de ese modo?

—¿Y cómo no me dijisteis nada?

—Porque deseaba observarte. Ya recordarás que yo quedé en la casa cuando saliste. En tu precipitación dejaste sobre la mesa el anónimo que te habían dirigido.

—¡Ah! ¿luego lo leisteis?

—Sí.

—Yo dudé mucho entre deciros á mi esposo y á vos lo que pasaba; pero temiendo que os opusieseis á que fuera á la cita...

—Te decidiste á callar.

—Es cierto; por lo demás, bien sabéis que no tengo secretos para vosotros.

—Te disculpa á mis ojos el haberse tratado de la salvación de tu hijo. Sin embargo, de hoy en adelante, yo te ruego que no dudes nunca en apelar á mí en las circunstancias más difíciles.

—¿Y es cierto cuanto habéis dicho al monarca?

—Sí. La reina á estas horas sería la amada de don Juan de Tarsis si yo no lo hubiese evitado.

—¿Luego era don Juan el hidalgo de quien hablaste?

—El mismo. El correo mayor del rey siente hacia la augusta señora una pasión que ha de proporcionarle muchos disgustos.

La reina, según me dijo, esperando que tú fueses á visitarla como de costumbre, encargó á una de sus camaristas que te dijesen que esperaba en el jardín.

Don Juan de Tarsis la encontró sola, y, no pudien-

do dominar los arrebatos de su loca pasión, hubiera mancillado la honra del rey á no presentarme yo tan á tiempo.

—¡Ah! ¡si yo hubiese podido advertir á doña Isabel lo que le has dicho al monarca, tal vez evitásemos un conflicto!

—No temas; la reina no confesará que el hombre que atentó á su honra fué don Juan de Tarsis.

Un momento después, el carruaje se detuvo.

Había llegado junto á la puerta del palacio de Santarem.

---

# CAPITULO CXVIII

DONDE EL CONDE-DUQUE CONSIGUE DESVANECER EL ENOJO DEL REY

Hemos dejado al rey Felipe en el momento en que salió del Pardo después de haber recibido una lección del padre de la duquesa de Santarem.

Como recordarán nuestros lectores, el monarca dirigióse al palacio del Buen Retiro con celos en el alma, dispuesto á averiguar lo ocurrido entre su esposa y el conde de Villamediana.

No dudaba don Felipe un momento que fuese cierto cuanto había dicho el padre de la duquesa.

Pero, á pesar de esta certeza, ¿no era justo que tratase de saber lo acontecido?

Ciertamente que sí.

Don César podía haber atenuado la falta de doña Isabel, á fin de evitar una catástrofe, del propio modo que había ocultado el nombre de la persona que quiso menoscabar la honra del monarca.

—No es posible,—decíase éste,—que no haya visto el rostro de ese hidalgo. Tampoco es posible que fuese otro que el conde de Villamediana. Tiempo hace que don Juan de Tarsis parece haberse empeñado en proporcionarme serios disgustos, sin comprender que es una verdadera locura enemistarse con el que puede hacer que caiga sobre él todo el peso de la justicia.

Haciéndose estas consideraciones, penetró el rey en las frondosas calles del Retiro.

Eran las altas horas de la noche.

Reinaba en aquel lúgubre paraje el silencio más absoluto; apenas advertíanse en las ventanas del palacio algunos leves reflejos que acusasen que sus moradores encontrábanse despiertos.

El rey penetró en el zaguán, donde esperaban dos ujieres y los porteros de estrado que hacían aquella noche el servicio.

Don Felipe se aventuró por la escalera que conducía al piso principal; en ella aguardaba uno de los criados de su confianza.

—¿Sabes si la reina se encuentra en su cámara?—preguntó.

—Señor,—respondió el interrogado,—una de sus camaristas me ha dicho que si preguntabais por ella os dijese que, hallándose un poco indispuesta, se había retirado á su estancia.

El rey dudó un momento sobre el partido que debía tomar.

—Esperaré á mañana,—se dijo.

Y después de aventurarse por una larga galería, en-

tró en su habitación; luégo hizo sonar la campanilla; un criado se presentó.

—Dile al conde-duque que necesito verle.

El criado salió para cumplir su orden.

Un momento después, don Gaspar de Guzmán acudió al llamamiento de su majestad.

—Siéntate, Guzmán,—dijo el rey,—tenemos que hablar mucho y despacio.

—Ya sabe su majestad que siempre estoy á sus órdenes.

—Esta noche me has proporcionado un grave disgusto. No dudo que tu deseo fué siempre servirme, pero en la ocasión presente lo has hecho de una manera que en vez de halagarme me ha comprometido de un modo serio.

—No comprendo lo que quiere decirme vuestra majestad.

—Me refiero á la duquesa de Santarem.

—¿Acaso no acudió á la cita?

—Ojalá hubiese sido así.

—¿Os trató con altivez?

—Guzmán, yo creía que, cuando me aseguraste que la duquesa iba á acudir á la cita, era porque habías conseguido vencer la resistencia de su carácter. Sin embargo, no fué así. Ella había recibido un anónimo, en que le aseguraban la restitución de su hijo, y esos fueron los móviles que la hicieron abandonar su casa. Cuando tú me prometiste que conseguiría el amor de la duquesa, creí que nunca emplearías medios tan censurables y reprobados como el del anónimo.

Don Gaspar de Guzmán hizo un movimiento de disgusto al oir las palabras del rey.

Comprendiendo que necesitaba justificar su conducta ante sus ojos, su imaginación le sugirió una idea.

—No me explico lo que vuestra majestad acaba de decirme.

—¿Que no te lo explicas? ¿Acaso te parece lícito arrebatar á la duquesa su hijo? ¿Encuentras también natural haber abusado de su confianza, haciendo en tu anónimo promesas que no habías de cumplir? No te negaré que la hermosura de esa dama me enloquece, que quizá mi corazón veleidoso no ha latido por ninguna como por ella; pero ¿imaginas que el modo de conseguir á una mujer es el que has empleado?

—¿De manera,—preguntó Guzmán,—que vuestra majestad ha supuesto por un momento que yo fuí el raptor del hijo de la duquesa?

El rey, al oir esta pregunta, clavó sus penetrantes ojos en el privado.

—¿Qué dices, Guzmán? ¿Acaso no ha sido ese el ardid que empleaste para que la de Santarem acudiese á la cita?

—No, señor. Y me extraña mucho que vuestra majestad haya podido atribuirme una acción semejante. No os negaré que cuando supe que había desaparecido el hijo de la de Deza, quise aprovechar esa circunstancia para que ella fuese al monte del Pardo. Pero ¿cómo pudisteis suponer que el hombre á quien honráis con vuestra confianza llevara su deseo de serviros hasta el punto de cometer una infamia? Si no fue-

ra por lo mucho que os aprecio, sentiría haberme prestado voluntariamente á serviros en un asunto que había de dar lugar á que formulaseis interpretaciones tan fortuitas. El conde-duque de Olivares podrá hacer por su rey todo aquello que no rebaje su esclarecido blasón, pero nunca se determinará á penetrar en una casa, arrebatando á una madre el hijo que llevó en su seno.

El rey permaneció un instante pensativo.

Luégo, observando el marcado disgusto que se retrataba en las facciones de su favorito, le dijo:

—Guzmán, ya se han alejado de mi mente las dudas que pude abrigar. Mucho extrañaba en ti que hubieses obrado de ese modo; pero comprende que todas las circunstancias que rodeaban el hecho te hacían aparecer como culpable.

—No negaré á vuestra majestad que fuí el autor del anónimo; pero yo suponía que, una vez que la de Santarem acudiese al lugar de la cita, vuestra majestad había de encontrar medio de realizar sus deseos. Esto supuse, y mucho más tratándose de una dama que, como la de Santarem, aprovechando la ausencia de su esposo, tiene relaciones con don Juan de Tarsis. Si hubiésemos tratado de otra mujer, aun me explicaría la timidez que con ella habéis tenido. Y digo esto, porque, aunque no me habéis indicado si conseguisteis vuestro objeto, fácil es adivinar que no. No censuraríais mi conducta seguramente. No os hubiese parecido tan imperfecto mi plan, si sus resultados hubieran sido favorables.

—Bien, conde-duque, no hablemos más del asunto. Ya me parece enojoso, y este leve disgusto no ha de entibiar en lo más mínimo la confianza que en ti tengo depositada.

—Eso desde luégo. Una confianza como con la que me honráis no se debilita por asuntos de tan escasa importancia.

—¿Ha ocurrido algo durante mi ausencia?

—Sí, señor. Había olvidado decir á vuestra majestad que habéis tenido una visita.

—¿Quién?

—Vuestro agente diplomático en Inglaterra, Pablo Rubens, ha venido á palacio sin duda con el objeto de tratar nuevamente de la boda del príncipe de Gales con vuestra ilustre hermana doña María Teresa.

—¿Ha estado mucho tiempo en palacio?

—No, señor. Yo le dije que vuestra majestad había tenido precisión absoluta de ir al Pardo.

—¿De manera que es probable que Rubens vaya á verme á ese sitio?

—Comprendiendo que vuestra majestad regresaría pronto, se lo hice saber, á fin de que no se molestase en ir, ni os inquietara con inoportunas visitas.

—¡Siempre previsor!

En aquel momento un reloj hizo sonar tres vibraciones.

—Las tres,—dijo el monarca.

—Creo que ya es lícito que vuestra majestad se consagre al reposo.

Y el conde-duque se puso en pie.

—Hasta mañana, Olivares.

—Buenas noches, señor.

Y el favorito salió del aposento, dirigiéndose al suyo.

—Afortunadamente,—se dijo,—he tenido bastante serenidad para conseguir que el monarca no dude de mí. ¡Si él supiera que por disposición mía la de Santarem se ve privada de su hijo!... Pero no lo sabrá. El único que posee este secreto es Gil, y el bufón es un arca cerrada. No le tiene cuenta enemistarse conmigo. Le volveré á advertir, aunque no lo creo necesario, que nada diga al rey respecto á este asunto.

Y el conde-duque, despojándose de sus ropas, se acostó en un mullido lecho.

Entretanto el rey hallábase presa de la mayor inquietud.

La hermosa imagen de la duquesa no se borraba de su imaginación.

—¡Ah!—se decía,—¡dos veces he estado á punto de llegar á la realización de mis deseos, y las dos la fatalidad ha querido que mis ilusiones se desvanezcan! Aun se comprende que en la cacería del Pardo acudiesen inoportunamente algunos hidalgos para auxiliar á la de Santarem; pero ¿cómo pudo don César presentarse esta noche, cuando yo creía que la duquesa tenía que acceder á mi amor? He dado palabra á su padre de no volver á pensar más en ella. ¿La cumpliré? Algo difícil me parece.

Y el monarca durmióse poco después, halagado por el recuerdo de la hija de don César.

# CAPITULO CXIX

---

DONDE VILLAMEDIANA CONFÍA SUS PENAS Á SU AMIGO GRATTIS

Al siguiente día, apenas se advirtieron en el cielo los primeros albores del amanecer, el rey Felipe abandonó su lecho.

Hallábase presa de la mayor inquietud, y deseaba hablar con la reina para que ésta le explicase lo que la noche pasada la había ocurrido en los jardines del Buen Retiro.

El monarca, como hombre de experiencia y profundo conocedor del corazón de las mujeres, pensó desde luégo no preguntar á su esposa directamente. Por el contrario, su deseo era que, al verle en su cámara, ella le revelase lo sucedido.

Salió, pues, de su cámara, dirigiéndose á la de la reina.

Esta acababa de abandonar su lecho.

Sus mejillas estaban muy pálidas.

Al ver á su noble esposo se esforzó para que en sus labios se dibujara una sonrisa.

—Me han asegurado,—dijo el rey con cariñoso acento,—que anoche estuvisteis enferma, y por eso no quise interrumpir vuestro sueño.

—Con efecto, estaba un poco indispuesta.

—¿Y os encontráis mejor?

—Sí; no fué más que una cosa sin importancia.

—Pero ¿acaso hubo algún motivo que os predispusiese á esa leve dolencia?

Y don Felipe, al hacer esta pregunta, clavó sus ojos en los de la reina.

Esta bajó los suyos y no supo qué responder.

Por esa intuición que solamente poseen las mujeres, le pareció adivinar que el monarca le hacía aquella pregunta con cierta ironía.

—No,—respondió después de una larga pausa.

—Yo creí que habríais tenido algún disgusto,—prosiguió don Felipe,—y me hallaba dispuesto á castigar severamente á la persona que os lo hubiese proporcionado. Supuesto, sin embargo, que no es así, lo celebro infinito, así como también que hayáis recuperado en tan breve espacio de tiempo vuestra preciosa salud.

El rey permaneció silencioso.

Multitud de pensamientos cruzaban por su mente.

¿Acaso no serían ciertas las palabras que le había dirigido el padre de la duquesa de Santarem?

Mucho trabajo le costaba suponerlo así.

Don César habíale hablado en una de esas circuns-

tancias críticas en que los hombres no faltan á la verdad.

Y si era cierto cuanto Deza le dijo, ¿por qué la reina se obstinaba en callar?

Don Felipe no encontraba más que una explicación.

—Es indudable que mi esposa no quiere pronunciar el nombre del audaz que anoche trató de ofenderla.

Si ella hubiese correspondido al amor que la ofrecían, no hubiesen llegado hasta don César sus voces cuando demandaba socorro.

Después de todo, esta conducta es prudente.

Lo que debo hacer es observar al conde de Villamediana, y desgraciado de él si, como supongo, no ha desistido de su insensato amor.

Don Felipe despidióse de su esposa, saliendo luégo de la cámara.

---

Entretanto, el conde de Villamediana, después de los sucesos de la pasada noche, habíase dirigido á su palacio.

Allí esperábale su íntimo amigo Jacobo Grattis.

Este advirtió la palidez marmórea que se extendía por las mejillas de don Juan.

—¿Estáis enfermo?—preguntó Grattis abandonando sobre una mesa el libro en que leía.

—Amigo mío, estoy más que enfermo: estoy desesperado.

—Si no fuese una indiscreción, os preguntaría qué os sucede, con el solo objeto de consolaros.

—Para vos no tengo secretos. Ya sabéis que esta noche, cuando salí de esta casa, fué para dirigirme, como de costumbre, á los jardines del Buen Retiro

—No lo ignoro.

—Hacía muchas noches que vagaba por aquellas frondosas calles sin conseguir que la reina acudiese á mis citas. Yo no sabía á qué atribuirlo. Esta mañana hice llegar á manos de doña Isabel una carta. En ella la rogaba que no me atormentase, y que si por la noche no conseguía verla, era capaz de ausentarme para siempre de la corte.

Ahora bien; amigo Grattis, yo sabía que la reina no había de faltar. Ella me ama. Aunque sus labios me lo han dicho muy pocas veces, sus ojos, fieles espejos de su alma, me lo aseguran á cada momento.

Sin embargo, su amor es muy especial. Ella, como las flores, siéntese dichosa al notar el leve soplo de la brisa, pero cierra su cáliz para que no la abrasen los rayos del sol. El afecto que me profesa es tan inmaculado como su alma.

Su corazón no comprende que en el mío existan torrentes de lava próximos á desbordarse. Y, sin embargo, amigo Grattis, ¿creéis que el amor que me ofrece puede satisfacer mis ambiciones?

Yo la amo con locura, y no puedo ajustarme á sus deseos, como no es posible poner dique á las ondas del mar ni contener el empuje poderoso del viento.

Esta noche yo sabía que la duquesa de Santarem, su amiga inseparable, no había de acompañar á la reina.

Ya habréis tenido conocimiento de que noches pasadas le arrebataron á su hijo, y que cuantas gestiones se han hecho para encontrar el niño fueron inútiles.

La de Santarem no sale de su palacio.

Aseguran que la infeliz madre se encuentra desesperada.

Como comprenderéis, ella no había de acompañar á la reina hallándose en el estado de tristeza en que se encuentra.

Comprendí, por lo tanto, que si la reina acudía á mi cita, era el momento crítico de hablarla con más libertad que lo había hecho hasta ahora.

Todo pareció que favorecía mis deseos.

La noche estaba hermosísima.

Oíanse los murmullos cadenciosos de las hojas, que se besaban al sentirse impulsadas por el céfiro.

Llegaban hasta mí los balsámicos aromas de las flores.

Nada interrumpía el silencio..

¡Ah, Jacobo! ¡no os negaré que mi imaginación se forjó mil encantadoras quimeras!

De pronto vi dibujarse entre la espesura la silueta de una mujer.

Parecía una de esas misteriosas deidades que brotan de las plácidas orillas del Rhin.

Latió mi corazón con premura.

No podía dudar que era ella.

Su esbelto talle, su leve paso, su perfume, que llegaba hasta mí, mucho más tenue y embelesador que el de las flores.

Yo me aproximé. Con efecto, no me había engañado el deseo. Aquella deidad de la noche era la reina. La reina, que acudía á mi cita, temblorosa como la gacela que siente los pasos del cazador.

Estreché sus manos entre las mías. Su leve contacto, más suave que el de la seda, me hizo estremecer de una manera nerviosa.

¡Ah Grattis! ¡Yo la amo, estábamos solos, la noche parecía proteger nuestros amores! ¿Cómo es posible que el sediento renuncie á saciar su sed devoradora, viendo ante sus ojos las linfas del manantial?

Yo noté que una ola de fuego subía á mi cerebro. Rodeé con mi brazo la esbelta cintura de la augusta dama, y quise acercar á los suyos mis labios de fuego. La reina se desprendió súbitamente de mis brazos. Un suspiro se escapó de su boca. Yo corrí de nuevo en su busca, pero la misma sombra de Satanás se opuso á mi deseo. Un hombre brotó de las sombras de la noche. En su diestra resplandecía un acero. ¡Ah, Grattis, de qué buen grado me hubiese dirigido hacia él! Ya sabéis que nunca pequé de tímido. Pero era imposible. No se trataba de conquistar á cintarazos el amor de la reina, sino de no comprometer su honor.

Entonces corrí hacia la espesura. No os negaré, sin embargo, que, no pudiendo reprimir mis deseos de conocer al intruso, aventuréme por las calles de boj para

saber quién era el desconocido. Este era don César, el padre de la de Santarem.

—En ese caso,—repuso Grattis,—permaneced tranquilo. Don César es incapaz de haceros traición.

—Bien me consta. Hace muy poco que, sin él, el rey me hubiera sorprendido con su esposa en el monte del Pardo.

—¿Hablasteis con don César?

—No quise hacerlo. No os negaré que en aquel momento me inspiraba la más profunda aversión. Sin él, á estas horas ya habría roto el hielo del alma de la reina.

—Amigo don Juan, no podéis imaginaros con qué tristeza he oído cuanto acabáis de decirme. Creo que os exponéis demasiado, y que en un período más ó menos breve vais á sentir el peso de la venganza del rey.

—¿Y qué queréis que haga?

—Que procuréis olvidar esos insensatos amores.

—¡Ah, Grattis, no puedo! Aunque me aseguraran que con ellos he de recibir los mayores disgustos, no puedo prescindir de la pasión que me devora. Mejor que ningún otro sabéis hasta qué punto llega el imperio que la mujer ejerce sobre el hombre. Yo la amo, y sacrificaré por ella hasta la vida si es necesario.

Jacobo Grattis guardó silencio.

Comprendía que cuanto hiciese sería inútil para que don Juan desistiera.

Un momento después abandonó el sillón que ocupaba.

—¿Os vais?

—Sí; ya es muy tarde. ¿Mandáis alguna cosa?

—Nada, Grattis.

Ambos amigos se estrecharon las manos, y el italiano dirigióse á su palacio, donde tan sólo le aguardaba el escudero Guijarro.

---

# CAPITULO CXX

---

### EL ESCLAVO REDIMIDO

Aquel mismo día, Pablo Rubens fué á visitar al rey.

Sabida es la inmensa reputación de que se hallaba revestido aquel gran hombre, que, además de hábil pintor, era notable arquitecto y diplomático de fama.

Pablo Rubens ha sido considerado con justicia como una de las lumbreras de su siglo.

Varias veces el rey habíale encomendado asuntos de importancia que él trató con la diplomacia y el acierto que acostumbraba á emplear.

El rey apreciaba á Rubens como á todos aquellos que, rompiendo el hielo de la indiferencia humana, saben llegar á la cumbre del arte.

¿Y quién mejor que Pablo Rubens podía haberse granjeado sus simpatías?

Gran dibujante, gran colorista y hábil grabador, consiguió con el lápiz, el buril ó el pincel trazar obras

maestras que son la admiración hasta de nuestros artistas contemporáneos.

Felipe IV le recibió en su cámara dándole muestras de las mayores deferencias.

Con efecto, el propósito del pintor era hablar á su majestad de la boda del príncipe de Gales con la infanta doña María Teresa.

El rey, después de escuchar atentamente, dijo á Rubens que no creía oportuno que todavía se verificase el enlace.

Luégo le hizo varias preguntas referentes al arte que el caballero flamenco cultivaba.

—Á propósito de esto,—dijo Rubens,—voy á pedir á vuestra majestad un favor.

—¿Qué deseáis?—preguntó el rey.

—He oído hacer grandes elogios de un pintor español que, á pesar de su juventud, creo ha llegado á rayar á una gran altura.

—Muchos son los que hay en España en igualdad de condiciones, é ignoro, por lo tanto, á quién os referís.

—Con efecto, así como las flores brotan por los asiduos cuidados del jardinero, los artistas tienen que nacer en este país, donde hay un rey que, como vos, tanto los protege.

—¿Y cuál es el nombre de ese pintor al que hacéis referencia?

—Llámase don Diego Velázquez de Silva.

—Con efecto, don Diego Velázquez es una verdadera eminencia. Muchas veces me ha hablado de vos

con entusiasmo, y dice que no se podrá llamar feliz ni hará el menor aprecio de sus obras mientras vos no las consideréis dignas de ello.

—¿Vive Velázquez en Madrid?

—No, hace un año que habita en el monasterio del Escorial.

—Perfectamente; haciéndole una visita, no sólo consigo estrechar la mano del pintor, y por lo tanto del compañero, sino que podré admirar esa octava maravilla del mundo.

—Y yo tendré la alta satisfacción de acompañaros.

—¡Tanta bondad!

—Rubens, bien sabéis que yo no puedo respirar más que en la atmósfera del arte. Sé que muchos de mis vasallos censuran esta idolatría, creyendo que abandono los asuntos del Estado; pero, ¿qué queréis? á mi nada me inspira tanto respeto como esos nombres de las eminencias de este país. ¿Quién no humilla su frente ante un don Pedro Calderón, un don Francisco de Quevedo ó un don Diego de Velázquez? Y si no os nombro á vos, es porque demasiado os consta la alta opinión en que os tengo.

Puedo aseguraros á vos, que sois un digno representante del arte, y no encontraréis, por lo tanto, exageradas mis palabras, que por ser una de las lumbreras que antes enumeré renunciaría con gusto á mi trono y mi cetro.

—Sin embargo,—interrumpió Rubens,—veo que habláis con una modestia exagerada, pues me consta que demostrasteis al mundo en muchas ocasiones que

un monarca puede también pulsar la cítara del poeta.

—Algunas veces he tratado de imitar á los hijos de Apolo; pero mis composiciones poéticas no son más que pálidos reflejos de las creadas por los eminentes autores que os he nombrado.

—Muy modesto sois.

—Os digo sencillamente la verdad,—respondió el rey.

---

Un momento después Pablo Rubens salía de la cámara de su majestad, luégo que hubo convenido con éste que irían al real sitio de San Lorenzo para visitar á Velázquez.

Con efecto, era el amanecer del siguiente día cuando un elegante carruaje de camino salió del palacio del Buen Retiro con dirección al Escorial.

Don Felipe iba acompañado, como de costumbre, del conde-duque de Olivares.

Detrás del regio coche iban otros varios conduciendo á hidalgos de la más alta nobleza de la corte.

Dejémoslos durante el camino y pasemos á la celda que ocupaba Diego Velázquez.

Este vivía acompañado de su esposa, llamada doña Juana Pacheco, y de su esclavo Juan.

Digamos algo referente á este último.

Un año antes de los sucesos que venimos narrando, el rey encargó al pintor que hiciese un retrato de su almirante Pareja.

Velázquez preparó sus pinceles, dispuesto á cumplir los deseos de su protector.

Cuando el marino vió sus facciones hábilmente trasladadas al lienzo, quiso demostrar á don Diego su admiración y agradecimiento, y una mañana dirigióse al estudio del artista, acompañado de Juan, esclavo que había adquirido en uno de sus viajes á las Indias.

Juan era mulato.

En sus facciones se revelaban la bondad y la sumisión.

Hasta entonces había vivido procurando asiduamente complacer al almirante, lo que era muy difícil, pues Pareja, como buen marino, tenía un carácter brusco y algo déspota.

La mañana en que se dirigieron al estudio del pintor, Pareja rodeó el cuello del esclavo con una magnífica cadena de oro.

El almirante hizo que Juan se aproximase á Velázquez, y dijo á éste, señalando la joya que circuía su cuello:

—Hé aquí, don Diego, una pequeña ofrenda que os hago como testimonio de admiración al artista que hizo mi retrato; es una cadena, con la que debemos unir nuestros corazones en una franca y sincera amistad.

El esclavo entregó la alhaja al pintor, é iba á retirarse, cuando Pareja le empujó hacia el artista, diciéndole:

—Cuando yo doy una joya, también entrego el estuche. Ya sabes, por lo tanto, que desde este momento perteneces al señor Velázquez.

Juan se aproximó sumisamente al pintor, que le dirigió una benévola sonrisa.

Las frases gráficas empleadas por el almirante al hacer donación del esclavo no tardaron en propagarse entre los discípulos del pintor.

Todos éstos burlábanse del infeliz mulato, por haberle considerado su antiguo dueño como estuche de una joya; y Juan, huyendo de ellos, decidió instalarse en un camaranchón del monasterio, donde don Diego había relegado al olvido algunos lienzos inútiles.

Allí encontró Juan pinceles desechados y colores casi inservibles. Pero el esclavo sentía tanto entusiasmo por el arte que cultivaba su nuevo señor, que, á pesar de las malas condiciones de los efectos que había encontrado, ocupábase muchas veces en hacer caprichosos ensayos sobre aquellos lienzos abandonados por don Diego.

Juan, apenas terminaba sus obras, escondíalas con cuidado, temiendo que los discípulos del pintor hallasen en ellas nuevo motivo de burla.

Este era Juan. Sumiso como un lebrel, amante de lo bello é incapaz de faltar á su amo en lo más mínimo.

En cuanto á la esposa de Velázquez, era una hermosísima joven de veinticuatro años.

Sus cabellos, negros como el azabache, formaban caprichosas ondulaciones.

Sus ojos eran rasgados y expresivos.

Adoraba á su esposo, y éste correspondía con igual entusiasmo á su afecto.

Ambos vivían desde hacía un año en las habitaciones del monasterio que el rey les había destinado.

---

Eran las tres de la tarde del día en que hemos visto salir del palacio del Buen Retiro al rey, cuando varios carruajes tirados por magníficos caballos se detenían delante del monasterio del Escorial.

De uno de ellos se apeó el rey, seguido de su favorito el conde-duque.

De otro bajáronse Pablo Rubens y su querido y predilecto discípulo Van-Dyck, que le acompañaba siempre y sentía por su maestro un entrañable cariño.

El rey hizo una seña á Rubens para que entrase primero en aquel suntuoso edificio, severo y majestuoso como el carácter del hombre que lo hizo construir.

Rubens negábase á cruzar los umbrales antes que el rey, pero éste le dijo:

—Vamos á penetrar en el estudio de Diego Velázquez; esto es, en el templo del arte, y á nadie como á vos corresponde pasar el primero.

Rubens aceptó el ofrecimiento del monarca.

Aquella mañana había reinado en el estudio de Velázquez un gran movimiento.

Tanto el maestro como los discípulos desplegaron la mayor actividad para que los cuadros y muebles estuviesen perfectamente arreglados.

Esto, más que por la visita del rey, debíase á la de Pablo Rubens.

Para ellos, el pintor flamenco era una entidad superior á la de su majestad.

Velázquez había pintado recientemente dos cuadros.

Uno, el de *La capa de José*, que obra en nuestro Museo de pintura, aunque los franceses nos despojaron de él, poseyéndolo muchos años.

El otro era el retrato de una mujer encantadora.

Habíale servido de modelo para este úl imo su esposa doña Juana.

El rey, Rubens y los caballeros que acompañaban á ambos, entraron en el estudio del pintor.

Rubens alargó su mano á Velázquez, que éste estrechó con efusión entre las suyas.

Luégo el pintor flamenco fué fijando sus ojos alternativamente en todos los cuadros.

Al llegar al de *La capa de José* no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—¡Es admirable!—dijo.

Las mejillas de Velázquez palidecieron, y una lágrima brotó de sus ojos.

Rubens le abrió los brazos.

Velázquez se precipitó en ellos.

En aquel momento, las almas de los dos artistas se habían enlazado para siempre.

—Ya que quisisteis honrar mi estudio con vuestra presencia,—dijo don Diego,—os ruego que dejéis trazado en alguno de mis cuadros uno de los destellos de vuestro genio.

—Amigo mío,—respondióle Rubens,—todas estas obras están perfectamente acabadas, y no hallo, por


BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL



Lit. J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 6, Madrid.

¿Quien de vosotros ha hecho esto¿
entonces un esclavo suyo mulato se arrojó á sus pies
con emocion diciendo: Yo he sido.

lo tanto, medio de hacer lo que decís. No obstante, á fin de que veáis que también quiero dejaros una memoria mía, dadme el pincel y la paleta y os haré un boceto.

Y Rubens se aproximó á uno de los ángulos de la estancia, tomando un lienzo que estaba del revés.

Al volverle no pudo disimular su asombro.

En él había trazada una verdadera obra de arte.

La sorpresa de Velázquez no fué menor que la de Rubens.

—Creí al pronto que esta creación era vuestra,—dijo éste;—pero ahora comprendo que es de alguno de vuestros discípulos, al que doy mi más completa enhorabuena, pues con seguridad ha de ser un gran artista.

—Señor,—dijo Velázquez,—ignoro quién haya podido pintar ese lienzo.

Y clavó sus ojos en sus discípulos.

Juan el mulato estaba trémulo de emoción.

Cuando su amo le dirigió una mirada, arrojóse á sus piés y le dijo:

—Perdonadme, señor, yo he sido.

—¡Tú! No es posible.

Pero viendo que Juan aseguraba de nuevo ser el autor, Velázquez le estrechó entre sus brazos.

Rubens alargóle la mano.

Hasta el rey, que había permanecido silencioso contemplando el retrato de la esposa de Velázquez, puso su diestra sobre el hombro del mulato, y, dirigiéndose á don Diego, le dijo:

—No es justo que un artista que tanto promete sea un humilde esclavo. Por lo tanto, don Diego, yo os ofrezco doscientas onzas por su redención.

—Que acepto,—repuso el pintor,—para que sirvan de base á la fortuna de Juan.

El mulato no cesaba de besar las manos de sus protectores, colmándolos de bendiciones.

---

Mientras que todos los discípulos de Velázquez que se habían mofado del esclavo sentían clavarse en su corazón el dardo de la envidia, el rey aproximóse de nuevo al retrato que tanto le embelesaba.

Su mirada clavóse en él con tanta insistencia, que hubo de llamar la atención del artista.

—¿Os agrada ese lienzo?—preguntó Velázquez.

—Mucho; pero no me extraña que os hayáis inspirado en presencia de una mujer tan encantadora. ¿Existe verdaderamente, ó es un ideal?

—Señor, existe.

—¿Quién es esta dama?

—Esta dama, señor, es mi esposa.

El rey guardó silencio.

Pocos momentos después, Pablo Rubens, acompañado de Van-Dyck, entraba de nuevo en su carruaje, emprendiendo el camino que conducía á la corte.

El monarca despidióse también de Velázquez; pero en vez de volver á Madrid, dirigióse á su cámara, seguido del conde-duque.

—¿Piensa vuestra majestad permanecer mucho tiempo en el monasterio?—preguntó el favorito.

—Lo ignoro,—respondió el rey;—todo depende de las circunstancias. ¿Has observado el retrato de una hermosa mujer que Velázquez tiene en su estudio?

—Sí, señor; así como también pude observar que vuestra majestad lo hizo con gran insistencia.

—Con efecto, veo que eres un buen observador, y que no hay detalle, por insignificante que sea, que pase desapercibido á tus ojos. Esa encantadora dama, —prosiguió el rey,—es la esposa de Velázquez, y necesito conocerla personalmente.

—Nada más fácil de conseguir,—respondió el conde-duque;—bien os consta que don Diego tiene sumo placer en que honréis su estudio con vuestra presencia.

—Pero jamás me ha presentado á su esposa, lo que me hace suponer debe guardarla como el avaro á su tesoro.

—¿Y acaso á los avaros no se les puede despojar de sus bienes, por mucho que los oculten?—preguntó intencionalmente el favorito.

—Es verdad; pero para conseguirlo es necesario que Velázquez no sospeche en absoluto mis propósitos. Le aprecio, y sentiría enemistarme con él.

—Envíele vuestra majestad con alguna comisión fuera de España, como hizo con el duque de Santarem.

—No es mal proyecto. Tengo la seguridad que á Velázquez le halagaría hacer un viaje á Italia, pues varias veces me lo ha indicado.

—Conviene, sin embargo, que hable vuestra majestad con la esposa del pintor, á fin de evitar que le si-

ga á Roma. Hablándola tal vez consigáis haceros dueño de su corazón, y que ella permanezca sola en el monasterio.

—Si no me engaño, hay una circunstancia que favorece mis planes. En el estudio del pintor hay una puerta secreta que puede proporcionarme la entrada cuando me acomode. Infórmate de esto, y, si es así, no dejes de proporcionarme la llave que ha de conducirme á la realización de mis deseos.

Y esto dicho, el rey dirigióse á su cámara, mientras el conde-duque se dispuso á cumplir las órdenes que acababan de darle.

---

# CAPÍTULO CXXI

UN NUEVO CAPRICHO DEL REY

Una hora después, don Gaspar de Guzmán entraba de nuevo en el aposento de su majestad.

—Ya he adquirido cuantos detalles nos convienen conocer respecto á la esposa de Velázquez,—dijo el conde-duque.

—¿Es posible que en tan poco tiempo hayas podido hacer alguna averiguación?—preguntó el rey con sorpresa?

—Todo se consigue en el mundo cuando la voluntad es buena.

—Habla, Guzmán. Ya ardo en deseos de escucharte.

—En primer lugar, debo deciros que la memoria no os había engañado. La puerta secreta que mencionasteis, existe. De modo que nada más fácil que penetrar en la celda del pintor cuando lo consideréis oportuno.

—¿Y la llave?

—Hela aquí,—respondió don Gaspar entregándosela al monarca.—Se la he pedido á un viejo llavero que fué quien me proporcionó datos que os pueden servir de mucho. Sabed que esa dama sale casi todas las tardes á pasear por la huerta del monasterio, ó se dirige á la Herrería. Muchas veces va sola, y otras acompañada de una vieja sirvienta. De modo que, en mi concepto, antes de que vuestra majestad se decida á entrar en el estudio, creo oportuno que la veáis en cualquiera de los dos sitios que os he indicado.

—Con efecto. Eso sería menos violento.

—Yo os acompañaré, y, si es preciso, no han de faltarme medios para entretener á la criada mientras vuestra majestad hable con la señora.

Don Felipe aprobó desde luégo los planes del conde-duque.

Aquella noche apenas pudo conciliar el sueño, pero los breves instantes que lo consiguió fué para recordar á la esposa de Velázquez.

Al siguiente día abandonó su lecho muy temprano.

Las horas le parecían siglos.

Sus ojos no se apartaban de las agujas del reloj de su cámara, las cuales apenas avanzaban por la esfera.

Cuando llegó la tarde, el conde-duque presentóse en el aposento.

Don Felipe tomó su sombrero y su capa.

Un momento después ambos se dirigían á la huerta.

El día estaba muy apacible.

Trascurrió una hora.

Ya empezaban el rey y su favorito á desconfiar que la esposa del pintor bajase aquella tarde, como tenía por costumbre, cuando vieron llegar dos personas.

El monarca no pudo reprimir una exclamación de alegría.

Una de ellas era una dama.

Sus facciones tenían un extraordinario parecido con el del retrato que había visto el día anterior en el estudio de Diego Velázquez.

No pudo dudar un momento que era la esposa del pintor.

Pero si su hermosura había cautivado al rey en el lienzo, sorprendióle mucho más la realidad.

Sus cabellos negros, peinados en caprichosos bucles, contrastaban poderosamente con su cutis, blanco como la nieve.

Una encantadora sonrisa vagaba en su boca, bello conjunto de coral y perlas.

Su estatura era elevada.

Su talle esbelto.

Su pie breve.

Iba completamente vestida de negro, llevando á la cabeza un manto, cuyo velo recogía su mano de marfil, permitiendo que admirasen su rostro.

La persona que la acompañaba era una mujer de unos cuarenta y tantos años, que hacía mucho tiempo se hallaba al servicio de Juana, que era el nombre de la esposa de Velázquez.

Ambas se dirigieron hacia uno de los bancos de piedra, donde tomaron asiento.

Entonces el rey y el conde-duque se aproximaron.

Doña Juana clavó sus ojos negros en el primero.

Don Felipe sentóse en el banco más próximo.

Había algo en el rostro de la dama, que la hacía respetable á los ojos de los hombres, á pesar de la dulce sonrisa que vagaba en sus labios.

Doña Juana dirigió sus ojos hacia uno de los sitios de la huerta que estaba esmaltado de flores.

—¡Qué hermosas!—exclamó mirando á su compañera.

Entonces el monarca se puso en pie, y encargó á su favorito que formase un ramo.

Cuando éste estuvo concluído, don Felipe se le ofreció á la dama.

—¿Por qué os habéis molestado?—preguntó la joven con alguna timidez.

—Pequeño es el obsequio; pero hace un instante que os oí decir que os agradan las flores, y me he apresurado á ofreceros un ramo.

—Yo doy las gracias á vuestra majestad,—respondió doña Juana.

El rey hizo un movimiento de sorpresa.

Había creído que la esposa de Velázquez ignoraba quién era.

—¿Y don Diego?—preguntó después de un instante.

—Pintando, como siempre.

—Ayer estuve en su estudio con Pablo Rubens, admirando sus creaciones. Por cierto, que mientras todos se detenían delante del último cuadro que ha hecho, yo fijé mi atención en otro.

—Diego me dijo que el lienzo que representa *La capa de José* fué muy del agrado de todos.

—Con efecto. No hay que dudar que es una gran obra; pero no me refiero á esa.

—¿Tal vez os refiráis á un boceto que hizo hace poco representando los apóstoles.

—No. Me refiero á un retrato de mujer; mejor dicho, de un ángel.

Las mejillas de doña Juana se ruborizaron.

—Nunca pondré en duda el mérito de vuestro esposo,—prosiguió el monarca;—pero la verdad es que, teniendo á su lado un modelo como vos, no es extraño que se inspire.

—Muchas gracias, señor.

—Bien os consta que la alabanza no es inmerecida. En fin, para demostraros hasta qué punto llegó mi admiración, sólo os diré que, á pesar de lo mucho que estimo el mérito de Velázquez, renunciaría á todos sus cuadros por obtener una sola mirada de los ojos de la dama que le sirvió de modelo para hacer su última creación.

La joven guardó silencio.

El rey no apartaba sus pupilas de aquella beldad.

—Decidme,—preguntó luégo,—¿es Velázquez tan buen esposo como excelente artista?

—¡Ah, señor, yo no tengo la más pequeña queja! Me quiere mucho, me considera, y en cuanto á mí...

—En cuanto á vos, le amáis con locura, ¿no es cierto?

—¿Cree vuestra majestad que sería posible hacer lo

contrario, tratándose de un hombre que tan buenas condiciones reune?

—Es verdad,—respondió el rey algo contrariado con la respuesta de la joven.—Sin embargo, muchas veces no son las buenas prendas de un marido las que más suelen cautivar á la esposa. ¡Ha habido tantos ejemplos que demuestran lo contrario!

—No lo dudo; pero bien sabe vuestra majestad que no hay regla sin excepción. Diego tiene cuantas buenas cualidades puedan agradar á una mujer. Es afable, es caballero, es generoso, y sobre todo es artista. Yo, desde muy niña, he delirado por el arte.

—¡Ojalá hubiese podido yo escalar su cumbre!

—¿Acaso vuestra majestad no es un predilecto de las musas?

—No tanto. Las idolatro, pero ellas no me conceden más que algunos de sus leves destellos.

—Eso es modestia.

—Y, decidme, ¿os consideráis dichosa viviendo entre estas montañas?

—Mucho.

—Verdad es que Velázquez os abandonará raras veces.

—Sin embargo, en ocasiones no puede prescindir de ir á la corte. Hoy mismo, sin ir más lejos, ha necesitado dejarme sola.

—¡Cómo! ¿Don Diego está en Madrid?

—Sí, señor. Esta mañana se ha marchado.

—¿Pero su ausencia será breve?

—Lo ignoro.

—¿Tal vez le habrán hecho ir para encargarle algún cuadro?

—Probablemente.

Pocos momentos después la esposa del pintor se levantó.

—¿Os vais?—preguntóla el rey.

—Ya es tarde.

Y doña Juana inclinóse delante de don Felipe.

Éste la siguió con los ojos.

—¡Es hermosísima!—exclamó.—Guzmán, yo necesito que me ame. ¿Has oído lo que acaba de decirme?

—Perfectamente. Esta noche permanecerá sola.

—Don Diego no debe venir, y poseo una llave que abre la puerta que conduce á sus habitaciones.

—¿Qué más puede apetecer vuestra majestad?

—Con efecto.

—Lo preciso es que no os suceda lo propio que con la de Santarem. Mejores condiciones que en lás que os hallasteis hace poco.

—Pero ten en cuenta que el infierno quiso que el padre de la duquesa se presentase cuando menos falta hacía. En fin, no hablemos de la de Santarem. Ahora lo único que me preocupa es conseguir el amor de la esposa de Velázquez, y me hallo en condiciones de lograr mi deseo.

Algo esquiva se ha presentado; pero ¿quién sabe? ¡Es tan difícil comprender á las mujeres no juzgándolas más que un momento!

—Es verdad,—respondió el conde-duque.

Y ambos se dirigieron al monasterio, entrando en

él cuando empezaban á advertirse las primeras tintas del crepúsculo.

Un instante después, el rey, seguido de Guzmán, dirigióse al comedor, donde aguardaba una opípara cena.

---

# CAPITULO CXXII

---

## LA LLAVE DE GENTILHOMBRE

El rey apenas habló una palabra durante la cena.

Hallábase muy preocupado con la hermosura de doña Juana.

El conde-duque no quiso interrumpirlo de su meditación.

Avanzó la noche.

El monasterio permanecía silencioso como una tumba.

El rey dirigióse á su estancia; dudaba sobre el partido que había de tomar.

Nada infunde tanto respeto á los hombres como la rectitud de una mujer, y el monarca había comprendido en las pocas palabras que cambió con la esposa de Velázquez que ésta amaba verdaderamente á su marido.

El rey meditó un momento.

Luégo calóse su sombrero, se ciñó la espada, y,

tomando de encima de una mesa la llave que el conde-duque le había entregado, internóse por una extensa galería.

Al final de ella encontró una estancia, cuya puerta daba paso á una escalera de caracol.

El rey bajó por ella.

Al final descubríase otra pequeña puerta, que era la que daba entrada á una de las habitaciones de Diego Velázquez.

Don Felipe vaciló un momento.

Muy atrevido era, en verdad, su propósito.

Aunque el artista se hallaba ausente, la fatalidad podría hacer que se presentase en aquellos momentos críticos, como hizo don César en el monte del Pardo.

Sin embargo, tanto era el deseo de don Felipe por contemplar á aquella beldad que le había inflamado de amores antes de conocerla, que puso su mano sobre el pestillo de la puerta, haciéndola girar.

La estancia estaba á oscuras.

El rey, caminando sobre la punta de los pies para hacer el menor ruido posible, extendió su mano para orientarse entre las sombras.

Halló una nueva puerta. Ésta conducía á un pasillo; al final de él advertíase el reflejo de una luz.

El rey se dirigió hacia aquel punto.

En la estancia alumbrada pudo descubrir á doña Juana, que ocupábase en su labor.

Estaba sola.

Don Felipe levantó la cortina que cubría la puerta y avanzó un paso.

Entonces la esposa del artista, al sentir el rumor que hizo el rey al entrar, levantó la cabeza, clavando sus ojos en él.

Las mejillas de doña Juana palidecieron. Quiso levantarse, pero la sorpresa que acababa de experimentar había sido tan ruda, que permaneció inmóvil como una estatua.

—No os asustéis, señora; comprendo que mi presencia debe extrañaros, pero os explicaré los móviles que me han inducido á venir á estas horas.

—Pero ¿por dónde ha entrado vuestra majestad, que ni la criada ni Juan han venido á avisarme?

—Precisamente eso era lo que yo quería evitar. No ignoro que todos los servidores son los que más dispuestos se hallan siempre á censurar la conducta de sus amos, y yo no quería de modo alguno perjudicaros en lo más mínimo.

—Luego ¿por dónde penetrasteis?

—Sabed que vuestras habitaciones comunican por una puerta secreta con las mías.

Y el rey, al decir esto, dejó sobre un sillón su sombrero y la llave que le había dado el conde-duque.

—Ignoraba esa circunstancia,—respondió doña Juana;—pero dígame vuestra majestad qué causa os ha obligado á venir á esta casa, cuando no ignoráis que Diego Velázquez está en la corte.

—Precisamente porqué no lo ignoro es por lo que he venido. Yo no necesito ahora ver á vuestro esposo, sino hablar con vos.

La joven hizo un movimiento de sorpresa.

—Sí,—prosiguió el rey,—ha llegado el instante de que os hable con franqueza. Ayer, cuando vi vuestro retrato, quedé prendado de tanta hermosura; y al conoceros personalmente, pude convencerme de que la mano de Velázquez no ha copiado fielmente la belleza del original, sin duda porque no puede el genio del artista transmitirla al lienzo. Esto no me sorprende: que nunca hubo colores en la paleta para copiar los refulgentes rayos del sol.

Doña Juana guardó silencio, no sabiendo qué responder á este cúmulo de galanterías.

—Sí, señora,—continuó el rey;—no puedo negaros que desde entonces he sentido en el fondo de mi alma impresiones que, si no eran desconocidas para mí, nunca llegaron á tener tanta intensidad. ¿Comprendéis ahora los motivos que me han impulsado á llegar hasta vos?

—No puedo comprenderlos,—respondió doña Juana,—puesto que se trata de una mujer casada con Diego Velázquez, á quien dais el nombre de amigo.

Algo desconcertado el rey con esta respuesta, dudó un instante en lo que debía decir.

—Es cierto,—dijo don Felipe,—Diego Velázquez era amigo mío, yo le consideraba como á ningún otro; pero no puedo negaros que, desde ayer, el afecto que por él sentía ha disminuído considerablemente.

—¿Por qué? ¿Acaso no es el mismo artista cuyas creaciones os han agradado siempre? ¿Acaso se apagó su genio?

—No, Juana,—respondió el rey,—pero Diego Ve-

lázquez es vuestro esposo, y al serlo despierta en mi corazón los más profundos celos.

—¡Callad!—dijo la joven;—yo os ruego que no me dirijáis esas frases estando sola. Cuando vuelva mi esposo tendré sumo honor en recibiros.

—¿Y ahora no?

—Ahora no, don Felipe. Vos tenéis una esposa dignísima. Yo poseo un marido que me hace feliz. La pasión que me habéis pintado no puede ser más que un capricho pasajero que indudablemente ha de desvanecerse en seguida.

—No lo creáis,—respondió el rey.

En aquel instante oyéronse rumores de pasos en la próxima estancia.

El rey y la esposa de Velázquez palidecieron.

—¿Quién se aproximará?—preguntó el monarca.

—Lo ignoro.

—Es imposible que sea vuestro marido, pues no creo que regrese tan pronto.

Juan el mulato levantó la cortina que cubría la puerta, apareciendo en el dintel.

—¿Llamabais, señora?—preguntó á doña Juana.

El rey le dirigió una mirada de enojo.

—Veo que me he engañado,—prosiguió el mulato, —y me retiro.

Y al decir esto, dejó caer de nuevo la cortina.

—¿Habrá creído verdaderamente ese hombre que le llamabais, ó su deseo sería buscar una excusa para presentarse aquí?—dijo el rey.

—Es posible,—respondióle la esposa del pintor.—

De todas maneras, yo os ruego que os alejéis. Vuestra presencia en esta casa me compromete. Ya habéis visto que el mulato sabe que estáis aquí.

—Pero no creo me haga traición después de haber sido quien propuso su libertad.

—Comprended que él ignora los móviles que os han conducido á esta casa. ¿Qué tendrá, pues, de extraño, que inconscientemente cometiera una indiscreción?

—Yo le advertiré...

—No, de ningún modo. ¿No comprende vuestra majestad que entonces él haría interpretaciones que no convienen? Yo os ruego que salgáis de aquí. Eso es lo más oportuno.

—Pero ¿cómo queréis que me aleje sin que me deis la más pequeña esperanza?

—Callad. ¿A qué hacer promesas que no había de cumplir?

—Tened en cuenta que nunca perdonaré el desdén con que me habéis tratado.

—Seréis injusto. Yo os aprecio como rey y como protector de mi esposo, pero nada más.

—Desde ahora os seguiré como la sombra al cuerpo.

—Haréis mal, pues no sólo no conseguiréis vuestro objeto, sino que es muy fácil que labréis mi eterna desventura.

El monarca se aproximó á la joven.

Su belleza le atraía como el imán al acero.

Doña Juana retrocedió.

—¿Qué intentáis hacer? Tened en cuenta que no estoy sola; pediré socorro y...

No pudo terminar la frase, porque oyéronse de nuevo rumores de pasos en la próxima habitación.

Las facciones de doña Juana se demudaron.

El rey llevó su diestra al pomo de la espada.

—¿Qué vais á hacer?—le preguntó la joven.—Yo os ruego que os ocultéis en la próxima habitación.

Don Felipe dudó un instante; pero advirtiendo cada vez más próximos los pasos del que llegaba, decidióse á complacer á la joven.

Juan el mulato, que, como hemos visto, no había querido abandonar al artista, aunque ya era libre, apareció en el dintel de la puerta.

—Vuestro esposo llega,—dijo dirigiéndose á la dama.

Don Felipe, que oyó este breve anuncio, sintió palpitar su corazón aceleradamente.

Un momento después, Diego Velázquez entraba en la estancia.

Al ver á su esposa abrió los brazos; pero advirtiendo la palidez marmórea que se extendía por sus mejillas, la preguntó:

—¿Estás enferma?

—No,—respondió la interpelada con acento balbuciente.

Velázquez observó en aquel momento el sombrero y la llave que el rey, en su precipitada fuga, había dejado sobre el sillón.

—¿Qué es esto?—preguntó.—¿A quién pertenecen esas prendas que yo no conozco?

Juana no supo qué responder.

Comprendiendo entonces el monarca que la turbación de la joven podía ocasionarle graves disgustos, presentóse en la estancia resueltamente, y tendiendo su diestra al artista, le dijo:

—Esa es la llave que, como gentilhombre que eres desde este momento, he querido traerte. Ignoraba tu ausencia, y por eso me permití venir á tus habitaciones esta noche.

Diego Velázquez quedó pensativo.

—¿Y por qué me otorga vuestra majestad ese señalado favor?

—¿Acaso el artista que supo trazar en el lienzo cuadros como el de *La rendición de Breda* y *Los borrachos* no es digno de esta pequeña demostración de mi afecto?

Velázquez estrechó entre sus manos la que el rey le ofrecía, y después de besarla respetuosamente, le dijo:

—Gracias, señor; que Dios bendiga al rey que tanto protege las artes.

—Ahora,—dijo el monarca,—voy á tener una exigencia de ti.

—Cuantas queráis. Bien sabe vuestra majestad que estoy á sus órdenes.

—Rubens me ha dicho que en Italia hay multitud de obras de arte que yo desconozco en absoluto. Desearía conocer algunas de ellas y ser su propietario. Como esto no es posible, pues en la Ciudad Eterna son tan amantes de las creaciones de sus artistas como pueda serlo yo de las de los que han nacido en este país, quisiera que tu pincel me hiciese algunas repro-

ducciones, que no desmerecerán, seguramente, de los originales, si es que no los superan. Vé, pues, á Roma. Varias veces me has expresado este deseo. Copia de sus museos aquello que tu buen gusto te indique, y además haz algo nuevo. No ignoro que ha de serte duro abandonar la patria, pero la patria del pintor es aquella donde reside la belleza y las grandes creaciones.

—Señor, os prometo que cumpliré vuestras órdenes. Dentro de pocos días saldré de España, y recorreré Italia estudiando en los grandes maestros.

El rey estrechó de nuevo la mano de Velázquez, é inclinándose con respeto delante de doña Juana, salió de la estancia.

Cuando el pintor y su esposa se quedaron solos, el primero dirigió una mirada interrogativa á doña Juana.

Ésta dudó un momento sobre el partido que debía tomar.

Si confesaba á su esposo los verdaderos móviles que habían inducido al monarca á visitar su casa, era exponerle, no sólo á graves disgustos, sino á que se indispusiera con el rey, que era su más decidido protector.

Doña Juana temía tambien la venganza de don Felipe, cuyo inmenso poder era indudable.

—¿Vas á partir á Roma?—preguntó á su esposo con ansiedad.

El pintor dirigióla una mirada severa y dijo:

—No lo sé.

La joven quedóse pensativa.

Aquella lacónica respuesta había sido dada con mucha sequedad, y Velázquez era generalmente muy cariñoso con su esposa.

Doña Juana guardó silencio.

Un momento después, el artista despidióse de ella, dirigiéndose á su estancia.

---

# CAPITULO CXXIII

### EL FANTASMA DE LOS CELOS

Ya habrán comprendido nuestros lectores que un hombre dotado de la inteligencia de Diego Velázquez no podía haberse convencido de la sinceridad del rey, ni mucho menos dar crédito á que los móviles que le habían inducido á ir á su casa fuesen llevarle la llave como atributo del cargo honorífico que le concedió.

Pero Velázquez poseía uno de esos temperamentos que raras veces pierden la tranquilidad aparentemente.

Quizás por esto mismo era más temible.

Amaba á su esposa.

Nunca había dudado de su fidelidad; pero al ver al monarca en una de sus habitaciones, no dudó un momento que era víctima de los torpes deseos del rey.

Don Diego hubiérase precipitado sobre éste, no deteniéndole su elevada estirpe ni la protección que le dispensaba; pero una de sus máximas era que el hombre no debe nunca tomar medidas enérgicas sin saber á lo que debe atenerse, adquiriendo seguridades de un hecho.

No quiso tampoco hacer á su esposa la más pequeña pregunta.

Sus planes eran otros.

Apenas penetró en su estancia sentóse en un sillón, y, apoyando la cabeza entre ambas manos, quedó profundamente pensativo.

—No cabe duda que el rey trata de arrebatarme mi tesoro,—exclamó.—Ahora lo que es preciso saber es si Juana corresponde á su afecto. Yo la creía muy virtuosa. ¡Pero son tan extrañas las mujeres! ¡Se precian tanto de todo aquello que halaga su vanidad, muchas veces aun á costa de la honra!

Lo cierto es que el rey se hallaba oculto en una de las habitaciones de mi casa. Si, como él dice, su objeto era ofrecerme la llave de gentilhombre, ¿por qué se ocultó al sentirme?

¡Ah! ¡todo esto es muy extraño! Por mejor decir, mi deshonra aparece clarísima ante mis ojos. Indagaré, sin embargo, y si mis temores se convierten en realidades, entonces, ya que no pueda atentar á la persona del rey por escudarle su grandeza, Juana recibirá el castigo que merece. Yo la amo. Pero ¿acaso este amor no brotó en mi pecho al suponer que yo era el único que imperaba en su corazón? Si no es así, ¿para qué he de postrarme ante un ídolo de barro?

Velázquez oprimióse la frente con ambas manos.

Luégo abandonó el asiento.

Acababa de sentirse asaltado por una idea luminosa.

—Si yo la interrogo á ella y es culpable, no ha de

confesar su delito; pero el rey ha tenido necesariamente que entrar por la puerta y Juan lo habrá visto. Para él no pasa desapercibido ningún detalle.

Don Diego agitó la campanilla.

Un instante después presentóse el mulato.

—Acércate, Juan,—dijo el artista;—cierra esa puerta y siéntate á mi lado.

—Señor...

—No dudes en hacerlo. Recuerda que desde ayer ya no eres mi esclavo, sino mi amigo.

Los ojos del mulato se humedecieron, y después de dirigir á Velázquez una mirada de gratitud, hizo lo que acababa de ordenarle.

—Oye, Juan,—prosiguió el pintor;—muchas veces te he oído quejarte de la rudeza de tu antiguo amo.

—Con efecto, señor. El almirante era bueno, tenía excelentes sentimientos; pero cuando el vendaval azotaba las velas de su buque...

—El solía azotar tu espalda con un obenque, ¿no es verdad?

El mulato inclinó los ojos al suelo.

Aquel recuerdo hería su amor propio.

—¡Te hago esta pregunta para que me digas si has encontrado alguna diferencia entre sus bruscas insinuaciones y mis cariñosas advertencias!

—¡No he de encontrarla, señor! El almirante no era malo, pero vos... vos sois un ángel.

—No quiero que me encumbres tanto. Sé que tengo mis defectos, como los tienen todos los hombres; pero no me olvido de aquella sublime prescripción que



aconseja amar al prójimo como á nosotros mismos. Yo no sólo he procurado tratarte como te mereces, sino que siempre te tuve afecto. Tal vez presentía que habías de llegar á ser un artista. Esto es, que recibirías esos mágicos destellos que Dios nos manda desde su trono. Te hiciste pintor, y tus creaciones han brotado tan espontáneas como las amapolas, que crecen entre el trigo sin que las siembre más que la mano de la naturaleza. No me negarás, sin embargo, que quizá no hubiese pasado por tu mente la idea de poner los pinceles sobre el lienzo, á no haber visto que mis discípulos y yo lo hacíamos.

—Es verdad.

—La crisálida no se trasformaría en mariposa si no recibiese durante su sueño los vivificadores rayos del sol primaveral. Esto no disminuye tu mérito. Seguramente que no habrá habido ningún otro pintor en los anales del arte plástico que llegue á tu altura sin haber recibido esos preliminares rudimentarios que sirven de base á todas las artes y todas las ciencias. Ahora, vamos al punto esencial que me ha decidido á llamarte á mi habitación. Creo que yo soy digno de que correspondas á los favores que te hice desde que estás á mi lado, y la ocasión no puede ser más propicia para que me los devuelvas con creces.

—¡Ah, señor!—dijo el mulato,—muy poco valgo, nada soy; pero si me pidieseis la sangre que por mis venas circula, no vacilaría en daros hasta la última gota.

—Ya lo sé, pobre Juan. Hay algo en el lenguaje de

la sinceridad que no se equivoca. Yo sé que eres bueno. El oro resplandece entre las arenas del río, de igual manera que las buenas cualidades del hombre también se descubren en el rostro. El tuyo es más oscuro que el de mi raza, pero ¿qué importa? ¿Acaso la noche no tiene su grandeza como la del imperio de la luz? Yo quiero que me digas cuanto ha pasado esta noche en esta casa.

Juan palideció.

Hasta entonces no había comprendido cuál era el objeto de Velázquez al llamarle á su estancia.

El mulato guardó silencio.

A pesar del llamamiento que á su franqueza hacían, no se le ocultaban las graves consecuencias que á su señor pudiera acarrearle diciendo la verdad.

—Habla, Juan. ¿Por qué dudas? No te parece natural que trate de saber lo que ha pasado durante mi ausencia? No puedo negarte que me ha sorprendido encontrar al monarca en esta casa y que un volcán de celos ha estallado en mi corazón. ¿A qué hora vino el rey? ¿Le abriste tú la puerta?

—Señor,—respondió el mulato con acento indeciso,—yo no abrí la puerta. ¿Cómo queríais que lo hiciese durante vuestra ausencia, aunque se tratase del mismo monarca?

—Quizás la criada...

—Tampoco.

—Entonces, ¿cómo pudo entrar don Felipe? No creo que lo haya hecho por las ventanas, como los criminales.

—Muy delicado es responder á las preguntas que me hacéis; pero ya que me interrogáis, la conciencia no cesaría de remorderme si no os dijera cuanto sé.

—Eso es lo que deseo.

—Antes lo habéis dicho. Cuanto soy y cuanto valgo os lo debo á vos; habéis sido más que mi padre, pues si bien es verdad que éste me otorgó la vida, vos, señor, se la disteis á mi inteligencia. El rey ha entrado por una puerta secreta que hay en una de vuestras habitaciones.

Las mejillas de Velázquez se pusieron lívidas.

—Os explicaré cómo he podido saberlo,—continuó el mulato.—Esta noche me hallaba en vuestro estudio, admirando, como siempre, vuestras creaciones. De pronto oí rechinar una llave al girar en la cerradura. Aquel rumor había resonado en el aposento próximo. Aproximé los ojos á la mampara del estudio, y vi al rey. En el muro había una puerta. Jamás había podido observarla. Verdad es que está perfectamente disimulada, y aun teniendo conocimiento de ello es casi imposible advertirlo. Yo permanecí inmóvil.

—¿El rey iba solo?

—Completamente. Luégo aventuróse por un pasillo. Su cauteloso paso y la agitación que en sus facciones se notaba me revelaron desde luégo que algo extraño le sucedía. Señor, bien os consta que nunca he sido curioso, pero sentí impulsos de seguirle.

—¿Y lo hiciste?

—Yo sabía las condiciones del carácter del rey, que

se apasiona hasta de las esposas de sus mejores amigos; vos estabais ausente, y quise defender vuestra honra. El rey penetró en la estancia en que se hallaba doña Juana. Sus palabras llegaban confusamente hasta mí, pero lo que desde luégo puedo aseguraros es que vuestra esposa le trató con la mayor altivez.

—Juan, dime la verdad. No me hagas la más pequeña ocultación.

—¡No permita el cielo que goce de los beneficios de la libertad que me habéis concedido si mis palabras no son ciertas!

—¿De manera que el rey trata de arrebatarme la joya que más estimo?

—Señor, yo, á fin de que no importunase á doña Juana con súplicas que tenía la certeza que habían de ser inútiles, me presenté en la habitación pretextando que había creído oir el llamamiento de la señora. Luégo llegasteis, y para evitar vuestra perdición, que era segura, pues ibais á tener por adversario á un hombre quizá menos valeroso que vos, pero que es el rey de Castilla, anuncié vuestra presencia en la casa. Esto es cuanto ha pasado.

—Bien, Juan; mucha confianza me inspirabas, pero desde este momento el aprecio que te profeso es mucho mayor.

Un instante después, el mulato, habiendo procurado tranquilizar á don Diego, salió de la estancia.

Velázquez midió la habitación á grandes pasos.

Estaba bajo los efectos de una gran excitación nerviosa.

Tuvo impulsos de salir de sus habitaciones y dirigirse á la cámara del rey, pero desechó aquella idea.

—No,—se dijo;—satisface mucho más sorprender al criminal cuando se dispone á cometer sus iniquidades. Yo observaré.

No dudo que sean ciertas las palabras de Juan; pero ¿quién sabe si, por no hacer pedazos mi corazón, no ha querido decirme que mi esposa corresponde al monarca? ¡Esto sería horrible!

¡Y ese rey, que tantas veces me ha dado la mano de amigo, es quien trata de robarme mi ventura!

¡Por eso contemplaba ayer con tanta insistencia el retrato de Juana! ¡Necio de mí, que creía que sus elogios eran al artista!

Así se desvanecen todas las ilusiones en este mundo.

No puedo dudar que Juana me es infiel. ¿Cómo se comprendería de otro modo que no me hubiese dicho cuanto ha pasado? He tenido que saberlo por boca del mulato.

¡Y aún me ofrece el monarca la llave de gentilhombre! ¡Esa llave es la que abre la puerta que da entrada á mi desventura y mi deshonra! Yo observaré. Y si mis temores se convierten en realidades, si ella corresponde á la impura pasion que la ofrecen, entonces mi venganza será inaudita.

Velázquez tomó la lámpara que ardía sobre la mesa y dirigióse hacia la habitación en que Juan le dijo que se hallaba la puerta secreta por donde penetró el rey.

No había olvidado tomar la llave que halló en la es-

tancia en que se encontraba don Felipe con su esposa.

Velázquez examinó escrupulosamente las paredes.

De pronto una exclamación de alegría se escapó de sus labios.

Acababa de descubrir el pequeño intersticio de la cerradura.

Don Diego abrió la puerta.

Esta daba paso á un largo corredor por el cual se aventuró el artista.

Al final de éste encontró una habitacion que le era sumamente conocida por haber estado en ella muchas veces conferenciando con el monarca.

—Ya no puedo dudar que cuanto me ha dicho Juan era cierto.

Y en los labios de Velázquez se dibujó una amarga sonrisa.

Inmediatamente dirigióse de nuevo á su estancia.

Había pensado emplear una estratagema para comprender si aquella puerta se abría de nuevo.

Don Diego adhirió un pequeño papel entre la mampara y el muro.

De este modo, si lo encontraba roto, era señal de que la puerta había girado.

Desde aquel momento se dispuso á observar, no comprendiendo que los resultados de esta observación habían de ser poco satisfactorios, pues el rey tenía excelentes espías, que, vigilando hasta los menores movimientos del pintor, advertíanle cuando aquél se hallaba en casa.

Así trascurrieron algunos días.

Una noche en que Velázquez no pudo por menos de abandonar el monasterio por exigírselo perentorias ocupaciones, al volver á su casa y examinar, como de costumbre, la puerta secreta, comprendió desde luégo que ésta habíase abierto.

Con efecto, el rey había hecho una segunda tentativa para conseguir el amor de doña Juana, como verán nuestros lectores en el siguiente capítulo.

---

# CAPITULO CXXIV

---

Á SECRETO AGRAVIO, SECRETA VENGANZA

La esposa de Velázquez, aunque éste la trató con cierta sequedad la noche en que la hemos visto junto al monarca, observando que el pintor no le había hecho la más mínima pregunta respecto á los móviles que habían inducido á don Felipe á visitarla durante su ausencia, creyó firmemente que no había pasado por su imaginación la menor sombra de duda.

Doña Juana, á fin de evitar una nueva entrevista con el rey, suprimió los paseos que daba por la huerta del monasterio, pasándose los días en su habitación.

No ignoraba que ni aun en ésta podía considerarse segura, pero con frecuencia se decía:

—No creo que su majestad, después de conocer mi oposición á que venga aquí, y habiendo visto lo que ocurrió la noche anterior, vuelva á esta casa.

Estas reflexiones se hacía doña Juana cuando en el dintel de la puerta apareció Felipe IV.

La esposa del artista exhaló un grito de sorpresa; el rey se aproximó, imponiéndola silencio.

—Pero ¿os habéis propuesto hacerme desventurada para siempre? ¿No comprendéis que Velázquez puede venir de un momento á otro, y entonces no encontraréis medios para justificar vuestra presencia en esta casa?

—No, Juana, no vendrá; y caso de que así fuese, he encargado á varias personas que me avisasen con tiempo.

—Y aunque no venga. Yo no puedo consentir de ningún modo... ¡Ah, don Felipe, vais á obligarme á que le diga á mi marido cuanto sucede!

—Haríais mal.

—¿Acaso no es este mi deber?

—Juana, desde la tarde que tuve el gusto de conversar con vos un momento en la huerta del monasterio, no ha pasado un solo día sin que vuelva á aquel sitio. Vos no habéis vuelto á él, cuando acostumbrabais á dar por la huerta vuestros cotidianos paseos. Es indudable que tratáis de huir de mí, y esto me desespera y acrecienta mi deseo. Además, no puedo negaros que estaba inquieto. Aunque la última noche que os vi vuestro esposo pareció quedarse satisfecho con mis explicaciones, no supe si su calma era verdadera ó ficticia.

—Pues si eso tan sólo os preocupaba, sepa vuestra majestad que mi marido no ha vuelto á hablarme de aquel incidente. Esta conducta me demuestra que no ha sospechado de vos. Por lo tanto, vuestra ligereza no

tuvo consecuencia alguna. Partid, pues, y no os expongáis á que otra vez no suceda lo propio.

El monarca insistió de nuevo, procurando que la esposa del artista le otorgase su amor, pero doña Juana no dudó en hacerle comprender que sus ruegos serían completamente inútiles.

Entonces don Felipe salió de nuevo de la casa del pintor, decidido á emplear otros medios para conseguir la realización de sus deseos.

---

Media hora después de haber salido el monarca por la puerta secreta que conducía á sus habitaciones, Diego Velázquez, que estaba intranquilo y prolongaba poco sus ausencias, entró en la estancia de su esposa.

Las facciones de ésta estaban demudadas.

Desde luégo comprendió que sus labios tenían que hacer un esfuerzo para sonreir.

El artista tuvo una horrible sospecha, y dirigióse al aposento por donde entraba el rey.

Después de reconocer la puerta secreta, una exclamación se escapó de sus labios.

—¡No puedo dudar!—se dijo con mal concentrada cólera.—La señal que puse ha desaparecido. El monarca ha entrado en esta casa.

Velázquez llamó de nuevo al mulato, preguntándole lo que había sucedido, pero Juan no pudo responderle.

Aquel día no se había apercibido de nada.

Entonces el pintor quedóse reflexivo.

Cuando estuvo solo se dejó caer sobre un sillón.

—¡Basta de sufrir!—se dijo.—Ya no puedo dudar que Juana me es infiel. Es preciso que me vengue de ella.¡Ah, la amo tanto, que no tendría valor para sepul-tar un puñal en su pecho! El arma se escaparía de mi diestra antes de dar el golpe fatal. Pero es necesario que muera. ¡El monarca quiere que parta á Roma! Yo partiré. Mañana mismo dejaré á España quizás para siempre, ya que en mi ingrata patria he encontrado como premio de mis trabajos la más horrible de las deshonras. Iré á la Ciudad Eterna, pero no imagine el rey que entonces podrá aprovecharse de mi ausencia. Juana quedará aquí, pero en la tumba. La daré un tósigo. Esto es lo que merece su liviandad. Quiero tomar por ejemplo lo que hace el protagonista del último drama de don Pedro Calderón, estrenado hace pocas noches, *Á secreto agravio, secreta venganza;* esto es, herir de la propia manera que á uno le hieren.

Velázquez aquella noche no pudo conciliar el sueño.

Los pensamientos más horribles cruzaron por su imaginación.

La lava de los celos es más abrasadora que la que brota del volcán.

Al siguiente día recomendó al mulato que no se apartase de su esposa un solo momento.

—¿Vais á salir?—preguntó Juan con extrañeza.

—Sí, necesito ir á la corte.

Estas palabras, que nada tenían de particular ha-

biéndose pronunciado con acento tranquilo, llamaron desde luégo la atención del discípulo de Velázquez que, como ningún otro, sabía el estado en que se hallaba el espíritu del pintor.

Don Diego montó á caballo emprendiendo el camino que conducía á Madrid.

Una vez en él, dirigióse á la casa de un íntimo amigo suyo, joven doctor, que era entusiasta de las creaciones del artista.

Velázquez había observado muchas veces que el galeno tenía en un estante de su habitación multitud de frascos perfectamente rotulados.

Muchos de ellos contenían sustancias nocivas.

Don Diego, mientras su amigo terminaba una epístola, estuvo leyendo los rótulos.

Sus ojos resplandecieron de alegría al descubrir el que deseaba.

Volvió la cabeza para ver si su amigo observaba sus acciones, y cuando se convenció de lo contrario, guardóse el pomo fatal.

Velázquez permaneció algunos momentos más en aquella casa, hablando de generalidades.

Luégo despidióse del médico, saliendo de la estancia.

Un momento después emprendió de nuevo el camino del Escorial.

Advertíanse en el cielo las vagas tintas del crepúsculo, cuando llegó al monasterio.

Nunca habíale parecido más tétrico aquel edificio.

Su imaginación, predispuesta á la tristeza, hacíale creer que aquella enorme y severa masa de granito era la tumba de un gigante.

El sol se había ocultado tras las montañas.

En las ventanas de las habitaciones del rey se advertían los reflejos de una lámpara encendida.

Don Diego lanzó un profundo suspiro, y dirigió hacia aquel sitio una mirada de odio.

—¡Cuán dichoso hubiera sido si ese hombre, abusando de su grandeza, no se hubiese interpuesto en mi sendero!

Velázquez penetró en su casa.

El mulato no apartaba de él los ojos desde que le vió llegar.

Parecía que participaba de la angustia devoradora que el pintor sentía en su pecho.

Sin embargo, no quiso hacerle la menor pregunta ni dirigirle el más pequeño consuelo.

El no ignoraba que, cuando el alma sufre, no bastan paliativos para sacarla de su postración.

—¿Qué hora es?—le preguntó Velázquez.

—Señor, hace un momento que han sonado las seis.

—¿Está la cena?

—Dispuesta á servirse.

—Perfectamente.

El artista dirigióse al comedor.

La mesa estaba cubierta por un blanco mantel.

En ella había dos cubiertos, uno para Velázquez y el otro para su esposa.

El pintor sacó de su bolsillo el pequeño pomo que acababa de tomar del estante de su amigo.

Volvió á leer el rótulo, y una amarga sonrisa se dibujó en sus labios contraídos por el dolor.

Luégo, destapando el frasco, vertió unas gotas en la copa destinada al uso de doña Juana.

Llenóla después de vino, y salió de la habitación dirigiéndose á la de su esposa.

Esta le presentó su rosada mejilla.

—Ignoraba que hubieses regresado de la corte,—le dijo.

—Acabo de llegar. Ahora, esposa mía, apóyate en mi brazo y vamos al comedor. El viaje ha estimulado mi apetito.

—Vamos, pues.

Juana colocó su alabastrina mano en el brazo del artista.

Las facciones de éste acusaban en aquel momento la mayor impasibilidad.

Sin embargo, en su alma advertíase todo un infierno.

Momento hubo en que vaciló en poner en práctica su venganza.

¡Era Juana tan hermosa!

¡Había tanta dulzura en sus ojos!

No obstante, Velázquez recordó las ofensas que, en concepto suyo, había recibido de aquella encantadora mujer, y se sentó á la mesa, invitando á Juana para que hiciese lo propio.

# CAPITULO CXXV

DONDE UN ARTISTA EVITA UNA VENGANZA INJUSTA.

Cuando ambos estuvieron sentados á la mesa, hallándose el uno enfrente del otro, Velázquez dirigió una mirada á su esposa.

—Juana,—le dijo,—mañana mismo al rayar el día debo separarme de ti. Ya sabes que el monarca desea que vaya á Roma, y yo no puedo excusarme de complacer á mi protector. Por lo tanto, es necesario que esta noche procuremos pasarla lo más agradablemente posible, á fin de que conservemos un eterno recuerdo de ella.

—Pero dime, Diego, ¿tu ausencia se prolongará mucho?

—¡Sábelo Dios! Como comprendes, esto no depende de mí. Yo no quisiera alejarme de la corte, aunque no fuese más que por permanecer á tu lado.

—Si tanto lo deseas, ¿por qué no accediste á mis ruegos, permitiéndome que te acompañase?

—No, Juana. El viaje es largo y molesto para una señora.

—¿Qué molestias no sufriría yo con gusto al ser recompensadas con la alegría de permanecer á tu lado?

Aquella cariñosa respuesta aumentó la indignación que Velázquez sentía.

Hizo, no obstante, un esfuerzo para dominarla, y prosiguió:

—No, tú debes permanecer aquí. Si hubieses pertenecido al número de mujeres que no inspiran á sus maridos una absoluta confianza, ya la cosa cambiaba de aspecto; pero yo sé que eres incapaz de faltarme en lo más mínimo.

—¡Ah, Diego, bien puedes asegurarlo!

—No lo dudo, y por esta sola razón me he decidido á ausentarme de la corte, dispuesto á complacer los deseos del monarca. ¿No te parece que hago bien?

—Diego, no soy yo quien puedo darte un consejo, que, después de todo, había de ser en contra de mi voluntad.

—Toma, pues, tu copa, como tomo la mía, y bebamos después de juntar sus bordes para que el cielo permita que pronto nos veamos de nuevo reunidos.

Juana cogió la copa, y, después de brindar por la salud y prosperidad del artista, la llevó á sus labios de carmín.

Velázquez sintió que su corazón palpitaba aceleradamente.

Ya no había remedio.

Pasado algún tiempo, aquel tesoro de hermosura no sería más que un frío cadáver.

Los ojos de Juana estaban fijos en los de su marido, y una inefable sonrisa vagaba en su boca, mostrando sus dientes más blancos y bellos que las perlas de Basora.

Un criado se presentó y colocó el primer manjar sobre la mesa.

Juana sirvió á su esposo.

—¿Qué tienes?—preguntóle después;—parece que estás inquieto, aunque te esfuerzas por sonreir. ¿Acaso es que vas á emprender tu viaje en contra de tus deseos? Si es así, y también te consta que con tu partida has de disgustarme, ¿por qué no permaneces en la corte? Tengo la seguridad que el rey no había de enojarse por eso contigo. En Roma hay hermosos modelos; allí, como dices muy bien, se respira una atmósfera saturada de arte; pero ¿acaso tú lo necesitas? ¿No han llegado tus pinceles a recibir los destellos del mismo Dios? Yo creo que es imposible que avances más. Llega un momento en que el artista tiene que detenerse, porque de otro modo sería lo mismo que el Creador del mundo. Las aves más altivas no pueden levantar su vuelo más que á ciertas y determinadas alturas. Tú no necesitas ir á Roma. En todas partes has de hallar inspiración para tu pincel. Quédate, pues, aquí, y si consideras que esto ya no es posible por los compromisos que has adquirido, al menos llévame á tu lado. No te preocupen las molestias del viaje. Yo al unirme á ti ignoraba cuál iba á ser la

suerte que te depararía el destino. ¿Quién puede leer en las misteriosas páginas del porvenir?

Velázquez dirigió á Juana una mirada llena de sorpresa.

—¡Cualquiera diría,—pensó,—que sus palabras son sinceras y que su deseo es acompañarme! ¡Ah, Dios mío! cómo en tu omnímodo poder no has hecho que la liviandad de las mujeres no pueda disfrazarse de este modo...

Luégo, dirigiéndose á su esposa, la dijo:

—No, Juana, la causa de mi preocupación no estriba en lo que supones. No te negaré que estoy preocupado, pero es por otras cosas.

—Dímelas, pues. ¿Acaso no debo saberlas?

—Son puerilidades que te harían reir.

—¡Quién no las tiene á veces!

—Noches pasadas he visto una nueva obra debida á la inspiración de uno de nuestros más esclarecidos genios. Llámase *Á secreto agravio, secreta venganza*. ¡No puedes imaginarte cuán hermosa es! ¡Qué fluidez de versificación! ¡Qué situaciones tan culminantes! ¡Qué interés desde que empieza hasta que termina! En fin, bástete saber que es de don Pedro Calderón. *Á secreto agravio, secreta venganza* será una de las obras que más inmortalicen su nombre. Luégo la Calderona, esa hermosa comedianta, que, según afirman, es amada del rey, estuvo inimitable en su papel. Figúrate que la trama de la obra consiste en un marido celoso que adora á la mujer que le juró fidelidad y que le engaña.

—¡Ella! ¡Qué horror!—dijo Juana;—¡parece impo-

sible que desgraciadamente eso suceda algunas veces en el mundo!

—¿Verdad que sí, esposa mía?—preguntó Velázquez con acento trémulo.—Y, sin embargo, esas creaciones de la imaginación de un poeta no son más que fieles pinturas de lo que ocurre con frecuencia.

El esposo,—prosiguió el artista,—logra averiguar la traición de la dama, y entonces se decide á vengarse. Pero quiere que su venganza sea tan secreta como el agravio que ha recibido. La conduce á la mesa con la misma solicitud que hoy he hecho yo contigo, que eres el símbolo de la castidad y de la virtud, y escancia en su copa el rojo néctar que está combinado con un veneno. ¿Qué te parece esta situación? El público no se atrevía á moverse. El poeta había conseguido abstraerlo en absoluto.

—¿Y ella bebe?

—Ella bebe con la tranquilidad que acabas tú de hacerlo. Está perfectamente justificado, pues ignora en absoluto que en el fondo de la copa reside la muerte. ¿No es verdad que el castigo impuesto por el esposo burlado es justísimo?

—Sin duda alguna.

—¿Luego crees que todo el hombre que se encontrase en circunstancias análogas debería apelar á ese extremo? Pues bien, basta de ficciones, Juana, y sabe que yo, siguiendo el ejemplo del infeliz marido que sabe las perfidias de su esposa, he hecho exactamente lo propio que el protagonista del drama de don Pedro Calderón.

Doña Juana clavó los ojos en Velázquez.

No podía dar crédito á lo que acababa de oir.

—¿Qué dices?—le preguntó.

—Yo sabía que el rey ha estado en esta casa aprovechando los momentos en que me hallaba fuera de ella, y en este instante un tósigo corroe tus entrañas.

Juana lanzó un grito desgarrador.

Púsose en pie, pero le faltaron las fuerzas y cayó de nuevo sobre el asiento que ocupaba un momento antes.

En aquel instante, el mulato presentóse en el dintel de la puerta anunciando que el rey se aproximaba.

—¡Á tiempo llega!—exclamó el artista;—así presenciará la muerte de la mujer perjura.

---

El monarca penetró en la estancia.

Velázquez se cruzó de brazos, clavando sus ojos en don Felipe.

Sus pupilas despedían rayos de odio.

El rey se detuvo.

Había comprendido que algo grave ocurría.

No pudo suponer, sin embargo, la importancia del suceso.

Al ver á doña Juana desmayada, sus mejillas palidecieron.

—¿Qué es esto, don Diego?—preguntó después de un instante.

—Señor,—respondió el artista,—llegáis á esta casa

con verdadera oportunidad. Mañana, al rayar el día, saldré de la corte, cumpliendo de este modo vuestros deseos. Pero sabed que vuestros vasallos no son tan ilusos que no comprendan los móviles que á veces os inducen á aconsejarles que partan á Roma, á fin de aprovecharse de su ausencia.

El monarca inclinó los ojos al suelo.

Aquellas palabras le desconcertaron.

Balbuceó algunas frases inteligibles, pero el artista le interrumpió:

—Muchos favores debo á vuestra majestad, ó, por mejor decir, muchos creía deberle. Ahora que conozco los móviles que le inducían á protegerme, debéis dar gracias á que sois el rey y os halláis en una de las habitaciones de vuestro palacio.

—Pero explicadme...

—No, vuestra majestad no necesita que le explique lo que sabe demasiado desde hace mucho tiempo. Sólo debo deciros que Diego Velázquez parte para siempre de España, ya no por cumplir las órdenes del rey, sino porque me ahoga la atmósfera que aquí se respira. Aprovechad, pues, esa puerta secreta, origen de mi deshonra, para que otro esposo caiga en las redes, y podáis escupirle en el rostro para que todos conozcan su deshonra.

—Pero ¿qué decís, don Diego?

—¿Vais á alegar todavía que no comprendéis mis palabras? ¡Ah, no lo hagáis! Eso me conduciría á la locura! Sois el monarca, pero llevo una espada al cinto y haríais que olvidase mis deberes. Vos amáis á mi es-

posa. Es decir, no puede darse el nombre de amor á un torpe deseo. Yo me marcho á Roma, y lo único que os suplico es que salgáis de aquí. No quiero que llegue un instante en que los celos embarguen mi razón.

—Pues bien, Velázquez, no puedo negarte que la hermosura de Juana ha despertado en mi alma una profunda pasión. Tampoco te ocultaré que, abusando de tu confianza y de tu amistad, he penetrado en tu casa durante tu ausencia. Soy digno de que me desprecies, pues á esto se expone el monarca que obra como yo lo he hecho con el más generoso y bueno de sus vasallos. Debo advertirte, sin embargo, una cosa. Yo no he recibido más que desprecios de Juana.

—¿Qué habéis de decir? Habréis podido obrar conmigo como mal caballero, pero lo seríais mucho más si no trataseis de justificar á mis ojos la conducta de esa mujer.

—No lo creas. No es ese mi objeto. Yo te juro...

—Basta, señor, basta, salid.

En aquel instante doña Juana abrió los ojos, y al ver al monarca hizo un movimiento de sorpresa.

Luégo, diririgiéndose al artista:

—Diego,—le dijo con voz trémula,—no me importa morir, pero sí dejar este mundo mientras dudes de mi honradez.

—¿Y cómo no he de dudar?

—No, no dudes. Yo no cifraba mi ventura más que en tu amor. Si no quise decirte que el rey había estado en esta casa durante tu ausencia, fué tan sólo por

evitar que las cosas tomaran proporciones que podían ser funestísimas para ti. Nada más que por eso. Presente se encuentra su majestad y podrá decírtelo. ¿He correspondido á los amores que me ofrecíais?

—Nunca.

—¿No escuché siempre vuestras palabras con el más profundo desdén?

—Es cierto. Sería un mal caballero si asegurase otra cosa.

—No, no os creo,—respondió Velázquez;—el tósigo que ahora circula por tus venas es el único que puede purificar tus crímenes.

—¡Un tósigo!—exclamó el rey.—¿Luego Juana está envenenada?

—Sí. ¿Creíais que había de partir á Roma dejándola en vuestro poder?

—Pronto, un médico. Haced que inmediatamente llamen á mi médico de cámara.

—¿Para qué?—preguntó el artista.

—Para que la salve.

—Es tarde. Muchas veces he oído decir á un amigo mío, que es doctor, que no se conoce el antídoto del tósigo que ha tomado.

—¡Pero esto es horrible!

—¿Y no os lo parece también haber sembrado en mi casa con vuestra torpe conducta las raíces de la deshonra?

—Pero, insensato, ¿no comprendes el lenguaje de la verdad? ¿No ves que creyendo hacer justicia vas á cometer el más espantoso de los crímenes?

Juana, cuya frente estaba inundada de un sudor frío, hizo un esfuerzo y se aproximó á Velázquez.

—Diego, si crees en las palabras de un moribundo, no dudes de mí.

Aquellas frases fueron dichas con tal expresión, que el artista quedóse pensativo.

—¡Ah!—se dijo,—no es posible; Dios no podía haber permitido que te diera ese tósigo siendo inocente. Sin embargo, tus palabras parecen sinceras. Tus ojos no se inclinan al suelo al fijarse en los míos. ¿Habré sido víctima de un error?

—No lo dudes, Diego; yo te amo.

Eran tan solemnes aquellos instantes, que el artista ya no pudo dudar de la inocencia de su esposa. La estrechó con efusión entre sus brazos; y luégo, desprendiéndose de los de Juana, dirigió al rey una amenazadora mirada, diciendo:

—Este hombre ha tenido la culpa de todo; sobre él debe caer el peso de mi venganza.

Y Velázquez llevóse la diestra al pomo de la espada.

—¿Qué vas á hacer, desventurado?—preguntó la esposa del artista tratando de contenerle.—¿Olvidas que es el monarca, y que quien atenta á su vida pierde la suya?

—¿Y para qué quiero vivir?

En aquel instante, Juan el mulato penetró en la estancia.

Velázquez sostenía entre sus brazos á su esposa.

—¡Ah, esposa mía, quién podrá salvarte!

—Yo,—respondió con acento firme el esclavo libertado.

Velázquez y el rey dirigieron sus ojos hacia Juan con verdadera ansiedad.

—¡Tú!—preguntó el primero;—¿acaso conoces el antídoto del tósigo que la he dado?

—Ella no lo ha bebido.

—¡Qué dices! Yo mismo lo eché en la copa que la he visto llevarse á los labios.

—Sí, señor; pero yo, que observé oculto detrás de las cortinas de esa puerta lo que hacíais, y no ignoraba el estado en que se hallaba vuestra razón, cuando fuisteis en busca de doña Juana para que os acompañase á la mesa, sustituí por otra la copa que contenía el veneno.

Velázquez sintió que las lágrimas afluían á sus ojos, y precipitóse en los brazos del mulato exclamando con explosión:

—¡Ah! gracias, amigo mío; si yo te concedí la libertad por tus muchos méritos, en cambio acabas de salvar á mi querida esposa de una muerte segura.

El rey, comprendiendo que en aquella estancia no hacía un buen papel, despidióse de don Diego y salió.

—Mañana mismo partimos para Roma, esposa mía, —dijo Velázquez;—y tú, Juan, nos acompañarás también. Allí has de adelantar mucho, llegando á ser uno de nuestros más hábiles pintores.

El mulato besó las manos del artista.

Al siguiente día, un carruaje de camino aguardaba junto á una de las puertas del monasterio.

Subieron á él Diego Velázquez, su esposa y Juan.

Las predicciones del primero respecto al mulato se cumplieron.

Juan Pareja fué uno de los pintores cuyos cuadros se admiran hoy en todos los museos del mundo.

---

# CAPITULO CXXVI

---

DONDE UN NOBLE CELOSO JURA VENGARSE DEL REY

Volvamos á don César y su hija la duquesa de Santarem, á quienes hemos dejado regresando del Pardo con dirección á su casa.

Don Fernando de Lara, cuando llegó á su morada, sorprendióse mucho de no hallar en ella á su esposa, á quien creía indispuesta.

Afectado, como se hallaba, con los sucesos últimamente ocurridos, empezó á temer que algo grave hubiese pasado, y se disponía á salir de su casa, cuando la duquesa y don César llegaron á ella.

Doña María se arrojó en los brazos de su marido.

Este, al observar lo demudadas que estaban sus facciones, la rechazó dulcemente, preguntándola:

—¿De dónde vienes?

Entonces don César, antes que su hija respondiese, se aproximó á don Fernando y le dijo:

—A nadie corresponde decir lo que ha pasado más que á mí.

—Hablad, pues, don César. María, antes de salir yo de casa, me aseguró que estaba indispuesta, y al regresar me ha dicho una de sus doncellas que había salido.

—Tal vez habrás hecho interpretaciones torcidas respecto á una cosa que en realidad nada tiene de extraño,—dijo don César.—Ante todo voy á hacerte una pregunta: ¿extrañarías que María hubiese dado este paso si los móviles que á ello la guiaban eran los de hallar á su hijo?

—Seguramente que no. ¡Qué no haría yo por encontrar á esa desgraciada criatura á quien lloramos perdida!

—Pues ese y no otro fué el origen de que María, por primera vez en la vida, te haya hecho una ocultación. María recibió esta mañana un anónimo en que la aseguraban que yendo al real sitio del Pardo habían de restituirla á vuestro hijo. En esa carta le especificaban como condición precisa que fuese absolutamente sola. Ella vaciló sobre el partido que debía tomar. ¡Pero qué madre duda mucho tiempo en aceptar la resolución más desesperada al tratarse de recobrar á un sér tan querido como un hijo! María no dudó, como no hubiese dudado ninguna que se encontrara en su caso. Subió, pues, á un carruaje de camino, dando órdenes al cochero para que la condujese al sitio de la cita.

—Creo, no obstante,—interrumpió don Fernando,—que María obró con ligereza. Vos y yo podríamos ha-

berla seguido sin que lo advirtiesen las personas que la hubieran dirigido el anónimo.

—Eso es lo que yo hice. Cuando entré en esta casa pude observar que mi hija ocultaba una daga bajo su manto. Nada quise decirla, pero desde luégo comprendí que ocurría algo grave.

—De modo que vos, don César...

—Fuí tras ella.

Don Fernando de Lara se tranquilizó al oir la respuesta de don César, en el que tenía la más profunda confianza.

Éste prosiguió:

—Ahora bien; aquel anónimo no era más que un lazo que tendían á tu esposa. Tiempo hace que su hermosura ha cautivado al rey, y que éste la molesta con sus galanterías.

—¡El rey!—exclamó el duque.—De modo que cuando me enviasteis á vuestro amigo para que volviese de Francia, vuestro objeto era evitar que el monarca abusase de mi ausencia. Bien me lo advirtió en Marsella vuestro amigo, pero os confieso que supuse que todo era oficiosidad suya. Ahora comprendo perfectamente por qué don Felipe me encomendó una misión imposible de realizar. Pero juro á Dios que no porque sea el monarca ha de verse libre de mi venganza.

—No, Fernando,—dijo la de Santarem,—el rey ha prometido á mi padre que no atentará de nuevo á mi honor.

—Ni creo en sus palabras,—interrumpió el duque súbitamente,—ni tampoco esa promesa le justifica. Hay

en el mundo cosas que no pueden olvidarse ni con la acción del tiempo.

Luégo don Fernando dirigióse hacia su esposa.

—Y dime, María, ¿cómo no me habías hablado jamás de esto? ¿Por qué me ocultaste la verdad cuantas veces te pregunté sobre este asunto? No creo que el monarca se haya atrevido, á pesar de su proverbial osadía, á recurrir á un medio extremo sin haberte insinuado antes su pasión?

—¿Acaso vas á dudar de mí?

—No, no puedo. Te amo demasiado para creer que no correspondes á mi afecto.

—Pues el rey,—dijo la joven,—no me había dirigido más que algunas frases galantes. No te negaré que algunas veces había creído serle más simpática que la generalidad de las damas que visitan su palacio. Sin embargo, nunca creí que se propasase como esta noche lo ha hecho. Cuando partiste á Francia, recuerda el empeño que tuve en acompañarte. No era otro el móvil que me inducía á hacerte este ruego. Tú no quisiste. Ahora bien; en concepto mío, la misión de las buenas esposas es evitar al hombre que las condujo al altar compromisos y disgustos cuyos resultados pueden ser fatales. El rey era un rival temible. No porque su grandeza pudiese hacerme vacilar de la fe jurada, no porque sea superior á los demás hombres, sino porque su venganza puede ser espantosa. Yo te amo, Fernando. Jamás olvidaré de qué modo nos conocimos. La humilde aldeana del Albarracín te profesa el mismo afecto que la ilustre duquesa de Santarem.

Pero no ignoro hasta qué punto pueden llegar los funestos resultados de la intriga. Temía que te pusieses frente á frente del rey. Aunque débil, aunque embriagado en los más torpes placeres, es un titán, un coloso que puede aplastarnos.

—¿Y acaso imaginas que no hay medios de evitar esos peligros? María, muy elevadas son las torres, y muchas veces vienen al suelo horadadas por el tiempo. Yo no puedo perdonar á don Felipe que haya tratado de arrebatarme tu amor. Y dime, ¿qué sucedió en el lugar de la cita?

—Nada,—dijo don César.—Yo me presenté oportunamente, y no sólo evité que cometiera la mayor de las infamias, sino que he hecho que el monarca pague con creces el mal rato que ahora sufres.

Y don César refirió al duque cuanto había sucedido.

Santarem quedóse pensativo.

—¿Supongo,—dijo después,—que le habrás reclamado á nuestro hijo?

—¡Ay, Fernando, el rey ignora su paradero,—repuso la duquesa.

—¡Cómo! ¿Acaso no apeló al infame medio de robarlo de tus propios brazos para conseguir que acudieses á su cita?

—Eso supuse yo al principio, pero me equivoqué. Don Felipe ignora dónde se encuentra el niño.

—Quizás te ha dicho eso para que su conducta no resulte tan criminal.

—No, el lenguaje de la verdad se conoce siempre. Cuando le pregunté por mi hijo, vi que la sorpresa

más profunda se dibujaba en sus ojos. No tengas duda que él no ha sido el raptor.

—Es incomprensible. ¿Quién puede en ese caso habernos arrebatado al niño? Si hubieran sido algunos de esos malhechores que luégo piden por su devolución un crecido rescate, ya lo hubiesen hecho. Sin embargo, ninguna carta se ha recibido. Las gestiones del alcalde Santillana han sido infructuosas. ¡Esto es para volverse loco!

Y don Fernando cubrióse el rostro con ambas manos.

Un momento después, don César, viendo lo avanzada de la hora, despidióse de su hija y del duque, saliendo del palacio.

Entonces María se aproximó á su esposo, y, colocando sus manos sobre los hombros del joven, le preguntó cariñosamente:

—¿Todavía me guardas rencor por lo que ha pasado?

Fernando la estrechó entre sus brazos.

—No, María; á ti no te guardo rencor; pero si otra vez te encontrases en circunstancias análogas á las de esta noche, no dudes en hablarme con sinceridad. Quiero saber hasta tus menores pensamientos.

—Yo te prometo que cumpliré tus deseos.

—Ahora vé á tu habitación. Te conviene reposar algunas horas.

María obedeció á las indicaciones de su esposo.

Cuando el duque estuvo solo, se dijo:

—¿Conque el rey atenta á mi honra? Yo le haré sa-

ber, tarde ó temprano, que esto es muy peligroso, y juro que ha de arrepentirse muchas veces de haber querido manchar el noble blasón del ducado de Santarem.

Y esto dicho, dirigióse á su estancia, donde procuró conciliar el sueño, aunque sin conseguirlo.

---

# CAPITULO CXXVII

---

DONDE JACOBO GRATTIS SOPLA LA DAMA Á UN HISTRIÓN

Hemos dicho en varias ocasiones, y aunque no lo hubiésemos hecho ya habrían tenido tiempo de comprenderlo nuestros lectores, que Jacobo Grattis era la personificación de la volubilidad.

Parecíase á esas mujeres caprichosas que ambicionan una prenda mientras no la poseen, pero que al ser dueñas de ella, la arrojan con desdén, relegándola para siempre al olvido.

Esto habíale pasado á Grattis respecto á la famosa comedianta cuya hermosura y talento artístico, unidos á sus relaciones con el rey, la hacían una de las mujeres más solicitadas de la corte.

Grattis, aprovechando las largas ausencias del monarca, á quien hemos visto ocupado procurando vencer la virtud de la duquesa y de la esposa de Diego Velázquez, había apurado hasta la última gota la copa de la felicidad.

Pasábase muchas horas y hasta días enteros en la casa de la comedianta, ó paseando con ella por las perfumadas arboledas de su jardín.

Grattis no tardó en hastiarse.

Su espíritu inquieto y veleidoso, como esas mariposas que apenas se detienen sobre el nevado cáliz de una azucena cuando ya quieren proseguir su incierto vuelo, soñaba con nuevas aventuras que ofreciesen á sus ojos mayores encantos.

La amistad que profesaba á don Juan de Tarsis no había disminuído; pero como el conde apenas podía salir de su palacio, y cuando lo verificaba era para acudir al alcázar del Buen Retiro, agotaron las conversaciones y medios de distracción.

Una noche en que Jacobo Grattis debía acudir, como de costumbre, á la morada de la Calderona, el joven pudo juzgar desde la ventana de su aposento de la esplendidez de la noche.

La luna iluminaba las altas casas.

Hacía calor.

El viento dormía hasta el punto que no hubiese podido sostenerse en el espacio la leve pluma que se desprende del cuello de una paloma.

No se necesitaban tales encantos para despertar voluptuosas ideas en la apasionada fantasía de Grattis, siempre predispuesta á lo poético y á lo aventurero.

Grattis ciñóse la espada, se caló su sombrero, ornado de flotantes plumas, y aventuróse por la escalera, sin pensamiento fijo, sin saber hacia dónde dirigiría sus pasos.

Cuando el bueno de Guijarro le vió partir solo, sintió que sus pulmones se ensanchaban.

Aquella vez no tuvo el escudero necesidad de decir alguno de sus refranes ó de exclamar como de costumbre:

—¡Ya pareció aquello!

La verdad es que Jacobo Grattis aquella noche no tenía un pensamiento determinado, como antes hemos dicho.

Necesitaba una nueva aventura, pero ignoraba si la encontraría, aunque en la época á que nos referimos eran muy frecuentes.

Jacobo recorrió algunas calles sin rumbo fijo.

Al pasar junto á una iglesia, en la que se hacía una novena, penetró en ella, recordando su encuentro con Carlota, la desventurada esposa del comerciante Sandoval.

El templo se hallaba casi desierto, y al resplandor de las velas y lámparas, Jacobo no pudo descubrir más que rostros apergaminados.

El italiano huyó de aquel sitio.

Ya empezaba á desesperanzar de conseguir su propósito, cuando, al pasar por una calleja, oyó en el piso bajo de una casa bastante deteriorada los alegres acordes de las vihuelas acompañados del choque que producían las palmas.

Grattis vió que encima de la puerta que daba paso á la habitación de la fiesta había un rótulo.

Era una hostería.

Poco le hubiese importado presentarse aunque hu-

biese sido una casa particular, pero celebró aquella circunstancia.

El italiano empujó la puerta, entrando resueltamente.

Los que se hallaban en el interior clavaron los ojos en él, pues no era muy frecuente ver en aquel sitio á un hidalgo.

Jacobo sentóse junto á una de las mesas que estaban desocupadas, y pidió de beber.

El establecimiento era espacioso.

En uno de los ángulos había colocado su dueño una gran tarima, donde algunas cantadoras y tocadores lucían sus habilidades respectivas, atractivo que le proporcionaba un considerable número de parroquianos.

De pronto Grattis observó una linda muchacha sentada á poca distancia del lugar que él ocupaba.

Parecía pertenecer á la clase menestrala.

Su tez era ligeramente morena.

Sus labios cárdenos y provocativos.

Sus ojos, negros y de radiante expresión, hallábanse fijos en los de Grattis.

Este, al ver la insistencia con que la joven le miraba, procuró recordar si la conocía.

Luégo exclamó:

—No estoy dotado de una feliz memoria para recordar á todas las mujeres bonitas que he tenido la suerte de hallar en mi camino. No he visto jamás á esa joven, y, sin embargo, parece que me mira con verdadera insistencia. La verdad es que no carece de

hermosura. Tengo la seguridad que podría estar conversando con ella una hora sin que me hastiase del diálogo. Muchas distinguidas damas no han podido decir lo propio.

Grattis desde aquel momento no separó sus ojos de la joven.

Habíase decidido á aproximarse, cuando la puerta de la hostería se abrió de nuevo, dando paso al célebre comediante Juan Rana.

Jacobo le conoció en seguida.

Su sorpresa fué grande cuando vió que el comediante sentóse junto á la joven que había llamado su atención.

—¡Pardiez!—se dijo,—¿no aseguraba la Calderona que á Juan Rana no le agradan las mujeres? ¡Ya me sorprendía yo de que un comediante fuese tan virtuoso!

Con efecto, Juan Rana estaba solicitando el amor de aquella linda mnchacha, á quien desde ahora conoceremos con el nombre de Celia.

Celia se había quedado huérfana de padre hacía pocos meses.

Entonces se vió obligada á entrar de doncella en una buena casa.

El comediante habíale hecho proposiciones de amor, y aquella misma noche, que era festiva, y por lo tanto pudo salir de la casa en que se hallaba, era la señalada para decir al comediante lo que había reflexionado.

Celia estaba dotada de una viva imaginación, era muy sociable y sobre todo muy hermosa.





—¡Vive Dios!—se dijo Jacobo,—¿y he de ser tan necio que permita que un comediante vaya á anteponerse á mis deseos? Esto sería indigno de mí. Es necesario que me aproxime á esa mesa, y que demuestre al histrión que no sabe hacer el amor á las mujeres más que cuando se presenta en los corrales.

Y Jacobo, poniéndose en pie, aproximóse á Rana y á su compañera.

—Dispensad si me tomo la libertad de venir á saludaros,—dijo;—os he visto muchas veces desempeñar con acierto los protagonistas en las obras de don Pedro Calderón, y me agradará mucho estrechar vuestra mano entre las mías.

Juan Rana, aunque estaba plenamente convencido de su popularidad, sintióse halagado.

—Hidalgo,—le respondió,—yo os agradezco mucho la distinción que conmigo hacéis, y os ruego que permanezcáis algunos instantes junto á esta mesa.

Grattis, que no deseaba otra cosa, como nuestros lectores saben, se sentó.

Celia habíase ruborizado.

La gallardía de Grattis interesó desde luégo su caprichoso corazón de mujer.

Rana hizo sonar las palmas.

El hostelero se presentó.

—Trae á este caballero lo que desee tomar.

—Si os parece, beberemos una botella.

—Perfectamente; nunca me he evadido de hacerlo. Decidme, ¿habéis visto la última obra de don Pedro Calderón?

—Sí, estuve en el corral la noche del estreno, y después la he visto varias veces. Soy un asiduo concurrente.

—Con efecto; vuestras facciones no me son desconocidas.

—Tal vez me hayáis visto en el corral ó en palacio, donde no ignoro que asistís con frecuencia.

—El rey me honra mucho con su amistad.

—Como lo hace con todos los artistas.

—Es verdad; nunca hasta ahora se conoció un monarca tan decidido protector de las artes.

—Y ¿esta joven pertenece también al teatro?

—No, señor,—respondió Celia, aprovechando aquella pregunta para tomar parte en la conversación.

—Esta joven,—dijo Rana,—se halla actualmente en la casa de don Alonso de Pastrana, caballero respetabilísimo en esta corte. La pobre muchacha, al morir su padre, se ha encontrado sin más patrimonio que su virtud.

—No es pequeño,—respondió Grattis.

—Su señorita la guarda grandes consideraciones, porque, según afirman todos, doña Inés es uno de esos ángeles que Dios envía á la tierra para consuelo de los humanos.

—¿Será muy hermosa?—preguntó Jacobo.

—Mucho,—dijo Celia.—Sus cabellos son rubios como el oro, y sus ojos azules como el cielo.

—No me ha desagradado nunca ese tipo.

—Si la vieseis. Luégo su rostro es el vivo reflejo de su alma.

Grattis quedó pensativo.

En aquel momento varios concurrentes que habían bebido con exceso, y la atmósfera que allí se respiraba concluyó de predisponer á hacer locuras, empezaron á disputar con otros respecto á las cantadoras, y algunos de ellos desenvainaron sus puñales.

Jacobo Grattis, que no podía permanecer inactivo, sacó su acero, dirigiéndose hacia los amotinados repartiendo tajos á derecha é izquierda.

Todos los espectadores le miraron con asombro.

Nada cautiva tanto á las mujeres como el valor de un hombre.

Quizás por la poderosa atracción del contraste, la fortaleza es lo que más adora su debilidad.

Grattis se había conquistado el corazón de Celia.

Cuando el italiano volvió junto á ella, le contempló con ojos embelesados.

Juan Rana había desaparecido del local, demostrando que se pueden representar comedias perfectamente sin hallarse dotado de un gran valor.

—¿Y vuestro compañero?—preguntó el hidalgo.

—Ignoro adónde ha ido.

—Mucho celebro su ausencia. Ya comprenderéis que mi objeto al aproximarme aquí no fué por elogiar su mérito, sino por permanecer junto á vos.

Los ojos de Celia resplandecieron de alegría.

—Ahora, si me lo permitís, os acompañaré hasta vuestra casa.

La joven dirigió á Grattis una mirada mientras en sus labios se dibujó una encantadora sonrisa.

No necesitaba más el italiano para comprender que no se negaba á sus deseos.

Cuando ambos iban á salir, Juan Rana entraba de nuevo.

—Amigo mío,—dijo Grattis,—he tenido sumo gusto en conoceros; ahora tengo que retirarme, pues he contraído la grata obligación de acompañar á esta joven.

El comediante se quedó con la boca abierta y no supo qué responder.

No se atrevió á pedir cuentas de su conducta al hombre que manejaba la espada como acababa de ver que lo hacía Jacobo Grattis.

---

# CAPITULO CXXVIII

## DONDE JACOBO GRATTIS VE Á UNA MUJER QUE LE IMPRESIONA PODEROSAMENTE

Cuando Celia y Jacobo Grattis se hallaron fuera del establecimiento, dijo el segundo:

—¿Tenéis algún grado de parentesco con Juan Rana?

—No, señor,—respondió la joven.—Hace ocho días que tuve la humorada de dirigirme con mi señorita al corral donde él trabaja, pues en aquella noche estrenábase una farsa de don Pedro Calderón.

—Como comediante, no hay que negarlo, que Juan Rana tiene mérito. Interpreta bien sus papeles, aunque no puede compararse con María Calderón. Sea que yo siempre me hallo más propicio á elogiar á las mujeres, encantadora mitad que hace palpitar mi corazón.

—¿Tanto os agradan?

—Cuando tienen unos ojos y una gracia tan encan-

tadora como la vuestra, os confieso ingenuamente que sí.

Las mejillas de Celia se tiñeron de un leve carmín.

Jacobo Grattis prosiguió:

—Decidme, Celia, ¿salís con frecuencia de vuestra casa?

—Sí, señor.

—¿Sola?

—Unas veces sola y otras acompañando á doña Inés, que es como se llama la hija del hidalgo en cuya casa sirvo.

—Ya lo recuerdo. Antes me la nombrasteis, y estoy dotado de una feliz memoria. Os he hecho esta pregunta, no por mera curiosidad, sino porque tenía verdadero interés por saberlo.

—¿Qué objeto os guiaba?

—Celia, yo creo que ha llegado el momento oportuno de que hablemos con franqueza. Dicen que el trato engendra cariño, y lejos de mi ánimo tratar de desmentir el antiguo proverbio. No me negaréis, sin embargo, que existe en el mundo una misteriosa atracción, un lazo incomprensible que une muchas veces los corazones desde el primer momento en que se encuentran y que se denomina simpatía.

—¿Cómo he de negároslo?—respondió la joven con ingenuidad.

—Pues por esa atracción de que hablamos es por lo que esta noche yo me he sentido impulsado hacia vos, mientras Juan Rana me ha inspirado la aversión más profunda.

—En ese caso, ¿cómo os aproximasteis para saludarle?

—¡Buena pregunta! Ya comprenderéis que si lo hice fué tan sólo por acercarme á vos. Nada hay que predisponga á la simpatía como la hermosura de una mujer. Esto es; yo creo que quizás es lo único que ha hecho palpitar mi corazón más aceleradamente. Según me habéis dicho, sois huérfana y, por lo tanto, desgraciada. Os falta el apoyo de vuestro padre, y, no habiéndoos legado éste medios de fortuna, habéis tenido que entrar al servicio de una dama que indudablemente poseerá menos encantos de los que os otorgó naturaleza.

—¡Ah, no lo creáis, caballero! Doña Inés, como antes os decía, es un ángel, tanto por la belleza de su rostro como por la que en su alma encierra.

—Esas palabras me revelan que además de hermosa sois modesta; cualidad, después de todo, dignísima de aprecio, aunque no sea más que por lo rara que es en la mujer. De todos modos, aunque doña Inés sea el símbolo de la hermosura, aunque la naturaleza haya querido ser muy pródiga con ella, no es, indudablemente, el ángel que ha de redimirme de mis culpas.

—¡Quién sabe, señor!

—No. Yo creo que cuando un hombre se enamora verdaderamente de una mujer, ninguna otra puede parecerle más sublime.

—¿Luego vos estáis enamorado?

—Os confieso que sí.

Celia inclinó los ojos al suelo.

No podía comprender que Jacobo Grattis hubiese dicho aquellas palabras aludiendo á ella.

La pobre joven no se consideraba digna de tan ilustre caballero.

Durante este diálogo, Grattis y Celia habían atravesado multitud de calles.

La segunda se detuvo delante de una casa de buena apariencia.

—¿Es aquí donde vive doña Inés?—preguntó el italiano.

—Sí, señor.

—¡Cuán breves me han parecido las horas de esta noche! ¿Tendré el gusto de veros mañana?

Celia dudó un momento en responder.

Luégo, cediendo á sus naturales inclinaciones, contestó ingenuamente:

—Caballero, haré todo lo posible por complaceros.

—Hasta mañana, pues, hermosa Celia.

—Hasta mañana.

La joven penetró en el zaguán.

Iba Jacobo Grattis á retirarse, quizá para siempre, pues aquella insignificante aventura no había de dejar rastro profundo en su memoria, cuando en uno de los balcones de la casa de don Alonso vió dibujarse la silueta de una mujer.

El italiano se detuvo para dirigir sus ojos hacia ella.

La luna iluminaba con sus pálidos rayos aquella encantadora beldad.

Apenas contaría dieciséis años.

Sus cabellos eran rubios como las doradas espigas del trigo.

Sus ojos azules de inefable expresión.

La blancura de su rostro podía competir con la que poseen los nevados pétalos de la azucena.

Su boca era pequeña, sonriente y encendida como la flor del granado.

Su estatura era mediana, pero esbelta; su talle como esas palmas del trópico que se mecen al menor impulso de la brisa.

La joven había apoyado una de sus manos, pequeña y blanca como los ampos de la nieve, en la balaustrada del balcón.

Luégo clavó sus ojos en el cielo, menos diáfano y menos azul que sus pupilas.

Agitóse la leve ondulación de su seno, y Grattis creyó percibir un suspiro leve como la nota del ruiseñor, armoniosa como deben ser los cantos que entonan los ángeles.

Jacobo quedó extático. Jamás había contemplado tantas perfecciones juntas.

Por un momento dudó si aquella mujer sublime era realidad ó una ficción de su acalorada fantasía.

—No cabe duda que esa encantadora joven es la hija de don Alonso. Si es así, no me arrepiento de haber conocido á Celia. Y aunque no pensaba acudir á la cita que he dado á esa pobre muchacha, seguramente que no faltaré, no ya por ella, sino por su señora. La verdad es que ni Celia ni Juan Rana exageraban al hablar de su hermosura. Hé aquí una noche que ha significa-

do poco, pero que tal vez sirva de prólogo á una aventura de importancia.

La joven que tanto había agradado á Grattis entró de nuevo en su estancia, cerrando los vidrios del balcón.

Entonces emprendió el italiano el camino que conducía á su casa, forjándose las más dulces ilusiones para el porvenir.

Al llegar á su palacio vió que su escudero Guijarro le esperaba, como de costumbre.

Lo primero que éste hacía era procurar comprender el estado de ánimo de su señor.

—Buenas noches,—le dijo Grattis sonriendo.

—Muy temprano os retiráis.

—Con efecto, puede ser que mañana no digas lo mismo.

—¿Acaso hay en planta alguna nueva aventura?

—Me parece que sí.

—Ya pareció aquello,—dijo Guijarro inflando los carrillos, como de costumbre.

—Por lo que pueda ocurrir,—prosiguió el caballero,—mañana me acompañarás. Debo advertirte que no se trata de que recibas alguna lección de un marido celoso como te aconteció con Sandoval.

—Del mal el menos, señor; pero siempre habrá de por medio algún padre que se halle dispuesto á romperme un par de costillas.

—No. Probablemente en esta ocasión saldrás ileso.

—¿Decís que probablemente? Esas probabilidades son las que á mí me producen más miedo.

El hidalgo se sonrió.

Cuando se encontraba satisfecho, una de las cosas que más le distraían era la timidez de su escudero.

Pocos momentos después, el italiano se acostó en su mullido lecho, y durmióse halagado por el recuerdo de la hermosa joven que una hora antes había visto.

En cuanto á Guijarro, no pudo gozar del descanso que su señor. Siempre que éste le anunciaba alguna nueva aventura se estremecía como la hoja en el árbol cuando la azota el viento del otoño.

---

# CAPTULO CXXIX

---

DONDE LA CALDERONA TIENE NOTICIA DE UNA INFIDELIDAD DE SU AMANTE

Al siguiente día Jacobo Grattis se levantó muy tarde.

Este era el recurso que empleaba para que las horas le pareciesen más breves, sobre todo en aquellas ocasiones en que esperaba algo para la noche.

Agitó la campanilla.

Guijarro presentóse en la estancia.

—Señor,—dijo,—han traído hace un momento esta carta para vos.

Grattis conoció en el carácter de letra trazado en el sobre que era de la Calderona.

—De seguro,—se dijo,—que esta carta será una serie de recriminaciones por no haber ido anoche á su casa.

Con efecto, la carta decía así:

«Jacobo: Son las dos de la noche. Mi lámpara se

»apaga, pero quiero aprovechar sus últimos reflejos »para escribirte.

»Hoy no has venido. En vano he estado aguardán»dote por el día. Confiaba en que esta noche vinieses, »pero he visto desvanecerse mis ilusiones. ¿Estás en»fermo? En ese caso nada te digo. Mi deber es visi»tarte y pedir á Dios que se restablezca tu salud. Sin »embargo, el corazón de las mujeres suele ser muy »leal. Tendremos menos talento que vosotros, pero es »preciso que nos concedáis una vivacidad de imagina»ción más superior, más exquisita, más delicada.

»Hoy ha sido el primer día que no has pasado la »tarde en el gabinete que dices te agrada tanto.

»Tampoco fuiste al corral, y eso que se representa»ba *La dama boba*, y aseguras que te enloquece oír»me recitar aquellos versos que describen el amor.

»Por último, he pasado la noche sola.

»¿Es que vas olvidándote de mí?

»No quiero pensarlo, porque sólo la idea me hace »padecer.

»¡Yo, que desprecio todos los tesoros del monarca »por una caricia tuya, no soy acreedora á tanta ingra»titud!

»Ven, pues, esta tarde, pues sabes te esperan los »brazos de tu—María.»

Jacobo Grattis se sonrió.

Luégo dejó la carta sobre una mesa, y, dirigiendo sus ojos hacia la esfera de un reloj, pudo ver que era la una.

—Perfectamente. Aun queda una hora para almor-

zar con sosiego. Luégo iré á casa de la Calderona, supuesto que esta noche me será imposible verificarlo. Es preciso buscar un pretexto para que la comedianta no sospeche que otra mujer me cautiva. Sería capaz de interponerse en mi camino.

Jacobo se dirigió al comedor, y un momento después la gentil Rosina le servía el almuerzo.

Cuando hubo satisfecho su apetito, salió del palacio, dirigiéndose hacia la casa de la comedianta. Pero antes de subir á ella, se detuvo junto al zaguán.

La Calderona estaba en el balcón acompañada de Juan Rana.

A pesar de los esfuerzos que la joven había hecho para alejar al comediante, no había podido conseguirlo.

Grattis lo comprendió desde luégo, aunque no hubiese visto la disimulada seña que le hizo su amada, y clavó sus ojos en la fachada de otra casa, como si esperase á alguna vecina.

Juan Rana, al ver al italiano, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

La Calderona lo advirtió.

—¿Qué te sucede?—preguntó á su compañero.

—Nada. Acabo de descubrir en la calle á un individuo que anoche me proporcionó un verdadero disgusto.

Estas palabras fueron suficientes para despertar la curiosidad más profunda en la amada del rey.

—¿Te refieres á ese hidalgo que se encuentra á corta distancia de la puerta de esta casa?

—Precisamente.

—¿Sabes quién es?

—Ignoro su nombre, pero debe ser una cabeza rota.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—En que anoche, como antes te dije, me ha jugado una mala partida.

—Refiéremela. Bien sabes que las mujeres tenemos el defecto de ser curiosas.

—Pues has de saber que hace pocos días conocí en el corral á una linda muchacha llamada Celia. Esta pobre joven, al quedar huérfana de padre, ha tenido que entrar de doncella en casa de don Alonso de Pastrana, que, según dicen, es persona muy conocida y respetada en la corte. Celia me interesó. Como es muy linda y sus modales no carecen de cierta gracia y finura, pensé protegerla haciendo que desempeñase algunos papeles de pequeña importancia en nuestro corral. Así empezaste tú, y hoy eres la primer comedianta del mundo.

—Y también despertaste esas aficiones en mí.

—Es verdad. Anoche yo había citado á Celia á una hostería para hablar del asunto que te he dicho. No había hecho más que sentarme junto á la joven, cuando ese hidalgo que está en la calle se aproximó á nosotros. Me dijo que era uno de mis más entusiastas admiradores, prodigándome toda clase de elogios. Pero de pronto ocurrió en la hostería una pendencia. Los más revoltosos sacaron al aire sus puñales, y entonces ese hidalgo, que debe ser muy pendenciero,

empezó á repartir cintarazos en todas direcciones. La confusión fué general. Unos pugnaban por salir. Otros se ocultaban bajo las mesas. Algunos se defendían con las banquetas, como si fuesen un escudo. Te confieso que siempre he tenido un carácter pacífico, sobre todo cuando no han tratado de herir mi amor propio, y fuíme á la calle.

Aunque luégo quise entrar de nuevo para que Celia saliese de aquel campo de batalla, me fué imposible hasta que se restableció el orden.

Iba á traspasar de nuevo los umbrales, cuando vi que Celía salía acompañada del caballero. Mi sorpresa creció de punto, cuando éste me dijo que había adquirido el compromiso de acompañar á la joven hasta su casa.

María Calderón se mordió los labios.

El volcán de los celos había estallado en su alma. Dirigió una mirada rencorosa á Jacobo Grattis, que se paseaba de un lado á otro de la calle.

Una extraña coincidencia habíala hecho conocer las causas que obligaron al italiano á faltar á su cita la pasada noche.

—¿De modo,—preguntó á Juan Rana, procurando dominar la turbación que sentía,—que ese hidalgo se marchó con Celia?

—Por un momento,—respondió el comediante,—tuve deseos de pedirle una explicación; pero luégo medité que, despues de todo, no tenía derecho alguno.

—¿Y dices que esa joven es hermosa?

—Mucho. Es una morena con bastante gracia. Una

pobre chica que, como otras muchas, se habrá dejado engañar por la bizarra exterioridad del hidalgo, cuando éste, después de realizar su deseo, la olvidará para siempre. Al menos yo pensaba hacer de ella una artista; esto es, crearla un porvenir para toda su vida.

La Calderona estaba impaciente.

Comprendía además que Jacobo Grattis había de cansarse pronto de aquella situación enojosa, y que era muy capaz de volverse á su casa.

No sabía qué hacer para que el comediante se alejase.

Su diminuto pie hería los hierros del balcón.

—Estás nerviosa. ¿Acaso conoces á ese joven?—preguntó Rana.

—No,—respondió María apresuradamente.—No le he visto jamás hasta hoy, pero, con efecto, no me encuentro bien.

—Acuéstate un rato.

—No sería político que te dejase solo.

—Si es por eso, puedes descansar, pues yo me retiro. Voy á ver si consigo hablar un instante con su majestad.

—¿Necesitas pedirle algún favor?

—No; únicamente hablar con él.

Juan Rana estrechó la aristocrática mano de la Calderona, y salió de la casa.

Al pasar junto á Jacobo Grattis observó que éste se sonreía irónicamente.

Rana hizo que no lo había advertido.

Este fué el único consejo que le dió su dignidad.

Cuando el comediante se perdió de vista, Jacobo dirigió sus ojos hacia el balcón en que momentos antes estaba María.

La joven había desaparecido.

—¿Le habrá contado Juan Rana el suceso de anoche?—se preguntó el caballero.

Y aventuróse por la escalera que conducía á las habitaciones de la comedianta.

---

## CAPITULO CXXX

DONDE LA CALDERONA DESCONFÍA DE GRATTIS

Así como las nubes se retratan en las transparentes linfas del río, las penas se reflejan en los ojos de las mujeres.

Grattis no necesitó más que dirigir una mirada á la Calderona para comprender que ésta se hallaba bajo los efectos de desagradables impresiones.

En vez de recibirle con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios, María permaneció sentada en un diván con los ojos fijos en el suelo.

—¿Qué te sucede, amor mío?—la preguntó el italiano.

—Jacobo,—respondió la joven,—cuando solicitaste que correspondiese á tu amor, yo me negaba á hacerlo. Sabía que mi ventura había de ser muy transitoria. De buena gana hubiese resistido, pero era imposible. El ave pugna por alejar su vuelo del reptil que la fascina; pero la fuerza magnética que éste posee es

más poderosa que su voluntad. Grattis, yo te amaba como no había amado nunca. Los halagos de los demás hombres, incluso los del rey, no conseguían más que arrancar á mis labios burlonas sonrisas. En cambio, tú lograste inflamar mi pecho con la llama de un amor que nunca hasta entonces había sentido. Hoy una extraña casualidad ha hecho que sepa que ya no impero en tu corazón.

Tal vez te hubiese perdonado, ó al menos disculpase tu conducta, si la mujer que me arrebata tu cariño fuese una dama tan hermosa como ilustre. Pero no es así.

Anoche dejaste de venir á esta casa por permanecer junto á una muchacha de condición humilde, que, aunque no la conozco, tengo la seguridad que no puede compararse conmigo.

El rey, además de que no tuvo suficiente talento para cautivarme, cuando me abandona es por María Deza, por la duquesa de Santarem, una de las mujeres más hermosas y más distinguidas de Madrid. Pero tú, ni aun eso has querido hacer conmigo. ¿No comprendes que mi amor propio sufre?

¡Ah! ¡si cuando anoche yo te escribí mi carta con lágrimas en los ojos y dolor en el alma, hubiese sabido las causas que te alejaban de mis brazos!... Pero no podía suponerlas. El verdadero amor es ciego. ¡Yo creía que iba á ser la última página del libro de tus amores! ¡Me lo habías asegurado tantas veces!

Y la comedianta no pudo proseguir, porque las lágrimas ahogaron su voz.

Se hallaba verdaderamente apasionada de Jacobo Grattis.

Éste rodeó con su brazo el esbelto talle de la joven, y, atrayéndola hacia su pecho, la dijo:

—Vamos, María, la cosa no merece que tus ojos viertan una sola lágrima. No te negaré que he obrado mal, pero no tanto como imaginas. Juan Rana está despechado, y ha querido dar al suceso caracteres que no tiene. Ni esa joven ha causado en mi pecho la más pequeña impresión, ni ha habido entre nosotros lo más mínimo. ¿Crees que tan fácilmente puede un hombre olvidarse de tu incomparable hermosura? Eso acusaría que jamás te has mirado al espejo, y las paredes de tu casa están cubiertas de lunas de Venecia. Olvida, pues, este pequeño disgusto, y que no se interponga una sola nube en el cielo de nuestra felicidad.

Había tanta pasión en las dulces inflexiones del acento de Jacobo Grattis, que la Calderona clavó en él sus negros ojos, y una sonrisa se dibujó en sus labios de carmín.

Aquella sonrisa contrastaba con las lágrimas que aun temblaban en las negras pestañas que guarnecían sus ojos, semejando ese brillante arco iris que se dibuja en el cielo cuando todavía se desprenden de las nubes diminutas gotas de lluvia.

—Además,—prosiguió Jacobo,—si tú te enojas conmigo sólo porque dirija á una joven algunas frases galantes, y luégo la acompañe hasta la puerta de su casa, si esto despierta en tu corazón el volcán de los

celos, ¿qué me sucederá á mí, que sé que otro hombre, no contento con llegar al zaguán de tu casa, sube hasta ella y no hay habitación cuya puerta esté cerrada para él? ¿Acaso porque ese hombre sea el monarca de Castilla no es exactamente lo mismo que los demás cuando se postra á tus pies demandando una mirada de tus ojos y un beso de tu boca? Las mujeres sois egoístas. Veis las faltas ajenas y no comprendéis las propias.

—Pues bien, Jacobo; yo te juro que no volverás á repetirme esas palabras ni á echarme en cara mis amores con el rey.

—¿Qué vas á hacer para evitarlo?

—Abandonarle.

Jacobo se sonrió.

—No, eso es imposible. Tienes un hijo del rey, y es un lazo que no se rompe tan fácilmente. Además voy á hacerte una confesión que tal vez te parezca ridícula.

¿Sabes por qué me han agradado las mujeres casadas ó aquellas que adquirieron serios compromisos con otro hombre? Pues me agradan porque dan pábulo á mi vanidad. Si ellas faltan á los juramentos de amor que prestaron, es señal inequívoca de que el esposo ó el amante fueron más torpes que yo, puesto que no supieron conservar el cariño de la mujer que me prefiere á ellos.

—¿De manera que me prometes que no volverás á acordarte de Celia?

—Te lo juro. Poco ha de costarme dar al olvido una



impresión tan efímera. Es seguro que si no la hubieses nombrado, no hubiese vuelto á pensar en ella en los días de mi vida.

—¡Ah, Grattis; te creo, necesito creerte para ser dichosa.

—Mal harías en lo contrario.

—¿Y vendrás esta noche, como de costumbr ?

—He ahí una promesa que no puedo hacerte.

—¿Por qué?

Jacobo Grattis permaneció un instante silencioso.

Tenía que buscar una excusa para justificar su ausencia.

—Pues bien; ya que deseas saber las causas que se oponen á que esta noche sea dichoso pasándola á tu lado, te las diré, exigiéndote que guardes el mayor secreto.

—Siendo cosa tuya, bien sabes que nadie ha de saberlo por mí.

—Ya sabes la amistad que me une al conde de Villamediana. Don Juan de Tarsis, á quien lenguas indiscretas aseguran que galantea á la reina, ha tenido por este motivo una escena desagradable con un hidalgo de la corte. La cuestión tomó un giro bastante serio, y esta noche decidirán las armas cuál de los dos es el más fuerte.

—¡Un duelo!

—Al que asistiré como padrino de don Juan.

La Calderona clavó sus ojos en Jacobo, pero éste sostuvo su mirada sin inmutarse lo más mínimo.

—¿Y dónde debe verificarse el duelo?

—En las márgenes del Manzanares, cerca del real sitio del Pardo.

—¿Quién es el adversario del conde?

—No le conoces. Es un sobrino del conde-duque de Olivares.

—En ese caso, de todas maneras ha de perder Villamediana. Si le hieren, es un mal; y si sale vencedor, el favorito procurará vengar á su sobrino.

—Hombre es don Juan que mide poco las consecuencias cuando se trata de defender el honor de doña Isabel.

—Y, sin embargo, todos afirman que la reina corresponde á tu amigo.

—Para las malas lenguas no hay virtud que no se comente y se despedace.

Pocos momentos después, Jacobo despidióse de la comedianta.

Esta no quedó muy convencida de que fuesen ciertas las palabras de su amante, y se prometió averiguar lo que pasaba.

Cuando Juan Rana volvió á su casa, la joven le dijo:

—¿Quieres hacerme un favor?

—¿Qué deseas?

—Necesito que esta noche vigiles á don Juan de Tarsis.

—¿Al correo mayor del rey?

—Sí.

—Te complaceré; nada más fácil de conseguir.

Con efecto, Juan Rana, que siempre estaba propicio á complacer á María, aunque no fuese más que por

la influencia que la joven tenía cerca del rey, dirigióse á los alrededores de la casa de Villamediana.

Este, desde el desagradable suceso ocurrido la noche en que don César la sorprendió en el parque del Buen Retiro, apenas abandonaba su palacio.

Aquella noche sentíase indispuesto, y Rana no le vió salir, por lo tanto.

Jacobo Grattis, cuando llegó la hora de la cita, dirigióse hacia la hostería donde debía hallarse la encantadora Celia.

Su objeto era penetrar en la casa de don Alonso de Pastrana, donde vivía la hermosa Inés, aquella bellísima joven que le había cautivado la noche anterior.

---

# CAPITULO CXXXI

### DONDE JACOBO GRATTIS SIENTE VERDADERO AMOR POR UNA MUJER

Celia llegó á la hostería pocos momentos después de haber entrado Jacobo Grattis.

La joven no había podido conciliar el sueño la noche anterior, pensando en el italiano.

Ya no dudaba que en su alma empezaba á brotar el fuego del amor.

Grattis sostuvo con ella un animado diálogo.

—¿Tienes prisa por volver á tu casa?—la preguntó.

—Señor, he pedido permiso para ir esta noche á uno de los corrales; de manera que todavía dispongo de algunas horas.

—Perfectamente; en ese caso, cenaremos.

Y Jacobo llamó á uno de los dependientes del establecimiento, recomendándole que les sirviese los más selectos manjares y los vinos más exquisitos.

Ya comprenderán nuestros lectores que su objeto era que Celia se animase con la bebida, en cuyo caso no había de ser difícil conseguir que le permitiera entrar en la morada de su señor don Alonso de Pastrana, que era lo que el joven pretendía.

Pero aquella vez Grattis estuvo á punto de que sus planes fracasaran.

Celia se negaba á beber.

Tuvo el caballero que instarla muchas y repetidas veces para conseguir que se llevara la copa á los labios.

Sin embargo, la atmósfera que allí se respiraba, enrarecida por la mucha gente que consumía el oxígeno, unido al humo del tabaco, contribuyeron á que el diálogo fuese animándose gradualmente.

Las mejillas de Celia habían adquirido el matiz de la rosa.

Estaba muy bella.

No obstante, Grattis no apartaba de su imaginación el recuerdo de doña Inés.

Cierto que la hermosura de ésta no podía compararse con la de Celia.

¡Eran tan distintas!

La una era vaporosa como esas diáfanas nubes de nácar que se desvanecen en el horizonte.

La otra era como esos cárdenos y refulgentes jirones de vapor que enrojecen el cielo al sentirse heridos por el astro del día.

Despertábanse pensamientos voluptuosos al contemplar á Celia.

Doña Inés era la tímida paloma cuyo arrullo nos predispone á la melancolía.

Comprendíase á Celia con el cabello destrenzado, la mirada encendida por el deseo, los labios entreabiertos y la copa de los placeres en la mano.

En cambio, la hija de don Alonso estaba dotada de una hermosura más espiritual.

Hasta cuando andaba parecía que sus diminutos pies no se posaban sobre las mullidas alfombras que cubrían el pavimento de las habitaciones de su casa.

La una era una mujer llena de vida, de deseos y de gracia.

La otra, un ángel rodeado de pureza y de sublimidad.

---

Jacobo Grattis creyó que había llegado el momento oportuno de hablar con franqueza.

No se le ocultaba la profunda simpatía que había despertado en el corazón de Celia. Pero no era esto á lo que él aspiraba.

Sin embargo, comprendiendo que había de crearse en Celia una mortal enemiga si hacíala comprender la preferencia que su corazón sentía por su joven señora, decidióse á ocultar los móviles que le obligaban á desear la entrada en casa de don Alonso.

Llenó del rojo néctar las copas y dijo:

—Bebe, hermosa Celia; mejor dicho, bebamos brindando por nuestra felicidad.

—¡Ah, señor! mal puedo brindar por una cosa que

no he conocido jamás, y que no espero conocer en lo que me resta de vida.

—¿Tan desgraciada has sido siempre?

—Mucho.

—¿Sin duda alguna pasión contrariada?

—No lo creáis. Puedo juraros, por el eterno descanso de mi padre, que todavía no conozco los tormentos que produce el amor.

—¿De veras?

—¿Había de jurarlo por un nombre tan sagrado como el del autor de mis días, si no fuesen ciertas mis palabras?

—Es verdad; forzoso es creerlo. Las mujeres nacen disfrazando la verdad, pero hay en tus labios una sonrisa tan franca, que no puedo menos de confesarte que debes ser una excepción de la regla.

—Otros defectos tendré; pero franca, lo soy mucho.

—De manera que el primer hombre que consiga interesarte sentirá las gratas impresiones que el viajero que posa su planta en el bosque vírgen americano que no fué hollado por nadie. ¡Dichoso el que alcance tan supremo bien!

Y Jacobo dirigió á Celia una apasionada mirada.

La joven se sonrió.

En aquel instante considerábase la más feliz de las mujeres.

Había dicho la verdad.

Nunca hasta entonces sintió en su pecho las dulces emociones que proporciona el amor; así es que aspiraba su aroma, como debe hacerlo la mariposa al salir

de su crisálida, hallándose con alas para volar en un verjel donde todos son aromas, colores y frescura.

—¿Decís que será dichoso el hombre que posea mi amor?—preguntó después.—No lo creáis. Si yo fuese como doña Inés, que pertenece á una familia ilustre y posee riquezas... Pero ¿yo? ¡Quién ha de poner sus ojos en mí!

—Seguramente que ninguno sin que sienta abrasarse su corazón. ¿Acaso los pergaminos que acusan nobleza, y los tesoros pueden hacer agradable á una persona? Yo puedo asegurarte que entre la vieja apergaminada ó la gentil doncella que la sirve, no dudaría en la elección.

—Lo creo; ¡pero como doña Inés es joven y hermosa!...

—No la conozco ni creo que te sobrepuje en hermosura. Tanto me han hablado, sin embargo, de ella, que empiezo á sentir deseos de conocer á esa beldad.

—Antes salíamos juntas casi todas las noches.

—¿Y ahora?

—Ahora no con tanta frecuencia.

—Pues no me parece que vosotras, cándidas palomas, ibais bien por Madrid, donde tantos gavilanes ciernen sus alas.

—¡Ah! no sabéis qué carácter tiene doña Inés. Como don Alonso la ha educado con mucho misticismo, no levanta nunca los ojos del suelo. Así es que, aunque algún atrevido la galantease, concluiría por aburrirse viendo la indiferencia con que era escuchado.

—¿Y no hubo ninguno que excitara su curiosidad?

—Ninguno. Es muy buena; pero debe tener un alma de hielo.

—Pues bien, hermosa Celia, como no he de ser yo seguramente quien trate de fundir su corazón de hielo con el fuego de mis amores, vamos á hablar de lo que importa. Ya comprenderás que ayer, desde el primer momento que tuve la dicha de verte me fuiste simpática, y esta simpatía ha tomado mayores proporciones. ¿Tú sabes cómo se llama el límite de ese sentimiento?

—Lo ignoro.

—Pues se llama amor.

Celia inclinó la cabeza avergonzada.

Su corazón latió con premura.

Jamás había soñado en sus doradas ilusiones con poseer el alma de un caballero tan ilustre y tan bizarro como Jacobo Grattis.

No dudó en responder.

Hubiera temido que su ventura se le escapase de las manos como el pájaro que consigue aprisionar un niño.

Desde aquel instante, Celia no apartó de su memoria el recuerdo del italiano.

Este, cuando dieron las diez y vió que la joven abandonaba su asiento, se dispuso á acompañarla hasta su casa, como había hecho la noche anterior.

Cuando ambos llegaron á la calle donde vivía don Alonso, Grattis dudó sobre el partido que debía tomar.

No quería exponerse por su impaciencia á perder

para siempre la probabilidad de ver á doña Inés en su propia casa.

Despidióse, pues, de Celia.

La joven cerró la puerta que conducía al zaguán.

Grattis oyó perderse el rumor de sus pasos.

Luégo dirigió sus ojos hacia el balcón en que la noche anterior había visto asomada á la hija de don Alonso.

Las vidrieras estaban iluminadas, pero no se advertía la silueta de la joven.

Iba Jacobo á retroceder, cuando vió con alegría que doña Inés se hallaba detrás de una de las rejas de la planta baja.

Entonces se detuvo.

La joven, al notar la proyección de su sombra, levantó los ojos, clavándolos en el hidalgo.

Grattis sintió una emoción como no la había experimentado nunca.

Doña Inés, al ver la insistencia con que la observaba el italiano, se ruborizó.

Luégo púsose en pie, y retiróse de la ventana.

—¡Qué hermosa es!—dijo Jacobo;—es necesario que posea su amor, aunque se opongan á ello su padre y todos los demonios del infierno.

Y Grattis volvióse á su casa profundamente preocupado.

---

# CAPITULO CXXXII

### UN PROYECTO ARRIESGADO

Cuando al siguiente día Grattis fué á visitar á la Calderona, ésta le recibió con mucha complacencia.

No ignoraba que el italiano habíala engañado por segunda vez al asegurarle que la pasada noche tenía que ser padrino del imaginario duelo entre don Juan de Tarsis y el sobrino del conde-duque de Olivares; pero María Calderón, comprendiendo que nada conseguiría para evitar los frívolos caprichos de Grattis, había pensado un nuevo plan que más tarde conocerán nuestros lectores.

Recibió, pues, á su amante con la sonrisa en los labios.

—¿Qué tal, mi querido Jacobo? Veo que tu rostro no acusa tristeza, y, sabiendo lo mucho que quieres á tu amigo, no dudo un momento que el conde habrá salido airoso en el desafío.

—Con efecto, María.

—¿El sobrino del conde-duque está herido?

—No. El duelo no se ha llevado á cabo. El adversario de mi amigo le dió todo género de satisfacciones; y como, después de todo, la cosa no entrañaba gran importancia, ha podido llevarse el asunto á un terreno conciliatorio.

—¡Más vale así!—dijo la comedianta.—Ahora, querido Jacobo, tengo que pedirte un favor.

—¿Qué deseas?

—Ya sabes que esta noche no trabajo, pues uno de los comediantes que desempeñan uno de los papeles de más compromiso en la nueva farsa de don Pedro se encuentra enfermo. Juan Rana no ha querido que ningún otro le sustituya, pues odia, y tal vez con sobrada razón, que se establezcan comparaciones. Por lo tanto, esta noche me hallo completamente libre.

Grattis creyó adivinar el pensamiento de María.

—¿Y vas á pedirme que venga más temprano que de costumbre?

—Nada de eso; voy á suplicarte todo lo contrario.

—¿Que venga más tarde?

—Que no vengas hasta mañana.

El italiano celebró aquella coincidencia que le dejaba en completa libertad de acción.

No creyó oportuno, sin embargo, manifestar su alegría, y, afectando un interés que se hallaba muy lejos de sentir, la preguntó:

—Dime, ¿qué tienes que hacer esta noche? ¿Acaso te ha dicho el monarca que vendrá á visitarte?

—No. Bien sabes que cuando viene don Felipe á

esta casa no permanece en ella más que algunos momentos, los cuales no impiden que nos veamos después.

—¿Entonces?...

—Supuesto que sientes curiosidad, te explicaré los motivos que me impulsan á hacerte esta súplica. Yo tengo una amiga, de la que te he hablado en varias ocasiones. Llámase Laura. ¿No recuerdas?

—Sí, tengo una idea de habértela oído nombrar.

—Pues esa amiga, á la que aprecio mucho, desea que la acompañe á una quinta de recreo que posee en Aranjuez.

—¿Luego piensas permanecer allí algunos días?

—No; mañana á la noche habré regresado.

—Perfectamente; siendo tan breve la ausencia, no me opongo á tu deseo.

La Calderona dió un abrazo á Jacobo.

Este, á pesar de la experiencia que tenía, no comprendió ni remotamente que su amada abrigase otro proyecto que el de ir á Aranjuez con su amiga Laura.

Grattis permaneció dos horas en la casa de María.

Pasadas éstas despidióse de la joven.

Desde allí dirigióse al palacio de don Juan, á quien hacía algún tiempo que no visitaba.

—¿Qué os ocurre, Grattis?—le preguntó el conde; —muy ocupado debéis estar estos días, cuando tan poco os acordáis de mí.

—Yo nunca os olvido, don Juan.

—Pero ¿á que tenéis entre manos alguna nueva aventura? ¡Apostaría cualquier cosa!

—Con efecto.

—¿No hay que preguntar que la protagonista de ella será una mujer?

—Y muy hermosa. Y, á propósito, don Juan, tal vez conozcáis á su padre y podáis proporcionarme algún pormenor que me interese.

—Vos me diréis.

—El padre de la joven que hoy me cautiva se llama don Alonso de Pastrana.

—¡Pardiez! ¡Quién no le conoce en Madrid! Sólo vos, que sois extranjero, estáis disculpado de ello. Don Alonso es, con efecto, uno de los caballeros más ilustres de España. Pertenece á una familia muy noble.

—¿Y también conoceréis á su hija?

—No la he visto más que en una ocasión. Don Alonso es uno de esos hombres rectísimos, tan celosos de su honra, que apenas permite que su hija, la encantadora Inés, salga de su casa, por temor de que la contagien con el àliento. ¡La verdad es que la joven es una perla! Una de esas cándidas violetas que, aunque se encuentre oculta, no por eso es menos agradable el perfume que despide.

—¿Y creéis que ofrezca muchas dificultades llegar hasta ella?

—Yo creo que todo es relativo en este mundo. Nada importa que los padres quieran guardar á las hijas si ellas se proponen lo contrario.

—¿Pero acaso doña Inés?...

—No; yo no puedo dudar de su virtud, pues, como

antes os he dicho, apenas la conozco; pero esta es teoría que tengo respecto á todas las mujeres.

Grattis permaneció algunos momentos más en la casa de su amigo, y luégo se dispuso á partir.

—¿Tan pronto os vais?

—Amigo mío, os confieso que estoy impaciente. Ya es tarde, y estoy dispuesto á hacer cuantos esfuerzos sobrehumanos se me ocurran para conseguir el amor de doña Inés.

—No os detengo en ese caso. Adiós, amigo mío.

Jacobo estrechó la mano del conde, saliendo luégo de su palacio.

Ya empezaban á advertirse en el cielo las primeras sombras de la noche.

Grattis dirigióse á su casa.

Cuando llegó á ésta abrió un armario, sacando de uno de los cajones un pequeño pomo que contenía un líquido incoloro, semejante al agua.

—Esto es lo que necesito,—se dijo.—Ya que Celia se resiste abiertamente á beber tanto licor como yo desearía, conseguiré por medio de este narcótico que esta noche no se oponga á los planes que abrigo. Si accede á mis deseos y no duda en permitirme que entre en su casa, pocos momentos después la rendirá el sueño, quedando yo en libertad de acción. Si, por el contrario, se opone á que penetre en ella, todo se reduce á que la joven pase su letargo en mi palacio, adonde la haré conducir. Por lo que pueda suceder, haré que Guijarro me acompañe, y, si es necesario, utilizaré sus servicios.

Grattis se apoderó del cordón de la campanilla.

El escudero se presentó en el dintel de la puerta.

—Guijarro,—dijo Grattis,—da órdenes inmediatamente para que dispongan el carruaje, y tú prepárate para venir conmigo.

El escudero se retiró para cumplir los mandatos de su señor.

Media hora después presentóse de nuevo en la esncia.

—¿Está todo dispuesto?—preguntóle el italiano.

—Sí, señor; el carruaje espera.

—Perfectamente. Vamos, pues.

Y Grattis salió de la habitación, dirigiéndose hacia la magnífica escalera de mármol que terminaba en el zaguán.

Multitud de pensamientos cruzaban por su men calenturienta.

La verdad era que el plan que se proponía poner en práctica aquella noche era arriesgadísimo.

Tratábase de traspasar los honrados umbrales de la casa de don Alonso de Pastrana, persona muy respetable y muy querida en la corte, según le había asegurado su amigo Tarsis.

Iba á presentarse delante de la hermosa doña Inés, que no le conocía. En una palabra: sólo un espíritu tan aventurero y despreocupado como el suyo era capaz de acariciar un pensamiento, que, si bien no era de imposible realización, al menos le exponía á las más graves consecuencias.

Pero Jacobo Grattis no era hombre que recapacita-

ba las cosas. Pensarlas y hacerlas eran en él casi simultáneo. Es seguro que, si, como su amigo don Juan, hubiese puesto los ojos en la esposa del rey, no hubiera vacilado en emprender á tajos y cuchilladas con el mismo monarca.

El coche que le conducía resbalaba con rapidez sobre las mal empedradas calles de Madrid.

Había dado orden al conductor que se detuviese en la puerta de la hostería donde le hemos visto hablar con la hermosa Celia.

Cuando llegaron á aquel sitio, Jacobo, después de recomendarle á su escudero que ocupase una mesa próxima á la suya, penetró en la hostería.

---

# CAPITULO CXXXIII

---

DONDE GRATTIS ABUSA DE LA CREDULIDAD DE CELIA

Tan distraído se hallaba Jacobo Grattis, que no reparó en dos damas vestidas de negro y con los rostros recatados por espesos velos, que entraron un momento después en la hostería, ocupando una de las mesas próximas á la que él había elegido para esperar á la doncella de doña Inés.

Sin embargo, un buen observador hubiera podido advertir que una de las tapadas no pudo reprimir un movimiento quizá de sorpresa, tal vez de disgusto al ver al italiano.

Grattis estaba impaciente. Cada minuto le parecía una hora.

Temía que Celia faltara á la cita, en cuyo caso todos sus planes se desvanecían.

—Tal vez esta noche, que es en la que más necesito que venga, no la permita doña Inés que abandone la casa.

Estos temores abrigaba Jacobo cuando sintió el rumor que producía al abrirse la puerta del establecimiento.

Su corazón aumentó las palpitaciones al ver que la que entraba era la gentil doncella de la hija de don Alonso.

Celia se aproximó al hidalgo.

—Empezaba á desconfiar de que vinieses ya esta noche, hermosa niña.

—En bien poco ha estado en que no acertéis. Doña Inés empieza á extrañar que salga todas las noches, y, gracias á la bondad de su carácter y á mis reiterados ruegos, he conseguido venir aquí.

—Bien, Celia, ya estamos juntos. Olvidemos esas pequeñas dificultades que surgen siempre al principio de todos los amores y que constituyen su mayor encanto. Si no hubiese en el mundo jóvenes, la felicidad no existiría, como sin el vicio tampoco habría virtud. De ese contraste de alegría y tristeza resulta un agradable conjunto, que es, sin duda alguna, el que hace menos monótona la existencia.

—Pero lo que yo siento,—repuso la joven,—es que seguramente mañana no tendré el gusto de conversar un rato con vos.

—¿Por qué?—preguntó Grattis.

—Porque doña Inés no permitirá que salga de casa.

—¡Quién sabe lo que puede suceder en el trascurso de tantas horas! Si tú no vienes á la hostería, yo iré á tu casa.

—¡Á mi casa, caballero! ¿Ignoráis que no la poseo?

¡Buen carácter tiene don Alonso de Pastrana para que permitiese semejante cosa!

—Otros más altivos que ese don Alonso han tenido que humillar la cabeza cuando yo me lo he propuesto.

—¿Pero os atreveríais?...

—¡Buena pregunta! Sólo porque lo pones en duda, yo te aseguro que he de entrar en la morada del hidalgo.

—¿De qué modo? Tened en cuenta que es tan celoso del honor de su hija, que pocas veces permite que los balcones permanezcan abiertos.

—¡Y me preguntas que de qué modo! ¿Acaso tú habías de negarme la entrada por la puerta?

—¡Ah, eso sería un compromiso!

—Del que sabría librarte Jacobo Grattis mientras lleve al cinto una espada.

—¡Callad, callad, por Dios!—dijo la joven atemorizada por las últimas palabras que el italiano había dicho.

—Tienes razón. No es justo que en los breves momentos que tengo la dicha de estar á tu lado nos ocupemos de otra cosa que no se refiera á nuestro amor. Ahora cenemos.

Y Jacobo llamó al hostelero, encargándole que le sirviese lo más selecto que tuviera en su casa.

Un momento después Grattis escanciaba en las copas el rojo licor.

Sus ojos no se apartaban de los de Celia.

Deseaba que la joven se distrajese un instante para

combinar con el vino algunas gotas del narcótico que le hemos visto tomar en su casa.

El italiano observó en aquel instante á las dos enlutadas, y como ambas permanecían con el rostro cubierto, sintióse predispuesto á la curiosidad.

Nada la despertaba tanto en él como lo misterioso.

—¿Quiénes serán esas dos damas que ocultan su rostro?—dijo.

Celia volvió la cabeza al oir esta pregunta, y entonces Grattis, con una rapidez extraordinaria, aprovechando el movimiento de la joven, vertió algunas gotas del líquido que contenía el pomo.

—Ahora,—prosiguió el italiano,—bebamos.

Celia apuró su copa.

Desde aquel instante, Jacobo ya no pudo dudar que sus planes llegarían á vías de realización.

—Conque dime, hermosa Celia, sabiendo que mañana es casi seguro que no puedas venir á este sitio, ¿has de negarme que entre en tu casa?

—¡Pero sabéis lo que me pedís!

—¡No he de saberlo! Mucho, si se tratase de dar la entrada á un advenedizo; pero no tanto cuando el que pretende traspasar los umbrales de tu casa es tu amante.

—¡Pero!...

—No repliques, Celia. He tenido, por fortuna ó por desgracia mía, la suerte de no encontrar casi nunca escollos en mi camino, y aquellos pocos que hallé supe vencerlos.

—Antes de conseguir lo que solicitáis es necesario

que yo sepa si mis temores de que no me dejen venir mañana se realizan.

—Y aunque no se realicen. ¿No te parece que esta hostería, siempre llena de importunos testigos, cuyas miradas indiscretas no se apartan de nosotros, no es el lugar más á propósito para dos enamorados? Los que bien se aman apetecen la soledad para que ni el rumor de sus palabras pueda percibirlo el mundo. Yo, por lo menos, he opinado siempre de esta manera, y creo que todos los hombres somos iguales cuando nos hallamos bajo el influjo de una pasión.

Grattis observó que los radiantes ojos de Celia empezaban á velarse por sus luengas pestañas.

—¡Qué tienes?—le preguntó.—¿Estás enferma?

—No sé; es un extraño malestar, una languidez que invade todo mi cuerpo.

—Quizás el calor excesivo que se advierte en este aposento. Dame el brazo y salgamos de aquí; tengo la seguridad de que esa leve indisposición desaparecerá en cuanto adviertas la frescura del aire libre. A pocos pasos de aquí espera mi carruaje.

Celia empezaba á advertir los efectos de la poderosa acción del narcótico.

Instintivamente se apoyó en el brazo que Grattis le ofreció, y con paso vacilante salió del establecimiento.

El italiano, antes de partir, había hecho á su escudero una seña significativa para que le siguiese.

Tan abstraído se hallaba Grattis que no observó que las dos tapadas que habían permanecido observándole abandonaron también sus asientos, y, saliendo de la

hostería, subieron á un carruaje que esperaba á corta distancia del suyo.

Grattis tuvo necesidad de suspender á Celia entre sus brazos para colocarla en el coche.

Habíase dormido profundamente.

—Guijarro,—dijo Jacobo,—acompaña á esta joven á casa, y dile á Rosina que la conduzca á una de las habitaciones más cómodas del palacio. Si advirtieses que su sueño se prolonga mucho, llamas inmediatamente á un doctor.

—Y vos, ¿no venís?

—Yo no.

Necesario es que digamos á nuestros lectores que Jacobo Grattis, aprovechando el sopor de la doncella de doña Inés, habíase apoderado de la llave de la casa de don Alonso, que la joven llevaba consigo.

Guijarro penetró en el coche, que partió al trote un momento después.

Entonces Grattis embozóse en su capa, aventurándose por el laberinto de tortuosas callejas.

Las dos desconocidas se apearon de nuevo, emprendiendo el mismo camino que el italiano.

Pero éste siguió, no advirtiendo la observación de que era objeto. Verdad es que su pensamiento se hallaba fijo en doña Inés, de cuyo recuerdo no hubiese bastado nada á distraerle.

---

# CAPITULO CXXXIV

---

DONDE SE VE LO AUDAZ QUE ERA JACOBO GRATTIS

Jacobo Grattis hizo girar la llave en la cerradura de la puerta de la casa de don Alonso de Pastrana.

Luégo penetró en el zaguán.

A pesar del inmenso valor de que se hallaba dotado, su corazón palpitaba como si quisiera salirse de su pecho.

Grattis desenvainó su acero.

Luégo subió la ancha escalera que conducía al piso principal, caminando con las manos extendidas hacia adelante, para orientarse por aquel laberinto de sombras.

En el interior de la casa reinaba el más profundo silencio.

Era indudable que todos sus moradores dormían.

El hidalgo cruzó una larga galería cuyas ventanas daban á un patio, en cuyo centro había una fuente,

cuyos surtidores de plata producían cadenciosos murmullos.

El joven dudó hacia dónde debía dirigir sus pasos.

Instintivamente encaminóse hacia una de las estancias que se hallaba muy próxima al dormitorio de doña Inés.

Jacobo no pudo dudar que aquel aposento era uno de los que más frecuentaba la hija de don Alonso.

Había sobre una mesa multitud de objetos superfluos, de esos que tanto encantan á una joven. Búcaros de nácar ostentando caprichosos ramilletes de flores que saturaban la atmósfera con la fragancia más delicada.

Joyeros de cristal y de plata repujada, sobre los que se veían cintillos cuajados de piedras preciosas, pulseras y collares.

Había además otros pormenores en la estancia que no dejaban la menor duda de que era frecuentada por una mujer joven y hermosa. Eran algunas lunas venecianas que, suspendidas de las tapizadas paredes, multiplicaban de un modo extraordinario las dimensiones del aposento.

Grattis pudo contemplar estos detalles á los pálidos reflejos que derramaba una lámpara que ardía sobre una mesa de ébano con incrustaciones de marfil.

Una cortina de terciopelo azul cubría la puerta que daba paso á otra estancia.

El hidalgo no vaciló en dirigir una investigadora mirada hacia aquel sitio.

Doña Ines hallábase sentada en un diván.

Sus ojos estaban fijos en un pequeño libro, cuya lectura debía inspirarle el interés más profundo, pues no había advertido el leve rumor que produjeron los pasos del caballero al hollar la alfombra de su gabinete.

Grattis quedó absorto.

Si hermosa le había parecido doña Inés cuando pudo contemplarla en su balcón con los ojos fijos en el cielo y bañada su frente alabastrina por los pálidos rayos de la luna, parecióle que sus encantos tomaban mayores proporciones en aquel momento.

Grattis dudó en penetrar en el santuario de aquella virgen, como duda el cazador en mandar el mortífero plomo sobre la esbelta paloma que se encuentra en su nido.

Había en la mística belleza de aquella joven algo que le infundía respeto, algo inexplicable tratándose de una persona que, como el italiano, jamás supo poner dique á sus pasiones ni obstáculos á sus deseos.

Así trascurrieron algunos momentos.

Las vibrantes campanadas de un reloj anunciaron que eran las once.

Jacobo dudó todavía.

De pronto oyóse en la puerta de la calle un fuerte aldabonazo que fué repercutido en el silencio de la noche.

Entonces, creyendo Grattis que el que llamaba sería don Alonso, y que tal vez su hija esperase despierta para depositar un beso en su frente, comprendió el peligro de ser descubierto por el venerable anciano,

y dirigió sus ojos á su alrededor buscando un sitio seguro para ocultarse á sus miradas.

Pero al ruido que produjo el aldabón, doña Inés dejó caer el libro sobre su regazo, y sus ojos claváronse en los del italiano.

La joven exhaló un grito.

Entonces Jacobo Grattis se aproximó á ella.

—¡Callad, señora!—le dijo;—ya podéis comprender por mi porte que no soy un criminal. Vengo aquí arrastrado por vuestra hermosura, porque yo os amo con delirio.

Y el joven cayó de rodillas á los pies de doña Inés.

Aquella declaración hecha á quemarropa contribuyó á aumentar el espanto que doña Inés había experimentado al ver al italiano.

Quiso levantarse, pero la faltaron las fuerzas.

—¡Por Dios, caballero, huid!—exclamó la joven.—¿Quién ha podido proporcionaros la entrada en esta casa?

—El amor, que allana todos los obstáculos y vence todas las dificultades.

—No, eso no es amor. El que, como vos, se ampara en la lobreguez de la noche; el que asalta una casa honrada, no lo hace á impulsos del noble sentimiento que habéis nombrado. Partid, yo os lo ruego. Puede venir mi padre, y el pobre anciano moriría de desesperación. ¡Tal vez ya sea tarde! He oído que llamaban á la puerta: sin duda es él.

—En ese caso yo os ruego que me ocultéis. La fuga es imposible.

—¿Ocultaros? Eso nunca. Mi padre creería que era cómplice vuestra, caso de saber lo que pasa.

—No puede saberlo. Lo ignora seguramente.

Doña Inés no sabía qué partido tomar.

Su confusión aumentaba por momentos.

En cuanto á Grattis, á pesar de lo crítico de las circunstancias, no apartaba sus ojos de la joven.

Nunca hasta entonces había contemplado una hermosura más embelesadora.

—¡Partid, partid!—prosiguió la hija de don Alonso cruzando sus manos en actitud de súplica.—Tal vez pasados algunos minutos ya sea tarde. Si, como acusa vuestro distinguido porte, sois un caballero, si es verdad el amor de que hace un momento me hablabais, yo os suplico que no me comprometáis. Conozco el carácter de mi padre. Sería capaz de darme muerte al imaginar que había deshonrado sus nobles canas.

—Pero ¿no comprendéis que es imposible que me aleje? Ya se oyen rumores de pasos y de voces.

—Sabrán que estáis aquí,—dijo con desesperado acento la joven.—¡Ah, Dios mío, dame fuerzas para resistir las emociones que mi alma experimenta!

Doña Inés cayó de rodillas á los pies de Grattis, y juntando de nuevo sus manos, exclamó:

—¡Por Dios, hidalgo, no os detengáis!

Grattis vaciló todavía, pero decidióse á complacerla.

Nada predisponía su ánimo á la compasión como ver lágrimas en los ojos de una mujer.

Tomó entre sus manos una de las de doña Inés, y

posando su boca en ella, estampó un apasionado beso.

Luégo, echando hacia atrás los embozos de su capa desenvainó de nuevo su acero, dispuesto á vender cara su vida.

Ya era tiempo de que lo hiciese así.

Don Alonso de Pastrana, seguido de su viejo escudero y otro criado, dirigíanse hacia la habitación de su hija.

En el capítulo siguiente explicaremos á nuestros lectores cómo el noble anciano había podido saber que Grattis se hallaba en su casa.

Don Alonso y el escudero llevaban desnudas sus espadas.

El otro criado que los acompañaba sostenía una linterna, cuyos reflejos iluminaron la figura de Jacobo.

Este, comprendiendo que le habían visto, y era, por lo tanto, completamente inútil evitar la contienda, púsose en guardia y dijo con acento varonil:

—¡Paso franco! El que trate de interponerse, puede contarse en el número de los muertos.

—¿Y aun te atreves á exigir que te deje salir de esta casa?—preguntó el anciano con trémulo acento.

Y avanzó hacia Jacobo.

Este defendióse con brío tanto de don Alonso como de su escudero.

Con la espalda junto al muro y la mirada fija en sus adversarios, tan pronto replegábase como avanzaba.

Grattis tenía en aquel momento la ligereza del tigre, la flexibilidad del reptil y el valor del león.

Tan oportuno fué el quite que dió á una de las es-

tocadas que don Alonso le dirigía, que el anciano quedó inerme.

La espada del padre de doña Inés se escapó de sus manos temblorosas.

Entonces el escudero siguió batiéndose; pero el italiano, después de amagarle á la cabeza, se tiró á fondo.

El escudero lanzó un gemido.

La herida había sido mortal.

Dilatáronse sus pupilas, llevóse ambas manos al corazón y cayó desplomado sobre el pavimento.

Entonces Jacobo Grattis, aprovechando aquellos momentos de confusión, dió un cintarazo en el cristal de la linterna que sostenía el sirviente de don Alonso, y aventuróse con paso rápido hacia la escalera.

Cuando estuvo en el zaguán abrió la puerta con la llave que había quitado á Celia, y, sin entretenerse en cerrar de nuevo, emprendió el camino que conducía á su casa.

Cuando don Alonso de Pastrana, seguido de otros criados, salió en su busca, el italiano había desaparecido.

Entonces, presa de una angustia mortal, dirigióse á la habitación de su hija, encontrando que doña Inés había perdido el conocimiento.

---

# CAPITULO CXXXV

DONDE SE EXPLICA CÓMO SUPO DON ALONSO QUE HABÍA UN INTRUSO EN SU CASA

Don Alonso de Pastrana dirigió á su hija una mirada compasiva al ver la palidez que advertíase en su rostro.

Aquel noble anciano la adoraba.

Ya hemos dicho en otra ocasión que don Alonso pertenecía á la más alta nobleza.

Á pesar de esto, no quiso jamás aceptar cargo alguno en palacio.

Verdad es que su carácter severo oponíase abiertamente á la conducta que el rey observaba, censurando de un modo agrio las bajas adulaciones del conde-duque, que por mantener su privanza no dudaba en cometer las mayores vilezas y en fomentar las malas pasiones del soberano.

Pastrana poseía suficientes medios de fortuna para vivir con independencia.

Su mayor tesoro era su hija.

Juzguen, pues, nuestros lectores cuán grande sería su desesperación al creerla deshonrada por aquel hidalgo que, asaltando su casa, hasta desconocía su nombre.

Expliquemos ahora cómo don Alonso había podido saber que Grattis penetró en el nido de la paloma.

Aunque doña Inés, como había dicho al italiano, ignoraba que su padre se hallase en la casa, éste había entrado en ella mucho antes que Jacobo.

Nunca daban las ocho en el reloj de su aposento sin que el anciano se encontrase en su hogar.

Pero aquella noche, asuntos perentorios le habían obligado á quebrantar sus tradicionales costumbres.

Eran las nueve cuando llegó don Alonso.

Imaginando que su hija se habría acostado ya, no quiso interrumpir su sueño con el acostumbrado beso, renunciando á dárselo hasta el siguiente día.

Hé aquí por qué doña Inés ignoraba que el venerable anciano hubiese regresado.

Ya recordarán nuestros lectores que cuando Jacobo Grattis entró en la hostería para conversar con Celia, penetraron tras él dos desconocidas, ocultando el rostro con sus espesos velos.

Luégo, al ver que el italiano se alejaba, se dispusieron á seguirle en un carruaje, bajando de éste al adquirir la certeza de que Grattis no utilizaba su vehículo. En una palabra, aquellas dos misteriosas damas habían seguido paso á paso todos los pormenores de la aventura.

No creemos tener necesidad de decir que una de las recatadas era la comedianta María Calderón.

Habiendo sabido por Juan Rana que el duelo del conde y el sobrino de Olivares no fué más que una excusa inventada por Grattis, y comprendiendo también que sus ruegos y lágrimas no habían de hacer mella en el ánimo de su voluble amante, quiso facilitarle los medios para que aquella noche gozase de completa libertad de acción.

Hé aquí por qué pretextó que tenía que acompañar á su amiga Laura á la quinta de Aranjuez.

Laura, que era la que acompañaba á María, había sido también comedianta. Abandonó los corrales porque un distinguido hidalgo se empeñó en ello; y como este hidalgo la proporcionaba mayores ventajas que las ganancias de su partido, no dudó en aceptar las proposiciones que la hizo.

Laura, aunque menos hermosa que su amiga, no carecía de encantos. Su belleza era como el último rayo del sol de la tarde. Esto es, la hermosura de la comedianta llegaba á su ocaso, aunque no contaba más que treinta años.

¡Treinta años en una mujer que ha vivido de prisa, casi es la vejez!

María Calderón pudo reprimirse con dificultad al ver á Grattis conversando con Celia.

Sentíase indignada, porque los picarescos encantos de la doncella no podían verdaderamente compararse con los que ella poseía.

No hubo detalle que no observara. Hasta el mo-

mento en que Jacobo echó el narcótico en la copa de Celia.

María no pudo sospechar que todo aquello fuese una estratagema para apoderarse de la llave que había de facilitar á su amante la entrada en la casa de doña Inés.

La sorpresa creció de punto al ver que Celia penetraba en un coche y que éste partió.

Entonces tuvo una vaga sospecha de lo que el italiano pensaba hacer.

Verdad es que las mujeres tienen una intuición para adivinar las cosas, que es digna de elogio.

La comedianta aun hubiese podido permanecer tranquila si el deseo de Grattis no se hubiese extendido más que por Celia.

Aquella joven no podía cautivarle más que el breve período de algunos días.

Pero ¿sucedería lo propio si era otra mujer la que había cautivado su corazón?

Grattis, cuando partió el carruaje en que iba adormilada la doncella de doña Inés, dirigióse por opuesto camino.

María Calderón y Laura le siguieron, y un momento después observaron que el joven se detenía junto á la casa de don Alonso.

Cuando la comedianta le vió sacar la llave é introducirla en la cerradura, lanzó un sollozo.

Acababa de comprender los propósitos del italiano.

Laura trató de calmar el enojo de su amiga, pero la Calderona estaba frenética.

Ya hemos dicho que la bizarría de Jacobo Grattis habíala cautivado verdaderamente.

—¡No tengo duda!—exclamó;—¡le he visto echar en la copa de la doncella unas cuantas gotas de un líquido que, seguramente, era un narcótico! Luégo se ha apoderado de la llave. Juan Rana me dijo que Celia servía en la casa de una joven angelical. Esta es la que cautiva á mi amante.

—Pero sosiégate. ¿Qué consigues con desesperarte?

—¿Qué consigo? Ahora lo verás.

Y María Calderona aproximóse á la puerta, y, apoderándose de la aldaba, llamó.

Aquel fué el aldabonazo que Jacobo Grattis oyó y que hizo suponer á doña Inés que su padre regresaba.

En la casa, todos, á excepción de doña Inés, dormían profundamente.

Sin embargo, don Alonso, que, como casi todos los ancianos, tenía un sueño muy ligero, despertóse.

—¿Quién será?—se preguntó con extrañeza.

Y vistiéndose con rapidez, se asomó al postigo.

Al ver á las dos damas, su curiosidad creció de punto.

—¿Quién es?—preguntó.

—Abrid, hidalgo,—respondióle la comedianta.

Don Alonso imaginó que aquellas damas quizás fuesen huyendo de algún atrevido galanteador.

—¡Estas son las consecuencias del mal ejemplo!—se dijo.—Si el monarca y su ministro fueran más co-

medidos, los vasallos no se creerían con derecho á cometer todo género de ligerezas.

Don Alonso ciñóse su espada y se dispuso á abrir la puerta.

No hubiera sido digno de su caballerosidad no acceder á los ruegos de las damas.

Su escudero, que también habíase despertado, salió al zaguán.

—¿Qué ocurre, señor?

—Abre esa puerta.

El escudero obedeció.

Laura y la Calderona entraban un momento después en la morada de don Alonso.

La segunda apartó el velo que cubría su rostro.

El anciano no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

No era la hermosura de María la que le produjo tanta sensación. Don Alonso, aunque raras veces, asistía á los corrales, recordó haber visto á la joven, célebre en Madrid, no sólo por ser la primera comedianta de su época, sino por sus amores con Felipe IV. Esto era un hecho que había pasado al dominio público.

—¿Qué deséais, señora?—preguntó don Alonso con arrogancia.

—No ignoro,—respondióle María,—que he hecho mal en venir á esta casa; pero no os extrañará cuando sepáis los móviles que me han inducido á hacerlo.

—Yo pensé que erais dos damas, de las que quizás trataban de abusar algunos libertinos.

—No, señor; he venido...

—Acabad.

La Calderona se aproximó á don Alonso y le dijo en voz baja:

—He venido á salvar vuestra honra, que está en peligro.

Las enjutas mejillas del anciano perdieron súbitamente el color.

—¿Qué decís?—preguntó después con acento trémulo.

—Lo que oís. Pasaba por esta calle, cuando he visto entrar en vuestra casa á un hombre. Tenéis una hija, sé que es hermosa, y mal puede considerarse segura la paloma cuando la persigue de cerca el gavilán.

Don Alonso no quiso oir más.

Desnudó su espada, y, seguido de su escudero, dirigióse hacia la habitación de su hija.

El criado á quien Jacobo Grattis apagó la linterna, como hemos visto, se incorporó á ellos.

Hé aquí cómo don Alonso supo que un hombre se hallaba en su casa.

María Calderón y Laura se alejaron de aquel sitio.

—Has cometido una imprudencia,—dijo la segunda.—Si amas verdaderamente á Grattis, no se comprende que hayas querido exponerle á un trance que puede costarle la vida.

—No lo creas, amiga Laura. Jacobo saldrá bien de este compromiso, como ha salido de otros todavía más graves. Mi objeto es que don Alonso cele á su hija.

De esta manera Grattis ha de hastiarse. No es hombre á quien agradan los obstáculos.

—Pero ¿y si le hieren ó le matan?

—No lo creas. Tengo la seguridad de que, cuando el anciano llegue á la estancia de su hija, el pájaro habrá volado. Hombre es Jacobo Grattis que es capaz de colarse por el ojo de una cerradura.

—¡Mucho confías en él!

—Y desgraciadamente también le amo mucho.

La Calderona llegó un momento después á su casa.

Se acostó, pero no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

—¡Ya que el ingrato me olvida,—se dijo,—yo le juro que he de oponerme á todas sus locuras! Al menos de este modo tendré la satisfacción de que sienta algo de lo mucho que le hace padecer á mi alma.

---

## CAPITULO CXXXVI

DONDE UN PADRE DUDA DE LA VIRTUD DE SU HIJA

Don Alonso de Pastrana había penetrado en la habitación de su hija Inés.

La joven hallábase sin conocimiento.

El anciano la tomó en sus brazos, colocándola sobre su lecho.

Multitud de pensamientos cruzaban por su mente.

Unas veces se lisonjeaba con la creencia de que, habiendo acudido á tiempo, tal vez hubiese frustrado los torpes propósitos de Jacobo Grattis.

Otras, le parecía que la límpida frente de su hija había perdido su pureza.

Mucho sufrió su alma.

—¡Pobre hija!—exclamó el anciano acariciando con su diestra los rubios cabellos de Inés.

Esta abrió los ojos lentamente.

Un suspiro escapóse de sus labios de carmín.

Luégo dirigió una mirada á su padre.

Al recobrar el conocimiento, sus ideas eran confusas, pero un instante después acudió á su memoria cuanto había pasado, y dos gotas de rocío brotaron de sus inefables ojos azules, rodando por sus mejillas de nieve.

Inés extendió los brazos hacia su padre.

Este dudó en precipitarse en ellos.

—¡Padre mío!—preguntó la joven con dulce acento,—¿qué tienes? Tu rostro, más que el dolor, retrata la severidad. ¿Acaso no me amas ya?

—Hija mía, ignoro si eres digna de mi cariño.

En las pupilas de Inés se reflejó la sorpresa unida al sentimiento más profundo.

—¿Qué dices, padre?—preguntó.—¿Puedes dudar de tu hija?

E incorporándose en el lecho, saltó sobre el pavimento, aproximándose al anciano.

Este habíase sentado sobre un diván y cubríase el rostro con las manos.

La joven llegó hasta él con la mayor solicitud.

Entonces don Alonso clavó de nuevo sus ojos en los de su hija.

Quería leer su pensamiento en ellos.

—Habla; Inés,—dijo luégo.—Yo necesito que me justifiques tu conducta, de la que no he dudado hasta esta noche.

—Pero ¿dudas ahora?

—¿Crees que me falta motivo para ello?

—¡Padre!

—No ignoro que nos hallamos en una era desventu-

rada. Si los hombres siguiesen el camino que nuestros abuelos, cuya única misión era manejar el hierro y dominar su potro, no se encontraría el mundo del modo que se halla. Hoy el vicio se ha desenmascarado. Estamos regidos por un monarca y un ministro que olvidan los asuntos más importantes del país por sus galanteos y sus aventuras. Los nobles se creen autorizados á hacer lo propio, y ni el honrado padre, ni el celoso marido pueden considerar seguras á sus hijas ó esposas del grosero libertinaje de los hombres. ¡Qué época la presente! ¡Dichosas aquellas en que un mancebo no pensaba más que en defender su Dios, su patria y su rey!

Y don Alonso lanzó un suspiro.

Luégo prosiguió:

—Tengo la seguridad de que, si el rey Felipe se ciñese la loriga y el casco del noble Carlos I, no podría moverse siquiera. ¡Cómo había de manejar aquella formidable tizona que tantos laureles conquistó en Orán, y que fué el terror de Martín Lutero y sus secuaces en Flandes y Alemania!

El anciano guardó un instante silencio.

Parecía hallarse agobiado al hacer comparaciones entre una época en que el espíritu belicoso casi había muerto, dando paso á las aventuras galantes.

—Habla, Inés,—dijo luégo;—yo sé que esta noche ha entrado un hombre en esta casa, y que en su atrevimiento osó llegar hasta esta estancia. ¿Quién era ese hombre? ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí? Todas las ventanas y balcones se encuentran herméticamen-

te cerrados. Las puertas están defendidas por grandes llaves. No creo, por lo tanto, que el intruso haya podido entrar por la cerradura, como esos duendes de que nos hablan nuestras madres para entretener nuestra infancia.

Ese hombre ha tenido que entrar por la puerta; luego posee una llave. ¿Quién se la dió? ¿Tú? No quiero suponerlo siquiera. En tu familia, todas las mujeres han sido honradas. No se sabe que la esposa ni la hija de un Pastrana haya olvidado su virtud. ¿Permitirá el cielo que, para desgracia mía, tú seas la primera que manche el noble escudo que durante tantas generaciones pudo mostrarse como padrón de gloria?

—¡Padre, tus dudas me ofenden!

—Habla, pues. Justifica tu conducta á mis ojos. Arranca de mí esta horrible sospecha, que se enrosca y oprime mi corazón como una sierpe venenosa. ¿Quién es ese hombre?

—Lo ignoro.

—¿Que lo ignoras?

—Sí, padre mío; ¡yo te juro por la memoria de la santa mujer que me dió la vida que ignoro quién es!

—Pero ¿no le habías visto jamás?

—Sólo una vez. Hallábame ayer detrás de mi reja esperándote, como de costumbre, cuando vi que ese hidalgo se detenía al pie de mi ventana. Al observar que sus ojos se clavaban en los míos con insistencia, me retiré.

—Eso aconsejaba la natural timidez de una niña. ¿Y no le viste más?





—No, padre.

—En ese caso, ¿cómo ha podido ese miserable llegar hasta aquí?

—Eso es un enigma que no comprendo. Hallábame esta noche leyendo en mi libro de oraciones,—prosiguió Inés,—cuando llegó hasta mí el golpe que produjo la aldaba al caer en la puerta. Maqüinalmente levanté los ojos. ¡Ah, padre, no puedes comprender la angustia que sintió mi alma al ver en la próxima habitación dibujarse la silueta de un hombre!

A los pálidos reflejos de la lámpara reconocí al mismo mancebo que había visto la noche anterior. Quise huir, pero esto hubiese sido imposible, pues él ocupaba el dintel de la puerta. Quise gritar, pero un nudo oprimia mi garganta. Entonces el desconocido se arrojó á mis plantas y tomó entre sus manos febriles una de las mías. Afortunadamente oyéronse rumores de pasos. Entonces le rogué de rodillas que se alejase, y, no pudiendo sufrir emociones tan fuertes, caí sin sentido.

Esto es lo que ha pasado, padre mío. Bien sabes que nunca supieron mis labios disfrazar la verdad de los hechos.

Don Alonso quedó pensativo.

No dudaba de la sinceridad de las palabras de su hija, pero una horrible sospecha había brotado en su mente.

El ignoraba el tiempo que Jacobo Grattis había permanecido en su casa. ¿No era posible, por lo tanto, que aquel desconocido, que no titubeó en llegar hasta

el santuario de la virgen, hubiese abusado de ella durante su desmayo?

En este caso, su hija, aunque no le hubiese ocultado la verdad, ya no era digna de su amor. Porque, como antes hemos dicho, la rectitud de don Alonso era tan extremada, que él no podía considerar al varón que hubiese vacilado en presencia del enemigo, ni á la joven que perdiese la joya más preciada, que es el honor.

—Es necesario que yo busque á ese hombre,—se dijo,—y he de encontrarle aunque se oculte bajo la tierra.

Don Alonso besó la pálida frente de Inés y la dijo:

—Hija mía, ahora es necesario que reposes algunos instantes. Acuéstate, pues. Ya no puede tardar en brillar la aurora.

Y Pastrana salió del aposento dominado por la angustia.

Al pasar por el corredor vió las huellas rojizas de la sangre de su escudero.

—¡Pobre Ginés!—se dijo;—¡tenía para mí la fidelidad del perro! Mucha fué tu lealtad. Yo te juro que he de vengarte. Si no encuentro el paradero de tu matador, daré parte para que la justicia se encargue de conseguir lo que mi mala estrella no quiso concederme. No porque él sea un hidalgo y tú un humilde escudero has de quedar sin venganza.

Y don Alonso penetró en su habitación, donde dió rienda suelta á su llanto.

---

Mientras esto acontecía en la casa de doña Inés, Jacobo Grattis habíase dirigido á su palacio.

Al salir de la casa de don Alonso apresuró el paso; pero al encontrarse en la calleja próxima ya se consideró libre de la persecución de Pastrana y sus servidores.

—Afortunadamente,—se dijo el italiano,—he salido de esta aventura mejor que creía. Lo que siento es que desde hoy ese anciano vigilará á su hija mucho más que lo ha hecho hasta ahora, y eso que, según dicen, es uno de los hidalgos más celosos de su honor. Yo no renuncio, sin embargo, al amor de doña Inés. Esto sería indigno de mí. ¡Es tan hermosa! Jamás he contemplado hasta ahora tantas perfecciones juntas! Si es preciso la robaré de su casa.

Grattis penetró en su estancia.

Guijarro esperaba en ella.

—¿Ocurre algo?—preguntó el joven.

—Nada, señor.

—¿Y la joven que trajiste á esta casa?

—Se encuentra en la habitación de Rosina.

—¿Se ha despertado?

—Lo ignoro.

—Pregúntaselo á Rosina, y vuelve para decirme lo que deseo.

Guijarro salió de la estancia para cumplir las órdenes que acababa de recibir.

Un momento después presentóse de nuevo.

—Señor,—dijo el escudero,—esa joven está despierta y me ha dicho Rosina que ha expresado varias

veces sus deseos de abandonar esta casa. Otras ha preguntado por vos.

—Perfectamente. Hazla venir; necesito hablar con ella.

Guijarro se sonrió maliciosamente y salió del aposento.

---

# CAPITULO CXXXVII

DONDE CELIA SE CONVENCE DEL ENGAÑO DE QUE FUÉ VÍCTIMA

Celia no podía darse cuenta de lo que la había pasado aquella noche.

Recordaba perfectamente haber asistido á la cita que Jacobo la dió la noche anterior, y que habíase sentado con él á la mesa.

Desde pocos momentos después de cenar, su memoria perdíase en absoluto.

Ni siquiera podía darse cuenta de haber entrado en el carruaje de Grattis acompañada del escudero.

Cuatro horas durmió profundamente.

Al abrir los ojos hallóse en una estancia que no conocía.

Rosina la acompañaba.

—¿Qué es esto?—preguntó la joven sin poder disimular su asombro.—¿Dónde me hallo?

—¿Os halláis,—respondió la italiana,—en el palacio de don Jacobo Grattis.

—¿En un palacio?

—Sí. ¿Acaso no lo comprendéis, aunque os halláis ahora en una de las habitaciones más modestas?

—¿Y quién es ese caballero que habéis nombrado? yo no le conozco. ¿Cómo he podido venir aquí?

—Me sorprenden vuestras preguntas. ¿Decís que no le conocéis?

Celia tuvo una grata sospecha.

—¿Acaso la persona que acabáis de nombrar es el caballero que anoche se encontraba conmigo en la hostería?

—Seguramente.

—¿Y él fué quien me condujo á esta casa?

—No. Sin duda os pusisteis enferma, y á fin de que no dudaseis de su hidalguía, quiso que os acompañase su escudero, que fué el que os trajo en un coche.

—¿Y dónde se encuentra el hidalgo?

—Don Jacobo ha pasado la noche fuera de esta casa. Hace un solo momento que ha venido.

—¡Ah, Dios mío! ¿Qué habrá dicho doña Inés al advertir mi ausencia?

—Esa doña Inés, ¿es vuestra señora?

—Sí,—respondió Celia.—Ahora os ruego que me dejéis volver á mi casa.

—Pero todavía no os encontráis completamente bien, y es una locura lo que pretendéis hacer.

—No importa. Necesito volver á la casa de don Alonso.

En aquel momento fué cuando Guijarro manifestó á Rosina que Jacobo deseaba hablar con la doncella de doña Inés.

—Ya lo oís,—dijo la italiana;—mi señor desea hablaros.

Celia, acompañada de Rosina, se aventuró por un largo corredor que conducía á las habitaciones de Grattis.

La joven estaba absorta al ver el lujo que advertíase por toda la casa.

Grattis la hizo entrar en su estancia.

—Ya habrás comprendido,—la dijo,—las causas que me obligaron anoche á traerte á esta casa. Te pusiste enferma. Tal vez el excesivo calor que había en el establecimiento te produjo un síncope. Yo no había de abandonarte en esa situación, ni tampoco hacer que volvieses á la casa de don Alonso en el estado que te encontrabas. Di, por lo tanto, órdenes á mi escudero para que te condujera á este palacio.

—¡Ah, gracias, señor!—dijo Celia.

Ni siquiera pasó por su mente la idea de que la noche anterior había sido narcotizada.

—Ahora sólo tengo que rogaros que me permitáis volver á la casa de doña Inés. Estará impaciente.

—No lo creas. Aún es muy temprano, y es casi seguro que no haya notado tu ausencia. Toma, pues, la llave de la puerta de tu casa, que tuve la precaución de recoger cuando perdiste el conocimiento, á fin de que no se te extraviara.

Celia despidióse del caballero.

Cuando llegó á la casa de don Alonso, todavía era muy temprano.

Abrió la puerta y dirigióse á su estancia.

Hé aquí por qué doña Inés no pudo saber de qué medios se había valido Grattis para penetrar en su casa á las altas horas de la noche.

Media hora después de haber llegado Celia advirtióse en la casa la actividad más completa.

La numerosa servidumbre de don Alonso dedicábase á sus tareas cotidianas.

Entonces Celia salió de su habitación.

El criado á quien hemos visto la noche anterior acompañar á don Alonso y al escudero cuando trataban de vencer el brío de Grattis hallábase en una estancia.

Celia advirtió lo demudado que estaba su rostro.

—¿Qué te sucede?—le preguntó.

—¿Acaso ignoras lo que esta noche ha acontecido?

Celia no supo qué responder.

—Muy profundo debía ser tu sueño cuando no te has despertado.

—¿Pues qué ha sucedido?

—Que el mismísimo Satanás se coló por la cerradura de la llave.

—Vamos, no gastes esas bromas. Bien sabes que soy muy medrosa, y que cuando estoy sola en una habitación me acuerdo con pavor de las fábulas que siempre estás refiriendo.

—Lo que es ahora no se trata de referirte una fábula, sino una realidad, en la que ha corrido la sangre.

—¿De veras?

—Figúrate que anoche serían las once cuando oimos dar en la puerta un fuerte aldabonazo. Como la hora era intempestiva y todos los individuos que habitan en la casa nos hallábamos en ella, se nos sobrecogió el ánimo.

Don Alonso, su escudero Ginés y yo acudimos al llamamiento. Eran dos enlutadas que cubrían sus rostros con espesos velos. Una de ellas habló en voz baja con el señor, y observé que las mejillas de éste palidecieron. Entonces don Alonso desenvainó su acero, precipitándose hacia la escalera. Ginés le siguió con la espada desnuda. Yo maquinalmente también corrí tras ellos.

—Pero ¿qué era lo que aquella desconocida le había dicho á nuestro señor?

—Pues luégo pude comprender que lo que la enlutada acababa de anunciarle era que un intruso se hallaba en la casa.

—¿Algún ladrón?

—Un ladrón de honras.

—¿Qué dices?

—Digo esto, porque el hombre, duende, diablo ó lo que fuera, habíase dirigido al aposento de doña Inés. Jamás he visto un hidalgo más valeroso. Con la espada en la diestra se abrió paso entre los tres, desarmando á don Diego, dando muerte al escudero Ginés y apagando la linterna que yo llevaba de un fuerte cintarazo.

Cuando encendí de nuevo, don Alonso estaba asom-

brado, Ginés tinto en su sangre, y yo con una boca más abierta que un tragaluz. Nos lanzamos hacia el fugitivo, pero éste se había evaporado.

La puerta del zaguán se hallaba abierta. ¿Cómo pudo abrirla? Hé aquí una cosa que no tiene explicación.

—Y dime ¿pudiste observar bien á ese hidalgo?

—Perfectamente. Era un bizarro mancebo. Un tipo sevillano. Mediana estatura, delgado, moreno, barba negra como el azabache y ojos expresivos.

—Si le vieses, ¿le conocerías?

—Perfectamente. No se borrarán sus facciones de mi memoria aunque viva cien años.

—¿Y sabes si consiguió llegar hasta la estancia de doña Inés?

—¡No he de saberlo! Me parece que á estas horas la angelical y tímida doña Inés ya no podrá llevar la frente erguida. ¡Pobre de la paloma cuando el gavilán sepulta en ella sus afiladas garras.

Celia inclinó la cabeza sobre el pecho.

Luégo dirigióse de nuevo á su estancia.

Ella mejor que nadie podía darse cuenta de la singular aventura.

Comprendió que su inesperado desmayo había sido preparado por Jacobo Grattis.

—No tengo duda,—se dijo mientras las lágrimas afluían á sus ojos;—él fingía amarme para apoderarse de la llave de esta casa. ¿Cómo se comprende de otro modo que tan ilustre caballero, dueño de un palacio como el que he visto, se enamorara de una humilde

doncella como yo? Doña Inés es la que le cautiva. Yo no he sido más que el pretexto para que se cometa una infamia. ¡Ah Dios mío, y le amo tanto! ¿Por qué has permitido que escuche su acento y dé crédito á sus palabras? ¡Para hacer que luégo sea más amarga la desilusión!...

Celia prorrumpió en amargos sollozos.

Luégo, enjugando sus lágrimas con el blanco lenzuelo, exclamó:

—Yo debo decir á don Alonso cuanto ha pasado. Al menos tendré la satisfacción que proporciona la venganza.

Y la joven iba á poner en práctica este pensamiento, cuando se detuvo junto á la puerta.

—No,—se dijo,—le amo demasiado para comprometerle. Guardaré silencio. Quiero ser más generosa que él ha sido conmigo. Esta noche iré á la hostería, como de costumbre. Necesito hablarle. Es necesario que recrimine su torpe conducta. Y ahora ¿cómo permanecer en esta casa? Aparte de que me remuerde la conciencia, yo no puedo mirar con calma á doña Inés. Ella es la que me arrebata un corazón que creía que era absolutamente mío.

¿Y quién será la misteriosa dama que avisó á don Alonso que Grattis se hallaba en el aposento de su hija? ¡Sábelo Dios! Sin duda alguna otra desventurada á quien habló de amores haciéndose dueño de su corazón y relegándola después al olvido.

Celia pasó el día acosada por la mayor impaciencia.

En cuanto á doña Inés, no abandonó su lecho.

Las emociones que había experimentado la noche anterior habían sido demasiado fuertes.

Don Alonso tampoco abandonó su aposento. Buscaba en su mente los medios de averiguar quién era el hidalgo que se había atrevido á penetrar en su casa. Uno tan solamente había. Era visitar á la comedianta y preguntarle el nombre del atrevido doncel. Pero don Alonso de Pastrana tenía que vencer sus escrúpulos de conciencia para presentarse en la morada de la manceba de Felipe IV.

Sin embargo, después de profundas reflexiones, se convenció de que no había otro remedio, y, calándose el sombrero, salió de su casa.

---

# CAPITULO CXXXVIII

DONDE UN HISTRIÓN SE PROPONE VENGARSE DE UN CABALLERO

Al siguiente día de haber entrado Jacobo en la casa de Pastrana y pocos momentos después de haber salido Celia del palacio de aquél, Grattis dirigióse á la casa de la Calderona.

La joven le esperaba con impaciencia.

—¿Qué tal, mi querido Jacobo?—le preguntó.—¿Me has echado mucho de menos durante el corto viaje que me obligó á hacer mi amiga Laura?

—Pues te confieso que las horas me han parecido años.

—No lo dúdo. Cuando bien se ama, siempre sucede lo mismo.

María Calderón pronunció estas últimas palabras con marcada ironía.

Grattis lo comprendió.

—¿Qué te sucede?—dijo á la joven

—¿A mí? Nada absolutamente. Jamás me he encontrado mejor.

—Creí adivar que tus palabras encerraban una expresión sardónica.

—¡Qué disparate! ¿Acaso hay motivo para ello?

—No.

—¡Entonces!...

—¡Las mujeres sois tan especiales!

—¡Ay, Grattis, lo que somos es un abismo insondable! Siempre nos motejáis de excéntricas, y, sin embargo, nuestras excentricidades tienen siempre alguna causa que las produzca. Por ejemplo, ahora tú censuras que te haya hablado con alguna ironía. Jacobo, coloca tu mano sobre el corazón, y entonces es posible que te expliques que te haya recibido de una manera distinta á la que acostumbro.

Grattis dirigió á su amada una investigadora mirada.

—¿No me comprendes todavía?—preguntó la joven.

—Explícate. Nunca me ha gustado descifrar enigmas; aunque todos lo elogian, yo lo he creído siempre ocupaciones de necios, ó, por lo menos, de ociosos.

—Pues bien, Grattis, ya que lo exiges, me explicaré. No puedo negarte que hace dos días que sufro mucho. Y ¿sabes por qué? Porque te amo. Eres el único hombre que ha conseguido hacerse dueño absoluto de mi corazón, y algunas veces imagino que este afecto es el castigo que Dios me impone por haberme reído tanto de otros muchos hombres que me amaban más que tú.

—Eso no es posible, María,—interrumpió el italiano.—No puedo concederte que otros te hayan querido más que yo.

—Ante todo, Jacobo, ¿á qué llamas tú querer?

—¡Vaya una pregunta! ¿Acaso no lo sabes tú?

—¡Ojalá no lo supiese! Pero tuve la desgracia de aprenderlo el primer día que tus ojos se fijaron en los míos.

—Entonces, ¿para qué deseas que te haga una definición de lo que es amor?

—Porque creo que lo ignoras. Hasta la presente, Jacobo, tú no has sentido por las mujeres más que un deseo más ó menos grande, según su hermosura y los obstáculos que hayas encontrado hasta llegar á ellas. Pero no has sentido amor.

—Mucho asegurar es eso.

—No lo creas. Como te amo, he hecho un estudio profundo de tu carácter.

—¿Y qué ha resultado de tu observación?

—Que eres como la voluble mariposilla, que apenas se posa en el nevado cáliz de una azucena, ya le parece más gentil la rosa ó el clavel. Esto no depende de tu voluntad. Has nacido inconstante, y si no fuese por lo mucho que me perjudicas con esa mala cualidad, la disculparía.

Te quedaste huérfano muy niño. Tú mismo me has dicho mucho veces que no recuerdas haber sentido en tu frente los besos de tu madre. Has nacido en un país cuyo templado ambiente está saturado de aromas. Eres dueño de una inmensa fortuna. La natura-

leza te concedió talento y gallardía. Con estas prendas y la serie de circunstancias que te rodean es natural que seas valeroso. Pero ¡ay, Grattis, yo desearía un imposible! Mi mayor ventura sería que tu corazón fuera sólo mío.

—¿Y acaso no lo es?

—No, Jacobo, bien sabes tú que no. ¿Para qué hemos de seguir fingiendo? Más vale hablar con entera franqueza. Grattis, yo no he ido á la quinta de mi amiga Laura. He permanecido en la corte.

—Entonces, ¿con qué objeto me engañaste?

—Dos motivos me impulsaron á hacerlo. En primer lugar, sabía que, dejándote de noche en completa libertad de acción, no te obligaba á poner en tortura tu cabeza para buscar un pretexto y no hacerme tu visita nocturna. Yo no quería que cargases tu conciencia faltando á la verdad. Además, ¿á qué negarlo? sabía que el duelo del conde de Villamediana con el sobrino del conde-duque era completamente ilusorio.

—No lo creas; ¡yo te juro!...

—Calla, impío, no quebrantes de ese modo el segundo mandamiento. ¿No comprendes que cuando me jures que me amas no podré darte crédito?

—Pues bien, María, ¿á qué seguir faltando á la verdad? Tienes razón, yo necesitaba la noche de ayer. Hay compromisos ineludibles. A veces los amigos nos obligan á hacer cosas en contra de nuestros deseos.

—Es verdad. Y si en vez de un amigo es una amiga, entonces con mucha más razón. Grattis, anoche no sabes lo que he sufrido. Te he visto en una hoste-

ría conversando de amor con otra mujer. Luégo te he visto también penetrar en la casa de don Alonso de Pastrana. Yo, y no otra, fuí quien avisó al hidalgo lo que intentabas hacer.

—¿Tú?

—Sí, Grattis; los celos me abrasaban, y no recapacité en las graves consecuencias que pudieran sobrevenir.

—Pero ¿quién te ha enterado?...

—¿De que amas á doña Inés? Nadie. ¿Acaso no bastaba asegurármelo el corazón? Observé hasta tus menores movimientos, y lo he comprendido todo.

—Pero...

—A fin de que no inventes una nueva historia para desfigurar la verdad, sabe que vi hasta cuando echaste el narcótico en la copa de Celia. .

—¡Eres una mujer especial!...

—No, Jacobo, soy una mujer que te ama y que se precia de adivinar tus más recónditos pensamientos.

—Pero ¿de veras fuiste tú quien avisó á don Alonso que yo me hallaba en su casa?

—De veras. ¿Te sorprende que lo hiciese? ¡Ah, Jacobo, en aquel instante me inspirabas el odio más profundo! Hubiera querido derramar en tu alma todo el veneno que yo sentía en mi pecho. Luégo he recapacitado. Los destellos del sol disiparon la rabia que sentía, y te he perdonado.

Grattis estrechó entre sus brazos á la comedianta.

—Yo te prometo que no volveré á proporcionarte el más leve disgusto.

—No puedo dar crédito á tus promesas.

—¿Por qué?

—Porque no. No dudo que en este instante tu arrepentimiento sea sincero, pero no es posible que cambies tu manera de ser.

—¿Tan mal concepto tienes formado de mí?

—No, no es eso. Pero no puedes dominarte. Tu organización ha sido creada para amar, no á una sola mujer, sino á todas. Mucho me apena este conocimiento, pero no por eso dejo de amarte. Tú, con todos tus defectos, vales á mis ojos más que los otros, aunque posean excelentes cualidades.

—Mira, no te negaré que muchas veces he tratado de cambiar mi conducta y...

—Y no lo has conseguido. Ya lo sé, Jacobo. Esto dimana de que todavía no has sufrido grandes desengaños. ¡Ojalá no pruebes nunca su amarga hiel!

Jacobo Grattis permaneció una hora más en la casa de la comedianta.

Durante este espacio de tiempo procuró á fuerza de cariño hacerla olvidar los disgustos que la joven había recibido.

El joven no sabía de qué medios valerse para decir á la Calderona que aquella noche tampoco podía visitarla.

La casualidad quiso favorecer sus planes. Una de las doncellas de la comedianta presentóse en la habitación, entregando á su señora un pequeño billete.

María hizo un movimiento, con el que expresaba su disgusto.

Luégo rasgó el sobre, paseando sus negros ojos por las breves líneas que la carta contenía.

—¿Quién te escribe?—preguntó Grattis.

—El rey,—respondió la joven con visible mal humor.—En esta carta me dice que esta noche cenará en mi casa.

Grattis afectó sentir mucho aquella coincidencia, que favorecía sus proyectos de ver á Celia y tener noticias de doña Inés.

—¿Vendrás mañana?—preguntó la Calderona.

—Te lo prometo.

Un momento después Jacobo salía de la estancia.

Al cruzar el zaguán embozado en su capa, vió al comediante Juan Rana, que iba á visitar á la Calderona.

Rana se detuvo para mirar al italiano.

Aunque éste iba embozado hasta los ojos, el histrión creyó reconocerle.

—¡Pardiez!—se dijo;—¡juraría que ese hidalgo es Jacobo Grattis! Si es así, mucho frecuenta esta calle. ¿Estará prendado de María? Si yo lo supiese, hé aquí una buena cosa para vengarme de lo que me hizo en la hostería.

Grattis perdióse en la próxima calleja.

—Observaré,—se dijo el histrión.—Daría el anular de la mano derecha por jugarle una mala partida.

Y Juan Rana aventuróse por la escalera, y un momento después entraba en la habitación de la comedianta.

Dejémosle por ahora y sigamos á Jacobo Grattis,

que, en vez de dirigirse á su palacio, tomó el camino que conducía á la hostería, donde debiera ver á Celia.

Aquella noche estaba tranquilo, pues le constaba que la Calderona no había de oponerse á sus propósitos.

Tan sólo falta que expliquemos cómo Rana había podido averiguar el nombre del italiano.

Como Grattis era muy popular, cuando el comediante volvió á la hostería donde le hemos visto en distintas ocasiones, no faltó quien le dijera, no sólo el nombre del amante de la Calderona, sino las circunstancias que en éste concurrían.

Supo, pues, que la persona que le había arrebatado el amor de Celia era el íntimo amigo de don Juan de Tarsis y dueño de una de las más inmensas fortunas.

Pero Juan Rana no desistió por eso de vengarse cuando se le presentara ocasión propicia de hacerlo.

Su amor propio se había resentido.

Era vanidoso, como buen comediante. La deferencia con que el rey le trataba no había contribuído poco á ello.

Juan Rana no se hubiese cambiado por el caballero de más esclarecido blasón.

Más tarde veremos que no había de trascurrir mucho tiempo sin que hallase medios de perjudicar al italiano, que ni siquiera tenía el recurso de ponerse en guardia contra sus intrigas, pues ignoraba el odio profundo que por él sentía el comediante.

Ahora volvamos á Grattis, en el momento en que éste penetró en la hostería.

# CAPITULO CXXXIX

---

DONDE CELIA FINGE UNA ABNEGACIÓN QUE NO SIENTE

Celia entró en el establecimiento pocos minutos después que Grattis.

Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto, y una palidez marmórea extendíase por sus mejillas.

El italiano comprendió desde luégo que alguna pena profunda agobiaba á la joven.

—¿Qué tienes, Celia?—la preguntó cuando ésta tomó asiento á su lado.

—¡Parece imposible que aun oséis hacerme esa pregunta!... Esta noche he acudido á vuestra cita para que sepáis que no es un secreto para mí la villana conducta que conmigo habéis tenido. Mañana ya no vendré. Yo os ruego que no volváis á pensar en mí, y ojalá consiga yo hacer lo mismo respecto á vuestra persona.

—¿Pero por qué me tratas de ese modo?

—¿Acaso os sorprenden mis palabras? ¿Qué necesidad teníais de encender en mi pecho la llama del

amor, sólo para apoderaros de la llave de la casa de don Alonso? ¿No hubiera sido mucho más noble que me la pidieseis? Verdad es que jamás hubiese consentido en dárosla, porque yo no apadrino infamias como la que habéis hecho la pasada noche.

—Vamos, Celia, sosiégate. Comprendo que he obrado mal, pero las cosas pasadas no tienen remedio.

—Yo os amaba con todo mi corazón. Bien comprendía que no era posible que me correspondieseis, á pesar de lo mucho que lo asegurabais. Soy de condición demasiado humilde para que vuestros ojos se hubieran fijado en los míos. ¡Ah! caballero, os aseguro que, cuando esta mañana he sabido lo que habéis hecho, sentí impulsos de decir á don Alonso dónde viviais, para que recibieseis el castigo á que os habéis hecho acreedor.

—Mal hubieras hecho en cometer semejante imprudencia. Como comprenderás, no es el temor el que dicta mis palabras. Yo sé perfectamente que ese venerable anciano no puede luchar conmigo. ¡Pero, por lo mismo que lo sé, creo que no debo medir mis armas con las suyas!

—Es verdad.

—Ahora bien, encantadora Celia, yo te pido perdón por lo que he hecho. No puedo negarte que amo á doña Inés. Su celestial hermosura ha despertado en mi alma sentimientos que hasta ahora no había experimentado jamás. Por ella haría cuantos sacrificios me exigiese, exceptuando el de no volver á verla. Esto no es posible. Hay una fuerza poderosa que me atrae hacia ella,

más potente que mi voluntad. Pídeme cuanto quieras por proporcionarme esta ventura. Si te agradan las joyas, yo te prometo que no habrá en la corte dama que posea mejores brazaletes que tú, ni más ricos collares que los que adornen tu cuello. Si anhelas oro, te lo daré á manos llenas. Pídeme cuanto tu caprichosa fantasía de mujer pueda ambicionar. Yo no he de poner coto á tus deseos.

—Señor, yo no soy ambiciosa.

—No esquives ser la medianera de mis amores. Mira, como tú has dicho antes muy bien, nuestras relaciones eran un imposible. Yo no podía querer de ti más que un amor transitorio que luégo te costase una eternidad de sufrimientos y lágrimas. Yo te daré una fortuna.

—¡Para qué la quiero sin vuestro amor!

—Con ella puedes encontrar un mancebo de tu propia esfera social que te conduzca al templo para que un sacerdote bendiga vuestra unión. Esto es á lo que deben aspirar las mujeres honradas. Olvida, pues, la leve impresión que hayan podido causarte mis palabras, y no dudes que lo conseguirás. Te encuentras en los albores de la juventud. Á tus años no hay pena que eche profundas raíces en el alma. Un corto espacio de tiempo basta para que se disipen las impresiones desagradables. En cambio, cuando lo consigas, te encuentras dueña de una fortuna... Creo que mis consejos no son tan malos.

—Pero ¿cómo queréis que olvide vuestra imagen, que se ha grabado en mi corazón?

—Ahora hablas por impresiones, y nada más. Te ruego, por lo tanto, que medites, procurando que la conveniencia se anteponga al corazón.

Celia guardó silencio.

En los pocos días que había tratado á Grattis despertóse en su alma una de esas pasiones que difícilmente se olvidan.

Por Jacobo Grattis hubiera sacrificado hasta su virtud.

No se le oscurecía, sin embargo, que si se negaba á complacer al joven, aunque no fuese más que aparentemente, dejaba de verle quizás para siempre.

Entonces clavó sus ojos en Jacobo.

—Bien,—le dijo,—voy á demostraros lo mucho que os amo. Desde este momento me decido á favorecer vuestras pretensiones con doña Inés. No ya, como decís, esto es, no por la recompensa que me ofrecéis, pues nunca he sido de esas mujeres mercenarias que venden sus servicios. Mi única recompensa es saber que voy á haceros dichoso aun á costa de mi ventura.

—¡Ah, Celia! ¿Es verdad que tanta abnegación se encierra en tu alma?

—El tiempo os responderá de ello mejor que mis labios. ¿Qué deseáis que haga?

—Deseo que hables á doña Inés, que la pintes con los más brillantes colores el amor que me inspira. Dile que ella puede ser el ángel que me redima de mis pasadas culpas. Quiero también que hagas llegar á sus manos una carta.

—Dádmela.

—Pero ¿de veras te prestas gustosa á tamaño sacrificio?

—Sí; os prometo que cumpliré vuestros deseos.

Grattis hizo sonar las palmas, y pidió al hostelero recado de escribir.

Cuando se lo llevaron, la pluma de Jacobo deslizóse sobre el papel con una rapidez vertiginosa.

Cuando terminó la carta, la encerró en un sobre.

—Dádmela,—dijo Celia.

—¿Se la entregarás esta misma noche?

—Os lo prometo.

—He de ir á su reja esperando su respuesta.

—Debo advertiros que es muy posible que no pueda acudir á la cita. Don Alonso está muy sobre aviso, y no la abandona. Hasta ha cambiado á su hija de aposento, para que ocupe uno que se encuentra próximo al de él.

—Si no acude á la reja esta noche, tendré paciencia hasta mañana.

—No es muy largo el plazo que dais á vuestro deseo. ¿Ella os ama?

—Lo ignoro.

—Pero anoche ¿no permanecisteis á su lado algunas horas?

—¡Ojalá!—dijo Grattis exhalando un suspiro.—Mi mala estrella hizo que apenas penetré en su casa se presentara don Alonso con sus criados.

En los ojos de Celia brilló la alegría.

Luégo abandonó el asiento que ocupaba.

—¿Iréis esta noche?—preguntó.

—No faltaré.

—Caso de que doña Inés no pudiese acudir á la reja, yo os prometo que saldré para deciros de qué manera recibió vuestra misiva.

Celia salió de la hostería.

Multitud de pensamientos cruzaban por su imaginación.

El convencimiento de que Grattis no la amaba contribuía á aumentar en su pecho la devoradora llama de su pasión.

Excusado es decir á nuestros lectores que ni un solo instante pensó en hacer que la carta de Jacobo llegara á manos de doña Inés.

Cuando estuvo en su estancia rompió el sobre, leyendo con avidez las líneas que el italiano acababa de trazar.

En ellas decía éste que deseaba hablarla, pintándole la pasión que sentía con los más vivos colores.

Celia estrujó entre sus manos aquel papel que revelaba el amor que Grattis sentía por su joven señora.

Había meditado un plan, como verán nuestros lectores.

---

Celia se asomó á uno de los balcones de la casa.

La noche estaba hermosísima.

El balcón hallábase cubierto por una espesa enredadera, entre cuyas verdes y lustrosas hojas había multitud de campanillas blancas y azules.

Celia, merced á esta celosía de follaje, podía descu-

brir perfectamente la calle sin que los escasos transeuntes la viesen.

A medida que avanzaba la noche, la impaciencia de la joven iba aumentando.

Inquietábala también la tardanza de su señor.

—Nunca acostumbra á estar fuera de casa á estas horas,—se dijo.—¿Meditará álgo contra Jacobo? Pero no, no es posible. El interés que Grattis me inspira aumenta mi ansiedad, haciéndome suponer que existen peligros para él. ¡Qué noche tan hermosa! ¡Cuán espléndida brilla la luna! ¡Cuántos perfumes trae la brisa envueltos en sus alas!...

Celia dirigió luégo una mirada impaciente á través de los intersticios que formaban las hojas de la enredadera.

Había sentido rumores de pasos.

Su corazón latió con celeridad.

Un embozado aventurábase por la calle.

Celia no pudo dudar un momento que era Jacobo Grattis.

Sus mejillas se cubrieron de un vivo carmín.

Cerró el balcon lentamente, procurando hacer el menor ruido posible, y luégo acudió á una de las ventanas del piso bajo, la misma donde las noches anteriores Jacobo había contemplado á la inocente doña Inés.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO







FIN DEL ÍNDICE

# ENCICLOPEDIA ILUSTRADA SEGUÍ

## DICCIONARIO UNIVERSAL

CON TODAS LAS VOCES Y LOCUCIONES USADAS

EN ESPAÑA Y EN LA AMÉRICA LATINA

Y QUE COMPRENDE, ADEMÁS, EXTENSOS ARTÍCULOS

DE

AGRICULTURA, ARQUEOLOGÍA, ARQUITECTURA, BELLAS ARTES, BIOGRAFÍA, BOTÁNICA, COMERCIO, DRAMÁTICA, DERECHO, FILOSOFÍA, FÍSICA, GEOGRAFÍA, HISTORIA UNIVERSAL, HERÁLDICA, HIGIENE, INDUSTRIA, MARINA, MECÁNICA, MEDICINA, MILICIA, MÚSICA, PINTURA, POLÍTICA, QUÍMICA, RELIGIÓN, ZOOLOGÍA, ETC.

---

CONTIENE TAMBIÉN TODAS LAS EQUIVALENCIAS EN

FRANCÉS, INGLÉS É ITALIANO

DEL LÉXICO CASTELLANO Y DE LA INMENSA MAYORÍA DE VOCES DE LA TÉCNICA MODERNA


BIBLIOTECA
NACIONAL
DE ESPAÑA
BNE

